3 1761 07971739 3

PURCHASED FOR THE

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

FROM THE

CANADA COUNCIL SPECIAL GRANT

FOR

LATIN AMERICAN STUDIES

NOSOTROS

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS

ARTE - HISTORIA - FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

FUNDADA EL 1.° DE AGOSTO DE 1907

DIRECTORES

ALFREDO A. BIANCHI - ROBERTO F. GIUSTI

AÑO XIII — TOMO XXXII

BUENOS AIRES

1919

KRAUS REPRINT
Nendeln/Liechtenstein
1968

LIBRARY
APR 14 1969
UNIVERSITY OF TORONTO

AP
63
N6
t.32

Reprinted by permission of Roberto F. Giusti
KRAUS REPRINT
a Division of
KRAUS-THOMSON ORGANIZATION LIMITED
Nendeln/Liechtenstein
1968

Printed in Germany
Lessingdruckerei Wiesbaden

Año XIII Mayo de 1919 Número 121

NOSOTROS

QUINTA ENCUESTA DE "NOSOTROS"

La literatura hispano - americana juzgada por los escritores españoles.

Aunque con mucho retardo, seguimos recibiendo las contestaciones que algunos escritores españoles nos envían a la encuesta que hace más de seis meses iniciáramos entre ellos sobre la literatura hispano - americana.

A las ya publicadas anteriormente, agregamos hoy la que nos remite el conocido escritor vasco José María Salaverría, ex redactor de *La Nación* y actualmente su corresponsal en España (1).

Como recordarán nuestros lectores, las preguntas formuladas fueron las siguientes:

1º ¿Conoce usted la obra de los viejos escritores de América: de Olmedo, Bello, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Andrade, Hernández, por ejemplo? ¿Qué juicios tiene usted formado sobre su valor?

2º ¿Se interesa usted con alguna preferencia por la ac-

(1) Véase en los números 116 y 117 de Nosotros, los fundamentos de la encuesta, la lista de los escritores consultados y las extensas respuestas de Julio Cejador, Adolfo Bonilla y San Martín, Quintiliano Saldaña, Emilio Bobadilla (Fray Candil), Salvador Rueda y Alberto Insúa.

tual literatura hispano - americana? ¿Cuáles son, a su juicio, los mejores escritores americanos de la hora presente?

3° ¿Cree usted que, en su conjunto, la literatura americana ha expresado al nuevo continente?

4° ¿Cuáles son, según su opinión, los defectos más evidentes de la literatura de Hispano - América?

Respuesta de José María Salaverría

Señores Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti.

Distinguidos amigos: Recibo la amable invitación que me dirigen Vds., como a otros literatos españoles, proponiendo una encuesta. Me apresuro a agradecerles la mención. Contestaré los puntos del cuestionario con penosa brevedad; penosa, porque mi deseo, que ocasionalmente no puedo satisfacer, sería escribir a propósito del asunto como decían nuestros abuelos: largo y tendido.

1° "¿Conoce Vd. la obra de los viejos escritores de América: de Olmedo, Bello, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Andrade, Hernández, por ejemplo? ¿Qué juicio tiene Vd. formado sobre su valor?"

La obra de Andrés Bello me parece levantada, hermosa, digna verdaderamente de tiempos muy contrarios a éstos que corren, en que la precipitación, la impertinencia y el reclamo privan ante todo. Era Bello una mente henchida de humanidades, como las del Renacimiento, y además llena de una como exaltada preocupación por los afanes científicos, políticos y sociales, al modo de los hombres del ochocientos. No llegó a la genialidad tampoco él; nuestra América no conoce todavía el genio literario. Pero su vasto y legítimo talento posee aquella rara atracción, esencia de la nobleza intelectual, que nos conquista irremediablemente.

Ya que esto no sea el genio, digamos que es un *sustitutivo* de lo genial.

Andrade me parece un poeta *discreto*. Cumplió su misión honradamente, y desde luego merece elogio por haberse preocupado de ocupar el puesto de poeta oficial y brillante en una época, para la Argentina, demasiado agitada por bajos y vulgares forcejeos políticos.

De Sarmiento no me decido a pronunciar nada. A este hom-

bre tumultuario no es posible tratarlo en una cuartilla, porque tiene demasiado pro y contra, anverso y reverso. Le observo, le vigilo, actuando frente a él de *pesquisa*... ¿Es un simulador de genialidad? ¿Es más bien un genio fracasado, y por tanto una víctima del medio y de su propia vida *rota*?...

En cuanto a José Hernández, ¡ese es de veras el *ingenio* que yo admiro! Es un gran ingenio por *chiripa;* ¿pero qué importa? Lo cierto es que Martín Fierro está ahí, como un real éxito americano en medio de tantas tentativas. Es reciente mi libro *El Poema de la Pampa*, en cuyas páginas he vertido cuánto me sugieren el poeta Hernández y el gaucho Fierro. Tomen de esa obra cuantas apreciaciones gusten; yo no he mezquinado el elogio al mejor libro de imaginación que produjo hasta ahora el espíritu argentino.

2º "¿Se interesa Vd. con alguna frecuencia por la actual literatura hispano-americana? ¿Cuáles son, a su juicio, los mejores escritores americanos de la hora presente?

Es claro que sí me interesa. El interés por América me hizo realizar tres viajes en redondo a ese continente. Mi curiosidad y mi afecto me retuvieron tres años al borde del Plata. Y como español, en fin, me interesa la cultura de ese mundo, pues mi patriotismo se aleja cada vez más de la roñosería localista, hasta entender por patria todo el espacio universal donde se hable con nobleza y sindéresis el idioma español.

Muertos Rubén Darío y Rodó, no me atrevo a mentar nombres actuales.

3º "¿Cree Vd. que, en su conjunto, la literatura americana ha expresado al nuevo continente?"

No; en su conjunto creo que no lo ha expresado. El conjunto de esa literatura es demasiado caótico y dispar, para que podamos atribuirle un ritmo, un tono, una intención de cualquiera clase. Sobre todo entre los intelectuales modernos hay muchos que ni expresan al nuevo continente, ni son íntimamente americanos. El nacimiento no da siempre opción a una verdadera ciudadanía. Se ven por esos países muchas personas que tienen algo como el alma de un *maître d'hôtel;* carecen de *acento*, tanto en el hablar como en el pensar.

4º "¿Cuáles son, según su opinión, los defectos más evidentes de la literatura de Hispano-América?"

He ahí una pregunta que no puede ni debe contestarse en

pocas palabras; es materia para un trabajo de revista, si no de libro. En fin, pondré dos defectos, (y pido perdón por no explicarlos, que es decir no justificarlos, puesto que señalar un defecto escuetamente resulta una impertinencia):

La *exageración*, tanto ideológica como verbal; exageración incluso de gesto. Sarmiento exagera el ademán. Lugones exagera el verbo. Almafuerte y Compañía exageran las ideas, o como quiera llamárseles. Hacia los países tórridos se contentan con exagerar la retórica, convirtiéndola en tropical.

La *impaciencia* es otro defecto, a mi parecer. Todas esas naciones han conseguido su libertad y una personalidad jurídica estable; pero carecen de contenido cultural propio, y esto las impacienta. Por eso se apresuran a cultivar el genio. Tienen prisa por tener nombres. Pero la genialidad no se cultiva en los invernaderos, ni siquiera en las huertas regadas y abonadas químicamente: se produce en pleno campo. La impaciencia hace tal vez que muchos talentos se malogren ahí. Creo que sería mejor esperar a que los frutos sazonasen espontáneamente, dándoles tiempo, escusándoles los desmesurados elogios precoces. La impaciencia por lograr el genio arrastró a dos generaciones de jóvenes sobre el rastro de Almafuerte, despistando, entreteniendo en balde a tantas generosas inteligencias. Así también hicieron allí genio de la sociología a Alfredo Palacios, por ejemplo.

Ponerle trabas al genio es una acción vil, pero sin duda útil para el propio genio. Aupar con demasiada ligereza al candidato a genio, es un defecto por el que se perjudican los caracteres predestinados y los propios países.

José Mª Salaverría.

Madrid, Abril 1919.

LAS CORRIENTES MORALES EN LA ARGENTINA

La posteridad ha sido justa con Agustín Alvarez, produciéndose en corto espacio de tiempo una copiosa bibliografía en torno de su personalidad y de su obra. Ha tenido, además, la suerte poco común de que una biblioteca muy difundida, *La Cultura Argentina*, emprendiera la reimpresión metódica de sus obras, de manera que sus libros llegan por millares a manos de las nuevas generaciones, en condiciones de fácil adquisición.

Y bien, Agustín Alvarez merece la corona de gloria que su posteridad inmediata — casi sus contemporáneos — ha tejido en torno de sus libros. Quiere decir que esos libros han respondido a una aspiración vehemente que en estas primeras décadas del siglo XX ha preocupado a muchos distinguidos escritores argentinos: la educación del carácter individual y la moralización de las costumbres políticas. Y ha tenido Alvarez la clara noción de que esos problemas, en nuestro tiempo, debían resolverse dentro de una moral independiente, libre de preocupaciones religiosas y poniendo en primer término la moral social.

Es indudable que en la historia de la ética propiamente filosófica no ha sido un genio creador y original; pero no debe olvidarse que de tales genios sólo nace uno cada siglo en todo el mundo. Alvarez fué un moralista para nuestro medio social hispano-americano, pues trajo a él las semillas más fecundas de la nueva moral independiente que se va difundiendo en Estados Unidos y en Europa; por eso sus mismos admiradores han señalado siempre que en Emerson y Guyau pueden buscarse las fuentes principales de sus ideas como moralista, teniendo más de apóstol que de doctrinario, como el primero de los autores nombrados.

Muy poco nuevo puede ya escribirse sobre la obra misma de Agustín Alvarez, pues en todos los aspectos ha sido comentada por escritores de valía (1). Sin embargo, la lectura de varios trabajos publicados en la *Revista de Filosofía*, nos ha sugerido que sería interesante seguir paso a paso el desarrollo de las doctrinas morales en nuestro país, desde el período colonial hasta nuestros días; sin hacer un estudio propiamente bibliográfico, señalaremos algunos autores y las obras más características, indicando también la orientación que ha tenido en cada época la enseñanza de la moral.

*
* *

En la época colonial no se conoció en los seminarios de Córdoba y Buenos Aires otra "ética" que la teológica, con el agregado de que correspondía a los tiempos de más profunda

(1) Ver, entre otros artículos y estudios, los siguientes:

Lucio V. Mansilla: *Agustín Alvarez*, en "Tribuna", 1894.

Gregorio Uriarte: *South America*, por Agustín Alvarez, en "Tribuna", 1894.

Leopoldo Lugones: *Manual de Patología Política*, en "Tribuna", 1899.

Ernesto Quesada: *Agustín Alvarez como sociólogo criollo*, en "Humanidad Nueva", Junio 1914.

Museo Social Argentino: *Número especial consagrado a Agustín Alvarez*, Abril de 1914.

Pedro A. Torres: *Agustín Alvarez*, en "Humanidad Nueva", Abril de 1915.

Joaquín V. González: *Agustín Alvarez*, prólogo a la 2.ª edición de *La creación del mundo moral*. Buenos Aires, 1915.

Alicia Moreau: *Agustín Alvarez y la Creación del mundo moral*, en "Revista de Filosofía"; Mayo de 1915.

Nicolás Besio Moreno: *El sistema filosófico de Agustín Alvarez*, prólogo de la 2.ª edición de *¿Adonde vamos?*, Buenos Aires, 1915.

Evar Méndez: *Agustín Alvarez*, (estudio biográfico y bibliográfico) Prefacio a la 2.ª edición del *Manual de Patología Política*, Buenos Aires, 1916.

Maximio S. Victoria: *Repique sobre educación*, prólogo a la edición de *Educación Moral, tres repiques*. Buenos Aires, 1917.

Arturo de la Mota: *Agustín Alvarez*, prólogo de la 2.ª edición *La transformación de las razas en América*, Buenos Aires, 1918.

Ernesto Nelson: *Agustín Alvarez*, prólogo a la 2.ª edición de *South América*. Buenos Aires, 1918.

José Ingenieros: *La ética social de Agustín Alvarez*, en el libro *Sociología Argentina*, 7.ª edición. Buenos Aires 1918.

Amilcar Razori: *Dos libros de Agustín Alvarez*, folleto, Rosario de S. Fe, 1919.

Julio Barrera Lynch: *Introducción* a la 2.ª edición de la *Historia de las Instituciones Libres*. Buenos Aires, 1919.

decadencia de la teología española. La Universidad de La Plata, en su "Biblioteca Centenaria", ha publicado unos *Apuntes de filosofía moral* dictados por un profesor de Córdoba a sus alumnos, a fines del siglo XVIII (1). Ese libro de texto, bastante metódico y con mucha unidad, se compone de dos partes, que tratan de la ética general y de la ética especial, respectivamente. La primera consta de tres disertaciones, sobre la libertad y la voluntad, sobre la ley natural y positiva, y sobre el criterio moral para juzgar de los actos humanos; la segunda se desarrolla en dos disertaciones, relativas a los deberes del hombre para consigo mismo y a los deberes del hombre para con Dios. Esta obra es análoga por su doctrina a todas las españolas de su tiempo: pone la autoridad divina sobre la autoridad política, reduce la moral a la obediencia de los dogmas y de la fe católica, y se empeña en ser apologética, demostrando ante todo y sobre todo el primado de las verdades teológicas de la iglesia romana.

No conocemos otras obras o textos de moral de esa época, pero es lógico suponer que estarían orientadas en ese mismo sentido, como que los seminarios coloniales de Córdoba y Buenos Aires eran regidos por eclesiásticos y sólo se preparaba en ellos a los alumnos para la carrera de la Iglesia.

*
* *

En la época de la revolución la educación moral atenuó su fin religioso para acentuar su fin político, bajo la influencia de los enciclopedistas franceses. La juventud revolucionaria de América se apartó de la moral teológica del coloniaje, tomando horror a la educación de los seminarios coloniales, "que no educaban para ciudadanos, sino para clérigos" (2). La revolución se propuso acabar con la "moral teológica" y educar a los niños para ciudadanos, dándoles enseñanzas de "moral cívica" (3);

(1) Tomo II de la *Biblioteca Centenaria;* parece que el libro debe atribuirse a Fray Pantaleón García y los *Apuntes* fueron copiados por el alumno Cesáreo Dávila.

(2) Ver en MANUEL MORENO: *Vida y escritos de Mariano Moreno.*

(3) Ver en MARIANO MORENO: *Escritos;* BERNARDO MONTEAGUDO *Escritos Políticos*: colección de "La Gazeta" años 1810 a 1814, etc.

pero las agitaciones políticas de esos tiempos no permitieron que esos propósitos fueran llevados a la práctica en la extensión necesaria.

Fué solamente en la época de Rivadavia que se comenzó realmente la sustitución de la "moral teológica" por la "moral cívica" en todos los ciclos de la enseñanza, primaria, secundaria y superior. Reinaban entonces las doctrinas de la *Ideología*, inspiradas por Condorcet, Cabanis y Destutt de Tracy (1) que eran continuadores de los enciclopedistas. En la prensa y en la cátedra se exponían con entusiasmo esas ideas, dando carácter a la renovación rivadaviana de toda la instrucción pública.

Pertenece a su época la creación del famoso "Colegio de Ciencias Morales", anexo a la Universidad, y cuyo mismo nombre era un programa; sabido es que pocos años después se educó en sus aulas toda la generación de Alberdi, Echeverría, Vicente Fidel López, Tejedor, Juan María Gutiérrez, inspirándose en nuevas ideas, hasta que tuvo que emigrar cuando sobrevino la dictadura de Rosas.

El profesor de ideología de la Universidad, Juan Manuel Fernández de Agüero, era un sacerdote que había colgado los hábitos y estaba convertido en un propagandista de las ideas más avanzadas en su época. Sus lecciones fueron publicadas en dos volúmenes (2) y forman un verdadero manual de filosofía, pues trata de todas las cuestiones según los principios de Destutt de Tracy. En muchas páginas se ocupa de las cuestiones morales y las resuelve de acuerdo con las ideas cívicas y laicas propias de los ideólogos; repudia por completo la moral teológica y cristiana declarando que la moral debe desenvolverse libre de toda religión y sin otra mira que formar ciudadanos virtuosos para la sociedad.

*
* *

La caída de Rivadavia, obra de una concentración conservadora y religiosa, trajo como consecuencia natural la persecu-

(1) Ver JUAN MARÍA GUTIÉRREZ: *Origen y desarrollo de la Enseñanza Pública Superior.*

(2) Ver JUAN MANUEL FERNÁNDEZ DE AGÜERO: *Principios de Ideología, etc.*, 2 volúmenes (Biblioteca Nacional).

ción de las ideas liberales; sus primeros signos fueron entregar las escuelas a los sacerdotes católicos, hasta que más tarde Rosas trajo a los padres jesuítas para entregarles la enseñanza secundaria y la misma universidad.

Hubo entre la juventud una reacción contra esa vuelta al pasado colonial, que no llegó a convertirse en acción eficaz. Un grupo de jóvenes rodeó al poeta Esteban Echeverría e intentó en 1837 constituir una sociedad secreta, la *Joven Argentina*, por el estilo de las sociedades similares que estaban de moda en Europa. Los principales adeptos tuvieron que emigrar.

Echeverría publicó en Montevideo, en 1844, un *Manual de Enseñanza Moral* (1), inspirado por las ideas sansimonianas. Aunque es un escrito de poca extensión, dedicado a la enseñanza en las escuelas, sus ideas son bastante pronunciadas contra la "moral teológica" y en favor de la "moral cívica"; dice que la moral no tiene ni autoridad ni sanción sin el auxilio de la religión, pero con este nombre no se refiere al catolicismo sino a una "religión social", encargada de difundir el "culto de la Patria" de acuerdo con los principios revolucionarios de Mayo. Sigue en un todo las doctrinas de Saint Simón y de Leroux, que eran partidarios de un cristianismo anticatólico; después de estudiar los deberes del hombre para consigo mismo, para con el prójimo, la familia y la patria, estudia los deberes para con la Humanidad, sosteniendo que el verdadero espíritu de Cristo excluye toda separación de los hombres en castas y religiones, sin lo cual no puede llegarse a una verdadera fraternidad humana. Estas mismas ideas sobre la moral se reflejan en varios pasajes de su obra *Dogma Socialista*, publicada en 1846, cuando se propuso fundar un partido político con el nombre de "Asociación de Mayo", idea que no tuvo éxito.

Mientras la juventud educada en el "Colegio de Ciencias Morales" se encontraba en la emigración, el tirano Rosas había entregado las llaves del Colegio a los jesuitas; estos volvieron a enseñar las doctrinas de la "moral teológica" de la época colonial, sembrando en el espíritu de la juventud ideas de obediencia a la autoridad divina que ellos representaban y a la autoridad humana encarnada en Rosas. La enseñanza prima-

(1) Ver ECHEVERRÍA: *Obras completas*, volúmen IV, 327.

ria, en que Rivadavia había introducido el sistema de Lancaster, volvió a manos del clero y estos infundieron en ella las mismas ideas de moral religiosa que habían imperado durante el coloniaje.

*
* *

Algunos de los emigrados viajando por Europa o Estados Unidos, tuvieron ocasión de conocer las nuevas doctrinas de moral política y social difundidas por los años del 40 al 50. Alberdi se impregnó de la moral económica que ponía el trabajo como la suprema virtud de los pueblos; Juan María Gutiérrez se hizo defensor entusiasta de la moral laica contra la moral religiosa; Sarmiento conoció en Estados Unidos a Emerson, frecuentó la iglesia Unitaria que agrupaba a los cristianos liberales y regresó a su patria con ideas definidas sobre la necesidad de impartir educación moral al mismo tiempo que instrucción laica.

En la misma corriente de ideas se encontraban todos los que contribuyeron a la caída de Rosas. Tanto en el Paraná como en Buenos Aires se tendió a liberalizar la educación moral de las escuelas, tratando de independizarlas de la religión, pues Urquiza y Mitre, aunque opuestos en política, coincidían por su liberalismo y los dos eran grandes dignatarios de las Logias Masónicas argentinas.

Una fuerte reacción religiosa, dirigida a reconquistar la instrucción pública, se produjo al iniciarse el triunfo de los liberales, después de Caseros. En Buenos Aires fué su portavoz Félix Frías, que en Europa había contraído amistad con el famoso agitador católico Veuillot y había regresado al país muy preocupado por las revoluciones sociales de 1848; luchó con denuedo en defensa de la enseñanza religiosa y en muchos de sus escritos ha dejado rastros de sus ideas sobre la necesidad de subordinar la moral a la religión católica (1). En Paraná sostuvo análogas ideas Facundo Zuviría, que también ha dejado algunos escritos morales de la misma inspiración religiosa (2).

---

(1) Ver Félix Frías: *Escritos y discursos.*

(2) Ver Facundo Zuviría: *Discursos morales y filosóficos*, Besanzón, 1863.

En época algo posterior se hizo paladín de la moral religiosa en las escuelas José Manuel Estrada, apoyado por el partido católico que se organizó con más fuerza poco después de 1880. En varios de sus escritos (1) sostuvo que era imposible una moral independiente de la religión que él profesaba, señalando como una fuente de inmoralidad la tolerancia de cultos y la enseñanza laica. Sus discursos eran famosos y aun queda memoria de su elocuencia, pero los tiempos no fueron favorables a sus ideas; la juventud de esa época — los Cané, Lucio López, Del Valle, Ramos Mejía, Gonnet — comenzaron a leer a Renán y a Taine, acompañando con sus simpatías la reforma educacional que después de 1880 estableció definitivamente en las escuelas la "moral cívica" en reemplazo de una "moral religiosa" determinada, consagrando de hecho la tolerancia de todas las creencias en la República Argentina.

*
* *

La generación del 80 sintió profundamente la influencia de Comte y de Spencer, inclinándose hacia la moral positiva que intentaba fundarse en el estudio de las ciencias sociales. En el Colegio Nacional fueron célebres las conferencias de Alejo Peyret, a quien se confió una cátedra de historia de las instituciones libres y en la que expuso con brillo las nuevas ideas de moral social y democrática, con espíritu profundamente liberal. Muchos de sus trabajos fueron publicados (2) y una gran cantidad están inéditos todavía; son el texto de sus conferencias y revelan la influencia directa de Renán.

Por esa misma época el profesor de filosofía Nicomedes Reynal O'Connor publicó varios trabajos de cierta importancia; muchas veces se refiere a los problemas de la ética, en sentido análogo a los Krausistas españoles, aunque se ve claramente la influencia de Kant y de Hegel en algunos de sus escritos, que no están libres todavía de la escolástica católica (3).

---

(1) Ver José Manuel Estrada: *Obras completas.*

(2) Ver, principalmente: *Historia de las religiones, La evolución del Cristianismo* (forma parte de la anterior), *Biografía de Voltaire, Historia de las Instituciones Libres.* etc, escritas y publicadas en la República Argentina.

(3) Ver, principalmente: *Demostración a priori de la existencia de Dios,* 1 vol., Buenos Aires, 1890; *La Vida,* 1 vol., Buenos Aires, 1892, etcétera.

Tuvo relación con los problemas principales de la moral la introducción de los estudios de la escuela positiva del derecho penal, porque con ellos se planteó la discusión sobre el determinismo y el libre albedrío como base de la responsabilidad penal. La resistencia de la tradición jurídica fué muy grande; produjeron interesantes trabajos Luis María Drago, Norberto Piñero, Rodolfo Rivarola, José Nicolás Matienzo, Juan Antonio Argerich, Cornelio Moyano Gacitúa, Antonio Dellepiane y otros, todos más o menos influenciados por la nueva escuela positiva del derecho penal, representada por Ferri, Garófalo, Tarde, Dorado Montero, Sighele, Posada, etc.

Un sitio especial merecen algunas obras, un tanto posteriores, de Carlos Octavio Bunge en que se estudian con criterio científico las relaciones entre la moral y el derecho (1), así como su interesante trabajo de moral colectiva destinada a analizar las ideas y los sentimientos de los hispanó-americanos (2).

Por otros caminos se acentuó el interés por la educación moral en nuestro país, siguiendo las mismas tendencias a emanciparla de la religión. Nuevas corrientes pedagógicas, iniciadas en Paraná por Pedro Scalabrini (3), Krausista-positivista, tuvieron eco en toda la república, dando una generación de pedagogos distinguidísimos, entre los que descollaron Víctor Mercante, Rodolfo Senet, Maximio Victoria, Juan B. Zubiaur, Leopoldo Herrera, Ramón Melgar, Manuel Bermúdez. Mayor atención a las cuestiones de educación moral prestó Carlos N. Vergara, en cuyas obras se nota un marcado positivismo que tiende a poner la educación científica como fundamento de la educación moral (4). Y un puesto destacado corresponde a la educacionista Raquel Camaña, muerta en plena juventud, cuando comenzaba a difundir con bastante originalidad los preceptos morales de lo que llamaba "Humanismo: religión del porvenir" (5).

---

(1) Ver Carlos Octavio Bunge: *El Derecho* y *Estudios Filosóficos.*

(2) Ver Carlos Octavio Bunge: *Nuestra América.*

(3) Ver Víctor Mercante: *El educacionista Pedro Scalabrini*, en *Revista de Filosofía*, Enero de 1917.

(4) Ver Carlos N. Vergara: *Nuevo Mundo Moral*, *Fundamentos de la moral*, etc.

(5) Ver Raquel Camaña: *Pedagogía Social.*

Tal era el ambiente argentino en materia de ideas morales cuando aparecieron los libros de Agustín Alvarez.

*
* *

Su producción fue inspirada por cierto escepticismo en la moral política introducido en nuestras costumbres desde la primera presidencia del General Roca; la república había entrado en un período rápido de progreso y enriquecimiento, con lo que se aflojaron muchos resortes morales de la vida cívica. El libro *South America*, en 1894, fué un campanazo que tuvo resonancia inmediata; en 1899 le siguió el *Manuel de Patología Política*; en 1901 la *Educación Moral* (tres repiques); en 1902 *¿Adónde Vamos?*; en 1909 su *Historia de las Instituciones Libres*; en 1911 *La transformación de las razas en América*; en 1913 *La creación del mundo moral*, síntesis verdaderamente filosófica que le dió un lugar entre los moralistas de buena cepa.

Hemos dicho que sería inútil hacer el juicio de esas obras, juzgadas ya por escritores de renombre y competencia.

Creemos hacer obra más útil señalando otras corrientes morales aparecidas en nuestro medio en la misma época y dar una breve noticia de la enseñanza y la producción relativa a la ética, hasta la fecha.

*
* *

A fines del pasado siglo, junto con la aparición del movimiento socialista tuvieron algún eco entre nosotros las doctrinas morales de León Tolstoy y de Max Stirner, a los que siguió poco después cierta moda de anarquismo individualista, más pronunciada en el ambiente literario, por influjo de Ibsen y de Nietzsche; esto dejó rastros en varias obras de Grandmontagne, Florencio Sánchez, José León Pagano y Alberto Ghiraldo.

En el ambiente universitario fueron muy leídos Fouillée y Guyau, sobre todo este último, así como los modernos pedagogos laicos franceses.

La cátedra de Ética en la Universidad de Buenos Aires está a cargo del profesor Rodolfo Rivarola, que la inició bajo la inspiración de Spencer y ha evolucionado hacia un espiritualismo impregnado de sentimientos religiosos; sus más recientes escritos se ocupan de moral política y universitaria, revelando un creciente interés por las cuestiones sociales relacionadas con la ciencia política. Dicta la misma cátedra en la Universidad de La Plata el profesor J. Alfredo Ferreyra que sigue la corriente del positivismo comtiano y dedica con preferencia su labor a las aplicaciones pedagógicas de la moral.

Fuera de la cátedra deben señalarse algunas producciones que marcan nuevas orientaciones en los estudios éticos en nuestro país.

Después de su libro *El Hombre Mediocre*, dió a luz José Ingenieros una serie de breves páginas morales que circulan de revista en revista; sostiene la necesidad de crear un idealismo moral fundado en la experiencia, independiente de todo idealismo puramente metafísico o literario. Pero su obra moral de más valor técnico es, sin duda alguna, el libro *Hacia una moral sin dogmas*, en el que demuestra que la moral tiende a emanciparse paulatinamente de los dogmas religiosos y a constituirse como un resultado de la experiencia social. Toma como punto de partida a Emerson y al unitarismo de Estados Unidos, para estudiar luego el espíritu de las sociedades éticas y mostrar cómo van eliminándose de su seno todos los viejos residuos de la moral teológica, ya no reemplazados por las morales racionalistas sino por formas cada vez menos imperfectas de moral social (1).

Por muy distintas vías llega a conclusiones parecidas Augusto Bunge, aunque conserva cierta terminología de la metafísica antigua que obscurece su pensamiento. En la primera parte de su obra estudia el "imperativo moral", fuerza que mueve la vida humana y la hace tender instintivamente hacia el bien, poniendo a esas tendencias fundamentos biológicos y sociológicos. En la segunda parte examina la evolución social que acompaña a la evolución moral, sosteniendo que sólo la democracia socialista permitirá un amplio desarrollo de un nuevo

(1) J. INGENIEROS. *Hacia una moral sin dogmas*.

sentimiento religioso que divinice la vida y ponga en la Humanidad el más alto ideal que pueda mover la conducta de los hombres (1).

Por otros aspectos merecerían señalarse algunos estudios de Ernesto Nelson, de mucho valor para la ética pedagógica y social; muchos artículos de Leopoldo Lugones, cuya moral anarquista gira en torno del concepto que existen "dogmas de obediencia" cuya extinción es indispensable para el progreso moral del individuo, librándolo de la coacción de la sociedad; algunos trabajos de Cosme Mariño, que funda la moral sobre la doctrina espiritista del perfeccionamiento de las almas en sus reencarnaciones sucesivas; las pastorales del obispo de Córdoba, fray Zenón Bustos, que atribuye la decadencia moral a la falta de religión (católica) y propone como remedio a todos los males sociales la oración y la fe, que considera fuentes de la más pura moralidad.

No es difícil notar a través de esta reseña, cuyos datos mas salientes hemos tomado de trabajos publicados en la *Revista de Filosofía,* que las doctrinas éticas en nuestro país han seguido una marcha progresiva desde la primitiva "moral teológica" hasta las manifestaciones más recientes de la "moral social", correspondiéndole a Agustín Alvarez un sitio de honor entre los que han dado a la libertad de pensar y a la solidaridad social más importancia que a los dogmatismos religiosos y al racionalismo abstracto.

FÉLIX YCASATE - LARIOS.

---

(1) Ver AUGUSTO BUNGE. *El Culto de la Vida.*

POESIA AMERICANA

La vaca

La leche, en rosas blancas, va llenando los tarros
Con un perfume fresco de trébol y gramilla.
La lengua de la vaca mansa de miel y hierba
Lame la sed inquieta de su ternero atado

Los ojos de la madre se apaciguan de cielo.
A lo lejos, un toro profundo, muje y arde.
Tiembla en estrellas vivas el vientre de la vaca,
Y la ubre desborda los licores del campo.

Después, la niña enferma de las mejillas pálidas,
Moja el labio incoloro en la leche del vaso.
Y en su carne afiebrada y lánguida se extiende
La salud de los llanos, jugosa de alegría.

Entretanto el ternero, libre de su atadura,
Al mamar se diría que levanta la vaca!

El toro.

Iba mascando el pasto fragante de los llanos
El mediodía de oro lustraba su piel negra.
En el testuz las astas imponían su orgullo
De padre de cien hijos y esposo de cien madres

Todo su grave aplomo sobre las cuatro patas
Se agitó desde lejos, al olor de las hembras,
Que en el campo le hacían un círculo amoroso
Con sus cuerpos calientes de sol y primavera.

Cincuenta vacas rubias, cincuenta vacas rojas,
Lo miraron con ojos profundos de esperanza.
Y movieron las colas, y agacharon los cuellos
Con el vientre vacío del hijo que anhelaban.

Y el sol entró en el toro hasta quemar su sangre,
Hasta exaltar la savia de su racimo negro...

Levantó el mediodía con sus cuernos el toro,
Olió en el campo el círculo tibio de sus esposas,
Mugió, y al dar el paso fecundo hacia la vida,
Las vacas derretían sus entrañas de fuego.

El buey.

Buey de ondulados flancos, todo de fuerzas lentas,
Que acabas en ti mismo tu carne sin espasmos.
Cómo tus ojos largos, de sosiego y de éxtasis,
Aderezan de estrellas sin amor tu paciencia.

Buey de la cornamenta desalentada y torpe,
Que no adiestras la aguda potencia en el combate,
Ni compartes las ávidas urgencias de los toros
Al disputar la anchura maternal de la vaca.

Buey que ni al miedo acoges en tu piel sin temblores,
Que no haces más pareja que la del buey hermano
En roturar la tierra próspera en nuevas savias
Bajo la irrevocable sentencia de tu yugo.

Buey sin una semilla de amor para la hembra,
Cuán inmensa es la gracia feliz de tu destino!
Tu fuerza es una fuerza toda nupcial y tibia,
Y por ella fornica la tierra con el trigo!

El niño del huerto.

Todo este huerto es para el niño
De las dulces mejillas frutales.
La gracia de los árboles para su alma de armiño,
Para su boca fresca el agua pura de los manantiales.

Cómo ha crecido su desnudez lozana.
Libre como el pájaro y la mariposa!
Cuánto sol en sus carnes de manzana!
Cuánto perfume en su sangre de rosa!

Su infancia huérfana la amamantó una chiva
Con leche que antes era hierba del campo y fruta.
De las ubres silvestres guarda la miel esquiva
Y hay mucho de la cabra para sus pies sin ruta.

Sin más amor que el diáfano amor de las corrientes.
Y sin más amistades que una vaca y un toro.
Su cuerpo tibio baña en la luz y en las fuentes
Y sus dientes salvajes muerden las uvas de oro.

Y el agua está en el limpio cristal de su mirada.
Y en el júbilo virgen de su frente celeste,
Y la vaca y el toro en la norma sagrada
Que sin saberlo, rige toda su vida agreste.

Cómo trepa al naranjo, al peral y al manzano:
Se licúa en su lengua la fruta en dulces vinos.
La plenitud madura del verano
Llena toda su carne de licores divinos.

Y el comprende, y el sabe de absorber en el huerto
Todo el amor del dia.
Que es libre su ufanía como el vuelo del ave,
Y que el huerto florece sólo por su ufanía

Dia de las vendimas. Los racimos bermejos
Desbordan de los anchos canastos y las cubas.
El sol pone en las frutas sus dorados reflejos
Y sensuales y tibias beben su luz las uvas.

¡Ah, la boca del niño, dulce en copiosas mieles
Y sus labios golosos por el licor dorado,
Y su lengua mojada del vino de Cibeles,
Y su sangre anhelante del fruto sazonado!

El agua de la lluvia que la raíz absorbe,
El jugo de la tierra que embriaga los panales,
La luz, la inmensa luz, que irradia y baña el orbe,
Y hasta el aire que arrastra los perfumes pradiales...
Todo es carne del niño vendimiador. Su cesta
Desbordante de frescos racimos, atesora
Sangre para su vida, júbilo para su fiesta,
Y una eterna alegría para esperar la aurora.

¡Ah, las uvas doradas y las uvas morenas,
Cofres de sol que esperan la presión de las bocas,
Por destilar los vinos rubios de sus colmenas
Y hacer danzar las vidas unánimes y locas!

Noche de las vendimias! El niño se ha dormido
En su lecho de pámpanos, con uvas por almohada.
Su carne de racimos tiene un temblor de nido,
Y su alma es como un ave en su carne anidada...

Pero la aurora llega, y el ave se levanta.
El niño abre los ojos ufanos, y despierta.
El ave de su espíritu sobre las uvas canta
Y se embriaga de risas y de flores la huerta.

¡Ah, la sangre de savia y la carne de fruta,
Y la madre cabrita que lo crió en sus mieles,
Y ese instinto de chiva para sus pies sin ruta....
En el niño está toda la gracia de Cibeles.

CARLOS SABAT ERCASTY.

Montevideo, 1918

Pampa argentina.

Yo te vi desde el tren...
Venía de ese lado
en que se vé a la América como una fruta al sol:
verde por la Argentina, toda de oro al costado
del país de los Incas y el Virrey español.

Y yo que a ti llegaba tan lleno de ese frío
que en la ciudad moderna nos dá su malestar;
por tí otra vez, cantando, me agrandé como un río,
solté todas las velas que tengo de navío
y por la pampa inmensa me fui como en el mar.

Después, por la ventana, toda a tu viento rico,
saqué la cara, alegre, y la embriaguez fué tal,
que el alma se me abrió como un gran abanico
y en mi cabeza hubo una campana de cristal.

Y, mientras mis cabellos
volaban como al juego de alguna mano entre ellos,
qué feliz yo miraba desde la ventanilla
todo ese mar de espuma verde en cada semilla.
Me cantaba a los ojos en la tarde el paisaje:
una estancia, unos árboles, un camino, un paraje
de Corot con su lago, una égloga que pasa...
(¡Ah, si uno se pudiera quedar en esa casa!)
Y más allá la oveja ritual de los hebreos
(¡Ruth, Zacarías, Booz, hermanos Macabeos!)
y el "rebaño de Apolo" y el buey de los egipcios
(¡Oh, hecatombes de Homero! ¡Oh, antiguos sacrificios!)
Y trigo, trigo, trigo, trigo recién sembrado:
trigo que crece verde, trigo ya, al fin, dorado;
el que los segadores, felices con las lluvias,
cogen por la cintura como a muchachas rubias;
el que en polvo lunático de harina por Enero
hace un blanco pierrot de cada molinero;
el buen trigo que ha hecho más por la humanidad
que todos los filósofos; el de la caridad
celeste en las parábolas del Jesús de la Biblia.

pan de oro en la familia:
cándidos ramilletes
de la noche de Pascua con árbol de juguetes;
y el que en la iglesia es hostia de plata que, al alzar,
parece que es la luna que sale en el altar.

Pampa: romance, fábula, leyenda, historia, mito,
que se diría que eres, por lo grande que estás,
el mundo que se ha puesto de cara al infinito
y está así sosteniéndole la mirada, tenaz.

Tú me has reconciliado con la naturaleza;
yo estaba agrio y oscuro con mi mal de ciudad;
pero ahora como un pájaro, lleno de lijereza,
el corazón me canta dentro de la cabeza
y estoy como un jardín, lleno de claridad.

¡Pampa con Grecia y Roma:
polvareda de carros y la augustal paloma!
Pintado y fuerte toro
que a su tranquilo paso
como una lira helénica pone las astas de oro
sobre el suntuoso ocaso.

¡Pampa, mar de aguas grises,
que las vacas boyantes pasean como botes;
y, humeando cual vapor que se va a otros países,
cruza el tren que parece lleno de camalotes...

Para mí eras un cuento,
Pampa, abierta a los cielos como un inmenso amor;
y entre la fantasía que me avivó Sarmiento
veía un zig-zaguear de lazos por el viento,
toros, más toros, gauchos, el ombú, el payador;
y, de repente, un trote de las caballerías
de la revolución; allí el Facundo, todos
descabalgan, y, a un árbol con sus ramas sombrías,
se hace el círculo vasto que encadenan los codos:
bromas terribles, cuentos (relinchan los caballos)
de mano en mano el mate va pasando cordial.

qué importa que haga el cielo rúbricas, con los rayos,
si la guitarra suena toda sentimental!

¡Madre Pampa argentina que abres como una copa
a los vinos celestes del día que se vá,
con qué efusivo brindis el gaucho que galopa
cuando la paz bendiga de nuevo sobre Europa
por la América virgen, mañana te alzará.
Tal es como yo al verte,
Madre Pampa argentina, más fuerte que la muerte,
he querido al pasar
tener un pulso enorme para poder parar
la máquina, y, nervioso, saltar a tus verduras;
correr, correr, correr bebiendo esas frescuras
hasta que, al fin atlético de haber tanto corrido
quedarme como un árbol parado entre tus gramas,
con la cabeza trémula de amores como un nido
y los brazos abiertos al sol como dos ramas.

JUAN PARRA DEL RIEGO.

Montevideo, 1918

UNA VERSIÓN DE LAS "ODAS BÁRBARAS" (1)

Ya se notaba en la Argentina la ausencia de quien hiciese conocer a Josué Carducci. Así porque él era el poeta y vate de la Italia contemporánea, cuya tradición poética y literaria no es menos resplandeciente que la de las mayores naciones europeas; como porque merced a su alto sentimiento, a la robustez de su pensamiento y estilo, al soplo de renovación que de su obra se desprende, él había definitivamente alcanzado la fama universal.

Por lo demás él mismo había dado el ejemplo de acoger en su corazón a los grandes espíritus de las demás naciones, dócil a aquellos vínculos que existen entre los hombres de todo el mundo a quienes acicatee la necesidad de elevar en alas del arte los estremecimientos de la pasión, para fundir en el sol, ensueños, angustias, esperanzas, odios y amores y de ellos extraer formas de imperecedera belleza.

Cierto es que no es fácil comprender a Josué Carducci fuera del ambiente espiritual en que él vivió intensamente—lo cual a menudo significa fuera de la vida civil, que fué a un tiempo mismo su llama y su carcoma—pues si el factor poético, preponderante, y el factor literario, de no escaso peso, pueden no ofrecer serias dificultades al estudioso extranjero, un tercer factor, el político, ofrece muchas y arduas. Debió Carducci el impulso, directamente, al ideal "patria", el cual, como es notorio, se auna en él con el mismo ideal humano, es decir, injerta la vigorosa rama paisana en el gran tronco eternamente vivaz en todas las latitudes; intérprete el poeta de las necesidades de su patria y fustigador de los propios conciudadanos, quiso reanimar un entero organismo ético y civil, cuyo aparen-

(1) *Odas Bárbaras* de Josué Carducci. Versiones de B. Contreras. Edición de "Virtus". Buenos Aires, MCMXIX.

te letargo pareciale, cuando la acción más urgía, miserable flaqueza.

Es verdad también que esta obra de incitación, tan moderna por su contenido, si bien arranca de la tradición histórica—sólido patrimonio de la solidísima mente del poeta—no restringe la tradición a términos próximos, en el tiempo o en el espacio, sino que va ensanchándola a medida que la hace ascender a los orígenes comunes a otras estirpes; y en esto hay para el estudioso extranjero, una posibilidad para mejor entender el aspecto aún menos objetivo de Carducci.

Bien. Pero, ¿traducirlo? Las dificultades se complican. Para analizar los movimientos de aquella alma, a veces mugiente encolerizada como las ondas furiosas contra el escollo, a veces aconsejada por la armoniosa flauta de Pan, el eterno, en la hora férvida del mediodía, se necesita tener con ella sustanciales afinidades: condición precipua para un trabajo fundamental de interpretación.

Cuando, por primera vez, yo tuve noticia de la traducción de algunas *Odas bárbaras* hecha por un poeta argentino, me alegré infinitamente de que a través del Atlántico, la poderosa individualidad de Carducci, hubiese hallado eco en un espíritu fuerte de la misma sensibilidad, y me entregué a la lectura con el fervor conmovido que tan venturosa coincidencia me sugería.

Espero que habrá caído por siempre el error grosero que reputa pueda ser traductor de un poeta original y poderosamente plasmado en una determinada actitud, cualquier alineador de versos, hábil cuanto se quiera, o, en la mejor hipótesis, un poeta de cualquier temperamento, con tal que sea poeta. Si B. Contreras había asumido la tarea de traducir a Carducci, debía poseer—salvo el caso en que él hubiese fracasado en el intento, lo cual podía suceder muy bien—una estructura psicológica y preferencias estéticas no desemejantes de las del modelo ilustre.

Una rápida mirada de conjunto, una impresión aún no controlada por el examen cuidadoso, me dijo en seguida que Contreras, habiéndose propuesto dar un ensayo del complejo problema Carducci, había sabido recoger sus elementos principales, los cuales habían despertado en él ecos y resonancias fieles. Antes de todo, el grande amor de la naturaleza, tal es

mo precisamente lo había sentido Carducci: impulso generador de fuerza, fuente límpida y fresca de alegría, extraña a brumas sentimentales y a especulaciones metafísicas: sano y vasto aliento de vida que nace a veces de la ingenua contemplación de una mañana húmeda de rocío o de un ocaso en llamas, y a véces se expande del jubiloso fervor de los campos, de los gallardos brazos, atentos al arado, de los pechos resistentes a la fatiga y al amor—puesto que él, Contreras, había sabido entender la dulce y altiva belleza de aquella oda *La Madre* que cuenta entre las más tersas y seguras poesías de Carducci, por su plasticidad robusta y abundante inspiración; y la oda *A la Aurora*, límpida y joven como el amor, toda estremecimiento de alas, temblor de luces y virginidad de cálices.

Pero, ¿había sabido el traductor expresar eficazmente esa comprensión cariñosa? O, en otros términos, ¿después de haber penetrado la sustancia, había él sabido hacerla evidente bajo otros ropajes, sin restarle valor?

Claro es que junto con el factor esencial y personal de la interpretación, entra en esa refundición el factor lengua, a saber, la materia del troquel apto para la refundición. El cual factor, por más sutil conocedor que sea quien debe manejarlo, no puede ser materia tan maleable como para recibir un contenido ya forjado originalmente, sin hacerle perder algún ritmo, algún matiz de tono y color. Y si se agrega a esta observación de carácter general la dificultad que existe en traducir de un lenguaje poético rico de tonos y semitonos como es el italiano, y por su misma armonía representativa, apto para las más conceptuosas síntesis: ya sea en el giro de una frase métrica o en el poliédrico valor de un vocablo; si se agrega que tan delicado y complejo instrumento es modulado por un artista tan poderoso como Carducci, fácilmente habrá de comprenderse cuáles y cuántos obstáculos debió vencer el traductor de las *Odas Bárbaras*, las cuales son los más arduos versos del mismo Carducci, hasta el punto de producir en Italia, con su buscada aspereza, cuando por primera vez fueron conocidos, una verdadera revolución: tanto es así que desentonaron agriamente al oído de muchos, turbados de repente en el descanso de las tradicionales frases melódicas.

Por tanto, a mi juicio, en haber superado las mayores dificultades técnicas reside el gran mérito de Contreras, quien

ha tenido la agudeza y el fino sentido de sacrificar, cuando haciase inevitable, el mérito menor al mayor, la cualidad extrínseca a la intrínseca, el ornamento a la línea.

Consideremos, por ejemplo, la oda *A la Aurora*. El primer grupo de exámetros, en el cual está la jubilosa descripción del amanecer sobre el llano, el monte y el mar, ha sido reproducido por Contreras con singular maestría, sin descuidar un detalle, sin atenuar una pincelada del divino cuadro. El Maestro pinta de este modo:

> Tu sali e baci, o dea co'l roseo fiato le nubi,
> baci de' marmorei templi le fosche cime.
>
> Ti sente e con gelido fremito destasi il bosco,
> spiccasi il falco a volo su con rapace gioia;
>
> mentre ne l'umida foglia pispigliano garruli i nidi,
> e grigio urla il gabbiano su'l violaceo mare.

Y traduce Contreras con absoluta fidelidad:

> Subes, ¡oh diosa!, y besas con róseo aliento las nubes,
> besas de los marmóreos templos las foscas cimas.
>
> Te siente, y con gélido frémito el bosque despierta,
> rando el halcón se eleva con rapaz contento;
>
> mientra en las húmedas hojas los nidos garrulos pian
> y chilla la gaviota sobre el mar violáceo.

Pero más adelante, al representar Carducci al agricultor que en la contemplación de la aurora revive el religioso fervor que invadía a los padres arias y la fuerza del augurio contenido en el saludo a la joven diosa, nos lo define

> l'uom che tu svegli a oprar consumando la vita

sintetizando así el concepto ético del trabajo: eje, razón y sentido de la existencia—; mientras que el traductor, en la imposibilidad de armonizar plenamente su instrumento con el modelo, debe conformarse con la idea principal:

> el hombre de campo que al rudo trabajo tú llamas.

Es esta la única vez que Contreras renuncia a expresar el pensamiento de la oda, en toda ella, y son muy pocas también, a lo sumo dos o tres, sin demasiada importancia, sus renuncias a reproducir los matices de color.

La paciente e inteligente labor de Contreras al transpor-

ar al castellano ritmos y acentos, aparece manifiesta con sólo comparar ambos textos, especialmente en los pasajes donde la estrofa original más "airada resístese" a la mano que anhela aprisionarla: quien lea directamente la versión, la sentirá como otras no menos felices de Contreras, fresca, espontánea, fluyente.

¿Qué mejor alabanza, si ésta tuviese autoridad?

El sano amor de la naturaleza, ajeno a morbosas melancolías, había robustecido en Carducci el sentido panteista de la vida. Así como él huía, por temperamento artístico, de las sentimentalidades formales de los románticos, rechazaba, por sus principios filosóficos, toda concepción trascendental que pusiera razones en el misterio e hiciese pesar a éste sobre la realidad, oscureciéndola y cortándole la alegría del vuelo libre. Bien dijo pues Benedetto Croce cuando afirmó que Carducci fué antirromántico también porque sospechó en el romanticismo la existencia del misticismo y del ideal ascético.

El cristianismo era a su juicio maceración y por consiguiente disminución de vida, y él, cantor de la vida en la plenitud viril de la pasión, se refugiaba en las orillas serenas del Ilíso y del Tiber, junto al ara fúlgida de Apolo, a la cual Lydia corona con anémonas después de haber lanzado una mirada de entristecida piedad a la fría penumbra de las naves cristianas.

Contreras sorprende su amarga sonrisa en el solemne silencio de una Iglesia Gótica, donde

> ..... buscó Alighieri
> la imagen de Dios en el pálido
> semblante de una joven

y traduce con sugestiva eficacia, el contraste entre la pálida virgen cristiana que salmodia en medio de nubes de incienso y la pagana Lydia que danza en torno del ara del dios pagano: contraste que en la bellísima asclepiadea apenas alude (¡oh, cuanta reverencia por la austera frente de Dante pensativo en el misterio!) a la fiera batalla que en otro lugar,—junto a las fuentes del Clitumno—habrá de librarse entre el dios semítico y el latino.

He aquí en tanto el ara apolínea

> radiante en mármol pario entre lauros

y he aquí la ofrenda de la danzarina

> vertiendo anémonas tus manos, dicha
> tus ojos fúlgidos, tu labio armónico
> un himno de Baquílides.

Apenas, en esta oda, la alusión; en otras, la batalla: en aquellas en donde interviene directamente el factor "patria" a través de la tradición histórica. Porque la emoción puramente lírica que el paisaje suscita en Carducci, fundiéndose a menudo con los recuerdos que para quien sabe interrogarlo, nacen de aquel paisaje—tan sugestivo en su varia belleza en la cual refléjase el alma de los milenios—se transforma y levanta a un potente tono épico, y así revive el pasado en la ardiente invocación del vate.

Contreras, tanto por esa amplia evocación carducciana que mirando hacia atrás, en el tiempo, traspasa los estrechos límites nacionales, como por aquella civil admonición que, para exaltar al hombre de todas las edades y todos los lugares, mana de la exaltación de las virtudes primigenias de una estirpe, ha sentido la fuerza de la intención carducciana en la severa belleza de un grupo de odas que ha traducido con entusiasmo.

Es verdad que podría objetarse que lo ha atraído el solo mérito artístico de estas odas bárbaras, que son las más celebradas (*En las fuentes del Clitumno, En el Ada, De Desenzano, A la Victoria*, etc.); pero creo que no yerro al pensar que el varonil sentimiento del vate, tanto como su arte, han resonado con fuerza en el ánimo de Contreras, augurándole renovaciones civiles de las cuales no pueden ir enteramente desunidas las renovaciones poéticas. Al respecto nos ha enterado suficientemente el doctor Roberto Giusti, transcribiendo fragmentos de su correspondencia entre él y Contreras, en las admirables páginas consagradas a Carducci en su libro *Crítica y Polémica*, páginas en que a las opiniones del traductor de las odas bárbaras, acompaña un comentario que es un verdadero ensayo de agudeza crítica y una prueba de lúcida y entera conciencia.

Dirijamos una rápida mirada a la merecidamente famosa oda: *En las fuentes del Clitumno*. Delante del templo supérstite del númen autóctono, vuelve a pasar la robusta paganidad romana: tan cara a Carducci, y sobre ella, arrolladora y livi-

da, la ola del cristianismo, que abate templos sagrados y obras fecundas. Pero he aquí que de esa ola angustiosa irrumpe impetuoso el grito libertador, el cual renueva el siglo: de los lejanos manantiales generadores, que en vano la edad bárbara pretendió secar, nuevos gallardos brazos nacen, en un audaz anhelo de porvenir; y el himno de la Vida irrumpe con sus fértiles trabajos y sus santas batallas, a los cuales el poeta, con infinita ternura filial, llama a la antigua Madre, numen presente y vigilante.

El poema se abre con la pintura del paisaje umbro, desde cuya divina paz, animada por un idilio campesino y por la blanca mancha de los rebaños llevados al río, así como por "los hermosos toros pujantes", sube la inspiración al corazón del poeta, aleteando "sobre su encendida frente—los dioses ítalos".

La descripción ha sido magistralmente traducida por Contreras, e igualmente las sucesivas estrofas, las cuales, de la desdeñosa protesta contra el sauce, símbolo de humillante pietismo, plantado en el sitio donde sólo los cipreses debieran erguirse

> (en torno aquí del emergente numen
> yérganse vigilantes los cipreses)

hacen surgir la evocación histórica de los tres imperios que se sucedieron sobre la tierra de Umbría. El último—Roma, que acoge en su panteón los varios dioses indígenas, conciliando así a vencedores y vencidos—, bien podía convocar, al llamado de su bocina guerrera, a todos los pueblos itálicos, cuando el enemigo amenazara a sus penates y a los de Italia.

> ... ...
> y cuando el furor púnico triunfante
> tronó en el Trasimeno,

> llenó un grito tus antros, y en los montes
> lo repitió la bélica bocina:
> —Oh tú que paces la boyada cerca
> de la brumal Mevania,

> y tú que aras en la orilla izquierda
> del Nar, y tú que los verdeantes bosques
> sobre Espoleto abates, o que en Todi
> celebras nupcias,

> deja el buey gordo entre las cañas, deja
> el toro flavo a medio surco, deja
> la cuña fija en la inclinada encina,
> deja la esposa al ara;

y corre, corre, corre! con el hacha
corre y los dardos, con la clava y el asta!
corre! amenaza los penates ítalos
el fiero Aníbal.

Contreras ha sido verdaderamente feliz en este *crescendo* de emoción épica, que por brevedad he truncado, aunque culmina en las dos estrofas siguientes; pero resúltame inalcanzable en aquellas en que la concitación de la evocación histórica se apaga en la serena belleza de la leyenda, que se abre con un amplio motivo sinfónico en la danza de las ninfas fluviales:

Emergían largas en flüentes velos
azules náyades.....

¿Núnca baja pues el tono en la versión de la admirable sáfica? Sí, pero es inevitable. Carducci, por ejemplo, a la afirmación angustiosa: — Roma ya no triunfa — hace seguir, con mordiente amargura, la conquista del Cristianismo. Y comienza con dos versos en los cuales cada palabra parece reir sarcásticamente: aspereza de sabor y de color.

Piú non trionfa, poi che un galileo
di rosse chiome il Campidoglio ascese

Ese "galileo di rosse chiome", es intraducible, sin contar el "piú" inicial, que tiene toda la rotunda fuerza de la negación

Contreras se ve obligado a traducir:

No triunfa desde que subió a su solio
un galileo de cabello rojo.....

con un evidente apagamiento de color. Más adelante él ha debido sacrificar un concepto a la tiranía del idioma, el cual no posee las rápidas condensaciones del italiano, que permiten a Carducci resumir en una sola estrofa la idea del desierto, hecho por las turbas ávidas de destrucción y la idea de la desnaturalización del sentido de la vida, que blasfemando llama al desierto "reino de Dios".

Pero, ¡cómo se afina, cómo se templa el instrumento a veces rebelde, en las expertas manos de Contreras, cuando él traduce el conmovido lirismo de las estrofas finales!

Y tu, pia madre de robustos toros
en la labor invictos, y de ásperos
y relinchantes potros en la guerra,
Italia madre,

madre de vides, y cereales, y altas
leyes, y de artes que la vida endulzan.

salve! los cantos de la antigua laude
yo aquí renuevo.
. . . . . .

Ahora, ¿cuál elegiré entre las joyas de las versiones que me cautivan?

¿Aquélla en que aletea el sagrado terror de las reliquias profanadas por el aliento de las pequeñas cosas mundanales: la sugestiva sáfica nacida bajo un cielo lluvioso y un vuelo graznador de cuervos, junto a las Termas de Caracalla?

O para elegir otro metro—aquel período epódico tan felizmente imitado por Carducci con un endecasílabo y un heptasílabo esdrújulos—, y otra inspiración—la subitánea tristeza que se encuentra en el fondo de la copa llena de rojo vino y en los ojos relampagueantes de amor, cuando los pinos y el mar murmuran arcanos lamentos—¿me referiré al delicado motivo del *Ruit hora*, que Contreras ha traducido con gracia tan exquisita?

Florece en él un vago sentimiento de inquietud espiritual, rarísimo en Carducci, a quien no suelen turbar los fantasmas de muerte, pues en la muerte él ve el simple definitivo epílogo de la humana jornada: así que el *Ruit hora*, como otras pocas poesías (por ejemplo, *Sobre el Monte Mario* y *Junto a la urna de Shelley*) está penetrado de una honda dulzura, por la cual la idea del fatal epílogo alienta sobre el corazón, pero no lo sacude, y menos lo atenacea.

Dos divinos amigos están con el poeta en la verde soledad campesina:

¡Oh, cómo ríe en el cristal luciente
Lico, el eterno joven!
¡Como, fúlgida Lidia, en tu mirada
triunfante amor se muestra!

Pero el sol que se quiebra contra el terso cristal y centellea sobre las trenzas de la amada, muestra al poeta la agonía de la rosa entre ellas prendida, y el verso asume de improviso el tono elegíaco:

Mira con que deseo aquellos montes
tienden los brazos hacia el sol occiduo:
La sombra va fajándolos: Parece
que ya el beso postrero reclamaran.

Pues, si las horas huyen, apresuremos la alegría, a fin de que la muerte sea un dulce desvanecimiento del ser

. . . . . .

Y la hora desciende. ¡Oh boca rósea,
ábrete!: ¡Oh, flor del alma!:
¡Oh, rosa del deseo, abre tus cálices!
¡Caros brazos, abríos!

(Confieso que no me gustan nada todos estos puntos de admiración, de los cuales en italiano, por suerte, no hay necesidad alguna. Me parecen esposas que sujetan los versos). Carducci no dice "rosa", sino "fior del desiderio"; obsérvese con cuanta finura Contreras sustituye un vocablo por otro, cuando las necesidades métricas se lo reclaman: una rosa era precisamente la flor que languidecía sobre los negros cabellos de Lidia.

¿Minucias? ¡Oh, la belleza de un verso está hecha de tales minucias! Y un traductor debe muy especialmente conocer el delicado secreto de ellas, como bien lo demuestra el traductor de las *Odas bárbaras*.

A quien yo debo sin embargo dejar, a causa de la forzada brevedad de los límites impuestos a estos modestos apuntes.

No sé si en ellos he sabido expresar mi admiración por el exquisito poeta argentino que se ha revelado sabio traductor de Josué Carducci; pero tal era mi intención.

El ha profundamente sentido al grande poeta italiano porque lo ha amado, y lo ha amado porque todo lo que de sano y viril se desprende de su obra—inspirada en un supremo ideal de belleza, que es inquietud de renovación y ansia de perfección humana y civil — ha hallado eco en su corazón. Y también ha encontrado eco en su sentimiento artístico, la robusta técnica del verso carducciano.

El esperar que nazca en la poesía argentina algún fruto de la buena simiente arrojada en su surco—como sinceramente Contreras augura—es cosa que honra su conciencia de poeta nuevo.

Pero, aparte de esto, él ha cumplido un nobilísimo esfuerzo, que vale mucho en sí mismo y por lo que representa. Y si puede sonreír a un poeta que por amor se ha hecho intérprete de otro poeta, el premio de lograr revelarlo a quienes lo ignoraban o conociéndolo mal, me parece que Contreras ya debe sentir que lo ha conseguido y estar orgulloso de eso.

NELLA PASINI.

ALFONSINA STORNI

Ejemplo raro, si no único, en esta tierra en la que abundan los líricos Jeremías y los afeminados rimadores, es el de esta fuerte mujer, todo sueño, carne y emoción que nos viene dando en verso, las más hermosas pruebas de su bello talento. Conozco apenas—lo que es casi no conocer—a la señorita Storni y ello va dicho para que el público no crea que por tratarse de una mujer, haya en estas palabras, ni el más ligero asomo de amistad o la más mínima parte de galana condescendencia. Con la señorita Storni puede hablarse sin eufemismos, ya que ella misma nos da ejemplos de claridad en el decir, en las viriles y armoniosas estrofas de su verso, en las que la autora pone y dice de todo, sin importársele un comino de la entrelínea o del comentario malicioso y miserable del público asustadizo. Bien es cierto que este poeta no escribe para ser leído por las *jeunes filles* en los largos hastíos de las medias tardes, si no para hombres apasionados y violentos que hayan mordido la vida, alguna vez, con la misma ansia con que se muerde el corazón de una fruta madura. Su Pegaso es un potro entero que no conoce la sumisión indolente y servil de los establos. Por eso ella le lanza desbocado, en plena roca, y por eso también, bajo la recia pezuña alada, va brotando un luminoso fleco de diamantes. "Las cosas le vienen desde el fondo de la vida" y ella va dejando ver "en todos los momentos, en todo esto que cambia, en todas las sustancias, desnuda, limpia y sin ropajes, su propia alma". Ya lo dice ella misma con más claridad y con mas belleza en esa especie de introducción de la página 9, en la que la poetisa, con todo acierto y placer, se entretiene en hablar de sí misma. Por otra parte, y como buena lírica que es, le gusta hablar siempre e invariablemente de sí. Nosotros creemos que en eso es verdaderamente insuperable. Se ofrece con la ru-

da camaradería de un marino, que con el cuello desnudo y la pipa en la boca, se nos entrega sin reatos en el cordial apretón de manos de los arribos.

—"Aquí estoy, camarada"—parece que nos va diciendo en cada línea. "Aquí estoy, en mis virtudes y en mis yerros sin aparentar condiciones que no poseo y sin disimular, tampoco, los defectos inherentes a mi lamentable condición humana".

Su voz, que a veces es un grito, le sale de lo más íntimo y sensible de las entrañas. Ama el sol, la luz, el aire, los hombres fuertes y leoninos que dejan en las carnes la huella de las manos viriles, y ante todo y por encima de todo, ama su libertad salvaje de portalira. Es la que es; voluntariosa e indomable, pequeña pantera crecida en el desierto, entre riñas de leopardos y jaguares. Su Musa no sabe apretarse el corsé o disimular la ojera lívida con el artificio de los polvos de arroz. No tiene otra coquetería que la de componer sus versos en una lengua y un ritmo admirables.

Tómame entre tus manos como blanco capullo
Y muéstrame a los Dioses con gloria y con orgullo.

dice por ahí en una de sus más vibrantes composiciones. Es que el Amor, ese bandido alado y ciego que nos tortura a todos, tiene por la poetisa una predilección que podríamos llamar infernal. Es su preocupación casi exclusiva, el sentimiento más fuerte en su lira heptacorde, el polo y fin de su ruta terrestre. El amor la asedia, la envuelve, la tortura, la desvela, la arrastra, la transfigura, la vence, la martiriza, la enloquece y la aplaca. El amor está en su alma como la partícula de polen en el corazón de cada rosa.

Ven esta noche, amado; tengo el mundo
Sobre mi corazón... La vida estalla,
Ven esta noche, amado; tengo miedo
De mi alma

Sí, aquella alma es una especie de serpiente enorme e insaciada que se va enroscando a cada cosa con un abrazo sobrenatural alma por la que pasan todas las emociones imaginables haciendo estremecer hasta las últimas terminaciones de los nervios, con sacudimientos de epilepsia

La señorita Storni es el más valiente de nuestros poetas

del amor. Sus versos que tienen una transparencia de agua que corre, nos da, día tras día, las emociones de la autora, contándonos sus desfallecimientos, confesándonos sus esperanzas, diciéndonos, sin antifaces ni medio tonos, todo lo que sufre y espera aquella desnuda alma salvaje.

Qué lejos se está con ella de la generalidad de nuestros versificadores casi bizantinos, que porque no se atreven a decir nada, o nada tienen que expresar, nos dan en estrofas frías y perfectas el pálido malabarismo de su retórica sin emoción o de sus imitaciones sin valor. Qué lejos de Versalles, de los cisnes, del Partenón, de Colombina y de Polichinela, con esta fuerte mujer de nuestra raza que nos dice, en bravos versos extraordinarios lo que nosotros mismos desearíamos decir todos los días.

Qué pocos son entre nosotros los que siguieron el consejo de Darío:

> Por eso ser sincero es ser potente,
> De desnuda que está brilla la estrella.

y se dieron al verso como quien se entrega a un rito sagrado en el que ni se acepta ni tolera la más mínima simulación.

La señorita Storni es una verdadera sacerdotisa en el más noble y elevado concepto de la palabra. Por eso su verso, como el de muchas páginas de Darío, como casi todos los poemas de Baudelaire, como los de Verlaine, en la gran época, y sobre todo como los de aquella inolvidable Marcelina Desbordes Valmore, dan la impresión de gritos brotados de lo más sensible de su alma.

Por otra parte—y felizmente—la autora no aspira a hacer lírica transcendental, ni a llenar los menudos renglones de su verso con ideas traspapeladas de tales o cuales escuelas filosóficas. Además, no hace docencia, ni moral, ni "cultura"; evidentemente, cuando escribe sus versos no se propone nada, aunque realiza la dulce e inmortal tarea de entregarse al pedazo de papel que la recoje como si fuese una urna de bronce.

De ahí que la Poetisa se haya salvado de la Psicología, de la Psicopatología, de la Pedagogía, de la Fisiología, de la Historiografía, etc., etc.; en una palabra, de nuestra hueca y vana pedantería literaria, que no concibe hacer un soneto o escribir una página sobre una tarde de otoño, sin traer a colación cuarenta citas diversas y acollarar, al cabo de las páginas, a Pitágoras con Anatole France, y a Wagner con Suetonio. Falta de

talento creador, en último término, y deseos de disimular lo que no se tiene con lo poquito malo y heteróclito que se pide prestado.

En cambio, todo cuanto muestra y ofrece la señorita Storni le pertenece en absoluto: su idioma no tiene reminiscencias francesas, inglesas, italianas o latinas. Escribe en castellano, en nuestra sonora y armoniosa lengua peninsular, sin torturarla con afeites prestados y postizos. De ahí, sin duda, la diáfana claridad de la escritora que no da margen jamás a que el lector se detenga a adivinar o a traducir su pensamiento. Llama las cosas por su nombre y de la única manera que podrían ser dichas.

Sus imágenes también le pertenecen en absoluto. Se ve que han brotado espontáneamente, sin esfuerzo alguno y que han llegado a su estrofa por ley natural, como llegan a la punta de las ramas las flores abiertas del verano. Se nota que no "hace el verso para *colocar* la imagen" sino que los dos trabajos son simultáneos: el parto y la forma viva que se da a luz.

Finalmente, para concluir con estas carillas que para impresión del momento son demasiado largas, el verso de la señorita Storni, tiene armonía, ritmo, elegancia, fuerza y elasticidad: es un decir serio y noble, sin rebuscamientos, torturas ni malabarismos de retórica. Sólo le haríamos una ligera observación, y es que nos disgusta, en versos tan bien hechos como los suyos, el que, a veces dentro de la misma línea se repitan sonidos iguales que suelen romper la armonía larga y general de los períodos. Pero esto, que cuando mucho sería un trabajo final de corrección de pruebas, no quita ni desmerece en nada el legítimo valor de este grande poeta de verdad, que en plena juventud se está ganando, con toda justicia, un puesto de honor entre los trovadores de América.

Tenemos por hábito el no callar jamás el grito de entusiasmo que despierta en nuestro espíritu la obra de los otros en la seguridad de que el aplauso al camarada es una noble palabra de aliento que debe pronunciarse, aunque más no sea que para contrariar la fosquedad de la mayoría de nuestros escritores que se pasan la vida haciendo creer que desconocen la obra de los otros aunque a veces lleguen hasta la vergonzosa impudicia de las imitaciones.

Por eso, fuera de toda amistad, atracción o simpatía, van es-

tas líneas escritas al leer *Irremediablemente* que es, a nuestro juicio, uno de los libros de versos más bellos entre las docenas de los aparecidos desde hace veinte años.

Ojalá continúe la Sta. Storni por la misma senda para darnos de tiempo en tiempo la alegría de nuevas páginas admirables como estas que acabamos de leer hace un momento, y ojalá la gloria, que es tan avara entre nosotros, sea justa y ampliamente generosa para con la Poetisa de *Irremediablemente*.

LUIS MARÍA JORDÁN.

EL POEMA DE LOS FRUTOS

Fruto.

Un fruto balsámico mi símbolo sea:
en cuna de pétalos sonriendo se crea
y tiene su cáscara suavidad de piel.

Es cuando madura un recién nacido
que ofrece a los dientes que ya lo han mordido
un corazoncito rebosando miel.

Un fruto maduro suspenso en la rama,
es leve incensario que el aire embalsama
de voluptuoso aliento estival.

El fruto que alcanza la madurez plena
adquiere apariencia de carne morena,
de oro y de esmalte casi inmaterial.

Si en la escueta rama secándose queda
parece el rasgado bolsillo de seda
que robó a una dama algún mal ladrón.

Deshecho en cenizas y ya ennegrecido
de muchos gusanos voraces roído,
su abierto cadáver muestra el corazón.

Madurez.

En el hondo cuévano
adornan las fresas
el brillante ébano
de las uvas gruesas.

Los platanos pálidos
junto a las naranjas,
de colores cálidos,
forman dobles franjas.

La fruta carminea
que al pecado indujo
extiende una linea
de purpúreo lujo.

Los morenos dátiles
del oasis moro
reflejan vibrátiles
insectos de oro.

Nísperos forrados
de aúreo terciopelo,
mezclo a amoratados
frutos de ciruelo

Naranjas.

En las naranjas un símbolo veo:
la madurez de su cárnea turgencia
se doró al fuego sensual de un deseo.

Pero es el líquido, interno tesoro,
en su ternura y en su transparencia
como de lágrimas, ambar y oro.

Manzana.

Oh, túrgida poma,
en tí mi alma quiere
ser tenue gusano que nace y que muere
impregnado siempre de tu fino aroma.

Uvas.

En la dorada piña
las uvas se apretujan
como un corro de niñas
cuando pasa una bruja.

Guinda.

Es la roja pulpa
de la roja guinda,
boca que a la culpa
sus besos le brinda.

Nuez.

Un cofrecillo es la nuez
tallado en madera oscura,
de hermética cerradura
que sólo se abre una vez.

Almendra.

Rompo el hueso y al verla
tierna, blanca y oval,
pienso que es una perla
con vida vegetal.

Avellana.

Muevo una avellana gorda
y como está casi huera
da la nota simple y sorda
de un cascabel de madera.

Granada.

Apenas te rompa
y a la luz te alíes
mostrarás tu pompa
de húmedos rubíes.

Ofrenda

Carne primaveral
la del risueño fruto:
brindémosla en tributo
a la mesa feudal,
al humilde zagal,
al voraz mono astuto
y al pico diminuto
del pájaro informal.

Fruto podrido

Al pie del árbol cae por su peso
el fruto ya en exceso
túmido
y se revienta como enano odre
rebosante de podre
húmedo.

GERMÁN BERDIALES

Las teorias de Gumplowicz y un manifiesto de la nueva Italia

Hace tiempo que con el propósito de trabajar sobre una Exposición y crítica de las doctrinas sociológicas de Gumplowicz, anotaba las observaciones que me sugerían las repetidas lecturas de sus obras. En esa forma, poco a poco obtuve la síntesis que se inserta a continuación y que serviría de pauta o programa al proyectado estudio. En tales circunstancias estalló casi de improviso la guerra europea y como lo esencial del trabajo versaría sobre las causas y finalidad general de las luchas entre pueblos, consideré prudente no continuar en una tarea que necesariamente conducía a generalizaciones expuestas a ser desmentidas por los resultados de la gran contienda.

Terminada la guerra en la forma conocida, es decir, con la derrota de Alemania y sus aliadas, llegó el momento de examinar si esos resultados y las tendencias que se manifestaban en las países vencedores, desmentían o comprobaban los principios generales que informan la doctrina.

Un documento típico en tal sentido lo constituye el Manifiesto que a manera de programa de la "nueva Italia", insertan en el primer número de la revista *Política* sus directores, señores Francisco Coppola y Alfredo Rocco, aparecida en Roma el 15 de diciembre ppdo., es decir, a raíz del armisticio acordado a los vencidos.

El lector podrá juzgar en qué coinciden las enunciaciones generales de la síntesis con el manifiesto y el acierto de Gumplowicz al determinar los propósitos que impelen a los pueblos a los unos contra los otros.

Pero aún, prescindiendo del interés que pueda ofrecer el cotejo, cabe hacer constar que el manifiesto es un documento

altamente "representativo", máxime, después que, según parece, el pueblo italiano ha ratificado con su actitud, las tendencias imperialistas que allí se confiesan. Es lo que me ha inducido a traducirlo y ofrecerlo a los lectores de NOSOTROS, pues no conocemos otro que condense con mayor acopio de antecedentes y exprese con mayor sinceridad el estado de alma de los pueblos vencedores.

I

La humanidad desciende de varias parejas (poligenismo). Si bien este supuesto no ha sido demostrado aún de una manera concluyente, no puede desconocerse, sin embargo, que en el hecho existen distintos grupos humanos (blancos, negros, amarillos y sus matices), que presentan caracteres específicos propios y obran como si fueran de distinto origen.

II

Los elementos que integran un Estado (gobierno, milicia, justicia, etc.), no aparecen en tanto que subsista la homogeneidad étnica. Rasgo típico fundamental de la constitución del grupo: igualdad de todos los componentes sociales.

III

Esta homogeneidad desaparece cuando la lucha por la existencia o acontecimientos naturales (terremotos, diluvios, pestes, etc.), ponen en contacto dos o más grupos de distinto origen (hordas, tribus, etc.), produciendo, mediante la sugestión de un grupo al otro, una comunidad política compuesta de pluralidad étnica, representada por dominantes (horda vencedora) y dominados (horda vencida).

IV

Desde el momento que esto se produce, desaparece el equilibrio social existente en la comunidad homogénea y nace un equilibrio instable mantenido por la Fuerza, originándose, a la vez, un proceso dinámico que tiende sin cesar al equilibrio natural primitivo. Más accesible; los dominados tienden a ser iguales a los dominantes.

V

Este proceso se desenvuelve en el seno de cada comunidad heterogénea (lucha de clases) y entre las diversas comunidades (tribus, ciudades, naciones, imperios). La primera tiende a la igualdad de los elementos componentes, la segunda a la ampliación del radio de cada horda. Resultados generales: desaparición de las diferencias étnicas originarias en el interior, vale decir tendencia al equilibrio natural primitivo; amplitud del dominio de la horda vencedora y disminución creciente del número de hordas.

VI

Para que este proceso se cumpla es indispensable que las clases dominadas posean un coeficiente de aspirabilidad, y las dominantes un coeficiente de elasticidad. Sin el primero, es decir, si los dominados no hicieran ningún esfuerzo para mitigar su situación, su esclavitud sería perpetua. Si los dominantes resistiesen toda concesión, se expondrían a destruír o a ser destruídos. Aspirabilidad y elasticidad originan una serie de acomodamientos internos entre dominantes y dominados. Estos acomodamientos reconocidos y garantizados por el Estado, constituyen el Derecho. En el exterior la lucha puede prolongarse sin que haya vencidos y vencedores, pero, en definitiva, triunfará el más apto, continuando entonces el proceso en el seno de la horda vencedora.

VII

La tendencia igualitaria se produce en forma positiva o negativa. Es positiva cuando los dominantes le acuerdan a los dominados las mismas facultades y prerogativas que ellos gozan (*jus commercium, jus connubium, jus civitatis*). Es negativa cuando el núcleo dominante renuncia a prerogativas que no son adquiridas por los dominados (*jus primae nocte, derecho de caza, etc.*)

VIII

La lucha que engendra el desequilibrio jurídico cambia de denominación en el transcurso del tiempo. Igualdad civil en la

antigüedad, igualdad política en la época moderna, igualdad económica hoy, pero en el fondo es siempre idéntica; y se reduce a que el mayor número de los componentes sociales desea gozar de idénticos beneficios que el mayor número, tendiendo sin cesar al equilibrio existente de la horda homogénea.

IX

De lo expuesto se deduce que las guerras tienen por

Causas

La tendencia natural de los grupos étnicamente distintos a explotarse. La sujeción de los vencidos introduce un desequilibrio en el seno del vencedor, desequilibrio que tiende a desaparecer a medida que la horda se homogeneiza.

Efectos inmediatos

Aumento del número de componentes y ensanche territorial de la horda vencedora y progresiva disminución del número de hordas heterogéneas.

Finalidad general

Fusión de los elementos de todas las hordas heterogéneas en una sola representada por un tipo étnico medio, es decir, regreso a la horda originaria primitiva, cuyo rasgo esencial consistía (párrafo 2º), en la igualdad de todos los componentes sociales.

EL MANIFIESTO

Contradicción entre las ideas y la realidad de la guerra

El historiador futuro que podrá juzgar mejor que nosotros, actores y espectadores directos, los grandes acontecimientos de estos cuatro años, no se dará cuenta fácilmente de la contradicción que ha dominado desde los comienzos al fin, acentuándose y agravándose durante la guerra; la contradicción entre el carácter substancial del gran conflicto, y cómo fué concebido y ejecutado por la inmensa mayoría de quienes tomaron parte, es decir, entre la realidad de la guerra y la ideología de la guerra.

El conflicto mundial cuyo origen debióse al *ultimatum* de Austria a Serbia en julio de 1914, y su terminación efectiva por

la capitulación de Austria ante Italia victoriosa el 3 de noviembre de 1918, ha sido, indudablemente, un episodio grandioso y terrible; pero no nuevo ni último, de la eterna lucha de los pueblos por la existencia y por el dominio. Basta remontarse a los orígenes y a las razones profundas de la guerra, para convencerse. La lucha entre el germanismo ya dominante en la cuenca del Danubio, donde dirigía la vida política y económica de los diversos pueblos sujetos a la monarquía austro - húngara, y el eslavismo triunfante en buena parte de Asia y los Balcanes, fué la causa determinante de la conflagración. A la misma se debe el *ultimatum* austriaco, la intervención de Rusia, protectora de los pueblos eslavos, y la solidaridad tudesca con Austria Hungría en la preparación diplomática y militar de la guerra.

La lucha entre el imperialismo germánico, macizo, pesado, teórico, sin sentido histórico y político, insatisfecho y por lo tanto agresivo, y el imperialismo inglés, ágil, lleno de experiencia y de sentido práctico y, por lo tanto, conservador y pacífico, fue la razón fundamental que puso a la Germania frente a Inglaterra y determinó la intervención del imperio británico, con todo el peso de su desmesurada fuerza. Del mismo modo, la lucha secular entre franceses y germanos que culminó en las largas guerras entre Francia y Austria, cuando el Imperio de los Hapsburgos fué el mayor exponente de la potencia tudesca; entre la Francia y Prusia; entre Francia y Germania, cuando la hegemonía del mundo germánico pasó de Austria a Prusia y al imperio tudesco, explica suficientemente el carácter de la participación francesa en la guerra.

Causas más complejas tuvo la intervención italiana, si bien fué específicamente determinada por el conflicto secular entre italianidad y germanismo, entre italianidad y eslavismo, representados respectivamente sobre los Alpes y en el Adriático; pero que, en el hecho, encontró genéricamente su motivo determinante en la necesidad de la expansión mundial de Italia que bajo la fuerza de un impulso instintivo debía inducirla a participar en la lucha de la cual derivaba el nuevo equilibrio del mundo.

Por último, también la participación de América, tuvo su fundamento efectivo en una necesidad nacional e imperial menos inmediata, menos evidente, pero no por eso menos incontestable: la defensa de la expansión y de la existencia futura del gran Imperio americano, amenazada, especialmente en la Amé-

rica del Sud por la hegemonía tudesca; y por la voluntad de preponderar en la política mundial y de invertir, respecto de Europa, la relación de potencia preexistente.

Ahora bien, esta realidad de la sangre que en los primeros tiempos del conflicto y aún en mayo de 1915, en la época de la intervención italiana, era bastante clara, se ha ido obliterando en la opinión pública mundial a medida que la guerra se prolongaba, se complicaba y se hacía más ardua. El gran conflicto, que consistía especialmente en la lucha por la existencia y por el dominio del mundo, se transformó, cada vez más, en los escritos, en los discursos, y hasta en documentos oficiales, en un contraste de doctrinas y de concesiones políticas, una lucha entre la "democracia" y la "autocracia", entre la idea pacifista y el "militarismo". La opinión pública fué especialmente excitada contra el imperialismo en general y no contra el imperialismo alemán, olvidando que cuatro de las naciones de la entente, Inglaterra, Francia, América y Rusia, eran, precisamente, inmensos imperios que luchaban por su conservación y por su expansión.

Esta concepción culminó en la polémica que se produjo entre los ministros de relaciones exteriores americano y alemán, después que Alemania solicitó el armisticio. En esa polémica pareció que el propósito esencial de la guerra se hubiese convertido en la democratización de Alemania, como si millones de hombres se hubiesen hecho matar durante cuatro años al solo efecto de convertir al enemigo a la fe de "los inmortales principios".

Este extraño contraste entre la realidad de la guerra y la ideología de la guerra, es el producto de causas múltiples y complejas. En primer lugar influyó ciertamente, la larga corrupción ideológica que desde hace más de un siglo venía deformando la mentalidad política de los más grandes pueblos. De ahí que, durante la crisis, el instinto ha resurgido y reaccionado, mientras que la inteligencia política ha permanecido sin resistencia. Los pueblos más heroicamente preparados y firmes en la acción y en el sacrificio, se han encontrado impotentes para comprender el significado, el valor, la ley de la grande y tremenda historia que ellos mismos tejían con su dolor, desde que no tenían otros términos para pensarla que los suministrados por la ideología contemporánea, es decir, la ideología antihistórica por excelencia.

En segundo término influyó, además, la posición de las dos potencias conductoras de la opinión mundial: Inglaterra y Francia, ambas sobresaturadas de Imperio y, por lo tanto, conservadoras y pacifistas, envueltas en el conflicto por la necesidad de las cosas y no por su libre voluntad, posición que se ajustaba desde el punto de vista internacional, también estática y conservadora. Influyó también el instintivo imperialismo espiritual de América, que no poseyendo más tradición intelectual y política, que la democrática, estaba naturalmente indicada para imponerla como vehículo de su universal prestigio, al mundo entero. Agréguese, además, que por un miope y simplicísimo cálculo de oportunidad política, los mismos hombres de estado de la Entente, se hicieron pregoneros de la guerra democrática, pacifista, antiimperialista. En resumen, se pensó que el mejor medio para obtener de las masas, los sacrificios individuales necesarios para la victoria, consistía en herir los sentimientos individuales de las multitudes mismas. De aquí deriva toda la fuerza y todo el valor de la ideología democrática. Por último influyeron sobre el mito pacifista y antiguerrero, las persistentes derrotas de la Entente. De ahí que, siendo el mejor testimonio y la prueba de la menor fuerza de la coalisión, surgió espontáneo el llamado a otro elemento que, aparte de la fuerza, pudiese dar la victoria. De ahí derivó también la absurda concepción de la guerra antimilitarista porque las naciones como los individuos nada odian tanto como las cosas que no saben hacer. Por la misma razón vemos hoy a la Germania vencida convertirse en pacifista. *La ideología democrática es, por definición, la ideología de la derrota.*

Esta mentalidad hizo más larga, más dura, más sangrienta la derrota, y ya al pacifismo de los gobiernos, de los parlamentos, de la opinión pública antiguerrera, las naciones de la entente, deben su parcial o total impreparación bélica que originó los éxitos iniciales de sus enemigos, tan duramente descontados durante el conflicto, que dió tiempo a los imperios centrales de aplastar y disolver a Rusia, que creó en Bulgaria y en Turquía la ilusión de la superioridad tudesca, determinando su intervención. Por que digan lo que quieran, los apologistas de la debilidad, la verdad es ésta: la fuerza no estaba de parte de Alemania y de Austria, sino de los aliados, siempre que sea verdad que 140 millones de hombres aislados del mundo, deban consi-

derarse menos fuertes que 1.000 millones, con los recursos del mundo entero a su disposición. Pero la cuestión está en que las fuerzas sobrantes de la entente eran mal utilizadas, por causas geográficas, políticas y morales, y, sobre todo, por la mentalidad antibélica que en ella predominaba. Esta mentalidad impidió que se requiriese, desde los comienzos, a los respectivos pueblos, todos los duros sacrificios para la victoria; que la guerra fuese conducida con la despiadada energía inseparable de la idea misma de la guerra; que se aplastasen rápida y definitivamente, todas las fuerzas que por intereses de partido o de clase minaban la resistencia interna. A esta mentalidad dudosa, temerosa, muelle, paralítica, la Inglaterra, Francia e Italia deben muchas centenas de millares de muertos y muchos millones gastados.

Y, si no se produce un saludable despertar en la opinión pública occidental, muchos daños y peligros se van preparando a los pueblos de la entente. Ya sus enemigos vencidos han comenzado a utilizarlos como el medio más eficaz para sustraerse a las consecuencias de la derrota. Impotentes para combatir con las armas, ellos se batirán con la dialéctica Wilsoniana sustrayéndole a los vencedores, en el campo diplomático, lo que han ganado en el campo de batalla. Este peligro abarca todos los pueblos de la entente. Inglaterra amenazada en su secular dominio marítimo por el principio de la libertad de los mares; a Francia se le prepara la vecindad de un estado de 80 millones; pero ataca sobre todo a Italia, que en virtud de la astucia de sus seculares enemigos, que hasta ayer se llamaban austriacos y hoy yugo-eslavos y tiroleses; y más aún, quizá, por la miopía de sus mismos aliados, ve puestos en duda los frutos de sus esfuerzos, de sus sacrificios inauditos, de su indomable tenacidad. Y los ve puestos en duda, precisamente, en nombre de aquella ideología democrática, antiimperialista igualitaria, que sus enemigos y sus amigos intentan desencadenar como el arma más formidable y decisiva. Tampoco resulta de poca monta el efecto debilitante de la tímida y viscosa mentalidad democrática frente al contagio bolsheviki. Fundada sobre el individualismo disolvente, que el mundo moderno ha heredado de la disgregación medioeval, la ideología democrática, resulta apropiada para determinar en el ambiente en que predomina, un estado de mínima resistencia, frente a la anarquía maximalista, que, en definitiva, no es sino la última expresión del más desenfrenado

individualismo. Y, en realidad, en todos los tiempos y lugares, el democraticismo impotente constituye la vanguardia de la anarquía. Por nada también, hoy Kerensky ha precedido a Lenine.

II

Es necesario resistir y reaccionar contra la difusión de semejante mentalidad. Afortunadamente ya el instinto de conservación de los grandes pueblos de la entente, amenazados en los frutos mismos de su victoria, ha iniciado activamente una reacción en el campo de los hechos. En Inglaterra, la opinión pública ha manifestado por signos inequívocos, que no consentirá a ninguno, amigo o enemigo, de poner en tela de juicio con la libertad de los mares, la supremacía marítima del imperio británico. En Francia, la hostilidad contra la Alemania democratizada, no es menos grande que contra la Alemania absolutista y feudal, y el principio de la nacionalidad se hace muy bellamente a un lado, cuando se trata de impedir la anexión al antiguo imperio, de diez millones de alemanes austriacos. En Italia, los curiales de la "política de nacionalidad" callan frente a la explosión de universal desdén suscitado por la tentativa de los yugoeslavos de perpetuar en nombre del principio de la nacionalidad un dominio extranjero en la otra orilla del Adriático, nuestra por milenaria tradición, por situación geográfica, por espíritu y por cultura; pero, sobre todo, *indispensable para nuestra seguridad y para nuestra expansión.*

Es necesario que este movimiento se acelere, se ensanche, se convierta en sistema orgánico de ideas y se transforme en consciente acto volitivo; y para esto hay que afrontar y vencer formaciones mentales que se remontan a la lejana edad media.

Derivada, en efecto, la ideología democrática del movimiento intelectual que suele llamarse "filosofía de la Revolución Francesa", tiene, en realidad, orígenes más remotos, y debe referirse como concepción social y política a las corrientes de pensamiento que determinaron y acompañaron el movimiento de la Reforma protestante en Germania y de allí se difundieron en Inglaterra en el siglo XVII, en América en el XVIII, de donde vinieron a Francia que las impuso a Europa, mediante el prestigio de sus armas victoriosas. Esta ideología, eminentemente individualista, es, por lo tanto, el fruto del milenario individualis-

mo de los germanos, que después de haber chocado durante muchos siglos contra la admirable organización política romana, terminó por sumergirla, no por la fuerza de las armas, sino por la persistente acción disgregatriz ejercida en el seno del Imperio, ya minada por la formidable fuerza disolvente del cristianismo primitivo. Derrumbado el imperio romano bajo la acción concurrente de estas dos fuerzas, en la universal disgregación política que siguió durante muchos siglos que nosotros conocemos con el nombre de Edad Media, triunfó aquel espíritu individualista antisocial y antiestatal que la reciente reconstrucción política originada por obra de los grandes estados nacionales, no consiguió eliminar, y a lo que debemos en buena parte el reflorecimiento de la vieja mentalidad medioeval, individualista y por lo mismo universalista, que se oculta bajo las nuevas fórmulas de la ideología liberal y democrática.

La persistente y siempre renovada fortuna del individualismo disolvente, no puede sorprendernos, porque si en el hombre el sentimiento de la sociedad es fundamental y uno de los aspectos esenciales del instinto de conservación de la especie, también fundamental es el instinto de conservación y bienestar individual, pero, mientras en el orden de la naturaleza, los dos sentimientos se armonizan en el ineluctable predominio del primero, en la vida de las sociedades humanas sucede, a menudo, que el sentimiento de bienestar individual se intensifique, se convierta en predominante y sojuzgue el de la conservación de la especie. Es el fenómeno que señala y acompaña la decadencia y el fin de las sociedades y de las razas; que produce en el orden demográfico, la disminución voluntaria de los nacimientos y de la despoblación; en el orden económico el abandono de las tierras y el latifundio; en el orden militar la repugnancia hacia las armas; en el orden político interno, la desorganización del Estado, la tiranía de los grupos y la demagogia; en el orden político internacional, el hueco humanitarismo y universalismo en el cual, renunciando a su función esencial, se disuelve el instinto de conservación y de expansión de los pueblos.

Hoy no hemos llegado todavía a este punto; pero a él nos encaminábamos, en el momento que estalló la gran guerra, que provocada por un cálculo errado de Alemania, *ha salvado probablemente las naciones occidentales, Inglaterra, Francia e Italia de la decadencia inminente*. La larga, dura y sangrienta prueba,

ha creado desde luego, en el seno de la sociedad occidental, nuevos medios de resistencia contra la degeneración del sentimiento individualista, despertando el sentimiento de la sociabilidad, el instinto de la conservación de la especie.

Ahora bien, transformar el sentimiento oscuro e instintivo en doctrina y voluntad conscientes, tal es el propósito de esta Revista. Propósito esencialmente espiritual e intelectual, propósito dirigido mucho más a crear en el público, un estado de conciencia y de cultura antitéticos al difundido por la ideología liberal democrática y no propugnar por el cambio de instituciones y regímenes políticos. Estamos convencidos de que en la realidad política y social, la forma es nada, el espíritu es todo. Existen pueblos regidos por formas autoritarias y sin embargo el espíritu individualista y disolvente, y la cultura ultra democrática, han rebazado de tal modo la organización estatual, hasta convertirlos en impotentes y paralíticos. La Rusia zarista, por ejemplo, encerraba en su seno los gérmenes de la anarquía maximalista. Al contrario, hay el ejemplo de pueblos cuyas instituciones son democráticas en el sentido de que el poder supremo reside por lo menos en el momento de elegir el jefe del Estado, en la mitad más uno de sus conciudadanos, pero cuyo espíritu es tan disciplinado y orgánico, cuya conciencia de los fines históricos de su propio país es tan madura, que rinde factible una política que es la negación práctica de la ideología democrática. Tal es el caso de los Estados Unidos, cuya conciencia de la misión histórica es tan profunda y difundida que determinará una política inspirada en el más vasto y duradero imperialismo que recuerde la historia.

III

En la obra de reconstrucción espiritual que nos proponemos, ante todo conviene restaurar la idea de relación entre sociedad e individuo. La sociedad no es, como enseña la filosofía-política democrática-liberal, una simple suma de individuos que se resuelve en sus elementos constitutivos, sino un organismo que tiene existencia y fines completamente distintos del de cada uno de sus componentes. En la sucesión indefinida de las generaciones de individuos, la sociedad continúa su vida a través de los siglos, y su finalidad es contribuir, según el propio ge-

nio y según sus propias fuerzas, al desarrollo de la civilización mundial, porque contra la idea sistematizada y difundida por la Revolución, de la existencia de una sociedad universal, el género humano se constituye una única e inmensa sociedad, la Humanidad, comprendiendo todos los hombres del globo terráqueo, pero vive dividido en numerosas sociedades, cada una de las cuales es un organismo distinto con vida y fines propios, comprueba no solamente la historia, sino también las leyes biológicas y morales de la vida social.

Esta ley constituye precisamente, el polo opuesto de la que pregona la ideología liberal democrática, la que en nombre de la igualdad entre todos los hombres, desea en el interior la abolición de la jerarquía social y en el exterior la paz perpetua; los estados unidos del mundo. En otras palabras, tiende a la desorganización, es decir, a la disolución de las sociedades históricas y por lo tanto, de la única realidad existente, para sustituirla por una sociedad hipotética que hoy se encuentra fuera de la realidad y mañana estará fuera de la posibilidad, desde que suprimir la distinción, la concurrencia y la lucha entre las diversas sociedades humanas, significa no sólo suprimir la vida de cada una de las sociedades, sino la vida misma de la humanidad, que se origina justamente de su equilibrio dinámico. La lucha constituye la ley fundamental de la vida de los organismos sociales; por medio de la lucha se forman, se consolidan y se perfeccionan; por medio de la lucha los más sanos, los de mayor vitalidad se afirman frente a los más débiles y menos adaptados; por medio de la lucha se cumple la evolución de los pueblos y de las razas. De ahí que a la fórmula de la ideología democrática—igualdad entre los individuos, lo que significa abolición de las jerarquías sociales y desorganización interna; igualdad entre los pueblos lo que significa paz perpetua e inmovilidad externa—nosotros oponemos ésta fórmula: disciplina de la desigualdad, y, por lo tanto, jerarquía y organización interna; libre concurrencia y lucha entre los pueblos para que entre los desiguales se afirmen los más preparados y los más aptos a la función universal asignada a cada pueblo fuerte y capaz de la evolución de la civilización.

De este modo, todas las formas de la lucha, desde la concurrencia económica y política a las violentas de la lucha armada que constituye en los casos extremos la última *ratio* a que

cada pueblo tiene derecho, y el deber de recurrir, caben al exterior en tanto que la paz interna se asegura mediante la disciplina, el orden y la jerarquía. Es así como se sirve la causa de la paz compatible con la vida y el desarrollo social. A medida que una sociedad se consolida interiormente, ensancha su expansión y expande su dominio introduciendo la lucha en un territorio más vasto. El mejor medio de garantizar la paz consiste en ampliar siempre el campo donde impera una única organización social, una sola disciplina, una sola autoridad.

Determinado y dominado por esta ineluctable ley de la vida, ha nacido el Estado, el cual no puede, como la ideología liberal democrática desearía separarse de la sociedad para identificarse, ora con los órganos de la soberanía, ora con la clase política de que deriva o, por fin, con los individuos que la ejercita. El Estado no es más que la sociedad que se organiza bajo un poder supremo: constituye la forma necesaria e histórica de la vida social, forma de duración indefinida frente al transitorio valor del individuo. He ahí por qué nuestra concepción del Estado es orgánica, dinámica e histórica, mientras la concepción liberal democrática es mecánica, estática y antihistórica. He ahí por qué también sólo en ella encuentran su puesto lógico y necesario todas las instituciones y todos los fenómenos en que el individuo aparece en su función de instrumento en órgano de los fines del Estado, entre los cuales los primeros es la guerra que exige del individuo el supremo sacrificio. La misma idea de libertad que concebida por la teoría liberal como un derecho natural e ilimitado del individuo frente al Estado encuentra su fundamento en la voluntad del Estado mismo que es el primero y más directamente interesado en garantizar a los individuos las condiciones de un orgánico desarrollo de su propia personalidad. Y de ahí también que al principio democrático e individualista de la soberanía de las multitudes, la *soberanía popular*, se contrapone el concepto del *gobierno de los más aptos*, o sea de quienes por tradición, por cultura, por posición social, se encuentran en grado de elevarse por sobre los intereses contingentes de la generación a que pertenecen, y de discernir y realizar los grandes intereses históricos del Estado.

Todos, entonces, gobernantes y ciudadanos, aquellos en la acción dirigente, éstos en posición subordinada, pero no menos importante, son órganos activos de la vida del Estado. Servir

el Estado constituye el deber de todos, pero también en beneficio del interés de todos. Más fuerte, más poderoso, más rico es el Estado, más alta, más próspera, es la vida de los ciudadanos: "civis romanis sum".

Esencialmente distintas son, en cambio, las relaciones entre el Estado y los otros Estados. Estas relaciones no son de coordinación y subordinación, sino de concurrencia y de lucha. Cada Estado persigue fines propios y debe conseguirlos con sus propias fuerzas, y la fuerza de que cada Estado dispone, constituye el límite de los objetivos que puede proponerse y conseguir. La ley de la justicia internacional se formula a cada uno según su poder. Empleamos los términos fuerza y poder en su sentido más amplio, comprendiendo, en consecuencia, no solamente las fuerzas materiales, vale decir la población, la riqueza, los armamentos, sino también las espirituales, como la voluntad, la cohesión interior, la disciplina, la superioridad intelectual en el campo de la ciencia, del arte, de la técnica, y sobre todo la capacidad de comprender el alma de los otros pueblos, esa sensación de lo relativo, la intuición de la oportunidad, esa aptitud para conocerse y efectuar la auto-crítica, y que en conjunto constituyen la inteligencia política, suprema virtud de los pueblos destinados al imperio, que los romanos tuvieron en alto grado como los modernos británicos y cuya ausencia ha determinado en la guerra actual la ruina de la potencia germánica.

Presentarse, pues, fuerte, fuerte en todos los campos es el deber del Estado, y su función especial, por cuanto la antinomia en que la ideología democrática se ha complacido de crear entre el derecho y la fuerza no existe. No existe en el campo interno, donde el derecho consiste en el interés amparado por el ordenamiento jurídico, es decir, por la fuerza del Estado y por lo tanto la fuerza se nos presenta como el elemento esencial del derecho.

Tampoco puede referirse al terreno internacional donde también se entiende por derecho todo interes del Estado que contiene en sí la fuerza material y espiritual suficiente para hacerse valer. Aún aquí la fuerza es un elemento constitutivo del derecho, solamente que, en este caso, no emana de un sujeto extraño al interés; es la fuerza del Estado mismo de cuyo interés se trata. Y es natural que así sea, desde que si en las relaciones internas existe un organismo superior, el Estado que se

interpone entre los individuos para administrar justicia, en las relaciones internacionales, cada Estado debe hacerse justicia por sí mismo, desde que no existe, y es inconcebible que exista ningún órgano superior al Estado que pueda hacerle justicia.

Esta idea, Estado - fuerza, que la general ignorancia denomina hoy tudesca o prusiana, es genuinamente latina e italiana, y empalma directamente con la tradición intelectual romana que Machiavello renovó en su filosofía política, en su filosofía histórica y los economistas meridionales, ignorados y olvidados, en su crítica de la revolución francesa.

No basta que los alemanes, materializándola la hayan teóricamente mal comprendido y prácticamente mal aplicada, para que nosotros la repudiemos después de haberla olvidado, bajo el influjo de ideologías extranjeras.

Muy al contrario: nuestro deber de italianos nos obliga a reivindicarla en su origen y en su forma y traducirla en acción con aquella sabiduría política que ha sido siempre a través de los siglos el atributo genial de nuestra estirpe.

IV

Del mismo modo en la teoría del progreso indefinido, propia de la ideología democrática, una de las leyes fatales de la historia, sería la evolución de la vida social de formas restringidas a formas progresivamente más amplias, llegándose así a la consecuencia optimista de que ampliándose cada vez más la organización social, deberá llegarse a la formación de un Estado que comprenderá la Humanidad entera. Esta también es una hipótesis que nada autoriza a tomar en serio. La experiencia histórica prueba que a épocas de vastas organizaciones sociales han sucedido otras de desmenuzamiento de la soberanía. Es lo que sucedió en la Edad Media, que al fragmentarse un vastísimo imperio en una multitud de pequeñas organizaciones, predominó como en la época helénica, el Estado-ciudad. Por lo demás, el origen de todos los Estados nos demuestra que una organización social no se extiende a otras organizaciones, sino por vía de absorción, es decir, de conquista, pero siempre bajo la presión del hecho bélico, o para defenderse contra un enemigo común.

No hay ejemplo de que se hayan constituído Estados por la prédica de los ideólogos o por amor a la simetría, y de ahí que,

la única posibilidad de que la Humanidad se concentre en una sola organización, consiste en la eventual lucha interplanetaria entre los habitantes de la Tierra y de Marte o Venus.

Lo que la historia nos enseña es muy diverso. Consiste en que todos los tiempos ofrecen determinadas formas de organización política como predominantes en los pueblos más civilizados. Así en el mundo griego y en la época medioeval predominó el Estado-ciudad; en la Epoca Moderna el Estado-nación, y en la contemporánea, predomina el imperio.

Hasta hace poco el Estado-nación aparecía como la forma más vasta y perfecta de organización social. Perfecta porque la creemos homogénea, es decir, compuesta de gente que, por la identidad de su origen y más aún por la unidad de las tradiciones, de las costumbres, de la lengua, de la religión; por la sustancial unidad geográfica del territorio habitado, por la comunidad de las necesidades y de los intereses, desde hace tiempo, han conquistado la conciencia de constituir un organismo social: la Nación. Por muchos siglos los Estados que sobrevivieron a los demás por su fuerza y su prosperidad, fueron Estados nacionales: España, Francia, Inglaterra. Las naciones que no habían conseguido constituirse en Estado, como Italia y Alemania, languidecían en una condición de inferioridad política, economica y moral. Por otra parte, las tentativas de ampliar el Estado más allá de los límites de la nación fracasaban uno tras otro: cayó el imperio colonial español, el portugués, el holandés y hasta el inglés fué puesto en peligro por la independencia de las colonias de América. Hacia la mitad del siglo XIX triunfó el Estado-nación y los últimos residuos de Estados nacionales, Austria y Turquía parecen irremediablemente destinados a la misma suerte.

Esta guerra llevada a cabo a nombre de la nacionalidad, contra el imperialismo, constituye precisamente la crisis violenta por la cual a la civilización y al equilibrio de tipo nacional, le sucederá en el mundo la civilización tipo imperial. La evolución que comenzó a determinarse hace un siglo, se cumplirá bajo nuestros ojos. Es una evolución democrática, en el sentido de que son los pueblos mismos que se convierten en protagonistas del drama mundial, pero en "evolución imperial".

— Y he ahí también que en esa guerra "democrática" se diseñan cinco grandes imperios: el Británico, los Estados Unidos, Japón, Francia y Rusia, a pesar del maximalismo. En tales condiciones

cada italiano, que por rudimentaria conciencia nacional o por excesiva ingenuidad, no se ha dejado dominar por la retórica anti-imperialista, bajo la cual se esconderían los imperialistas extranjeros, debe constatar con legítima preocupación que uno solo de los grandes países victoriosos corre el riesgo de concluir sin un grande imperio: "Italia".

Es decir, corre el riesgo de quedar rezagada como hacia el final del siglo XIV, y si no reacciona a tiempo contra su tradicional principio de la nacionalidad, se encontrará como un peso muerto frente a las nuevas necesidades históricas, expuesta a desaparecer envuelta por los vastos organismos imperiales que se van transformando a su alrededor.

No le sucederá si también ella, como todos los grandes Estados del mundo, adquiere la conciencia de la verdad, puesta más en claro si cabe, por la guerra, que, determinada por ineluctables razones históricas, políticas, demográficas, económicas y sociales, la lucha imperial se transforma en la ley férrea que a ninguna nación le es dado renegar sin sucumbir, y que a todas y a cada una le impone la obligación de medir y de adaptar la propia vida, las propias energías y todos sus órganos a la misma necesidad.

Esta verdad central es la medida única de todos los valores positivos. De ahí que la política exterior sea la política por excelencia. La política interna debe restaurar la idea y la autoridad del Estado y asegurar la cohesión y la disciplina interior de la nación: la política militar debe preparar y disciplinar la fuerza directa; la política económica debe favorecer, desarrollar y proteger la producción y los cambios, defenderlos en el mercado interno y ayudar a la conquista de los mercados externos, convirtiéndolas en garantías de independencia e instrumento de expansión; la política social que, a la lucha de clases en la solidaridad internacional, debe sustituir la solidaridad de clases en la lucha internacional, cuyo instrumento más perfecto es el sindicato; la política cultural que hará a la nación consciente de su genio y de su tradición y de la necesidad de defenderlos y de imponerlos en la civilización mundial; la política religiosa con la concepción positiva y activa de la soberanía del Estado, abandonando el agnóstico desinterés del viejo doctrinarismo liberal, debe reconstruir la unidad espiritual de la nación para transformarla en fuerza de cohesión interna y de expansión externa.

misión esencial para Italia, puesto que, salvado en el hecho el entredicho ya histórico, entre el Estado y la iglesia, no puede ni debe olvidar ni descuidar la posición privilegiada que le deriva por ser italiano en los órganos, en el espíritu, en las tradiciones, la iglesia católica, es decir, la institución que goza aún, del mayor prestigio universal y de la mayor universal fuerza de expansión. Todo este conjunto debe constituir las diversas facetas o mejor dicho, los diversos momentos de la organización nacional en la lucha por la conquista del mundo.

Sin embargo, todo solicita a Italia al cumplimiento de su misión imperial: la tradición de Roma, de Venecia y de Génova; el genio político de la raza que la ha hecho siempre maestra en el arte de gobernar a los pueblos; la situación geográfica que la une a la Europa continental mientras desde el centro, domina toda la cuenca del Mediterráneo, donde vuelve hoy a pulsar el corazón de tres continentes.

Aquí está el deber, aquí está la misión de Italia. Como lo demuestra la historia, cada vez que en esta península fatal ha vuelto la vida y se ha constituído en unidad étnica y política, la férrea necesidad de las cosas la obliga a transponer sus límites hacia aquel mar de los tres continentes y a las playas que el mismo baña, a que la llaman una vocación natural e histórica superior a toda fuerza y a cualquier voluntad que se le oponga.

Comentario

Si se confrontan las ideas contenidas en la síntesis con el manifiesto que antecede, se tiene

a) Que ambos coinciden en cuanto le atribuyen una fuerza preponderante a la coerción social, ejercida por intermedio del Estado. Las ideas democráticas que conducen a un igualitarismo universal, son contrarias a la idea misma de la sociedad. La democracia es sencillamente la forma de exteriorizar la soberanía, dándole una mayor o menor intervención al pueblo; pero todo eso nada significa en cuanto al poder efectivo que el Estado despliegue en el sentido de acrecentar su poderío a costa de los demás.

b) Que el *Manifiesto*, se detiene en la mitad del camino, desde que prohija la existencia del imperialismo sin decirnos, en definitiva, si esa es la etapa terminal de los conglomerados so-

ciales. ¿Qué límites tiene el imperio? ¿En qué forma se ejercita? Porque no es de presumir que se luche por imponer un simple imperialismo lírico.

La doctrina, en cambio, llega por el mismo camino a la supresión de los imperios, como punto terminal del proceso.

LUIS PASCARELLA.

POESIAS

El llamado.

Hoy llamaron a mi puerta
las campanas del recuerdo;
ya el día triunfante estaba
empurpurando mi huerto,
luz había en las hortensias
en las chozas y el sendero,
paz en mi espíritu triste
y limpidez en el cielo.
¡Hoy llamaron a mi puerta
las campanas del recuerdo!

¡Quisiera cuando me asaltan
memorias del tiempo añejo
sutilizarme en las cosas,
dejarme ir en el verso!

Mi corazón es como una
copa de cristal, yo llevo
en él la esencia sublime
de todo aquello que ha muerto.
Y pensar en que mañana
no te ofrendaré mis versos;
tú serás para la nave
de luminosos ensueños
y de frágiles venturas
quizá hospitalario puerto,
y yo seré como un himno
disipado en el silencio!

¡Han llamado esta mañana
a mi puerta los recuerdos!
Oh quién pudiera dormir
en los brazos del silencio;
dejarse ir, dulcemente,
en el verso!

FÉLIX B. VISILLAC.

Normas.

Habrá un mentor austero que te dirá: "Hijo mío:
haz el bien por el bien; sé generoso y pío.
"Vive siempre dispuesto para la buena acción;
pero sin subalternas ansias de galardón.
"Sacrifícate en aras de cualquier idealismo
y ama a tu semejante tanto como a tí mismo.
"Practica la sublime virtud de la abstinencia,
porque el pecado acorta y amarga la existencia.
"Soporta sin quejarte todo padecimiento:
así en el otro mundo no sufrirás tormento.
"Si tu rostro percude la cólera violenta,
dale la otra mejilla para la misma afrenta.
"Jamás alcen tus manos el arma del suicida,
porque Dios es el único dueño de nuestra vida.
"Tú arrostra el más profundo dolor sin conmoverte,
y El, cuando la merezcas, te mandará la muerte.
"Hijo mío: si tomas esta lección por guía,
a la diestra del Padre te sentarás un día.
"Y, con la dicha propia, tendrás la loa extraña".
—"¡Cierto!..."—, dirás.
Pues bien: ese mentor te engaña.
Porque el bien, como el mal, sólo en su mente existe;
porque su canon hace nuestro vivir más triste.
Sabe que eres el único dueño de tu existencia,
sin más limitaciones que las de tu conciencia.
Ser bueno sea tu norma, pero según tu modo;
las leyes son palabras: la voluntad lo es todo.
Haz por tener un alma que, ante el dolor serena,
mire su pesadumbre como si fuese ajena.

Vive mucho en el mundo, pero más en tí mismo:
basta con que tus armas no embote el egoísmo.
Vive tu vida amándola, pues lo fecundo es ella;
pero vívela sólo mientras la encuentres bella.
Puedes tener o puedes no tener religión;
mas en tu alma habrá siempre una interrogación;
y una voz, que la muerte tan sólo acallará,
repetirá a tu oído "¿Hay algo más allá?"
Cuando sientas el último palpitar de tus sienes,
los placeres gustados serán todos tus bienes.
Vive, pues, de manera que el supremo momento
no marque en ti la hora del arrepentimiento.
Y cuando a mi fraterna verdad te persuadieres,
de todos los halagos, de todos los placeres
que para tí la vida reserve todavía,
gusta la dulce miel, antes que llegue el día
en que alguno dirá, tras enunciar tu nombre:
"¿Lo conocía usted?... Se ha muerto. Era un buen hombre".

ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA.

Interior.

Mi espíritu—lo vieras, es como un lago quieto.
En su fondo se agita quizá cuanto secreto
y sin embargo, arriba todo es quietud y paz.
Sólo de tarde en tarde puede la brisa leda
ondular un poquito su faz de clara seda,
y luego, nada más.

—Cuánta piedra y arena tendrá el lago en su fondo,
piensas.—Es cierto, amiga, pero este lago es hondo;
nunca desbordará.
Pueden seguir echando no más piedras y arenas.
Pueden seguir los hombres trayendo angustias, penas,
Odios, rencores, ¡todo! No se me importa ya.
Yo seguiré lo mismo. ¿Qué es después de todo
una piedra que cae, un poquito de lodo

que cae? Nada, nada; las aguas siempre son
claras y transparentes, serenas y tranquilas...

Por eso, amigo, nunca verás en mis pupilas
ni siquiera la sombra de una desilusión.

¡Si apenas soy poeta!

Guárdate lo que tienes, buen burgués, yo no quiero
tu palacio, ni envidio tu caudal de dinero.
¿Qué voy a hacer con eso? ¡Si apenas soy poeta! (1)

(1) (Poeta—especie de hombre, vive de poca cosa,
le basta un par de ojos, una estrella, una rosa,
y el inefable encanto de una emoción secreta).

Guárdate lo que tienes. Yo no te pido nada,
porque lo que precisa mi alma enamorada
de todo lo que es bello, no lo he de pedir
a nadie.
La belleza palpita en toda cosa,
en el sol, en el cielo, en la tarde, en la rosa
y en la estrella que tiembla prendida en el zafir.

ALFREDO GENSER.

Canción de las muchachas provincianas.

Somos las provincianas:
Sencillas como el pan y como el agua.
Sin nubes como el cielo
Serena y pura el alma...

Más puro que el mantel de nuestra mesa
Llevamos por la senda el corazón
Y son dos gotas de sinceridad
Nuestros ojos claros...

Venid, mozos del pueblo
Y os sabremos amar

(La mano encallecida del labriego
Sabe más que otra mano acariciar).

Somos las provincianas.
Más puro que el percal que nos envuelve
Llevamos el corazón
Y nuestros ojos negros
Donde se asoma el alma
Son gotas puras de sinceridad!...

Canción de hastío.

La tarde moría
Sucia y polvorienta,
Se iba el sol de oro
—Corazón de fuego—

No sé por qué causa,
Como un niño enfermo,
Mi alma lloraba...

Tal vez los recuerdos
De la buena infancia,
Las penas ocultas.
—Corazón de fuego.—

¿Quién no tiene una
Pena por la tarde
Cuando el sol se aleja
Como un alma errante?

La fuente que canta
La ilusión que llora.
(Y en la senda triste,
¿Quién nos acompaña?)

Mancha.

En esta vieja plaza provinciana
Vengo a pasear mi hastío...

Sentado en este banco patinoso
Junto a la fuente derrumbada y sola
Me pongo a contemplar embebecido
La bóveda estrellada...

Unos chicuelos cantan
"Mambrú se fué a la guerra"
Y en el sereno ambiente
Suenan como tín tín de cascabeles
Sus vocecitas límpidas y claras.
En tanto, va la luna amarillenta
Como una mancha en el azul manchado!...

HÉCTOR RODRÍGUEZ PUJOL.

Concordia (Entre Ríos).

LA SENSACIÓN DEL DOLOR

I

Diríase que había heredado la majestad de las montañas, la soberbia de los álamos augustos y la imponente grandeza de las águilas de lento vuelo... ¡Juan Orlando!... Hubiérasele creído hijo de dioses. Su rostro eternamente sonriente, como eternamente sonrientes y apacibles son los lagos que nacen al pie de las montañas, tenía incrustados unos ojos negros, de inmensa dulzura. Su cabeza, adornada por una cabellera negra y lacia, era imponente por la base de su grueso pescuezo, que nacía de unos hombros de hércules

Jamás conoció a sus padres, porque éstos le abandonaron desde muy pequeño en el miserable ranchito de una vieja de Panaholma, quien, a su vez, lo dió a la familia que en Mina Clavero le protegía. No conoció más cariño que el de Marta. Desde pequeños se quisieron como hermanos; y como tales fueron a la escuela; juntos sembraron maíz y trigo en los surcos que abría el padre de Marta; y los dos, riendo y corriendo, recogieron el fruto de ubérrimas cosechas. Pero más tarde, el cariño fraternal e ingénuo que se prodigaban, transformóse en pasión ardiente y pura; en amor sincero y vehemente, en un deseo loco de seguir unidos, amándose, hasta más allá, hasta cuando el corazón deja de latir, los ojos dejan de mirar y los labios de besar...

—¡Vamos cabra... Overa!...

Con desgano e infinita tristeza, Juan Orlando corría las cabras que amenazaban entrar en el cerco vecino.

Marta, ya en su casa, de regreso de sus tareas cotidianas, distinguióle y corrió a su encuentro.

—Creí que te había tragado la tierra... Te anduve buscando por la quebrada, por el río y por el Nido de Aguilas...

No mostró mayor sorpresa Juan Orlando, que, indiferente, con la mirada en lo infinito, parecía no oir a Marta.

Esta agregó con ternura:

—¿Qué tenés Juan Orlando, que estás tan triste?... ¿Estás enfermo?...

—¡No, no tengo nada — repuso aquél, mirándola con sus ojos negros de inmensa dulzura, pero llenos de tristeza.

—¡Varios días hace que parece como si dispararas de mi! —, continuó Marta. — ¿Te acordás cómo la gente huía de ese hombre que decían hablaba con el diablo?... bueno... así vos también huís de mí como si fuese un alma en pena... Me cansé de buscarte; corría gritando por la quebrada; subía a las peñas para ver si te encontraba... y nada... Las cabras también parece que te buscaban; que te necesitaban, porque balaban... Ellas también te quieren porque les cuidas los cabritos chiquitos que no se los coma el zorro.

—¿Y para qué me buscabas?... —, preguntó inconscientemente Juan Orlando.

—¡Y me lo preguntas! —, repuso Marta, acongojada. — ¿O es que no me querés más?... ¿Es que no te acordás, cuando juntos, echábamos las cabras al monte; cuando comíamos los higos de la quebrada; cuando haciamos coronas con ramos de espinillos y nos las poníamos en la cabeza y después, riendo y corriendo íbamos al Nido de Aguilas?... ¡No te acordás de todo eso! ¡Yo sí, Juan Orlando! La otra vez, cuando fuístes al puesto de la sierra a buscar las ovejas que se escaparon del corral y tardaste tres días, yo me puse muy triste, y todas las noches rogaba a la virgen para que volvieras pronto.

—Yo también me puse muy triste, Marta... Cuando a la mañana temprano ordeñaba las cabras para tomar leche, se me hacía un nudo en la garganta, me parecía que si no te veía no podía tragar la leche... ¡Y cierto, Marta, tres días estuve sin tomar leche!...

—¿Y ahora por qué andás triste? Ahora que podemos estar juntos no me hablás como antes. No sé, pero yo creo que la señorita esa que ha venido el sábado del Rosario te ha vuelto mudo...

—¿Creés, Marta, que puedo dejar de quererte? ¡Sós demasiado mala conmigo!

—¡No, Juan Orlando! ¡No soy mala; deseo solamente que me quieras como antes; quiero que me beses como las olas del río besan las rocas más altas al crecer con el agua de la nieve que viene de las sierras cuando se deshielan...

—¡Yo te quiero mucho, Marta!...

—¿Entonces, por qué huís de mí, porqué andás triste, como enfermo?...

Y próximos uno al otro, sus brazos y sus manos trémulos de pasión ardiente, se buscaron, se tocaron y confundiéronse en un abrazo prolongado y fuerte. Sus labios balbucientes, desde sus comisuras vibraron nerviosamente al cincelar un beso dulce, en el que iba envuelto un girón de alma ingenua y apasionada.

Pero esta vez la brisa no llevó consigo la sublime vibración del beso para pasearla triunfal de cumbre en cumbre, entre las montañas. El estruendo rápido de un rifle que dispara rasgó el silencio de la inmensa soledad, y Marta y Juan Orlando separáronse bruscamente. Dirigieron sus miradas ansiosas hacia el sitio donde había surgido el estruendo.

Detrás de una roca enorme surgió el estampido, y hacia ahí dirigióse corriendo Juan Orlando.

Al poco rato Marta vió que de entre un pequeño bosque de espinillos, detrás de la roca enorme, aparecía la silueta blanca y gallarda de una mujer cuya diestra blandía un rifle, y tras ella Juan Orlando.

Marta sintió como si enormes tenazas le oprimieran lentamente el corazón, sangrándolo.

—¿Qué le parece, Marta, la primera pieza de mi caza?, — dijo Enriqueta mostrando a la vez un hermoso mirlo blanco — "Mandioca" —, en cuya blancura resaltaba el rojo púrpura de la profunda herida que manaba sangre. Enriqueta era una señora viuda, de Rosario. Poseedora de una fuerte fortuna, podía disfrutar de una vida más o menos plácida, que se deslizaba en la ciudad, entre kermeses y teatros,

y en el campo, entre pic-nics y excursiones. Había ido a Mina Clavero a pasar una corta temporada, muy necesaria para su físico algo afectado por la vida relativamente airada que llevaba. Sus labios, un tanto gruesos y rojos; su nariz recta, de dilatadas ventanas, y sus ojos lánguidos y azules, denotaban el temperamento ardiente y sensual de Enriqueta.

—¡Es una hermosa mendioca! —, repuso Marta. — ¿Por qué ha matado ese pájaro tan lindo? Nosotros sentimos mucho cuando dejan de cantar, y más cuando se los mata... ¡Queda tan bien su blancura en el verdor de los sauces y los álamos!...

—Para mí es una diversión, — agregó Enriqueta — Me gusta matar a los pájaros porque les envidio la libertad que tienen de volar y cantar...

—¡Es malo, señora!... — dijo sentenciosamente Marta.

—¡Una diversión cruel, muy cruel!—, afirmó Juan Orlando.

Y los tres emprendieron camino hacia la casa de Marta, muy silenciosos, sintiendo cada uno la sensación de dolor que había en el drama que acababa de desarrollarse.

II

La silueta de los árboles confundíase en la profunda obscuridad de la noche que pujaba por reinar ufana, en tanto que ténues pinceladas, violetas por momentos, azuladas más luego, y semi-rojas por fin, denotaban que la aurora aprestábase a prodigar su bonanza y su luz por la tierra. En todo había un rumor impreciso, compendio de trinos sollozantes y gorjeos alegres, de graznidos rebeldes y gemidos profundos; la voz extraña, dulce y triste de las cosas que se lamentan al ser tocadas por la brisa; por la brisa que acaricia y que muerde, trayendo de lejos el perfume de las flores y plantas silvestres y el cantar monótono de los arroyos y ríos que besa a su paso; murmullo que nace, se eleva perezosamente e invade, absorbiéndolo, inundándolo todo. Una vaca flaca y de andar lento muge de lástima y de hambre, y el ternero, huesped involuntario del corral, bala tristemente, estirando su hocico en actitud de mamar. Un jumento sombrío, des-

pereza lentamente su cachaza ensayando un rebuzno prolongado y triste, en tanto que varios caballos de precario aspecto, muerden lentamente la hierba tierna y fresca salpicada de rocío.

La silueta de los árboles es más precisa, y las cimas de las montañas, rebosantes de púrpura, parecen enormes saetas rasgando el cielo. Por su declive, en sus hendiduras y abismos, la policromía fantástica de confusas tonalidades resbala lentamente; allá, llenando la perspectiva de grisáceos tonos que se esfuman por el azul obscuro que luego domina; aquí, una niebla opaca y densa se desvanece suavemente cediendo a la energía de rojiza vislumbre; y más allá, en la quebrada profunda de la montaña, la eterna blancura de sus piedras tonaliza el ambiente... En tanto el sol se eleva poco a poco, hasta tejer sobre la tierra el excelso enjambre de sus hebras de fuego...

Una estela de humo mortecino que se eleva en caprichosa espiral hacia el azul del firmamento, muestra que las tareas del día se inician. Los rayos del sol todavía no han besado la tierra. Todavía se deleitan con sus fecundas caricias, en pleno idilio, las cimas de las montañas...

Una canción monótona y triste enternece a la vaca flaca y sombría que lame perezosamente a su ternero hambriento. Al rato una zagala robusta extrae de sus ubres ubérrimas el líquido bienhechor que fortalece y tonifica. La voz autoritaria de un hombre que arrea caballos que rendirán tributo a la faena que se inicia, se confunde con el silbido prolongado de un mocetón que allá, tras de la casa, empuñando el arado, abre surcos profundos en la tierra...

Enriqueta, contrariando su costumbre de no levantarse de su lecho sino cuando el sol estuviese bien alto, resolvió oxigenar sus pulmones con las primeras brisas del día. Este tenía para ella más de un atractivo. Ignoraba la belleza y la poesía que encierran las auroras que nacen entre las montañas. Pero, además de lo que a su cerebro podía sugerir este espectáculo, obsesionábale el ingénuo deseo de beber leche al "pié de la cabra". En efecto, sería para ella un encanto nuevo, sencillo, que perduraría en su alma eternamente.

Aquella mañana, pues, debía ir juntamente con Juan

Orlando al corral de las cabras, distante pocas cuadras de la casa, en la pendiente de una loma enhiesta.

Juan Orlando era el pastor de la majada de sesenta cabras y cuarenta cabritos y era él quien ordeñaba a aquellas para vender luego la leche a los veraneantes.

—¡Señora... cuando guste!...

—¿Para el corral?...

—Sí, señora.

—Un momento...

Y Enriqueta, ostentando un traje de muselina blanca, provocativamente hermosa, envolvió su cabellera ondulante y negra con un tul color nieve y aprestóse a seguir a Juan Orlando.

El sol todavía no había aparecido detrás de las montañas.

Debían subir por una pendiente, atravesar una loma alta de donde dominábase un majestuoso panorama, y descender nuevamente.

Mientras ascendían, una ligera fatiga oprimía el pecho de Enriqueta.

—¡Espérese usted, Juan Orlando!... Esto fatiga, ¿eh? extenúa...

Y con dificultad cambiaba su pie diminuto y bien formado, de una a otra piedra.

—¡Déme usted su mano... que ya no puedo más... ¡Qué cosa, que fatigada estoy!

Y Juan Orlando se estremeció con eléctrica violencia al sentir el contacto de la mano blanda, tierna, rosada, de dedos bien formados, de Enriqueta.

Por fin llegaron a la cima de la loma. Los rayos del sol jugaban con las hojas vibrantes de los árboles, en eterno vaivén por la brisa que los impulsaba dulcemente.

Fatigada, jadeante, Enriqueta tuvo que detenerse para adquirir nuevas energías y continuar hacia el corral de cabras.

—¡Que hermoso!... — gritó, cuando sus ojos azules y lánguidos absorbieron en una sola mirada el panorama riente de sol y de vida que presentábase en ese instante. E ins-

tintivamente, cual si quisiera tragar vida y sol, exhaló un profundo suspiro...

Movedizas e inquietas, las cabras parecían estar impacientes. Masticando perezosamente, los ojos impregnados de infinita tristeza, la barba larga y amarillenta, el chivo, señor y dueño de la majada, parecía tener la conciencia de su papel, tal era la majestad de su silueta. Miró con desdén; interrumpió su eterno masticar, y como despreciando con rabia las cosas humanas adquirió nuevamente la majestad de su silueta.

En un vaso de cristal Juan Orlando sirvió a Enriqueta la leche tibia y blanca, pura, de exquisito sabor. Desbordante de espuma, bebió con verdadera fruición, saboreándola en infinito deleite.

Sació su sed de leche bebiendo dos vasos más.

—¡Esto es delicioso!...—, dijo, una vez que estuvo satisfecha. — ¿Verdad que parece que dá vida?

—Es cierto, señora; la leche de cabra es muy buena. Todos los veraneantes se sienten como nuevos cuando la toman.

Y después de ordeñar a varias cabras más, Juan Orlando abrió la puerta del corral y las dejó salir.

—¿Vuelve usted a la casa?...—inquirió Juan Orlando a Enriqueta.

—Desearía realizar un paseo por allá, por aquellas quebradas, — contestó Enriqueta, señalando con su índice hacia el este. Si usted fuese más amable me acompañaría...

Juan Orlando, un tanto sorprendido por la invitación, dirigió una mirada triste hacia la casa de Marta.

—¡Si no le soy una molestia!...

—Usted conoce todos estos parajes y puede explicarme el origen de muchas leyendas que he oído contar de Mina Clavero.

—Si es su deseo...—, acertó a agregar Juan Orlando; y los dos emprendieron lentamente la marcha, sin rumbo, como dos esquifes sin gobierno, impulsados levemente por la corriente...

Caminaban silenciosos: Enriqueta absorta por la ma-

jestad del paisaje y Juan Orlando turbado, con un laberinto de ideas imprecisas en su cerebro, y un ligero estremecimiento por todo su cuerpo de hércules.

De pronto encontráronse ante dos cruces rústicas formadas por ramas de algarrobo. El olvido y el tiempo habían dejado allí profundas huellas a punto que una ligera inclinación evidenciaba que los huracanes no respetaban ese símbolo de dulzura.

—¡Esto es triste, señora!...—dijo Juan Orlando descubriéndose respetuosamente. — Eran dos jóvenes — continuó tristemente. — Vinieron a veranear; eran alegres y rebosaban vida y vigor. Para todas partes iban juntos, jamás se separaban. Parecía que uno había nacido para el otro. Jamás se supo porque fué: pero un día radiante de sol, como hoy, oimos desde la casa dos fuertes disparos... Yo corrí y pude sentir los últimos lamentos del mozo que todavía empuñaba un revólver... ¡un lindo revólver!... La muchacha tenía una herida en la frente y le chorreaba mucha sangre... ¡El mozo la mató, y él se mató luego!...

Después de una breve pausa, continuó Juan Orlando.

—¡No todos los que vienen aquí consiguen la felicidad que les falta allá, en la ciudad!...

Enriqueta se estremeció. Aguzada en su curiosidad de mujer, agregó:

—¿Y no pudieron saber por qué se mataron?...

—Algunos dijeron que era porque ella no lo quería más...—, balbuceó Juan Orlando brillándole sus ojos negros.

Luego marcharon nuevamente, sin rumbo, silenciosos y consternados.

—¿Y usted, Juan Orlando, nunca ha amado?...—dijo de súbito Enriqueta con voz dulce.

Los ojos de Juan Orlando brillaron, abriéndose desmesuradamente.

—Si... señora; quiero a mis padres que jamás he conocido, — contestó con tristeza. — ¡Ellos no tiene la culpa... uno viene al mundo como vienen las flores; como las frutas!... ¡Si algún granizo las mata no es la culpa de la planta! Como las flores que son necesarias por su perfume, así también nosotros, los que no conocemos el cariño de

nuestros padres, somos útiles en el mundo porque al menos, si somos capaces de sacrificarnos por el bien ajeno, no tenemos quien nos llore, quien nos eche de menos...—Juan Orlando lloró; pero como lloran los hombres, para adentro.

Y Enriqueta, para no traicionar su curiosidad y su avidez de nuevas sensaciones, insistió:

—¡Pero usted ha de amar!...

—¡No sé, señora!...—repuso avergonzado Juan Orlando. Su alma buena, ingenua, toda sinceridad y pasión, resistió vigorosamente el dardo dirigido por Enriqueta. Una oleada de sangre inundó sus pupilas.

—¡Tal vez Marta pueda decir si usted ama!—insistió cínicamente Enriqueta.

Juan Orlando no contestó; su corazón latía con inusitada violencia.

Descendieron por una pendiente tupida de helechos. El pecho un tanto fatigado de Enriqueta traicionábala nuevamente.

—¡Cuidado señora que es muy peligroso por aquí!...

Y lentamente, con evidente dificultad, Enriqueta subía por la pendiente de una loma. De pronto, un grito agudo rasgó el silencio.

—¡Ay!... ¡ay!... ¡Juan Orlando, venga, corra!...

Los ojos grandes y negros de Juan Orlando dirigiéronse hacia donde partían los gritos de Enriqueta.

En la hendidura de una roca, en un descuido, Enriqueta introdujo un pié, que, con el peso de su cuerpo esbelto, sufría más el dolor punzante que le producía la presión de la roca. En la repentina desesperación de ver su pie apresado por la roca, Enriqueta realizaba inútiles esfuerzos, con los cuales no conseguía más que agravar su situación.

Juan Orlando en dos saltos estuvo pronto a prestar auxilio a Enriqueta. Sus brazos vigorosos, como dos enormes tenazas, aprisionaron con dulzura y energía el talle flexible de la hermosa veraneante.

—¡Ay, no tire!... ¡Me duele... espere!

Y Juan Orlando, con el deseo de ver libre el pie de Enriqueta, tiraba hacia arriba de la cintura de ésta.

Sus pechos redondos y macizos parecían querer romper la dulce presión de la bata de muselina, en tanto que sus

labios rojos y gruesos vibraban de dolor. De sus ojos lánguidos y azules deslizáronse dos perlas cristalinas...

—¡No se puede, señora!...—dijo Juan Orlando un tanto fatigado.

—¡Cómo duele!... ¡Sería mejor que me sacara el zapato!

Por primera vez las miradas de Enriqueta y Juan Orlando se cruzaron, y con pertinacia se escrutaron... E inconsciente, Juan Orlando, de hinojos, con un ligero temblor en las manos y una oleada de sangre en su rostro broncíneo, con pausa, como quien pone todo el cuidado posible para no aumentar el dolor, empezó a desatar los cordones del zapato.

La tarea ofrecía dificultades por lo pequeña que era la hendidura de la roca y la profundidad a que había llegado el pie de Enriqueta.

—¡Afírmese en mí, señora... y afloje la pierna!...

Las manos blandas, rosadas y de dedos bien formados de Enriqueta, encontraron un gran apoyo en el hombro robusto de Juan Orlando.

—¡Ahora... así, eso es... tire!...

Y nuevamente, con los brazos agarrados fuertemente al talle de Enriqueta, los dos, en un solo impulso lograron sacar el pie diminuto de la hermosa veraneante.

A través de la media de seda negra, una pequeña mancha de sangre enseñaba la gravedad del accidente. Un ligero vahido producido por el dolor y la impresión de ver su pie sangrado, hizo perder el conocimiento a Enriqueta.

El cuerpo esbelto de la simpática rosarina desplomóse pesadamente, y hubiera caído al abismo de la quebrada si los brazos de Juan Orlando no lo hubiesen sostenido dulcemente.

El contacto con aquel cuerpo esbelto, palpitante y caliente, producíale a Juan Orlando extraña sensación de gozo, de placer y de dolor. Su ingenuidad y su bonanza le impedían ser malo. Por eso dirigióse con la hermosa presa en sus brazos, al río. Allí el agua cristalina, fresca y pura volvería en sí a Enriqueta.

Pásola en la arena fina y limpia. Con cuidado y te-

mor empezó a sacar la media. La ebúrnea redondez y la blancura inmaculada de la pierna turbó un tanto a Juan Orlando. La sangre habíase secado un poco, y para sacar la media era menester humedecer el pie; de lo contrario el dolor sería mayor.

Humedeció un pañuelo y friccionó levemente el pie, mientras que con la otra mano trataba de despegar la media.

La frescura del agua hizo volver en sí a Enriqueta.

—¡Ay!... como duele!...

Incorporóse en la arena, y con un ligero rubor en el rostro, coquetamente, cubrió su pie desnudo con su vestido.

—¡Sufre mucho!... ¿no?...

Y sin responder a Juan Orlando, Enriqueta, a su vez, preguntó:

—¿Y cómo iré para casa si ahora estoy renga?...

—Podría llevarla a caballo...

—Me sería molesto.

—Entonces...

—Usted es robusto, tiene mucha fuerza... y si no fuese malo, me llevaría en sus brazos...

Una leve sonrisa dibujaron los labios gruesos y sensuales de Enriqueta, y de sus ojos fluía una mirada suplicante, dulce, henchida de pasión ardiente. Los ojos negros de Juan Orlando no resistieron el fuego de pasión infinita de la mirada de Enriqueta, y su cabeza hermosa cayó por breves instantes sobre su pecho que latía violentamente.

Su emoción crecía a medida que no acertaba a concebir el grado de verdad o realidad que había en la aventurada propuesta de Enriqueta.

—Si cree que puedo aliviar su dolor...—dijo Juan Orlando un tanto perturbado.

—Precisamente, por eso, porque de esa manera sufriría menos le ruego que me lleve usted en sus brazos...—insistió la hermosa veraneante.

Un nudo en la garganta de Juan Orlando impedíale hablar, que de haberlo intentado, hubiera sido un grito; un grito de emoción, de placer, de gozo, de dolor; un grito semejante al eterno murmullo de la brisa perfumada y lenta, que trae consigo la protesta perenne de las águilas, el can-

tar monótono de los ríos y arroyos y la salutación altiva de las cimas enhiestas...

Y bruscamente, como obedeciendo a un impulso más fuerte que su voluntad, con sus brazos vigorosos levantó el cuerpo flexible y esbelto de Enriqueta, que al contacto del de Juan Orlando, vibró cual si se estremeciera eléctricamente.

—¡Ay!... despacio, por allá, que es menos tortuoso el camino...

Y Juan Orlando, con extraña agilidad, saltaba, bajaba y subía, de una a otra peña, apretando suavemente su hermosa presa...

Una leve agitación hacía más precipitada su respiración, en tanto que sus ojos, más brillantes, más dulces, más grandes, saltaban inquietos, de la roca próxima a pisar, al rostro angelical de Enriqueta, en cuyos labios dibujábase una sonrisa insinuante, que ruborizaba las pupilas del ingenuo serrano en un rojo escarlata.

Hubiérase dicho que ambos habían perdido la noción del tiempo. Caminó al azar, sin rumbo, silenciosos, y solo la respiración de ambos, al unísono, en un mismo ritmo dulce y perpetuo, confundíase con el rumor melancólico de las aguas del río besadas por la brisa...

—Un momento... hay que descansar...—dijo súbitamente Juan Orlando.

Y con solícito cuidado trató de hacerla sentar a Enriqueta en una pequeña piedra. En un movimiento involuntario, en el preciso instante en que Juan Orlando realizaba un esfuerzo para hacer menos penoso el descanso, los labios temblorosos de ambos, por extraña atracción, uniéronse en un beso prolongado, vibrante, dulce... Y como en las cataratas, la infinita sucesión de gotas y olas precipitadas al impulso de la corriente que les da vivacidad y energía, inunda de belleza el ambiente, elevando hacia el firmamento una canción de vida y vigor; tras aquel beso vibrante y prolongado, sucedióse otro y otro...

III

Los rayos mortecinos de la luna ponían una nota de melancolía y tristeza en el ambiente. Y en el firmamento azul e infinito vibraba un enjambre de estrellas, infundiendo una sensación de grandeza y dulzura en medio del silencio sólo interrumpido por el cantar monótono de las aguas del río...

Un haz de luz ténue, débil, escapada a través de una ventana abierta, rompía la noche silenciosa. Y dentro de la habitación, rincón de belleza y coquetería, Enriqueta leía plácidamente.

Varios días bastaron para que la herida leve de su pie cicatrizara totalmente, sin que, por otra parte, no dejara más huellas que la impresión dolorosa del primer momento, compensada por aquel idilio fugaz e ingenuo, después del accidente.

La sombra de un hombre que se desliza furtivamente rompe la quietud de la noche. Detiénese en la puerta de la habitación de cuya ventana fluye un haz de luz, y penetra lentamente, sin producir ruido. Cautelosamente, con los brazos abiertos, en actitud de abrazar ardientemente, y los labios bermejos y nervioso, dirígese hacia Enriqueta. Su cuello sonrosado y bien formado, en cuya redondez caían indolentemente varios mechones negros y rizados, estremecióse al contacto de los labios trémulos de Juan Orlando, en tanto trataba de deshacerse de sus brazos que aprisionaban dulcemente su talle esbelto.

Un breve grito de sorpresa rasgó el impenetrable silencio.

—¡No sea torpe!...—, dijo Enriqueta una vez que estuvo repuesta de su sorpresa. Y con cierto agravio agregó:

—Parece que ha olvidado lo que le he dicho... De cualquier manera debe tener presente que es indispensable me respete... y que olvide lo pasado!...

—¿Quiere decir que no me quiere? — inquirió Juan Orlando.

—¡Le aprecio... solamente... y agradezco su acción al trasladarme desde el río hasta aquí...

—¡Desde entonces tengo el corazón sangrando!... Las

aguas del río, cuando las agita el viento se llenan de coraje y de fuerza hasta que forman una grieta en las piedras más duras carcomiéndolas... Así está mi corazón, carcomido. Y mientras más la veo parece que más grande, más hondo es el vacío que han hecho aquí, en el corazón, sus besos y sus caricias. ¡Todavía me aturden los besos desesperados que usted me daba!... — Después de breve pausa, prosiguió:

—¡Es cierto; usted no dijo que me quería; pero yo sí, Enriqueta, la quiero mucho; sería capaz de cualquier sacrificio por seguir sintiendo el ardor de sus labios! — Y más emocionado, continuó: ¡Pero yo creí que me quería, porque solamente cuando se quiere se besa!

La respiración precipitada de Juan Orlando vibraba en el profundo silencio reinante. Enriqueta, mujer sensual y ardiente, al recordar la aventura ingenua que le proporcionara placer infinito, estremecióse de gozo y deseo, a la vez que su mente forjaba la ilusión de continuar aquel idilio de bonanza y amor. Pero luego, midiendo su culpa al provocar pasión tan ardiente en Juan Orlando, y a guisa de consuelo, dijo:

—Usted es joven y puede encontrar quien le quiera con pasión, con sinceridad... Y olvide; olvide lo pasado, porque tenga en cuenta que jamás podríamos unirnos en caso de que yo lo quisiera...—, dijo Enriqueta con profunda amargura. Y agregó:

—Nuestra posición social es distinta; media entre nosotros un abismo que, de intentar salvarlo, correríamos el riesgo de hundirnos en él... Además, el cariño de mi hijo requiere todo el calor, todo el entusiasmo, toda la sinceridad que me faltan en este instante...

Y Juan Orlando, el ingenuo serrano, cuya alma era toda sinceridad y dulzura; bueno y humano, sintió, más que comprendió el dolor que había en las palabras de Enriqueta. Bien era cierto que la hermosa veraneante arrepentíase de la aventura amorosa cuyas consecuencias no había previsto, pero a la vez sufría con tanta intensidad como Juan Orlando, porque ella también amaba sinceramente...

—¡Usted desea que olvide... cuando el calor de sus labios lo llevo en la sangre, cuando sin el estremecimiento de sus caricias me faltan fuerzas!... Parece que hiciera mucho tiempo que la conociera... Enriqueta!...

Y obedeciendo a impulsos más fuertes que su voluntad, irresistiblemente, aproximábase lentamente hacia Enriqueta.

—¡Solamente con la muerte olvidaré!.. —, dijo Juan Orlando extasiado.

A la mente de Enriqueta acudió la visión de aquella leyenda de las dos rústicas cruces. Evocó la tragedia. Y un escalofrío retozó por todo su cuerpo, sintetizando sus ojos, en una mirada llena de terror y amargura, la sensación de dolor que le producía ese recuerdo.

—¡Sea bueno... no me haga sufrir! —, acertó a decir Enriqueta tratando de esquivar los esfuerzos que Juan Orlando hacía para abrazarla.

—¡El dolor de usted... es el mío, señora; por eso no va a sufrir más!...

La dulzura de la voz de Juan Orlando y la melancolía de sus ojos negros, compendiaron la nobleza de sentimientos del ingenuo serrano, cuyos brazos vigorosos aprisionaron nuevamente la cintura flexible de la simpática rosarina, en tanto que sus labios, temblorosos y sensuales, sellaban en los de Enriqueta, el último beso de dolor y pasión.

Y cómo para sentir de una sola vez la sensación de dolor que mordía sus corazones, separáronse nerviosa, bruscamente...

—¡Olvide... olvídeme, Juan Orlando!...—sollozó Enriqueta.

—¡Su dolor... es el mío!...—, balbuceó tristemente el serrano.

Enriqueta no durmió aquella noche. Tuvo que preparar su equipaje, pues su resolución era partir al día siguiente al Rosario. El trajín de la ciudad que produce y que trabaja, tornando la vida más prosaica, más dura y menos bella, cicatrizaría la herida de su corazón, mitigaría su dolor...

—¡Juan Orlando!... ¡Juan Orlando!...

De roca en roca, de árbol en árbol, vibrando como notas arrancadas a un violín sollozante, la voz de Marta, acariciada por la brisa inquieta y juguetona perdíase en lontananza, respondiendo a su enternecedor llamado, sólo el eco gemebundo de la inmensa soledad. Jadeante, fatigada, subiendo

y bajando peñascos y rocas había emprendido su marcha desde hacía buen rato. Dirigióse a la quebrada de la higuera; allí donde con Juan Orlando, poco tiempo ha, desafiando el vértigo de las alturas y la atracción del abismo, encaramados los dos en el árbol fecundo, saborearon con placer la dulce delicia de los primeros higos. Allí, donde los dos, en la plenitud de una pasión henchida de fuego, de sinceridad y ternura, campartían, labio a labio, sintiendo la dulce e intensa sensación de un beso furtivo, la desaparición lenta de un higo o una pera, entre sus labios bermejos.

—¡Juan Orlando!... ¡Juan Orlando!...

Desfallecían sus piernas, más que por la fatiga física, por la intensa tristeza que taladraba todo su ser. A su paso presuroso sólo parecían enternecerse las cabras románticas que la miraban con desdén y las vacas sombrías que le brindaban su infinito desprecio. Y a su angustioso llamado, pletórico de dulzura y tristeza, respondía el eco gemebundo de la inmensa soledad.

—¡Juan Orlando!... ¡Juan Orlando!...

Y a su llamado respondía el eco lejano de la inmensa soledad.

Estaba próxima al peñasco en cuya cima altísima las águilas habían tejido el nido bienhechor de sus amores. Debía ascender por una quebrada tortuosa y ver que Juan Orlando no estaba en el "Nido de Aguilas".

¡Cuántas veces ella y Juan Orlando, en la augusta contemplación de aquel nido, al que sólo el azote de las tempestades, el vaivén de los huracanes y las caricias del sol besaban eternamente, en el paroxismo del placer, juráronse amar como aman las águilas, poniendo dulzura en el amor y sangre en la unión de las almas; de las almas que no conocen más voluptuosidad que la de las alturas. Juráronse amar como aman las águilas y cómo las águilas, odiar y morir por amar...

Y llegó a la cima del peñasco. Atisbó largo rato a su rededor. Su respiración sollozante fluía de su pecho con precipitación, confundiéndose con la eterna protesta de la brisa que gime cuando se quiebra al embestir árboles y rocas. Puso sus manos en la boca a guisa de bocina y pronunció:

—¡Juan Orlando!... ¡Juan Orlando!...

Y nada; sólo respondía el eco de la inmensa soledad. Pero luego, un graznido ronco mezcla de protesta y de placer, seguido de un rumor de alas pesadas y enormes, atrajo su atención. Y perezosamente, con augusta somnolencia, un águila majestuosa emprendió lento vuelo hacia lo infinito. La siguió con la mirada hasta que el águila, cual si cerniera desde las alturas su augusta indiferencia por las cosas terrenas, diluyóse poco a poco como un punto negro en el azul del firmamento.

Y Juan Orlando tampoco estaba allí. El águila que emprendió su lento vuelo, por extraña sucesión de ideas hízola estremecer de miedo y de dolor.

Emprendió su regreso lentamente. Sus piernas flaqueaban poco a poco a medida que su corazón latía con inusitada violencia. De vez en vez, ahuecando sus manos a guisa de bocina, gritaba con voz menos vibrante, pero con más angustia:

—¡Juan Orlando!... ¡Juan Orlando!...

La luna infundía su tristeza agrandando más la congoja de Marta. Caminaba y caminaba sin rumbo; no obstante parecer que sus pasos fueran dirigidos hacia un sitio determinado.

Hubiérasela dicho un ave herida, dirigiendo su vuelo lento y dolorido hacia el nido bienhechor de sus amores...

—¡Juan Orlando!...

—¡Marta!... ¿sos vos?

—¿De dónde vienes?...

—Fuí a correr el zorro...

Instintivamente, como obran los seres que aman, Marta habíase dirigido a la pieza donde solía dormir Juan Orlando para constatar que la causa del cambio repentino de carácter de aquel, constituíalo la presencia de Enriqueta en su casa. Y en su investigación silenciosa; tanto más silenciosa cuanto más haciala sufrir la evidente confirmación de sus sospechas, puso todo el tacto, todo el entusiasmo y la vehemencia de la mujer que ama. Buena, ingenua y sencilla como Juan Orlando, Marta no concebía otro medio de persuasión para convencer a aquél de la pureza de su amor.—

a la vez que la inutilidad de pretender ser querido y amado por una "mujer de la ciudad"—, que la lógica decepción que le producirían los acontecimientos.

—¿Qué tienes, Juan Orlando?...

—¡Nada!... Quisiera estar solo; necesito la soledad; todo me ahoga... me falta la respiración...

—¡Juan Orlando... esa mujer... esa coqueta!...

—¡No... nada... quisiera estar solo!...

Sollozando angustiosamente apoyó su hermosa cabeza, de negra y lacia melena, en las piernas de Marta, que habíase sentado en el destartalado catre que servía de lecho a Juan Orlando. Caricia tras caricia, en una sucesión infinita de besos pletóricos de pasión y dulzura, el inmenso dolor de Juan Orlando fué mitigado poco a poco...

Y así, los dos, al dulce arrullo de la canción que vibra al unísono de dos almas, dos corazones, dos dolores que se unen al impulso de un solo amor, fueron sorprendidos por los rayos del sol del nuevo día que, rojos y ardientes, parecían hilos de sangre manando de una profunda herida...

NOÉ S. MARTORELLO.

Rosario, 1919.

LETRAS ARGENTINAS

Julián Vargas, por *Saúl Taborda*.

Es lástima que los que ejercemos este duro oficio de la crítica literaria, nos veamos siempre en la obligación—para que nuestras opiniones resulten juiciosas e imparciales—de reprimir todo espontáneo movimiento de simpatía personal que pudiera llevarnos a exagerar el mérito de una obra cualquiera en virtud del afecto, de la consideración o del respeto que su autor ha sabido inspirarnos. Tal es—y no quiero salir de los límites de este artículo en busca de antecedentes probatorios—el caso en que ahora me encuentro. La *dura lex* me obliga a exponer íntegramente mi pensamiento acerca de *Julián Vargas;* y eso cuando yo querría decir de su autor todo lo bueno que, en otros campos de especulación intelectual, se merece.

Voy a explicarme. Saúl Taborda es un hombre joven, inteligente, estudioso, vale decir, un hombre para quien el porvenir no puede ser un enigma, porque es suyo. En la Córdoba antes claustral y ahora *revolucionaria,* ha sabido ponerse del lado de las ideas nuevas que son—y lo digo con cierto temor en estos días de represiones policiales—la moneda legítima del progreso. No hace mucho apareció en NOSOTROS un artículo de actualidad firmado por él, en el que se veía que la falta de estudio, de reflexión, de flexibilidad y de aguda intelección de las cosas no constituye, precisamente, su defecto. Tiene lo que "Salamanca no presta" y estoy seguro que llegará lejos.

Ahora bien; este escritor cuya actitud ante los problemas sociales me parece muy acertada y noble, ha escrito una novela mediocre, como casi todas las que se fabrican en nuestro país. Lamento mucho tener que decirlo, aunque no varíe por eso la simpatía que, a la distancia, me inspira el señor Taborda.—El arriero—creo haber leído en alguna parte—que baja de la cor-

dillera al sentir un ruido de pasos en medio a la obscuridad de la noche y gritar escrutando las tinieblas: "¡Quién va!", suele oir una voz lejana que le responde: "¡Un amigo!"

* * *

Julián Vargas es un muchacho cordobés, de heroico abolengo, que viene a Buenos Aires a iniciar sus estudios universitarios. Es bueno, ingenuo, honrado. No carece de talento y es, por añadidura, poeta. Aquí tenía necesariamente que chocar con el ambiente frío y egoísta. Se enreda en una aventura amorosa; los amigos lo traicionan; cierto estafador de oficio lo deja sin blanca, escamoteándole la fortuna de sus padres. Contrae por último una enfermedad a la cual sucumbe, no sin pronunciar antes un largo discurso, en el que reafirma su fe en la bondad, en el amor, en la honradez, en las cualidades esenciales de su raza..

Aparte de que esto último pudiera discutirse, la novela del pobre y desdichado Julián Vargas se desenvuelve en trescientas páginas que me parecen tan desdichadas y pobres como el protagonista. Se advierte, desde luego, que el señor Taborda no es un novelista. Exceptuando las fallas de estilo, que son abundantes, y los defectos de composición, le falta a la presente novela, que pretende ser realista, el más ligero rasgo de realidad.

El señor Taborda ha tratado de describir la vida de Buenos Aires, sin conocerla. Tengo la impresión de que sólo ha estado aquí dos o tres veces, de pasada y corrida; y que ha fiado a la intuición la ímproba tarea de llenar los claros de su observación personal. No de otro modo puede explicarse la ausencia de toda realidad objetiva en esta novela, apareciéndosenos el señor Taborda como un aviador que asegurara conocer París por haberla visto una vez a *vuelo de pájaro*.

La mayoría de los personajes de Julián Vargas están mal trazados o son falsos. El mismo protagonista, en cuyo dibujo el autor se ha complacido largamente, queriendo, sin duda, apoderarse con él del corazón de sus lectores, es un muchacho desteñido, cerca del cual el más ingenuo de los hombres se creería un portento de viveza y audacia. Julián Vargas no tiene lo que Dauriac ha llamado *pouvoir d'invasión*, a pesar, ciertamente, de los deseos del señor Taborda.

Para concluir, diré que trae la novela algunas páginas conmovedoras—muy pocas—, que no bastan a cubrir el exiguo valor de la mercancía. Y vuelvo a repetir que hubiera querido elogiarla por el aprecio que su autor me merece, por su clara inteligencia, por su capacidad para abordar otra clase de géneros literarios.

Se dice que todos los caminos conducen a Roma. Hay uno, sin embargo, que el señor Taborda no debe seguir...

Irremediablemente..., por *Alfonsina Storni.*

La inquietud del rosal, El dulce daño, Irremediablemente..., tales son los tres libros de versos que Alfonsina Storni lleva publicados desde su temprana iniciación literaria. A la abundancia de la producción debe agregarse, en este caso, su excelencia evidente. Alfonsina Storni es, en efecto, un verdadero poeta. Por si esto no fuera bastante, encuentro todavía en ella un signo más simpático:—el esfuerzo de la moderna mujer argentina por vincularse al progreso de nuestra cultura. Le será necesario, para lograrlo plenamente, convencer a los que llenos de prejuicios y de ridículas pequeñeces sociales, creen aún que el trato de las musas o el ejercicio de las actividades intelectuales es absolutamente incompatible con el manejo del hogar y la frecuencia de la aguja; y temen que la práctica de aquellas haga perder a la mujer su gracia y delicadeza.

Alfonsina Storni demuestra lo contrario: sus versos son muy buenos y, sobre todo, muy femeninos. Sus libros son obra de mujer, y me complace agregar que con ellos ha prestado algún servicio a las letras argentinas.

* * *

Como queda dicho, lo primero que se advierte en este volumen es que nos encontramos en presencia de un espíritu esencialmente femenino. No hay un sólo rasgo, un sólo pensamiento, una sola palabra que no ponga de relieve esa característica esencial. El autor es una mujer que va expresando sus sentimientos, sus ideas, el resultado de sus análisis internos, sin cuidarse mucho de la forma y atendiendo con preferencia a la exactitud de sus *imaginaciones*. Por eso mismo no debe protestar el lec-

tor ni extrañarse de que estas poesías sean un poco vagas y, en ocasiones, un poco incoherentes. Alfonsina Storni no se cuida de la *línea* perfecta. Y como esas cosas le vienen del "fondo de la vida", es natural que salgan así, desordenadas, sin hilación impecable, apareciendo a primera vista un tanto incoherentes y *difíciles*.

Pero quien piense que la vaguedad y la falta de lógica, diré así, de muchas de las composiciones de este libro son un defecto, debe detener su juicio. Creo que hay una gran unidad en todas sus poesías: la unidad de la misma vida que se presenta en diversos aspectos; la unidad de una vida rica en emociones; una vida de mujer, llena de sutiles pensamientos, de complicadísimos estados de ánimo.

La mujer, cuya inteligencia ha sido puesta en actividad, tiene un don de análisis mucho más agudo y fino que el hombre. Ella se observa a sí mismo y le place perseguir el complicado proceso de sus ideas y sensaciones, como quien tratara de señalar en un rico bordado el leve hilo de oro que va dibujando grandes arabescos o pequeñas florecillas de adorno.

Tal es, me parece, el caso de Alfonsina Storni. La mayoría de las piezas que componen el presente volumen son el resultado da una larga introspección, de un laborioso análisis subjetivo. De ahí su aparente vaguedad e incoherencia. Como los momentos del espíritu son siempre diversos y muchas veces contradictorios, la estrofa que procure traducirlos participará necesariamente del carácter de aquellos.

Los poetas que así trabajan pueden carecer de unidad, en el sentido corriente del vocablo; pero ¡cuánta riqueza de observación psicológica hay en ellos, cuánta poesía verdadera, cuánto calor de sinceridad y de vida!

No hay en *Irremediablemente*...—porque Alfonsina Storni pertenece a la clase de los poetas fuertemente interiores—una sola composición que no ofrezca algún acierto de observación espiritual. Ella misma lo dice:

Soy un alma desnuda en estos versos.

Y en otra parte:

Yo no estoy y estoy siempre en mis versos, viajero.

El primer período de la línea no es exacto; el segundo, en cambio, lo es siempre, porque ni por un momento se separa del lector la compañía de este poeta que se complace en dar a luz los más ligeros matices de su alma.

* * *

Alfonsina Storni ama el amor, confía en el porvenir y sufre el presente. Llora y ríe, según se lo mande su corazón de mujer. Es variable... Pero lo que es en ella constante es su amor a la naturaleza, sobre todo a los jardines, a las frutas y a los árboles decorativos.

Siga, pues, el poeta, que por ser mujer lo es dos veces, dándonos sus bellos versos, aunque sea siempre para él un poco dolorosa la *inquietud del rosal*...

NICOLÁS CORONADO.

LETRAS AMERICANAS

Por Cuba. Discursos de *Enrique José Varona.* — Imprenta «El Siglo XX». Habana, 1918.

Ni en aquella Grecia donde se oyera resonar en los consejos homéricos, ni en aquella Roma que la hizo instrumento y arma del público derecho, nunca como hoy la palabra, tuvo tanta potencialidad.

Esa doble vibración del cerebro y la garganta, esa hija primogénita del intelecto, — idea hecha sonido — sentimiento trocado en armonía, nunca como ahora tuvo mayor significación.

Falta de valor y eficacia es sin duda ya la frase que el poeta latino dijera despreciativamente: *pretereaque nihil*... Actualmente el soplo de la *popularis aura* no es solo ambicionada por Cicerón... todos la desean ardientemente y ¿qué mejor y más rápido medio que el discurso para obtener ese fermento lírico y poderoso a una vez?...

La misma palabra hablada tiene sobre la escrita la ventaja suprema de su acción directa. En la rapidez de su funcionamiento reside su mayor eficacia. Con su prontitud no deja casi tiempo a la reflexión; solo sabemos vibrar y palpitar al compás de su vida tumultuosa.

Y así como antiguamente los pueblos solo obedecían a un guerrero o a un sacerdote, hoy los hombres prefieren a los oradores; gustan más de seguir a quien dice, que no a quien podrá hacer...

No es sin estas y otras reservas mentales, que abrimos este libro *Por Cuba* y con los *Discursos* del eminente hombre público cubano Enriqué José Varona; porque estimamos que la palabra escrita difícilmente puede contender con la palabra hablada.

Pocos ignoran que a la propaganda oral es a quien se debe las reformas sociales; del mismo modo que las religiones consiguieron más su difusión con la habilidad de sus oradores, que con el martirio taciturno de sus adeptos...

Nada extraño pues que, aun estimando a Varona como uno de los más fuertes cerebros de América, dudáramos de la oportunidad de reeditar sus discursos.

Será ello una singular apreciación nuestra pero vemos en las obras de esa clase algo que meritablemente nos hace pensar en un cadáver, en algo que no vive o que carece de palpitaciones...

Confesemos que, mal encaminados íbamos en este caso, con estas reservas.

Tan pronto de leer el *Prefacio* disípanse nuestros temores como con el saludable pampero las emanaciones enfermizas.

Enrique José Varona (de quien debiéramos, como haremos quizá pronto, decir muchas y bellas cosas) ha creído necesario reunir en este pequeño volúmen, "solo algunos de los discursos del segundo periodo. Los que han traducido mejor mis sentimientos o envuelven para mí especial significación".

Luego agrega no sin cierto acento fatalista: "Los he pronunciado en la época de la vida en que ya se cambia poco, si se cambia"...

Sin saber porqué se nos ocurre que estas palabras son de quien se siente muy cercano al "más allá" y termina el prefacio con esta visión, que tiene todo el sabor de una profecía: "Había creído yo que las condiciones del desarrollo de nuestra nacionalidad, tan combatida por elementos internos y externos, pedían una organización política más sencilla y mayor amplitud en los poderes del ejecutivo. Este punto de vista era teórico, como de quien no había visto bien de cerca el funcionamiento de nuestras instituciones. Después de la triste experiencia le estos últimos diez años, no me es posible abrigar ilusiones a ese respecto.

"Toda extensión de facultades en el jefe de gobierno nos precipita contra el terrible escollo del cesarismo. Precisamente porque toda nuestra dolorosa historia anterior se había vaciado en ese molde, nada resulta más fácil al pueblo cubano que dejarse arrastrar por esa corriente, la cual lleva mansamente al abismo. Y tanta sangre y tantas lágrimas no han debido

derramarse, para encontrarnos al cabo en esta alternativa ominosa: el gobierno irresponsable o la convulsión.

"No puede ser mi propósito dar aquí soluciones. Solamente pretendo explicar esos pasajes, que no corresponden ya con mi sentir; y excitar a los cubanos a buscar el remedio, que no han sabido o no han podido encontrar hasta ahora nuestros bandos políticos. El mal crece, y el combatirlo se hace urgente. Colocado ya por los años y los desengaños fuera del torbellino, miro las nubes que van cerrando el horizonte, y aviso".

¿No es verdad que estas palabras tienen la durabilidad de las cosas eternas? Bastarían ellas solas, para congraciarnos con la finalidad del libro, que resulta realmente necesario por ser mensajero de bellos sentimientos...

Merecen citarse, por ese concepto crítico elevadísimo, que en anterior nota hicimos constar, los discursos sobre *Cervantes y el Quijote* y la Conmemoración a la *Avellaneda* y por su alta finalidad política son notables los discursos sobre *El sufragio universal* y de *El Imperialismo a la luz de la Sociología*. Como se advierte y es deber de hacer notar a vuela pluma, trátase de obra de rara enjundia.

Si en algo peca Verona es por modesto al decirnos: "Cuando se ha avanzado demasiado por el camino de la vida, va sintiéndose cada vez más imperiosa la necesidad de guardar silencio"...

Realmente el eminente cubano peca de pesimismo también al decirnos así, porque, aunque real la frase y ajustable a muchos casos, en el presente resulta excesiva. ¡Bien vienen palabras tan útiles y felices como las suyas! Pocas veces como esta la palabra ha conservado su misteriosa esencia hasta el punto de llegarnos transmitida por este libro con toda su fuerza y todo su encanto.

Tampoco le falta esa vibración seductora que es como la "hipnosis" de la elocuencia.

La casa junto al mar (poesías), por *M. Magallanes Moure*. — Santiago de Chile. Editorial «Minerva». 1918.

Dos juicios diferentes, casi contradictorios, conocíamos de este poeta: uno observaba en él ese empleo preferente de los elementos de "métier" de Marquina que podríase reconocer por

los carácteres esenciales de su emotividad y cierto parentesco espiritual y por el parecido de sus figuras perfiladas y por la disposición de los versos. En el otro, anotábanse las visibles semejanzas del poeta con Maurice Maeterlinck...

A nuestro ver caería en error aquel que pretendiera negar que el poeta pudo haber detenido con complacencia su mirada en la obra del autor de *Elegías*. La obra anterior lo dice y lo confirma la actual, cuyo tercer capítulo *Amor* evidencia la detenida lectura de aquellas... Como imposible sería no reconocer cierta afinidad en la elección de temas, que recuerdan al gran Maeterlinck...

Pero, fuerza es hacer presente que esos juicios no responden a la verdad plena, pues esas afinidades no son constantes; en cuyos casos no realiza su mejor obra como en el capítulo *Amor*.

Esta última parte del libro a pesar de contar con composiciones como el *Himno al Amor*, verdadera página de antología, meritoria de señalarse por su mesura expresiva, rica en belleza y notable por vigor, no es la mejor parte de la obra. El poeta no por eso deja de mostrarnos, cómo su sensibilidad al tratar el tema amatorio sabe encontrar nuevos acentos.

En el difícil y gastado tema logra ser nuevo; sin ser monocorde en las variaciones vémosle explayarse con fortuna pues sabe ser delicado y ténue, como si dijéramos vagoroso en su cielo. Sin insistir en una misma visión, sin minuciosas exposiciones, como las de Marquina, consigue no caer en el inhabitable pozo de la redundancia.

También se ha dicho que "se acerca en forma visible a Maeterlinck por el desenlace sugerente de sus ideas". Ante la vaguedad informativa de este juicio pensamos: no será ciertamente al Maeterlinck trágico ni al poeta autor de *Pelleas y Melisande* a quien podamos acercar nuestro autor, aún cuando se invoque lo "del desenlace trágico" para fundarlo.

Si en algunos momentos, muy pocos, al leer a Magallanes Moure recordamos al gran poeta belga, más que al autor de los *Petites drames pour marionettes* nuestro recuerdo podrá evocar ciertas páginas muy tiernas de *Serres Chaudes* y de *Douze Chansons*.

Esto se dice, tan solo, para probar lo infundado de tales juicios, pues si en algo se aproxima a estos y en otros, como

luego veremos, no es más que por poseer el fermento lírico, poseído unicamente por los poetas natos: materia divina apta para ser plasmada en todas formas.

* * *

Al publicar en 1902 su primer libro *Facetas* Magallanes Moure, boga en plena corriente romántica, fruto de imitación más que de modalidad íntima... Es en 1910, al publicar los bellos poemas *La Jornada* cuando el poeta al encontrar su filón artístico, hállase a sí mismo...

Deja, desde esa época, las blanduras primitivas y amaneradas para vibrar desde entonces por todo cuanto palpita y vive. Su mirada cobra penetración más viva; sus pensamientos al ser elaborados diligentemente tórnanse más puros y con ellos, puesto en el mirador de la vida tiene las más vastas perspectivas.

La casa junto al mar marca el punto más alto de esta evolución. Detengámonos ante sus sólidos cimientos, que bien pagos seremos con la belleza brindada generosamente.

No es este un poeta solo atento a la habilidad de su "métier". Al poeta no le basta con ser artista, debe ser también hombre y hombre digno; cuando canta debe darnos la plenitud de su mundo interior, que no pueda ser mecánico ni artificioso.

Magallanes Moure tiene la facilidad de mostrar sus bellezas íntimas atesoradas, emoción, sentido humano, fuerza, virilidad, pureza... ¿Es raro que le sigamos con interés y simpatía?

Esta plenitud de condiciones hace recordar más que a ningún otro a Emile Verhaeren ¿no hay cierta afinidad, en los versos de nuestro poeta con los sonoros, recios y humanos, cantados maravillosamente por el belga?, cuando dice como viven *Les maisons des dunes*:

> Les petites maisons, dans les dunes flamandes
> Tournent toutes les dos a la mer grande
> Toutes coites, comme encavées
> Dans un gran pli de sol contre le vent dément.

En otros momentos, puestos en esta sucesión de ideas y emociones, advertimos también cómo a veces nuestro poeta va más allá, que es más complejo que el gran autor del ciclo

nacional *Toute la Flandre*... En esos casos en que extrema la expresión del "tumulto armónico" de la vida, imposible no recordar a Jules Romains, creador del "unanimismo"; escuela poco menos que desaparecida, pero que encuentra entre nosotros un vocero eficaz en el excepcional Fernández Moreno, quien con *Ciudad* y otros libros bellos, ha transplantado a este vergel castellano lo más bellos retoños del complicado jardín...

La comunión perfecta de todas las fuerzas y de todas las cosas que se integran en el espacio y en el tiempo, en la explicación poético-filosófica (hasta donde la poesía puede) de cómo el instante presente se apoya en el pasado, por una parte, y en el porvenir por otra; en este "casi-bergsonismo" que explica cómo nada nace ni muere en la naturaleza y que todo se aproxima, se encadena y se perpetúa, tiene su forma en la poesía de Jules Romains, cuyo exponente más característico es el libro *Un Etre en marche* (Ed. *Mercure de France*), realizando sus creaciones, gracias a la emoción otorgada por la sensación de dar a un grupo de individuos la conciencia de un solo ser..

Y nos referimos a esta forma artística por cuanto Magallanes Moure unifica también en un mismo sentir espiritual: la "casa perdurable" y "el mar dilatado" y "los bueyes libres" y los peñones que "todo lo acogen con amor: ave, luz, o mirar". y la orilla de la "playa inmensa y sola" con "la luna de media noche"... y en cierto "camino solitario" y "la quietud de la tarde" cuando

> al risueño
> repicar de una campana
> en mi viejo corazón
> volvió a cantar la esperanza.

Esta visión de cada cosa no pasa ya, porque se integra al ambiente; gracias al lenguaje eficaz y expresivo el cuadro se hace inolvidable; y así como un pintor que de la inanimada paleta toma, vez por vez, los colores inanimados para dejarlos en su lugar animados y vivientes dentro de la armonía del todo; así los lectores de este gentil poeta aunamos las sensaciones sugeridas y palpitamos a su influjo.

Y así como habremos de recordar en algunas poesías al autor de *Les rithmes souverains*, por ese acento varonil que nos hace ver

la vaste mer
Pousser vers lui l'élan compact de sa marée

debemos consignar que no siempre es igual el tono. A veces es delicado hasta la femenilidad, como en esta poesía:

MI ALMA

Es mi alma como cavidad sonora
en cuyo fondo, recogidamente,
la sombra inmóvil y el silencio inmóvil
estuvieran mirando hacia la vida.
Es como una caverna el alma mía,
una caverna en que penetra el mar.

Entras en mí como la ola y llenas
continuamente mi oquedad sombría.
Me invades, me sumerges en tu onda
saturada de luz, en la fluída
plenitud de tu onda, que no deja
nada vacío en mí
Entras y entras
en mí, como entra el agua en la caverna
que se encierra en la roca y se abre al mar.

Dignos de una mujer son estos versos; percibimos que la fuerza de ellos está en su debilidad — permítasenos la paradoja; — tanta entrega sólo es posible en una alma sumamente delicada. No se crea que va reproche alguno en ello; recordaréis con cuanta verdad Emile Faguet ha dicho "que días vendrán en que el arte de los versos no será ya más que arte femenino".

Esta femenilidad apuntada en Magallanes Moure no es constante. Encuentra, como intencionadamente lo hemos hecho resaltar recordando al vigoroso autor de *Les rythmes souverains*, en casi todas las que forman las sesenta primeras páginas bajo el subtítulo *El Mar*, su contraste recio, humano, varonil...

Como hemos visto, los grandes autores no son sus "maestros" en el sentido real de la palabra, porque nuestro poeta los admira sin servilismo. Seguramente esas obras habrán contribuído a la selecta formación espiritual del poeta pero el arte de este siempre aparece personal.

Magallanes Moure, es, a todas luces, independiente de toda imitación, lo mismo cuando hace obra execpcional que cuando no logra tales alturas, como por ejemplo, en algunas poesías de *Amor* y en el imposible *poema de la semana*. ¿No es pueril acaso encadenar, en la prisión de un tema tan desprovisto de

interes como la fisonomía de cada día de la semana; no es inútil intentar hacer siete composiciones para encerrar las características de cada día, cuando todos tenemos nuestros días inolvidables, y lo de martes o domingo poco importa?

Los medios de realización poética no son siempre intachables. Nótase en algunos versos, leves deficiencias; como si dijéramos, aritmia por exceso de vitalidad, por plétora de ideas.

Pero es tal la belleza de éstos, nos vuelve tan buenos y generosos, que pasamos por alto tales lunares, debidos a la inquietud y a la premura en la creación. Pero, por fortuna, ellos son raros en Magallanes Moure.

Este poeta ha conseguido atraernos hacia la concatenación de sus bellezas: su obra está más en lo que sugiere que en lo que leemos. Hay en él, evidentemente, verdadera inspiración en el sentido corriente de la palabra. Tiene Magallanes lo que pocos: vuelo lírico, no desprovisto de sentido humano.

Este poeta habla y dice cosas en lenguaje de belleza; cuando estas cosas son nuevas para nosotros lo admiramos... cuando nos dicen cosas nuestras de gozo y dolor, ya conocidas por nosotros, nos emocionamos dulcísimamente con él...

Memorias de un amargado, por *Alberto Romero*, con un pórtico lírico de Carlos Préndez Saldías y prólogo de Mariano Latorre. Imprenta Universitaria. Santiago. 1918.

¿Confesaremos nuestra atracción por las memorias y los diarios íntimos? ¿Será porque nos es dado leerlos desposeídos de toda pretensión crítica, atentos solo a mecernos a su arrullo? ¿Será por esa tristeza que nos trae el pasado "siempre mejor"... Y más benévolos somos aún si estas memorias son de persona joven, que cree, ingenuamente, al observar su propio sentir, acumular en sí misma todos los dolores de la humanidad, que tales se les figuran las pequeñas e inevitables penas de la vida, siempre agrandables por exceso de visión...

Alberto Romero es de estos. Háse iniciado en su obra literaria con estas memorias, por cierto interesantes. Ciertamente no es obra decisiva, ni mucho menos esta de que hablamos; pero esas páginas evidencian las laudables y excepcionales condiciones del autor. No es ampuloso; sabe ser conciso aunque a veces extremadamente; y no carece de la temeridad suficiente para ser siempre sincero sin afectación, hasta llegar por mo-

mentos a la incoherencia, tan fuerte es el tumulto sensorial que lo domina.

En este libro trata Romero y lo consigue, de reproducir un viaje hacia el sur de Chile, *promenade* en compañía de una mujer, en busca del buen amor, aunque este no aparece, debido a la disparidad moral de ambos. Esta persecución al amor que no se encuentra, pone triste al protagonista y le enferma... resultando de sus confesiones como la historia de una enfermedad visible, cuyo mal fluctuante tuviera su mejor diagnosis al ser contada por el enfermo.

Se trata, el lector lo supone, de la enfermedad de pensar. Romero bien podría repetir lo que Leopardi escribía a su gran amigo Giordani... "lo que me hace más infeliz, no es este mal de vísceras que me consume y este relajamiento de nervios, y esta ceguera que me amenaza, es el pensamiento, es este continuo pensar mi mayor mal". Y en efecto, no es el amor imposible, ni la incomprensión de la amada, ni su imposible bien, ni el abandono los que crean su verdadero dolor; es el mal de la reflexión que lo obsesiona amargamente. Bien podría agregar a sus páginas la frase del gran poeta: "por muchísimo tiempo he tenido que dolerme de tener cerebro dentro del cráneo..."

Romero ha sabido encontrar la forma expositiva eficaz para narrarnos esta tortura.

Gracias a su concisión — a veces excesiva — interpreta sin cansar su propio sentir, que parece escapado de su pluma en momentos de desesperación; tiene el acierto de no insistir en ellos: una vez dichos no los vuelve a repetir... son siempre diferentes sus preocupaciones y ansias...

Esta ausencia de repetición y por lo tanto de monotonía, esta consciente y feliz expresión otorga interés a la lectura. El lector compasivo espera como en el *Jacopo Ortis* la finalización del mal gracias a la suprema reparadora. Mas, la pálida con su profunda paz, no llega, espérase en vano... Con el pesimista cantor italiano Romero podría también afirmar lo que aquel escribía a su hermana Paulina, Condesa de Leopardi: "quedaos tranquilos, yo no puedo morir: mi máquina (así lo dice también el excelente médico) no tiene vida suficiente para concebir una enfermedad mortal".

Como aquél, este protagonista de las *Memorias de un amar-*

gado no puede, no logra, no sabe morir. Condenado está a arrastrar sin tregua sus torturas y sin poderse substraer a ello. Porque en los mismos momentos en que parece reaccionar del influjo fatal cuando una flor, un recuerdo, un relieve de belleza, una línea encantadora atraen su vista para llevar un poco de luz y alegrarle, ello es por un fugaz momento.

Entra pronto en el mundo de su sombría tortura implacable: de esa tortura interior de la cual no podrá desasirse...

* * *

Dentro de la relatividad y las intenciones de esta obra de juventud, parécenos al leer este libro que penetramos en ese mundo sugestivo de la Francia de 1830, en la época que cada cual siente la imperiosa necesidad de cantar y magnificar las propias penas... muy a menudo, más cerebrales, que reales.

Como hay en estas memorias, felices y largos trazos para la pintura de los panoramas que se presentan en el viaje y también fuerza emotiva en las evocaciones de recuerdos infantiles y cierto perfume de ingenuidad, se nos viene a la pluma las frases que Edmon Pilon dijera de cierta poetisa francesa: "¡Diario que hueles bien, como los herbarios cuidados por los viejos botánicos! ¡Diario todo perfumado, diario pleno de lágrimas y de misterio!"

La Familia Gutiérrez (Novela) por *Mateo Magariños Borja* - Editorial "Renacimiento" - Montevideo, 1918.

¿Hasta cuando, hasta cuando seguiremos poniendo sobre el tapete esta cuestión del verismo y del naturalismo, como se hace cada vez que un libro trata de las incidencias sexuales con libertad descriptiva y sensual?

Se ha dicho tanto sobre lo mismo!, pensábamos vez pasada, leyendo en difundida revista bonaerense un largo artículo a propósito de *La Familia Gutiérrez*. Aunque muchos años han pasado desde la época de la famosa "cuestión palpitante", que la Pardo Bazán tratara ampliamente en su libro, aún hoy puede decirse algo provechoso a su respecto.

Entre atinadas reflexiones, notábamos ciertos juicios evidentemente erróneos que por venir al caso comentaremos breve-

mente. Decía el autor: "Se complace Magariños Borja en el rebuscamiento a veces microscópico de muchas actitudes comunes, suele caer en el vulgarismo pero salvando siempre su personalidad: es naturalista, no *medanista*".

Los principios proclamados en el famoso acto de Medán—cábenos preguntarle—¿son o dejan de ser la expresión, por excelencia, del naturalismo como escuela, aunque muchos de sus más caracterizados adeptos, Anatole France pongamos por caso, la hayan abandonado o repudiado? Zola, aunque haya llevado en alas de su temperamento batallador, a su más alto grado las facultades de expresión ¿ha dejado por ello de interesarse por los pliegues más obscuros de la personalidad humana?

Lo que hay en este asunto es simple: las escuelas y tendencias son lo de menos; muy a menudo son definiciones, y delimitaciones que más que orientar confunden, porque en esto cabe una sola distinción efectiva: obra de arte realizada u obra fracasada.

Su autor no sólo nos dió obra naturalista al incorporar el tipo de *Naná* a la literatura universal. Supo llegar al alma de la Humanidad más fácilmente en esta obra espontánea que en otras donde se lo propuso como problema estético o de escuela. Sólo se hace arte. Conseguido esto, no vemos diferencia entre Naná y el tío Godfried de *Juan Cristóbal*... Esta es la verdad...

Mateo Magariños Borja en su novela se ha limitado a reproducir algunos tipos al alcance de la visión de todos, es decir, visibles en el aspecto exterior. Esto no es naturalismo, ni cosa que se le parezca; como no lo es la detestable e infame forma literario-comercial (permítasenos el término absurdo), que viene estragando, primero con Felipe Trigo y luego con los Belda, Hoyos y Vinent, Insúa y otros, quien sabe cuanto paladar apto para saborear las más deliciosas *nuances* del más delicado gusto.

No se entienda con esto que el libro de Magariños Borja es de esos, no... Hay en él cosas bellas, como las que se refieren a las acertadas disposiciones que los "muchachos bien" toman para llevar sus líneas de batalla hasta el departamento discreto y propicio...

Bien conoce Magariños Borja esas incidencias; seguramente esas páginas son vividas, adviértese en ellas toda la fibra personal del autor, están pintadas con plena seguridad. En estas exposiciones pone su propia personalidad en evidencia y con esto que apuntamos, evidentemente, se aleja de los cánones del na-

turalismo. (Y esta vez somos nosotros que caemos en la falsedad de intentar una definición estricta).

Las mujeres están muy bien trazadas, Maruja y Carmen especialmente. Son estos dos tipos indudablemente vividos. Las mujeres logran moverse como en la vida y las vemos actuar femeninamente; es decir, cuando la vida las sugiere ansias de goces, cuando el instinto urge y ordena, cuando el placer las atenaza al hombre, cumplen el acto no sin cierto fatalismo, con ese fatalismo peculiar de ellas. ¿No es acaso la aureola del martirio que otorga a sus bellas cabezas la más bella luz? ¡Ser vencidas es la mayor gloria a que puedan aspirar!

De modo que, como vemos, no faltan interesantísimos detalles en esta novela: muéstranos su autor no carecer de cierta intuición genial al exponer las flaquezas del otro sexo; y, también, sabe de las taras que agobian a los mozalbetes desocupados, ansiosos tan solo de gozar la vida, pese a quien pese... Además el estilo es terso, fácil, corriente y propio.

Por lo visto no faltan méritos a esta novela y sin embargo, no es una obra feliz. Falta en ella lo íntimo, lo que no se obtiene por receta. Zola fué llevado y traído para obtener "su verdad": él mismo dió algunos puntos básicos para realizar la continuación de su obra. A pesar de ello el reloj al ser desmontado dejó de contar las horas con su péndulo; así como en este libro donde tenemos algunos engranajes, pero desligados e inmóviles. Nada nos importa si en esto o en lo otro Magariños Borja se aparta o acerca al gran Zola; miremos si la suya es obra sugerente y humana, que es lo importante y es lo que no encontramos. *La Familia Gutiérrez* a pesar de los méritos apuntados, carece de ese soplo íntimo, orgánico, cálido, en fin, humano, que es la gran realidad.

Será esta obra si se quiere una fiel placa fotográfica; pero, ¿y del alma del paisaje qué sabemos? y de la emoción fluctuante de cada hora pasajera; y de las supremas enseñanzas que podríamos aprender en el libro abierto de la naturaleza?

Quede la clasificación de escuelas para eruditos falsos e inútiles; lo importante es hallar un nuevo y real tipo humano, poco importa si éste es a la manera de la hija de Lantier o a la del protagonista de *Le Disciple* de Bourget, que entre las creaciones del arte universal tendrá su sitio donde eternizarse!

ARTURO LAGORIO.

CIENCIAS SOCIALES

El Partido Republicano, por *Alvaro de Albornoz*.—Ed. Biblioteca «Nueva». Madrid. 1918.

Con este interesante volumen, la "Biblioteca Nueva" de Madrid inauguró una serie de tomos en que escritores de reconocida competencia trazarán la historia de cada uno de los diversos partidos políticos españoles, desde su formación hasta el día. El primer tomo de la "Biblioteca Nueva", que tenemos a la vista, es del conocido escritor español Alvaro de Albornoz, sobre *El Partido Republicano* en formación, sus doctrinas y las evoluciones sufridas en el curso de la historia, sus hombres y su actuación. Nos parece de todo punto encomiable la revisión del pasado político de España—que esta biblioteca se propone—en esta hora de crisis para el mundo en que una nueva ley y una nueva historia ha comenzado a escribirse en las trincheras.

Estudio minucioso y metódico es este de los republicanos y del republicanismo en España, de sus doctrinas, con las evoluciones sufridas, de sus hombres más prominentes, de sus vicisitudes, de sus motines y de sus revueltas. A lo que es cuenta, ya en las postrimerías del siglo XVIII existía en España republicanos, y republicanismo, nacido al influjo de las ideas de los revolucionarios franceses del 89, bajo la forma de "logias" y de sociedades masónicas. En 1808 y en las Cortes de Cádiz apunta embozadamente, cosiendo "la piel de la zorra a la piel del león".

Por el año de 1820 existía el partido republicano con el nombre de *exaltado*. En 1821 y 1822 hubo movimientos revolucionarios de este origen. Otra revolución en 1835. En 1840 era un partido organizado y respetable, con varios órganos de publicidad. Esta prensa republicana aumentaba día a día, en forma pública o secreta. Su tono era violento o satírico.

Resulta interesante anotar algunos de los postulados de su programa del año 1840:

—"Supresión del trono".

—"Inamovilidad judicial y establecimiento del jurado".

—"Instrucción primaria universal gratuita y obligatoria".

—"Libertad religiosa, de imprenta, de reunión y de asociación".

—"Reparto a los jornaleros de las tierras del Estado".

El año 40 hay una revolución. Una sublevación en Barcelona en 1842. La revolución del 48, repercutió en España, como en toda Europa. El 49 los diputados de la extrema izquierda se dieron un *programa práctico de gobierno*, que contenía una serie de aspiraciones importantes. Empiezan a destacarse desde 1851 al 54 algunos hombres que serán más tarde los jefes esclarecidos: Pí y Margall y Castelar, cuyos nombres habían de llenar casi todo el resto del siglo en la historia política de España. Aumenta la prensa republicana y los diputados en las Cortes. Pero ahora hay *republicanos* a secas, *demócratas y progresistas*.

Los partidarios de la república aumentan año a año hasta llegar a la famosa revolución de Setiembre de 1868 en que los demócratas y progresistas toman el gobierno. El año 69 se constituyen las cortes constituyentes, en que la figura de Castelar toma relieve singular. Los republicanos quieren la República y luchan por ella en la Constituyente y votan contra la monarquía. El gran cerebro de Pí y Margall está al lado de Castelar. Asombran sus discursos, que refiérense casi siempre a temas económicos o sociales. Es un economista, un sociólogo, un filósofo. Un hombre de estudio más que un político. Pero, a pesar de sus esfuerzos, la monarquía vuelve, traída por los mismos que la derribaron...

La monarquía ha vuelto, pero no puede gobernar. En dos años se suceden tres Cortes y seis ministerios. Los republicanos luchan en estas Cortes tan denodadamente como en las Constituyentes. Ahora tienen nuevos campeones, entre ellos Salmerón. Aquí se produce el célebre debate sobre la Internacional, en que todos demuestran una extraordinaria incomprensión. Hasta Castelar, hasta Pí y Margall. Sólo Salmerón se muestra sensato. Los republicanos se dividen: los *intransigentes* y los *benévolos*. Se suceden motines, la monarquía cae y viene la re-

pública sin que nadie la traiga como antes vino la monarquía. El monarca renunció, obligado por la fuerza de las cosas. "Los monárquicos se habían hecho republicanos sin darse cuenta—dice el autor. España entera, que se había acostado por la noche monárquica, se levantó al día siguiente republicana".

Se sucede otra serie de motines y revueltas; ahora son los monárquicos y los generales quienes las realizan. Pi y Margall, Salmerón y Castelar están ahora en el gobierno. A los trece días había crisis. Los republicanos siguen en el gobierno. Pero ellos no son mayoría en el país. La prensa monárquica arrecia. Se suceden las revueltas. Castelar es el último presidente del gobierno republicano. Pero los republicanos se encontraron en el gobierno con este dilema: de un lado sus convicciones, y del otro las exigencias prácticas del poder. Y entre éstas y aquellas prefirieron aquellas... La república muere. Tal fué la efímera república del 73.

Después de la restauración, Castelar se hace posibilista. Se acerca al gobierno. Abomina de la demagogia y cree que hay que predicar el respeto a la ley. Quiere matar el pronunciamiento, el desorden, el equívoco revolucionario en que constantemente viven los elementos de la extrema izquierda. Su grito frente a los comicios es: "a las urnas".

Luego en las Cortes reprueba los manejos revolucionarios de Ruiz Zorrilla. Cada vez crece su adversión a los rojos del republicanismo. Cree en el triunfo del posibilismo. Se aleja también de Salmerón. En 1886 Castelar se niega a coligarse con los demás republicanos. Cada día se acerca más a la monarquía aunque rechazó siempre colaborar en el gobierno de ella. En 1888 pronunció un célebre discurso en que fija su postura. El es republicano, republicano histórico, por convicción y por conciencia. No quiere ser nada en ninguna monarquía. Pero la monarquía se hace liberal ¿por qué no puede ser democrática? El quiere una monarquía democrática, con el sufragio universal y el jurado popular. Y dice a los de la derecha: "Vuestra monarquía será la fórmula de esta generación si acertáis a hacerla democrática". No hace cuestión de formas políticas, le interesa la esencia, el fondo. El jurado se estableció en 1888 y el sufragio universal se sancionó en 1890 y Castelar dice: "Si hoy que se ha salvado mi obra, no doy gracias a Dios, no sé cuando las voy a dar". Más tarde, cuando ve que la monarquía no

tiene la esencia democrática, ni siquiera liberal, volverá a dudar de ésta y creer en la necesidad de la república, pero ya está viejo y decepcionado, y su muerte viene pronto. Todavía en su ancianidad gloriosa y amargada se alza su voz, como un reto contra la obra corruptora de Cánovas, y los reaccionarios que gobiernan desde el monasterio de Loyola... Y luego muere, bajo el espléndido sol de la costa levantina, "entre los almendros florecidos, a orillas del mar azul que tanto amaba". Agonizante, dijo: "Que me lleven con los republicanos". Castelar y Cánovas representan toda la vida política española del último cuarto del siglo pasado. Fervoroso, optimista, lleno de ideologías generosas el primero. Descreído, escéptico, pesimista el segundo. El primero es un espíritu lleno de fe en la humanidad y en su patria. El segundo no tiene fe en su patria ni en su raza. Castelar da a España el sufragio universal; Cánovas lo corrompe. "Hice uso—dice—, de él y me sirvió tan bien que me *confeccionó* la mayoría más compacta y más obediente que ha apoyado a un gobierno. Soy enemigo declarado del sufragio universal, pero su *manejo práctico* no me asusta".

Los *progresistas*, en la política de España, fueron casi siempre un factor negativo: cualquier medio conceptuaban bueno para llegar al gobierno, la cortesanía y la adulación, unas veces, la violación de la constitución otras, la revolución, el motín, la revuelta, cuando no dieron resultado aquellas. Su jefe, Ruiz Zorrilla se hizo republicano luego, formando con Salmerón el partido *republicano reformista* en 1876; esta unión de Salmerón y Ruiz Zorrilla duró poco, la intransigencia revolucionaria de éste fué la causa de la ruptura. Una serie de revoluciones y levantamientos es su obra: en 1877 y 1878. El año 1880 señala un momento de auge del partido republicano. Se formó la "Asociación Republicana Militar" que organizó en el mismo año varias sublevaciones y conspiraciones que repitió en 1884 y 1885. Ruiz Zorrilla va a vivir desterrado en París; y ya enfermo regresa a morir a su patria en 1895 el jefe de los *republicanos revolucionarios*.

Cuando en 1876 publicó su manifiesto el partido *Republicano reformista*, Pí y Margall lo rechazó, lanzando una circular en que refutaba el unitarismo de aquél, exponiendo al mismo tiempo las bases del programa federal. Aquí comienza lo que se ha llamado el *Apostolado de Pí y Margall*. En 1877 publicó

"Las nacionalidades", libro en que expone su sistema político completo. Difunde sus ideas en la prensa y el mitin; publica manifiestos y dirige circulares a sus correligionarios. En 1882 se celebró la primera asamblea del partido Federal, y se eligió un consejo directivo de que formaba parte Pí. En 1888 se celebró la segunda asamblea. En 1884 publicó Pí y Margall su libro "Las luchas de nuestros días", que trataba todas las cuestiones del día. En 1894 el programa del partido Federal quedó definitivamente formulado: contiene seis capítulos. Sus propósitos en el *orden humano;* en el *orden político;* en el *orden administrativo;* en el *orden económico;* en el *orden social;* en el *orden internacional.* En este programa sintetiza Pí y Margall todas las aspiraciones populares y humanas de nuestros días, que los pueblos comienzan a realizar. "Más que el jefe de un partido político fué el jefe de una escuela social, un apóstol, un propagandista", dice muy bien Alvaro de Albornoz. A su lado estaban Blasco Ibáñez, Roberto Castrovido y Menéndez Palladí Fué al parlamento en 1886, aunque esta tribuna no le llamaba, pues era un temperamento más bien frío, de hombre de gabinete y de estudio. Promovió en él grandes escándalos su palabra incisiva y sus críticas acerbas. Se retiró del parlamento a causa de su discrepancia con sus colegas de diputación. Más tarde volvió a él, prefiriendo siempre el estudio de las cuestiones económicas y del presupuesto. La actuación social de Pí y Margall se extendió a todas las manifestaciones de la vida española, en el libro, en la prensa, en el parlamento. Su campaña contra la guerra de Cuba fué célebre, por lo valerosa e implacable. Pí y Margall no presenció el triunfo de sus ideas federalistas y sociales. Las ideas del autor de "Las nacionalidades", se afirman en su nación y en el mundo, cada día que pasa, con más fuerza, y los partidos democráticos buscan inspiración en ellas. "En esas ideas—dice con mucho juicio el autor—habrá de inspirarse el partido republicano, necesariamente, si quiere representar algo y ser una fuerza al servicio de la patria y de la civilización".

Más o menos conjuntamente, actúa el partido centralista, que formó Salmerón acompañado de Azcárate, González Sellano, Labra, Altamira. En 1899 vió a luz su programa en forma de manifiesto. La cabeza del partido es Salmerón que "es, ante todo, un pensador, y trae a la política española, cuando en ella hace su aparición, un nuevo sentido social". Defiende la Interna-

cional y sus ideas en un célebre discurso. En 1904 pronunció otro célebre discurso sobre el problema obrero en la Casa del Pueblo de Barcelona, pero ya está bien lejos del otro Salmerón, que defendió la Internacional. Fué diputado en casi todos los parlamentos desde 1886, en que llegó por primera vez.

"En un sentido, la vida entera de Salmerón es un apostolado contra la fuerza, contra la violencia". En sus últimos tiempos su política es conservadora. Su actuación culmina en 1903 como jefe de la *Unión Republicana*. Ya han muerto Pí, Castelar, Ruiz Zorrilla, y todas las fuerzas republicanas se agrupan en torno suyo. Se sumaron los elementos neutros de Costa. Se creyó posible por un momento el triunfo de la república. Mas todo quedó en nada, y Salmerón moría algunos años después. "Los republicanos se hubieran ahorrado una decepción más si hubieran sabido que Salmerón era un altísimo pensador, un precursor, un apóstol, no un caudillo revolucionario".

Del viejo republicano nacieron de la presente centuria dos tendencias; la revolucionaria, de *La Federación revolucionaria*, con Lerroux, Blasco Ibáñez y Soriano. La segunda, moderada, con Melquíades Alvarez; la primera, después de 1903, constituyó el *Partido Radical* de Lerroux, dispuesto a perturbar el orden "cuantas veces pueda". El republicanismo de Melquíades Alvarez es una nueva modalidad del posibilismo de Castelar, quiere continuar la evolución liberal. Va unas veces del brazo del *bloque de las izquierdas*, y otras ofrece su colaboración a la monarquía democrática.

Cabe hacer notar aquí que toda la historia del republicanismo español, desde la Restauración hasta nuestros días, es una continuada serie de uniones, fusiones y coaliciones, aunque siempre los distintos grupos no estuvieron de acuerdo ni en los métodos a seguir ni en las ideas a realizar. Carecían, pues, de programa. Razones circunstanciales las producían, y por fuerza tenían que ser estériles y efímeras.

Hemos tratado de sintetizar el libro de Alvaro de Albornoz, para que se vea claro lo que ha sido y sigue siendo el republicanismo español. El autor ha dedicado los dos últimos capítulos de su libro a estudiar la crisis del republicanismo y las causas de su esterilidad. Y lo ha hecho con altura de miras y con clara visión política del presente y del porvenir. Ha faltado a los republicanos del siglo pasado sentido político; sentido izquierdis-

ta, clara noción de su misión, de cual sería la obra a realizar. Yendo desde el *posibilismo*, que quería democratizar la monarquía, desconociendo la importancia de la forma de gobierno, hasta el constante equívoco revolucionario del motín y la asonada, teniendo sólo una vaga y romántica aspiración de principios generales y de conceptos abstractos; concepción catastrófica que por años y años inspiró su política alejándola de los postulados concretos que encarnaron las soluciones del momento, prácticas, reclamadas por las necesidades y la opinión de su época.

"Y una inmensa negación, de un pesimismo desconsolador en ocasiones, a las veces reveladora de un optimismo pueril, fué la política republicana durante lustros y lustros"—dice el autor del libro que comentamos. Agréguese a ello una marcada falta de civilismo, la nostalgia constante de la conspiración y el excesivo culto del caudillismo. No trató nunca de educar a las masas, de elevar su cultura, de hacer obra de ciudadanía. Se despreocupó de las cuestiones económicas y de las cuestiones sociales. Solamente así se explica que todo un siglo de republicanismo deje un saldo demasiado pequeño.

¿Ha cambiado, ha progresado el partido republicano español? El autor nos da la respuesta: "El partido republicano tiene hoy la misma organización que hace cuarenta años. Las mismas tertulias, los mismos comités, los mismos casinos y casinistas. Una vida mezquina, lánguida, de puertas adentro".

Otro grave error de su pasado es la política de uniones y fusiones. ¿Ha cambiado? La *Conjunción Republicano-socialista* de 1910, la *Alianza de las izquierdas*, y la *Asamblea* de los *parlamentarios* de 1917 dicen lo contrario.

Y ahora, o *renovarse* o... es su dilema. Realizar una lenta y áspera labor de ciudadanía y de cultura. Las manifestaciones de la vida social cambian. España no ha podido escapar a esa ley universal. Reza también con ella. Se han renovado ideas, sentimientos, problemas y costumbres políticas. Educar a las masas para la democracia tiene que ser su obra. Necesita fijar su rumbo, darse un programa. El programa económico-social del *Partido Federal* de Pí y Margall, podría ser el suyo. El tiempo ha dado la razón a Pí. Son las ideas que se imponen.

Y luego, a conquistar paso a paso las posiciones... Ese es su camino.

La cuestión social, por *Andrés Máspero Castro*. Buenos Aires 1919

Podríamos afirmar sin temor de incurrir en error, que en el país muy pocos son los que se dedican al estudio de la ciencia económica. Y esos pocos, no son precisamente los hombres políticos, digo, los hombres de gobierno que manejan la riqueza pública de la nación, aunque así debiera ser. Son estudiosos alejados de las esferas oficiales, irremediablemente alejados. El señor Máspero Castro es uno de ellos. Desde hace algún tiempo se viene destacando por sus estudios de esta índole. Autor de una tesis laureada por la Facultad de Derecho sobre *El impuesto único* y su "adaptación a la República Argentina", en 1915, obra realmente interesante, produjo además un estudio económico social en 1917, *País rico, pueblo y gobierno pobres*, de positivo mérito, aparte de una monografía sobre la *Situación precaria de las finanzas públicas*, del mismo año.

Hoy nos llega *La cuestión social*, estudio económico sobre las leyes de la distribución de la riqueza y su influencia en la vida social, trabajo presentado el año pasado a la Facultad de Ciencias Económicas, para optar por concurso a la cátedra de Economía Política.

"La cuestión social—dice el autor—tiene su origen en la mala distribución de la riqueza. Si nos aprestamos a resolverla satisfactoriamente aplicando los principios dados por la Economía Política, habremos logrado desterrar para siempre de nuestro suelo, la posibilidad de arraigarse una esclavitud proletaria". La cuestión social ha nacido con la riqueza, con el progreso técnico, la cuestión social existe en la república y se acentúa día a día con caracteres más premiosos. "Parece que todo ese progreso, toda esa riqueza y privaciones colectivas, todo ese conjunto de perfecciones y adelantos que apuntábamos, parece, decía, haberse convertido en instrumentos de tortura, en maquinarias inquisitoriales, en potentes prensas para aplastar a los mismos que lo crearon: las clases trabajadoras, que son por lo general, dentro de nuestra organización social actual, las menos adineradas o las más inferiores económicamente". Expresa luego en qué consiste la cuestión social, trayendo a cuenta la opinión de numerosos tratadistas y haciendo notar de paso la importancia que las universidades de diversos países han dado al estudio de ella en cursos especiales dictados por renombrados maestros, tales como Loria, en la Universidad de Turín, y Charles Gide

en la cátedra de Economía Social de la Facultad de Derecho de París. Planteado el problema en términos generales, se lo puede estudiar desde el punto de vista sociológico, o del de la legislación social, o desde el de la filosofía del derecho o desde el punto de vista económico. Para el señor Máspero Castro, el punto de vista económico es casi fundamental y la Economía política está llamada a dar solución al problema. "Se hace necesario—dice—insistir en esto, sobre todo en nuestro país, en donde se gobierna sin oir o consultar a los economistas, ni hacer caso a los preceptos de su ciencia; empeñándose los hombres de gobierno en violar las leyes económicas, en su política impositiva, comercial, industrial, bancaria, monetaria, agraria e internacional".

Llevada la cuestión al campo de la economía política, el autor estudia la producción y distribución de la riqueza.

En la producción entran en juego *tierra, trabajo, capital* o más propiamente, *tierra y trabajo,* ya que el capital no es sino trabajo acumulado. En la distribución de la riqueza, la *renta* corresponde a la tierra, el *interés* al capital, y el *salario* al trabajo. Después de precisar bien lo que significa cada uno de estos conceptos, averigua el autor dónde está el mal, dónde radica el fundamento de toda la cuestión social, y concluye que él radica en el privilegio de la tierra frente a los demás factores de la producción, que por la apropiación individual, aumenta la renta y crece de valor, con detrimento de los otros factores de la producción.

¿Cómo se corrige esta distribución injusta de la riqueza? ¿Cómo se resuelve esta cuestión? El Estado entra como un cuarto factor en la producción y distribución de la riqueza; aunque en realidad no lo es. En parte son los *impuestos.* ¿De dónde los toma? Del capital y del trabajo; a la tierra sólo se exige una parte mínima. "En efecto, tomando no más nuestros presupuestos vemos que desde años atrás, los impuestos aduaneros, internos, las patentes, sellos e impuestos sobre los edificios, cubren por sí sólo casi el total de lo recaudado por el estado, no bajando nunca de un 96 % quedando, por consiguiente, representado el aporte de los impuestos sobre el suelo en una cantidad inferior al 4 % del total recaudado. Y hasta en estos mismos años de evidente fracaso de nuestro actual régimen tributario no se ha aumentado el impuesto al suelo".

"Y hemos podido convencernos — agrega — que toda la

"cuestión social" residía en una mala distribución de la riqueza, la cual a su vez, se originaba en el monopolio del suelo y en el régimen impositivo actual que pesa enteramente sobre el trabajo". ¿Cuál es el remedio más conveniente? "Será aquel que, sin producir conmociones sociales tienda paulatinamente a hacer que la tierra sea de propiedad colectiva y a distribuir más equitativamente las cargas públicas". "Las dos cosas se consiguen con la adopción del impuesto único sobre el valor de la tierra libre de mejoras".

Viene este libro en un momento en que en el mundo entero y en nuestro país la cuestión social está a la orden del día. Eso aumenta, si cabe, su importancia. Creemos como el autor, que todavía es tiempo en nuestro país de volver sobre los pasos del pasado, encarando el problema en toda su magnitud Pero ¿serán capaces nuestros hombres políticos, nuestros hombres de gobierno, ocupados siempre en cosas tan pequeñas, de comprender el problema y resolverlo?

Del camino andado (Economía Social Argentina) por *Marcos M. Avellaneda.* — Cooperativa Editorial "Buenos Aires".

La cooperativa editorial "Buenos Aires", institución simpática, ha puesto en circulación últimamente este libro del doctor Marco M. Avellaneda, que, según palabras del editor, es de "Economía social argentina". Componen el volumen, discursos, conferencias, artículos y reportajes hechos al autor Son artículos-conferencias, y discursos pronunciados en diversas épocas, desde 1898 hasta 1918. Sin embargo, el concepto, el criterio que informa todos ellos es el mismo. Los años no han determinado cambio perceptible alguno en el concepto ni el modo de encarar los problemas económicos y sociales que es el eje central de todos ellos.

Cualquiera diría, a no saberlo, que el autor es un aficionado de la Economía política y de la sociología, y no un exprofesor de Economía Política en nuestra Facultad de Derecho. Desde la primera página hasta la última, se nota que el autor se ha preocupado más que de desarrollar con seriedad y conocimiento el estudio de un problema económico, su magnitud y las formas de solucionarlo, o de una cuestión social, de la mayor o menor donosura del período o cláusula, del cui-

dado de las imágenes, del corte de la frase. El orador desaloja completamente al profesor de Economía. De tal modo es exacto esto que después de leída una conferencia, en que la forma es impecable, el lenguaje elegante y ameno, y en que la anécdota oportuna es traída siempre a cuenta, el lector se pregunta: ¿y la cuestión? ¿y el problema? ¿En qué consiste y cuál es su solución? De eso no hay nada, es decir, sólo palabras y palabras... Se nota, además, desde la primer página, un afán extremado de "hacer literatura", alrededor del asunto. La cuestión social argentina de los últimos treinta años, o si se quiere reducir más el concepto, el problema obrero, ha preocupado al autor de este libro, sin duda, pero no lo suficiente como para llevarlo a estudiar con seriedad ni siquiera una sola de sus faces. Un sentimentalismo cursi y meloso y una incomprensión manifiesta son las características predominantes de todo lo que al respecto se dice en estas páginas. Apenas si podemos exceptuar en parte de este juicio lo que se refiere al Departamento del Trabajo, que a nuestro modo de ver, es lo único que el libro contiene de "Economía social argentina". Lo demás es "literatura", y en muchos casos mala literatura.

Dos palabras más que nos obliga a decir este libro. No es este el método, ni el criterio como han de estudiarse los problemas de la economía social argentina. El mal nacional ha sido ese y sigue siendo aún. La retórica, la literatura, la fraseología hueca y declamatoria. El hecho económico, el hecho social, requiere estudios más serios y un criterio francamente objetivo. Hoy más que nunca nuestros problemas sociales son graves y serios. Es pues necesario estudiarlos seriamente.

Argumentos legales en contra de la unidad de la sucesión Argentina. Su refutación, por *Alberto Escudero*.—Buenos Aires, 1918.

Con este título acaba de editar un estudio monográfico el doctor Alberto Escudero. El tema es de por sí interesante ya que él ha dado lugar a largas controversias entre civilistas de reconocida competencia, y entre reputados autores de derecho internacional privado, tanto desde el punto de vista puramente doctrinario, como desde el punto de la solución positiva de nuestro Código Civil. Además la jurisprudencia nuestra es contradictoria en lo que se relaciona con la unidad y pluralidad de

sucesiones. El autor ha tenido pues amplio campo para su estudio. El doctor Escudero—como lo dice el propio título de este trabajo — entiende que el régimen consagrado por nuestro código es el de la unidad en materia de sucesiones. Entre nosotros Alcorta, Machado y otros han sostenido la tesis de la pluralidad. El autor expone los fundamentos en que se basan dichos tratadistas, para refutarlos luego, investigando en las fuentes de los artículos pertinentes de nuestra legislación, — Savigny, Story, Freitas, etc., — así como en las largas páginas consagradas a la cuestión por autores nacionales — como Zeballos y Calandrelli que sostienen el sistema de la unidad — y autores extranjeros, especialmente franceses, donde se ha debatido también largamente la materia. Por nuestra parte, creemos también modestamente, que ésta es la verdadera solución que nuestra legislación ha consagrado. Por el acopio de doctrina y de opiniones que el autor ha reunido, así como por la claridad y método con que va desarrollando paso a paso su argumentación, nos parece esta monografía un trabajo de utilidad y de importancia.

Intervención a Salta, por *Emilio Gimenez Zapiola*. Buenos Aires 1918.

El doctor Giménez Zapiola ha publicado recientemente un volumen con el título enunciado. No es un "tratado" de política, ni tampoco un "estudio" constitucional sobre las intervenciones. Nada de eso. Pero es algo más que eso, por la enseñanza de moral cívica y de respeto a la ley que surge de las páginas de esta publicación El autor — ex-interventor de Salta — ha reunido escrupulosamente toda la documentación concerniente a aquel cargo, que supo desempeñar con alta imparcialidad, retirándose decorosamente, cuando fué menester. Allí está recopilado todo, desde el telegrama sin importancia, hasta el documento serio: los antecedentes de la intervención, así como todo lo concerniente al desempeño de la misma por los diversos ministerios: gobierno, justicia, hacienda, educación, etc. Asimismo las publicaciones posteriores a su renuncia, que la prensa divulgó y comentó oportunamente. El lector sereno y justo, no puede hacerse sino esta sencilla reflexión: un hombre que ha cumplido con su deber

ARTURO DE LA MOTA.

CRONICA DE ARTE

V.º Salón de Acuarelistas.

Importa la apertura del salón anual de acuarelistas, más que un hecho de mera significación de cultura, un acto ya identificado en el ambiente artístico de nuestra ciudad. Es el primer certámen con que todos los años se inaugura la temporada de arte entre nosotros; algo así como un telón que se descorre y muestra al público el resultado, no siempre brillante, de la afanosa labor de nuestros artistas; pero sí, en todos los casos, una prueba indiscutible del encomiable tesón y gran cariño con que se cultivan las bellas artes en esta urbe prosaica y bulliciosa.

Pero ese tesón que admiramos y ese cariño que reconocemos, no han logrado, a pesar de sus muchos desvelos y no pocas contrariedades, que este salón, llamado de acuarelistas, el V.º de la serie, se caracterice con mayor brillo, por la calidad y cantidad de las obras expuestas, que los salones anteriores. Muchos de nuestros artistas no han sentido ni el tesón que obliga al trabajo ni el cariño que hacia él nos conduce y han permanecido alejados de este certámen, restándole no poco brillo.

Pero gracias al plausible empeño de la comisión nacional de bellas artes, el V.º Salón de acuarelistas, ha podido ser, como en años anteriores, la nota inaugural de nuestra temporada artística.

Una visita ocasional a las distintas salas donde se exponen toda clase de cuadros, exceptuando los pintados al óleo, sería útil y provechosa para quienes pretenden que el arte argentino está en decadencia. No es nuestra intención presentar a estas bien modestas manifestaciones pictóricas, como a un exponente definitivo del desarrollo del arte nacional. Para su propio bien, éste sufre en la actualidad beneficioso compás de es-

pera, que se hace más notable aún en el salón de acuarelistas. Escasean este año las notas exóticas e intolerablemente originales con que los artistas ilustradores, se proponían asombrar al público de otros años. Un viento vigoroso y de sano juicio ha barrido, esperamos que para siempre, con esa algarabía de encartonadas odaliscas, de grotescas caricaturas, de inquietantes ilustraciones, que el sentido común repudia y que el buen gusto condena. Por eso, quizá, haya disminuído el número de los cuadros que exhibe el salón de acaurelistas de este año, aumentando así el valor cualitativo del conjunto.

Pero una nueva invasión, no menos temible que aquella de las "gouaches" exóticas y estridentes, que en los últimos tres años amenazara la existencia y los sanos propósitos de estética del salón de acuarelistas, ha hecho su temible aparición este año. Nos referimos a esas admirables imitaciones de cerámica aborígen, a esos curiosos ejemplares, de las industrias calchaquí, araucana o quichúa, que en número abrumador obstaculizan el paso y fatigan la vista del visitante, con sus formas grotescas y su feo color.

Y sin embargo, es, en verdad admirable la habilidad industrial con que el alfarero moderno ha realizado tales imitaciones. Con mayores recursos que aquellos con que contaban los alfareros de la época, prehispánica, el hombre de nuestros días, mediante la necesaria paciencia y afición indispensable, logra manufacturar vasos, ollas y toda clase de cacharros de asombrosa semejanza con los antiguos, si bien los de fabricación moderna ofrecen sobre aquellos la imponderable ventaja de la higiene.

Y hacemos deliberadamente hincapié en esta aserción. La alfarería aborígen de nuestra América, salvo algunos ejemplares raros de *huacos* del Norte del Perú, carece, casi en absoluto de mérito artístico. Pobre en el colorido de sus arcillas, chata y hasta grotesca en la forma, sólo finca su valor en la antigüedad de su orígen o en el lugar histórico de su procedencia. Estos cacharros que, sin que podamos saber porqué, hoy imita tan sorprendentemente el hombre moderno, no poseen ninguna característica que esté dentro de las muchas cualidades que deben contribuir a la formación de una obra de arte. Son objetos que hallan piadoso albergue en el polvoriento estante de algún museo etnográfico, donde podrán continuar, con

relativa tranquilidad, ese sueño eterno que la curiosidad del hombre interrumpiera. Pero ¿en qué casa hay un lugar apropiado para exhibir la fealdad de esos horripilantes ídolos incaicos, de esas monstruosas caras que parecen sufrir perdurables y horrendos males traducidos en una mueca indescriptible?

Mal orientados andan aquellos que han creído realizar una bella obra de arte al reproducir los viejos cacharros calchaquíes.

Como un ensayo en el bíblico oficio de la alfarería, como una caprichosa manera de pasar el tiempo, tales vasos y vasijas no merecen reprobación alguna. Pero sí debemos condenar ese exceso de producción que amenaza invadirlo todo, y que, más por el número que por la calidad, pudieran llegar a difundirse entre nosotros. Porque esta nueva industria, y tal es la facilidad de producir y el número de los que la cultivan, que ya ha dejado de pertenecer a las llamadas artes decorativas, puede influenciar malamente a nuestros niños. ¡Bella emoción de arte, recibirían ellos, al contemplar uno de esos cacharros!

Hay, quizá, un afán excesivo de querer ser original y un concepto erróneo de nacionalidad o de americanismo, al dedicarse, con tanto empeño, a reproducir toscos vasos de barro. Tienen, nuestros artistas, como los de todo el mundo, una fuente inacabable de belleza en la naturaleza, que gratuitamente les brinda sus dones inapreciables. El cielo azul, los árboles, las hojas, una sola hoja, ofrecen tales maravillas de color, y tales armonías de líneas como no pudiesen encontrarse en obra alguna que el hombre hubiera confeccionado. Y así, como los ascetas y cenobitas cristianos, enceguecidos por una enfermiza obsesión de misticismo, buscaban en la penumbra de sus celdas la luz inefable de la divinidad, estos hombres modernos, hunden sus manos en las tumbas de las pasadas edades, y creen hallar una obra bella en la informe y sucia jarra de arcilla, producto de la industria madre de una civilización caduca e inferior.

Creemos sinceramente, que alguien debe levantar su voz en contra de esta nueva tendencia a revivir entre nosotros esa vieja alfarería. Hay, en el país, un núcleo de hombres, cuyas tendencias les llevan por el sendero del arte en procura de nuevas sensaciones de belleza. Esos hombres, por ser muy reducido su número y porque tienen ante ellos una ardua y edificante labor que realizar, deben dedicar su tiempo, sus energías y entusiasmos, a la producción de verdaderas obras de arte. No

hay tiempo que perder exhumando viejas ollas y tratando de imitarlas. Dejemos, esa tesonera y hasta mecánica ocupación, a los eruditos y pacienzudos conservadores de museos. Salgan, nuestros artistas, al aire libre, bajo el sol. Ahí como en un índice inmenso, ofrece la naturaleza sus obras más variadas y numerosas. Y si es el arte de la cerámica el que nos atrae, cultivémosle, en buena hora, siempre que a ello nos mueva nuestra afición; más inspirémonos en temas y diseños aborígenes y tratemos de crear una nueva tendencia dentro de las artes plásticas, adaptando a los inviolables cánones de la estética, una que otra particularidad, uno que otro detalle característicos de esa industria antigua como el mundo.

PINTURA MODERNA.

No es posible hacer una crónica detallada de las muchas obras que decoran los muros de las cuatro primeras salas. Sería repetir las mismas apreciaciones que todos los años anotamos desde las páginas de NOSOTROS o desde las columnas de la prensa diaria.

El salón de acuarelistas, por la poca importancia que le adjudican nuestros artistas, es el lugar menos indicado para buscar y hallar obras que signifiquen el verdadero adelanto del arte nacional. Hoy, como en otros días, se repiten las formas, las maneras de pintar y hasta los temas de los cuadros: sólo varía en algunos casos, el procedimiento de que se ha servido el artista para impresionar el papel. Ahora es la "gouache", lo que ayer fuera óleo. Y así, mediante ese ingenioso sistema de cambiar el agua por el aguarrás, vemos a todo el mundo figurando en el catálogo de los acuarelistas.

Christophersen, se presenta con cinco acuarelas; así reza en el catálogo. Nosotros nos inclinamos a titularlas "gouaches", nombre menos castizo, pero más de acuerdo con el género de pintura a que pertenecen esos cuadros muy vigorosos, ejecutados en trazos amplios y espontáneos que acentúan la seguridad con que este artista maneja el pincel y domina el color. De una audacia desconcertante, Christophersen, ataca cualquier tema pictórico, sin importársele de los cambiantes que ofrece la luz, ni de los escorzos difíciles, muchos de estos buscados deliberadamente.

Aaron Bilis, hace gala, en los retratos y miniaturas que exhibe, de un conocimiento del dibujo, difícil de igualar entre nosotros. Pero, a pesar de la extraordinaria semejanza que este artista obtiene en sus retratos, estos se nos antojan fríos y ausentes de emoción. Carnacini expone tres apreciables carbones, cultivando como Raúl Prieto, en sus cuadros al pastel, su tema favorito; el primero en paisajes característicos de nuestra campaña, y el segundo en poéticos rincones de los suburbios. López Naguil, ha enviado a este salón varias ilustraciones, originales en su factura y colorido. Muy interesante "El buque fantasma". Rodolfo Franco está representado por una serie de cabezas al pastel. Dentro de la fantasía que el artista haya añadido a la figura original de los modelos, estos dibujos que Franco exhibe, dan una nota atrayente y nueva en el salón.

Gramajo Gutiérrez que con tan encomiable entusiasmo cultiva un género de pintura originalísimo, por la manera de realizarlo y la elección del tema, se presenta, como en otros años, con cuadros inspirados en viejas y arraigadas supersticiones de tierra adentro. Hay brujas, maldiciones, "daños" y "gualicho". Y los misteriosos espíritus materializados en esos cuerpos macilentos que cubren harapos multicolores, se mueven en la semi penumbra de los ranchos; verdaderos antros donde germina el maleficio Diríase que este extraño artista, en sus solitarias incursiones a través de la sierra santiagueña, hubiera sorprendido a las brujas nativas en fantásticos aquelarres.

Posee, Gramajo Gutiérrez, una clara visión que, al imponer a ésta el tema de sus cuadros, se hace borrosa e insegura. También queremos creer, que hay en este pintor una idea más acertada del valor de la linea en el dibujo, y que, persiguiendo el logro de ciertos efectos, sus figuras, tanto de hombres como de animales, aparecen de una dureza tan marcada que se nos antoja rebuscada.

Petrone ha realizado apreciables progresos en el pastel. Hallase felizmente orientado. "Dama de ojos negros" y "Cabeza rubia", colocan, a quien los pintara, entre nuestros mejores pastelistas.

Soto Acebal, como de costumbre, elegante y acertado en la elección del tema, "La procesión", a pesar de ser la acuarela de mayor efecto, por el interes literario que despierta su

título, no es la que mayor valor artístico representa. "El patio viejo", nos agradó mucho más. En esta acuarela se revelan algunas de las buenas cualidades que hacen de Soto Acebal un acabado acuarelista.

El coronel Cornelio L. Díaz, mantiene, por sobre los otros artistas el estilo clásico de la acuarela. Las impresiones obtenidas por este pintor, inspiradas en pequeños detalles de nuestra ciudad o de sus alrededores, son, por la sincera y dificultosa sencillez de la ejecución, obras de inapreciable mérito.

Cornelio Díaz cultiva este ingrato género de pintura, a la manera de los acuarelistas ingleses o escoceses, es decir, valiéndose del agua como único medio y sirviéndose de la pincelada, justa, certera, para impresionar el papel. Sólo un suave pasar de la brocha apenas coloreada, basta, a los que cultivan este género de acuarela, para obtener toda clase de efectos. Por eso los cuadros que hoy expone el señor Díaz, tienen tanta frescura y revisten tanta sinceridad. Todas sus acuarelas han sido tratadas de la misma manera: rapidez en el trazo y limpieza en la ejecución. Es este artista, a pesar de lo poco que de su labor conocemos, el único representante entre nosotros del verdadero estilo que adoptaron siempre los maestros de la acuarela, y del cual se han independizado la mayor parte de los pintores modernos. Porque si bien es más noble y más clásico, ese modo de servirse de la pintura al agua, limita aún más los pobres recursos que la acuarela brinda a quienes la cultivan.

ARTE RETROSPECTIVA.

Secundada la comisión nacional de arte, por un núcleo de caballeros, habilitó tres salas de la presente exposición para exhibir una larga serie de grabados, acuarelas y otras pinturas ejecutadas durante los dos primeros tercios del siglo pasado, y cuyos autores se inspiraron en el paisaje y costumbres del antiguo Buenos Aires.

Cerca de trescientos cuadros, interesantes todos ellos, atrajeron a un sinnúmero de visitantes al Quinto Salón de Acuarelistas. No nos detendremos aquí a discutir, ni aún a comentar, el valor artístico de ese viejo grabado, de esa ya descolorida litografía, de aquel dibujo al lápiz, cuya cara ha sido candorosamente coloreada y cuyas manos desaparecen discretamente bajo

la tejida mantilla, o se ocultan en el entreabierto gabán. Artísticamente tienen un valor tanto más relativo como que en aquella época ya había en el mundo dibujantes y artistas muy apreciables. Pero, no pretenden, estos cuadros que nos ocupan, ser considerados como valiosas obras de arte; son notas gráficas, con que una mano, más cariñosa que hábil, manchara las páginas de un album que algún curioso viajero trajera hasta estas lejanas tierras. Tienen un inapreciable valor como documentos históricos; valor al cual se mezclará, cada vez que estos dibujos sean expuestos en público, no poco de sentimentalismo y de admiración, provocados por esas vívidas evocaciones de los tiempos viejos de la gran aldea, tiempos que por pertenecer al pasado se nos antojan mucho mejores que los que hoy vivimos. Poseen, estos antiguos grabados, otro interés, menos artístico, menos sentimental quizá, pero no menos importante, cuando contemplamos los adelantos prodigiosos que la vieja aldea del Plata ha realizado en medio siglo.

Pero, si junto a los edificios, a las calles y a las plazas, cambian también las costumbres, siguiendo en idéntica proporción las alteraciones que el progreso vertiginoso impone, quizá valiera la pena, que por salvar algunas de aquellas viejas y sanas costumbres, que tanto hablaran al espíritu y a los corazones, se construyeran casas menos altas y "boulevards" menos amplios, y buscáramos entonces mayor esparcimiento espiritual; que los placeres materiales, que tanto abundan en la vida, sólo valen y se aquilatan, en proporción a los regocijos que el espíritu nos brinda; y de los últimos andamos muy escasos, en estos países nuevos que ya han olvidado las buenas costumbres viejas.

Exposición Ortiz Echagüe

Exhibe, este artista español contemporaneo, en las nuevas galerias de Witcomb, una serie de grandes telas al óleo, ejecutadas en diversos paises y que abarcan, entre otros géneros pictóricos, al paisaje, al retrato y, en especial, la figura, en los cuadros llamados de composición.

Pertenece, Ortiz Echagüe, al núcleo de artistas españoles que más se esmeran en añadir mayor brillo y prestigios a los que ya lleva justicieramente obtenidos, el arte hispano, y, como no pocos de los pintores de estos tiempos, si bien el señor Echa-

gue demuestra en esa vasta obra un indiscutible talento artístico, no logrará destacarse, con la altura que fuera de desear, y a la que sólo se llega mediante una bien acentuada personalidad, del grupo que hoy día marcha a la vanguardia del arte español. Y es que Ortiz Echagüe llega a parecer individual y hasta diríamos original en algunas de sus obras, porque, con una habilidad, y una amplitud de criterio artístico que no desconocemos, ha sabido emplear, formando un conjunto apreciable, las tendencias pictóricas de los principales maestros contemporáneos de la península. Así descubrimos en las telas del señor Ortiz Echagüe, algo de Zuloaga, de Benedicto, de uno de los Zubiaurre, y hasta del mismo Sorolla. Y si bien la paleta de Ortiz Echagüe déjase influir por las tendencias arriba apuntadas, no logra, en ningún momento, unirles de tal modo que sólo predomine una que sea nueva y personal, sino que por ahí andan las tres o cuatro de ellas sin lograr hallarse y fundirse en una sola, que sería entonces la que exteriorizara la individualidad del artista.

Pero estas ligeras observaciones, no tienden, en ningún modo, a restar mérito alguno a este pintor que hoy exhibe sus obras en esta capital. El señor Ortiz Echagüe, como pocos artistas, tiene una clarísima visión de la calidad de la materia. Este don, poco común entre los llamados pintores modernistas, hállase magnificada aún por una técnica vigorosa y precisa. Pinta, Echagüe, a largos trazos y no descompone la materia colorante sobre el lienzo para buscar efectos cálidos de color en la yuxtaposición de tonos, sino que va bien aquilatada la tonalidad o matiz que dará valor y calidad a lo que dibuje esa ancha y pastosa pincelada. En su tela de gran tamaño *La fiesta de los Cofrades* (premiada con medalla de oro en la exposición de Munich), se pone de manifiesto la técnica segura y la clara visión que posee este pintor, en la difícil ejecución de las muchas figuras de tamaño natural que llenan el cuadro. Tanto las caras, justas de calidad y de valores, como los trajes de telas policromas, han sido tratados con singular acierto. Hay, además, una indiscutible sinceridad en lo que se refiere a las figuras. Merecen, algunas de éstas, ser consideradas como verdaderos retratos: tal es la frescura de sus rostros y lo real y humano de sus fisonomías. Y esta cualidad tan apreciable hace que no nos detengamos a analizar la composición de esta gran tela, cuyo va-

lor pictórico no desmerecería aunque hubiéramos de criticarla fragmentariamente.

Hábilmente, el señor Ortiz Echagüe, ha sabido servirse de ciertos contrastes de color que enriquecen la armonía del conjunto. Esos rostros de gente robusta, de inflados carrillos y sonrientes ojos, bajo las tiesas tocas de blanco lienzo, han sido bien vistos y mejor sentidos por el artista.

Otra nota de color, bella e interesante, es aquella que el pintor se complace en hacer resaltar y que brinda el traje de las campesinas sardas: traje de burdo paño gris o azul oscuro, que decoran bordados de múltiples colores.

No ha sido menos feliz el señor Echagüe, en lo que respecta a la calidad de la labor realizada, en su viaje a través de Holanda. Fuerte impresión debe haber experimentado su temperamento artístico; y su visión, acostumbrada a los cielos llenos de luz del Mediterráneo, al paisaje ondulado, cubierto de naranjales innumerables y pródigos en frutos de oro, debe haber sufrido ruda transición, al pintar los cielos grises y brumosos de Roterdam o Valendam; al contemplar el paisaje monótono de la campiña holandesa, cicatrizado por interminables canales, que barren continuamente los vientos glaciales del Mar del Norte.

Sin embargo, sus tipos de mujeres y niños holandeses, no valen menos que los de aquellas aldeanas sardas. Predomina, siempre, por sobre algunos desaciertos, un trazo seguro y vigoroso, una justa visión de los valores y la forma acertada con que pesa la calidad.

Por estas cualidades, que nos empeñamos en hacer resaltar en la presente crónica, posee el señor Ortiz Echagüe méritos más que suficientes para figurar entre los buenos pintores que en la hora actual unen sus esfuerzos en pro de una tendencia sana en el arte español. Ortiz Echagüe, con todos sus defectos, con toda esa frialdad que indiscutiblemente hallamos en sus telas, con esa escasa emoción que logra trasmitirnos, es un artista respetable; mucho más en estos días que corren, cuando la desorientación artística adquiere caracteres que alarman y casi todos los pintores se refugian en el modernismo; no por inclinación natural de sus temperamentos, sino porque de esa manera puedan ocultar bajo la capa del exotismo, su falta de capacidad técnica y su pobreza absoluta de imaginación.

C. Muzzio Sáenz Peña.

CRONICA MUSICAL

Esta crónica abarca más de dos meses de temporada musical, por cuya causa nos ocuparemos únicamente de las veladas más importantes, pues detenernos en todas es imposible, dado el espacio de que disponemos.

Associazione Italiana di Concerti. — Con un gran concierto sinfónico en el Teatro Colón, inició su tarea cultural esta sociedad que dirige el maestro Ferruccio Catelani, cuyos merecimientos como entusiasta cultor del arte, son conocidos y apreciados por todos.

Como, al decir del prospecto inicial: "la música alemana ha terminado su misión", la nueva agrupación artística ha tomado sobre sí, la simpática tarea de buscar qué música debe reemplazar a la que por decreto de los gobiernos aliados o que tal fueron, ya carece en absoluto de valor estético.—Digamos con franqueza que el problema no está resuelto.—La ouberture de "Guillermo Tell", que figura en todos los repertorios "clásicos" de cafés y cines; la sinfonía en Re op. 16 de Sgambati, obra soporífera, de tal forma influída por los autores alemanes, que el oyente pasa de Beethoven a Mendelssohn, de éste a Wagner, sin encontrar jamás al autor cuya impersonalidad es completa; la obertura "Le Baruffe Chiozzotte" de Sinigaglia, de brillante instrumentación, y de un colorido bien italiano, debido al uso de temas populares; el proemio de la ópera "Spartaco" de Platania, elegante y clásicamente moderna; por fin, el "Benedictus", op. 37, núm. 3 del escocés Mackenzie, colección de lugares comunes y de viejos temas conocidos, no son obras que anuncian el ocaso de Bach, Beethoven, Wagner, Schumann o Strauss... Cualquier obra de estos autores y de muchos otros que se nos quedan en el tintero, valen más que todo lo escuchado en este concierto, a excepción de *La Mer* de Debussy, *La Campera* de Carlos López

Buchardo y *Baba Jaga* de Liadow, que por causas diferentes tienen cualidades propias.

La Mer, "trois esquisses symphoniques" es una maravillosa realización del impresionismo musical. En sus tres trozos: "Del Alba a Medio día en el mar", "Juego de las olas", "Diálogo del viento con el mar", no hay que buscar emoción, Debussy huye de ella, para concretarse a describirnos por medio de los timbres de la orquesta, las vibraciones luminosas, los reflejos, los juegos de luz, las formas que ve el ojo, muy fragmentariamente, enceguecido como está por la policromía del ambiente. Para lograr estos efectos, quizá algo literarios y convencionales, el autor emplea una instrumentación brillante, armónicamente estupenda, llena de novedades sonoras; una instrumentación que deslumbra y que sugiere al espectador las visiones luminosas queridas por Debussy.

La Campera, canción al estilo popular, es el tercer número de las *Escenas Argentinas* de nuestro compatriota el maestro Carlos López Buchardo. Construída sobre una hermosa idea de inconfundible sabor pampeano, a pesar de ser original, lo que prueba en su autor una profunda compenetración del alma argentina—esta deliciosa página es una de las más bellas realizaciones de nuestra música argentinista—su instrumentación brillante y moderna, sus armonizaciones elegantes y novedosas, todo da a *La Campera* un sitio de honor en nuestro arte americano, y la haría aplaudir en cualquier centro europeo, donde sabrían apreciar su sabor típico, su emotividad bien personal, su colorido, muy diferentes de las "falsificaciones" comunes a muchos compositores argentinos.

Baba jaga, cuadro musical de Liadow, es un comentario musical a un cuento de niños. Hablamos ya de esta obra cuando la bailaron los rusos en el Colón.

Debemos advertir que estas dos últimas obras fueron las únicas que tuvieron que repetirse, lo que evidencia su éxito ante un público italiano en su inmensa mayoría, que probó su buen gusto al no aplaudir con entusiasmo las composiciones peninsulares.

Ferruccio Catelani ha progresado durante su larga estada en Italia; su batuta es más segura, y su delicadeza interpretativa mayor

Asociacion Wagneriana. — Dos hechos salientes señalaremos en esta prestigiosa asociación: la adjudicación de los premios "Asociación Wagneriana" y "Breyer" y la Historia del Lied.

Las composiciones premiadas fueron: el poema para piano *El Viento*, de Pascual de Rogatis, dividido en cuatro hermosas e intensas páginas: *Primavera, Verano, Otoño e Invierno*, que evocan emociones producidas en su autor por las peculiaridades de cada estación. Con la sensibilidad que todos le conocemos, de Rogatis ha traducido magistralmente cuatro estados de ánimo, encontrando ideas apropiadas—tarea harto difícil—y llevándolas al piano, que mediante su técnica moderna, casi sinfónica, alcanzan su máximo de efecto. El premio "Breyer" lo obtuvo Carlos Pedrell por su serie de melodías para canto y piano *De Castilla*, sobre las poesías de Antonio Machado: "Yo voy soñando caminos", "Daba el reloj las doce", "Amiga el aura dice", "Hoy soñarás en vano", "Dice la Esperanza" y "Caballitos", obritas de carácter castellano, muy características, en las cuales su autor confirma sus dotes de compositor de talento.

La Historia del Lied, a cargo de Mme. Ninon Vallin y de Rafael González, se desarrolló en seis conciertos dedicados: tres a las clásicas melodías alemanas, francesas e italianas, uno a los creadores del lied moderno: Schubert y Schumann, dos a los modernos franceses, rusos, noruegos y españoles, y el último a los compositores platenses.

De este nos ocuparemos, señalando el hecho nada halagador para el país, que se cantaron melodías en francés, italiano y castellano. El mayor anhelo de todos los buenos argentinos es que los extranjeros residentes en el país, se asimilen a nuestro ambiente, se sientan espiritualmente ciudadanos argentinos. ¿Será ello realizable si nuestros *artistas*, que como tales forman en la vanguardia espiritual y deben crear la obra que a todos nos conmueva, que a todos nos hermane, se sienten extranjeros y cantan cosas exóticas? Evidentemente no; por lo tanto, aquellos no han comprendido cuál es su misión y no son nuestros artistas, sino injertos inútiles y hasta perniciosos, desde que su obra, perpetúa el extranjerismo en los extranjeros y desorienta a los nativos. Las obras cantadas en este recital, fueron: "Chi mi ridona" y "Berceuse" de Julián Aguirre; "Cette petite brunette" y "Serenidad" de José André; "Cantique de la Vierge" y

"Elle avait trois couronnes d'or" de Athos Palma; "J'ai de p'ttes fleurs bleus" y "L'Heure mystique" de Floro M. Ugarte. "Petite Inga", "Les roses de Noel", una joya de las más bellas de nuestra música y "Le Paravent" de Carlos López Buchardo: Feuille morte" y "C'etait en Avril" de Carlos Pedrell; "Pourquoi?" de Ricardo Rodríguez; "Duerme, hijo mío" y "Cayó la flor al río" del compositor uruguayo Alfonso Broqua, dos conocidas páginas folkloristas, que llaman la atención por su técnica atrevida y personal, como por su emotividad y sabor netamente platenses; "Quena" y "Vidalita" de Alberto Williams, que cuando más se oyen, más argentinas parecen y "Marina" de Pascual de Rogatis, página eminentemente vocal, para soprano ligera, pero modernista, casi impresionista, en su comentario pianístico.

Además, mencionaremos un concierto del violinista Havlicek, acompañado por C. Fanelli; otro de la eximia pianista señora María Carreras, y por fin uno de conjunto en cuyo programa figuraban: 5 piezas op. 83 de Max Bruch, para clarinete, viola y piano, por R. Spatola, B. Bandini y C. Fanelli; Fantasia op. 124 de Saint Saens, para violín y arpa, por R. Bolognini y A. Sebastiani y Sonata de Debussy para flauta, viola y arpa, por A. Mazzei, B. Bandini y A. Sebastiani.

Sociedad Argentina de Música de Cámara y Sinfónica. — Muy lamentable es la separación del director artístico León Fontova, fundador y sostén por muchos años de esta benemérita sociedad cultural, que sin él a su frente, nos parece otra, tan habituados estábamos todos a verle entusiasta y abnegado, siempre dispuesto al sacrificio, cuando se trataba de realizar algún festival de arte verdadero. Vayan, pues, la expresión de nuestra simpatía y el agradecimiento, que como argentinos, le debemos por su obra de cultura. Su reemplazante ha sido el maestro Constantino Gaito, una promesa de seriedad y de sana orientación.

Entre las audiciones más importantes, recordaremos una de Música Sagrada, a cargo de la excelente orquesta de Cámara de la Sociedad y de los coros del Instituto Musical Fontova. Ella fué un noble exponente de arte religioso, por desgracia tan poco cultivado en nuestro país. Esta audición, fué un nuevo triunfo y una brillante exteriorización del plan artístico que guía a esta sociedad. Además, mencionaremos un recital de Havlicek - Gai-

to, otro de María Carreras y León Fontova, en el cual los dos excelentes artistas fueron muy aplaudidos; uno de la contralto señora Fanny Anitúa, con un programa muy poco artístico y el último, que nos hizo conocer a dos jóvenes y talentosos concertistas rosarinos: la señorita Zaira Senac y don Luciano Senac, violinista y pianista, respectivamente. La primera, aunque muy joven, posee notables condiciones de violinista: amplia y pastosa sonoridad, técnica segura, brillante fraseo, que permiten cifrar las más halagüeños esperanzas, para cuando haya vivido más. Al segundo, artista más hecho, no lo podemos juzgar con entera justicia, debido a que se presentó en malas condiciones—muy emocionado—sin embargo, interpretó el *Carnaval* op. 9 de Schumann, con mucha personalidad, fuera de la tradición, pero con buen gusto.—Su digitación es excelente y brillante, tiene un temperamento fogoso, que a duras penas puede contener. En suma, un artista de porvenir, del que hablaremos más extensamente en la crónica de su próximo recital. Esta Sociedad da actualmente sus audiciones en el Prince George's Hall.

Alfredo Schiuma. — Exito merecido ha obtenido este compositor argentino, en una audición sinfónica de sus obras. De su ópera en cuatro actos *Kenilworth*, oímos un bellísimo y poético preludio (del 4º acto), dos romanzas para soprano, por la señorita Cora Carrizo, una romanza para barítono, que Angel Sammarcelli cantó con su exquisito arte, obras todas, que acreditan el talento de su autor; además, figuraban en el programa: Sinfonía en sí b., op. 9, "Le Virgini delle Rocce" y Obertura op. 7, obras ya juzgadas por la crítica. En el mismo concierto hizo su presentación al público el joven compositor Temistocle F. Grifoni, con un *Preludio*, en el cual imperan grandes cualidades musicales.

Armand Crabbé. — La nota amena para finalizar. Este excelente artista, hoy víctima del deseo de hacer la América, aunque para ello tenga que sacrificar su buen renombre, anunció que "iba a innovar, por vez primera" (!) el acompañamiento de las obras. El lector creerá que se trata de una broma, por desgracia no es así. El señor Crabbé se permite arreglar (desarreglar, sería más justo), el acompañamiento, lo que es irrepestuoso para los autores. Ya no le bastan los calderones, el afe-

minamiento, los ojos en blanco, etc., todos los recursos cursis: necesita la flauta, la guitarra, el violín, otros instrumentos más, para mayor éxito suyo. Mas como nuestro público no es tan bobo como se lo imagina el barítono belga, tuvo que cantar ante una sala casi vacía, lo que le causó gran disgusto...! En el programa señalaremos una bellísima melodía criolla del maestro argentino Alberto S. Poggi, que modestamente está realizando una meritoria labor. Siga por esa vía, el joven músico, que ella le proporcionará éxitos duraderos.

Bibliografía musical.

La Historia Estética de la Música, por *Mariano A. Barrenechea.*— Cooperativa Editorial «Buenos Aires», 1919.

La *Historia Estética de la Música* de don Mariano A. Barrenechea, editada por la Cooperativa *Buenos Aires,* a otros méritos, une el de ser el primer trabajo del género escrito en el país y el de llenar una necesidad para los que, poseyendo únicamente el castellano, se interesan en la música, su evolución, su historia, su estado actual, etc.

El señor Barrenechea ha dividido su obra en dos partes: *Estética de la música,* en la que desarrolla sus teorías sobre el arte de los sonidos; es la parte personal, pues la otra, *Historia de la Música* es una erudita y voluminosa recopilación de lo que hasta hoy se ha escrito al respecto en Europa, reduciéndose el autor a tratar de aplicar a las composiciones de todos los tiempos, las teorías enunciadas en la primera parte.

En *Estética* se sostienen con valentía y no escasa intransigencia, ideas que no siempre concuerdan unas con otras, y entre las cuales varias son bastante discutibles.

Acertado lo que el señor Barrenechea dice respecto al valor de la crítica de los profesionales. Es un hecho comprobado en todas las ramas de las manifestaciones del espíritu, que, por lo general, quienes han sabido valorar la trascendencia de una innovación, señalar la profunda emoción de un obra nueva, prescindiendo de sus atrevimientos técnicos, han sido intelectuales ajenos al arte del que hablaban. Lo que es lógico, si consideramos que toda obra artística, tiene por base la emoción y la forma. La primera emanación del alma, tarde o temprano al alcance de todas las almas; es el componente inmortal que da al arte

su noble y beneficioso rol en la vida humana; pues la forma varía, evoluciona, se perfecciona, es el componente cerebral al alcance de todos los cerebros iniciados en los misterios de la técnica.

El intelectual, si no carece de sensibilidad, o más bien si ella está suficientemente desarrollada para vibrar antes que la de la generalidad de sus contemporáneos, percibe de inmediato la emoción existente en una obra, prescindiendo de su forma (siempre, claro es, que esta conserve armonía y belleza estética); en cambio el profesional, acorazado de prejuicios de escuela, interesado en las innovaciones técnicas, admirado o indignado por los atrevimientos o por la escolástica del autor, pierde, en la generalidad de los casos, el sentido de la emoción. Nos encontramos, pues, ante dos juicios críticos diferentes; uno basado en el espíritu conservador o revolucionario de quien lo hace, otro basado en lo que es inmutable: la emoción—en lo que da inmortalidad a una obra.—Contrariamente a lo que sostiene el señor Barrenechea, creemos que la forma—de importancia, desde ya—no es la que da vida eterna a un trozo musical. En el siglo XVIII verbigracia, siglo que cultivó "la forma por la forma" se escribieron centenares de sonatas, escolásticamente perfectas; ¿por qué sólo un reducido número de ellas ha llegado hasta nosotros? Porque además de la armonía de la forma, poseían la chispa divina que conmueve nuestra sensibilidad. Creemos que la obra inmortal, es aquella que une la intensidad de la emoción a la belleza de la forma; pero, que la forma sin emoción, carece en absoluto de valor artístico.

Antes de terminar con este tópico, queremos recordar un hecho que confirma la teoría del señor Barrenechea. Berlioz, que no era un tonto, al hacer la crítica del primer concierto dado por Wagner en París, elogia el preludio de *Lohengrin* y confiesa que el preludio de *Tristan e Isco,* oído en la misma velada, no le interesó, por tener la misma *forma* que aquél; juicio crítico que no haría ningún aficionado a la música, desde que emotivamente, no existe relación alguna entre el aereo misticismo del primero y la formidable y sombría pasión del segundo.

Interesante y cierto lo enunciado respecto a "clasicismo" y "romanticismo", así como todo lo que se refiere a nacionalismo musical, concordante, casi en absoluto, con la prédica que venimos sosteniendo en las columnas de NOSOTROS.

Pasemos ahora a discutir ciertos puntos en los cuales disentimos con el autor.

El señor Barrenechea, apoyándose en parte en ideas de Nietzsche, asienta la teoría de que en la música no puede existir *expresión*. "Es una prueba de insensibilidad musical creer que una obra musical puede ser expresión de la alegría, del dolor, del amor, de la esperanza, o de cualquier otro sentimiento general. En un buen trozo de música alternan diferentes estados de ánimo, tristes, alegres, lánguidos y apasionados", agrega luego el autor: lo que quiere decir que un buen trozo de música carece de unidad emocional, es algo así como un pot-pourri de sentimientos.

Creemos firmemente lo contrario; la música, a juicio nuestro, expresa con mayor o menor intensidad, con todos los matices, las emociones del alma y las impresiones que en ella produce el ambiente. El pueblo ha cantado, en todos los tiempos, para expresar algo: ya sea su *temor* a lo desconocido, su *amor* a la divinidad, su *heroísmo*, su *dolor*, su *alegría*. Ahora bien; siendo el folklore el origen de toda música ¿cómo admitir que al pasar a los dominios del arte, haya cambiado fundamentalmente su propia esencia, para transformarse en una nueva manifestación de belleza y de forma, exenta de expresión? Pretender tal, equivale a decir que no existe parentesco espiritual entre la música popular y la música artística; en cuyo caso sería absurdo e imposible el empleo de motivos autóctonos o la inspiración en los mismos, por parte de los compositores nacionalistas; lo que está en absoluta contradicción con la teoría tan brillantemente desarrollada por el señor Barrenechea pocas páginas antes.

Las ideas del autor tienen su fondo de verdad, aplicadas a la música pura de todos los tiempos y en especialidad a la que es anterior a la segunda manera de Beethoven, basada casi únicamente en los cánones clásicos de la sonata, que exigen alternancia en el carácter de los tiempos; verbigracia: que a un allegro siga un andante. Aunque en realidad, en cada trozo, andante o allegro, impera un estado de ánimo único, pues la presencia en el primero de dos temas, uno rítmico y otro melódico, no indica, por cierto, que el plan emocional del "tiempo" carezca de unidad.

Abarcando todos los géneros de la música, no creemos, ni mucho menos que sea prueba de insensibilidad, ver pasión en el

primer tiempo de la sonata op. 57 de Beethoven, en el Preludio y la Muerte de Iseo del "Tristán", en los lieder de Schumann "Amada posa tu mano sobre mi pecho" y "Dulce cuna de mis penas"; dolor en el Andante de la Sinfonía Heroica, en la Sonata op. 35 de Chopín, en la Marcha Fúnebre del "Crepúsculo de los dioses"; alegría en la Sinfonía Pastoral, en la última escena de "Maestros Cantores"... Sucesivamente podríamos señalar en innumerables trozos de música, la expresión de uno o varios sentimientos; pues todo depende del estado de ánimo del compositor. Como no es frecuente el reinado absoluto de un solo sentimiento. ¿Qué dolor no trae consigo un destello de esperanza? ¿Qué alegría no engendra algo de melancolía? ¿Qué pasión no abre horizontes para la dicha o la desesperación?, es lógico que por lo general estos sentimientos diversos y hasta contradictorios, imperen en mayor o menor grado en una obra musical, como imperan en casi todas las obras literarias. Ello no autoriza, por cierto, a pretender que *necesariamente* en un buen trozo de música deban alternar la alegría y el dolor, la languidez y la pasión. El sentimiento preponderante, sino absoluto, es el que da carácter expresivo a una obra; los demás, que llamaríamos secundarios, son inherentes al alma humana, que ni logra gozar completamente en la dicha, ni quiere admitir que el dolor sea eterno...

¿El teatro lírico es un género inferior? El señor Barrenechea parece creerlo, porque persigue un fin imposible, "la fusión en un arte nuevo, de dos artes diferentes y *contrarias*, como lo son la música y la poesía. Sin embargo, al decir que la melodía es el alma de la música, escribe lo siguiente sobre los orígenes de aquella: "cuando las mayores acentuaciones del recitativo se produjeron con mayor regularidad y continuidad, cuando grupos de ritmos vocales e intervalos se fueron paulatinamente sistematizando", surgió la melodía. Ahora bien, si el recitativo o poesía, dió nacimiento a la frase melódica, base de la música, mal puede pretenderse que música y poesía son dos artes contrarias.

El pueblo, cuyas intuiciones suelen tener más sólidos fundamentos que las especulaciones de los teorizantes, casi no creó una frase melódica sin adaptarle su frase poética correspondiente. Y sin ir tan lejos, los que hoy marchan a la vanguardia de la música contemporánea, los ultra-impresionistas, reprochan acerbamente a la melodía su estructura verbal. Paul Huvelin,

bien dice que, por lo general, la melodía pide a gritos un texto; recordando al respecto el impagable profesor del Conservatorio de París, mencionado por Lalo en su estudio sobre Debussy, que adaptaba poesías propias a todas las sonatas y cuartetos de Beethoven.

Que la música se desarrolla con libertad mayor en la música pura que cuando debe ir acoplada a la palabra, es una verdad por nadie discutida. Más afirmar por ello que las formas lied o drama lírico son irrealizables, dentro de un severo criterio artístico y estético, nos parece un error.

El drama lírico no es un arte nuevo, como lo afirma el señor Barrenechea. La primitiva canción popular, melancólica, pasional, alegre, épica, es un drama lírico en embrión. Conforme de esa canción, cuando se separaron poesía y música, surgieron el poema y el teatro, por una parte, y la sonata y la sinfonía, por la otra, no creemos imposible, como lo han probado Bach, Haendel, Wagner, Verdi, Debussy y tantos otros, llegar a la forma de arte superior, uniendo de nuevo a las dos hermanas, engendro una de otra.

Es cierto que el género *ópera* es híbrido y muchas veces ilógico, pero no a causa del supuesto antagonismo entre sus dos principales componentes: música y poesía, sino por sus orígenes literarios, imitación de la tragedia griega. Si el drama lírico se hubiera desarrollado paulatina y lógicamente, desde la primitiva canción hasta el teatro musical de hoy, siguiendo una evolución paralela a la que han sufrido la música pura y la poesía, el arduo problema "drama musical" no se hubiera presentado.

Claro está, el valor artístico y estético de un lied o de un drama musical, visto musicalmente, reside en el mérito de su música; más, como en el arte moderno, ésta surge naturalmente del texto comentado, es evidente que la obra, lied o drama, vivirá cuando sus dos componentes están a igual nivel. Ya no estamos en tiempos de Mozart en que una ópera vivía únicamente por su música: el público de hoy, ya no juega a los dados durante la representación, interrumpiendo su juego para escuchar el aria, cavatina o dúo, sin preocuparse en lo más mínimo de las peripecias del drama... Hoy el público sigue el desarrollo de la fábula, vive la vida de sus personajes, sufre y goza, con ellos; aconteciendo muchas veces lo contrario de lo que acontecía en el siglo XVIII, es decir, que hay óperas musicalmente malas que

viven merced a sus libretos y óperas musicalmente buenas que fracasan por la ineptitud del drama. Cuando una de estas dos cosas sucede, es que el compositor carece de sensibilidad o no posee aptitudes para el teatro; que en música como en literatura, existen temperamentos que son teatrales y otros que no lo son. En cuanto a decir cuáles son los más grandes, nos parece aventurado. Shakespeare sobresalió en el drama, Cervantes en la novela, Dante en el poema, Hugo en la poesía épica, Verlaine en la lírica, Ibsen en el teatro. ¿Qué crítico, libre de prejuicios, se atrevería a decir quién es el más literario? Del mismo modo, no creemos que la música pura (¿sinfónica y de cámara?) sea únicamente la verdadera música. El Beethoven de las sonatas, cuartetos, sinfonías, es superior al de Fidelio; Wagner es sólo un coloso cuando tiene un texto ante sí; Mallier, sinfonista, necesita unir su arte a la palabra; César Franck, que fracasa en el teatro, triunfa—y de qué manera—en música sinfónica y sagrada; Verdi, poco bueno escribe fuera de lo que es lírico, y así sucesivamente. ¿Quién, con justicia, prescindiendo de sus gustos personales, puede decir cuál es el más gran músico?

En literatura como en música, todo es cuestión de temperamento: donde existan emoción, belleza, nobleza de estilo, innovaciones fecundas, ahí hay arte, independientemente del género. La novena sinfonía no vale ni más ni menos que "Tristan e Iseo".

De las numerosas definiciones de la música, el señor Barrenechea adopta la de J. J. Rousseau, pésimo teorizante y peor compositor: "La música es el arte de combinar los sonidos de manera agradable al oído". Definición ésta, aplicable casi íntegramente al arte que llamamos "clásico", no a nuestro arte contemporáneo, atormentado, lleno de inquietudes, reflejo de la vida moderna. Mozart y Haynd, en sus sonatas, cuartetos, sinfonías, quedan siempre en los límites del buen tono,—genialmente, nadie lo duda—; últimos artistas de la aristocracia del antiguo régimen, sabían que hablaban a un auditorio ávido de *deleite* y enemigo de las emociones fuertes y humanas; de ahí la encantadora belleza de sus obras, belleza plácida, elegante, agradable al oído y al alma, que mecían dulcemente, cuidándose de no herirla con acentos demasiado discordantes.

Hoy el ideal es otro. Ante la definición de Rousseau, alzóse la de Berlioz: "la música es el arte de emocionar por medio

de los sonidos", más humana, más cercana del supremo ideal moderno: *el arte para la vida*, opuesto al ideal clásico: *el arte para el arte*, que pretendió dejar al margen de nuestras luchas, de nuestros dolores, de nuestras alegrías: de todo lo que hace el encanto y el horror de la existencia, a la más pura emanación del alma, a la más noble y fiel amiga del hombre.

Emocionar y emocionar siempre, tal es el rol de la música. ¿Cómo? Por medio de los sonidos que mejor respondan al estado de alma del autor. No somos partidarios de la disonancia por la disonancia; no creemos que la música deba desgarrar siempre el tímpano del oyente. Más, considerando que el oído es el intermediario entre la sensibilidad y las ondas sonoras, y que estas, si bien pueden traducir misticismo, placidez, melancolía,—lo que llamaríamos la nota suave para el oído y para el alma—también pueden ser originadas por fuertes sentimientos pasionales y dramáticos, que para conmover el alma, no deben ser susurros para el oído...!

Tales son a grandes rasgos, las ideas sostenidas por don Mariano A. Barrenechea en su *Estética de la Música*, apreciabilísimo trabajo que denota vasta cultura en su autor. Hemos disentido en varios puntos de vista, más ello no quiere decir que no apreciemos la notable labor del distinguido crítico; en arte como en todo lo humano, no hay nada de absoluto; las discusiones son inevitables, y quizás aporten algo a la resolución de los problemas que interesan a su desarrollo.

GASTON O. TALAMÓN.

DOS PALABRAS CLARAS

El nuevo Directorio de la Sociedad "Nosotros"

En los primeros días de este mes, los más importantes diarios de la capital publicaron la siguiente carta firmada por los directores de NOSOTROS:

Buenos Aires, mayo 5 de 1910. — Señor director. — Presente. — Muy señor nuestro:

En nombre de la solidaridad periodística y de la justicia, solicitamos de usted la publicación de esta carta.

En torno a la revista NOSOTROS, que fundamos en 1907 y hemos dirigido durante doce años con aplauso unánime de la prensa argentina y extranjera y de todas las personas cultas, la mala fe, la insidia y la ignorancia han levantado una atmósfera asfixiante de calumnias que debemos desvanecer de una vez. En principio tomamos a broma la cosa; pero hemos advertido que nuestros enemigos no piensan lo mismo; harto sabe el señor director que todo órgano de opinión los tiene, manifiestos o solapados.

NOSOTROS no es sino lo que siempre ha sido: una amplia y alta revista de cultura en que han podido expresar sus ideas los hombres de las más variadas edades, tendencias y credos. Recordará el señor director que su ilustrado diario así lo ha reconocido más de una vez, calificando honrosamente la obra realizada por NOSOTROS. Es, pues, una perversa y grotesca invención, el rumor que atribuye a NOSOTROS no sabemos cuáles tenebrosas maquinaciones terroristas. En el local de la revista, desde hace muchos años se reune todas las tardes una animada tertulia de escritores y amigos, los cuales conversan, con las puertas abiertas y como hombres inteligentes, sobre el arte y la vida, y naturalmente, como hombres de su tiempo, sobre los problemas de la hora actual, asimismo planteados y discutidos en las columnas del diario que usted dirige. He ahí todo. Respecto a los trabajos firmados aparecidos últimamente en algún número de la revista, serenos, conciliadores y humanos, los cuales han llevado la alarma a algún espíritu pusilánime, sépase que han merecido de autorizadas revistas inglesas, españolas y americanas, ninguna de ellas sospechable de tendenciosa, los honores de la reproducción. Es lástima que quienes difaman a NOSOTROS, no la hayan jamás abierto.

En cuanto al conflicto creado en el seno de la sociedad NOSOTROS por estos insidiosos rumores y el arma del anónimo, sólo nos corresponde decir que hemos puesto el pleito en manos del presidente de la sociedad, don Rafael Obligado, el ilustre poeta e insospechable patriota —cuya estimación y afecto nos han sido expresados una vez más aun

en esta hora incierta—y que a su fallo nos remitimos. Sin duda él no permitirá que se mate traidoramente una revista que algo ha hecho por la cultura argentina.

Agradecemos al señor director esta publicación y saludámosle respetuosamente. Sus attos. y S. S. — *Alfredo A. Bianchi.—Roberto F. Giusti.*

Nada tenemos que agregar a los términos de esta carta: ellos son suficientemente explícitos como para que todo el mundo los entienda. Hubiéramos callado, despreciando los tontos rumores propalados por la ignorancia y el miedo o las torpes asechanzas urdidas por el despecho o la envidia, a no haber transcendido hasta las columnas de un diario de responsabilidad, la interesada especie de que en el local de Nosotros habíanse realizado reuniones "cuyo carácter no entraremos a analizar". También era hacer una obra de caridad aconsejar a todos los que viviendo ajenos a las actividades intelectuales oían aterrorizados, por primera vez, hablar de Nosotros, que por ese lado durmiesen tranquilos: que en el local de esta revista no hacían los concurrentes otra cosa peligrosa para las instituciones, que no fuese la de pensar con entera libertad y conversar con espíritu abierto, franco y tolerante. Lo sentimos por muchos jóvenes y viejos, pero no nos será posible sacrificar a su civismo estos hábitos subversivos.

El conflicto surgido en el seno de la sociedad Nosotros y al cual alude la carta anterior, ha sido resuelto sin dificultad con la renovación del directorio, la cual se ha realizado en el término legal. La asamblea de accionistas convocada el 28 del corriente ha constituído el nuevo directorio en la siguiente forma: *Presidente*: Dr. Carlos Ibarguren; *vicepresidente* 1º: Dr. Roberto Gache; *vicepresidente* 2º: Dr. Pedro Miguel Obligado: *secretario*: Dr. Julio Noé; *prosecretario*: Dr. Carlos C. Málagarriga; *tesorero*: Dr. Emilio Ravignani; *vocales*: Coriolano Alberini, Enrique Banchs, Nicolás Coronado, Dr. Manuel Gálvez, Leopoldo Lugones, Alvaro Melián Lafinur, C. Muzzio Sáenz Peña, Carlos Obligado, Dr. Joaquín Rubianes; *síndico*: Dr. Santiago Baqué.

Los directores de la revista, para dar una clara y expeditiva solución al conflicto, nacido probablemente de la incompatibilidad de ideas entre ellos y algún distinguido miembro del anterior directorio, habían presentado su renuncia; pero la asamblea la ha rechazado. Nos ha sido grato acatar esta unánime

resolución. Nos retirábamos de NOSOTROS con la frente alta y con serena decisión, después de haberla fundado y dirigido durante doce años, porque entre todos los procedimientos conocidos para solucionar conflictos, preferimos el de cortar el nudo de un tajo; pero no podíamos hacerlo, es claro, sin pesadumbre ni amargura. Puesto que se ha creído por nuestros amigos que todavía podemos ser útiles en NOSOTROS, ahora que los fundamentos del conflicto quedan eliminados, a la revista volvemos a desarrollar "nuestro programa", que es de libertad de pensamiento y tolerancia para todas las opiniones, según una vez más lo expresamos claramente en el número anterior. Sabemos muy bien que sobran en el país en los actuales momentos quienes verían con gusto enterrados en una cárcel—por lo menos—, a aquéllos que se permiten esa dulce libertad de pensar y de manifestar sin temor lo que piensan, pero eso nos tiene perfectamente sin cuidado. NOSOTROS es revista que quiere ser de su tiempo, y sus páginas están abiertas a todos los hombres de buena voluntad. Odiamos a quienes coartan, tiranizan, proscriben, intentan matar las ideas. Esto en cuanto a lo que debe ser NOSOTROS. En cuanto a las personales opiniones de sus directores, confesadas y confesables, ellos responden de las mismas ante su conciencia y la ley, y no podrían tolerar que nadie que no sea un magistrado, intérprete de una ley justa, pretendiese impedir o limitar su expresión.

El doctor Carlos Ibarguren que sucede a don Rafael Obligado en la presidencia del directorio de NOSOTROS, no necesita presentación: ex ministro de Instrucción Pública, prestigioso universitario, catedrático de derecho romano e historia argentina, respectivamente en las Facultades de Derecho y de Filosofía y Letras, talentoso escritor, goza de amplia reputación y vivas simpatías en nuestros círculos intelectuales. De esta revista y de sus directores siempre ha sido leal amigo: hombre joven, culto y tolerante, sin duda será en la presidencia del Directorio de la Sociedad NOSOTROS lo que la revista necesita en esta época de discusión de todos los valores: una clara conciencia del grave momento histórico, grandiosamente auspicioso.

Esto es todo lo que tenemos que decir a los lectores de NOSOTROS. Y puesto que de amigos hablamos, es oportuno declarar que incidentes como el ocurrido y relatado, sirven, a la vez que para definir necesarias posiciones, para fortalecer afectos y es-

trechar amistades. Muchas son las cartas de felicitación y estímulo que hemos recibido en los días pasados, de colaboradores, compañeros y aun desconocidos; y ¿quién ignora cuánto significan y valen en los momentos de incertidumbre y desaliento, tales voces en verdad fraternas?

Sea nuestra última palabra para don Rafael Obligado, que acaba de concluir su período de presidente del Directorio de Nosotros, cargo para el cual fué elegido una vez más en abril del año anterior: sea un saludo para el ilustre anciano en cuyo corazón llamean bríos y entusiasmos que jamás han sentido la mayoría de los jóvenes, y que sigue siendo, bondadoso hermano mayor, de esta casa y de este grupo de Nosotros.

La Dirección.

NOTAS Y COMENTARIOS

AMADO NERVO

† el 24 de Mayo, en Montevideo

Cuando más le creíamos nuestro, cuando además de la intimidad que desde hace muchos años mantenemos con su obra, comenzábamos a honrarnos con la intimidad de su persona, Amado Nervo se ha ido de la vida.

Hace apenas un mes que le rodeábamos, entusiastas. Desde que el poeta llegó a nuestra ciudad, conquistó los dones que él más preciaba y quería: el hondo afecto y la simpatía espontánea. Y los conquistó, porqué el público descubrió en su persona todo lo que había advertido en sus libros: una gran bondad, el sereno optimismo y la preocupación metafísica. Amado Nervo tuvo así, por amigos, a todos los que un día le leyeron, o le oyeron; a todos los que estrecharon sus manos cordialísimas.

El poeta fué amigo de esta revista desde los primeros años de su publicación. Periódicamente nos enviaba desde París o desde Madrid, algunas páginas de sus libros en obra. Por lo común — lo recordarán nuestros lectores — gustaba remitirnos sus prosas, en las que si su sensibilidad no alcanzaba una mayor agudeza, ofrecía, sin duda, un especial matiz de su encanto.

Hubiéramos querido estudiar detenidamente la personalidad literaria de Amado Nervo cuando el poeta llegó al país. Razones circunstanciales nos lo impidieron, y nos prometíamos hacerlo durante su permanencia en Buenos Aires, que imaginábamos y deseábamos prolongada. La muerte se llevó al amigo admirado, cuando menos lo creíamos.

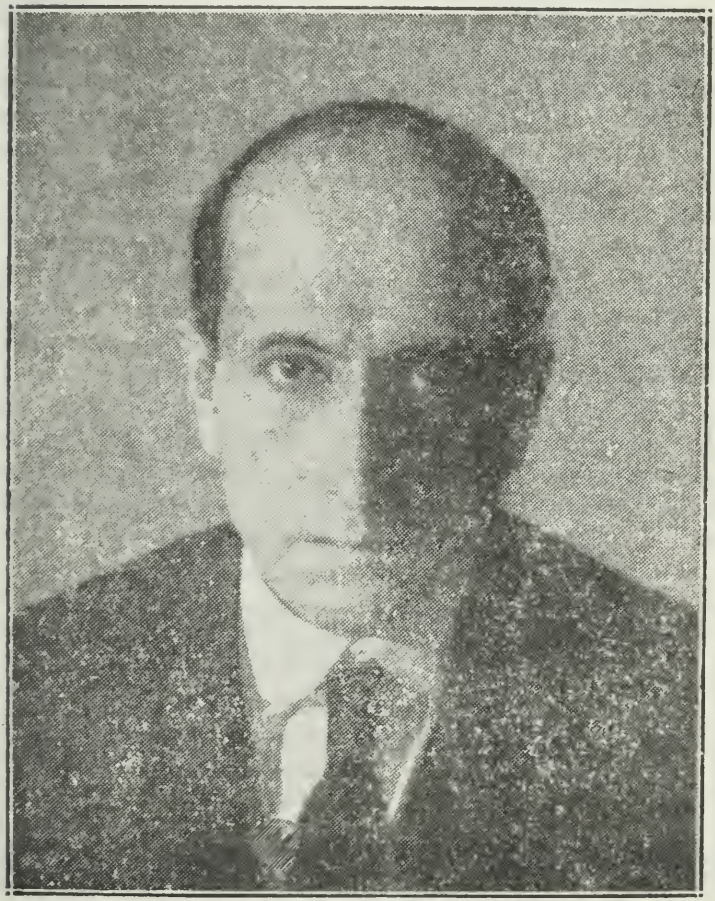
Nosotros quiere ahora realizar su propósito. Debe a Amado Nervo un homenaje como los que ha rendido ya a Darío y

a Rodó, nuestros compatriotas de América. El próximo número de esta revista estará dedicado, pues, al ilustre poeta. Escritores del Uruguay, de Chile y de la Argentina analizarán la obra de nuestro amigo, recordarán episodios de su vida y relatarán sus últimos momentos. Probará ese homenaje, sin duda, cuanto se admiraba, quería y comprendía a Amado Nervo en estas tierras que le dieron su última visión del mundo.

NOSOTROS.

Año XIII Junio de 1919 Número 122

NOSOTROS



AMADO NERVO

Nació en Tepic (Méjico) el 27 de Agosto de 1870
Falleció en Montevideo el 24 de Mayo de 1919

NUESTRO HOMENAJE A AMADO NERVO

Como lo hicimos con los dos grandes escritores de América, Rubén Darío y José Enrique Rodó, dedicamos este número a la memoria de Amado Nervo. El querido y admirado poeta mejicano ha venido a morir entre nosotros. Noble artista, alto espíritu a quien toda América llora en estos momentos, este homenaje a su vida y a su obra que los escritores argentinos y uruguayos rinden, no es más que justicia que se le debe. El lector verá interpretada su obra de diverso modo en las páginas siguientes; pero coinciden todos los intérpretes en inclinarse reverentes ante aquella elevación y nobleza. Esta revista ya ha dicho sobre Nervo su palabra dos veces en breve espacio de tiempo: por boca de Manuel Gálvez, en la fiesta inolvidable en que le dió la bienvenida; después, el mes pasado, en la sorpresa y aflicción de la improvisa muerte. Nada más tiene que agregar la dirección. Este número, bien elocuente, habla por ella. Sólo reclamamos que nos sea reconocida la difícil contribución que llevamos a estas páginas conmemorativas: el respeto por la libertad del pensamiento, que en esta casa es ley.

La Dirección.

POESIAS INÉDITAS DE AMADO NERVO (1)

Siempre...

—¿Y cómo harás en lo futuro versos?
—Haré mis versos sin hacerlos... casi
fluídos, casi inmateriales, tenues,
sin palabras apenas,
o palabras que formen leve reja,
delgada reja tras la cual asome,
tembloroso mi espíritu desnudo;
mi espíritu sediento
y hambriento de supremas realidades;
ávido de saber la sola cosa
que hay que saber en vísperas
de la gran travesía...
—¿Y amarás?
—Ay! sí, porque he nacido
para amar... Bien quisiera
que a lo invisible abriese su corola
únicamente el alma;
pero no puedo aún: Eva sonríe
y tras ella, prendido mi deseo
en el rayo de sol de su sonrisa,
vuela incapaz de detenerse, amigo!
Me temo, pues, que mi postrero canto
sea un canto de amor.

---

(1) Amado Nervo dejó escrito un libro de versos de amor, titulado *El arquero divino*. De él ofrecemos a nuestros lectores la primicia de estas dos admirables composiciones.

Todavía no.

Ah! no, no, todavía no te vayas, Amor,
Ah! no, no, todavía...
En mi otoño hay fulgor,
en mi cerebro lumbre.
El sol mágicamente reverbera en la cumbre.
Ah, no, no, todavía no te vayas, amor!

Algo aprendí en la vida, y un poquito de ciencia
da precio a las ternuras...
Tengo mucha indulgencia
para las cabecitas jóvenes; mi alegría
es cordial, y aún conserva su virgen transparencia
mi ingenuidad de niño (tan docta es su inocencia)
Amor, no, no te vayas: quédate todavía!

Llevo en mi vieja alforja filtros para los males
más enconados; alas para los ideales
enfermos; para todo desánimo vigor,
para melancolía de doncellas, remedio,
y sé contar historias que destruirán el tedio:
Ah, no, no, todavía no te vayas, amor.

Amor, no, no te vayas: yo posaré en tus rosas
mis labios, tan ligeros como dos mariposas,
y no dejaré ninguna de sus corolas gayas.
Para tocar la carne sagrada de tus diosas,
serán mis manos blandas cual sedas temblorosas...
Amor, no, no te vayas.

AMADO NERVO.

AMADO NERVO (1)

Señores:

Los estudiantes de esta Facultad han querido tributar un homenaje a la memoria del ilustre escritor mejicano Amado Nervo, recientemente arrebatado a las letras americanas, y me han hecho el honor de designarme para que los represente, haciendo uso de la palabra en este acto. Conozco la responsabilidad que ello importa y desconfío mucho, por causas orgánicas y por motivos ocasionales, de poder mostrarme a su altura; pero no podía negar mi concurso a una solemnidad tan concorde con mis sentimientos, y vengo a esta casa, para mí tan cara, a deciros sencillamente mi impresión sobre Amado Nervo, no por confianza en mis fuerzas, sino por natural acatamiento a la decisión honrosísima del Centro de la Facultad.

El estudio completo de una personalidad tan alta y representativa como la de Amado Nervo excede a todas luces los límites de una conferencia y sólo puede realizarse en las páginas del libro o la revista. Por ello, yo sólo os hablaré aquí del poeta, que es en Nervo sin duda lo más valioso, y aun de-

(1) Esta conferencia fué leída el día 27 de Junio en la Facultad de Filosofía y Letras. Precedió al ilustre conferencista en el uso de la palabra, el presidente del Centro de Estudiantes, señor B. Ventura Pessolano. En la parte esencial de su breve y hermoso discurso, dijo el señor Pessolano:

"Florido rosal que en todos los climas de la tierra y bajo todos los cielos germinó rosas de amor y de piedad; alondra mística en cuyo pecho la desolación no tuvo notas, sino cuando de sus últimas vibraciones nacería más alegre el himno de la esperanza, eso fué la vida de aquel gran señor de rostro magro, que de haber nacido en el siglo XIII hubiera caminado, con el pie llagado, por los caminos de San Francisco, en busca del hermano lobo y de la hermanita piedra.

"Poeta serenísimo a quien pudo perturbar en sus peregrinaciones por los "senderos yermos", el *sicut nubes* del Kempis o la gran voz atormentada del Eclesiastés; a quien las inquietudes de la muerte y las pompas de la vida pudieron un día nublarle la mirada y llenarle de tris-

beré hacerlo sintéticamente, concretándome a señalar su procedencia literaria, su evolución artistíca, su rumbo espiritual y las características personalísimas de su poesía, que tan poderosa y simpática resonancia ha tenido en las generaciones contemporáneas.

Amado Nervo comienza a darse a conocer en Méjico hacia 1896. Su primer libro publicado, que, como sabéis, fué una novela, *El Bachiller,* es precisamente de esa fecha. Dos años más tarde aparece su primera colección de versos, *Perlas negras.* Alboreaban a la sazón en Méjico las nuevas tendencias líricas, todavía no exageradas ni maleadas por las extravagancias, dislocaciones y superficiales artificios, de que tan *luenga muestra* ofreció luego el llamado *modernismo,* de aquende y de allende el mar. Acababa de morir (1895) en plena juventud el admirable y delicadísimo Gutiérrez Nájera, mantenedor de la tradición romántica depurada, y precursor a la vez, no propiamente iniciador, de las nuevas tendencias. La primera serie poética de Amado Nervo, aunque débil, obedece evidentemente a su influencia, con tal cual rasgo heiniano. En la segunda, titulada *Poemas* y publicada en París, en 1901, aparece ya firmemente delineada la personalidad del poeta en una composición que se alza cien codos sobre todas sus antecesoras y compañeras. Me refiero a *La hermana Agua,* que ofrece, con plena madurez artística, lo más esencial y característico de su espíritu. Mucho de cuanto se admira y conmueve, en diversas formas, en sus más valiosos libros posteriores, su concepto cristiano de la vida, su resignación consciente y viril, su luz de eternidad, su fertilidad imaginativa, el fácil movimiento de su expresión, está ya presente en esa inspiración admirable, tan justamente celebrada. Desde la publicación de *Poemas* y de los versos de

---

teza el corazón, porque jamás tuvo ni el grito amargo del dolor antiguo, ni la protesta airada que hiela de espanto las fuentes de la esperanza. Poeta serenísimo, y bueno y generoso poeta, porque de su zurrón merendaron los peregrinos retardados en los breñares, porque no "prodigó savias en pinchos punzadores", porque retribuyó "trocada en flor de paz" y santificada en bendiciones de amor la espina que le hiriera en su lírica trashumación por la vida; porque lloró en silencio y a costa suya disminuyó el dolor universal; porque pasó amable y enternecido, con la honda beatitud de aquel pastor del Asia que dialoga con la luna en los versos de Leopardi y que Tomás Young puso en su plegaria por los muertos... Poeta serenísimo que en la plenitud de su vida pudo resguardarse a la vera de aquel arroyo y a la sombra de aquel árbol, de que nos habla el salmista, donde toda la sombra es fresca y toda el agua es cristalina".

El Exodo y las Flores del Camino, un año más tarde, Nervo apareció definitivamente afiliado al *modernismo*, que tenía su cuartel general en París, donde el poeta a la sazón se encontraba.

En lo que se ha llamado *modernismo*, que, como todos los *ismos* análogos, aún los más substanciales y trascendentales de *clasicismo, romanticismo* y *realismo* (cuando aparecen como escuelas militantes), no es sino una especie de codificación artificial y exclusivista de tendencias naturales dispersas, más o menos enérgicas según las épocas, concurren sin duda elementos de muy diversa índole, ya espirituales, ya formales, cuyo completo análisis no cabe hacer aquí. Recordaré sólo que, agotado y degenerado el gran movimiento romántico en un sentimentalismo declamador, vago e insípido, y flojos o enmohecidos los resortes técnicos del estilo y del verso, surgió en la segunda mitad del siglo anterior en Francia (gran inventora de modas artísticas... y de otras) la escuela llamada de los *parnasianos*, que puso en los primeros artículos de su código la *impasibilidad* y la absoluta ausencia de todo sentimiento en los versos. Dió en cambio toda su fuerza a la sensación y a la forma, haciendo alarde de la más difícil perfección técnica. Como escuela de transición y de preparación de un arte más esbelto y severo, fué sin duda excelente; pero sus primorosas ánforas vacías no podían mitigar la más noble sed de las almas, ni ponerlas en contacto con las profundas corrientes de la vida. De donde resultó que los verdaderos poetas afiliados al parnasianismo, sólo lo estuvieron provisionalmente y a título de aprendizaje, mientras afilaban y bruñían sus armas. No pudieron permanecerle fieles, ni su mismo gran fundador Leconte de Lisle, ni menos Sully Prudhomme y Coppée. El autor de *Le vase brisé* hizo vibrar íntimamente sus versos con las delicadezas de un romanticismo depurado, glorificó el sacrificio por la ciencia que mira al bien humano y llegó a ser superiormente didáctico y filosófico en *La justice* y en *Le Bonheur*. Coppée practicó una especie de realismo lírico urbano. La poesía volvió, pues, a llevar en su corriente sonido de alma; pero puesta luego en excesivo contacto con las inmediatas realidades de la vida, históricas, políticas y sociales, en una edad extenuada y prosaica, se contaminó de *materia vulgar*, perdió o debilitó el sentido de la forma pura, vivaz y límpida, profanó el misterio y el sacerdocio del canto (*musarum sacerdos!*) y empañó la lira con el polvo del com-

bate mental. Y bien, es para mí evidente que la raíz y el primer impulso de lo que se ha designado con los nombres de *decadentismo, simbolismo* y *modernismo* fué un movimiento de reacción contra tales contaminaciones y flacideces artísticas. Se quiso un arte más *irreal*, altivamente alejado de los sentimientos, ideas y hechos comunes de la vida, con esfera propia y autónoma, de más sintético y eficaz *estetismo*. Esta tendencia era en principio noble y plausible, y tiene antecedentes bien caracterizados, aunque muchos los desconozcan u olviden, en muy diversas épocas y regiones y bajo el predominio de las más opuestas escuelas. La preferencia por motivos o temas de puro sentimiento artístico, por la línea y el color *en sí*, por la blanda y fina ironía o insinuación poética, fué siempre propia, por otra parte, de los períodos y los poetas sensuales y de escasa vida interior. Baste recordar el alejandrinismo griego y la escuela de los trovadores, tan simpáticos al modernismo. En la misma poesía española de fines del XVIII no faltan ejemplos, como algunas composiciones de Leandro Moratin, y sobre todo, *La diosa del bosque*, de Arjona, tan paganamente bella. En América, el venezolano Fermín del Toro, nacido en 1807, escribe con el aire y la luz su etérea *Ninfa del Anauco*, a la cual pertenecen estas estrofas dispersas:

¡Todo cede a la que mora
En palacio de cristal,
Y perlas ciñe y coral
A su frente seductora!

¡Cedan sus grutas, sus prados
Las celebradas ondinas,
Que en las aguas cristalinas
Mojan los pies nacarados!

¡Del canto el divino coro
Suspended, sílfides bellas,
Que a la luz de las estrellas
Concertáis las arpas de oro!

. . . . . .

Que la ninfa se divisa
Por la luz de negros ojos,
Y el fuego de labios rojos,
Y el dardo de dulce risa.

. . . . . .

Y si prendida la falda,
El pié en la hierba humedece,
Un blanco lirio parece
En un vaso de esmeralda.

De negros rizos cubierta
Se duerme en lecho de rosas,
Y las deja más hermosas
Cuando el amor la despierta...

Algo más tarde el mejicano Ignacio Ramírez, nacido en 1818, hacía enmudecer en sus versos el recio vendaval de sus pasiones políticas y religiosas para rivalizar con lo mejor de la Antología griega, en rasgos como el siguiente:

Anciano Anacreón, dedicó un día
Un himno breve a Venus orgullosa;
Solitaria bañábase la diosa
En ondas que la hiedra protegía.
Las palomas jugaban sobre el carro,
Y una sonrisa remedó la fuente;
Y la Fama cantó que ha visto preso
Al viejo vate por abrazo ardiente.....
Y las aves murmuran de algún beso.

A este mismo tipo de arte ajustó también nuestro Guido Spano sus más característicos versos.

Pero a ese primer deseo de *inactualidad*, que llevaba sin tregua a los modernistas a un paganismo y mitologismo sensual y exótico, a la evocación de princesas y caballeros medioevales, a remedos de trovadores, a lujosas fantasías orientales, a amaneramientos deciochescos de Versalles y de Trianon, uniéronse luego elementos de diversa índole, fecundos algunos, otros viciosos: la predilección por el matiz leve y la luz indecisa, la avidez sensual y complacida pintura de los *delicta carnis,* las innovaciones estilísticas y rítmicas, — estas últimas casi totalmente fracasadas—, y en los americanos, la crónica obsesión de París, con sus bohemias y sus picantes perversidades, que tanto ha contribuído a menoscabar en la poesía de América aquel grado de originalidad, de fuerza y de color propio, dentro de su raza y de su ambiente, sin el cual no tiene ninguna razón de existir. El pecado original del modernismo, tan intransigente con cuanto le precediera, consintió en nacer, no de un vasto y fecundo movimiento popular, de una verdadera transformación social, como el Romanticismo, sino del técnico esfuerzo de un grupo de iniciados, ansiosos de novedades: Las grandes renovaciones y florecimientos artísticos, homogéneos y fuertes en su unidad orgánica, se nutren como los árboles de los jugos vivos de la tierra, que sus raíces absorben para cubrir de verde y flores hasta sus ramas más altas. Los ideales

de un pueblo o de una época, que alzan un nimbo sobre su frente, y sin los cuales ningún grande arte puede existir, no son invenciones singulares y arbitrarias de algunos espíritus escogidos, sino emanaciones colectivas que surgen de su seno, como la nube del mar. Desdeñosamente alejados de una realidad que juzgaban prosaica, sin vislumbres de infinito, y faltos de una fe viva y tradicional, los poetas se encontraron como suspendidos entre el cielo y la tierra, llenos de vagos y confusos anhelos, a que dieron los nombres, repetidos sin fin, de *Ensueño* y de *Quimera*. Estos fueron sus dioses, que los condenaron a perenne *inquietud*, término que si en casos muy excepcionales dice algo elevado y trascendental, en el mayor número sólo significa, demasiado literalmente, el afán de no estarse quietos... Si a esto agregamos la substitución en algunos del sentimiento cristiano por el panteísmo oriental y la filosofía budhista, habremos completado los focos espirituales de la poesía modernista.

¿Qué influencia tuvo todo ello sobre Amado Nervo?

Desde luego, hay que descartar, naturalmente, todo el largo capítulo de rarezas y extravagancias vacías, que tantos han querido hacer pasar por moneda genial. Hay, sin duda, en ciertas piezas de Nervo, de *Poemas* y otras relativamente antiguas colecciones, visible sello modernista de expresión y versificación, y habituales recursos de estilo, que le hacen todavía aparecer como poeta de brigada; "pero todo ello está, por cierto — decía Rubén Darío, deseoso de no compartir tan pesadas responsabilidades — lejos de la pirotecnia verbal y de los descoyuntamientos de pianista que suelen tomarse como distintivos de una fuerza poética incontestable, y que se achacan al influjo de un *modernismo*, llamémoslo así, que no hizo bien sino a quienes se lo merecían".

Están también dentro de la jaula modernista diversas composiciones de *El Exodo y las Flores del Camino*, y sobre todo, la colección titulada *Rimas irónicas y cortesanas*, cuya publicación en el mismo tomo de *Serenidad* disuena, enormemente, y no me explico. Pagó Nervo en ellas tributó al *parisiensismo* exótico y bohemio, rama la más viciada y menos americana de la escuela. ¡Cuánto desearíamos ver, en vez de todo eso, al sentimiento patriótico ocupando allí el lugar que legítimamente le corresponde!

El idealismo personal y arbitrario de la escuela, a que aludí anteriormente, tuvo también representación en algunas páginas del poeta. Léase *Quimera*, en *Un libro amable*, y *A Sor Quimera*, en las *Místicas*. Aún la tan conocida mística, *A Kempis*, no pasa de un ascetismo retórico y bien sonante, que según dato auténtico que tengo, el poeta acabó por estimar muy poco, deseando no haberla escrito. Pero el autor de *Elevación* atesoraba en su alma una mina riquísima de sincera fe cristiana, adormecida un tiempo, y que muy pronto iba a emanciparle de los idealismos a la moda, y a dar a su poesía una resonancia profunda. En *Místicas* (1904) asistimos ya a la lucha de su fe con el siglo;

¡Tengo sed de saber y no me enseñas;
Tengo sed de avanzar y no me ayudas;
Tengo sed de creer y me despeñas
En el mar de teorías en que sueñas
Hallar las soluciones de tus dudas!

y al inminente triunfo de aquélla en la significativa serie de tres sonetos, titulada, *En camino*. El primero, *Resuelve tornar al Padre*, contiene la plena abjuración de su falso espiritualismo anterior:

No temas, Cristo Rey, si descarriado
Tras *locos ideales* he partido:
Ni en mis días de lágrimas te olvido,
Ni en mis horas de dicha te he olvidado.

En la llaga cruel de tu costado
Quiere formar el ánima su nido.
Olvidando los sueños que ha vivido
Y las tristes mentiras que ha soñado.

A la luz del dolor que ya me muestra
Mi mundo de fantasmas vuelto escombros,
De tu místico monte iré a la falda,

Con un báculo: el tedio en la siniestra,
Con andrajos de púrpura en los hombros,
Con el *haz de quimeras* a la espalda.

En el último, titulado, *Pondera lo intenso de su futura vida interior*, se deleita y conmueve íntimamente ante la visión de su conversión que llega:

¡Oh sí, yo tornaré! Tu amor estruja
Con invencible afán al pensamiento,
Que tiene hambre de paz y de aislamiento
En la mansa quietud de la cartuja.

¡Oh sí, yo tornaré! Ya se dibuja
En el fondo del alma, ya presiento
La plácida silueta del convento
Con su albo domo y su gentil aguja...

Ahí, solo por fin conmigo mismo,
Escuchando en las voces de Isaías
Tu clamor insinuante que me nombra,

¡Cómo voy a anegarme en el mutismo,
Cómo voy a perderme en las crujías,
Cómo voy a fundirme con la sombra!...

Este alto programa comienza a cumplirse diez años más tarde, en su libro *Serenidad*, de 1914, y halla su realización plena en *Elevación*, para mí el mejor de todos los suyos. Esto es lo que puede llamarse la emancipación espiritual, y técnica de Nervo, y alguien llamó su *conversión*. Ella consiste en dos cosas: una técnica y de estilo, la otra en su posición de espíritu ante el misterio. El poeta, afiliado, como se ha visto, al modernismo, pónese decididamente a su margen, y al de toda escuela, para verlas pasar con indiferencia. Dueño de los secretos técnicos de su arte y muy capaz de hacer bellos versos que seduzcan por su magia propia, renuncia a sus gracias y presunciones, atento sólo a *expresarse* del modo más directo y menos *literario* posible. Y así declara:

Yo no se nada de literatura,
Ni de vocales átonas o tónicas,
Ni de ritmos, medidas o cesura,
Ni de *escuelas* (comadres antagónicas),
Ni de malabarismos de estructura,
De sístoles o diástoles eufónicas.

En sus *Lecturas literarias*, hablando del mejicano Joaquín Arcadio Pagaza, dice significativamente: "En medio de este ir y venir de los ideales literarios, de las modas de estética, de los caprichos de escuela — un tanto apaciguados ya, por lo demás — pasa la prelaticia silueta del *Padre Pagaza*, como cariñosamente le llamamos en Méjico, envuelta en alta simplicidad, en clásica y noble blancura".

Comprendía bien el poeta que cuanto más a la moda vista un escritor, más pronto quedará anticuado, ante la nueva moda que llega, mientras quien ahorra trajes y se atiene a las eternas desnudas formas de la naturaleza es siempre *actual*, no obstante todas las transformaciones externas. Expresa admirablemente esta verdad el notable poeta mejicano contemporáneo

Enrique González Martínez en los siguientes versos, titulados, *Mañana los poetas...*

Mañana los poetas cantarán un divino
Verso que no logramos entonar los de hoy;
Nuevas constelaciones darán otro destino
A sus almas inquietas con un nuevo temblor.

Mañana, los poetas seguirán su camino
Absortos en ignota y extraña floración,
Y al oir nuestro canto, con desdén repentino
Echarán a los vientos nuestra vieja ilusión.

Y todo será inútil, y todo será en vano;
Será el afán de siempre y el idéntico arcano
Y la misma tiniebla dentro del corazón.

Y ante la eterna sombra que surge y se retira,
Recogerán del polvo la abandonada lira
Y cantarán con ella nuestra misma canción.

La hondura y sinceridad del sentimiento y la expresión armoniosa, inmediata y sencilla, forman sin duda la única garantía de perenne frescura para las obras de arte; pero no es posible negar que al renunciar voluntariamente Amado Nervo al verso ornado y presumido, ha incurrido a veces en exageración evidente, desterrando de él todo ritmo y todo canto, y aún toda imagen, hasta matarlo como verso y convertirlo en lo que él mismo llama, sin rehuir responsabilidades, *su prosa rimada*. Eso no es ya desnudarle de atavíos para que surja en la pureza y armonía de su forma, sino substituirlos por un tosco sayal de franciscano. No hay medio, por más sutileza que se discurran, de admitir como versos, ni como poesías, estos opacos y prosaicos renglones, no obstante toda su verdad:

Dios es inaccesible al instrumento
Científico, al crisol, a la retorta...
Pero es siempre accesible para el alma.

Nunca despejarán su inmenso enigma
La suficiencia y el orgullo humanos,
Cual si fuese ecuación. El telescopio
No habrá de sorprenderle entre los orbes,
Ni la lente del ultramicroscopio
Le encontrará en las células.

.. ..

¡Qué necedad la de los que imaginan
Escudriñar las cosas... ¡Si no vemos
Jamás lo que en sí son las cosas!

Tontos,
Que edificáis sobre apariencias, necios
Que investigáis el documento humano
(El más obscuro de los documentos):
¡Y con cinco sentidos, siempre erróneos,
Pretendéis calibrar al universo!

En *Fides*, por otra parte tan digna de aprecio se lee:

No te resignes antes de perder
Definitiva, irrevocablemente
La batalla que libras...

¿Sabes tú si el instante
En que, ya fatigado, desesperes,
Es justo aquel que a la definitiva
Realización de tu ideal precede?

Y en *Lugar común*:

Hay todavía locos que pretenden
Decirnos algo nuevo, porque ignoran
Los libros esenciales
En que está dicho todo.
Buscan las frases bárbaras,
Las torcidas sintaxis,
Los híbridos vocablos nunca juntos
Antes, y gritan: "Soy un genio, ¡eureka!..."

Digámoslo claro, por lo mismo que se trata de tan alto ingenio: eso no es ya sencillez, ni desnudez, sino pobreza. No se me alcanza, en verdad, la ventaja de poner en renglones desiguales, que no son siquiera versos, una prosa tan áridamente intelectual. Por algo se ha dado a los poetas el nombre de ruiseñores!

Otro signo inequívoco de la emancipación de Nervo con respecto al modernismo, es su desdén de toda rareza y extravagancia de ideas y sentimientos, de toda punzante novedad, y su valiente y elocuente apología, en cierto elevado sentido, del *lugar común*. El restablecimiento de su fe, la creciente intensidad de su pensamiento, su coloquio cada vez más asiduo con lo absoluto, le llevan de consuno a contemplar, bajo lo diverso, particular y limitado de los hechos, ideas o sentimientos, el fondo universal humano en que perennemente descansan y que los enlaza e identifica a través de todas las épocas y regiones.

Lugar común, seas
Loado por tu límpida prosapia
Y nunca más desdéñente los hombres.
Expresión dicha ya por cien millones
De bocas, está así, santificada.

Cien millones de bocas
Han clamado: "Dios mío", y cien millones
De veces el Eterno
Encarnó en ese grito.

Cien millones de bocas
Dijeron: "Yo te amo",
Y al decirlo engendraron cien millones
De veces al Amor, padre del mundo...

¡Oh tú, Naturaleza, madre santa,
Oh tú, la siempre igual y siempre nueva,
Monótona, uniforme, simple, como
La eternidad, bendita seas siempre!

Bendita seas, mar, cantor perpetuo
De la misma canción... Bendito seas
Viento, que tienes las perennes cuerdas
De los árboles quietos y sumisos.

Benditos seáis, moldes
De donde surge el mundo cada día
Semejante a sí propio;
Bendita la unidad de las estrellas;
Bendita la energía
De donde todo viene y es idéntica
Bajo diversas fases ilusorias.
Hablemos cual los dioses
Que siempre hablan lo mismo.
Oigamos las palabras
Sagradas que dijeron los abuelos
Al reir y al llorar,
Al amar y al morir...
Mas al decir "amor", "dolores", "muerte",
Digámoslo en verdad
Con amor, con dolores y con muerte.

Esta actitud espiritual trasciende a su arte y a su poesía, cada vez menos afectos a singularizarse por medios ficticios y habilidosos. Sabe ya bien que el verdadero artista no se distingue de los demás, ni los supera, lanzándose por ocultas y no frecuentadas sendas, para volver con las manos llenas de flores raras, aunque sean feas y huelan mal; sino avanzando serenamente por los grandes caminos de la vida y de la belleza, y adelantándose a todos por la medida natural de su amplio paso, hasta resplandecer con la plena lumbre del sol y coronarse con la nieve de la montaña!

Y llego ya a la fase más importante y característica de su llamada *conversión,* o sea a la orientación definitiva de su espíritu religioso. Nervo había nacido y se había educado en un ambiente de religión firme y positiva, fué seminarista y estuvo a punto de vestir el hábito sacerdotal. Desviado luego de este

designio por causas que no se conocen bien, asaltado de dudas, adulteró su natural sentimiento religioso al contacto de las profanidades corrientes, y se dejó llevar como habéis visto, por ese idealismo vago e inconsciente de ensueño y de quimera, que más parece un tema de variaciones poéticas que un sentimiento real. Pero la noble e inextinguible sed de su alma mística no pudo calmarse en esas ilusorias corrientes, y hastiado del mundo, desencantado de la ciencia y de la filosofía y sus pretensiones trascendentales, siente retoñar vigorosísimamente en su espíritu su antigua fe de cristiano. Y dice:

¡Metafisiqueos, pura teoría!
Nadie sabe nada: ¡mejor
Que esa pobre ciencia confusa y vacía
Nos alumbra el alma como luz del día
El secreto instinto del eterno Amor!

El amor, un amor piadoso y universal, a todos y a todo, es desde entonces la norma de su vida y la nota fundamental de su canto. A él se une, como en Fray Luis, como en Santa Teresa, un anhelo incontenible de romper los barrotes de la jaula terrena, para ir a través del arco triunfal de la Muerte, por donde pasa,

Dignificada, el alma que sin cesar luchó,

a sentir, en paz y en gloria, florecer en ella la Eternidad.

Claro está, sin embargo, que el misticismo de Amado Nervo no podía ofrecer los mismos caracteres que el del siglo XVI español. Los tiempos no pasan en vano. El sentimiento religioso antiguo se basaba sólidamente en un estado de alma colectivo, en el cual enterraba sus raíces, para esparcir luego en el ambiente, acendrado en flor mística, su celeste perfume. De ahí su poética espontaneidad y frescura. Fuera de él, todo era excéntrico y anárquico.

En nuestra época los términos están invertidos. Sobre una negación o indiferencia general, el sentimiento religioso, sincero y profundo, brilla aquí y allá como hermosa flor solitaria. La necesidad de defenderse del adverso estruendo exterior, y aun de su repercusión inevitable en la propia conciencia, le da necesariamente un carácter más filosófico y más militante, llenándole de estremecimientos y de nerviosidades íntimas. Fray Luis de León se siente vivir naturalmente, sin la menor inquie-

tud, sin más melancolía que la de la espera confiada, a veces impaciente, en el *templo de claridad y hermosura* que le llena de beatitud el alma; y al referirse a él, dice siempre *aquí*, y no *allá*:

Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz, *aquí asentado*
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De honra y de deleites rodeado.

Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura
Que jamás anochece:
Eterna primavera *aquí* florece.

Compárese esta serenidad y seguridad religiosa, con la actitud y el tono de la *mística* XXVII de Nervo, *Al Cristo*, donde dice:

Mi divino ideal está en la cumbre
Y yo ¡pobre de mí! yazgo en la sima...

La lira que me diste, *entre las mofas*
De los mundanos, vibra sin concierto;
¡Se pierden en la noche mis estrofas,
Como el grito de Agar en el desierto!

Más tarde, depurada y robustecida su fe, todavía repercute en su alma y en su poesía, aunque en muy diversa forma, esa tenaz contradicción de la incredulidad mundána, en su admirable rasgo titulado *La oración*, que es de Agosto de 1918, y se lee en su último libro, *El estanque de los lotos*:

—"No será lo que quieras, — murmura el desaliento —
Tu plegaria es inútil; no verá tu pupila
El dulce bien que sueñas... ¡Imposible es tu intento!"

Yo escucho estas palabras como el rumor del viento,
Y sigo en mi oración, obstinada y tranquila.

Ninguna poesía de Nervo más significativa a este respecto, más probante de lo que digo, ni más conmovedora en su dulce sencillez, que la titulada *Hospitalidad*. Pertenece a una sección (*Piedad*) de su libro *Serenidad*, y así por su propio encanto y significación, como por hallarse agotada la colección en que está incluída, creo que me agradeceréis su lectura.

Cristo, la ciencia moderna
Te arroja sin compasión
De todas partes: ¡no tienes
Donde residir, Señor!

Las teorías positivas
Y la experimentación
Materialista, no dejan
Sitio en los orbes a Dios.
En cuanto al alma del hombre,
A piedra y cal se cerró
Hace tiempo a todo ensueño.
En el umbral, la Visión
Muerta de angustia, de frío
Y de soledad quedó...
En las moradas humanas
Ya tan solo caben hoy
La vanidad, el deseo
Voluptuoso y la ambición.

¡Ya no tienes casa, Cristo!
... Mas ¿cómo has de irte por
Esos caminos, si apenas
Has sonado el aldabón
De una puerta, te la cierran
Con estruendo y ronca voz?

El pájaro tiene nido,
Cubil el raposo halló;
Y tú en cambio vas expuesto
A la intemperie, al horror
De las noches congeladas,
A tanto abandono...
Yo
No valgo dos cuartos, Cristo:
Mi corazón (tú mejor
Que nadie lo sabe) tiene
Poco espacio y poco sol;
Pero qué le hemos de hacer,
Si en esta comarca no
Hay otro... ¡Ven, y permite
Que confuso, con temblor
De vergüenza, yo te hospede
En mi propio corazón!

Cierto es que en el misticismo del poeta ha tenido también influencia la filosofía de los libros orientales, de cuya lectura se encuentran en sus versos no pocas reminiscencias; pero esa afición suya, común con la de otros escritores de su época, obedece sólo a ciertas analogías de doctrina, a la seducción del símbolo, y en nada adulteran ni menoscaban la integridad de su creencia cristiana, fundada esencialmente en el amor. Es curioso a este respecto ver cómo a veces su fe propia se abre paso triunfal a través de las reminiscencias budhistas. Así, en *Lo imprevisto* (*Estanque de los lotos*):

Encógete callado, y estoicamente espera
Que el *Karma* (inexorable, pero justo) te hiera
Hasta el fin. Vé, resuelto, de tu castigo en pos.

¡Mas abre bien, poeta, los ojos avizores;
Acaso cuando menos lo piensen tus dolores,
Te encuentres, en tu noche con la piedad de Dios!

Pero nada expresa más categórica y dulcemente el íntimo sentimiento cristiano de Amado Nervo que su poesía *Si tú me dices "¡ven"!*, en *Elevación*:

Si tu me dices: "¡Ven!" todo lo dejo,
Llegaré a tu santuario casi viejo,
Y al fulgor de la luz crepuscular;
Mas he de compensarte mi retardo,
Difundiéndome, oh Cristo, como un nardo
De perfume sútil, ante tu altar!

y esta significativa estrofa de *La lección*:

Y aunque es el Dios escondido
Tras persistente capuz,
Hay dos escalas de luz
Que El al alma le ha tendido:
La oración... y aquel gemido
Intercesor de la *Cruz*.

Pero Nervo, digno y legítimo heredero de los grandes creyentes de su raza, con las diferencias que los tiempos imponen, no es un simple asceta del yermo, perpetuamente clausurado en la contemplación mística. Como el sol funde la nieve de las montañas y la envía a fertilizar las llanuras, la fe del poeta, encendiendo su espíritu, le hace descender en ondas de amor a los revueltos campos de la acción y de la vida, con ansias de fecundarlos y embellecerlos. Estas derivaciones de su misticismo hacia la armonía moral, la paz del alma, la entereza y la constancia en la acción, la resignación viril ante las leyes y los dolores ineluctables de la vida, le convierten sin esfuerzo, y sin las convencionales *misiones* de antaño, en un verdadero apóstol poético, y derraman por sus versos, ya un soplo fresco y confortante, ya un delicado aroma de piedad, ya un acento de energía, ya una tristeza crepuscular. Su alma está siempre en consonancia con todo lo que sufre y llora, lo que vacila, anhela o espera. Busca y halla la *serenidad* y la *elevación* de su espíritu; pero en vez de perderse en vanas *quimeras*, o encerrarse en desdeñosa torre de marfil, siente un inmenso anhelo de que todos se serenen y se eleven con él, por la acción y la meditación, hasta que llegue el momento de recibir el bálsamo de la muerte. Esto es, a mi juicio, lo que principalmente

caracteriza a Amado Nervo y le da personalidad inconfundible entre los poetas contemporáneos. ¿Cómo explicar su gran prestigio, esa admiración viva y cariñosa que despertaba a su paso y se bebe en sus libros, sino por la más feliz armonía entre el sentimiento poético y la pureza moral, cuyas bellezas se funden en una sola y soberana hermosura?

No puedo detenerme en el examen de sus poesías *profanas*. Las hay, como bien lo sabéis, bellísimas. No vibra en él la cuerda patriótica, a pesar de su colección *La lira heroica;* pero el amor, que sintió al menos una vez con verdad, y no podía ser en la serena peregrinación de su espíritu sino una estación de tránsito, le ha arrancado algunos acentos sentidos y penetrantes. El primer lugar, en sus inspiraciones de este género, corresponde, en mi sentir, a la titulada *Seis meses*.

En otro orden de inspiraciones, que muestran la variedad y flexibilidad de su espíritu, al par de su constante delicadeza de sentimientos, deben citarse: *Si una espina me hiere...* bellísima expresión del cristiano perdón de las ofensas. *El don, En paz, Viejo estribillo, Envejecer, La novia, La mal pagada canción*, tan penetrada de aroma antiguo, *La caricia*, soneto lleno de frescura primaveral, *Cabecitas*, picaresca y delicada a la vez en su finísima ironía, *El poeta niño*, última expresión de simplicidad poética, *Cobardía*, tan sobria y eficaz, *Epitálamio*, bello himno a las grandezas de nuestra raza, y otras.

En cuanto a sus hermanas mayores, las más representativas y características del poeta, su florilegio se formaría, según mi impresión, con la *Hermana Agua* (de *Poemas*), *La montaña, Mar de la serenidad* (de *Serenidad*), *Al cruzar los caminos, La sed* (de *El estanque de los lotos*), *El milagro, La hondura interior, Extasis,* HARMONÍA, SICUT NAVES, ESPACIO Y TIEMPO (para mí, estas tres últimas, sus más altas inspiraciones), *Ya no tengo impaciencia, Si tú me dices*: "¡Ven!", *La lección* y *Expectación* (de *Elevación*). ¡Bellísimas hojas, que forman una gran corona de gloria, en cuyas gemas se mira siempre como un resplandor de lo eterno!

Es, en verdad, señores, algo que dignifica y consuela el ver cómo con poeta tan elevado y tan puro, tan ajeno a toda sensualidad vulgar, en la vida y en el arte, tan absorbido por su hondo espíritu religioso, hoy verdaderamente excepcional,

sin desplantes ni petulancias de estilo, que no corteja la fama y le dice:

¡Renombre, renombre, vete! Muchos quieren
Que halagüéis su oído;
Muchos que se mueren
De hambre y sed de elogios... Olvídame a mí,
Con un gran olvido:
Como si jamás hubiera existido.
...Y no hagas ruido,
Que estoy bien así;

cómo un poeta de tal índole, digo, ha cautivado tan generalmente los corazones, llevándolos a sentir y elevarse con él, a comprender, y hasta gustar, su austero renunciamiento a cuanto no traiga a su espíritu un viento de eternidad. Su impulso hacia lo Absoluto, no habría bastado, ni su poesía tampoco: la armoniosa e íntima unión de ambas ha realizado el milagro. Nervo aparece en las letras americanas cuando se libraba en ellas un combate por el estilo y la métrica, tanto más encarnizado, cuanto mayor era el agotamiento o la merma de las grandes y eternas fuentes del verdadero sentimiento poético. Fué hombre y poeta de su tiempo; pero por generoso e irresistible impulso de su espíritu, llegó a ser el renovador, no ya de la técnica del estilo y del verso, en lo cual otros le preceden y aventajan, sino de algo que vale infinitamente más, del sentimiento religioso y cristiano en la poesía contemporánea de nuestra lengua y raza, y acaso, en un tiempo no lejano, y por su benéfico influjo, en el espíritu de la misma. Nada podría haber sido más grato al espíritu del poeta, cuya acción no quiso ser retórica, sino psicológica y sublimemente docente. Tal es para mí, señores, el alto significado de su poesía, y lo que me hace juzgar de la más estricta justicia asignarle el primer puesto entre los líricos castellanos de su época. Ninguno nos pone tan en contacto como él, por el sentimiento, con el misterio de lo infinito, haciendo penetrar en nuestras almas los aromas y fulgores de una aspiración inmortal. Bendigamos, señores, a quien le puso una lira más en el corazón que en las manos, para que difundiera entre los hombres, en esta hora triste y confusa, la dulce y profunda resonancia de una armonía celeste... Y hagamos algo más y mejor que leerle y aplaudirle como poeta: encendamos en su lámpara interior nuestra lámpara, y dejemos que su poesía sea ante todo para nosotros la

constelada mensajera de su fe. Y si deseamos complacer su noble sombra, que acaso aquí conmovida nos acompaña, no olvidemos nunca estas grandes y hermosísimas docencias suyas, suprema síntesis de su espíritu:

¡Si los ojos abiertos son para ver la vida,
Con los ojos cerrados es como ve el amor!

La rosa del arcano tiene invisible broche;
Pero tenaz perfume, que denuncia el camino.
Los hombres son cual naves que pasan en la noche;
Mas en el alma llevan un timonel divino!

Y si dudamos y sufrimos, y vemos poblarse de obscuridad nuestro horizonte espiritual, acudamos a él y hagamos resonar en nuestra conciencia estas enérgicas y admirables palabras definitivas:

Si vacilas, si deja un porqué
En tu boca su acerbo amargor,
¡Ven a mí, yo convenzo, yo *sé!*
Mi vida es mi argumento mejor.
Todo yo soy un acto de FE,
Todo yo soy un fuego de AMOR!

CALIXTO OYUELA.

A AMADO NERVO

En su viaje...

Ah, ¿lo queríais, musas, para vosotras solas?...
ya lo tenéis... buscadle las pobres manos muertas,
y los ojos sin vida, y los labios exangües;
ya lo tenéis, volubles; convertíos en siervas.

¿Qué? Le habéis puesto al flanco, como las golondrinas,
dos alas inmortales ¿qué decís de riberas?
Sonreis esta noche alocadas y dulces...
Tenéis las manos finas; me parecéis de fiesta.

Repetid... ¿Conocéis a los hombres, oh musas;
Conocéis a los hombres? ¿Los conocéis de veras?
¿Os apenaba verlo con el alma - suspiro
Por los bosques oscuros entre espinas y flechas?

¿Os apenaba verlo caminar descuidado
Con el alma a los vientos bajo la noche negra?
¿Quién os ha dicho, musas, que los hombres son malos?
¿Quién os ha dicho, musas, cómo asaltan las fieras?

¿Le habéis dado una cama toda en oro, muchachas?
Su sueño estáis velando? ¿Qué sus labios desean?
Escuchad, por favor, escuchad lo que dice...
¿Ha nombrado a los hombres? ¿Ha nombrado la tierra?

Dadle, musas, en copas de licores selectos
El licor del olvido; arropadlo con sedas;
Cantadle dulcemente como cuando era niño,
Y besadle los ojos... era un pobre poeta...

Oh musas, bien os consta, ya que lo habéis robado,
Cómo tenía el alma de inefable y de tierna.
¿Hay palomas azules en vuestros mundos, musas?
Acurrucadas, tibias, a sus plantas ponedlas.

Y hablad con el aliento, musas, que está cansado,
Después de un viaje largo todo ruido molesta;
Tendeos como perros junto a su cama, musas,
Y dejadlo tranquilo, y dejadlo que duerma.

ALFONSINA STORNI.

AMADO NERVO

Se iba buscando a sí mismo; iba buscando el alma inmortal, el dios oculto en nuestro ser perecedero. Parecía decirnos con el profundo verso del poeta hispano:

> Reina en tí propio, tú que reinar quieres
> pues provincia mayor que el mundo eres.

El autor de *Serenidad* se acercaba cada vez más a su ser interior; miraba en las profundidades de su espíritu este otro universo recóndito; y en paz con el mundo y con la vida, olvidándose de los temores e inquietudes, presentía que se encontraba ya

> ... en las laderas
> de la montaña augusta de la serenidad.

Los que buscan en la poesía lírica una expresión íntima y permanente del espíritu humano, reconocerán que Amado Nervo fué un poeta. No hizo más que hilar la seda de su capullo con la finísima hebra de coloquio místico que le salía del alma. Fuera de todo dogma su espíritu fué elevándose del mundo que está

> en sueño y en olvido sepultado.

Es un místico moderno, de su siglo, pero que viene desde muy lejos. No se remonta como Luis de León, con la sublimidad de un pensamiento severo y transparente; no se va al mundo alegórico. El gran poeta español busca su Dios sin acordarse de los hombres. Los ve groseros y ruines y quiere huir al cielo. El de América, sin subirse a tan altas cimas, es más piadoso; "su llama de amor vivo", es aceite de lámpara que alumbra al que va en tinieblas, pan de amor para los hambrientos, anhelo inefable de darse a cuantos padecen, de apagar con su llanto

el dolor de la tierra. Dios está en el bien, en la caridad, en el amor. Y cuando el poeta se va a la contemplación del universo inexplicable, puede decir como San Juan de la Cruz:

> Entréme donde no supe,
> y quedéme no sabiendo,
> toda ciencia trascendiendo.

Alguien objetará por ahí que esto no es poesía, como si el espíritu de donde el verso emana no tuviese tan múltiples aspectos y la esencia de la poesía, la belleza pura, no fuera otra cosa que una aspiración a lo infinitamente perfecto, a lo que nos pone de frente a la divinidad del mundo, nos conmueve generosamente y nos despierta en un ser superior a nosotros mismos.

Pero uno va quedándose atrasado; a fuerza de estudiar los viejos autores que son los más y leer los modernos ilustres, no está al corriente de los conceptos de poesía lírica que nos traen vates novísimos y madrugadores críticos. La poesía culta del siglo XV encontró en Juan de Baena y en don Iñigo López de Mendoza deliciosos comentadores. Pero sus poetas han pasado con su retórica superficial y amanerada. Los más señalados ingenios de nuestra lengua han tenido un respeto profundo por la poesía. Bastan las conocidísimas alegorías que de ella hace Cervantes para darnos cuenta lo que es a los altos espíritus esta maravillosa ciencia. Pero parece ser que ahora anda revuelto el mundo; miles de versificadores mediocres desde diarios y revistas, con una *estética* que les nace de la propia presuntuosidad, constituyen a veces una desgracia pública. Ahora la poesía se pinta los labios, remedia la calva con peluca y cubre el magro cuerpo con lienzos empurpurados; va por calles y plazas diciendo a gritos lo que la honestidad y el recato elemental no permiten; con el orgullo de un Fidias estos poetas no hacen más que palomitas o amorcillos de cera. Pero lo que más sorprende aún a los que conocen y aman a los latinos, es que se quiera hacer de la poesía de una manera sistemática una especie de anuncio público de la vida sexual; tomando esta vida, no en su sentido altamente moral, sino en el impúdico de degeneración, de anormalidad, de idea fija. ¡Si fueran buenos los versos! Pero, no son ni siquiera versos. Porque nos dejamos arrastrar por los pregones, por los que la *Epístola* llama

Esos inmundos trágicos, atentos
al aplauso común...

Parece que se nos fuera muriendo el alma. Nos estamos haciendo incapaces de comprender todo lo que no es acaramelado. No nos gusta que la verdad nos resuene al oído. La maldita moda nos lleva a lo que más suena, no a lo más hondo. Amado Nervo, sin ser gran poeta "nombre que muy pocos le merecen" se ha salvado por esa aristocracia íntima que nos alza el espíritu a lo elevado y noble. Y esto que no dejó, muchas veces, de ser un simple rimador. Pero hemos de mirar en él lo perdurable, no lo que fué cortesanía de su siglo y exterioridad vacua y sonora.

Muchos creen que en España no hubo poetas y eso de ningún punto puede ser cierto. Los hubo y verdaderamente grandes. Durante el siglo XIX también España y América han tenido buenos poetas. El mal del modernismo ha sido convertir las medianías indigentes en eso que ahora se llama escritor *genial*. Pero lejos de mi la idea de aminorar en nada la verdadera y nueva literatura que responde a nuestra época, a una sensibilidad refinada y a una imaginación libre y magnífica. Lo malo es que por una irremediable desgracia se nos vaya a nosotros esa España eterna que es Grecia y Roma y es el mundo todo hecho cosa nuestra, voz humana, algo en fin, que tenga una índole propia. Como el hombre más sabio y personal es el que toma más de los otros y aprende de todos y se queda siendo él mismo, así la literatura española ha metido la mano en todas las arcas del mundo; y ¿quién dirá que Garcilaso y Cervantes no sean españoles? Porque una cosa es el calco, vestirse a la moda de uno y otro pueblo, y otra cosa es abrir el alma a Italia, a Francia, a Inglaterra, y enriquecerse con sus tesoros. Tan poco vale el versificador que escribía a la manera de Zorrilla que el que lo hace a la de Verlaine. Lo mismo casi que el que a los cincuenta años quiere escribir como a los veinte.

Mucho le debemos nosotros en este último siglo, en la poesía lírica a Francia y a Inglaterra. Mejor dicho: para la ciencia y el arte solo hay una patria aparente. Así parece que Amado Nervo miró la poesía como cosa universal y cosmopolita. Nada hay en él de español. En sus primeros versos (*Poemas, Perlas negras*), se ve el influjo de aquel en ocasiones delicioso poeta Gutiérrez Nájera. El lirismo intenso, delicado, que pasa

tan rara vez por la poesía de estos últimos tiempos, arrebató del espíritu de Gutiérrez Nájera, al lado de los versos efímeros, expresiones de la más pura y verdadera belleza. El poeta murió temprano. Amado Nervo se apropió del instrumento del amigo ausente. Pero el joven lírico estaba influído por las brumas del norte o mejor dicho, por los autores de la decadencia franceses. El famoso verso de Verlaine le abría las puertas de la edad media. El hubiera querido el silencio de la Trapa.

> Enfermo de la vida, busco la plática
> con Dios, en el silencio de su santuario.

Dice que no ama las humanas grandezas, ni quiere la pompa deleznable del aplauso del mundo. Mas si a veces en el retiro, en donde clama como Juan en el desierto, de nuevo siente el deseo de la lucha, vuelve los ojos a

> la edad en que la negra caperuza
> forjaba el silogismo en la Sorbona.

En *Místicas, Poemas, Perlas Negras*, se ve la primera faz de Amado Nervo como poeta. Por ahí anda doliéndose el alma de este mundo amargo, huyendo de la carne "rosada y tibia" y cayendo en la tentación; amando mujeres pálidas y tristes, despertando como un eco de las antiguas épocas, que dicho sea de paso, han sido hasta cierto punto, adulteradas por el romanticismo. Un Cristo que va delante del camino del poeta, a todo instante, parece agigantarse en la inminencia de la muerte o de un gran dolor. ¿Aquí se muestra Amado Nervo como un verdadero poeta? Quién lo sabe; lo que si es cierto, es que desde donde deja de imitar a Gutiérrez Nájera, empieza a ser Amado Nervo. Estamos en presencia del poeta joven, ascético y casi teólogo, enfermo de no sé que cosas vagas e infinitas. Es así como Nervo, no ha sido discípulo de Darío. Es una cosa distinta. Nada hay en Nervo que nos recuerde al gran autor de *Cantos de Vida y Esperanza*. ¿Alguna nota mística? ¿El amor a Jesucristo? Darío íbase más a lo exterior, pero cuando volviase adentro decía cosas muy profundas. Darío es más latino y más de su siglo; vió la juventud llena de luz; Nervo al través de una bruma indecisa... Darío ha sido poeta a la manera de Píndaro, pasando por Francia; Nervo a la de Verlaine, de Rodenbach con el cual se le ha comparado, y sobre

todo de Maeterlinck, de cuya obra admirable tomó muchas sugestiones. Darío dejábase llevar por el instinto, Nervo por la reflexión. El uno y el otro han caído en censurables defectos, han quebrantado, Nervo más que Darío, la métrica española.

En voz baja aparece el poeta transformado; está más cerca de la vida y del mundo. El verso gana en fluidez, el idioma en claridad. El misticismo casi decorativo y de moda se convierte en una cosa espiritual, en un idealismo refinado. Las mujeres pálidas y tristes, refugiadas en los claustros sombríos, se convierten en seres mundanos y adorables. Hay como una vaga reminiscencia de Musset:

Ufanía de mi hombro
cabecita rubia, nido
de amor, rizado, y sedeño:
Por Dios, a nadie digas que tanto te nombro,
por Dios, a nadie digas que nunca te olvido,
por Dios, a nadie digas que siempre te sueño!

Sin embargo, ahí está abierto el libro de la *Imitación*, y los anteriores versos a Kempis, ¡oh fatalidad!, le mostrarán constantemente el término de las dichas humanas:

Antes, llevado de mis antojos,
besé los labios que al beso invitan,
las rubias trenzas, los grandes ojos,
¡sin acordarme que se marchitan!

Pero Nervo no es un pesimista que use máscara trágica. El acepta la vida y la muerte con cara serena. En sus especulaciones sobre lo porvenir del género humano, del planeta y del universo, muy pocas veces tendrá quejas para la obra del hombre y lo fatal de la divina obra de Dios. Casi toda la filosofía de Amado Nervo de esta época de su vida se sintetiza en un poemita: *¡Está bien!* Está bien, porque aún existe la esperanza, porque la muerte ha de abrirle un nuevo espacio para el vuelo de su alma, y porque en la tierra, aún

hay rosas, muchas rosas, muchas rosas,
gracias, ¡está bien!

En voz baja hay estrofas preciosísimas. Quizás es este el libro definitivo de Amado Nervo. Pero también—a pesar de los elogios de Darío—abundan en él poemas bastante malos. Los que se han llamado modernistas han querido aparentar pro-

fundidad con pueriles juegos de palabras; con maneras de rimar desusadas e inocentes. Y quizás lo peor de Amado Nervo haya sido en ocasiones lo más alabado e imitado por quienes creen que la poesía está en la manera de hacer el verso y no en lo que la estrofa dice. Parecíale algo inestimable a un crítico que Amado Nervo tuviera la costumbre de poner el título de muchos de sus versos, en francés. Víctor Hugo hubiera podido poner títulos en español, pero ni en él resultaría bueno, lo que en el americano no es ni bueno ni malo. El cubano Heredia hizo un poco más; escribió el título y el soneto en francés. Y si según el decir de los latinos cuando empezamos una obra ya tenemos hecha la mitad, fácil hubiera sido conquistar la gloria en el imperio de Hugo. El día ha de llegar en que los americanos tengamos una literatura francesa—escrita en francés por hombres de la América que "aun habla en español"—capaz de eclipsar al más peregrino ingenio galo. ¡Desconsolémonos, el castellano les resulta demasiado sabido! Pero ha de venir también un día en que el francés se les haga una cosa tan conocida a fuerza de escribirlo que se vuelvan al romance nuestro. Los historiadores futuros se verán entonces en muy reñidos pleitos. Que esto es mío, dirán los franceses; y esto nuestro, los castellanos. Y algo habrá que no sea de nadie... Pero Amado Nervo no llegó a esas enormidades, si es cuestión primordial, en toda persona que escribe, respetar la lengua en que se le formó el alma. Y con esto no nos referimos a los sabios ilustres de Francia, de Alemania, de Inglaterra, que escriben, a veces, en español sobre la portentosa literatura castellana. Más le hubiera valido a Nervo meditar cómo iba a exprimir en su verso lo que él pensaba. Así no hubiera empezado entre otros un delicado poema, *No le habléis de amor*, de esta manera:

Es su faz un trasunto de ideal, tan completo.

Viviendo para dentro, el poeta no atesoró, casi, las imágenes de la naturaleza; su poesía es velada, casi lejana. Quiere recoger "el alma—sutil y misteriosa—que tienen los paisajes". No hallaréis en Nervo el verso suntuoso; no nos pone en los ojos el color de las cosas, diríase que en el mundo de sus versos flota la luz de la luna. ¡Qué diferencia la de su alma melancólica con la de Juan Ramón Jiménez, en cuyos mejores poe-

mas elegíacos parece congregarse espiritual y voluptuosamente toda la hermosura de la tierra, del mar y del cielo!

Nuestro poeta ama lo humilde, lo que pasa casi sin ser visto, sin hacer ruido; encuentra una hermandad con todos los seres del mundo. Así en el simple título del poema *La hermana agua*, nos está indicando de donde viene.

> Laudatu sii, mi Signore, per sor'aqua,
> La quale e multu utile, e umile, e pretiosa e casta.

Rubén Darío, inspirándose en la divina poesía de las *Florecillas* (Cap. XX), escribió más tarde *Los motivos del lobo*. Pero Darío, ya no creía que la paz fuera cosa de este mundo, y hace que el hermano lobo retorne a su vida salvaje, porque el hombre, como ya decía Saavedra Fajardo, es el más dañoso de los animales. ¡Cómo nuestro corazón se posa en la gota de agua, en la flor casi imperceptible, en el ramaje que parece nevado del pino en la noche de luna, en el pedrusco, en el hierbajo, en los seres humildes que nos hablan de tu sabiduría infinita, Ignoto Dios! ¡Poesía franciscana, que oreas con tu suave sopio y con tu manso ruido el jardín de tantas almas bondadosas y profundas que jamás dijeron nada, que hicieron el bien aún sin saberlo y que amaron a los demás—piedras, árboles, animales, hombres—con la suprema caridad (*charitas*) en que las gracias, no desdeñaron el corazón sencillo y sabio en la ignorancia, ni la mano tosca, ni el viejo manto, ni habitar en tu palabra, mi maestro, porque tus palabras, nunca pasarán... El poeta ha visto en las ciudades hechas de oro, precipitarse el deleite, la fiebre, la vanidad por las calles, y sobre todo eso, pone la grandeza de los corazones humildes. Poemas panteístas, llámales Nervo, a *Las voces* y *Hermana agua*. En *Las voces* de las cosas del mundo viviente, se anuncia la poesía futura de *Serenidad*, de *Elevación*, del *Estanque de los lotos*, pero a pesar de la intención, no es esta una obra espiritual profunda; además, la forma imperfecta por exceso de frivolidad le perjudica visiblemente. En *La hermana agua*, hay también demasiada literatura, muchas imágenes falsas, un poco de afectación y algo como debilidad orgánica del verso. Tiene, no obstante, una perdurable nobleza; y es por eso que este poema trasluce como pocos de los suyos el alma del poeta. Quizás lo que él quiso decirnos

Los hombres no lo saben, pero Dios sí lo sabe.

Hay en Amado Nervo un gran amor al hombre, al mundo y a todas las cosas. Ama su siglo tal como es. Alguien ha de reprocharle que no crea, sin ver que tiene hambre y sed de Dios. El poeta ha recorrido Europa. Ahora vive en España. Así se verá en *Voz baja* como en *Serenidad* una especie de oleada que hace más castizo su idioma y le comunica la virtud de la tierra prócer, de la noble tierra española, patria de aquellos ingenios multiformes cuyo misticismo humano tan poco tiene que ver con esta especie de intuición deista y panteísta de los modernos. Aquello era buscárselo a Dios adentro del alma. Es cierto que en las obras posteriores el autor de *El estanque de los lotos,* sigue a veces otro sendero, va camino de la India, a bañar su alma en esos manantiales de amor de la contemplación de lo creado, a infundir su espíritu en el del mundo; quizás Amado Nervo, con esto, se haya apartado un poco de sí mismo y haya expuesto en verso algo que no era del todo suyo. Pero él está tejiendo la seda de su propia alma. "Aquel purísimo oro de la sabiduría divina", no nos llega tan fácilmente como parece. A veces creemos encontrarlo, pero es difícil no equivocarse. "Podrá ser que en estas cosas interiores me contradiga algo de lo que tengo dicho en otras partes; decía la Santa Doctora, no es maravilla, porque en casi quince años que ha que lo escribí, quizás me ha dado el Señor más claridad en estas cosas, de las que entonces entendía, y ahora y entonces puedo errar en todo, mas no mentir, que por la misericordia de Dios antes pasaría mil muertes: digo lo que entiendo". (Moradas, IV, 2). Es así cómo Nervo iba entendiendo las cosas y entendiéndose en la idea del bien y del amor. El hombre ha nacido para creer (*Plenitud*) y esa creencia debemos ponerla en muy elevados objetos; esa fe se convierte en caridad; si el dios desaparece queda el "amáos los unos a los otros". Por eso Nervo, no canta la guerra europea. Y quien felizmente esté alejado de toda secta, de todo vano misticismo, y cree muy de veras, en la ciencia moderna, como es lógico, puede estar bajo la bandera del Cristo.

Serenidad es un libro de dolor y de paz. ¿Qué se hizo el artista del verso? ¿Qué el perfume mundano que aún se advertía en sus otros libros?

Resulta pues que huí del mundo futil;
que no gocé; que ni amasé riqueza
ni honores...

La ironía, velada en un principio, se advierte en esta producción del hombre maduro. Para las estupideces del mundo, una sonrisa. Poco tiene el poeta que pedirle a los hombres. Al contrario, les arroja al pasar la ofrenda de su verso. En ocasiones fué descreído, dijo que no trajo ni llevaba amor, pero eso era para aparecer un poco frívolo y sentir el corazón más liviano. A los años presurosos de su vida que se marchan serenamente por el mundo, la dicha les ofrece las delicias de la tierra, más ellos contestan:

—Somos peregrinos, vamos de pasada
no queremos nada.

En *Elevación* y *El estanque de los lotos* podemos decir que la poesía de Amado Nervo sólo canta el problema sombrío de la muerte. Hay mucha tristeza en la conformidad de Amado Nervo; un gran dolor en su bondad; nos conforta, pero parece que él mismo se quedara a obscuras en el misterio. El siente un gran amor, sin embargo, el tedio hunde sus raíces siniestras en su pensamiento; desearía dormir en un hondo y maravilloso silencio que fuera "descanso de toda energía".

Y mi galera
de ébano y plata, se advierte
sola, en el mar sin ribera
de la Muerte!

Hace años ya a lo que el poeta empezó a comprender "el vasto sentido de las cosas", se vió en un mundo nuevo. Aceptó el destino en la plena conciencia de la sabiduría admirable del universo. Hace tiempo a lo que empezó a hablar en *voz baja;* y hoy su coloquio interminable flota ya en un mundo sin sonidos y sin formas. La vida del filósofo es la preparación para la muerte; y en pocos como Amado Nervo, esta obsesión del *más allá* habrá sido más dulce, más amarga y más consoladoramente desconsolable. El poeta llevó por los salones, por las fiestas mundanas, no el dolor de una duda aciaga, sino de una triste resignación que dice: "Nos amemos, nos protejamos, hermanos míos".

"Hombre de tranquilidad, de orden, con instintos de co-

leccionista y ciertos gustos de abad", le llama Darío. Y agrega: Nada en él encontraréis de azteca. Nervo, ha sido un franciscano moderno. Un hombre pulcro que venido de un convento de una edad media "romántica", conocedor de la ciencia moderna, que le destruye sin que él se queje sus hermosos sueños, habla de "la gloria - doliente, noble y casta de sus versos". El se ha retirado del mundo, para darse a los demás.

Ya en el otoño, joven aún, se despide de la música del verso que él tanto amara. Se dice:

> Tú ya no eres poeta. Ya los númenes
> que hablaban por tu boca
> enmudecieron para siempre. Nada
> te quedó de sus dones y mercedes.

Si ha llegado a la cima de las inaccesibles montañas interiores, aun es necesario que él more entre los hombres que pasan con el alma asomada a los sentidos. A ellos ha de entregar generosamente su espíritu en *plenitud*.

> Ya sabes lo que el mundo es y lo que tú eres;
> ya sabes lo que buscas, ya sabes lo que quieres.
> Rompiste ya la maya tenaz de la ilusión.
> Canta el divino canto de la liberación.

*
* *

Cuando muchos de los mejores poetas de América estaban entregados a un sensualismo grosero, Amado Nervo, sin desligarse del ambiente de la época, hizo su poesía, si a veces estudiada, casi siempre sincera. Fuerza es reconocer que todo lo que dijo eran cosas sabidas; pero la manera de decirlas era suya propia. Casi nada le debe la versificación castellana, porque en muy raras ocasiones su verso es perfecto. Casi todas las libertades del movimiento modernista están en su poesía. Ensayó toda clase de versos, y combinaciones, a veces poco felices. Pero sus mejores poesías, en donde desaparece el literato para que nos hable el poeta, el genio de la lengua se impone, y nos habla en puro y noble verso castellano. Poco ha enriquecido su idioma, pero en su poesía hay verdadera riqueza de palabras, aunque en los últimos tiempos haya recogido su terminología del idioma incipiente de la psicología y las ciencias biológicas sin traducirlas, cuando era necesario, al llano idio-

ma literario. No era Amado Nervo, poeta impetuoso, él busco para su alma un callado refugio, un sentimiento íntimo y apacible. Como Darío, es en muchas ocasiones demasiado frívolo, superficial, ajeno "a las ideas eternas"; gústale hacer los versos bonitos, y mundanear a su manera en los motivos amorosos, que le dan por fruto, a veces, poemas ridículos de puerril petulancia, como el tan conocido que empieza:

Gitana, flor de Praga, diez *kreutzers* si me besas.

¿Y América? Aquí no hay nada de América, dice Darío. Por ahí andan atropellándose por el arte nacional. La poesía épica tiene que ser nacional, local, si se quiere, y no puede ser de otra manera. La lírica es tal como es el poeta. Zorrilla y Campoamor son dos cosas distintas. Pero Campoamor quizás sea de lo más español que se conciba, por eso mismo, porque es español y habla, individualmente, con el carácter, el genio, de su pueblo. Los enamorados de los bulevares de París, creían que ahí estaba la belleza; despreciaron América, porque no era cosa de moda y porque tenía espiritualmente poco que dar. El paisaje, el color, la patria están en el poeta lírico de una manera inconsciente. De eso le nacen las imágenes con que se visten las ideas. Por eso Amado Nervo, en una de sus mejores poesías es profundamente americano; esa *vieja llave* es cosa pura de América y encierra casi una página de historia. ¿Qué culpa tuvo América de que el poeta viera el encanto de casi todas las ciudades de Europa y no las de su patria y más que todo, eso que es la naturaleza misma y que Darío a veces desdeña? Es que este espíritu refinado, amaba más que la luz de su tierra, la pátina de la tradición de los siglos, las viejas estampas, las leyendas medioevales, en fin, lo que complace al espíritu curioso y doloroso, a la carne triste, al que vaga en busca de lo que ni él mismo sabe...

La prosa de Amado Nervo, es discreta. Prosa moderna, liviana; para la revista que publicará el artículo ilustrándolo con un dibujo alusivo; y otras veces para el diario, donde habla al corazón de las mujeres que creen y esperan; para fortificarnos mostrándonos una serenidad suprema ante la vida deleznable y la honda e ilimitada vida de la muerte. En el camino de estos libros en prosa de Amado Nervo, va perennemente, como una nube viajera la obsesión de la muerte... En un prin-

cipio esta divinidad es tiránica y horrible, nos enferma con una especie de incurable hastío, con dedos tenaces nos aprieta las sienes, pero, ya sea que se nos haya familiarizado, o que con ella nos hayamos remontado a una región más alta y noble se nos va convirtiendo en diosa libertadora, en la razón de todas las cosas, y como en el verso de Gutiérrez Nájera podríamos exclamar:

Ella es mi madre, buena madre...

Ya no le tememos. Todo esto es triste. Es ascetismo. Miramos el mar, el bosque, la montaña, pero en todo, ella está con nosotros. Va pegada a nuestra sombra, huella con nuestro pie el camino enarenado, habla con el canto del grillo y del ruiseñor; en todas partes nos mira. Es voz de lo pasado, es algo que llega como un vago aliento desde misteriosas florestas. Escribe Nervo para enseñarnos a ser buenos; para dilucidar problemas sencillos y amables, u obscuros y tristes. Su ternura—y así debe ser un poeta—no se para en el hombre solamente, sino en todos los seres de la creación. La estadística le dice por ejemplo que los periódicos y libros acabarán con esa maravilla del mundo que son las selvas. ¡Por Dios, tanto libro inútil y maligno, tanto papel empozoñado y vano! El hacha bárbara acecha al árbol que es un mundo armonioso y divino. Todo lo destruye el hombre, esta boca insaciable; el dinero moderno va a remover en sus cimientos a la tierra... ¿Para qué? nos preguntamos. Estos asuntos le sirven a Nervo para preciosas reflexiones en *Almas que pasan,* en *Ellos, Mis filosofías.* Va tocando temas de divulgación unidos al comentario que le sugiere la labor científica o las teorías de los sabios. Cristianamente irónico pone en la flor azul de su piedad algunas espinas punzantes. Escribe cuentos raros, recuerdos, anécdotas, de viajes, de hombres del siglo, y, de la muerte, más que todo de la muerte... Después nos da consejos de higiene para que podamos vivir mucho esta vida preciosísima... con la tristeza de lo inevitable, de lo inminente...

Dedicóle, Amado Nervo, a su compatriota Juana de Asbaje, conocida por Sor Juana Inés de la Cruz, un hermoso libro. Amado Nervo, no era verdaderamente un crítico, como no puede serlo sino por excepción, un poeta; se siente intensamente enamorado de aquella delicada alma que ocultó su misterioso

mal en un convento. Poco agrega, si no es documentación minuciosa, al juicio definitivo del gran maestro Menéndez y Pelayo, en cuyas opiniones se inspira constantemente. Llámale, en este libro en defensa de Sor Juana, honorable medianía a Don Juan Nicasio Gallego, a quien Valera casi puso junto a Leopardi. Pero si como poeta Gallego, con mucha razón es una medianía, igual que Lista, creo que Nervo que ha dicho: "no te quejes nunca de la incomprensión de los demás", le hubiera perdonado todo, si en su juicio hubiera sido inexacto, por ser autor de aquel preciosísimo diálogo entre Salvá y Hermosilla, verdadero catecismo y examen de conciencia que no debe desconocer nadie que hable de la labor ajena.

Juana de Asbaje, sería la mejor obra que Nervo hizo en prosa, si no hubiera escrito cuando ya casi no era de este mundo, este librito que ha titulado *Plenitud,* sólo comparable por su espíritu en la literatura castellana moderna con los *Motivos de Proteo* de Rodó y con aquellas páginas de amor con que un ilustre argentino prologara la traducción de los *Cien poemas de Kabir.* "Esta es, dice, mi riqueza, toda para tí". Amado Nervo no es un gran prosista; al contrario. No es tampoco un gran filósofo. Desde aquellas admirables y sublimes páginas de Séneca a Lucilio, espigó en los estoicos—Nervo, como hombre de doctrina, es quizás un estoico—en la Biblia y en los grandes libros, verdades generosas y eternas. Alguno dirá que hila tales sutilezas que se desgarran con el viento más suave. Y eso es cierto. A veces resulta un poco afectado y pasado de moda, y casi no se siente en su prosa la voz fuerte del hombre. Pero no obstante esto, hay en *Plenitud,* mucha nobleza. Y era ese su tesoro; el tesoro inextinguible de piedad, de humildad, de su espíritu panteísta y cristiano. Muchos libros de encopetados y vanos autores, han de pasar; pero algunas palabras de *Plenitud* quizás queden para siempre.

ARTURO MARASSO ROCCA.

AMADO NERVO (1)

"El agua que rodea a la flor de loto no moja sus pétalos".—BUDHA.

"Si eres bueno sabrás todas las cosas".—AMADO NERVO.

Ahora que está muerto el gran poeta y que ya no puede levantar la voz para consolarnos, su recuerdo nos une en este día, como una fuente que enlaza en la blandura de su seno, las sombras temblorosas de los árboles próximos. Y parece que hasta la idea de su vida precaria, tuviese una virtud ennoblecedora, y que dentro de la tristeza de su partida, existiera una claridad misteriosa que nos eleva: porque hay crepúsculos que no se marchan sin dejar tras de sí la lágrima de una estrella...

¿Es que ciertas almas atraviesan el mar negro de la muerte, deshaciéndose en luz como los astros fugitivos? ¿Es que la dulzura de que estaban llenas no termina con su vida, como no acaba el perfume en la flor muerta, y aun siguen embelleciendo nuestras noches? ¿Es que giran en torno nuestro y nos ayudan con aquel poder que la piedad antigua atribuía a los mares, o es que se transforman sutilizados, como el fuego en el humo, en los sentimientos y en las ideas que nos inspiran?... Lo cierto es, que hay muertos que no se han ido nunca de nuestro lado.

Y este que ayer no más me hablaba de la conferencia de hoy, y a quien ví alejarse, plácidamente, casi insensiblemente, como una primavera que se retira del mundo, era de aquellos que no desaparecen del todo: aunque ya el silencio más frío ha cerrado para siempre sus labios, nos va a decir todavía, palabras consoladoras y hermosas. Y, ¿qué vida—dice Mae-

(1) Conferencia leída por el Dr. Pedro Miguel Obligado en el homenaje a Amado Nervo realizado en el teatro Odeón el día 21 de Junio.

terlink—no se aclara en la pura, fría y simple luz, que cae sobre la almohada en las últimas horas? En verdad, para usar de las palabras del mismo Nervo, "la muerte ha puesto un sello de nobleza mayor a lo que ha escrito". Pues los que estuvimos cerca de él, en el trance definitivo, sabemos hasta dónde eran sinceras las palabras de sus poesías y hasta dónde estaba dispuesto a cumplir su destino. De modo, que cuando dejó nuestra ribera—y perdonadme estas imágenes; yo no me atrevería a hablar de un poeta como él, si no fuera con algunas flores marchitas de este otoño—se hubiera dicho que entraba en la muerte con la serenidad de un cisne que penetra en las aguas. Es que le era familiar el misterio...

Y lo mismo que ciertos seres de la naturaleza, al sentir que se les aproxima su fin, buscan el rincón más querido para expirar, arrastrado por quién sabe qué fuerza desconocida, Amado Nervo atravesó el océano para morir en estas riberas del Plata, donde a nosotros nos parece, por una razón sentimental bien explicable, que era más querido que en ninguna otra parte. Y las dos hijas del río, al verle moribundo, como dos hermanas amorosas, casi diría que le ofrecieron sus brazos para que le fuera más blanda la muerte. Yo he visto el bello espectáculo de las nobles señoras que asistían al poeta como enfermeras y calentaban las tisanas no sólo al calor de las brasas, devolviendo así, en cariño sublime, el bien que el poeta les había hecho con la belleza. Otras mandábanle tantas flores, que no cabían en su pequeño cuarto de hotel, como si el alma exquisita de la mujer hubiese querido sofocar con aquella primavera, el invierno que se acercaba...

Amado, le había puesto su madre, según él mismo me decía una vez, a fin de que lo quisieran mucho. Y diríase que a él se le hubiera confiado la misión superior de aquel peregrino de que habla un cuento oriental, que viene de tiempo en tiempo, a nuestro mundo, para confortar a los hombres con la prueba de su amor y el ejemplo de su bondad.

Y en efecto, cuando conocemos almas así nos sentimos más alentados en la lucha por la belleza, y más seguros del más allá, y más humildes ante el misterio, y más compasivos con los desgraciados, y más bondadosos con el mal:

> Si una espina me hiere, me aparto de la espina,
> pero no la aborrezco.

A veces, al llegar el crepúsculo a la selva, y al mismo tiempo que comienzan a mirarnos las estrellas y que se alza de la tierra una fragancia musical, que vuela en las hojas caídas, suele abrir alguna rosa de la noche que con la blancura de la pureza, destácase entre las sombras como una luna de ensueño y entrega a la brisa, para hacerlo sentir menos, el consuelo de su perfume caricioso y espiritual... Y así pasa las horas nocturnas, haciendo soñar a los insectos, hasta que llega la mañana, como una barca de oro en la ola de una nube, y entonces ella, se sacude el llanto de que estaba llena, y como ya ha dado lo mejor de su ser, dóblase resignada y sumisa y desaparece en la tumultuosa prodigalidad de los pétalos...

Como esa rosa de la noche, fué el corazón de Amado Nervo. Después de idealizar nuestros dolores y de hacer de sus lágrimas un riego milagroso, se deshizo, de tierno, para poderse dar a todos...

Parece que no hubiera vivido sino para el bien de los demás; pues a semejanza de Jesús que enseña que "es mejor dar que recibir", él nos dice que "es muy dulce ser consolado, pero que es más dulce consolar". Y si "hay tanto amor en su alma que no queda ni el rincón más estrecho para el odio", es porque sabía que los malos no son más que desventurados que fueron débiles a la adversidad, a la manera de esas plantas embravecidas que por falta de cuidados se niegan a florecer y no ofrecen más que las puntas rojizas de su encono...

"Y si los que amas—escribe—ignoraran tu sacrificio y no te lo agredecieran jamás, ese sacrificio se hará más precioso merced a tal ignorancia". Era capaz de agradecer a los demás la oportunidad que le brindaban de hacerles el bien y la confianza de aceptarlo. Su bondad nacía de la comprensión de las cosas, pues pensaba, sin duda, como Leonardo, que cuanto más se conoce más se ama.

La bondad no es sólo un sentimiento, no; ella es también un arte difícil. Hay que saber ser bueno. La misma caridad ofende, si no es oportuna; y es tan delicado el uso de las palabras piadosas, que hay que cuidar hasta el acento con que las pronunciamos; ya que deben llevar adentro como una cierta tibieza, como un cierto temblor de cariño. Pero, ante todo, para ser bueno, lo necesario es ser humilde; que hasta un ramo nos golpea si se nos arroja desde la altura. La bondad es

el único sistema inteligente de corrección de los hombres; todo lo demás es cientificismo y lógica vana. Sólo el amor puede salvar al hombre encanallecido, pues el amor es una regeneración. Los malos son así porque no han conocido el bien. Tal vez pasó cerca de ellos, volando como es su costumbre, y no lo pudieron alcanzar; vieron que iba hacia otros seres más felices, y les pareció una injusticia. Pero si hasta las fieras se doman con la dulzura de la música, según el conocido mito de Orfeo, ¿cómo ha de haber hombres que no se mejoren con el amor de sus hermanos?

Y Nervo escribe:

"Que es inútil mi afán por conquistarte,
Que ni me quieres hoy, ni me querrás..."
Yo me contento, amor, con adorarte:
¡Dios hará lo demás!

Yo me contento, amor, con sembrar rosas
en el camino azul por donde vas.
Tú, sin mirarlas, en su seda posas
el pié: quizá mañana las verás!
Yo me contento, amor, con sembrar rosas:
¡Dios hará lo demás!

Verdadero artista, hacía el bien hasta por un sentimiento estético:

Señor: sin esperanza de un bien terreno
ni celeste, sin miedo de tu grandeza,
he de ser bueno, en nombre de la belleza
el ritmo y la armonía que hay en ser bueno.

Podría decirse que su poesía no es más que la bondad, que para ser más buena se vuelve encantadora. De ahí que su arte no fuese lujoso ni obscuro, sino íntimo y profundo, y que en él hallaran emociones dignificantes el más ignaro lector y el más exigente crítico; de ahí la gran originalidad de ser sincero y la rareza admirable de ser sencillo. Y si toda su obra llevaría bien el título de uno de sus libros, *En voz baja,* es por que él podía decir como Goethe: "Todos mis libros son fragmentos de una confesión general".

Las confidencias donde nos reconocemos, y los sentimientos que no supimos expresar, y las penas sin importancia de los días vacíos, y la ternura ciega por quien nos desdeña y la incertidumbre del porvenir, y el temor de navegar sin una estrella; todo

ello, está en su poesía, como idealizado por una aurora próxima: es que hasta él llegaba el resplandor rosado de una mañana que nosotros no alcanzamos a vislumbrar:

> Desde que no persigo las dichas pasajeras,
> muriendo van en mi alma temores y ansiedad.
> la vida se me muestra con amplias y severas
> perspectivas, y siento que estoy en las laderas
> de la montaña augusta de la serenidad.

Serenidad, esa es la palabra, que para mí, sintetiza la vida y la obra de Nervo. Serenidad, hija del dolor, hermana del silencio, madre de la belleza...

Existe una leyenda germánica que narra la vida de un pastor que se enamoró de una nube, y se fué persiguiéndola, a través de selvas y barrancos, hasta que logró alcanzarla en la cumbre de una montaña. Allí le tendió los brazos para oprimirla, y entonces ella se deshizo en su pecho y le vertió una lágrima dentro del corazón. Los poetas, como el pastor de la leyenda germánica, van detrás de una nube, a través de los campos y cuando llegan a conseguirla, sienten que les penetra una lágrima inmensa; porque el ideal soñado, como esa nube remota, no sabe en nuestros brazos más que volverse llanto... Y sin embargo, ellos luchan por el gran amor, y "un gran amor no existe sino a la sombra de un gran sueño", como ha dicho hermosamente Rostand; ese otro poeta que ha muerto, después de ver que era realmente Chantecler, el gallo francés, quien hacía surgir con su canto la luz de una gloria inmortal...

Amado Nervo era un viajero, un peregrino de la belleza. De Tepic, donde había nacido, pasó a Zamora, a Méjico y después a París, investigando siempre el alma armoniosa y el sentido oculto de la vida. En la capital de Francia trabó amistad con casi todos los grandes artistas de entonces. Conoció a Moreas, a Oscar Wilde, a Maeterlinck, y fué compañero de Rubén Darío, quien le llama "Fraile de los suspiros y celeste anacoreta". Su vida está toda en sus versos, como el pájaro está todo en sus alas y la azucena está toda en las flores. Era resignado, profundamente místico, de una voluntad inquebrantable y de una fe sin límites en el amor.

Una prueba de ello es la siguiente poesía inédita que, después de su muerte, se ha hallado en uno de los cajones de su escritorio:

LA PUERTA

Por esa puerta huyó, diendo: "¡nunca!"
Por esa puerta ha de volver un día.
Al cerrar esa puerta, dejó trunca
la hebra de oro de la esperanza mía.

Por esa puerta ha de volver un día.

Cada vez que el impulso de la brisa
como una mano débil, indecisa,
levemente sacude la vidriera,
palpita más aprisa, más aprisa
mi corazón cobarde que la espera.

Desde mi mesa de trabajo veo
la puerta con que sueñan mis antojos,
y acecha agazapado mi deseo
en el trémulo fondo de mis ojos.

¿Por cuánto tiempo, solitario, esquivo,
he de aguardar, con la mirada incierta,
a que Dios me devuelva, compasivo,
a la mujer que huyó por esa puerta?

¿Cuándo habrán de temblar esos cristales
empujados por sus manos ducales
y con su beso ha de llegarme ella
cual me llega en las noches invernales
el ósculo piadoso de una estrella?

¡Oh, Señor! Ya la Pálida esta alerta.
¡Oh, Señor! Cae la tarde ya en mi vía
y se congela mi esperanza yerta.
¡Oh, Señor! haz que se abra al fin la puer
y entre por ella la adorada mía!

... Por esa puerta ha de volver un día!

Su espíritu se había orientado en la lectura de Platón, de los libros indos y cristianos.

El alma sola, en la posesión de sí misma, encuentra un principio inaccesible a la razón: he ahí el misticismo: para llegar a él es necesario el camino del amor: he ahí la doctrina platónica. Fué un creyente: "Desconfía — escribe — de quien dice que no cree en nada; o es un pobre de espíritu o es incapaz de una acción noble". Esto concuerda con la siguiente estrofa en donde apunta — cosa extraña — una suave ironía:

Yo no soy demasiado sabio para negarte,
Señor, encuentro lógica tu existencia divina.
me basta con abrir los ojos para hallarte,
y te adoro en la rosa y te adoro en la espina.

Alguien le dijo una vez, delante de mí, que no se vulgarizara, dándose a gentes que no lo merecían, y él contestó, sonriendo: "¿Cree usted que pierde su aristocracia la florcita más humilde, por estar al alcance de todos?"...

Padecía la enfermedad sutil de lo absoluto y estudiaba las ciencias ocultas, la teosofía y la filosofía Vedanta, sin que nada apagara su sed de conocer el misterio. A través de sus dudas, él llevaba el amor, como una estrella promisoria. Y ese amor, nacido de la conciencia de la armonía universal, de la gran unidad primitiva, sostenía una fe, que de tan humilde revestía las formas de una esperanza... Luego, el dolor de la vida, la piedad humana, fueron enriqueciendo el fondo de su alma que era puramente cristiana.

Como el Santo de Asís, cantó a la hermana Agua, "Sor Acqua", y como él hubiera sido capaz de atraer a las golondrinas y de volverlo bueno al cruel hermano Lobo. Tenía como el agua, esa docilidad constante, esa blandura transparente y amor por el cielo que transfigura un lago en un firmamento; y ¿qué cosa más natural, entonces, que desde que vivía absorto en el azul, estuviera brillando en su alma el rocío luminoso de las constelaciones?...

Y como el agua que regó los campos, calmó la sed de muchos seres y repitió el infinito entre las piedras, se volvió al cielo de donde había venido:

> Y a la Fuente de Gracia de donde procedía
> se volvió... como gota que se vuelve a la mar...

Señores: Cuenta Fedón, en uno de los diálogos platónicos, cómo la serenidad de Sócrates hacía de la muerte algo sublime y extraordinario; y dice Novalis que "morir es un verdadero acto filosófico". Yo solamente os puedo afirmar que la muerte de Amado Nervo tuvo la misma tranquilidad y la misma belleza de su vida. Aun me parece verle en su lecho de enfermo, con aquel rostro ascético de un retrato de Zurbarán, los pómulos salientes, los ojos enormes y obscuros, siempre húmedos en una gota de melancolía y la frente muy alta, como para que se hallaran bien sus ideas... Sus manos góticas, hechas a la oración, revelaban la tendencia piadosa de juntarse...

> Me marcharé, Señor, alegre o triste;
> Mas resignado cuando al fin me hieras.
> Si vine al mundo porque tú quisiste,
> ¿No he de partir sumiso cuando quieras?

Lo vi la noche en que murió y hablaba con la afabilidad de costumbre. Sabía que se moría — y ahora lo comprendo — no quiso entristecernos con despedidas. Yo lo engañaba y le decía que tenía que mejorarse pronto, para que pudiéramos pasear, fingiendo una esperanza que apenas sostenía mi afecto; y él nos engañaba, haciéndonos creer que tenía esperanzas de salvarse. Nos miraba a todos, con sus dulces ojos de moribundo, como si su tierno corazón quisiera consolarnos de la tristeza que nos iba a causar... Aquella tarde, ante las pruebas de cariño que recibía y entendiendo que su vida era necesaria, había dicho: "Ya no me quiero morir... Ya no me quiero morir..."

Era muy noble, para no sufrir al dejarnos...

Pero la muerte aguardaba ya con impaciencia. Hacía varias noches que esperaba en la puerta del hotel, detenida, sin duda, por una barrera de cariño. Muy fuerte debía ser, para que triunfara contra tantas voluntades; ¿o es que el pobre corazón de los hombres, sus más elevadas pasiones, lo mejor que ellos tienen, no puede nada con lo desconocido? Es muy amargo pensar que el amor que es tan poderoso con la vida, sea tan incapaz y tan débil con la muerte.

El poeta quería ver el sol, y la mañana estaba nublada. En la playa gris, se deshacían las olas grises... A lo lejos un barco velero se perdía en el horizonte...

Seguro de su fin, se hizo traer el crucifijo con que viajaba siempre, y dijo estas bellísimas palabras: "¡Señor, ya sé que estoy muerto!..."

Y luego, como en secreto, esta exclamación que alguien oyó: "Está bien..."

Acaso la muerte, de verlo tan bueno, le había tomado cariño. Era tal la placidez de su rostro, como si su alma en el umbral del más allá reflejara sobre él una paz ultraterrenal. Y "como una flor murió sin dolor". Acaso la muerte, de verlo tan bueno, le había tomado cariño...

Entonces, el sol que él había deseado tanto, penetró en su pieza como un torrente de oro, y la mañana se volvió cristalina como un diamante, y las olas se entregaron a un reposo celestial. Hubiérase dicho que el alma del poeta iba aclarando el mundo, al subir por la gloria del sol, en las alas de sus cantos, hacia la eterna serenidad del azul...

PEDRO MIGUEL OBLIGADO.

AMADO NERVO (1)

Amado Nervo perteneció en el modo poético, a la generación que robó de la lira de Francia nuevos sones con qué enriquecer la poesía de habla española: en su técnica y muchas veces en el motivo de sus rimas, están Verlaine, Baudelaire, Laforgue, Banville.

Florecía su vida cuando la corriente mágica de la gracia gala polarizaba en el incomparable espíritu de Rubén Darío. Como a éste y como a todos los hijos de la inquietud, lo atrajo la luz inextinguible de París, que quema tantas alas y esclarece tantos númenes. Pero su influencia no lo absorbió porque tenía, para oponer a ella, un mundo interior definido con la intensidad de una vocación. Así, la lírica bohemia que ostentaba en su escudo, como lema y programa "de la musique avant toute chose", no lo contó entre sus adeptos sino episódicamente. Amado Nervo tenía muchas cosas cordiales y serias que decir a los hombres, y su actitud personal y poética difirieron de las de la alegre camaradería que lo frecuentaba. Mientras los otros mariposeaban entre los amores lijeros y picantes de los barrios nocturnos y perseguían los vocablos eufónicos con un bizarro desprecio por la idea, Amado Nervo — monje de la poesía como lo llamaban sus íntimos de esa época — se encadenaba dulcemente a un gran amor y decía su monólogo místico, en el que el pensamiento se erguía a veces sobre la maltrecha belleza del verso.

Al correr de los años, su modo poético se despreocupa más y más de las graciosas galas como en una derivación hacia la prosa, hacia su prosa

(1) Fragmento de una conferencia leída en el aula magna de la Universidad de La Plata, bajo los auspicios del Centro Estudiantes de Ciencias Jurídicas y Sociales.

Lector mío, estos versos que son prosa rimada

y semeja en ciertos momentos, tal es su desnudez y su afán didáctico, la versificación de un catequista que aprisionara en fórmulas rítmicas sus ideas:

El que sabe que es uno con Dios, logra el Nirvana:
un Nirvana en que toda tiniebla se ilumina;
vertiginoso ensanche de la conciencia humana,
que es solo proyección de la Idea Divina
en el Tiempo...
El fenómeno, lo exterior, vano fruto
de la Ilusión, se extingue: ya no hay Pluralidad,
y el Yo, extasiado, abísmase por fin en lo Absoluto
¡y tiene como herencia toda la Eternidad!

Este modo poético que puede ser más eficaz, en su rotundidad de versículo, para los fines que el poeta se propone, va contra toda música, y lo digamos sin ambajes, lesiona la belleza

Yo no encuentro lógico, por todo esto, un parangón entre Amado Nervo y el otro gran americano muerto. Rubén Darío manejaba las palabras como piedras preciosas que engarzaba en la idea alada y transparente, hasta hacer el todo incoercible que es cada una de sus poesías; a Amado Nervo, en cambio, nunca lo esclavizaron tan sutiles preocupaciones: él, antes que nada, quería decir su credo espiritualista y bondadoso.

Esto no significa que yo olvide las estrofas admirables que el noble poeta nos ha dejado y que esmaltan sus libros luminosamente. En suaves poesías amorosas que todas las mujeres saben de memoria y dicen con pura emoción; en ágiles poesías cascabeleantes que los entendidos paladean como frutos genuinos de la clara tierra de Francia, el poeta ha rendido su tributo a la renovación literaria que lo armó de todas armas. Pero no es por ellas, no es en el carácter de desinteresado perseguidor de la Belleza que la posteridad lo recogerá, sino por algo que, después de todo, es más esencial: por la cordial filosofía de sus obras, por la elevación de sus pensamientos, por la bondad de su alma.

El rasgo sobresaliente de la ideología de Amado Nervo es su aptitud mística. Su espiritualismo profundo se exalta ante el amor, el dolor, la naturaleza, los porqués insolubles.

Desde *Místicas* y *Perlas Negras*, su primer libro confesado,

hasta *El Estanque de los lotos*, publicado recientemente, su personalidad es la misma, en la relación que existe entre el viajero al emprender la ruta y al escalar la cumbre que se impuso.

Sus libros iniciales desbordan en un lenguaje ampuloso y brillante, tal como pudo tenerlo una adolescencia magnífica ardiendo al sol de los trópicos. Pero en medio de este desorden sonoro, que se advierte hasta en *Los jardines interiores* publicado en 1904, la voz del poeta adquiere *improntus* de una belleza tan acabada y firme, que no disuenan con las más altas notas a que llegó más tarde, cuando su personalidad hubo madurado plenamente.

A principios del siglo, escribió *La Hermana Agua*, que está destinada a subsistir entre sus grandes creaciones. En el vasto poema, la unción mística del poeta se expande en un gran amor a toda cosa creada, a ejemplo del santo entre los santos, el dulce franciscano de Asís.

Antes de que sus libros capitales, que empezaron con la aparición de *El Exodo y las flores del camino,* vieran la luz, ya se habían popularizado algunas composiciones de Nervo, entre ellas esa deliciosa como una tanagra que empieza:

Tan rubia es la niña que
Cuando hay sol no se la ve.

o aquella en que, de tan gráfica manera, canta al metro de doce:

El metro de doce son cuatro donceles
donceles latinos de rítmica tropa;
son cuatro hijosdalgos en cuatro corceles;
el metro de doce galopa, galopa.

En su juventud, el poeta sentía un loco impulso andariego, el mismo que torturó a Rubén Darío, y *El Exodo y las flores del camino,* es el relato en prosa y verso de las impresiones que sus ojos curiosos recogieron en los países a que su hambre de ver lo arrastró. Las nuevas formas se ofrecen tentadoras y brillantes, y las flores del camino atraen con su belleza misteriosa: el poeta gusta de ellas y canta la alegría de la posesión en estrofas trajeadas con el ropaje exótico del modernismo.

—Gitana, flor de Praga, diez kreutzers si me besas.
En tanto que a tu osesno fatiga el tamboril,
que esgrimen los kangiares las manos juglaresas,
y lloran guzla y flauta, tus labios danse, tresas
de Abril.

Apéate del asno gentil que encascabelas:
Los niños atezados que tocan churumbelas,
harán al beso coro con risas de cristal.
Por Dios, deja tu rueca de cobre y a mi apremio
responde. Si nos mira tu zíngaro bohemio,
no temas: ¡en Dalmacia forjaron mi puñal!

Aquí no hay nada del Amado Nervo de los últimos tiempos; y todavía tendrá mucho que andar y que sufrir para que su corazón se aquiete.

Lo veo en los títulos de las dos obras que siguieron a la ya nombrada: *En voz baja* y *Serenidad*, un esfuerzo del poeta para reducirse a normas espirituales que su voluntad le dicta pero para las que su vida aún no está preparada: él ansía silencio y estatismo, pero el corazón es joven y el panorama brillante y late el corazón fuera de toda norma y de toda voluntad.

En ambos libros, por eso, levantan voces discordes el Nervo galante, apasionado, sensual, y el Nervo espiritualista, recogido, místico.

Dice la Dama que *fué*,
que ya no *es*, que un barrunte
de nieve en su pelo ve...
Decid a la Dama que
su tarde a mi tarde junte.

Decidla que hay un edén
en los besos otoñales
sobre la nuca o la sien;
decidla que huelen bien
en septiembre los rosales.

Junto a esa chispeante cortesanía, esta reflexión ascética:

Desde que no persigo las dichas pasajeras,
muriendo van en mi alma temores y ansiedad;
la Vida se me muestra con amplias y severas
perspectivas y siento que estoy en las laderas
de la montaña augusta de la Serenidad...

Nervo, el que todos tenemos en nuestro corazón, no se había encontrado todavía a sí mismo. Quizá fué menester, para que el hallazgo solemne tuviese lugar, que la muerte de la mujer amada desquiciara su vida. Nunca ha publicado sino fragmentariamente su libro a la amada inmóvil; pero en las contadas composiciones que se conocen con ese gran dolor como tema, se percibe en qué forma profunda influyó en la orientación definida de sus ideas el recio golpe. Desde entonces, la muerte será su obsesión; y a fuerza de hablar de ella, su terror

de morir, que tan agudas páginas le dictó, se irá trocando en una resignación sonriente, casi amorosa, ante el enigma formidable:

—Siento un deseo agudo de partir, una trémula
y nerviosa impaciencia me va invadiendo. Ansío
subir al tren que marcha. El airón multiforme
de las locomotoras,
visto de mis balcones, aviva mis anhelos.
Nunca miré a las aves con más envidia; nunca
los nobles vuelos ágiles
del aviador, mi espíritu movieron de esta suerte.
Las nubes andariegas me hipnotizaron; el viento,
nuestro compadre el viento,
parece que a mi oido va murmurando: — ¡Márchate!

Mi corazón redobla sus penosos latidos.
No sé que sentimiento de expectación azuza
el corcel de mis ansias.
Un invisible lazo parece que restalla
cerca de mí, una inquieta
premura sin motivo, suele avivar mi paso.
—Doctor, dame un diagnóstico deste mi mal...
—¡Acaso
vas a morir, poeta!

La muerte se le aparece como un verdadero acto filosófico, según la expresión de Novalis. Como a todos los místicos, la idea irreparable le abre perspectivas de eternidad y exclama:

¡Oh muerte, tú eres madre de la filosofía!
Tú ennobleces la vida con un ¡Quien sabe! y das
sabor a nuestras horas con tu melancolía.
En todo lo que es grande: dolor, amor, tú estás.

Arco triunfal de mármol negro, por donde pasa,
dignificada, el alma que sin cesar luchó,
cual héroe taciturno; regalo, abrigo, casa,
de quien desnudo y sólo la dura tierra holló...

Tú avaloras las vidas más vacuas y vulgares:
Sancho Panza agoniza y hay en él majestad .
Tú perfilas los rostros con líneas singulares,
¡mirífica escultora de la Serenidad!

La puerta de la estancia cierra tu mano pálida
y ya no vemos nada, ya no sabemos más.
¿Se metamorfosea detrás una crisálida?
¿Qué alquimia portentosa se realiza detrás?

¡Oh muerte, creadora del misterio, tú hiciste
que la inquietud volase por vez primera en pos
del Ideal. Mirando tu faz augusta y triste,
el hombre alzó los ojos y se encontró con Dios!

Al levantar los ojos, mirando a través de la muerte, el poeta ha encontrado a Dios.

El solemne hallazgo se ha realizado; Amado Nervo, el inconfundible, escribe *Elevación, Plenitud, El Estanque de los Lotos*. Estos tres libros son uno solo, a pesar de que *Plenitud* sea un libro de prosas. Su verso se ha descarnado, al par que su espíritu, y sus períodos rítmicos tienen la misma bella severidad que las dulces líneas de su prosa; triunfa sobre el poeta el pensador cordial y sereno.

La filosofía de Nervo está toda en sus tres últimas producciones: su misticismo y su bondad florecen.

Ya la vida ha perdido para él su apariencia de festín profano; no lo tientan más "las dichas pasajeras" y, al replegarse sobre sí mismo, encuentra la paz.

Sus preocupaciones filosóficas divagan por el campo de las religiones antiguas y sus ojos se vuelven hacia las buenas ideas. En su curiosidad de hombre culto, los libros compañeros, se reducen a unos cuantos:

> Lee los libros esenciales,
> bebe leche de leonas; gusta el vino
> de los fuertes: tu Platón y tu Plotino,
> tu Pitágoras, tu Biblia, tus indos inmemoriales,
> Epitecto, Marco Aurelio.... ¡Todo el frescor cristalino
> que nos brindan los eternos manantiales!

Ayudada su fe íntima, que el dolor de vivir maduró, por esas recias muletas, el espíritu del poeta fué ascendiendo, ascendiendo. Buscaba a Dios, con una idea innata e inextinguible de un Padre de los mundos, que se hermana en él con la idea de Bien, de Verdad y de Belleza; lo buscó a través de su heredada unción cristiana, en la adoración panteísta a toda cosa, en el misterio humano de las religiones milenarias, y su camino se marca por altibajos torturantes de dicha y de fe, de desesperanza y de pura alegría.

Por fin encuentra la verdad dentro de sí mismo. Dice:

> Jesús no vino al mundo de "los cielos".
> Vino del propio fondo de las almas;
> de donde anida el yo, de las regiones
> internas del espíritu.

No hay en su credo filosófico la aceptación de ningún dogma revelado. Su fondo eminentemente cristiano, purificado por

el dolor de la ruta áspera y esclarecido por las luminosas palabras que los místicos de todas las doctrinas han dejado caer como un rocío sobre las llagas de los hombres, fué tornándose cada vez mejor y más comprensivo; y día llegó para su vida, en que pudo ver dentro de sí mismo lo que con tanto ardor buscó por todas partes.

La última crisis de su definición total es la más bella. Frente a la mezquindad perecedera de toda alma y todo anhelo, frente al gesto hostil de la naturaleza y de los hombres, su intimidad fué replegándose sobre sí propia, en una férvida defensa de su tesoro interior. Dió a delirar entonces con lo Absoluto y a soñar en una perfección que tornase su alma, al igual de la nieve, "fúlgida, blanca, silenciosa y fría": frente a eso Absoluto y revestido de esa perfección, Dios debía ser lo único cierto y gustar su presencia el único ideal. Pero en ese retraimiento pavoroso hay un egoísmo esencial del que la bondad de Amado Nervo no era capaz: su posición estática duró sólo un momento, y a ejemplo del San Cristóbal gigante de que nos habla Eça de Queiroz, sacudió su ascetismo estéril para volver a tomar su puesto entre los hombres y sus dolores, pleno el corazón de los dulces consejos que fortifican y guían.

Señor, no puedo huir a la montaña,
no puedo ir a buscarte en el desierto,
porque es fuerza morar entre los hombres.
El engranaje de mi vida, quiso
que lazos irrompibles
me ligasen a innúmeros de ellos,
y dicen todas las filosofías
que el precepto esencial es el de amarlos.

Pero, tú bien lo sabes,
sus voces vanas me ensordecen, sufro
un tedio irremediable de sus risas,
de sus plebeyos goces,
de su incipiencia hinchada,
de su incesante y fútil hormigueo.

Yo sé que solo un día
a tus pies, contemplándote en silencio
con la interior mirada del espíritu,
vale más que otros mil bajo las tiendas
de los tristes humanos.

Y es ésta, ya lo ves, la prueba máxima
de amor que puedo darte:
no estar contigo por estar con ellos....
Por escuchar sus quejas, ay dejarte;

por ayudarles, padecer el frío
de tu ausencia, bien mío;
trocar por sus negruras tus destellos,
¡y por amarlos, parecer no amarte!

En posesión de su verdad interior, que le aseguraba la paz de los justos, hundió las manos generosas en los preciados tesoros y los repartió entre los hombres.

Su misión terminada, había una lógica astral en que muriera.

ALBERTO MENDIOROZ.

La Plata.

EL POETA BUENO

Amado Nervo era un buen poeta y, además, un poeta bueno. Del buen poeta ocúpense los críticos. A mí, en este trance, me interesa sobre todo el poeta bueno, el hombre bueno. Podría objetarse: lo que importa es la obra, no el sujeto transitorio que la hizo. Lo que importa es la seda, no el gusano que la segregó. Sin embargo, el supremo espectáculo para el hombre siempre ha sido el del hombre mismo. Por eso nos inspira tanto interés la vida de los demás. Las mujeres pueden dar fe.

—Buscáis en Amado Nervo al hombre bueno como si esa fuera la arista saliente de su personalidad. ¿Y el místico? ¿Dónde dejáis al místico, al enfermo de absoluto, al paciente del "mal metafísico"? ¿No se pasaba los días cavilando sobre los eternos problemas? ¿No se pasaba las noches, pegado el ojo a su pobre telescopio, buscando a Dios en el polvillo de las constelaciones o en la fresca sombra de los planetas? ¿Y no lo buscaba después, embaulado el chisme inútil, en lo más hondo de su propia conciencia?

—Sí, era un místico, un hermano de Fray Luis y de Teresa la Santa. Era también un filósofo en cuanto puede serlo un poeta. Era también un artista, un delicado orfebre del idioma, cuando se lo proponía. Pero ante todo, ante todo, Amado Nervo era un hombre bueno. Un hombre bueno que cantaba, que pensaba, que buscaba a Dios.

—¡Ser un hombre bueno! ¡Vaya qué mérito peregrino!

—Sí, es muy fácil decirlo. Pero pensándolo un poco, ¿hay algo en el mundo tan difícil como ser bueno? Y no es porque no sepamos en qué consiste la bondad, como sostienen sabios y filósofos, pues los ignorantes sí lo sabemos, sino porque la vida civil, forzándonos a una permanente actitud de beligerancia, eclipsa en nosotros la bondad natural. La vida, desgraciadamen-

te, no se nos presenta como concierto sino como discordia. Hoy, como en todos los tiempos, el hombre es el parásito del hombre. Unos cargan y otros son cargados. Y los que están abajo luchan por desembarazarse de la carga y colocarse arriba, y los que están arriba luchan por no resbalar abajo. Y como en esta brava puja no hay neutralidad posible, el ser bueno en el sentido de la resignación, de la benevolencia para todos, de la mansedumbre cristiana, es empresa casi humanamente imposible. ¡Oh, señor don Quijote!: tu bondad es la única que nos es accesible, tu bondad viril que iba en pos de la justicia castigando a lanzazos a los soberbios, a los malsines, a los duros de corazón.

Y bien, Amado Nervo realizó el prodigio de ser bueno de manera distinta, mansamente bueno, sin beligerancia. En su aljaba se enmohecen las saetas, y se presenta a cuerpo gentil entre la turba crispada y arisca, como un nazareno, cordial, sonriente, tranquilo, prodigando a un lado y a otro las flores de su corazón:

No hagas sufrir ni a un mínimo
tallo de sensitiva;
amordaza el vocablo
irónico, prefiero
cortar las alas de oro
a las abejas áticas
del epigrama; deja
que te juzguen inerme
para el alfilerazo
maligno; que en tu alma
tan solitaria y muda,
la compasión florezca
como el nardo en invierno...
¡Y tu corazón sea
urna que guarde un poco
de la piedad de Cristo!

Piedad cristiana, eso es lo que le incita a derramar en torno su cosecha balsámica. Sólo piedad. Nada pide en cambio: ni honores, ni dádivas, ni gratitud. Piensa como el estoico: *Gratuita est virtus, virtutis praemium ipsa virtus.*

... hacer la obra, dar el fruto opimo,
como brinda su néctar el racimo
la fuente brota y el pardillo canta!

No busca nuestro poeta la santidad en el retiro, lejos de "los tristes humanos", al igual de Pafnucio, monje de la Tebaida. Su bondad, como el "loto simbólico", florece sobre la charca misma. Es la suya una bondad social. El poeta vive en el

fragor del combate, en el torbellino del siglo, entre el áspero vocerío de las gentes que alucinadas disputan hasta la ira por la posesión de las dos sirenas: el dinero y el amor. Y soporta, resignado, la vecindad de tanta y tanta estulticia.

Sus voces vanas me ensordecen, sufro
un tedio irremediable de sus risas,
de sus plebeyos goces,
de su incipiencia hinchada,
de su incesante y futil hormigueo.

Con todo, su corazón rebosa de simpatía humana. Y en medio de la loca farandola, da su lección viviente de paz, de sosiego venturoso. Y no piensa sino en manumitir el espíritu de las cautivas criaturas y en transmitirles la fuerza de la esperanza y la fe.

Poeta, haz versos tónicos,
haz versos que conforten,
dí palabras que alienten:
los hombres nada esperan;
temen mucho los hombres...

No se crea, sin embargo, que el poeta ha llegado a tanta salud moral sin esfuerzo ninguno. El también conoció el engañoso canto de las sirenas y la brega desesperante de Sísifo. ¡Oh, dulce canto implacable! ¡Qué sér humano es capaz de vencer la tentación de oirte!

Ven, amigo, ya es hora del cariño,
la noche con su arcano me provoca,
mi cuerpo se estremece y te desea...
Ven, amigo, desata mi corpiño...
ven, abreva en el cáliz de mi boca.

La sangre más adormecida despierta ante semejante zureo de paloma erótica. Las venas se hinchan, los ojos se inyectan, la mente se oscurece y el santo varón queda convertido, ante la Sulamita eterna, en un simple varón.

Oh, vuelve a mi, te aspiraré anhelante
cual saquito de mirra perfumada...
. . . . . .
Ya estoy en tu regazo. ¡Qué serenos
me contemplan tus ojos! ¡cual me inundas
de amor! ¡qué bien reposo en las rotundas
y blancas almohadas de tus senos!

Luego vienen, ¡triste condición humana!, la lasitud, los remordimientos, el descontento de sí propio. Y el hombre, saciado, filosofa con escepticismo:

La mujer es la carne que fulgura
con fulgor de ilusión, mientras resiste.
Después... ido el fulgor, sólo persiste
el dejo del pecado y de la hartura.

No más impudicias. Terminen las claudicaciones. Elévese la mirada hacia las alturas del Señor. El espíritu, henchido de idealismo, siente ahora un deseo incontenible de volar. No más claudicaciones. Terminen las impudicias.

Mística desnudez de deseos
búdhico reposar de nirvanas,
¡eso no más quisiera
mi cuerpo y mi alma!

¡Pobre poeta! Mientras aspiras a una "mística desnudez de deseos", la sirena del amor te acecha para hacerte víctima, una vez más, de su dulce engaño. Y en medio mismo de tu oración, cuando te creías más cerca de Dios, tus nervios, de pronto, te sacuden, tu imaginación se puebla de divinos fantasmas blancos y mórbidos, y el tormento erótico reaparece, el tormento que suponías narcotizado para siempre.

¡Con qué flagelaciones y ayunos de eremita
mitigaré un instante nomás mi sed maldita!
¡En qué boreales témpanos revolcaré mi fiebre!
¿Qué tálamo de púas encontraré que quiebre
mi voluntad de goces, mi agudo frenesí?
¡Oh Causa de las Causas, ten compasión de mí!

No sólo la "sed maldita", la "voluntad de goces", el "agudo frenesí" por la carne triste, conturban el vivir apacible, sino también las cien formas con que el sensualismo del siglo se disfraza: afanes de gloria, avaricia de riquezas, ansias de mando. ¡Oh, esclavo Epicteto, libre entre los libres! ¡Oh, magnífico Marco Aurelio, espejo de emperadores! ¡Oh, inmarcesibles indos! ¡Qué bien sabe al triste vuestro vino fuerte! Dijistéis verdad: la felicidad no es negocio de afuera, sino cultivo de adentro.

Razonas bien: no hay dicha como no tener nada,
como no buscar nada, porque toda riqueza
la llevamos nosotros en la veta ignorada
que, al cavar de los años, a relucir empieza.

Razonas bien: al cavar de los años. Antes, somos juguete de nuestro barro, de nuestros instintos elementales, somos guarida de un Crispín que se burla de nuestros altos pensamientos, y que nos voltea con una zancadilla cuando más nos jactamos

de tenerlo acogotado. Tú también, poeta, probaste el poderío de Crispín.

> El ánima está pronta, pero la carne es débil.
> A fuerza de bañarnos en luz del Ideal,
> soñamos en cosechas heróicas de virtudes,
> y cuando más erguidas nuestras cabezas van,
> los pobres pies viajeros tropiezan en los riscos
> y un gran derrumbamiento sigue al alto soñar.

Esta lucha de todos los días contra la natural imperfección, lucha donde apenas se notan los progresos, acaba por fatigar, por darnos la sensación de nuestra pequeñez, de nuestra humana relatividad. Y entonces vienen deseos de no luchar más, de abandonarse a la deriva y que se haga la voluntad de Dios. Nuestro poeta sintió hondamente esta desazón de la propia impotencia.

> Tengo el peor de todos los cansancios:
> ¡el terrible cansancio de mí mismo!

Pero como era un hombre de voluntad de acero, después de un triunfo de Crispín reaccionaba con bríos multiplicados y se erigía en juez inflexible de su flaqueza humana. Como el artista cuanto más grande menos contento de su obra, así el hombre de bien, cuanto más rígido menos conforme de sí mismo. Sólo el necio está siempre satisfecho de su hinchada personilla. El poeta se reprocha: ¿Por qué no fuí mejor? ¿Por qué no devolví la sangre que vertió la espina, convertida en la sangre de una rosa de paz?

> ¿Por qué me causó escándalo
> vivir mal comprendido?
> ¿Por qué ante la injusticia no fui yo como el sándalo,
> "que llena de perfumes el hacha que lo ha herido?"

¡Sus! ¡Adelante! No importan las caídas. El camino era bueno. Conducía hacia la cima solitaria de la Serenidad. De nuevo a recorrerlo, una, cien veces, hasta vencer.

El premio de tanto esfuerzo se avecina. El espíritu, a fuerza de acendrarse, se ha ido poniendo diamantino. Las espinas se mochan al rozarlo y como la piedra preciosa, devuelve en luz el tosco frotamiento del palurdo. El poeta bueno, "desasido de toda cosa", gracias a la porfiada contienda contra sí mismo, sonambula entre el agitado avispero humano con aristocrática tristeza, con dulcedumbre sonriente.

Brille nuestra sonrisa cual una mansa luz
crepuscular, en toda labor, en toda pena,
y como Jesucristo, llevemos nuestra cruz,
¡con el alma dolida... pero noble y serena!

La paz se acerca. Las energías instintivas que en los años mozos zarandeaban como a las criaturas vulgares a este poeta que aspiraba a santo, ahora han dulcificado su tiranía. Tal vez porque la sangre ha envejecido. Tal vez porque la voluntad, con el ejercicio, ha ganado en señorío. Lo cierto es que las fierecillas interiores parecen domesticadas y que hogaño es más fácil vencerse, ahogar apetencias y resistir el abejeo de sus mil pequeñas punzadas. El dolor y el placer, hermanos inseparables, se esfuman en la lejanía, y un deleitoso sosiego, una dulce beatitud, un no-dolor, un no-placer, se disemina por toda el alma.

Desde que no persigo las dichas pasajeras,
muriendo van en mi alma temores y ansiedad;
la Vida se me muestra con amplias y severas
perspectivas y siento que estoy en las laderas
de la montaña augusta de la Serenidad.

Por fin a la eminencia del gran reposo llego:
maté ya toda angustia, vencí ya todo apego.
¡Yace a mis pies el ansia turbadora y tenaz!
¡Estoy en paz... estoy en paz... estoy en paz!

El poeta-filósofo ha llegado a la paz del alma a fuerza de replegarse sobre sí mismo y — ¡cosa al parecer extraña! — a medida que se hundía "en el mutismo de su mundo interior", más cerca se encontraba de los hombres, sus hermanos, y más opima era su siembra amorosa. Y es que al adentrarse más y más en sí mismo se aproximaba a la escondida cisterna donde existe una sustancia común a todos los hombres, la sustancia humana. Y el que llega a esa urna profunda ve con nitidez la hermandad fundamental que nos une y, entonces, en ella se abreva de amor, de simpatía, de tolerancia. De ahí que el hombre superficial, el que nunca ha cavado las vetas primordiales de su espíritu, sea un fatuo, un seco de alma, un incapaz de consolar a su prójimo con unas gotas de su vino cordial. Unamuno comprendió esta verdad y por eso dijo: "reconcéntrate para irradiar". Cuanto más adentro vayas, más potente será tu proyección.

Trabajoso ha sido el escalamiento de la montaña. El peregrino, ya próximo a la cima, se detiene un momento y contempla satisfecho la tierra fecundada que ha dejado detrás.

Finé mi humilde siembra; las mieses en las eras
empiezan a dar fruto de amor y caridad;
se cierne un gran sosiego sobre mis sementeras;
mi andar es firme...
Y siento que estoy en las laderas
de la montaña augusta de la Serenidad.

Yace en lo alto la ciudad del Nirvana, especie de convento sin dogmas y sin ritos, pero con mucho silencio, con mucho silencio. El caminante se ha introducido en el sosiego de sus claustros, fatigado, y con "un profundo deseo de dormir". Y alli, en la ciudad suspirada, en la "*civitas Dei*", se propone descansar hasta que se rompa el "capullo inútil" que estorba el libre juego de sus alas.

Acaso cuando menos lo piensen tus dolores
te encuentres, en tu noche, con la piedad de Dios!

Y así fué. Cuando menos lo pensaba, el "capullo inútil" se rompió. Y el espíritu del "liróforo celeste" emprendió el vuelo definitivo hacia los astros que:

... parecen con pestaña luminosa
invitarnos al viaje que está escrito,
ese viaje sereno al infinito
a través de la tarde misteriosa.

Murió el poeta bueno, el hombre que se venció a sí mismo buscando la perfección; el hombre que vivió atormentado por una constante preocupación ética, por el anhelo de ser mejor, cada día mejor. Y ésto en medio de la sonrisa protectora y truhanesca de los "vivos", de los exitistas de los galeotes que infestan el mundo.

Felizmente para la especie, hubo corazones, millares de corazones, que recogieron con unción el evangelio armonioso del poeta bueno. Y ésto se vió con motivo de su muerte. Ese dia hubo lágrimas en los ojos de las buenas mujeres, y los hombres buenos sintieron la garganta apretada por el nudo de las indecibles congojas. Y todos pudieron salmodiar, religiosamente, las palabras del poeta:

¡Ese hombre no tenia,
más que fe, y nos la dió, nos la dió toda!

CARMELO M. BONET.

OFRENDAS LEVES

En memoria de Amado Nervo.

Dulce hermana Agua, anda a acompañarlo.
Buen hermano viento, vete a hablar con él.
A ese hermano nuestro no hay que abandonarlo
Con su enorme fardo de bronce y laurel.

Habladle del campo, del cielo y del trigo.
Llevadle noticias de fuentes y estrellas.
¡Era tan amigo
De las cosas bellas!

¡Corre, hermana Agua! ¡Vuela, hermano viento!
Yo iré tras vosotros con mazos de dalias,
De nardos y lirios. Demoro un momento
Tan solo, en ceñirme túnica y sandalias.

¡Acaso el poeta sonría en la sombra
Fría y prieta, al ver,
Que el agua le habla, que el viento le nombra,
Y le llevan flores manos de mujer!

JUANA DE IBARBOUROU.

Montevideo.

DE LA VIDA DE NERVO

Conocí a Nervo en España a poco tiempo de haber llegado para hacerse cargo de la secretaría de la legación de Méjico en Madrid. Frecuentaba yo en esa época, por mis vínculos de paisanaje y de amistad con José Santos Chocano, el grupo literario en boga, que acogió con el entusiasmo y la admiración que merecía al insigne poeta mejicano. En un café de la Puerta del Sol me lo presentó una noche Chocano. Nervo, joven todavía, sin ser un buen mozo, era de un aspecto atrayente y simpático. Usaba largos bigotes ligeramente levantados y una patilla en punta que le daba una fisonomía aguda de caballero del siglo XVI. Despojado de toda "pose" y del estiramiento que gastan muchos hombres de letras con los jóvenes que los admiran, Nervo seducía por la sencillez de sus modales y el calor afectuoso, casi familiar, de su voz. En el Perú había leído yo algunas poesías sueltas de Nervo y mi antigua admiración por el poeta se redobló con la simpatía que inspiraba el hombre. La conversación, sin ningún dejo pedantesco, rodó sobre los grandes hombres de España. Con este motivo Nervo expuso humorísticamente los fiascos que se llevaban los que querían gozar del placer de tratar de cerca a las altas cumbres de la política o de la literatura cuando no existe una causa especial para establecer esas vinculaciones. Y su sensata reflexión al respecto fué confirmada con una anécdota personal que relató con el sabor y la gracia que le eran congénitos. Nos refirió que hacía pocos días, premunido de una carta del célebre orador mejicano don Justo Sierra, había visitado a don José Echegaray, a la sazón ministro de hacienda. Don Justo Sierra, que desempeñó papel brillante en su misión a España con motivo del centenario del descubrimiento de América, pensó, seguramente, en grata ilusión, que su nombre se mantenía vivo

en el recuerdo de los amigos de otro tiempo. Y escribió, en ese estado de espíritu, una efusiva carta de presentación para el joven poeta. Después de breve antesala, Nervo fué introducido a la presencia del ilustre dramaturgo, a quien entregó la consabida carta. Don José, después de leerla con aire displicente, dijo: "Y bien, señor Nervo, Vd. manifestará en qué puedo servirlo y de qué modo puedo satisfacer el deseo de mi amigo... (y se detuvo un instante para leer el nombre) señor Sierra?" El apellido del pedagogo mejicano no suscitó en la mente de don José el recuerdo de sus triunfos intelectuales de allá por el año 92. Pensó que la carta que tenía en sus manos era, seguramente, de algún hombre influyente de alguna provincia española, que le recomendaba a un ahijado que buscaba una colocación en Madrid. La actitud de Echegaray, la frialdad de la recepción, el tono y la intención de la pregunta revelaron a Nervo el error en que incurría su interlocutor. Y entonces procuró desvanecerlo, diciendo, tímidamente: "Señor, no deseo de Vd. ningún servicio. Vengo de Méjico, mi patria, soy un antiguo admirador de Vd. y para conocerlo y presentarle mis sentimientos he querido traerle una carta de su antiguo amigo el señor Justo Sierra, actual ministro de instrucción pública de mi país, y que fué gran amigo de Vd. cuando estuvo aquí". Ah!—repuso Echegaray, sí, ya recuerdo; mi amigo el señor Sierra... Pues, tanto gusto... Y cambió en el acto en su actitud y en su conversación, tratando al joven poeta con la gentileza por la que Echegaray tenía fama de ser el más simpático de los hombres.

El incidente referido, lejos de desanimar al poeta, le causó infinita gracia y le dió materia para hacer derroche del humorismo de que están impregnados muchos de sus libros. La moraleja que se desprendía del cuento era de inestimable valor. Y buena prueba nos dió Nervo esa noche de su carácter simple y expansivo.

Poco tiempo después de este incidente se anunció una lectura de poesías de Nervo en el Ateneo de Madrid. Vivo estaba en mí, el recuerdo del éxito estruendoso alcanzado por Chocano en el simpático y viejo hogar de la intelectualidad de España. Nuestro poeta, en la velada en honor de Navarro Ledesma, produjo, al principio, hilaridad, después, sorpresa, luego interés creciente, y, por fin, admiración que se desbordó

en grandes ovaciones. Y así, no sólo por conocer los mejores versos de Nervo que iban a ser declamados, sino por satisfacer mi inquieta curiosidad por la acogida que el público español brindaría a este otro poeta de América, me dirigí a la calle de León y me instalé cómodamente en la tradicional sala de conferencias. Al poco rato comenzó el acto. Nervo, con su aire modesto, casi humilde, con sus ojos brillantes y su voz tocada de insinuación y simpatía, declamó los versos *A Kempis, La llave* y todo el hermosísimo poema *Hermana Agua*. ¡Qué contraste presentaba para mi espíritu, vibrante todavía con la recordación del éxito de Chocano, el recinto del Ateneo! Nervo triunfó también, esa noche, de modo perdurable. Pero su triunfo fué de muy distinta índole del alcanzado por Chocano. Podía decirse que aquellos éxitos correspondían a la obra de los dos poetas... Chocano, impetuoso y enfático, produjo al principio, si no la hostilidad, la resistencia a la admiración, logrando imponerse al fin por el brillo de las imágenes y la rotundidad de las estrofas. Podía decirse que arrancó con violencia los aplausos del público. Nervo se captó desde el primer momento la simpatía de los oyentes. Estos no se resistieron a seguir al poeta por el curso sinuoso de sus sentimientos. El tesoro de poesía de aquellas composiciones al través de la declamación insegura y dulce, se filtró suavemente en los ánimos. Los aplausos así no fueron violentos, de ruido de catarata, sino discretos, pero sinceros y cálidos. Tal vez el triunfo del poeta mejicano, menos aparatoso, conducía a una vinculación más permanente con aquel cultísimo auditorio.

Después de haber dejado España, a mediados de 1906, no tuve del poeta otras noticias que las que publicaron los periódicos relativos a sus éxitos literarios con motivo de la aparición de sus libros en prosa y en verso, que eran acogidos con entusiasmo por el público peninsular y americano. Un hecho extraordinario vino a avivar en mí el grato recuerdo del poeta que conocí en Madrid. Raros son los acontecimientos que resumen al mismo tiempo una alta belleza de líneas y un hondo contenido moral. Cuando ellos se presentan nos causan una doble emoción que es, por lo mismo, profunda e imperecedera. Tal me aconteció con la actitud de Nervo cuando el escritor y político español Luis Antón del Olmet, propuso a las cortes españolas que votaran una pensión de diez mil pesetas al año

para el poeta mejicano, mientras la situación de su patria le impedía recibir sus emolumentos. Conozco, por versión del mismo Nervo, algunos detalles sobre esta proposición y las circunstancias que aseguraban su éxito. Antes de presentarla, Luis Antón del Olmet había hablado con todos los jefes de grupo, y había obtenido, como era de esperarse, el ofrecimiento de apoyarla. De este modo la moción del distinguido escritor revestía los caracteres de un hecho absolutamente seguro, puesto que iba a contar con la aprobación unánime de las cortes. El rasgo del diputado proponente y de la cámara española, al consagrarlo, reflejaba el bello espíritu de la raza, era la encarnación del sentimiento maternal de España para sus hijos de América, e iba a sellar, como ha sellado, la fraternidad espiritual entre las nuevas naciones y la antigua metrópoli. ¿Cuál podía ser la actitud de Nervo frente a este gesto, como decimos ahora, incurriendo en un vituperable galicismo? ¿Cediendo a los impulsos de la dignidad nacional y personal podía declinar el generoso ofrecimiento y herir de ese modo la susceptibilidad española y revelar cierta incomprensión respecto del sentimiento que lo animaba? ¿O bien se inclinaría ante este aspecto del obsequio y del homenaje, pero poniendo en relieve la situación desagradable de la república mejicana, y consagrando una situación que quizá el orgullo patrio no consentía? Los extremos del dilema se perfilan de un modo neto ante la inteligencia penetrante del poeta. Su talento y su finura sentimental le indicaron el camino que debía adoptar para rendir, al mismo tiempo, homenaje a la hidalguía y largueza españolas y dejar incólumes su personal desprendimiento y su orgullo de mejicano. Y así fué. En la carta que todo hombre honrado no puede leer sino con profunda emoción, Nervo decía a Luis Antón del Olmet, sin desplantes, sin falso orgullo, con aquella cristiana humildad que es la forma verdadera de la dignidad, que él no podía aceptar la ofrenda material; que aunque no era rico podía vivir modestamente de su pluma, que bien sentaba cierta pobreza a un filósofo y a un poeta, pero que sí recibía enternecido e inmensamente agradecido, la ofrenda espiritual, la expresión del amor de España y de la nobleza de sus hijos que la moción encerraba. Preocupó siempre a Nervo la unión estrecha de la belleza y de la moralidad. Y puede decirse que aquella unión culminó en el acto que recordamos. La carta famosa venía a con-

firmar una vez más que el suave y melancólico poeta místico era un hombre de corazón, una alma templada para los grandes rasgos, extraña a todo interés de orden material, capaz de afrontar, no sólo la pobreza, sino la miseria para dejar incólumes la consecuencia con sus propias doctrinas, su dignidad, y el explicable y siempre simpático puntillo de honra patriótico.

No pensé realmente cuando leía con mis amigos la carta anterior, que iba a tener muy pronto la dicha de encontrarme con el bardo mejicano en la hospitalaria tierra uruguaya y en el desempeño de misiones diplomáticas de nuestros países. A fines de febrero del presente año los admiradores y amigos del poeta esperaban ansiosos su llegada, pues se tenía noticia de que había partido de Europa para representar a Méjico en las fiestas de la trasmisión del mando. Precisamente, dos días antes de que se realizara la ceremonia, Nervo llegó a Montevideo. La acogida que se le hizo fué excepcional. Después del presidente Brum que subía a la presidencia a los 36 años, tras una brillante carrera política, Nervo era el hombre del día. Lo asediaban los periodistas y los literatos y estaba absorbido por las invitaciones y las visitas, la contestación de una copiosa correspondencia y la inevitable colocación de pensamientos en los "albums". Nervo, multiplicándose prodigiosamente, encontraba tiempo para todo. Por las tardes, rodeado de distinguidas damas argentinas y uruguayas, declamaba, a pedido suyo, hermosas poesías o refería cuentos, dando prestigio de cenáculo literario al mundano y concurrido Parque Hotel. Aquello tenía, en verdad, los caracteres de una apoteosis. Esta continuó después en Buenos Aires. Nadie podía sospechar que aquel organismo que parecía infatigable estaba herido de muerte. Cuando Nervo volvió a Montevideo, su semblante revelaba la crisis profunda que había hecho su enfermedad. A pesar de ella, con energía extraordinaria, presentó sus credenciales, hizo las visitas protocolarias y concurrió a la velada, en su honor, del Ateneo de Montevideo. La fiesta tuvo, por la misma extremosidad del afecto y del aplauso, cierto dejo de despedida. Nervo, emocionadísimo, agradeció el homenaje. Se definió, en ese momento, diciendo que él no era sino un corazón que se había buscado órganos para caminar por el mundo. Declamó insuperablemente, como si fuera por última vez, las poesías que todos sus admiradores saben de memoria. El público quería más:

y el poeta, sonriente, con aquella su inagotable complacencia, recitaba las composiciones que le indicaba el auditorio, doblando así el programa que había pensado desarrollar con asombro de los que conocíamos su extenuación. Esa fué la última vez que Nervo se presentó en público. Una especie de presentimiento dió a sus palabras aquella noche una vibración de amor y un calor de humanidad que no podremos olvidar.

VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE.

Montevideo.

AMADO NERVO, DIPLOMATICO

Debíamos al gobierno de don Venustiano Carranza el honor de tener entre nosotros a Amado Nervo. Conviene subrayarlo. Entre los homenajes que se rinden al querido poeta caído de golpe,—a media jornada,—en el abismo cuya palabra esperaba como la gran revelación, viénese olvidando este aspecto de su biografía: la misión diplomática de Nervo en los países del Plata. No es la faceta menos interesante, sin embargo, como podemos verlo.

Cuando la guerra europea echó su ola de barbarie, de crimen y de vergüenza sobre el Nuevo Mundo, y la insolencia germana mezclada con las insidias aliadas vinieron a perturbar la vida de estos pueblos, incapaces de alejarse del conflicto por los muchos puntos de contacto que con Europa tenía y tiene; cuando los Estados Unidos, que tomaron su máximo empuje industrial y político comerciando con los beligerantes, creyeron oportuna su intervención militar que asegurase la victoria a sus principales deudores, afirmando de paso, su influencia mundial, y coadyuvando a la extirpación de un competidor comercial que les venía molesto; cuando todo pareció *obligar* a las naciones hispanoamericanas a inmiscuirse por grado o por fuerza en la guerra, siquiera para formar comparsa como la engreída Cuba, como el infeliz Panamá, como el hipotecado Brasil y otras así, que, o desean halagar al amo, (como las dos primeras nombradas), o no pueden resistir las formidables *insinuaciones*, viose que los países más "independientes" no hacían caso a la voz de mando que llegaba de Wáshington. México, Colombia, Chile, Argentina, declararon su neutralidad y la sostuvieron, ¡nadie sabe a qué precio! La dignidad de estos pueblos no estaba, como muchos creen, en irse a ladrar impotencias alrededor de la lucha empeñada entre ti-

tanes - mercachifles, sino en seguir el recto camino propio, que no es ni puede ser la sinuosa senda de los otros. Al comenzar la contienda pudieron hacernos creer que peligraban muchas cosas: la Democracia, la Civilización, *París*... Bah! pamplinas que nos probaron lo contrario a poco andar. (Las condiciones de paz aliadas lo están diciendo todo. El lirismo de los telegramas, de los discursos de Wilson y de los articulillos de los poetas de "corazón wáshingtoniano", está brutalmente deshecho, según se previó, en ese documento. En él puede conocerse la purísima intención de los señores asociados, que supieron tenerla hasta ahora bien encubierta y disfrazada).

Franceses, ingleses y yanquis, (especialmente estos últimos), se encargaron de probar a todos que los gobiernos de aquellos países que deseaban permanecer neutrales eran germanófilos cuando no mantenían una estrecha y secreta relación con el gobierno de Berlín. Entre nosotros, se recordará sin esfuerzo, que muchos diarios alimentados con el dinero aliado y aliadófilo—en subvenciones o en anuncios de empresas comerciales—sistemáticamente denigraron al país queriendo combatir a su gobierno, diciendo de él mil insolencias. Hasta tuvimos "director" que se marchó a Yanquilandia para halagar a unos cuantos grandes industriales y choriceros, que miran a la Argenna con el desprecio mayor y se admiraron de ver a uno que llegaba de aquí, vestido a la europea: *Lleva el "jaquet" como cualquiera de nosotros*, mandaron a decir por cable, creídos que nos hacían un elogio. En estos casos nadie sabe quien tiene la verdadera culpa, si aquellos infatuados que se complacen en observar nuestra carencia absoluta de plumas en la cintura y en los tobillos, o estos otros que se relamen al publicar tales noticias, y queriendo *quedar bien* fomentan las imbecilidades yanquis, de que puede dar pálida idea el editorial del *New York Times* (abril de 1919), y que reprodujo *La Nación* de Buenos Aires en lugar preferente.

Reproduzco a continuación el editorial citado porque considero que su sola lectura da idea exactísima de la competencia del autor y de la seriedad del diario que lo insertó y del que lo reprodujo. Indudablemente estas tareas de difamación en el extranjero, efectuadas con el único fin de combatir a un partido político, son cosas de taifas, pero muy *patrióticas*, ¡quién lo duda!:

Una opinión sobre el gobierno argentino

Editorial del "New York Times"

NUEVA YORK, Abril 16 de 1919. — En un editorial tratando sobre la situación actual de la Argentina, *The New York Times*, dice lo siguiente:

"La guerra ha terminado con la derrota de Alemania; pero el presidente Irigoyen y sus secuaces siguen haciendo todo lo posible por conseguir que la República Argentina se abstenga de estrechar sus relaciones con las potencias aliadas. El Sr. Irigoyen no ha titubeado en perjudicar los intereses comerciales de su propio país, y al tratar la cuestión de la huelga portuaria parece haber pensado que causaría mayor perjuicio a los intereses de la Gran Bretaña, Francia, Italia y los Estados Unidos. Ha sido éste un movimiento contra los más importantes intereses aliados.

"Los elementos principales del pueblo argentino apoyaron desde el primer momento a Francia e Italia quienes marchan a la cabeza de la civilización latina en su lucha contra la nueva barbarie de Berlín: apoyaron a la Gran Bretaña que es el amigo tradicional y aliado comercial de la Argentina y apoyaron también a los Estados Unidos. Pero el Sr. Irigoyen, el amigo del pueblo argentino, no se ocupó de eso. Los hechos parecen importarle poco al presidente de la República Argentina. Fué electo como paladín del pueblo humilde, como un hombre nuevo que introduciría un espíritu nuevo en la vida pública y desalojaría a los elementos políticos que durante tanto tiempo dominaron en ella. Se opuso al extranjero y al capitalismo. Cuando estalló la guerra los elementos influyentes de la República Argentina favorecieron a los aliados, no obstante el hecho de que los intereses comerciales alemanes representaban una poderosa minoría.

"El Sr. Irigoyen favoreció la neutralidad y se mantuvo alejado de las disputas europeas. No cambió de opinión cuando otras naciones americanas entraron en la guerra, ni cuando los más significados elementos del pueblo argentino se declararon abiertamente aliadófilos, ni cuando se descubrió que la legación alemana en Buenos Aires se dedicaba a conspirar para la destrucción de la propiedad argentina y para el asesinato de ciudadanos argentinos.

"Irigoyen siguió su propio rumbo, sirviendo lo que consideraba como el interés del "pueblo humilde". El hecho de que ese proceder sirviera mejor a los intereses del emperador alemán no le importaba. ¡Qué son los hechos para un doctrinario!

"Su actitud no es la de un franco partidario de Alemania. El sentimiento público no toleraría eso. Es una tendencia negativa de antipatía hacia los aliados, cubierto por un manto bastante transparente de acercamiento a España, no a la España de Blasco Ibañez y de los liberales que apoyaron a Francia como el campeón de la civilización, sino a la España de los reaccionarios, de la Iglesia, del estado y de los negocios, de aquellos que favorecieron a Alemania porque, fueran cuales fuesen los perjuicios que la victoria alemana pudiera acarrear a su país, ella serviría mejor a los intereses de su casta.

"Los "junkers" alemanes y los oligarcas españoles y el Sr. Irigoyen como paladín del pueblo: ¡vaya una alianza extraña!

"El presidente de la Argentina, el que la mantuvo fuera de la guerra y parece decidido a mantenerla alejada de la amistad con los pueblos que la ganaron, no ha tenido más éxito en su país que en el extranjero. Su administración ha combatido terriblemente a los ferro-

carriles y a las grandes empresas industriales; ha echado a perder los negocios de la nación sin conquistarse ninguna gloria; ha puesto grillos al comercio exterior de la nación, aparentemente confiada en el mercado que eventualmente se abrirá en Alemania; ha llevado las finanzas del gobierno a un desesperante desquicio y ha recurrido a expedientes muy dudosos para atender a los gastos corrientes de un país rico y progresista.

"Ya tiene el presidente Irigoyen a una de las cámaras del congreso en contra suya y se cree que dentro de poco perderá la otra. Pero nada parece suficiente para conmover su sublime determinación de encontrarse, no solamente del lado del error, sino del lado perdedor.

"Quienes ven las cosas desde fuera han reconocido ya hace mucho tiempo que la nación que lo escogió como cabeza no es responsable de sus imprevistas excentricidades; pero como es la cabeza de la nación, tiene aún poder para perjudicar sus intereses materiales y morales. Pero el amigo del pueblo no puede con éxito hacer caso omiso de la actualidad."

Pero volvamos a México. Las insidias yanquis contra la patria de Nervo no son nuevas,—y son más que insidias. La prensa yanqui íntegra,—cuya moralidad ya se conoce,—ha tejido en contra de México los más formidables novelones. Llegaron *a probar* que el señor Carranza se entendía directamente con el Kaiser y que pensaba en declarar la guerra a la Unión para dificultar la acción yanqui en Europa. Hasta llegaron a obligar a México a interrumpir sus relaciones con Cuba por una fútil argucia diplomática, etc., etc. Aquí, México pasó para el público por un aliado de los imperios centrales sin que valieran razones que intentaran probar lo contrario. Fué completamente ineficaz la declaración oficial del presidente Carranza que decía: "que su país salía de una revolución muy larga y agotadora, necesitando en el momento ocuparse de su reconstrucción antes que de los sucesos europeos; que sus esfuerzos tendían a mantener la más extricta neutralidad, entendiendo que para ello tanto significaban los aliados como los germanos; que sus armamentos eran tan solo para asegurar la tranquilidad del país perturbada por bandidos que se proveen en territorio de la Unión de cuanto necesitan para continuar la infame canallada de desangrar la república..." Nada de eso se creyó, como era justo esperar. Querían los yanquis que el país que más ha sufrido sus invasiones, bombardeos, robos y crímenes, dejara de mano el cuidado de su salud para irse con ellos a asegurarles la hegemonía industrial que necesitaban, ayudando a que fuera más colosal la fuerza del *coloso!*... Sucedió como en Santo Domingo. Les extrañó mucho que los dominicanos decentes cuidaran más los intereses de

su isla que los intereses yanquis!! (1). Manera curiosa, pero muy yanqui, de ver las cosas.

Los telegramas expedidos por agencias especiales recibidos en Buenos Aires *aseguraron* muchas veces la culpabilidad mexicana, enseñándonos a la *ingenua* patria de Roosevelt como una víctima lastimosa del proceder mexicano. Aquí, donde está el público ignorante de todo eso—(existiendo un 50 o|o de lectores que ignoran hasta la situación geográfica de la tierra azteca),—las noticias prendieron con arraigo tozudo. No existe aliadófilo que no esté ampliamente convencido de la germanofilia mexicana, al punto de confundir un mexicano con un turco. Para eso ha leído durante muchos años las mentiras más burdas y los folletines más espeluznantes fraguados, con esa preciosa imaginación de mozos de cuerda, que se usa en la tierra de Mr. Wilson, y que aquí, no obstante nuestra idiosincracia hispana y gracias al cosmopolitismo que sufrimos, desquiciador de toda cosa, parece contar con tantos imitadores. No se conoce de ninguna manera algo aproximada la verdad sobre la larga revolución que ha dado fin al *porfirismo*. Se cree estar en lo cierto con referirse a la anarquía que asoló al pueblo azteca, y al poner en un mismo plano inferior a todos los hombres que actuaron allí. Carranza es igual a Zapata, y Obregón vale tanto como Pancho Villa. En resumen, para el público de por aquí—salvo rarísimas y preciosas excepciones,—aquello es una cueva de foragidos que derraman sangre por tener el placer de beberla y hostilizan a los yanquis limítrofes por puro espíritu incivil y bárbaro. Intelectuales nuestros, cuya fama adquirida en buena o en mala ley, debía obligarles a cierta circunspección al emitir opiniones baratas, contribuyen con sus tonteras a extraviar el juicio de los lectores, y sin proponérselo, a hacer más eficaz la premeditada campaña que en contra de México alimentan sus enemigos. No quiero citar nombres porque la forma que desearía dar a estos renglones, me lo prohiben. Quien me entienda, los repetirá, leyéndolos entre-líneas.

Para avalorar a un hombre como Carranza, es necesario, imprescindible, conocer perfectamente bien el origen y el desarrollo lógico de la revolución, estando al tanto de la historia

---

(1) *La República Dominicana y los Estados Unidos*, por B. González Arrili. 1919. Buenos Aires.

anterior de México. Eso como principio. Después *es necesario* saber qué es México (1), y quiénes son los yanquis (2). Luego completarán la información algunos datos sobre la tarea que se han impuesto los mexicanos que están en el gobierno, a fin de reconstruír la patria, independizarla del extranjero, y ponerla en un pié de igualdad diplomática con los demás países, especialmente con el vecino que estaba habituado a considerarlo como una colonia en tiempo de Díaz (3). (En 1836 el senador Preston exclamaba en el congreso: "La bandera de las estrellas no tardará en flotar sobre las torres de México y de allí seguirá hasta el cabo de Hornos (!!) cuyas ondas agitadas son el único límite que reconoce el yanqui para sus ambiciones") (4).

No resulta serio emitir ideas que no se basan en un conocimiento exacto de los sucesos que las motivan. Unicamente a favor de la ignorancia ambiente pueden nuestros periodistas e intelectuales mantenerse en tal situación. Sirvan como segura guía para el que lea estos renglones los siguientes conceptos de Carranza:

"El origen de la presente guerra, conocido por todos, ha "sido una tiranía de treinta años, un cuartelazo y un asesi- "nato...

"Pero no es la contienda armada lo principal en esta gran "lucha nacional; hay algo más hondo en ella y es el desequi- "librio de cuatro siglos; tres de opresión y uno de luchas in- "testinas, que no trajeron consigo todos los bienes que eran de "esperarse, porque nuestros hombres públicos no pudieron en- "cauzar al país por donde era necesario...

"Así fueron sucediéndose unas tras otras las guerras civi-

---

(1) EMILIO RABASA, *La Constitución y la Dictadura* (Madrid).

(2) H. H. BANCROFT'S. WORKS. Vol. XIII cap. XIII, citado por Eduardo Prado.

(3) *La ilusión yanqui* por EDUARDO PRADO, traducción Pereyra. (Madrid), pág. 69 y sig.

(4) Eso fué en 1836. Puede parecer antiguo, pero no cambiaron de manera de pensar. Taft, Roosevelt, Knox, Evarts, Root, etc., han dicho lo mismo con palabras distintas, más brutales o más finas, pero idénticas en el fondo. V. el libro cit. en la nota anterior, — y *América latina ante el peligro*, por SALVADOR R. MERLOS, San José, Costa Rica, 1914. *Los E. U. de América y las Rep. Hispano-Americanas de* 1810 *a* 1830, por FRANCISCO JOSÉ URRUTIA. Las obras de Carlos Pereyra, R. Blanco Fombona, Salvador Turcios R., los discursos de Roque Sáenz Peña, etc., etc., y *América para los yanquis* (1913, Buenos Aires); *La República Dominicana, etc.* de B. GONZÁLEZ ARRILI. (1919).

"les, sin salvar al país de los males que le aquejaban, y en "medio de esa desesperación que todos sentían vino la Dicta-"dura, que, lejos de salvar a la patria, iba a precipitarla en "un abismo...

"Durante la lucha hemos recurrido a todos los sacrificios "para llevar al triunfo nuestra causa, porque es la causa del "pueblo... Las reformas que van poniéndose en práctica abri-"rán una nueva era para la república...

"... Ya es tiempo de que la América latina sepa que nos-"otros hemos ganado con la lucha interior el restablecimien-"to de la justicia y del Derecho, y que esta lucha servirá de "ejemplo para que nuestros pueblos afirmen su soberanía, sus "instituciones y la libertad de sus ciudadanos...

"La lucha nuestra será el principio de una lucha que dé "paso a una era de justicia, en que se establezca el principio del "respeto que los pueblos grandes deben tener por los pueblos "débiles... (1).

"Es doloroso que los principios que se vayan conquistan-"do sólo sean para una nación, porque una revolución no es la "lucha armada ni los campos ensangrentados que se secan, es "algo más grande: es el progreso de la humanidad que se im-"pone..." "Reinará sobre la tierra la verdadera justicia cuan-"do cada hombre en cualquier punto que pise del planeta se "encuentre dentro de su propia nacionalidad..." (2).

*
* *

Amado Nervo fué muchos años secretario y encargado de negocios de México, en Madrid. Su tarea diplomática dejábale ancho margen para sus preciosas labores de poeta, que han dado a la literatura de su patria y de América perdurables páginas de prosa y verso. Su manera—muy suya, de acuerdo con

---

(1) Carranza lo dijo mucho antes que Wilson. — (29 de noviembre y 26 de diciembre de 1915. Discursos). V. prólogo a la obra *México y la solidaridad Americana*, por ANTONIO MANERO. "Edit. América". Madrid.

(2) Ver también *Carácter de la revolución*, discurso de Carranza, en *La Reunión Americana*, Buenos Aires, Abril de 1917, en la misma revista, trabajos sobre *Carranza*, de ISIDRO FABELA, H. BARRON, PALAVICINI Y GONZÁLEZ ARRILI. Ver: *La diplomacia de V. Carranza*, en *La frontera de la raza*, por JOSÉ GAXIOLA. Madrid. Tip. Artística, 1917.

su carácter bondadoso aunque firme—de ver la misión de la diplomacia, está perfectamente expuesta en su trabajo *Pulgarcillo* (1), que transcribo. Adviértese en él, aunque velado por las restricciones impuestas al cargo que desempeñaba, la intención de referirse al proceder de una nación poderosa—Norte América—con una nación pequeña, en comparación,—México—o cualquier otro Pulgarcillo centro y sudamericano, y los medios de que, una hábil diplomacia puede valerse para hacerse respetar dignamente (2).

Mi amigo se muestra muy desencantado de la diplomacia. Por poco que le apurasen, exclamaría como Stephane Lausanne: "Esa coja siniestra e imbécil que se llama la diplomacia y que no sabe impedir las guerras".

La acusación es, empero, injusta. Sin la diplomacia, desde Agadir se hubiese encendido esta horrenda conflagración europea. Algunos años la evitó, y no digo un año "un solo día de guerra que la diplomacia evitase" santificaría a la "coja imbécil"...

Claro que no es infalible y que cuando se encuentra, como en el caso actual, entre pueblos que luchan por su existencia, por el ser o no ser, su eficacia tiene que amenguarse y nulificarse en parte. Quién sabe, empero, si ella sea la que nos traiga, antes de lo que pensamos, la paz.

Mi amigo, el decepcionado, está en otro error: cree que la diplomacia sólo es eficaz cuando la esgrimen los fuertes; y yo creo justamente lo contrario. La diplomacia es, sobre todo, para los débiles. Sus inagotables recursos han sido forjados para los países pequeños. Son el arma de los desvalidos.

Recuerdo que hace algún tiempo, un hispano-americano ilustre, que se preocupaba hondamente de nuestros problemas internacionales, me escribió en demanda de una opinión (él decía modestamente de mis consejos), acerca del porvenir de su patria.

Yo le escribí la siguiente carta... que no le envié jamás y que yace entre mis papeles desde entonces. (Un entonces en que los conflictos no se habían agudizado como se agudizaron después).

"Mi querido amigo X, Y, Z (le escribía yo):

"Me pide usted algunos consejos que acaso pudieran servir un poco, un poquito, nada más, a alguno de los hombres que están al frente de su nación.

"¿Consejos yo? ¡Bueno!

"¡Por qué no habría de dárselos si es lo único que todo hombre lleva siempre en la escarcela!

"¡Hay poquísima gente que dé dinero en este mundo; pero consejos, quién no da!

"El consejo es la moneda de que por excelencia somos pródigos; moneda un poco depreciada, pero que sin embargo no carece de valor.

"Claro que al pedírmela usted me honra un poquitín, porque

---

(1) En *La Nación* de Buenos Aires; correspondencia fechada en Madrid, febrero 1917.

(2) Nervo no quería — como cualquier mexicano — a los Estados Unidos. Esto parece admirar a muchos. *La Nación* de Buenos Aires apuntó, al hacer su nota necrológica, (25 de mayo de 1919)... "Sentía por la *hermana Mayor* (?) del Norte admiración, aunque tal vez no efusiva simpatía" — sobran palabras en esa frase. No hay tal hermana y la *efusiva simpatía* no era ni efusiva ni simpatía.

nuestra que me cree capaz de opinar en asuntos vitales para nuestras patrias. Mas, a tal honra debo yo contestar con una actitud sincera, ingenua, necesariamente modesta.

"Sé que no sé nada"...

"Usted empero, previniendo mi objeción insiste y yo recuerdo las palabras de un sabio: "Jamás he hablado con un hombre, por ignorante que fuese, de quien no haya aprendido algo".

"Y a mí personalmente me pasa lo mismo. Yo aprendo a diario alguna cosa; a veces muchas cosas. ¿Y de quiénes las aprendo?

"Pues, de todos los seres que me rodean, sea cual fuere su nivel mental, o el plano de existencia en que se mueven: de una planta, de un pájaro, de un insecto; de un palurdo; de no importa qué hombre elegante, distinguido, deportista... o jugador de bridge...

"Por tanto usted podrá, sin duda, aprender algo de mí, sea cual fuere el nivel intelectual en que me juzgue colocado.

"Vamos, pues, al grano:

"Dice usted que no hay vecindad peor que la de una potencia limítrofe, imperialista, que tiene fauces tamañas y a la cual no le vendría mal comerse al vecino, de uno o de muchos bocados...

"Tal vecindad, sin duda, es peligrosa, tan peligrosa como fatal, ya que un país no puede mudarse de casa, y el problema es grave, aunque no nuevo.

"Desde que el mundo existe, y va para rato, los países grandes quieren merendarse a los países pequeños; y a veces lo logran. Pero no siempre...

"Es casi axiomático esto que voy a decir a usted: cuando uno no quiere que se lo coman... no se lo comen.

"Siendo yo niño me contaba mi "nana" un caso de historia natural, probablemente fantástico, pero de un amplio simbolismo:

"Suele acontecer que ciertas serpientes quieren comerse a las ranas, cuya carne, ya lo sabemos, es exquisita.

"Cuando ven una rana, empiezan, como buenas serpientes que son, por fascinarla... lentamente.

"Pero la rana no es tonta: luego que se siente influida por aquella fuerza que no puede contrarrestar, y antes de que tal influencia sea absoluta, busca por allí cerca una ramita, lo mas larga y lo más sólida posible. Si es espinosa mejor que mejor.

"Se pone esta ramita en la boca, en sentido horizontal; la afianza lo mejor que puede y se deja pasivamente asediar por su enemigo.

"Este acaba por tenerla casi en sus fauces; pero la ramita le impide tragarse al batracio, que, naturalmente, se guarda bien de soltarla.

"En vano los verdes ojos del monstruo dardean sobre el triste animalito sus avideces y sus iras todas: la rana afianza su rama... y se salva".

"Pues amigo mío dilecto, esta rama de dos cabos... como todas las ramas, aunque bien mirado pudiera haberlas de tres y de cuatro, deben nuestros pueblos de América, sobre todo aquellos que no pueden como puede la Argentina oponer a sus enemigos una fuerza juvenil, pero ya experta y contundente, cogerla bien entre sus dientes... y no se los comerán.

"Uno de los cabos se llama diplomacia, la consideraremos primero.

"El otro se llama cohesión militar, lo consideraremos después.

"La diplomacia, ya lo insinué al principio, ha nacido en los pueblos débiles; los fuertes, ¡para qué la necesitan!

"Las pequeñas repúblicas y principados del Renacimiento, que subsistieron hasta que se consumó la brillante unidad de la península italiana, fueron admirables de diplomacia, porque no eran fuertes, y a esta diplomacia debieron muchas veces su existencia.

"Cuando Pulgarcillo es amigo del Ogro, cosa que sucede a veces, no debe exigirle ostensiblemente nada: el ogro se lo tragaría en un santiamén. Pero sí puede decirle:

—"Señor Ogro, a vos que sois tan grande, tan poderoso, tan fuerte, os sientan bien la justicia y la generosidad. Ayer, por divertiros, seguramente, me quitásteis la esmeralda que llevaba yo en el pecho y que era mi único joyel. ¡Os la pido! ¡Devolvédmela! Todo el mundo aplaudirá vuestra actitud. Yo quedo bien, porque recobro dignamente lo mío; pero, vos mejor, vos "como las propias rosas", porque se dirá: "este ogro, que es el más poderoso de los ogros todos, es también el más justo. Nadie lo fuerza — y quien pudiera forzarlo — a restituir la esmeralda, y sin embargo, la restituye. Y ¡a quién! ¡a Pulgarcillo! tan pequeñín... Seguramente Pulgarcillo es un chico muy listo y seguramente el ogro es un gigante muy bueno."

"Debemos advertir que los fuertes tienen la "debilidad" de querer aparecer siempre justos. La justicia es tan poderosa que aún a los que nada pueden temer se les impone y hacen cuanto alcanzan porque cuando menos las apariencias de sus actos reluzcan de equidad.

"Hay otro tecleo aun, y en él cabe de cuerpo entero la diplomacia de Pulgarcillo: el tecleo de la conveniencia:

"Pulgarcillo puede asimismo decir al Ogro:

—"¡Señor Ogro, oidme, y os probaré hasta la evidencia, que no os conviene apoderaros de mi esmeralda!"

"Y se lo probará, con sobra de razones, porque la diplomacia de los chicos es más sagaz, más afilada que la de los grandes.

"Con este sistema, acerca del cual pudiera decir innumerables cosas sin el temor de alargar desmesuradamente mi carta, de seguro Pulgarcillo logrará conservar indefinidamente su esmeralda. Y aun pudiera suceder que el ogro proclamase con voz estentórea:

—"Esta esmeralda es de mi excelente amigo Pulgarcillo y me opongo resueltamente a que alguien la toque".

"Pulgarcillo, empero no debe dormirse sobre sus laureles.

"¿Qué hará Pulgarcillo mientras el ogro le deja vivir y lucir su piedra preciosa?

"Pues estudiará día y noche la vida del ogro y de los otros ogros que tengan "intereses análogos" a los de éste... Averiguará por qué el ogro es tan fuerte, de qué se nutre, cómo se las arregla para sobrepasar, de todo el hombro, como Saúl, a los hijos de Israel.

"También Pulgarcillo puede crecer, imitando los sistemas del ogro; puede crecer sin ruido; puede crecer hasta tener derechos y prerrogativas que a nadie, ni por mal pensamiento, se le ocurra vulnerar.

"Ya hemos asistido en el mundo al desarrollo sorprendente de muchos Pulgarcillos con voluntad... para que podamos dudar de esto.

"El alimento de los gigantes y de los dioses: "the food of the Gods" de que hablaba Wells en una de sus novelas, no es más que la "Fe", no es más que la "Perseverancia": creer en uno mismo y persistir!

*
* *

"Dijimos que el otro cabo de la vara que sostiene la rana en sus mandíbulas es la cohesión militar; a saber, no sólo ejército, sino un ejercito homogéneo, moralizado, imbuido en altos ideales; con fe en su mando supremo.

"Yo quiero suponer que su país de usted tiene cuatro millones de habitantes.

"Pues bien, en caso de guerra, cuatro millones de habitantes pueden dar, por lo menos, trescientos mil soldados, perfectamente equipados y armados. Y trescientos mil hombres que luchan apoyados por todo

su pueblo, dentro de sus fronteras naturales, que están animados por un soplo de entusiasmo austero; que conocen palmo a palmo su terreno; que tienen un nivel moral que les permita darse cuenta de lo que es la patria, de lo que vale, de lo que le debemos, son invencibles.

"El ogro diría en este caso:

—"Pulgarcillo es duro de pelar... Claro que al fin y al cabo me lo comería; pero me costaría mucho dinero, muchos sacrificios; no me proporcionaría gloria ninguna su vencimiento, y quién sabe si al fin el manjar se me indigestaba y tendría que vomitarlo...

"Quizá se acordaría el ogro de los cuarenta mil boers que durante treinta y un meses se defendieron admirablemente de trescientos mil ingleses, les hicieron gastar miles de millones; perdieron sólo cuatro mil hombres y han acabado por obtener todas las libertades políticas. Y acaso, si se tratase de un ogro práctico, pensaría éste:

—"Más vale ser amigo de Pulgarcillo, que, por lo demás, se desvive por complacerme en todo aquello que no se opone a su dignidad.

"Porque no hay que olvidarlo, amigo mío,, y esta es la clave (sobrado difícil a veces) de la diplomacia de los pequeños: la dignidad de Pulgarcillo debe "siempre" salir incólume en sus relaciones con el ogro".

*
* *

"Ya sé que los ogros, aunque bastos y rudos ,suelen ser pérfidos; sé también que saben estorbar en cuanto pueden el crecimiento de los pequeños. Pero esta ley del crecimiento, amigo mío, es una ley de Dios y todas las insidias y trapazas ogrescas se estrellan fatalmente contra ella.

"Hay muchos países en el mundo, que han crecido entre las fauces de ogros sin misericordia, hasta que llegó su día de sol, día que no deja de llegar jamás para todos los pueblos, como llega para todos los hombres!

"Sabe cuanto le quiere, etc".

*
* *

Y aquí acaba, lector, mi ingenua carta de hace algunos años.

La diplomacia tiene posibilidades infinitas, añadiría yo ahora, y debe procurar siempre ser el triunfo de la inteligencia, sútil, ágil, fértil, de aquellos a quienes la naturaleza providente, que no deja a nadie sin defensa, otorgó tan eficaz arma.

¿Crees tú, lector, que existirían, por ejemplo, los ratones aun, y serían tan poderosos como son en este mundo si los gatos fuesen omnipotentes?

Hay a veces mazas enormes que caen sobre los pequeños; pero siempre quedan huecos en la superficie que aplasta y en esos huecos se guarece la astucia que mañana ha de burlar el contundente acero...

Ulises, que debía ser el patrono de los diplomáticos y que simbolizaba el ingenio griego en lo que tuvo de más sutil, de más agudo, elegante y simpático, nos dió buenas pruebas de cómo se vence a los gigantes...

*
* *

En cuanto a la manera de volverse gigante (aprendiendo de los fuertes la ciencia de la fortaleza) nos la ha mostrado el Japón.

Hace muchos años, en el palacio real de Potsdam, en una fiesta,

Bismarck, cuyas bromas y bravatas no eran de lo más fino, cogió entre sus brazos de coloso al entonces ministro del Japón, que era muy pequeñito, y mostrándoselo a Guillermo I, le dijo:

—"¿Señor, veis aquí a Pulgarcillo? Pues este Pulgarcillo pronto será un gigante".

AMADO NERVO.

*
* *

El representante de México entre nosotros, indicado por las difíciles circunstancias que acarrean los falsos conceptos que se divulgaran aquí y de que me ocupé líneas más arriba, era sin duda, Nervo. La sincera y acertadísima diplomacia del señor Carranza para con los países hermanos, supo ver en Amado Nervo, el poeta tan leído y admirado entre nosotros, al ministro que conquistándose definitivamente los corazones argentinos y uruguayos, tendría la autoridad suficiente para hacer creer a los incrédulos la verdad sobre el México actual: *nada más que la verdad*. Tenía a su favor, además de la incondicional admiración de sus lectores, y de su popularidad como poeta, la rectitud de su conciencia, incapaz de una doblez, la carencia absoluta de ambiciones, la amabilidad inolvidable de su trato y por añadidura, para consolar a los lobos, su reconocida simpatía por los aliados y especialmente por Francia, por quien escribió aquel conocido epigrama dedicado a un galófobo y que publicó en *Serenidad*.

No había pues en todo México ciudadano que pudiera desempeñar, con mayores seguridades de éxito, tan complicada misión, que más que de gobierno a gobierno se hacía de pueblo a pueblo. Nervo sería el Pulgarcillo que escudado en la invencible Justicia, libraría en estos pueblos la batalla contra el ogro formidable y calumniador, más calumniador que formidable. Conversando con el querido poeta amigo tuvimos la convicción de que triunfaría en su empresa. La *fe* le daba alas potentes para el vuelo...

Las atenciones sociales que lo envolvieron a su llegada no le dejaron tiempo. Apenas unos días antes de partir para Montevideo tuvo oportunidad de rectificar un artículejo aparecido en un diario de esta ciudad. La última carta que de Nervo poseo, fechada el 9 de mayo, a eso se refiere.

He aquí la rectificación de Nervo publicada por los principales diarios de la tarde, el 5 de mayo de 1919:

Gentilmente el señor ministro de Méjico, don Amado Nervo, nos pide la publicación de la siguiente carta que ha dirigido al director de *El Diario*.

"He leído en su estimado diario, de 2 del corriente, el manifiesto atribuído a Zapata, y en el cual se hacen apreciaciones tan apasionadas e injustas con respecto al señor Carranza, presidente constitucional de los Estados Unidos Mejicanos.

Crea, señor director, que es ésta una de las veces en que lamento ser ministro de Méjico y no Amado Nervo a secas, para que los numerosos lectores de su distinguida publicación no atribuyan a un prurito oficioso lo que es el eco puro de la verdad. No hay memoria todavía en el mundo de que un gobernante, por ilustre y bueno que sea, tenga todos los sufragios y el señor Carranza no va a ser, claro, una excepción de esta regla invariable.

Pero el respeto que impone por sus condiciones de intachable honradez y sinceridad política a cuantos le conocen, su carencia absoluta de ambición personal, su amor inmenso a Méjico, del cual, a pesar de todo lo que se diga, está haciendo un país fuerte, más fuerte de lo que se cree, y su actitud dignísima en todo aquello que atañe a la soberanía nacional, actitud en la que le acompañamos seguramente todos los mejicanos que merecemos el nombre de tales, ameritarían, sin duda, más miramientos que los que le regatea el manifiesto de un bandido a quien toda la República conoce por sus atrocidades y crímenes y de cuya desaparición definitiva no podemos menos que felicitarnos.

Después de muchos años de ausencia, señor director, he estado en mi patria, y puedo asegurarle que ha sido para mí una lisonjera revelación el estado de espíritu de la juventud, la libertad absoluta que el supuesto "tirano" del manifiesto zapatista ha dejado a la prensa, el celo verdaderamente conmovedor con que el señor Carranza dedica su vida noble y serena a desarrollar las fuerzas vivas de la nación, y la energía, atemperada en el fondo por una paternal indulgencia, con que sabe reprimir los desmanes.

El señor Carranza pretende dos cosas:

Primera: Que Méjico, que ha sido tan hospitalario siempre para con los extranjeros, sea la heredad natural de los mejicanos, sin esquivarse a ningún impulso fecundo y laborioso que venga de fuera, y

Segunda: Que el extranjero que se avecine en nuestra República se someta, como los propios mejicanos, a las leyes de la misma, muy amplias y liberales y no quiera crear a cada paso, hasta en los asuntos más nimios, con apelaciones absurdas a su país de origen, un Estado extraño dentro del Estado.

Otra cosa pretende el señor Carranza que es muy bella en sí y que no significa ni el menor asomo de antagonismo para las distintas razas con las cuales aspiramos a mantener una digna amistad; es a saber: una vinculación más estrecha de los países que hablamos la misma lengua, que tenemos la misma mentalidad, el mismo corazón y que constituímos en la historia un fenómeno único, pues no se ha sabido jamás de tantas naciones que ocupen tan inmensa parte del planeta y que muestren, a pesar de muy pasajeras y accidentadas diferencias, unidad tan maravillosa de espíritu.

Nuestra Constitución, que ha sido acaso un poco restrictiva en asuntos de extranjería, tiende a consagrar esta vinculación en su capítulo II, artículo 30, inciso c, que a la letra dice:

(Son mejicanos) "c. Los indolatinos que se avecinen en la República y manifiesten su deseo de adquirir la nacionalidad mejicana".

Ésta es, señor director, la expresión exacta de los hechos, y yo le ruego que como un testimonio de imparcialidad se sirva publicarla en su estimado diario.

Por ello le envía su agradecimiento anticipado y le estrecha la mano.

Nervo se fue de entre nosotros tan inesperadamente que nos costó creerlo. Todos sus proyectos, — que eran muchos y hermosos, — los aventó un manotón de la *Intrusa*... Nos quedamos sin el gran amigo, sin el dulce poeta, sin el encantador prosista... Nos quedamos con un ligerísimo recuerdo de su figura corporal, y con la tibia sensación de sus manos cordialmente afectuosas en nuestras manos... Nos quedamos con un enojo agrio, áspero, perdurable contra el Destino injusto, contra la Muerte asesina, contra el mismo Dios, que le dijera *¡Ven!* tan a destiempo... (*Si tú me dices, ¡ven! lo dejo todo. — No volveré siquiera la mirada, — para mirar a la mujer amada*... — Etc. "*Elevación*"). Sabemos que con él hemos perdido mucho, mucho, pero ha perdido más su heróico y sufrido pueblo, su admirable México, su querida patria azteca.

BERNARDO GONZÁLEZ ARRILI.

NERVO Y SU MEDIO

Diríase que los poetas americanos que han adquirido mayor celebridad, nacieron para desmentir los famosos principios de Taine. ¿Qué tienen, en efecto, Poe de yanqui, Darío de nicaragüense y Nervo de mejicano? En lo que a Poe se refiere, es probable que si se sometiera a la decisión del sufragio universal, tan en boga hoy para dirimir todas las contiendas, saldría derrotado por Marc Twain. Méjico, por su parte, no obstante la noble tradición imperial, merece aún el calificativo de "país nuevo". Su historia del momento se caracteriza por el desborde de las pasiones elementales: odio y amor, ciegos. Caudillos hermosamente semi-bárbaros, soliviantan las multitudes y consiguen que se inmolen en el altar de sus simpatías, "por que sí no más". Creo que, para su suerte, aun no ha sido invadido por la última etapa de la ñoñería evolutiva: la socialista, cuyo éxito como el jesuitismo, está basado en la disciplina Su actual gobierno, que utiliza melódicos voceros para que abrillanten las impurezas de su origen, no ha tenido el honor de ser reconocido por quienes están amasando la felicidad del mundo.

¿No es extraño, pues, así a simple vista, que el contemporáneo de don Pancho Villa, diluya en ánforas corintias hermosas perlas de cristiano decadentismo? ¿Qué relación existe entre el poeta y su pueblo? Hay pueblos que cultivan determinadas flores y la miel que elaboran sus abejas tienen un sabor inconfundible. Así se dice, y nadie necesita saber más, arte o filosofía griegos, derecho romano, y, hasta determinadas revoluciones, como la francesa, no pudieron alcanzar su propósito, sino allí donde estallaron.

Los poetas y pensadores americanos que han roto el alveolo

nativo, se caracterizan por el rasgo opuesto. Su pueblo no es la mejor caja de resonancia o cuando mucho no resuena más ni mejor que las otras. El nacimiento es un simple accidente. Darío pudiera haber nacido en Colombia o en el Perú sin que cambiase el continente y contenido de su producción. Con Nervo sucede otro tanto.

La explicación del fenómeno podría buscarse en que los pueblos hispano-sudamericanos cruzan más o menos, el mismo período, vale decir, recién trasponen el límite de lo colonial a lo cosmopolita. Y lo colonial sólo interesa a los "interesados", y el cosmopolitismo resulta en todas partes como ciertos cuerpos químicos, incoloro, inodoro e insípido. Los hechos anteriores, por grandes que parezcan son modestísimos cimientos de cascotes, que poco a poco se van confundiendo en un solo haz, y hay que hacer verdaderos esfuerzos para que las glorias anexas y aun las posteriores, no desaparezcan bajo el aluvión de los que se incorporan sin preocuparse del camino fatigoso, que los otros han recorrido. El cosmopolitismo es futurista por impulso biológico. De ahí que, mientras en Europa, los poetas y pensadores exploran con instrumentos cada vez más perfeccionados el laberinto de su historia, buscando tesoros ocultos, América libre de esa impedimenta, tiende a plasmar la historia del futuro. Tal será — dice — tal debe ser.

Una comprobación de este aserto lo ofrece la entera literatura americana: hasta ahora ha producido poetas, historiadores, oradores y hasta sociólogos, pero no ha creado un solo "tipo", salvo Martín Fierro. No pretendemos nada que se asemeje a Don Quijote u Otello; pero ni siquiera un monsieur Homais, tan del ambiente. A mayor abundamiento, como dicen los abogados, podría aducirse que hay un tipo que todos comprenden y festejan y es, justamente, el cosmopolita. Es la mina que explota, con evidente provecho, nuestro llamado teatro nacional. Los actores lo piden a gritos y lo interpretan a maravilla. El italiano, el ruso, el vasco o el inglés que rumian una jerga inimprimible, "llega" y satisface. Las demás figuras pasan como sombras, con el bagaje de su tesis a cuestas. Nadie deplora que no vuelvan.

El artista que en tal circunstancia desea librarse de la chatura actual, como tampoco tiene nada tradicional que interese a nadie fuera de su país, resulta que su producción, cuando se eleva, si algo refleja es esa amplitud de miras, esa cuasi segu-

ridad de que el porvenir será mejor, oponible como rasgo esencial a la mentalidad europea.

¿Y el señor Nervo, y su poesía?, dirá el lector.

Creemos no habernos salido de la cuestión. Nervo, no es un producto de su medio, sino en cuanto no se inspira en el pasado; pero tampoco es del todo americano. América, digan lo que quieran, los que "creen", no está en vísperas de una reacción mística, ni siquiera religiosa. La musa que inspiró al poeta, es una carmelita del siglo XVI, que se quedó dormida en algún convento de la Nueva España. Nervo es el cantor de las *Virtudes cristianas* o mejor dicho de las que la iglesia católica tiene por tales. Más concretamente, predica lo que podría llamarse la resignación activa. "Busca que encontrarás", "golpea que te abrirán"; pero si no encuentras o no te abren, no te desesperes, vuelve a buscar, vuelve a golpear.

El continente guarda relación con el contenido; dulce, apacible, bondadoso, a veces no versifica. Una de sus mejores poesías, *Fides*, dice así:

"No te resignes antes de perder definitiva, irrevocablemente
" la batalla que libras. Lucha erguido y sin contar las enemigas
" huestes. ¡Mientras veas resquicios de esperanza no te rindas!
" La suerte gusta de acumular los imposibles para vencerlos en
" conjunto, siempre con el fatal y misterioso golpe de su maza
" de Hércules".

Es una linda prosa, que se transforma en poesía con la cooperación del lector.

Como quiera que sea, la obra de Nervo está llamada a perdurar; pero para su suerte, al revés de lo que le pasó a Darío, no tendrá discípulos. Su mayor mérito consiste, fuera de los innegables como poeta y aún como pensador, en algo que traduce la siguiente anécdota:

"Cuenta un hijo de Darwin, que su abuelo, el padre del sabio, no obstante su carácter de médico, era bastante chacotón Solía hasta contarles historietas alegres a sus enfermos para que siquiera momentáneamente olvidasen la causa de sus achaques Llamado con urgencia una noche en consulta con otros colegas a un castillo señorial cerca de Londres, pudo comprobar a poco de examinar al sujeto, que no se trataba de un enfermo sino de un cadáver. Los otros médicos así se lo habían ya manifestado a la esposa, una dama de abolengo El padre de Darwin al ver

la aflicción de la señora, en vez de aumentarla, confirmando el diagnóstico, le dijo que no desesperase, pues aún era posible una reacción, etc., etc. La dama se calmó y quedó muy consolada. Días después le pidió la cuenta; se trataba de cinco libras esterlinas. El médico quedó sorprendido al ver que la dama en vez de *cinco*, le envió un cheque por *veinticinco*. Creyendo que se trataba de una equivocación, fué en persona a verla, y cuando se enteró de la causa de la visita, se sonrió y le dijo. — No es una equivocación. Le he mandado esa suma, porque mientras los otros médicos me dijeron que mi marido estaba muerto, usted me dió esperanzas de que podía salvarse".

Es probable que muchos seres, después de leer algunas poesías de Nervo, si pudieran, le recompensarían de la misma manera.

LUIS PASCARELLA.

AL VIAJERO QUE SE VA

Llegó en una mañana de sol y de alegría.
De pie sobre su barca de oro y marfil venía.
Como Wilde en la mano un gran lirio traía.

De sus labios volaba la paloma del verso
con un ritmo armonioso, con gracia y sin esfuerzo,
que era como un latido de amor del universo.

Con palmas jubilosas saludamos su arribo.
Y él cantaba. Su canto era un encanto vivo,
y era como paloma con un gajo de olivo.

Salieron a su encuentro ondulantes doncellas
con labios como brasas, con ojos como estrellas,
y él floreció de versos divinos para ellas.

Su voz entraba al alma como un rayo de luna;
tenía un suave acento confidencial y una
franqueza cariñosa de huéspeda oportuna.

Así se abrió camino entre los corazones;
así llegó a nosotros, preocupados varones,
y nos meció en la límpida onda de sus canciones.

La paloma del verso que de su alma partiera
nos traía la paz, como una mensajera
del arca insumergible y santa de su quimera.

Con rítmico aleteo llegaba a nuestra mano;
en ella palpitaba lo mismo que un humano
corazón, y cantaba muy quedamente: "hermano"...

La barca de marfil y oro del poeta
aguardándole estaba, a la orilla sujeta,
como un cisne dormido sobre la mar inquieta.

.. ..

Y ahora lo llevamos silenciosos al puerto...
Con un manto de flores innúmeras cubierto
va sobre nuestros hombros estremecidos, muerto!...

Y en la barca de oro y marfil lo dejamos.
Lo dejamos tendido en eterna quietud.
Se oye una voz que dice como un sollozo: "Vamos"....
Parte la barca... Todos con dolor la miramos
y al alejarse vemos su forma de ataúd...

Sigue, sigue tu viaje, divino Musageta...
Esta mar que ahora cruzas, eternamente quieta
es la Inmortalidad, la Eternidad, poeta!

Adiós, adiós hermano!
Tú callas, pero sigue vibrando tu canción
y en nuestro corazón
anidan las palomas que soltaba tu mano.

EMILIO FRUGONI.

Montevideo, Mayo 25.

SU FILOSOFIA

Padecía del mal metafísico. El perpetuo problema cuya solución atrae como un espejismo en las lontananzas del saber afligía su mente y exaltaba su sensibilidad. Al través de toda su obra literaria se destaca la sinuosa huella de su afán filosófico. Giros abstractos, términos técnicos interrumpen de vez en cuando con un prosaísmo anguloso la eufonía de sus versos como la piedra del arroyo obstruye la corriente rumorosa del agua y la obliga a encresparse en burbujas irisadas.

Mellizas son por cierto la filosofía y la poesía. El poeta como el sabio, unidos ahondan en el laberinto del alma humana pero con distinta herramienta. Alguna vez por solaz la intercambian siquiera por breves momentos. En realidad el pensamiento filosófico en el poeta se oculta bajo la forma artística, se refleja tan solo en el tema concreto, rehuye la expresión directa y escueta, se ignora a sí mismo para insinuarse con el embeleso de la emotividad estética.

Así también en Amado Nervo. Pero con frecuencia — los críticos literarios dirán si excesiva — se complace en decirnos sin disfraces su concepto de lo trascendente o en predicarnos su concepto de la vida. La sensación del misterio no le abandona un instante, su poesía se vuelve una ofrenda metafísica y por eso podemos hablar de la filosofía de Nervo.

Sería sin embargo una torpeza pretender darle un sitio en el casillero de las sistematizaciones. Su amor intelectual surgía de las fuentes de otro amor que, sentimiento espontáneo depurado en el trascurso de la existencia, columbra como el Eros platónico en la contemplación de la belleza la vía mística hacia el imperio de los arquetipos.

Pertenecía al grupo selecto de los espíritus libres y creyentes. Si con el hábito de su adolescencia habíase despojado tam-

bién de toda estrechez dogmática, si no necesitaba del apoyo del rito y del culto externo, no se amenguó por eso el fervor de su sentimiento religioso. Y en consorcio con una inteligencia tan clara y culta por fuerza debía buscar su expresión así fuera abstracta. De ahí la necesidad metafísica, el interés filosófico, el estudio apasionado de todas las teorías del occidente y del oriente.

No asimilaba sino lo afine; con pausa ascendió a su posición definitiva. Parece hoy una ironía hiriente aquel soneto ingenuo de sus mocedades donde exclama: "Triunfa Spencer, muere Aquino, nuestras madres ya no rezan". No podía ser más que un episodio fugaz la pseudo-científica concepción mecanicista, amoral y antiestética, para una mente dotada de sensibilidad tan exquisita. Menos aún debía satisfacerle la rigidez lógica de alguna construcción racionalista más o menos escolástica. Había de apelar "a la intuición y no al análisis". La tendencia a sumergirse en sí mismo, a perderse en honda visión interna, a encuadrar el mundo en las categorías de su espíritu siempre dispuesto a imponer y no a someterse, todo su lirismo subjetivo en fin, debía hallar la expresión correlativa en el idealismo subjetivo. "Nada se plasma fuera de tí".

No es menester mayor erudición para señalar las fuentes de su modalidad filosófica; él mismo las señala. En primer lugar los idealistas románticos. Schopenhauer de primera mano, Schelling al través de sus continuadores y plagiadores. Bergson entre los contemporáneos. La vieja sabiduría del Indostán también supo fascinarlo. Y luego y sobre todo los místicos sin distinción de países y de tiempos; al fin, desde Benarés hasta Avila todos experimentan lo mismo, si bien cada uno lo refiere en su idioma vernacular.

No logró a juicio nuestro, ni lo intentó acaso, precisar en un orden dialéctico sus intuiciones y presentimientos. Algún ensayo sobre los supraespacios no fué mayormente feliz. No quiso renunciar tampoco al legítimo privilegio del poeta de contradecirse y en ocasiones aun habla mal de los "metafisiqueos". La doctrina de sus predilectos compenetró sus propias inspiraciones no en un nuevo sistema sino en una actitud.

En el proceso de su evolución mental las influencias místicas tienden a prevalecer sobre las filosofías. "Un éxtasis le basta a cualquier místico para sondar los más altos misterios".

"Alii disputent, ego mirabor, pues con el farol de tu filosofía no hallarás nunca a Dios, oh mente esclava, sino con el amor".

Así empero como se substrajo al demonio de toda escuela, tampoco recayó en ningún dogmatismo arcaico, ni siquiera en el de los teósofos que un día desgarran el velo de la Maya para zurcirlo al siguiente. El matiz cristiano se acentúa en sus últimos años sin mermar la libertad de sus pensamientos.

Porque ningún dogma ni postulado alguno conturba su espíritu de vidente; él sentía la comunión de los seres en el regazo de lo eterno, la identidad del alma universal en todas sus criaturas, la verdad de lo inefable, la persistencia de lo efímero, la belleza de la bondad, la armonía de los contrastes y cifraba su fe en Aquel a quien designa con el viejo y luminoso nombre ancestral, uno en todas las conciencias y distinto en cada una. "Todos son yo, yo soy todos, oh Cristo!". "Recorres un abismo y otro abismo, para encontrar al Dios que te enamora y a ese Dios tú le llevas en tí mismo".

Concluye por confiarse al impulso inmediato, a la intuición sintética, consciente que su estro superior no ha de llevarle por sendas extraviadas. "Si eres bueno sabrás todas las cosas sin libros". Pero no es esta la intuición de un simple aunque a la simplicidad aspire. Es la luz de un espíritu nutrido por la experiencia, el dolor y el saber; su serenidad es hija de la angustia y del esfuerzo.

Entre tanto el problema ético acaba por absorberlo. Como Platón en su ancianidad y como Tolstoy, él también subordina los valores estéticos a los morales. La forma poética ha de ser solamente el vehículo del bien; denigra el decoro literario, celebra el lugar común, pues: "Este libro sin retórica, sin procedimiento, sin técnica, sin literatura, sólo quiere una cosa: elevar tu espíritu".

Sin embargo la zozobra de la muerte perturba la quietud de su ánimo y con el amor al renunciamiento ascético se infiltra en sus estrofas un dejo pesimista. Cuando alguna vez nos llama a la acción no nos convence. Su evangelio, grato al alma femenina, es de resignada mansedumbre no de fortaleza y de vigor. Como si el karma fuera una cantidad negativa! Esto obliga a considerarle como un romántico y no como un vocero de las corrientes espirituales contemporáneas. Sea el universo un proceso ideal, no por eso deja de ser la realidad para desva-

necerse en una mera apariencia o ensueño. Eso es tomar la metáfora al pié de la letra.

A sabiendas era inactual. Menos mal si nos hubiera señalado las rutas del porvenir, pero no podemos estimarlo así. Sin duda su obra — obra grande — contribuirá a difundir en los pueblos de habla española el credo idealista, el sentido de la libertad espiritual, la conciencia de la dignidad humana y su influencia será fecunda porque aún persisten arraigados los resabios del materialismo positivista con su finalidad exclusivamente económica y sensual. Y es de esperar que tan eficaz como su palabra sea su silencio: en la obra de Nervo no repercute la frase patriotera, democrática, progresista, la ideología ramplona del vulgo, capaz de inspirarnos el tedio de las cosas más sagradas.

Aunque su pesimismo no fuese sino un dulce lamentar y su renunciamiento el desdén de los intereses materiales, ambos inclinan a la blanda resignación, que no puede ser el ideal de las nuevas generaciones. Toda posición negativa es esteril y malsana; la virtud se ejercita en la contienda no en el refugio claustral. Buena falta nos hace un idealismo con una ética austera, pero afirmativa.

Lo confirma el mismo Nervo con su vida; acaso no fué de intensa acción espiritual? Si criticamos un aspecto de su obra filosófica — la poética no es de nuestra competencia — no enunciamos un reproche sino un concepto ético divergente. ¿Quién osaría negar tan luego a esta personalidad soberana e íntegra el fuero inalienable de proclamar las normas de su vida? Era dueño de su albedrío y eligió vivir como "un hidalgo, un santo y un poeta". Precisamente esta afirmación de la propia personalidad, esta lealtad para consigo mismo, esta rebeldía a todo yugo extraño es la gran enseñanza que nos obliga. Honrémosle; no así a sus imitadores. La hombría altiva y serena de Nervo se vuelve una mueca postiza en la grey simiesca de los nervoides.

ALEJANDRO KORN.

LA FILOSOFIA DE AMADO NERVO

Puedo afirmar que el tema es poco seductor. El análisis literario y artístico de la obra de Nervo resulta mcuho más: el natural deseo del elogio halla mayores asideros en esto que en aquello.

Con todo, no he hesitado, no solamente porque me determinen mis aficiones y orientaciones mentales, sinó porque en el pensamiento del autor lo filosófico debía entrañar mayor importancia que todo el resto en su producción. Como es sabido, desdeñó los juglarismos palabreros, las apariencias esotéricas, las delusorias monsergas simbolistas, los impasibilismos y ataraxias de las escuelas más o menos en boga: nada hay de más diáfano que su lenguaje, nada hay menos escuelero o "categorizado" que su conjunto de ideas.

Mas será bueno entenderse. Hablo de "su" filosofía en dos sentidos: en cuanto es suya, esto es, en cuanto cobra en él matices que la individualizan, según es de norma, proporciones guardadas, en cualquier supuesto análogo; y en cuanto se trata no de la que él inventara o creara, sino de la que modelara sobre elementos bien ajenos.

Siguese, entonces, que no media lo que se da en llamar un "sistema" filosófico, vale decir, un conjunto de conceptos (o lo que le equivalga) más o menos disciplinados y organizados, más o menos centralizados y unitarizados. Se trata de una filosofía más en pequeño: los problemas del mundo, de la vida, de la materia, del espacio y del mismo espíritu, apenas si cuentan con alusiones; en cambio, lo que podría denominarse filosofía moral, de la conducta y del consejo, constituye casi toda la trama de su obra.

De ahí que, de aplicarse un criterio que considero fal-

so, cupiera ver en ella una enseñanza, una didascalia, como se hace con el soberbio *De natura rerum* (a cuyo respecto se incurre en la evidente grave confusión de tomar la forma por el fondo, pues se trata de un poema esencialmente filosófico).

Aun así la aproximación sería puramente externa. Lo que en Lucrecio es vastedad, es creación y genial intuición (al extremo de haberse adelantado a muchas cosas: la perennidad de la materia, la inmortalidad de lo que hoy diríamos el protoplasma, las concepciones bergsonianas y el mismo eterno retorno de Nietzsche), en Nervo es restricción, imitación o adopción, y aplicación pura. Más: la riqueza polifónica del poema latino, llevada a gratas "disonancias", como aquella de la oveja que pierde su cría, en la obra de nuestro muerto se resuelve en una monotonía tan constante que, en *Los lotos* sobre todo, alcanza a la pesantez, y tal que Nordau habría incluído a aquél entre los místicos que tanto fulminó.

Bastaría verlo en ese sonido de lira monocorde con que se alude a la muerte. "El ansia del misterio me agita y desespera", dice por ahí. Nada de más exacto. "Vive con la vida que sus muertos no pudieron vivir". Elogia la muerte de la novia, o de quienquiera. Invoca la muerte, que es la "liberación". Tiene horror del "pecado de vivir". *Et sic de cæteris.* Véase cualquiera de sus libros, particularmente *Plenitud, Elevación* y *El estanque de los lotos.*

Así es todo el resto. El optimismo persistente de sus "está bien" o "bueno, y qué", no es generoso (ni aun sincero; "sólo creo en el dolor humano", nos dice en *Perlas negras*): es un optimismo vitando de resignación (véase *Elevación*), de renunciamiento, de impotencia y claudicación.

Quien predica la inercia o la indiferencia, que conduce a "mirar la nieve de la montaña" con despreocupación de los graves problemas de la guerra o del todopoderoso impulso del amor (*Estanque de los lotos*), quien canoniza el sueño como la clave de la ciencia suprema (mismo libro); quien protesta contra la risa y erige la tristeza en principio de vida, acaso determinado por sus "tan raras alegrías" y por "el astro funeral de su tristeza" (*Perlas negras. Serenidad. En voz baja*, etc.); quien hace la apoteosis del silencio, que se mira como padre de vida interior y elevada (por lo demás, en plena contradicción con lo público de sus escritos), según repite en

dos capítulos de *Elevación* y en una composición de *El estanque;* quien pontifica sobre las "dichas infinitas de plegarse" a los designios divinos y aconseja que se sea "declive, no roca" (*Hermana agua*); quien proclama "la renunciación completa, irrevocable" (*Perlas negras*); quien huye del hombre y del mundo (mismo libro); quien así filosofa o enseña, filosofa mal y enseña peor.

Hay en la vida una sola cosa irrefragable: la misma vida. Quien dude de ella, resulta un sujeto de sanatorio. Hay en el mundo una cosa incontrovertible: el mundo mismo. Quien dude sobre su existencia, quien se niegue a afirmarlo, no está lejos de la demencia.

Comprendo el punto de vista: afirmar el mundo interior, no es excluir el mundo exterior; negar el mundo exterior no implica sinó esto: que es una perenne creación de nuestro espíritu, que en realidad no está fuera de nosotros sinó en nosotros mismos.

Pero no es eso lo que aquí juega. En Nervo el mundo exterior es una ilusión y una mentira, es la "maya" india. De ahí que para él no haya otro mundo que el de la propia conciencia. Si con ello se quiere hacer resaltar lo rico y fecundo de la vida íntima, nadie habrá de protestar. Mas si con ello se quiere, como ocurre, el aislamiento, el anacoretismo, el olvido de los deberes cívicos y sociales y de las mismas exigencias de la familia o del soberano amor, entonces se delira, entonces no se sabe lo que se dice.

No exagero: es lo que en el caso acontece.

Ya se ha visto lo de "mirar la nieve de la montaña". Léase *La conquista*: el individuo (y renuncio a lo circunstancial, que no cuenta ni allí ni aquí) que resulta desdeñando un amor que perseguía con toda ansia, simplemente porque ha encontrado su "dios interior", o es un degenerado o no es de esta mísera tierra. Léase *Soledad*: malgrado su protesta final, es un epinicio enfermizo, pues entraña la antinomización innecesaria e irreal del espíritu superior — pura mente, pura luz — y de los lazos (de amor, de familia, etc.) que lo reatan al prosaísmo de la vida; siendo así que, fuera de casos que ni remotamente son legión ni regla, la necesidad afectuosa en nada resulta empañada, aunque se categorice y eleve según las circunstancias, por lo superior o inferior de ningún espíritu

(compárese si no, esa *Soledad* con la de la *Vita solitaria* de Leopardi o con la de *Le solitaire* de Lamartine). Escúchese esto: el poeta echó dos redes, la del análisis y la de la intuición: la primera quedó vacía; la segunda se llenó, al extremo de contener el mundo entero... Ese antiintelectualismo — hoy tan de moda, lo admito, por obra de algún pseudofilósofo que también ha sido impuesto por la moda — es en él palmario: en *Plenitud* nos dirá que a mayor inteligencia mayor limitación; por ahí nos afirmará que "los libros esenciales" lo han dicho, previsto y resuelto todo; a cada paso habrá de repetirnos que la ciencia es delusión pura, y que la intuición es el recurso mágico para penetrar en lo más abstruso o recóndito. Por eso llega a glorificar la inconciencia. Por eso arriba al elogio de la pobre idiota que "está pensando" al mirar las nubes y la "infinita lontananza". Por eso ha podido sentar que las rosas tienen una forma de existencia "infinitamente superior" a la del hombre. Por eso ha debido llegar a esta enormidad: la nube mirífica (y el canto es en verdad precioso por las imágenes en que se desenvuelve) sólo tiene dos espectadores: el asno y el poeta (mis parabienes a los asnos). Quien todavía conserva alguna duda sobre mi punto de vista, no debe leer *Las voces,* poemita final de *Perlas negras,* que consagra esto: "vivir, obrar es malo; disolverse... eso es bueno".

Habría para rato si se insistiera. Véanse estas otras notas: La fatalidad nos rige. Nos esclaviza el destino (sin perjuicio de que en alguna parte diga que él "fué el arquitecto de su propio destino"). El mundo, con la vida y los individuos y las mismas cosas, entraña una finalidad predeterminada. El hombre es, de consiguiente, un mero instrumento pasivo de esa predestinación, un esclavo de fuerzas que lo aherrojan irremediablemente. De ahí que cualquier esfuerzo sea inútil. De ahí que la acción resulte vana (y ha querido consagrarle un pequeño canto, enclenque y miserando, en *El estanque!*). De ahí que la obra personal tenga que ser una impostura o una imposibilidad...

Es el quietismo. Es la pasividad. Es el suicidio. Los países de una filosofía así — China, India, etc. — lo prueban mejor que cualquier razonamiento: han vegetado en una clorosis de inanición que los ha hecho regresar: "qui non proficit, deficit",

decían ya los latinos, que han sido los hombres de más acción en el mundo.

Fatalismo... ¡Qué malsano es todo eso!... Dice Spinosa en su *Etica* — que todo el mundo culto debe conocer (y no cuesta gran cosa, pues hay ediciones bien vulgares), porque entraña una filosofía de alta virilidad — que es pueril suponer que Dios persiga algún fin, por lo mismo que mal puede desear una cosa de que no está privado, ya que todo, los fines entre ello, se resume en El.

La muerte... Tendría yo sumo interés en conocer la psicología del poeta durante la enfermedad que lo arrebató de este mundo... Mucho la temía y le acordaba en *Perlas negras* y aun en *Serenidad*. Más de una vez la ha presentido. Fuera de ello, apunto que la preocupación de la muerte es el antídoto de cualquier pensamiento, de cualquier acción, de todo cuanto es vida. Y anoto estas dos observaciones de Paul de Saint Victor: "La mort n'apparait dans le pur climat de la Grèce que sous sa forme la plus lègère"; "Ce culte de la mort fut la plaie historique de l'Egipte, plaie plus terrible que celles dont la frappa Moïse. C'est une mauvaise école que le sepulcre; il enseigne l'immobilité, l'engourdissement, le sommeil. Un peuple tombe vite dans la décadence lorsqu'il ne fait que monter et redescendre les escaliers d'un tombeau". Traslado a los decrépitos.

Todo ello me extraña no poco en Nervo. Espíritu de selección, ha dispuesto de sobrados medios para rehuir sugestiones semejantes. Podría argüirse en su descargo que se trata de una simple actitud, de una mera *pose*, acaso de una *boutade*. No lo creo. El poeta me parece bien sincero: vuelca todo lo que tiene adentro. De otra suerte no se explicaría su insistencia, ni resultarían justificadas sus repeticiones.

Me lo explico, asaz insuficientemente, en otro sentido: su fuerza de resistencia intelectual o ideológica, ha de haber sido mínima ante lo absorbente de sus intuiciones y amores psicológicos (no quiero hablar de preconcepciones), para apreciar, pesar, contraponer y quintaesenciar los conceptos.

Efectivamente, Nervo ha de haber sido de una bondad infinita: su "dar", sus "bendiciones", su "devolver una rosa por cada punzante espina", su resignación ante la injusticia, su consuelo de que cuanto le "acontezca tiene que acontecerle por su bien", su propensión a tener que "compadecer mucho para amar

mucho"; todo está patentizando que nuestro muerto ha sido un ángel. Y es obvio que una bondad así extremista no es humana: es enfermiza, y así debilidad (le gustan las tardes grises y melancólicas, las notas lánguidas, los colores indecisos, las niñas pálidas; por ahí nos dirá que "su númen es así pájaro enfermo", nos hablará de su "novia bohemia: la Neurosis", y nos acongojará con lo del "desastre de mi salud", y con lo del "pálido asceta, qué mal me hiciste", o, más aún, con lo de "el cáncer implacable que me muerde").

Además, ha de haber amado bien poco en la vida, malgrado sus protestas en contrario. Lo probarían su *Conquista* y su *Soledad*. Lo patentizan sus nostalgías amorosas en *Serenidad*, explicables en quien sólo ha amado una vez (mismo libro), y en quien "no sabe de pasión" ni quiere amar (*Perlas negras*). Lo acredita su confesión de que ama mujeres increadas e ideales, porque ama en general lo vago y desconocido. Lo justifica su extraordinario amor a Dios, "hasta la médula de sus huesos", en el cual confía y espera, en el cual resume sus esperanzas y pensamientos, al cual consagra sus actos y su vida entera, hasta la feliz liberación de la muerte que lo llevará a su seno. Lo demuestran sus contradicciones en materia de amor: aconseja que se ame cualquier cosa, a cualquier persona, en todo momento o lugar, que se ame y se ame; lo que no empece que califique luego al amor de "engaño", malgrado fuera antes el "medio de ir a Dios".

De otra parte, su prédica de que la fe y el amor conducen a la suprema sabiduría, lo que le hace decir que "sabe" del misterio y que "comprende el vasto sentido de las cosas", dista no poco de tener la más leve confirmación en su obra. En parte alguna nos ha dicho, en efecto, qué es lo que sabe, cuál es el misterio que ha develado, qué verdad ignota para los mortales que no estamos ungidos por esa gracia superior, ha descubierto. Bien al contrario! Aún con relación a lo subjetivo de la pura fe, se encontrará más de una vez la confesión de su duda, y se hallará su interrogante sobre la naturaleza o los designios divinos.

Era inevitable. Su filosofía no pudo ser rica ni alta. Es una filosofía cualquiera, más o menos bien o mal digerida, y cuya misma calificación puede ser puesta en duda.

Oigase algunas de sus contradicciones.

La fe, el amor, la intuición, son timbres de ciencia sobe-

rana, son la esencia del mundo. La ciencia, las ideas y los conceptos, son una mentira. Tal es su prédica. Ello no ha impedido que más de una vez nos diga (sobre todo en *Plenitud*) que "nada hay ilógico en la existencia", y que el mundo es un ente de razón.

Su Dios, que es la perfección suprema, "se perfecciona, sufriendo, en nosotros"; como si el perfeccionamiento y el sufrimiento, hechos contingentes y limitados, fuesen simplemente concebibles en lo absoluto de lo que está fuera del tiempo, del espacio, de la vida y del mundo (en otra parte nos hablará de "divinas rectificaciones" de la evolución).

El automorfismo de su *Alma de las plantas* es antifilosófico, por lo menos afilosófico. "Sufre la rosa, llora la rosa: no la cortéis!". Trasladar nuestros humanos estados de conciencia a las plantas y a las mismas cosas, es antropomorfismo puro, que nada justifica. También admito la recíproca, de que no hay nada que autorice a sostener lo contrario, por la elemental razón de que ante lo disparatado de los términos en juego, no hay factor común que permita al conocimiento adecuado. Por lo demás, no han sido menester los experimentos de Bosse para demostrar que las plantas tienen algo de lo que en lenguaje humano llamaríamos sensibilidad: se contraen, se dilatan, se cierran, se inclinan, se "enferman" y hasta mueren, por la acción de la luz, de la electricidad, etc. Ya Spinoza había dicho: "omnia, quamvis diversis gradibus, animata sunt". Y nuestros paisanos de la campaña saben cómo hay que "matar" un poste de alambrado, para que sirva como poste y no como elemento de vida... Y entonces, habría también que exclamar "no matéis un cardo, no rompáis un guijarro"?...

Y eso que su información no parece secundaria. No son raras sus alusiones a la química, a la biología, y, sobre todo, a la astronomía (que lo seducía no poco: recuérdese las poesías "Ad astra" de *Serenidad*). Dijérase, no obstante, que son de aficionado o de visionario, pues resultan inarmónicas o superficiales (por ejemplo, alguna vez se le ocurrió discurrir sobre el hiper-espacio y la cuarta dimensión, y dijo deliciosos "non sens"

No de otra suerte cabe conciliar su "vanidad de toda filosofía" con el elogio de Platón, Pitágoras, Epicteto, Marco Aurelio, etc., y con el cálido panegírico de los libros "urnas de ideas", "arcas de ensueño" y "flor de la vida consciente", ni, particularmente, con la sugestión, la imitación y la cita de la filosofía india

y budhista. De ahí, por ejemplo, la nonada o el prosaísmo de *El espectador,* contenido en *El estanque.*

A propósito, hube de hacer dimanar la filosofía de nuestro muerto, de la de Spinoza: su panteísmo, su anonadamiento en el seno de Dios (la substancia universal y la causa natural y única del mundo), me parecía que justificaban la conclusión. Pero me arrepentí bien pronto. Quien, como el gran judío, ha proclamado el deseo de vivir (la voluntad de vivir de Schopenhauer, la presión vital de Guyau, la voluntad de conciencia de Fouillée, la voluntad de poder de Nietzsche, el "élan vital" de Bergson), quien fustiga como enfermizas la melancolía y el ensueño, quien hace de la alegría la esencia de toda afectividad, quien dice que "el hombre libre piensa en cualquier cosa menos en la muerte", quien afirma que "el hombre gobernado por la razón es más libre en la ciudad, donde vive conforme al derecho común, que en la soledad donde es el esclavo de sí mismo", quien sostiene que el mejor modo de conocer a Dios no estriba en refugiarse en su seno sinó en conocer las cosas particulares, quien consigna aquel teorema que causaba la admiración de Schelling (5ª parte, XXX); quien así ha filosofado con masculina altura, no puede ser padre de hijos que proclaman la enfermedad y el suicidio.

La raigambre es decididamente india y budhista: la "maya" y el "nirvana" imperan en el caso con toda plenitud, y entrañan la clave de ese renunciamiento contemplativo que es pura regresión, que es primordial anquílosis y eminente fosilización.

Protesto, hay que protestar, con las energías más supremas, contra filosofías así.

La resignación, la inercia, el ensueño..., son fases de vida, no son normas de vida. La muerte es un grave problema filosófico, al entrañar un misterio que se codea con lo infinito y lo absoluto de nuestras más hondas preocupaciones. Convengo. Pero no hay que pasar de ahí. Si se exceptúa a algunos poetas románticos (Lamartine, *Hymne à la mort;* Hugo, *Ce que c'est que la mort,* en las meditaciones "au bord de l'infini" de sus *Contemplations*), que la han exaltado, si bien ocasionalmente y con un sello escuelero que les sustrae no poca sinceridad, nadie ha hecho de ella otra cosa que un "tema" de filosofía, nunca una regla de conducta. Ni Vigny ni Musset, con toda su amarga decepción, le han rendido parias. El gran pesimismo de Leopardi — desmentido con el ejemplo cálido de su propia vida, como el

de Schopenhauer — apenas si le ha inducido al canto *Amore e morte*. La *hantise* de la muerte en el prodigioso Paul Fort, no ha impedido las delicias de sus *Ballades*.

Bien al contrario. Los poetas superiores, los grandes aedas son una perenne exultación de la vida. Citaría de Hugo este verso: "Son but (el de la tierra) c'est la naissance et ce n'est pas la mort", y aduzco el grandioso ejemplo de sus *Légendes*, que son el himno triunfal del hombre al través de las épocas. Me conformaría con este verso de Verhaeren: "La vie est à monter et non pas à descendre". Recordaría estas enseñanzas del todopoderoso Leonardo: "toda cosa desea mantenerse en su esencia", "todo se esfuerza por conservarse en su modo propio". Del magnífico D'Annunzio se tiene el soberbio testimonio de sus *Laudi* al cielo, a la tierra, al mar y a los héroes, y el epinicio de su *Laus vitae* en el primer tomo de las mismas. Entre nosotros citaría, y hablo de memoria, a Lugones, cuya obra, como la dannunziana, se resuelve más de una vez en una sinfonía de fuerza y de acción.

Cantad la vida, poetas, pues la poesía es hija de ella. Cantad la vida, porque no hay arte ni belleza fuera de ella. "Il s'agit de vivre", enseña Taine en su *Philosophie de l'art*. Y la vida no es más que una suma, una resultante, una *composición* de fuerzas. De ahí la fórmula final de Taine: "Le chef d'oeuvre est celui dans lequel la plus grande puissance reçoit le plus grand dévèloppement". Precisa llegar "à la justification de la vie, même en ce qu'elle a de plus terrible", porque "je n'aime du fond du cœur que la vie", como ha dicho el mago de Weimar en sus dos mejores y más profundos libros.

Tal es el defecto de fondo que, en medio de tantas virtudes, encuentro en la obra de Nervo. Ha sido el fruto de una sugestión: "tantum religio potuit suadere malorum", cabría repetir con Lucrecio. Añorar el cielo es olvidar la tierra. Esa como catálisis mental del influjo de la infinitud y de todo el resto, se resuelve en una psicológica demisión. Todos somos hombres antes que ángeles. Ya lo dijo Pascal: quien quiere ser ángel no llega a serlo, y puede dejar de ser hombre. Es lo que en buena parte — literaria, filosófica — ha ocurrido en el caso de Nervo, y lo que habrá de acontecer a quienquiera que pretenda colocarse en situación análoga.

Para concluir, diré, hablando con Saint-Pol-Roux "el Mag-

nífico", que "proscribir lo contingente y lo finito, es jugar al gallo ciego en el trascendental túnel de las viejas lunas". No sólo eso. Más, o menos, que eso: el espíritu, que es una floración de vida en el mundo, tiene infinitos y absolutos de sobra, e idealismos de toda superioridad, sin necesidad alguna de lo suicida de la inanición y la muerte, para saciar con ellos en tarea constructiva, educadora y fecunda, nuestras ansias de intuición que quiere penetrar lo más íntimo de las cosas, y nuestra sed de sentimiento que procura remontarse a lo más alto de lo sideral y lo celeste. Ya es demasiado huidiza por si sola esta vida, para que de antemano la renunciemos o la arrojemos por la ventana. El trabajo, la ciencia, todas las luchas y conquistas del hombre, todas las esperanzas y reivindicaciones humanas, la patria misma...., que Nervo ha olvidado, o poco menos, bien valen una obra y una vida entera, al implicar una idealidad tan levantada y una viviente *eternidad* que está muy por encima de cualquier añoranza que, por subjetiva, dista de toda trascendencia.

ALFREDO COLMO.

AMADO NERVO

Su morada interior

Si una espina me hiere, me aparto
de la espina, pero no la aborrezco.

Elevación, 72.

Amado Nervo vino al Río de la Plata como un mensajero de paz y de amor de los pueblos americanos, de esa paz y de ese amor que sentimos durante un cuarto de siglo en sus páginas y ahora — en la edad bella y sin pasiones del genio que se cirnió siempre en la atmósfera pura del ideal—con la palma diplomática de ministro de un gran estado iban a substancializarse en prácticas que solo él, que proclamaba el amor, el amor por todo y a todos, "el amor en que tiembla y se retrata el Universo entero", podía sentir sinceramente.

Su muerte por eso, en esta hora inquieta y dudosa, es lamentable. El, ya emancipado de los intereses demasiado humanos, nos hubiera unido en la visión común de ese más allá de América y seguramente, comenzaba para el poeta la obra del político, abierta y noble sin otro pensamiento que la confraternidad, movido por un espíritu que vivía en el nuestro como hermano.

Su alta y flaca figura, su fuerte nariz aguileña; su inmensa frente oblicua; sus pómulos huesosos; sus ojos negros y profundos, su color broncíceo, su fina cultura, su gesto y su bondad, recordaban mucho al infortunado emperador azteca del que Nervo parecía un descendiente. Acaso encarnaba el alma de aquella raza inteligente y activa que no ha muerto, destinada tal vez, en el idealismo europeo tan lleno de combatividad, a proyectar un idealismo menos rojo y más tolerante.

Sin cambiar la estructura poética de sus versos ni la esen-

cia de su sentimentalidad, se advierten dos épocas. La primera, la de su juventud que alcanza hasta los 44 años, llena de una acariciante pasión por el alma femenina (*En voz baja*) en la que escruta los secretos de todas sus bondades, de todas sus noblezas de todo lo que dulcifica ésta vida que sólo por ella es grato vivirla. Sin ella fuera tedio y tristeza. Las moradas interiores de la mujer se abren al espíritu de Nervo encantadoras, sonrientes, misteriosas, incitantes, sin fulgores de incendio mas sí animadas y fecundas; que los sentidos palpan en la trenza de reflejos áureos, en el cabello suave, en los ojos de mirada inquieta, en la boca fresca y pura, en la mano fina y enigmática, en el beso noble, en el abrazo largo y en la promesa continuamente renovada. El verso es fácil, prosaico, parco en imágenes, sin hipérboles, sin paradojas, sin rebuscamientos, sin contrastes. Es el envase liso de un pensamiento que flota en la emoción de los interiores, huraño a los objetos y a los fenómenos; que cuando escapa de su mansión es para volar lejos, lejos con las alas del azur y de los sueños, hacia el centro sin circunferencia del Universo en el que se resolverá más tarde el poeta (*El estanque de los lotos*) ¡ay! por desgracia poco antes de su muerte. La lira heptacorde de oro y marfil entre sus manos ágiles, sedosas y puras, cantará la estrofa llena de óptimos estímulos y robustas sonoridades, al *Trabajo*, al *Amor* y a la *Paz*.

Acaso nos sorprendan versos fatigados, neologismos de dudoso gusto, grandes cosas épicas tratadas en lenguaje doméstico: *A un Prometeo* en proverbio latino; *Al viento y al Mar* en sextasílabos... la nota épica, evidentemente, en la lira de Nervo no encuentra la cuerda de los furores, de las invocaciones, de las tempestades, de los acentos de lucha y de las voces heroicas Por eso se cierne tan lejos del poeta de *El apóstrofe*, un león que rugía, y del poeta *Delle Laudi*, de visiones miguelangelescas. Acaso nunca sorprendamos en él, aquel juego de colores deslumbrantes del pincel y de la paleta del nicaragüense, pletóricos de adjetivos para acuarelar una flor, un paisaje, una reina, una caza, dos amores. Porque no es un poeta objetivo. Es una voz que murmura bajo, cerrando los ojos, sintiendo la dicha en el contacto de alma a alma, en la luz que se revela dentro de sí misma.

Por fuerza, a la edad en que los horizontes se abren, ya

sin la sensación que nos ata al sér que nos hizo grata la materia; sin agitaciones, sin nublados y sin ley científica que rompa el encanto del misterio, debía revelarse en el Universo, ese *Todo* inabarcable, seductor, grande enigma siempre y siempre consoladora morada de este granillo que palpita y parece inmenso mientras está en su cáscara; pero que se desprende de sus pasiones cuando después de la eclosión, sintiéndose puro, busca asilo y se entrega a la luz de la Inmensidad. De ahí *Elevación* que inicia la segunda época del vate, culminante en *El estanque de los lotos,* impregnado de pensamiento y de poesía tanta, que tal vez, nunca el verso castellano ha vibrado con más fulguración etérea, hermanados la belleza del decir y la profundidad del pensar. Creo sinceramente que el poeta grande, el otro gran poeta de América nacía ahora, ya emancipado de los afectos circunscriptos; más penetrado de la historia y de los pensadores, más enterado de los silencios de la noche y de los murmurios de la Naturaleza en donde late el gran corazón en busca del que iba auscultando el alma femenina, pero que encontró cuando sus ojos se elevaron; con otros ardores, con otras promesas, más perfecto y más infinito. ¿"Dónde va tu bajel? ¡Qué importa eso! Fué contigo a cualesquiera playas". El poeta se ha asomado ya a su propio espíritu, viendo en el espejo de sí mismo, el universo, porque contempla el panorama del mundo. Los seres y las cosas pasan, pasan... Maya teje y desteje sus redes. Nervo no había concluído: comenzaba a la hora de las grandes cosas. Su muerte debe sernos muy dolorosa por que nos lo arrebató en plena sazón y en plena robustez mental. Por eso decía a su médico: salvadme, no quiero morir; y pedía un rayo al sol con su alma azteca, confundida en una visión sublime del Hombre. Sentía dentro de su yo agitarse destinos cuya grandeza presentía en esas páginas incomparables de *Las dos redes, Libros, Los Pozos*... El genio canta al genio del mundo, no en arrebatos místicos como han pretendido comprenderlo aquellos que lo han leído parcialmente, sino en el luminoso entusiasmo con que se enardece en las márgenes de la Ciencia, donde sólo puede estar un poeta. Sí, va hacia Dios, ese Dios platónico, tesis suprema del bien, más allá de las cosas, más allá del devenir, inalcanzable, pero motivación eterna de nuestro ideal eterno.

L' oggetto cambia e muore; ma l' idea
resta; resta l' idea assoluta: il bene

"hasta llenar de músicas y luz el infinito". Pero por qué, si nuestra conciencia es la luz de una hora, quiere el sumo Bien? En el alma de Nervo se agitó siempre el alma de Tagore. Antes, "quién sabe" por qué extrañas afinidades; ahora, porque el Sâdhana había penetrado en él como una siembra en un terreno largamente cultivado y de la que recogíamos ya esta prodigiosa cosecha de poemas nuevos segados en madurez, antes que la semilla hubiera germinado toda... Pero, queréis nada más grande que el Sâdhana?

"Leedlo al terminar el día, al fulgor de algún poniente augusto"... ¿Son, acaso, la justificación de una vida que termina? No. Es la inquietud radiosa de la vida interior que comienza. Esa también es Dios cuando es voluntad que domeña y hombre que resiste a sus deseos y se vence a sí mismo. Su fé en la marcha es tan segura que "a qué preguntar, cuando se navega, por el puerto?" Querer es lo que importa. Tan fugaz es el momento de nuestra presencia, que el mal si existiera, no perturbaría la infinita armonía del espacio. ¿Cómo explicarnos entonces, este empeño de crear la dificultad y sentirnos mortificados si tan poco somos dentro de lo que es?

Nervo no es escéptico ni pesimista. Estos males del siglo no penetraron en su morada; por el contrario dijo al poeta: "haz versos tónicos; todo es acción; nada en el universo es estático; todo vibra; la acción "era al principio" según el doctor Fausto, en vez del Verbo". Si la Intuición descubre mundos insospechados y el Análisis conduce al vacío, cierto es que el análisis abre nuevos campos a la intuición, cuando no se extrema en una metafísica insubstancial y dialéctica contra la que va Nervo en *Las dos redes* porque ella sola podría llevarnos a abismos oscuros.

Es innegable que por los modos recientes del poeta mejicano circulan ráfagas bíblicas, budhistas y bramanas; pero antes que una vuelta al pasado aquello significa una vivificación noble de las actividades del presente, porque ¿quién puede negar cuán temerario sería renunciar al pasado, desde que el pasado es una fuerza en la raza y robustece, con sus costosas conquistas, nuestra acción y orienta nuestra conducta? Nervo canta a aquel pasado, porque canta a todo lo que en el mundo es paz y es amor. Nos sería difícil acertar con otra fuente que satisfaciera a ese instinto que suele ser ansia, de vernos sin

ambiciones y engrandecidos en el gran Convite en donde la felicidad consiste en no desear la copa ajena y conservar la propia. Grande es la época que vive su propio pensamiento y el de los demás. El exclusivismo y la renovación fueron siempre anhelos de cerebros menguados. El poeta que cantó treinta años al *Amor* debía consagrar sus mejores páginas a los filósofos que hicieron de él el emblema de la vida. Por ese amor el hombre corre con afán tras el enigma, si bien un tenaz *por qué* proyecta siempre la Esfinge sobre la tela de su ansiedad. Pero existe una marcha, vamos adelante; "si sabes escuchar a los seres y a las cosas; si sabes mirarlos, tornaránse lentamente cristalinos hasta deslumbrarte con su limpidez". La ciencia no hace otra cosa. Y así el hombre se eleva, penetrando más en ese universo cuya esencia, claro está, será siempre un motivo de inquietud, un motivo de actividad, un problema, un misterio sobre el cual el hombre debe batir eternamente las alas de la esperanza y de la fe.

Como las de muchos poetas, no pocas estrofas son vagas; llenas de sentires que pasan y rumores que no alcanzan a definirse. Algo así como pensamientos soñados a los que falta la sensación para tener forma. Mas, no olvidemos que Nervo está siempre al margen de la ciencia, cerca del enigma, dentro de un círculo sin límite y sin nombre, asaltado por el ¿por qué? y el sentimiento indiscreto de ese por qué. Cuando el alma se mueve dentro de un torbellino semejante, en donde sólo se advierte luminosa y definida, la afinidad que crea sin descanso y es amor, la palabra no expresa sino bellezas fluídas, imprecisas y nunca asibles por la razón. Porque la Naturaleza misma al ser en sus cantos un Todo; "siempre igual y siempre nueva; monótona, uniforme, simple; viento, mar, estrella, energía, eternidad" no es sino una expresión abstracta y caótica como la morada interior, espejo de aquélla.

Nervo no nos ha dado un poema orgánico. Como casi todos los poetas modernos, comprendido D'Annunzio (*Laus Vitae*) han escrito los fragmentos de un gran poema a través de sus emociones y maneras, en los que sin faltar la belleza y el tema, falta la unidad sea cual fuere: histórica, filosófica, conceptual, razonativa, alegórica, literaria; pero una unidad. De ahí la repetición frecuente, la contradicción a veces, el grado heroico y la forma trivial con que son tratados los asuntos, como

si el espíritu se resistiese a meditar sobre ellos; como si la voluntad no se resignara al esfuerzo y adoleciera del mal de la hora, el capricho, entregado al puro instinto de hacer, durmiendo casi. "El arte es una larga paciencia". Eso es el genio y su fruto, la Obra. No puede escribirse en días; se necesitan años. Pero nos atormentan los éxitos fáciles o rápidos y nos desespera la espera. De ahí tantas páginas en las que no se pronuncia el genio, lo presentimos solamente. El leer es duro; sobre todo, leer tanto. El aprender es duro, sobre todo aprender tanto. El sistematizar, más duro todavía, si con la lectura hemos de entrar en los laboratorios del hombre y de la Naturaleza. Pero si el poeta no ha de malograrse, debe no sólo escribir el verso; no sólo sentirlo; ha de pensarlo dentro de una arquitectura que tenga un título.

Para Nervo la palabra no tenía secretos, la frase era flexible; fácil el decir, fácil el ritmo, con sus libertades, fácil el acento y preciso el adjetivo; sin más recursos que los recursos bellos y encantadores de la sintáxis regular. Amaba, tenía fe, sentía la esperanza; no lo atormentaban ni la modestia ni la gloria, dos vanidades igualmente angustiosas. No gritó nunca, nunca apostrofó; esquivaba el mal si acaso lo supuso en algo o en alguien, alguna vez. Era la pasta del genio; más dejó solamente lampos de su genio, porque no tradujo la augusta y elevada inquietud de su alma en un *Todo* del que era susceptible su gran espíritu si le hubiese consagrado esa paciencia que aconseja a los otros para alcanzar la cima de lo perfecto. "Porque había tanto amor en su alma que no quedaba el rincón más estrecho para el odio". Pero con esta formidable fuerza, nunca desmentida en las páginas de sus ocho libros, ni en los veintiocho años que escribió, se proponía redimir las pequeñas cuestiones americanas que los pequeños hacen grandes y magnificarnos en una gran comunión de intereses y de ideales. El, amado por los niños, por los jóvenes, por la mujer y por los hombres: en la escuela, en el colegio, en la universidad y en los ateneos; él podía juntar las manos rivales, con su voz acalllar las disidencias y decirnos: sentid la felicidad; y en efecto, sentirnos felices.

VÍCTOR MERCANTE.

La Plata.

EL POETA DE DIOS

Pues busco, debo encontrar.
Pues llamo, débenme abrir.
Pues pido, me deben dar.
Pues amo, débeme amar
Aquel que me hizo vivir.

NERVO.

Sperent in te omnes,
qui noverunt nomen tuum
Domine: quoniam *non derelinquis*
querentes te.

Salmo IX.

No hace mucho, cuando la guerra estaba en su apogeo, los diarios nos ofrecieron un grabado extraordinariamente elocuente, e impresionante en su sencillez. Era un pequeño mapa - mundi, en el cual se veían, como cubiertos de duelo, pintados en negro, los países en guerra, y dejadas en blanco aquellas regiones que no tenían parte en la gran contienda.

Cualquiera podía allí comprobar un hecho singular: las extensiones blancas pertenecían, en su casi absoluta totalidad, a los países de habla española. No se si muchos se habrán detenido a meditar sobre esto. Mas ¿no hacía ello pensar en una como *predestinación* de la raza? ¿No habría Dios elegido a la raza española para una vocación de Paz, para una misión especial en el mundo, durante esta época difícil?

Y he aquí que, como voz suprema de esa raza, como voz representativa de su lengua, surge el Poeta de la Paz, el Poeta del Amor, ¡el verdadero *Poeta de Dios* que esperaba aún la lengua castellana!

El Poeta no surgió para hablarnos de la Guerra, ni para pronunciar su fallo sobre los beligerantes. El vino a decirnos lo único que — no siendo referente a la guerra misma — podía ser oído con interés, en tiempo de guerra como en tiempo de paz, y

ser escuchado hasta por los mismos combatientes. El poeta vino a hablarnos de Dios; a hablarnos del anhelo universal y humano del Supremo Amor.

Ved cómo el Poeta nos ha señalado quizá el camino, nos ha revelado tal vez aquel secreto de Dios, aquella Predestinación para la Paz, de todos los países de la raza española... Porque sus versos dicen a esta raza el único modo cómo podría difundirse sobre el mundo desolado la Paz Verdadera, que no es otra cosa que el Verdadero Amor... Porque si nosotros nos ocupáramos ante todo, como el Poeta nos lo enseña, de encontrar el verdadero REINO, no habría seguramente de salirnos al encuentro la guerra criminal... Y podríamos abrigar la esperanza que el Poeta ha expresado así:

Aguardemos las flores más bellas para luego.
Después del torbellino, las flores se abrirán.
¡El mundo como un fénix, resurgirá del fuego,
y en muchas almas nuevos soles se encenderán!
¡Quién pensará en la noche cuando despunte el día!
¡Con el sereno júbilo de una labor tenaz,
restañará su sangre la humanidad bravía,
en el regazo inmenso de la divina Paz!

De nuevo hermanos todos los hombres, sentiremos
que el mundo es nido vasto de maternal calor,
¡y en él, con ideales lejanos soñaremos,
al misterioso arrullo de una canción de amor!

¿Por qué no hemos pues de esperar que seamos nosotros, los que tuvimos el privilegio de mantenernos en paz durante los terribles días, los que podamos ahora traer al mundo "aquella divina Paz"? ¿Porqué no hemos de ser los que ofrezcamos a la Humanidad, después de la gran catástrofe, aquellas primeras notas, aquellas primeras flores de que el Poeta nos habla; aquellas primeras chispas que han de encender el mundo en un nuevo, divino y fraternal Amor? Ese es quizá el secreto de aquellas extensiones blancas, ocupadas casi en su totalidad por los pueblos de la raza española. Secreto que el Poeta supo sorprender y expresar tan admirablemente.

*
* *

En un día oscuro de invierno, en medio de una lluvia torrencial, sucedióme, hace poco, que oí cantar a un pajarito. ¡Que

efecto singular producía aquel canto! Parecía que sus notas débiles iban a perderse entre el ruido del agua, y sin embargo se oían claras y perseverantes, en su obstinada canción primaveral. Conmovía la fe y el amor del avecilla. Parecíame verla, empapada y tiritando, y no haciendo caso sin embargo del invierno, ni del frío, ni del agua... Nada de esto parecía existir para ella; nada la inmutaba en su optimismo extraño. Su canto era el recuerdo de la Primavera, del sol, de los granos dorados y de las flores todas. ¡Cuán conmovedor y cuán dulce al corazón era este canto en medio de la lluvia helada!

Y bien; así también ha querido Dios que el Poeta nos diera su canción de Paz, mientras los pueblos se despedazaban y la tierra estaba cubierta de combates y de odios... En medio de aquella lluvia de lágrimas, de aquellos vientos de desolación, de aquellos torrentes de gemidos, se oyó la Voz pura, la Voz no turbada del Poeta, que hablaba a los hombres de Serenidad, de Amor..., y que entonaba el cántico de la Eterna Primavera. Para él — sean por esto dadas gracias a Dios — no existió la guerra, ni la matanza, ni los odios. ¡El iba... independiente y ajeno a todo el ruido del mundo, límpido y luminoso como un astro, en busca de su Dios!

*
* *

He dicho de Nervo que fué el Poeta místico, el *Poeta de Dios* que aún esperaba la lengua castellana. Existían sin duda versos de Lope de Vega que suenan, los unos como campanillas de cristal, los otros graves como campanas de bronce; versos armoniosísimos de Fray Luis de León... Existían sonetos perfectos como aquel tan conocido: "No me mueve, oh, mi Dios, para quererte". Y otros menos conocidos, aunque igualmente bellos, como aquel de Luis de Góngora, que comienza así:

> Pequé Señor, mas no porque he pecado,
> De tu amor y clemencia me despido...

Pero estas composiciones perfectas hay que elegirlas aisladamente... Y luego, si buscamos al Poeta místico, profundo e intenso, nos encontramos con Santa Teresa, con su "muero porque no muero" y otros versos suyos, tan deliciosos como estos:

Un alma en Dios escondida
¿qué tiene que desear,
si no amar y más amar,
y en amor toda encendida
tornarte de nuevo a amar?...

¡Y llegamos al incomparable San Juan de la Cruz! Pero estos dos santos vivían una vida extática, de tan íntima unión con Dios, penetraban tan profundamente en la Mística cristiana, que a aquellos que no hayamos vivido aquella vida, que no hayamos recorrido algún camino por aquellos místicos campos, difícil nos será seguirles. Especialmente a San Juan de la Cruz, cuyos conceptos y cuyo lenguaje simbólico suelen ser, para los profanos, harto oscuros... En cambio, Nervo, que es la sencillez misma — tampoco quiero decir que falte sencillez a Santa Teresa, pero en medio de la obra total de la santa, su poesía ocupa un lugar secundario—, Nervo, cuyo lenguaje es sencillísimo y escribe versos modernos, es perfectamente comprensible, en su hondo misticismo, aún para aquellos que no han encontrado todavía a su Dios... Y para ellos escribe este poeta; para los que dudan, para los espíritus sinceros que buscan a Dios con sencillez y *desean* hallarle. A ellos les dice:

Si vacilas, si deja un por qué
en tu boca su acerbo amargor,
¡ven a mí, yo convenzo, yo *sé*!
Todo yo soy un acto de fé
Todo yo soy un fuego de amor.

Y al que está ya en camino, le anima diciéndole, de nuevo:

Alma, sigue hasta el final
en pos del Bien de los Bienes,
y consuélate en tu mal
pensando como Pascal:
¿Le buscas? ¡Es que le tienes!

*
* *

Y he aquí que los que le oyeron se sintieron fascinados y corrieron en pos de él, sintiendo renacer en sus almas la Esperanza... He aquí que hemos asistido a un espectáculo conmovedor y hermoso. Porque hemos visto—¡oh cristianos!—que cuando una Voz fuerte y pura se levanta, cuando un Poeta nos habla de Dios, el mundo despierta, se conmueve; los espíritus se

estremecen. Las almas que más indiferentes parecían, y más alejadas de Dios, tienden su oído... Y entonces comprobamos con íntimo, inmenso gozo, que no está todo perdido, que aún hay para el mundo salvación... Porque hemos descubierto que Dios es aún — como en la Edad Media, y como en todos los tiempos — el UNICO, GRANDE, VERDADERO INTERES para los hombres. ¡Hemos comprendido cómo, en una forma u otra, la Humanidad entera clama aún por Dios!

Se levanta el Poeta y dice: "Dios existe... amo a Dios", y vemos que a su alrededor parecen todos caer de rodillas, y al Poeta se le levanta en apoteósis.

La simpatía que Nervo ha inspirado entre nosotros está lejos de ser una admiración puramente literaria, como podría ser por ejemplo la que nos inspirara un Baudelaire, tan gran poeta y tan artista... Ni se asemeja tampoco a esa simpatía sentimental que han solido inspirarnos algunos otros poetas suaves y subjetivos como Samain. Ni es la elocuencia de Nervo ni la novedad de sus conceptos lo que nos arrastra, como ocurriría con un Verhaeren. Recordemos más bien a Verlaine el insuperable poeta místico de *Sagesse* que nos conmueve con la ternura desbordante de su corazón, cuando, de rodillas, deshecho en lágrimas de amor y arrepentimiento, dirige al Señor su ruego. No, no ha sido una simple simpatía literaria; han sido los corazones mismos, con lo que había en ellos de afectivo y de profundo, los que respondieron y responden aún al llamado de Nervo, a su voz inmensamente persuasiva y dulce.

¿Qué nos ha prometido el Poeta para que así le amemos? ¿Nos ha ofrecido éxito para nuestros amores de la tierra, nos ha ha ofrecido riquezas, gloria? No; el Poeta no nos ha ofrecido sino una cosa: llevarnos a Dios; no nos ha prometido sino un bien y es el divino Amor.

He aquí su invitación:

Todo yo soy un acto de fe
Todo yo soy un fuego de amor.
En mi frente espaciosa lee,
mira bien en mis ojos de azor:
¡hallarás las dos letras de FE
y las cuatro radiantes, de AMOR!

Si vacilas, si deja un porqué
en tu boca su acerbo amargor,
¡ven a mi, yo convenzo, yo *sé!*

Mi vida es mi argumento mejor.
Todo yo soy un acto de FE.
Todo yo soy un fuego de AMOR.

*
* *

¿Y cuál es la fe que el poeta nos ofrece? ¿Cuál es el Dios a quien su amor se dirige, cuando dice:

¡Te amo hasta la médula de mis huesos, Dios mío!

¿Es acaso a un Dios vago y desconocido, impersonal o panteísta como muchos poetas vagamente cantaron? Nada de eso. Un Dios así no inspiraría jamás ese "fuego de amor', esa "llama de amor viva", que lleva la marca del cristianismo, y que solo el Dios personal y definido de los cristianos podrá inspirar.

Sí, a pesar de su afición a los libros Indios, y de muchas de sus poesías inspiradas en ellos y en la Teosofía, Nervo ha cantado un Dios personal y definido; ha cantado el Dios de los cristianos. ¿Qué? Si hasta la Imagen del Dios Encarnado, es justamente aquella ante la cual su corazón parece derretirse de ternura. La Evocación de Jesús es para él de una dulzura irresistible. Y así, irresistible de dulzura, es su composición titulada EL:

Su voz más dulce que una orquesta
sin duda fué... Más que un cristal
su alma fué pura y manifiesta.
¡Estar con EL era una fiesta!
¡Morir por EL un ideal!

Ha dos mil años que pasó
sembrando paz, vertiendo miel,
y de la tierra se adueñó.
¡Ha dos mil años que murió
y el mundo aún vive por EL!

¿Qué le falta al autor de estas estrofas para decir con Teresa de Jesús, la gran enamorada?:

¡Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno!
¡Véante mis ojos,
muérame yo luego!

Vea quien quisiere
rosas y jazmines,
que si yo te viere
veré mil jardines....
¡Véante mis ojos
dulce Jesús bueno!

Por otra parte, su cristianismo no está tan solo en su gran amor a Dios, a Jesús. Está también en su doctrina moral, que no es otra que la moral cristiana. "Por cada espina que me hiere ofreceré una rosa". ¿Hay algo más cristiano que ésto? Lejos de seguir la tendencia budista de sumergirse e inmovilizarse en la contemplación de Dios, por más que esta le atraiga, se aparta de ella para ser útil a sus hermanos. Sigue así el consejo de los teólogos católicos, concretado en estas palabras: "Dejar a Dios por Dios".

...Y es esta, ya lo ves, la prueba máxima
de amor que puedo darte:
no estar contigo, por estar con ellos...
Por escuchar sus quejas, ay, dejarte;
por ayudarles, padecer el frío
de tu ausencia, bien mío;
trocar por sus negruras tus destellos,
¡Y por amarlos, parecer no amarte!

"¡Dejar a Dios por Dios!"... última palabra de la abnegación del místico que es a la vez cristiano.

En el libro *Elevación,* no hay una palabra que no pudiera firmarla el católico más ferviente. Y aún *El estanque de los lotos,* libro cuyo título indica una orientación teosófica, contiene gran número de poesías, casi una mayoría, que se hallan en las mismas condiciones que las de *Elevación.* A este libro pertenecen las dos últimas composiciones arriba citadas, de tan marcado espíritu cristiano. Y otras que podría transcribir: *Pastor,* estrofa de tierno amor y confianza al Pastor divino que no puede ser otro que Jesús; *Oración,* esperanza y fe en ella, las cuales resisten a todo desaliento; *Este día,* idea cristiana de la utilidad del sufrimiento en Dios y con Dios; *El foco,* magnífica composición donde el alma reconoce con humildad, lo gratuito y pasajeros que son en ella los dones del Espíritu, que sopla donde quiere, y cuando quiere...

*
* *

Nervo ha hablado del *Maya,* del *Karma,* de las *Reencarnaciones, de Kalpa,* del *Nirvana;* nombra a la *Fatalidad,* a la *Esfinge,* al *Demiurgo,* a *Arhimán,* demonio de los persas, a *Brahma* que no piensa "porque el pensar limita" y que se

mantiene "en un éxtasis perenne y frío", a "Brahmán que está soñando... soñando en el vacío".

Nervo ha querido sin duda, como el admirable Kabir, "sentarse entre los mil pétalos del loto" en la contemplación, identificarse con el *Ego Superior,* y perder en él su personalidad.

Luego invoca al *Amigo Sublime,* al *Abismo* y al *Arcano...*

Pero he aquí que todos estos nombres se convierten, en el alma y en la poesía de Nervo, en lo que en realidad fueron, o debieron ser en la historia de la Humanidad: Símbolos prefigurativos, prefiguraciones incompletas, imperfectas, y a veces unilaterales del Cristianismo.

¿Pues no debieron los pueblos todos, prefigurar, presentir y esperar — cada uno a su manera — el Cristianismo?

Alimentadas todas las Naciones de la tierra, de parecidas tradiciones — que tuvieron todas sin duda un solo y mismo origen: todas hablaban de una caída antigua del hombre—, alentaban todas la misma esperanza: la de un Redentor. (Los Indios esperaban así la encarnación de *Vichnou* o de *Brahma,* para reparar los males que causara *Kaly, la gran serpiente*).

Y bien; ¡he aquí que, del mismo modo que aparece en la historia de la Humanidad "el Deseado de las Naciones", aparece en el alma y en la poesía de Nervo, la Imagen de Jesús que le subyuga!

Es Jesús en el mundo, y Jesús en el alma del Poeta, quien realiza por fin todas las viejas esperanzas. El, el Mesías, es el verdadero *Brahma,* el verdadero *Kiuntsé, Pastor* y *Príncipe* que esperaban los Chinos, el *Mithras* de los persas, el *Oro Perfecto* de los egipcios, el *Hércules* o *Libertador* de los griegos...

Sí; Jesús, el Verdadero Nombre, el que ha concretado en Sí todas las verdades dispersas en las diferentes tradiciones (y en las fantasmagorías que sobre ellas bordara la imaginación humana), Jesús que realiza todas las prefiguraciones y poesías, debía subyugar al Poeta alimentado de aquellas figuras y de aquellas tradiciones.

Así convenía que fuera. Convenía que el Poeta hubiera revivido en su alma las viejas tradiciones, las viejas esperanzas; que hubiera gustado el encanto de los antiguos símbolos o figuras, y de los conceptos atrayentes de los filósofos y místicos de la India, para llegar rico con todo ese botín de Poesía humana, que debía depositar, con su obra, a las plantas de Jesús. En El

encontraría por fin la Verdad Unica de todas aquellas cosas...

El frío éxtasis de Brahma que sueña en el vacío, se ha convertido para su alma en la Caridad Divina que Jesús le brinda. Y si antes soñaba Nervo en identificarse con el *Ego Superior* y perder en él su propia *Identidad*, cuando bajo esa palabra, cuyo título dice:

> El fenómeno, lo exterior, vano fruto
> de la ILUSIÓN, se extingue; ya no hay PLURALIDAD,
> y el Yo, extasiado, abísmase por fin en lo ABSOLUTO,
> ¡y tiene como herencia toda la eternidad!

él sabe ahora que la identidad de su espíritu de poeta no ha de perderse ya; que esa personalidad de cada uno es sagrada y que no se pierde en Aquel que todo lo puede; que si Dios llama al hombre a ser "uno con El", no es para quitarle el alma individual y libre que antes le diera, sino para que la emplee en gozarle y amarle eternamente. El poeta sabe ya que hay un misterio más grande y más hermoso en ser, aún ALLI, cada uno lo que fuimos en la tierra, sin que esto amengüe la Divina Unión. — Pues si del todo nos perdiéramos en Dios, según el concepto Indo, o si llegáramos a formar parte de El según el concepto panteísta, ¿qué sería el Amor? ¿ni para qué había de existir? — Para que el Amor subsista es necesario que subsista la *Pluralidad*. ¡La Pluralidad en la Unión! (Y no aquella Soledad triste y helada del Ego Superior y único que lo absorbe todo...) La Pluralidad en la Unión Perfecta, y en la Perfecta Caridad, que ha resuelto mil veces la Teología Cristiana en el primero y el más admirable de los Misterios: el de la SANTISIMA TRINIDAD. Si un Dios no ha querido, para poder amar, ser en Sí una sola Persona, por la misma razón ha de conservar la identidad de cada uno de nosotros para los distintos grados de amor...

Y esto debió comprenderlo el Poeta, en su amor a Jesús. Sí; a pesar de todo aquel lenguaje exótico, el espíritu de Nervo era ya cristiano, y nos dejaba presentir su fin.

*
* *

Pero aquella Imagen de Jesús que seducía de tal manera a su alma, no había de vencer en ella hasta el fin. Todavía no podía llamársele del todo cristiano, ni católico. Aunque su es-

piritu religioso estuviera ya dentro de nuestra Religión, faltaba aún el último toque, faltaba la última sumisión. Tenía ya la Fe y el Amor, pero faltábale la Sumisión Total, consecuencia lógica del Amor y de la Fe. Jesús se reservaba para *El* la Hora Suprema del Poeta... Sólo entonces y ya sin ningún velo, recibiría su abrazo... ¿Quién podría decirnos lo inefable que debió ser aquel encuentro definitivo de un alma como la de Nervo, con el Señor que su amor buscaba, el encuentro de aquel claro y bello diamante con su verdadero Sol? Paréceme ver desprenderse de allí un torrente de luz, capaz de iluminar a muchos...

"Sperent in te omnes qui noscerunt nomen tuum, Domine: quoniam non derelinquis quaerentes te".

*
* *

Sí; cuando hemos visto al Poeta ascender por las laderas de *la Montaña augusta de la Serenidad*, todos le hemos seguido amorosamente con los ojos. Le hemos visto hallar la *Plenitud* y nos hemos llenado de esperanzas. Sí; todos esperábamos algo del Poeta... Y cuando por fin le vimos desplegar sus alas en *Elevación*, ya no apartamos de él la mirada, deteníamos la respiración para asistir a esta ascención tan bella, y nos preguntábamos ansiosamente adónde llegaría y si no había de caer desde aquellas alturas...

No; el poeta no nos ha decepcionado. El poeta no ha retrocedido nunca desde que emprendió su vuelo. El resultado era lógico: había llegado a las Puertas del Cielo, y para no retroceder, le fué necesario morir. El Poeta ha muerto. Su muerte ha sido sin duda una fiesta en las alturas. Y ha sido también una Alegria para todos los cristianos de la tierra. Ha habido en esa muerte lo que endulza toda melancolía...

Sí; el Poeta ascendía, y cuando llegaba a las Puertas del Misterio, Jesús mismo le salió al encuentro. Jesús, quien, con los brazos extendidos, le esperaba desde hace más de diez y nueve siglos...

El poeta, sintiendo vagamente su retardo de llegar hasta El, ya le había dicho:

Si tú me dices: "¡ven!" lo dejo todo.
No volveré siquiera la mirada
para mirar a la mujer amada...
Pero dímelo fuerte, de tal modo,
que tu voz, como toque de llamada,
vibre hasta en el más intimo recodo
del ser, levante al alma de su lodo
y hiera el corazón como una espada.
..... he de compensarte mi retardo
difundiéndome, oh Cristo, como un nardo
de perfume sutil, ante tu altar!

Y "Ven" le dijo, así, Jesús, con fuerte voz, hiriéndole con la espada de la Enfermedad, llamándole con los toques de la Muerte. Y el Poeta fué fiel a su promesa, y oyó el supremo llamado... Había llegado para él la hora de la Sumisión Absoluta hacia Aquel cuya Imagen le sedujera de tal modo, y que con tanta dulzura había sabido cantar. Oyó y aceptó la palabra de Jesús que dijo a sus Apóstoles: "Quien a vosotros oye, a Mí me oye... Lo que vosotros desatáreis en la tierra será desatado en el Cielo". Y, recibiendo por fin la absolución del Sacerdote que desataba las ligaduras que aún la sujetaban a la tierra, purificada por el Perdón Sacramental, su alma emprendió el último vuelo... ¡Y no habrá versos humanos que le puedan cantar!

Besó el crucifijo—¡aquel crucifijo que le legara el otro gran Poeta que también supo encontrar a Dios, el gran poeta que fué también gran amigo suyo, Rubén Darío! — Y como el mismo Rubén Darío, expiró este Nuevo Poeta con el Cristo entre las manos.

...Y fué a sentarse a la MESA DEL REY, con las galas del FESTIN DE LAS NUPCIAS, con las galas brillantes del Poeta.

"*Sperent in te omnes qui noverunt nomen tuum, Domine: quoniam non derelinquis quærentes te*".

*
* *

¡Que su paso entre nosotros no haya sido en vano!

"Mi vida es mi argumento mejor", nos dijo el Poeta en el deseo de darnos su Fe. Y he aquí que estas palabras adquieren ahora toda su fuerza, y todo su valor. Porque la Muerte es el sello que marca definitivamente la Vida y la Personalidad de

cada uno... Y la muerte de Nervo ha sido elocuente para confirmar su vida, y dar a su Obra su verdadero y decisivo carácter.

Su vida la pasó en busca de Dios — "Pues busco debo encontrar", "...*non derelinquis querentes te*". — Y su muerte no fué sino el postrarse su alma por fin ante EL, el reconocerle en la Persona Divina de Jesús, quien le salió al encuentro, diciéndole, como el Poeta se lo pidiera: "¡Ven! No abandona el Señor a los que le buscan..." Y el Poeta encontró lo que buscaba. Y dicen que antes de expirar tuvo una sonrisa. ¿A qué otra imagen pudo sonreir el poeta agonizante, sino a la Imagen divina y dulce de Jesús?

¡Estar con EL era una fiesta!
¡Morir por EL un ideal!

DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ.

---

†

AMADO NERVO

Méjico, glorioso Méjico lejano:
Por tu Amado Nervo sollozamos hoy,
Y a media asta flota la bandera donde
Luce nuestro cielo y arde nuestro sol.
Por tu Amado Nervo, por el hijo insigne,
Mensajero tuyo de fraterno amor,
Que hoy, cautivo cóndor que el azul fascina,
Remontó sus alas al azul de Dios.

Breve fué su paso por las playas nuestras:
Desde el alba cumbre de su plenitud,
Con un golpe de alas le bastaba, y diólo,
Y el misterio enorme lo esfumó en su tul.
Aun su voz creemos escuchar, intensa;
Su ademán uncioso contemplar aún,
Y sus ojos, tristes de buscar en vano
Con mirar humano la perenne Luz!

Breve fué su paso... Mas por gracia única
De la Poesía, que besó su sien,
El será por siempre con las almas todas
Donde su hondo acento resonó una vez.
Sí: por siempre vive luminosa vida
El que deja, al irse para no volver,
Como en un arroyo musical la luna,
Reflejada el alma sobre el verso fiel...

¡Oh profundas voces de la "hermana Agua",
De la estrella, ardiente sobre el Más Allá,
De la sombra, enigma que los mitos pueblan:
Misteriosas voces de la eternidad!
Todos os sentimos, sones que no puede
Nuestra lengua oscura traducir jamás:
Sólo en el poeta — ¡privilegio augusto! —
La palabra llega donde el alma va.

Y en el que hoy en brazos del Silencio duerme,
Fué el humano verbo como red sutil
Que sedosa vaga por el cielo, y capta
La fugaz libélula del ensueño allí;
Y resuelta luego y acerada y fría,
Las eternas sombras y el horror sin fin
Del abismo explora, y en sus mallas surgen
Mil oscuros monstruos a la luz de Abril!

¡Ave, Amado Nervo! Pues el astro miras
Que buscó en la noche tu mortal fervor,
Goza del Reposo sobrehumano, mientras
Alas inmortales tiende tu canción.
¡Cuánto lo anhelaste! "—Bienaventurados
Los que duermen", dices; "quien duerme, es un dios"...
¡Duerme al fin en brazos del Inmenso, duerme,
Intimo poeta de mi corazón!

CARLOS OBLIGADO.

EL MISTICISMO DE AMADO NERVO

Seguir, paso a paso, la evolución religiosa del espíritu de Amado Nervo, no es tarea que ofrezca grandes dificultades.

Dos libros marcan, en la vida de este poeta, las fases más características de sus tendencias religiosas: *Místicas*, que completa el primer volumen que Nervo publicara, y al cual llamaba "libro de mi adolescencia", y el que recientemente viera la luz en esta capital, titulado *El estanque de los lotos*.

Ese misticismo, que con el correr de los tiempos debiera saturar con su acre aroma de ajadas flores la obra ya famosa del poeta, comienza tímidamente a insinuarse en las páginas juveniles de *Místicas*. Hay, en los cantos que entonces completaran este libro, más que una franca y bien definida orientación mística, un sentimiento indiscutible de honda religiosidad cristiana. Elévase, la figura admirable del Cristo, por sobre las ideas o imágenes de los otros dioses; se suceden las evocaciones conventuales: casullas de oro viejo, rojas iniciales en el pergamino arrugado de los grandes misales y los latinajos se repiten con demasiado frecuencia para que podamos olvidar que Amado Nervo, iniciado cuando adolescente en la carrera eclesiástica, pasara no pocos años en un seminario, dedicando su tiempo al grave estudio de la teología, el latín y humanidades, y que al escribir *Perlas Negras*, su primer libro de versos, llevaba aun, grabados en sus negras pupilas, los oscuros rincones de la iglesia, los claustros largos y fríos, y que por mucho tiempo después, el aroma monjil del incienso, con que en días de invierno se sahumara la vieja casa solariega de Tepic, donde el poeta volviera antes de abandonar su país natal, traía a la memoria de Nervo austeros y silenciosos frailes, oscilantes incensarios, cirios encendidos de llorosa cera, maitines y letanías.

Amado Nervo poseía un espíritu poético por excelencia, abierto a toda emoción estética. El ambiente del patriarcal hogar cristiano, las viejas y bien cuidadas tradiciones de sus antepasados y, sobre todo, esa larga estada en el seminario, debían, necesariamente, sumergir el alma de ese hombre joven en un profundo sentimiento religioso, que algunas veces se transformó en honda y obsesionante preocupación, llegando a traspasar el límite que separa la común devoción de un vulgar católico de la peligrosa y tentadora pendiente del misticismo.

No pudiéramos considerar este hecho como un caso aislado y extraño. Pocas son aquellas personas dadas a la poesía e inclinadas inconscientemente a la contemplación, que no sufran, a cierta edad, de ataques más o menos largos de leve misticismo. ¿Qué hombre, al cruzar el inquietante umbral de la adolescencia, no se siente agobiado, accidentalmente, por extrañas congojas y amargos afanes, que la inexperiencia de los pocos años no acierta a explicar? ¿Cuántos hay que en esos momentos buscan tranquilo refugio en una iglesia, en la más solitaria y triste, y allí permanecen largas horas sumidos en un arrobamiento que mucho tiene del éxtasis en que solían caer los místicos españoles de los siglos XVI y XVII?

Pero más que un fenómeno psicológico, resultante de la edad, o provocado por las prácticas religiosas en que se educara, el misticismo de Amado Nervo tiene sus raíces profundas en el ilimitado amor que él sintiera por todo lo que se presentara ante sus ojos, y de conformidad con su sentimiento estético, o de acuerdo con sus innegables tendencias religiosas, significara un ideal de perfección.

Pero ese amor a Dios, germinado durante su adolescencia en los cálidos e inolvidables días pasados en Tepic, y florecido, más tarde, en la fría semipenumbra del templo, donde la indecisa luz de los vitrales dibuja en tono grave asuntos de la vida austera de los cenobitas, tenía forzosamente que fructificar en un intenso sentimiento cristiano. Los ojos de Nervo, oscurecidos aún por la espesa y áspera bruma que envolviera las mentes alucinadas de los místicos españoles, no podía descubrir, en el magnífico jardín de este mundo donde el destino inexorable había dispuesto que continuara viviendo, hasta que "Mara" el engañoso le traicionara, otras flores místicas que no fueran aquellos lirios amarillentos, aquellas pálidas azucenas. El loto

de mil pétalos, no había aparecido aún, en el jubiloso resplandor de su inmaculada túnica. El misticismo de este poeta o, mejor dicho, su fervorosa religiosidad es, entonces, puramente cristiana. La figura del Cristo surge, una y otra vez, por sobre la profusa variedad de las imágenes líricas, iniciando así una nueva tendencia poética en aquel tiempo; tendencia que el público dió en llamar mística.

Abandonado el seminario, olvidadas en parte las monótonas oraciones y los viejos salmos, lejos de la penumbra gris de los claustros, cara a cara con la vida real, plena de emociones, de penas, de alegrías, Nervo descubre nuevos y anchos senderos por los cuales su espíritu podrá continuar la emprendida jornada en busca de la divinidad. Este mundo, con todos sus defectos, con todas sus maldades; con sus muchos obstáculos y sus tentaciones incalculables, es una maravillosa revelación para él. Comprende, ahora, que el ideal de perfección, el supremo amor, esa luz que ilumina nuestro entendimiento y guía nuestras almas, no se halla en las celdas oscuras, en los amarillentos infolios; sabe que esa huella invisible, pero imborrable, la huella de Dios en cuya busca andamos, no aparecerá tangible ante nuestros ojos porque mortifiquemos nuestros cuerpos.

Esa sed inextinguible por penetrar en el misterio, por distinguir el verdadero del falso camino, de realizar una vez por todas ese ideal de perfección, subordinando, hasta lo imposible, todos nuestros sentimientos a la idea de lo infinito y absoluto, esa sed eterna no puede apagarse. El espíritu traspasa, entonces, los límites estrechos en que los dogmas de la iglesia le encerraran y busca, afanosamente, otra fuente donde beber el agua de la verdad. Así llegó Nervo a investigar en los libros indos; no persiguiendo un rápido alivio a sus ansias de conocer el misterio, sino en busca de la maravillosa llave que con el madurar de los años, le ayudara a abrir la puerta que oculta el enigma.

Amado Nervo, al iniciarse, aunque superficialmente, en las religiones orientales, va dejando, a lo largo de su ruta espiritual pedazos de fe cristiana. La imagen del Cristo conserva todavía un lugar predilecto en su corazón. Continúa, más conscientemente que antes, amando y admirando la inmortal figura del santo soñador de Nazareth, porque en ella se encarna el símbolo mil veces admirable del "hombre-dios". Jesús, el na-

zareno, es magnífico y llega hasta escalar la cúspide de la divinidad logrando el más alto grado de perfección espiritual. Pero, y aquí difieren en el fondo, las creencias de Amado Nervo con las que abrigan la mayoría de las almas cristianas, el Cristo, como hijo de Dios y su terrenal encarnación, no nos brinda una justa idea del poder y de la grandeza divina. Todo el amor, toda la admiración que nos arranca el "hombre-dios" desaparece, se esfuma, se diluye, ante la estrecha concepción de un "dios-hombre".

Así entendía Amado Nervo y así, también, apreciaba la obra y la figura incomparables del Cristo, basadas ambas en una divina humanidad.

Más independiente de los preceptos que caracterizan la fe en la cual se educara, y en la que buscaba la calma para las inquietudes espirituales de sus primeros años, Nervo continúa investigando en las religiones de Oriente. Más decididamente penetra en el budhismo, y más alta y brillante aparece ante su espíritu la figura imponderable de Gotama; más se aventura por la intrincada selva de la religión brahmánica, y más claridad difunde en su alma la inefable e inconcebible figura de Brahma.

"Creo que Gotama, el Buddha, — me decía Nervo una noche, en que la conversación recayó sobre asuntos religiosos — es más sabio que Cristo; que Brahma es más grande y expresa mejor el sentido de la divinidad que el Cristo; pero Jesús de Nazareth tiene todo mi amor, por que posee lo que no poseen los otros dos; un espíritu bellamente humano".

Amado Nervo había encontrado en las doctrinas de Sidhartha, la incomparable sabiduría de un reformador social, a la par que religioso: conocía su obra no igualada a través de las edades: de transformar totalmente el mundo ideológico del Indo y del Ganges. En Brahma había hallado el símbolo de un verdadero Dios, único e infinito, tal cual le fuera posible imaginarlo el humano cerebro.

Gotama, el Buddha, funda su religión sobre bases filosóficas; religión no exenta, quizá, de extravíos y aberraciones, y se propone la salvación de la humanidad, rasgando las ligaduras con que la privilegiada casta de los brahmanes tiene esclavizada a toda la India. Buddha destruye una religión para construir otra, para edificar una nueva sobre nuevas y distintas

bases. Hay quienes creen ver en esta religión vestigios de la filosofía de Kapila.

Rechaza, el Buddha, la creencia de una vida futura, deshaciendo, así, la cadena interminable de las transmigraciones. En este mundo no existe la realidad, todo es mentira, todo es ilusión. Es "Mara", el pérfido, el engañoso, el *yo* traidor e impúdico, que nos conduce a la perdición por el falso sendero de la concupiscencia. Amado Nervo sabe que "Mara" nos acecha, nos persigue, dispuesto a lanzarse sobre nuestras pobres almas, y le esquiva y le huye. Pero, más teme a "Maya", la gran ilusión de la religión de los brahmanes "que teje y desteje sus redes". Y así, entre Buddha, Brahma y Cristo, juega el espíritu inquieto de este poeta. Su misticismo, dígase lo que se quiera, nada o muy poco tiene de cristiano, no sólo en el sentido que hoy día le dan los que practican los dogmas de la iglesia católica, sino que, espiritualmente, Nervo está mucho más cerca de Kabir y de Tagore, que de Juan de la Cruz o Santa Teresa de Jesús. Sus pasos marchan por la misma senda que hace siete siglos hollara Ramananda, el asceta indio, cuyo sincretismo le llevaba a aceptar las creencias brahmánicas y musulmanas, si bien jamás practicara ninguno de su ritos. Fué el guía espiritual de Kabir, que como Ramananda buscaba la unidad divina.

No creemos que esa orientación hacia un misticismo tan distinto del que cultivaran las escuelas místicas de Occidente, haya sido provocado por hondas lecturas de los libros santos de Oriente (1). Estos sólo influyeron en robustecer las creencias ya existentes en el corazón de Nervo, ahondando aún sus

---

(1) El libro que con más frecuencia cita Amado Nervo, es *El Evangelio del Buhda*, en cuyas páginas parece haberse inspirado al escribir más de una poesía. No existe, entre los libros canónicos del budhismo (v. *The sacred books of the East*, col. Max Müller) ninguno que lleve ese título. *El Evangelio del Budha* está compuesto por un sinnúmero de glosas, extractos y paráfrasis de las prédicas y parábolas extraídas de los cánones budhicos, posteriores a Gotama. v. g. Dhammapada, Fo-shohing-tsan-king, Sutta Nipata, Lalita Vistara, Tripitaka y otros. El símbolo del loto que nace en el lodo y crece en el agua, sin que ésta ni aquél humedezcan o mancillen sus pétalos, no pudiera atribuírsele propiamente al Budha. Ha sido usado hasta el cansancio por los profetas y monjes budhistas, lo repite Kabir en sus poemas, y en él se inspirara Ni-che-renne, para su famoso libro *Saddharma Pundárika*, o "El loto de la buena ley"; un tratado de metafísica, tan oscuro como algunos de los mismos *Suttas*.

ansias de saber, no saciadas ni satisfechas en la práctica de los dogmas cristianos.

En los últimos treinta años, el espíritu religioso de Nervo había sufrido una evolución lenta pero substancial. Quedaron en su alma resabios imborrables de la religión original de sus antepasados; ya lo dijimos más arriba: la figura del Cristo no desapareció nunca de su mente, si bien no pocas veces fuera eclipsada por los divinos resplandores de Brahma o la sabia filosofía de Buddha. Pero ese eclecticismo, si bien logró brindarle temas inacabables para aquellas especulaciones metafísicas, a las que tan inclinado fuera su espíritu, no llegó, en momento alguno, a orientarlo definitivamente. Abrió, ante sus asombrados ojos, nuevos caminos, nuevos horizontes que conducían o indicaban el ansiado fin; y si después de ello aun continuara oscura e inaccesible la senda del amor divino, el espíritu de Nervo estaba más fortalecido, había recibido un impulso formidable que le llevara a continuar su iniciada marcha.

Llegar a Dios, a la suprema unión con ese Dios único que él lleva dentro del corazón, es lo que se propone este peregrino del mundo espiritual. Y unas veces marcha a la vera del Buddha, alimentando su alma con esa extraña filosofía, que salva a los hombres de los horrores de una vida futura; otras veces los fulgores de Brahma "abuelo de los mundos y los mundos mismos" iluminan su camino; pero, quien jamás le abandona, quien siempre le acompaña, con cariño de hermano, con amor de madre, es el Cristo: Jesús de Nazareth, que por ser menos divino y menos sabio, está más cerca de nosotros, los humanos.

En *Identidad* (1), nos habla Amado Nervo, del Nirvana, de un Nirvana al cual es posible llegar identificándose con Dios. Esta interpretación de ese inefable estado espiritual difiere, en absoluto, con la que le dan los buddhistas ortodoxos. Es, más bien, una interpretación inspirada en la filosofía Vedanta de los brahmanes, o tal como la predicaban los sacerdotes buddhistas, cuando añadieron a la religión de Buddha el panteón brahmánico y la trimurti india, viéndose obligados a identificar Brahma con el Nirvana; que no es otra cosa que el *moksha* de que nos habla Manú, es decir, la liberación de los lazos humanos, para que el alma, sin transmigrar ya más, sea

(1) *El estanque de los lotos.*

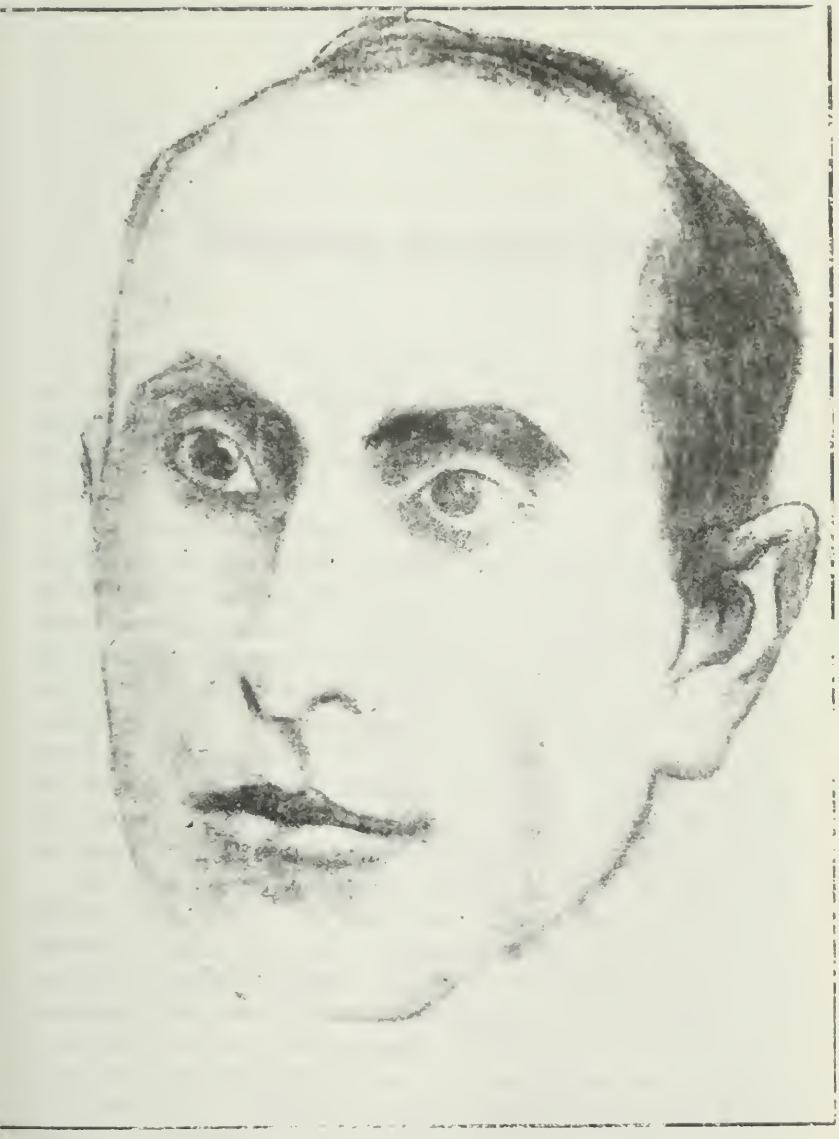
absorbida por la divinidad. Así, también, comprendían ese estado espiritual los místicos persas (v. Ahmed Hatef Isfahani y Ferid ed-din Attar de Nishapur). Cuando Nervo nos habla del Nirvana, no podemos tomar sus palabras como una alusión a la fé buddhica. El Nirvana, en su significado ortodoxo, no es la apotéosis del alma o de la conciencia humana, ni la absorción de aquella, sino el más completo aniquilamiento. "Ni en la filosofía buddhista, — dice Max Müller — ni en el sistema de que se supone que Buddha tomó sus doctrinas (2), se descubre la menor huella de un ser divino en cuyo seno pudiera quedar absorbida el alma humana".

Por eso decíamos, que en el misticismo de Amado Nervo no ha sido poca la influencia de la religión Vedanta de los brahmanes sin que ésta u otra creencia, hayan podido desalojar completamente a la fe cristiana. Y es que por sobre la idea de Buddha está siempre la de un Dios único e indivisible. Así, piensan y creen Kabir y Tagore, así, también, ambicionan llegar a ese indescriptible estado de suma tranquilidad, de perfecta liberación; no para perderse en la Nada aniquilándose, sino para fundirse en la divinidad: en esa divinidad imposible de imaginar — y que por eso, quizá, prefieren llamarla Nirvana, estado inimitable que no puede ser simbolizado por ninguno de los dioses o santos de las religiones semitas, pero que puede alcanzarse mediante un amplio espíritu hondamente religioso, semejante al que inspira a Tagore. Es el amor, terrenal o divino, que destila en el maravilloso alambique del alma humana las más puras esencias de todos los credos, para trasmutar, en una gota purísima y transparente—donde se sacie la sed de verdad que sufre el espíritu de los hombres — la incomparable e intangida armonía de Brahma, la honda sabiduría del Buddha y la figura simple y bellamente humana de Jesús de Nazareth.

C. Muzzio Sáenz Peña.

---

(1) La llamada filosofía de Kapila.



AMADO NERVO

EL MISTICISMO DE AMADO NERVO

Los que hemos comenzado la vida como Amado Nervo, con un error inicial rectificado más tarde, nos hallamos ciertamente en condiciones de proporcionar algunos datos susceptibles de iluminar o explicar ciertos aspectos de la obra del poeta.

Me complace formular interrogaciones: ¿qué es la obra total de un artista? ¿Cómo podemos explicarnos los caracteres de la creación integral de un poeta? Si conociéramos la naturaleza íntima, presente o lejana, del escritor, contestaríamos con bastante exactitud a tales preguntas. Sabríamos a ciencia cierta o relativa que la obra entera del poeta es el florecimiento ulterior de los primeros gérmenes, las impresiones de la infancia, la adolescencia y la juventud. Advertiríamos en el hombre maduro que escribió *Plenitud*, *Elevación*, *En voz baja* y *El estanque de los lotos*, el influjo deliberado o inconsciente de las emociones, las ideas y las inquietudes del ex seminarista.

He aquí que una vocación infantil no bien definida nos lleva hacia la carrera del sacerdocio. Penetramos en esa gran fábrica de caracteres, que se llama el seminario conciliar, cuyas altas paredes nos aislan de pronto, en plena infancia, toda curiosidad, del mundo exterior. Suprimido todo contacto con la realidad externa, necesariamente se despierta la realidad interior, es decir, descubrimos que en el mundo hay una realidad más, fuera de la objetiva del siglo. Poco a poco, gracias a ese admirable instrumento de conquista del orbe interior que se denomina el *nosce te ipsum* de Sócrates y San Ignacio de Loyola, la realidad subjetiva se ensancha y se dilata hasta las visiones internas del misticismo. El silencio, la meditación, la

plegaria mental, la lectura religiosa, la atmósfera de fe que nos rodea y el latín completan la educación del espíritu para la vida contemplativa. Nadie se sonría si incluyo el latín entre las disciplinas que nos conducen a la vida espiritual. El latín del seminario es el de los autores más selectos de la más pura latinidad para uso de las escuelas pías. Leemos y traducimos a Fedro, Cicerón, Cornelio Nepote, Julio César, Salustio, Tito Livio, Terencio, Marcial, Catulo, Ovidio, Virgilio, Horacio y Séneca, vale decir, penetramos en el mundo latino, otra realidad interna, intelectual. Los escritores clásicos nos sumergen en un pasado pluscuamperfecto, un mundo mítico totalmente inerte. El siglo de oro de Augusto nos aleja del ambiente de nuestro siglo.

Nuestro espíritu en fusión, adquiere allí un contorno más o menos definitivo. Por lo menos, nuestro carácter se moldea con sus rasgos esenciales. Y es interesante el combate que se entabla, en el teatro de nuestra vida interior, entre la inteligencia, que desea anular los instintos fundamentales, y la naturaleza, que se manifiesta en ellos con ímpetu. En este duelo triunfa aparentemente el albedrío humano; mas la naturaleza prevalece, al fin. Durante la victoria efímera de la voluntad, aspiramos a una pureza angélica, a una santidad perfecta. El ansia de la perfección moral nos atormenta. Nos arroba la vida penitente de los ermitaños de la Tebaida y nos conmueve la sed de sacrificio de los protomártires del cristianismo. Todos nuestros instintos reposan, no deseamos y el sosiego de la carne, nos serena y espiritualiza. Esta paz del espíritu, este paraíso de la serenidad, esta dicha de la plenitud pura, queda indeleblemente grabada en nuestra vida y la recordamos a menudo en horas menos apacibles, con añoranza melancólica. En el curso de nuestra existencia, cuando veamos brillar, a través de nuestro escepticismo, una luz consoladora en el seno de la ciencia, como en el ejemplo de Renán, o en el fondo de las pagodas de la India antigua, como en el caso de Amado Nervo, no vacilaremos en hacer de la ciencia una religión o bien pediremos a Budha los siete velos de Maya.

El hábito de la meditación nos enseña a pensar. Pensar es un deleite, gustar de la fruta prohibida del árbol gnóstico. Por el pensamiento nos escapamos invisiblemente del mundo interior y asomamos a la realidad externa del mundo. De ahí que

Nervo haya sido un escritor, raro en América, que decía siempre algo cuando escribía.

Después la vida inmortal triunfa sobre nuestra deleznable vocación, y hénos en medio de las batallas del siglo con una virginidad de inteligencia y de sentimiento que, al primer golpe, se desgarra. Comenzamos otra vida, la verdadera. El racionalismo ataca el dogma, la ciencia discute la fe. Fluctuamos entre la incredulidad y el ateísmo. Por otro lado, las pasiones dormidas estallan con violencia sin igual. Si el amor nos hiere, hemos de poner en la herida las dulzuras y las angustias del amor místico. Y si el dolor nos agobia, del dolor brotará la poesía, nacerá el arte. *Musarum sacerdos,* al cabo.

Así habrá nacido seguramente en el alma de Amado Nervo la sensitiva de la poesía. Vémosla, al principio, sensual; más tarde, humana, y, finalmente, mística, no con el misticismo ardiente de Santa Teresa, sino con el vago idealismo religioso de un poeta panteísta. El dios a quien invoca el poeta mejicano es un ser cosmopolita, universal, visible en el agua, el loto o la estrella.

Podemos preguntarnos ahora si este misticismo era un sentimiento sincero o la actitud transcendental de un espíritu culto, atormentado o no por la idea de la muerte y la caducidad de las cosas humanas. No tenemos por qué dudar de la sinceridad de Amado Nervo; pero nos asiste el derecho de analizarla para comprender bien su obra.

A cierta altura de la vida, el hombre se complace en amar los sueños de su infancia, recordándolos con simpatía. Nos divisamos a lo lejos y dirigimos una mirada tierna a las imágenes que sonrieron a nuestra niñez. Nuestro ser desvanecido cobra a la distancia la expresión poética a través de la cual vemos el pasado. Esta tendencia a idealizar los estados reales pretéritos pertenece a las inclinaciones románticas de nuestra naturaleza. El ex seminarista no puede menos de recordar de vez en cuando, en medio de las asperezas del sendero, la beata paz espiritual de su infancia... Entonces, llega, con el perfume del pasado, un tardío anhelo de revivir aquellas horas de reposo y florece, como un loto sagrado, el misticismo. Tal parece haber sido el caso de Amado Nervo, cuya aventura monástica con Rubén Darío ha de recordarse.

El renacimiento del misticismo en el alma del autor de

Elevación pudo haber sido determinado por la nostalgia de la calma espiritual perdida, al volver la mirada hacia el pasado, en una hora demasiado humana.

Si nuestras conjeturas fuesen exactas, y eso lo dirán los que conocieron íntimamente al poeta mejicano, habría más de un motivo para ver en el misticismo de Amado Nervo la manifestación religiosa de un espíritu romántico. Y simbolizaríamos su espíritu con un loto místico sobre una hopalanda romántica.

ELOY FARIÑA NÚÑEZ.

EL MISTICISMO DE AMADO NERVO

Hace pocos días, un talentoso escritor argentino se preguntaba en su cátedra de literatura si el misticismo de Amado Nervo es manifestación espontánea o manifestación cultivada de un temperamento, o si es, por lo contrario, resultado de una decisión meramente intelectiva, cuyo propósito fuera destacarse como original en el ambiente de la literatura americana de su tiempo, la cual se revela sobre todo como cultivadora de la forma; y llamar de esta manera la atención sobre su personalidad, y conquistarse la fama.

Aunque el distinguido profesor llegó a decir que, en su concepto, el misticismo de Nervo está pleno de sinceridad, dejó en algunos de sus oyentes propensión a la duda.

La verdad es que si en lugar de "misticismo" colocamos la palabra poesía, tales preguntas, más que a la figura aislada de Nervo pueden aplicarse al estudio de la mayor parte de nuestros escritores que escriben en verso. Ellas sintetizan bien una faz, acaso la más extendida, de la literatura contemporánea en América latina: fabricar la originalidad poética como se fabrican ciertos modernos "estilos" arquitectónicos; asombrar a las gentes sencillas con algo "original", con algo "nuevo"; tal es el programa de ese arte que no es, precisamente, el culto de la forma, sino más bien el de la exterioridad y la extravagancia amaneradas. Promiscuidad de líneas o de colores en ocasiones, o de las dos cosas al mismo tiempo, puede ser en otras discreteo intelectual, o una red de imágenes deslumbrantes o, simplemente, discreteo de vocablos. La armonía interna de la forma desaparece. El sentimiento no existe. La acrobacia verbal triunfa. Desalojada la creencia romántica en la "inspiración" concebida como un don del destino que bajaba de lo alto o venía, espontáneo y

completo de las profundidades de la raza o de la tierra y para la cual el estudio y, sobre todo, los libros antes eran traba que ayuda, muchos son los que han dado en ser poetas sin tener un ápice de aquella. Así, descontando la muchedumbre de malos escritores y tocadores de sonajas que escriben en verso, los hay algunos de talento que hacen estrofas como se fabrican flores de papel o de género y a las veces con tanto ingenio que se viene a los labios la consabida expresión "ah, qué bonitos! si parecen naturales"... Pero he ahí que a poco nota uno que no le llegan al fondo del alma o del instinto, y que les falta la vida; y he ahí que aquella primera impresión se transforma en una suerte de escéptico desencanto que se mueve amargamente en lo hondo del cáliz espiritual mientras los labios despliegan a manera de velo una sonrisa y hacen además con la garganta la sonatina del elogio.

Tales esos versos "intelectuales" que pasarán pronto, y cuya dudosa originalidad, si les ponemos frente a algunos poetas y versificadores franceses de las últimas décadas, es también cosa vieja en la historia de la literatura castellana—que la falta de inspiración y de naturalidad la conocieron también nuestros abuelos. Así a la nulidad de inspiración, se une la carencia de originalidad cuyo conjunto forma, irremisiblemente, la falta de personalidad poética.

No obstante la justificada derrota del postulado romántico, cuyo error estaba en la exageración, la personalidad poética sigue siendo un don del destino, una florescencia del sentimiento, que no se consigue con los libros ni siquiera ayudados de la inteligencia, por grande que esta sea, cuando la naturaleza no lo ha dado en ese modo especialísimo que se denomina inspiración. La inteligencia puede mejorarlo o empeorarlo—hace las veces de un jardinero que cuida de un rosal—pero nunca crearlo. *Lo que natura non dat...*

Ese don inefable, especie de armonía inmanente, en el cual el fondo y la forma son una sola cosa, como los dos lados de un mismo ángulo, o los dos rayos de un compás, es lo que hermana a los poetas de todos los tiempos, malgrado la diferencia de ideales, de escuelas y de temperamento. Por eso Rubén Darío pudo decir con justicia, al hablar de una de las más conocidas composiciones de Amado Nervo, lo que también afirmara de sí mismo, con verdad, si nos referimos a aquellas composi-

ciones en que dejó a su númen que hiciera poesía: "muy antiguo y muy moderno"; por eso Nervo nos dijo en *Serenidad*:

Si mis rimas fuesen bellas
enorgullecerme dellas
no está bien;
pues nunca mías han sido
en realidad: al oído
me las dicta... ¡no se *quién!*

Nervo, como Rubén, es poeta por temperamento, por la fuerza del sino. Bien pudo sentenciar por boca de su Tello Tellez (1): "siguiendo el cauce sereno del propio temperamento se encuentra siempre la originalidad" y agregar en seguida: "La sinceridad es la originalidad por excelencia, porque merced a ella nos parecemos a nosotros mismos, que es a quien debemos parecernos".

El misticismo de que están infundidas una gran cantidad de sus estrofas y, desde luego, las más características, lejos de ser una desviación de su vena, o sólo resultado de propósito meramente intelectivo, es ahondamiento en su propio ser; es una rebusca de su sinceridad privilegiada e inquieta que acaso encontró esa semilla entre las hojas secas de su ilusión terrena...

¿No fué así el misticismo de Raimundo Lull? Católicos fervientes lo han dicho: la misma pasión que lo arrebatara primero cuando llegó hasta penetrar a caballo dentro de la iglesia de Santa Eulalia por seguir a la dama ansiada fué la que más tarde lo hacía sufrir anhelante y enajenado por confundirse con el creador. Y Raimundo Lull era un asceta; Nervo, no.

Y ¿qué decir de la divina, la sin par Teresa de Jesús?:

Vivo sin vivir en mí...

Yo no diré aquí, porque puede parecer profanación, que el arrobamiento místico de Santa Teresa fué trasunto de un grande amor humano o florescencia de ese amor que no encontró en la tierra objeto digno a qué aplicarse, pero, si puedo afirmar que hay hombres y mujeres que si pusiéranse a analizar su sentimiento amoroso se encontrarían con una enorme dificultad al querer separar en él lo humano de lo divino, lo sensual de lo religioso, lo material de lo místico. Los idilios clásicos tiene bastante de esto.

---

(1) *Las ideas de Tello Tellez.*

Aunque el misticismo de Amado Nervo no puede comprenderse dentro del mismo marco que el de Santa Teresa y el de Juan de la Cruz, ni con el de Francisco que lloraba "porque no se ama el amor", ni siquiera con el de Luis de León, quien nos ha revelado más serenidad y más amor a la naturaleza que sus ilustres colegas de patria y escuela, ni tampoco con el de los poetas místicos de las demás religiones oficiales derivadas de la doctrina de Cristo, puede decirse, sin embargo, que la inspiración cristiana de Nervo va más allá en lo que atañe al desinterés o al olvido o al abandono de los goces de la propia persona.

No sólo incita a la caridad y a la acción cristiana, como Santa Teresa en sus cartas, sino que dice al Supremo Hacedor:

> Y es esta, ya lo ves, la prueba máxima
> de amor que puedo darte:
> no estar contigo, por estar con ellos...
> Por escuchar sus quejas, ay dejarte;
> por ayudarles, padecer el frío
> de tu ausencia, bien mío;
> trocar por sus negruras tus destellos,
> ¡Y por amarlos, parecer no amarte!

Si hay mucha intensidad lírica, elevación cristiana y delicadeza de forma en el famoso soneto atribuído por unos a Teresa y por otros a Francisco Javier, sin que se haya descubierto todavía, que yo sepa, quien es su autor, "No me mueve mi Dios para quererte", no la hay menor, por cierto, en esta tiernísima y doliente expresión:

> por escuchar las quejas, ay, dejarte;
> por ayudarlos, padecer el frío
> de tu ausencia, bien mío...

Por otra parte, su exaltación erótica es mucho menos pronunciada, su misticismo tiene más de adoración que de amor, si se me permite el distingo. En vez de buscar el goce en los éxtasis comunes de los místicos que se aislan para embriagarse en una especie de sensualismo espiritual ante la evocación del idolatrado, Amado Nervo se complace en sufrir las penas de otros por amor a Dios y en estos y en la contemplación de las sublimidades de la naturaleza encuentra a Dios y se extasía:

> Cada rosa gentil ayer nacida,
> cada aurora que apunta entre sonrojos
> dejan mi alma en el éxtasis sumida...
> ¡Nunca se cansan de mirar mis ojos
> el perpetuo milagro de la vida!

La ausencia de esas obsesiones embriagantes se explica, tal vez, porque el Dios de Nervo no está más o menos concretado, por antropomorfismo en una forma corpórea sino que después de buscarlo fervorosa e inútilmente en todos los ámbitos, lo encuentra en su propio corazón:

> Le buscaste en los libros,
> le buscaste en los templos,
> le buscaste en los astros.

Y un día el corazón te dijo, trémulo: "¡aquí está!" y desde entonces ya sois uno, ya sois uno los dos, porque le amas", y aquella otra:

> Jesús no vino al mundo de los cielos
> vino del propio fondo de las almas...

Y como su corazón no es sino el reflejo del mundo y acaso la fuente del mismo—"principio y fin"—el misticismo de Nervo es panteista:

> Bien sabes que no hay cosa a
> en nombre de la cual yo no te ame:
> en nombre de la ortiga y de la rosa,
> del monstruo y de la diosa,
> del astro sumo y de la charca infame.
> Y sabes, oh Ideal, que no hay criatura
> a quien no ame por ti: celeste o impura
> vulgar o excelsa...
> Pongo sobre todas
> tu majestad como una investidura,
> tu divina blancura
> como un traje de bodas.

Y en estas preciosas estrofas que acabo de transcribir encontramos otra vez unidos en admirable consorcio su intenso dolor por las miserias de la vida y su amplio amor a la belleza de las cosas bellas. Son como las dos caras de un mismo cristal... Este es el velo que cubre el corazón del poeta (1).

En este sentido, quiero citar todavía otra composición; que es la tercera de *La catástrofe*. Se refiere a lo que nos queda de la guerra.

> Porque en este aluvión de sangre y lodo
> se hundió nuestra fortuna, ¿te querellas?
> ¡En suma, deja que se pierda todo:
> siempre habrán de quedarnos las estrellas!

---

(1) Son muchas las poesías y prosas de Nervo que revelan esto. De sus páginas en prosa recordamos especialmente a "Dios padece en ellos", de *Plenitud*.

Siempre habrá de quedarnos la argentina
palidez de las noches enlunadas
y el júbilo de la hora matutina
y la paz de las tardes fatigadas
y mi ternura casta y la divina
serenidad azul de tus miradas!

Lo que su misticismo "pierde" por decirlo así en obsesión o exaltación, lo gana en serenidad y amplitud.

Este panteísmo no es sólo de las cosas que se encuentran quietas o móviles en el espacio sino que rompe los barrotes del tiempo—los del dogma los deshizo antes—y busca a Dios, al mismo Dios de Jesús, en la doctrina de Budha y aún en Brahma. Así interpreto las poesías que escribió inspirado en las religiones orientales. La imagen de San Agustín, que Nervo nos presenta en *Harmonía,* según la cual, el mundo es un bordado que Dios teje y que nosotros sólo vemos del revés, es a propósito para explicar las distintas interpretaciones que el hombre ha hecho de la creación concebida como obra de la divinidad.

Si es esencialmente cristiana la dulcísima expresión de Francisco de Asís "hermano lobo" ¿por qué no ha de serlo esta otra: hermano Budha? La cuestión es saberla decir con hondura y con sinceridad.

Y dejo dicho así que esta grandeza cristiana es ya uno de los caminos que puede haberlo llevado a buscar inspiración y explicación de la vida y de su Creador en el misterio de Brahma y el de Budha, cuyo retrato de basalto habíale sonreído muchas veces, por su goce y por su pena, en la alameda umbría (1).

Otro camino pudo ser el de esa característica común a todo misticismo cristiano y no cristiano, que lo es también de todo grande amor terreno: la tendencia a confundirse con el ser amado:

El fenómeno, lo exterior, vano fruto
de la Ilusión, se extingue: ya no hay Pluralidad
y el Yo extasiado abísmase por fin en lo absoluto
¡y tiene como herencia toda la eternidad!

Esto no significa que predique el renunciamiento (2), como diz que lo hicieron algunos místicos indios, ni mucho menos. El

(1) *En voz baja*, 1909. ("Y el Budha de basalto sonreía").

(2) La "renunciación" que encontramos en algunas de sus composiciones es más bien una renunciación al deseo amoroso, a los honores mundanos y a la riqueza. El mismo lo dice, tácita o expresamente, en otras composiciones. En una de sus páginas en prosa, *Libertad*, en-

nirvana de que nos habla es el reposo para después de la muerte, es el mismo reposo que le pide al "Padre" de Jesús (1).

Es un reposo para después de las fatigas del viaje, para después de haber saboreado los placeres de la dura labor cotidiana y de haber tenido su honda participación en los dolores ajenos. De cómo es la naturaleza moral de su dolor nos lo revela *El dolor vencido*.

¡Dolor, pues no me puedes
quitar a Dios, qué resta a tu eficacia?
¿Dónde está tu aguijón?

El misticismo de Nervo tiene, indudablemente raíces en una desilusión del amor terreno:

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
Es todo lo que puedo ya ofrecerte.
Tú me diste un amor, un solo amor,
un gran amor...
Me lo robó la muerte
¡y no me queda más que mi dolor! (2)

Las tiene también en la repulsión que sentía por el cientificismo y la literatura verbalistas de su tiempo. D'Annunzio lo hartaba. Por la misma razón, la filosofía de Bergson, la de Amiel y la de Emerson, sobre todo la del primero, han influido en su filosofía y luego, de un modo fundamental, el Kempis. Por lo demás, la gloriosa literatura de su patria tiene ya desde Sor Juana Inés de la Cruz varios místicos insignes. En mi concepto, Nervo es superior a todos—tal vez en esto me engaña mi sentido contemporáneo, pero es mi opinión de este momento, sin dejar de reconocer la noble alcurnia de su tronco histórico.

Así, sobre el trivio formado por esos tres caminos: su sinceridad, la tradición de la mística mejicana y la reacción filosófica y afectiva en contra del verbalismo de la época, se levanta hacia el Dios de todos los tiempos, como de un altar hecho en mármol pentélico, la mística llama de este poeta cultor de la for-

---

contramos una explicación bastante clara de esto. Por lo demás, aún tomándola en el sentido literal de renunciamiento a toda acción, sólo se puede interpretar como un estado de desmayo o de anulación pasajera de su espíritu. Siempre triunfa, a poco, su voluntad cristiana, en el amplio sentido que doy a esta palabra. Acordémosnos de que Jesús dijo también: "¡Señor, Señor, ¿porqué me has abandonado?"

(1) Por eso dice que la muerte es la libertad. Es un reposo en el seno de lo infinitamente bueno e infinitamente hermoso, es la confusión total con Dios.

(2) *Serenidad* (Ofertorio).

ma y escrutador del Enigma que lo fué de su siglo. Pero, no pongamos esa llama dentro de ningún templo construído para éste o aquel dogma: se apagaría; ella necesita de la amplitud sin límites en cuyos jardines juegan las musas, mientras Budha se contempla y Cristo predica en los pueblos y en los caminos la buena nueva a los desheredados; donde palpitan con vida propia las flores y las estrellas, las sombras y las espinas, las grandezas y las miserias de los hombres.

MARCOS MANUEL BLANCO.

La Plata.

OFRENDA FÚNEBRE

Somos humanos, trémulos jazmines,
Bajo las sombras de una noche pura,
Que en un alba futura,
La muerte, segarán los serafines.

¡Dolor de llama! ¡soledad de llama
Toda vibrante hacia los altos cielos
Subliman nuestros duelos!
En nosotros lo eterno se derrama.

Y el llanto de esta vida prisionera
Y el morir de los seres temporales
Nos son espirituales
Avisos del Amor que nos espera.

Tú lo soñaste y lo viviste, Amado,
Y a tu lengua de luz lo redujiste,
Alegre, dulce y triste,
En ruiseñor divino transformado.

Y fué tu estrofa como zumo pio
Para quien, yendo a buscas de sosiego,
Sintió tornar su fuego,
Por tu virtud más suave que el rocío.

Trágica, en los pavores de lo hirsuto
De la cerrada selva del Misterio
La Esfinge en cautiverio
Te descifró, rendida, lo Absoluto.

Y, a par de miel que de panales mana,
A la primera claridad del día,
En voces de alegría,
Manaste fe sobre la sombra humana.

Y a la piedra y al ave y al aprisco
Y al agua y a las bajas apariencias
Cantaste tus secuencias,
Humilde y puro como San Francisco.

Y alzaste, al tiempo de tu dulce llanto,
La pupila a los mundos, avizora
De la infinita aurora,
Para templar de eternidad tu canto.

Y lejos de la turbia muchedumbre
Sobre la que llovías claridades,
Solo, en tus soledades,
Sufriste del soñar la pesadumbre...

Como en el polvo el rastro del viajero
Se borra al sucederse de las huellas,
O, bajo las estrellas,
Muere el vago cantar de un marinero,

Pasa el tirano que asolara el mundo,
Pasan los reyes, pasan las naciones.
Sus sangrientos blandones
Humina la muerte en lo profundo.

Mas no se extingue la virtud del verso,
Perenne cual los cielos y los mares,
Los siglos son altares
Suyos entre el pasar del Universo.

Si en la ceniza funeral tu frente
Hundióse, tus palabras en lo obscuro
Del tiempo, hacia el futuro,
Poeta, volarán eternamente.

¡Difundiste alegrías! Los dulzores
Que tus cantos dejaran en las almas,
Hoy son lirios y palmas
Y en azulada noche ruiseñores.

Hoy son trémulas formas sensitivas
Y enguirnaldan de lumbre nuestros sueños.
Tú nos hiciste dueños
De un claro mundo de hermosuras vivas.

Este mi canto que te doy deseo
Bajo el claro lunar se vuelva rosa
Y perfume tu losa
Fúnebre, cual purísimo trofeo.

ARTURO VÁZQUEZ CEY.

AMADO NERVO

Es raro que coincidan en el alcance de sus visiones el crítico y el autor de la obra criticada. Aún dentro del espacio de 24 horas, el crítico puede entender y sentir un pensamiento ajeno de muy distintos modos, si es que lo suponemos dotado de las complejas cualidades de tal: concepción perfecta del arte, visión aguda y certera, erudición, imparcialidad, justicia y, sobre todo, sensibilidad tan ágil y cambiante, como para apreciar el matiz y hasta el temblor de cada vocablo y de los que en su zona de influencia se reflejen.

Aunque poseyera tan elevadas dotes, abstendríame de aplicar a la obra poética de Amado Nervo los reactivos usuales en literatura para descubrir el talento. Contrariaríamos el noble designio del cantor que dijo:

> Poeta, por Dios deja
> ya los "procedimientos"
> y manidas retóricas:
> glorifica la acción, canta el esfuerzo.

Antes que él nos lo dijera en *El Estanque de los Lotos*, ya era notorio el desdén de Nervo por las dos retóricas: la caduca y apolillada de los Zoilos de siempre; y esta moderna que consiste en la ostentación de no tener retórica, y en la simulación de ingenuidades bobaliconas y de sinceridad perogrullesca.

No ofendamos, pues, la memoria del poeta, al someterle su obra al análisis retórico y al porfiar por encarcelar sus ruiseñores en tal o cual casilla. ¡A él! a quien asistiendo tan de cerca a las transiciones literarias, tuvo el inaudito valor de conservarse fiel a sí mismo, contra la influencia de ilustres iconoclastas y de renovadores eminentes, únicos que por entonces discernían talento y celebridad en el mundo de las letras.

Si de alguna de esas capillas se le creyó alguna vez neófito fervoroso, de allí se escapó el hermano Nervo con casulla y todo, para seguir su áspero sendero de peregrino, sin dejarse seducir por las nuevas músicas promisorias de gloria, ni por el desfile internacional de imágenes exóticas, aunque en ocasiones deslumbrantes.

En esa actitud de Nervo ya se observan las dos cualidades fundamentales de su temperamento: humildad para proseguir su lenta marcha a pie, con sayal y sandalia franciscanas; y energía para sufrir el cansancio sin aceptar asiento en las carrozas donde tintinambulaba el renombre y señoreaban sus amigos.

Su fe inquebrantable en el arribo a *su cumbre,* lo salvó del malogro sufrido por muchos de sus contemporáneos, víctimas de la vanidad y la impaciencia, quienes preocupados menos de la intensidad progresiva de la obra que del prestigio del nombre, propusiéronse demostrar que su talento era capaz de sobresalir en cada escuela literaria a la moda, y así, desgastándolo de novelería en novelería, los sorprendieron los años, con alguna reputación de talentosos y no pocos volúmenes, pero sin obra personal coordinada y duradera.

¡Nervo, no! Nervo forjó como contraresto de tan soberbia pedantería, esta severa y acerada sentencia:

Hay todavía locos que pretenden
decirnos algo nuevo, porque ignoran
los libros esenciales
en que está dicho todo.
Buscan las frases bárbaras,
las torcidas síntaxis,
los híbridos vocablos nunca juntos
antes, y gritan: "Soy un genio! ¡eureka!
..... mas los ojos sabios escuchan y sonríen.

Y todavía, a los monopolizadores de la verdad dijo:

La verdad va desnuda, más morirá doncella.
La verdad de la rosa no es verdad de la estrella.
¿Dónde encontrarla entonces? ¿En dónde está su asiento?
—En todas partes, menos en el entendimiento.

Mas quizá temeroso del desencanto que esa negación pudiera propagar, el optimista se apresura a despejar el sendero, diciéndonos:

Deja que los seres y las cosas hablen;
Si sabes mirarlos y escucharlos bien,
Tornaranse lentamente cristalinos
hasta deslumbrarte con su limpidez.

Esta estrofa yo no es la del atribulado peregrino a quien ninguna fascinación artificial ha logrado desviar de su senda solitaria, sino la del eremita que ha tiempo dejó atrás las bibliotecas llenas de sabiduría más o menos moderna y de literaturas elegantes; es la voz firme y serena de quien habla por experiencia propia, y de quien, por haberse encontrado a sí mismo, ensanchó el mundo de sus percepciones, hasta poder dialogar familiarmente con los seres y las cosas que más de cerca escuchan la canción del universo.

El fenómeno literario desapareció por completo, ante el inaudito acontecimiento humano que es, en definitiva, toda la vida de Nervo, vida predestinada a recorrer una órbita perfecta, ofreciendo a nuestra admiración una serie de fenómenos cósmicos, panteistas, religiosos, ocultistas y celestes.

Es indudable que en el dechado complejo que constituye la obra de Nervo, persiste el precioso hilo de plata de la sinceridad, cuyo extremo inicial aparece desde el instante en que el poeta se encontró a sí mismo, y cuya madeja sigue luego ramificándose hasta florecer en lotos impolutos sobre los diversos estanques del misterio.

El hilo fué el de la sinceridad a toda prueba, mas la musa que de tan bella manera lo tejió ¿dónde pudo inspirarse, donde adquirió su maravilloso don profético?

El poeta nos revela y recomienda sus remotos manantiales en la siguiente estrofa:

> Lee los libros esenciales,
> bebe leche de leonas; gusta el vino
> de los fuertes: tu Platón y tu Plotino,
> tu Pitágoras, tu Biblia, tus indos inmemoriales:
> Epicteto, Marco Aurelio... todo el frescor cristalino
> que nos brindan los eternos manantiales.

El misticismo de Nervo ha sido generalmente mal interpretado. Cualesquiera que hayan sido sus cultos religiosos más íntimos, es evidente que su obra planea sobre el catolicismo y aun sobre el cristianismo primitivo, hasta acercarse a los santuarios de la más remota espiritualidad oriental. A las veces, fácilmente se le confundiría con los iluminados de Benarés, o con los maestros de la escuela de Shantiniketan. Veamos si no parecen palabras de nuestro poeta, las que traduzco de Rabindrath Tagore, donde éste explica los fundamentos de su escuela en Bolpur:

"Resolví hacer cuanto pudiera por traer a la superficie, para nuestro uso diario de purificación, la corriente de ideales originada en las cumbres del pasado, que corría subterránea por las profundidades de la India, esa corriente de ideales de simplicidad de vida, claridad de visión espiritual, pureza de corazón, armonía con el Universo y conciencia de la personalidad infinita en toda la creación. Yo sabía que las lecciones de las escuelas modernas y las tendencias de los tiempos presentes, son agresivamente antagónicos de esos ideales".

Fuera de esa influencia oriental a que su ansia de eternidad lo conducía, es evidente que la musa mística de Nervo tuvo como trípode fundamental de sus intensas labores, el formado por el amor, el dolor y la muerte.

De Nervo puede decirse que fué por excelencia, el poeta del amor, en el más amplio y noble sentido que este vocablo prodigioso encierra.

Asombrado talvez de su dócil pasividad de medium, ved cómo atribuye a un elemento extraño el origen de sus cantos:

Quizás a través de mí
van departiendo entre sí
dos almas llenas de amor
en un misterioso estilo,
y yo no soy más que el hilo
conductor...

Cuando más resalta su capacidad para amar divinamente, es cuando su canto evoca el recuerdo de la mujer amada, llegando hasta reprocharse los momentos en que a las caricias de su Ana no les dió su intuición al carácter de eternidad que en sí tenían:

Me besaba mucho como si temiera
irse muy temprano... su cariño era
inquieto, nervioso.
Yo no comprendía
tan febril premura; ¡mi intuición grosera
nunca vió muy lejos!
¡Ella presentía!

Ved luego, en su poesía *Unidad*, dirigida a la madre, con cuanta nobleza asocia al amor materno el de su muerta idolatrada:

Ya juntas viviréis en mi memoria,
Como oriente y ocaso de mi historia,
Como principio y fin de mi sendero,
Como nido y sepulcro de mi gloria:
¡pues contigo, nací, con ella, muero!

Y ese inmenso anhelo de unificar todos sus amores en el amor supremo, lo encontramos en aquel seráfico canto donde—sin asomo de irreverencia—refunde a su amada en el manantial de la gracia divina:

¡Cuánto! ¡Cuánto la quise! Por diez años fué mía;
..... ¡pero, flores tan bellas nunca pueden durar!
Era llena de gracia como el Avemaría
y a la Fuente de Gracia de donde procedía
se volvió... ¡como gota que se vuelve a la mar!

Aún alelado por la soledad en que lo dejó su amada, procura orientarse con la razón, pero desalentado exclama:

...En tanto, Ana mía,
te me has muerto y yo no sé todavía
donde ha de buscarte mi pobre corazón.

De ahí el que en adelante orientara su futuro sentir, no ya con la lógica y los metafisiqueos, sino con el amor requintado por el dolor directamente sufrido y por la muerte vislumbrada tan de cerca.

Por eso en su poesía *Tanto amor,* se desahoga cantando:

Hay tanto amor en mi alma que no queda
ni el rincón más estrecho para el odio.

Y es ese amor superabundante, el que a poco se desborda con ansia más universal, diciendo:

Corazón, ama a todos, late por todo anhelo
Santo, tiembla con todo divino presentir,
dá sangre a cuanto impulso pretenda alzar el vuelo;
calor a todo intento de pensar y vivir.

Helo ahí en el período de plenitud, pues que por entonces los objetos de su amor son los seres y cosas del universo, es su "compadre el viento", es su "hermana agua", es el dolor mismo a quien también ama como a un buen amigo, es la muerte a quien familiaremnte corteja, y es Dios a quien por fin ha logrado encontrar entre su pecho.

Con algunas de sus estrofas puede reconstruirse la escala para tan hermosa ascensión.

Al dolor dice:

¡Oh dolor, buen amigo, buen maestro de escuela,
gran artífice de almas, incomparable espuela
para el corcel rebelde... hiere, hiere hasta el fin!
¡A ver si de este modo
Con un poco de lodo
Forjas un serafín.

La inspiradora trinidad ya aparece integrada en el siguiente cuarteto:

¡Oh muerte, tú eres madre de la filosofía!
Tú ennobleces la vida con un ¡Quién sabe! y das
Sabor a nuestras horas con su melancolía.
En todo lo que es grande: dolor, amor, tú estás.

Ese trípode le sirve en adelante de base para sus magníficas incursiones en los dominios de lo absoluto y para su habitual elevación hasta Dios mismo, pero no el Dios de tal o cual religión, sino el Dios de todas las religiones, el excelso, el que ni siquiera se nombra. *El* continuará siendo el nido predilecto de las místicas alondras del poeta.

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
Es todo lo que puedo ya ofrecerte.
Tú me diste un amor, un solo amor,
Un gran amor....
Me lo robó la muerte

¡Y no me queda más que mi dolor!
Acéptalo, Señor,
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!

Ignoro si con la lectura de esa estrofa, otros lectores experimentarán como yo un fenómeno de mágica alucinación: veo al poeta humilde y conmovido, pronunciando, o mejor, saboreando con deliquio evangélico la palabra amor, amor, amor, cada vez que su mano pasa, acariciándola suavemente, sobre la cabecita sedeña de su amada.

De las plegarias que los más inspirados cantores religiosos han enseñado a la humanidad para dirigirse a Dios ¿cuál habría comparable a la siguiente, en belleza, ternura, luminosidad y fervor hondos?

Llévete yo, Dios mío, como perla divina
En el trémulo estuche del corazón que te ama;

Llévete yo en la mente como luz matutina;
Llévete yo en el pecho como invisible llama.
. . . . . .

Llévete yo en la música de todo cuanto rime
Y sé para mi espíritu el *Amigo sublime*.

Para que ese fenómeno humano evolucionara hasta convertirse en fenómeno espiritual casi celeste, necesitóse una vida

llena de raras disciplinas, capaz de gravitar sin desequilibrio sobre ese triángulo de dolor, amor y muerte.

Bien nos sabemos que Nervo tuvo perfecto derecho para decir:

> Mi vida es mi argumento mejor.
> Todo yo soy un acto de *Fé*,
> Todo yo soy un fuego de *Amor*.

A nuestra vez, nosotros podríamos definirle su vida diáfana y armónica con una de sus estrofas:

> Una esfera de cristal
> Es, por su unidad, tu vida.

En la severa fachada del templo espiritual que es el conjunto de la obra de Nervo, no es difícil descubrir el triángulo y la escala que he usado como símiles en las precedentes páginas.

La nómina de sus libros, la simple enumeración de los tramos de ese templo parece simbolizar sus períodos constructivos.

Su constructor se exornó alguna vez con las joyas más misteriosas del abismo: *Perlas Negras;* cuando quiso engalanarse, fuese a buscar la flor de Budha, la flor simbólica de la divinidad en: *El Estanque de los Lotos;* cuando amó, que fué siempre, hízolo en *Voz Baja*, con *Serenidad*, con *Plenitud*, con *Elevación*.

En ese estado de culminación espiritual, no diremos que lo sorprendió, sino que lo poseyó la muerte.

Difícil reponernos del asombro doloroso que nos produjo el cierre repentino de ese cielo. Se nos figuraba que el triángulo del amor, del dolor y de la muerte ya se había convertido en estrella permanente y tutelar sobre el sendero de nuestra perfección espiritual. Los que aún creemos en la eficacia de la poesía, gozábamos en presenciar el alcance y la influencia de esa claridad estelar sobre nuestro Continente y nuestra raza. Nosotros hemos comprobado de cerca ese profundo estremecimiento de miles de almas, suceso que en otras épocas habría tenido prestigios de milagro.

Entre el resonante vivir de la gran metrópoli era aventurado suponer que la semilla del amor, arrojada de Continente a Continente, hubiese prendido y arraigado en tantos corazones, hasta el punto de sentirse éstos desgarrados cuando el tronco productor de esa semilla fué arrancado de la vida.

Sufrido ya el doloroso desgarramiento, quédanos del gran

optimista otro consuelo: la comprobación de que la sensibilidad sudamericana está ya lista para los mejores florecimientos.

Nervo tuvo tiempo de verificarlo. Era de vérsele pálido y jubiloso escuchando él mismo la música de sus poemas, endulzada por los labios de la belleza porteña.

¡Quién supiera si su espíritu tensibilizado de tiempo atrás hacia el pasado y el futuro, alcanzó a presentir el temblor melancólico que su último aliento produjo en los más elevados corazones argentinos!

¿Bastará eso para recompensar al gran poeta por el inefable bien que sus poemas hicieron y seguirán haciendo en el cultivo de nuestra espiritualidad?

¿Adquieren mayor merecimiento quienes aumentan riqueza, ciencia, libertad de un pueblo, que quiénes le enseñan a odiar al odio y a enamorarse del amor?

Las respuestas dependen del grado de decencia de cada pueblo.

Lo que sí nos parece indudable, es que muchas niñas preferirían ser despojadas de sus aderezos, antes que del dulce recuerdo de los poemas aprendidos en su llorado poeta.

EDUARDO TALERO.

EL POETA MUERTO

> Las cosas no son en sí buenas ni malas; si alguna tendencia tienen, me parece a mí que es a ser buenas. Llaman a nuestra puerta y nosotros las transformamos en malas si no estamos animados del espíritu optimista.
>
> . . . . . .
>
> El mundo exterior lo hacemos nosotros. Somos los arquitectos de nuestra propia vida.
>
> (AMADO NERVO, *en la Universidad de Columbia.*

Las sirenas del Plata le dijeron casi al mismo tiempo la canción de la gloria y la de la muerte. La hora final no le llegó, sin embargo, prematuramente, como su edad induciría a creerlo. Había vivido intensamente su vida y andado todo entero su camino. Ya en las laderas de la "montaña augusta", finada "la humilde siembra" que empieza "a dar sus frutos de amor y caridad", en paz con Dios y con la vida—"¡Vida, nada me debes! ¡Vida estamos en paz!"—el poeta hallábase espiritualmente maduro para el gran instante tan temido y tan ansiado. Sus últimos años son una oblación absoluta, una vigilia austera que lo prepara para la comunión con la muerte, cuyos pasos leves adivinaba su fino oido. Cuando ella se le aproximó para llevárselo ¿podía sorprenderse? ¿óo había de decirle, como el héroe en el poema clásico, al oir su suave llamado desde el postrer minuto: "Voy ya...", con tranquila resolución? Estaba como ninguno preparado para entrar al Misterio. Dejemos que los sectarios del templo y los del otro lado disputen alrededor del cadaver sobre el valor de su confesión final. ¿Qué importa eso?

Como Rubén Darío, Amado Nervo vivió obsesionado por la idea de la muerte. Quizás revelábase en ambos la subconsciente certidumbre del fin prematuro. Pero la muerte fué siempre para el dulce nicaragüense la cosa horrible y fantasmal que nos sorprenderá un día saliendo de entre las sombras. Si a veces su riqueza lírica la vistió de "novia inviolada", eso no era sino lujo de poeta que embellece y canta hasta lo que tortura más cruelmente su alma. Rubén tenía a la muerte y según sus propias confesiones buscó el olvido aún en el vicio mismo que así lo aproximaba en lugar de alejarlo, a la hora final.

Amado Nervo consiguió emanciparse de esa sensación angustiosa hundiendo en las sombras su pupila investigadora. En vez de huirle, buscó la familiaridad de la muerte. Una alta comprensión le iluminó entonces el resto del camino, trocando en alba de esperanza la noche aparente. ¿No está todo el problema en la resistencia a mirar de frente hacia el misterio? Suprimida la falsa imagen que el terror supersticioso impide desnudar de su ropaje siniestro, libres de esa sugestión que agrava para el paseante nocturno las amenazas de la calleja lóbrega, la cuestión se simplifica; y, de cualquier modo, la dura verdad no será nunca más penosa que la inquietud de lo ignoto.

La muerte es la musa fiel de Amado Nervo, amada por extraña y por fatal; inquietud y deseo, amor y angustia. Sin duda que fué con él más benévola a pesar de todo, que con el desolado cantor de *El Cuervo*. Ella lo llevó piadosamente a Dios; en sus brazos duerme ahora el que tenía sobre todo "un profundo deseo de dormir"... Ella purificó al poeta y lo bañó en la dulzura y el amor. La tristeza de la muerte, como la de toda partida, ennoblece y eleva a los espíritus fuertes. Puesto que no hemos de vernos sino breve tiempo ¿cómo no amarnos? ¿cómo ser egoístas y ambiciosos y malos?

Natural es que quien así siente no sea por su parte un hombre feliz. Para serlo necesítase, desde luego, cierto grado de inconsciencia. Obsesido por los problemas esenciales, todas las inquietudes de la especie se resumían en su inquietud. Debió sufrir mucho cuando se le escapaban a veces gritos tan desgarradores como su ya recordado anhelo de dormir... ¿Qué influencia tuvo en la inclinación mística de Amado Nervo el fallecimiento de su compañera en edad juvenil, rudo golpe moral capaz de determinar hondas transformaciones en el delicado

espíritu que la amaba con entrañable amor y tanto la recuerda? Sería interesante estudiarlo — aunque no en estas líneas ligeras, escritas con premura periodística y que tan lejos están de la pretensión de ser un análisis de la obra del gran poeta aún distinguiéndose ella por la unidad absoluta y la diáfana claridad. El caso es que Amado Nervo padeció constante tristeza, algo como la amargura de un gran dolor que el tiempo piadosamente ha ido tornando en melancolía que ya es dulzura...

El nos había dicho que "no nació para reir":

> ... y envuelto voy al insondable arcano
> en el manto imperial de mi tristeza.

Era un espíritu doliente, labrado por la angustia de "no saber" pero al mismo tiempo fuerte con serena fortaleza que agrega al bronce del estoico la fé del viejo cristianismo. Así se explica que de un escéptico haya nacido en él un optimista, de quien no creía ni en la ciencia ni en los hombres, ni en los consuelos del templo, puesto que dejó las vestiduras sacerdotales, un suave predicador de bien y de esperanza; y no ya postergados para otros mundos, refugio de tantos escépticos de este, sino situados aquí mismo, por obra de la sola voluntad que es herramienta divina puesta en las manos de los hombres. En los últimos años había llegado Nervo a una convicción filosófica que iba más allá de la simple resignación, estado quizá incompatible con el dinamismo requerido por las obras de progreso y justicia que quedan por hacer a los humanos...

Un sano optimismo iba afirmándose en él. El mundo es como nosotros queremos que sea. De nuestra voluntad depende todo. Las cosas, si alguna tendencia tienen, es a ser buenas. Llaman a nuestra puerta y nosotros las transformamos en malas sino estamos animados por el espíritu optimista. El mundo exterior lo hacemos nosotros, es como queremos que sea. Somos los arquitectos de nuestra propia vida. Debemos admirar las cosas bellas y no admitir que las haya feas. Tal dijo explicando su propia filosofía en la Universidad de Columbia, poco antes de llegar a nuestro país; y si a nosotros, hombres de esta hora, agitada por graves preocupaciones objetivas, nos costaría llegar al estado de ánimo necesario para ver las cosas con una visión tan serena y elevada, no dejamos de admirar al espíritu que ha alcanzado aquella comprensión superior.

Amado Nervo es el mejor ejemplo de esa filosofía. Fiel a sus preceptos, fué artífice de su propia vida. Tuvo la "larga paciencia" que es el genio en la definición conocida. Supo limar su espíritu, pulirlo como un diamante, decantando en el baño de la meditación hasta la última aspereza de la piedra elemental. Llegó a donde quería llegar y fué lo que quería ser. ¡Qué admirable labor la suya, consigo mismo! Viviendo en el seno de las ciudades modernas y vistiendo para mejor la casaca diplomática no lo contaminó ningún ambiente, ni lo sedujo otra sirena que la que cantaba a sus oídos desde el oscuro "mar sin riberas". "Da tu bolsa al necesitado que la pide — aconsejaba — pero a nadie des esa cosa inapreciable que se llama tiempo". "Mi dinero es de todos, pero mi tiempo, no".

El contacto social no turbó la independencia de su ánima solitaria, celosamente guardada entre el brillo de los saraos y el diario comercio con el vulgo "municipal y espeso". De ese modo debía realizar el milagro de su transubstanciación con la esencia de la divinidad. Se puede ser anacoreta en el bullicio de las urbes febriles tan puramente como en los desiertos. Así como el aislamiento no consiste en cerrar la puerta, tampoco es preciso alejarse a los campos para encontrar la soledad que está en el alma propicia como el mar en la gota.

En todo caso, Amado Nervo habría demostrado mayor poder de voluntad ascética, ya que supo elevarse a la suprema abstracción, emancipándose de toda pasión pequeña en medio al vértigo de las pasiones y entre el halago atrayente de los placeres mundanos.

Sólo un espíritu excepcionalmente fuerte como el de Amado Nervo pudo salvarse de caer en el pesimismo pasando por tales estados de ánimo. ¿Cómo él, que había doblado su frente sobre el libro de Kempis, amargo y hondo a la vez como la mar, que sabía que todo pasa inflexiblemente, "como las naves, como las nubes, como las sombras", que la vida del hombre y el rastro que deja son cosa — ¡ay! — infinitamente fugaces, no se dejó arrastrar con esas convicciones por la pendiente del pesimismo? Por el contrario arrancar supo de la dura verdad un dulce optimismo, humano y consolador. Ha hecho mucho bien a los hombres con su siembra generosa este poeta filósofo, en quien el dolor, la angustia, la envidia de los otros, el rencor

ajeno, florecían en rosas de bondad, como la sórdida moneda del usurero es instrumento de amor en la mano generosa.

Para llegar a ese estado espiritual de celeste pureza habrá necesitado Amado Nervo vencerse a sí mismo en una lucha intima no por incruenta menos dolorosa. El poeta no es solo espíritu, es también carne, la carne rebelde como un potro inquieto al dominio del jinete. ¡Ah la carne mísera, "delicta carnis" que tortura con visiones espurias los sueños místicos! El poeta la maldice. La maldice y la canta:

> Carne, carne maldita que me apartas del cielo,
> carne tibia y rosada que me impeles al vicio:
> yo rasgué mis espaldas con cilicio y flagelo
> por vencer tus impulsos, y es en vano, ¡te anhelo
> a pesar del flagelo y a pesar del cilicio!

Pero el poeta ha vencido y la carne purificada es brasa que arde en mística ofrenda, mientras sube de ella el humo azul de los ensueños...

Por lo demás, el misticismo de Amado Nervo antes que motivo de cilicios es amplia comprensión desbordada en alto amor. Así, es siempre humano y asoman también en sus escritos la aguda ironía, el fino humorismo. Amante de la vida, rendido al encanto de la belleza en todas sus formas, sabe ser alternativamente poeta galante y filósofo profundo; deshojar flores a los pies de marquesas ilusorias o decir al oído del que sufre, como un hermano bueno, palabras de consuelo. Su torre de marfil no fué hermética reclusión ni aislamiento orgulloso, sino amplio observatorio desde donde divisábanse célicas y terrenales cosas. Sabía también entrecerrar los libros esotéricos y abandonar el observatorio que le permitiera medir la pequeñez humana, para tomar un puesto en la acción y así ser por ejemplo un diplomático más eficaz que el habitual portacasaca.

Lejos de desdeñar la acción, adormecido en la blandura de los ensueños místicos, él la amaba estimulando las empresas valientes. Es que su humildad no era humillante servilismo o abúlico apocamiento. Emergía de su contemplación teorámica del mundo. Olvidamos la pequeñez humana porque la miramos desde el mismo plano relativo en que ella se asienta. La hormiga diminuta no ha de creerse tampoco muy pequeña... Quizás

sienta el orgullo de su fuerza cuando termina la afanosa labor del verano. La cuestión está, pues, si se quiere ver claro, en elevarse. Amado Nervo miró así las cosas. Y presintiendo en todo la mano de un Supremo Hacedor, no sintió desdén sino fervor de todo por pequeño que fuera. Amó las cosas y las enalteció como buenas y bellas. Como el de Asís, cantó a Sor Acqua y ella le dió su transparencia y su maleabilidad para la prosa y un callado cantar de agua de acequia para el verso. De esas cualidades participa su obra toda. Y su espíritu mismo, sereno, cordial y profundo espíritu, se nos antoja semejante a un gran río manso en cuyas aguas tranquilas gustaran reflejarse las estrellas.

ALBERTO CORDONE.

AMADO NERVO

Algunas notas marginales

Cuando Manuel Gálvez dijo que Amado Nervo era un místico sin ser un religioso, parecióme que había dicho una cosa bastante singular. Y en efecto, aquella definición que se refiere a dos principios que parecen contenerse o crearse mutuamente, conviene en un todo a la personalidad moral y artística de Amado Nervo.

Hay un momento particularmente crítico en la vida moral de todo hombre, y es aquel en que se plantea el conflicto entre la razón y la fe, o mejor, entre la duda filosófica y el sentimiento religioso. Cuando este hombre es un escritor, es decir, cuando se dan en él potencias o calidad de sensibilidad poco comunes, aquel momento de su vida moral constituye un suceso particularmente dramático cuya influencia en su obra será inevitable, tanto más si se da en este hombre el caso de un temperamento propenso al misticismo, como sucede con Nervo.

Bien, no he encontrado en toda su obra ni un reflejo de aquella dolorosa crisis moral que define a los hombres de sentimiento religioso.

Su misticismo se apoya en el principio metafísico del Misterio; es una actitud puramente espiritual que no coincide con su sentimiento mismo de la vida, pues era de esperar que en un místico de tal calidad se diese el "sentimiento religioso de la vida". Así, su arte es la sistematización de una idea filosófica. Es un "intelectualista" que está bastante lejos de poseer el fondo trágico de los místicos de calidad. Su serenidad no ha pasado por la prueba de aquel profundo conflicto entre la duda filosófica y el sentimiento religioso. Su serenidad, probablemente, no ha dependido más que de su renunciación a la vida, esa re-

nunciación que inspiró *Cobardía*. Por lo demás, su miedo a la realidad, al amor, es fundamentalmente contrario a los principios de moral práctica enunciados en las doctrinas esotéricas que Nervo parecía profesar.

Tenemos, pues, que lo único que define a Nervo como místico es su tendencia a la renunciación y su afán sistemático de bondad.

El Misterio no le preocupa sino desde un punto de vista especulativo, y si ha llegado alguna vez a sentirse él mismo la verdadera fuente del misterio, ha sido sin duda por su afán de ennoblecer al hombre demostrándole que era la divinidad misma, y no por efecto de aquel profundo debate moral y sentimental que está "en el principio" de todo místico de ley.

Diríase que si se levantó hasta la noción de Dios fué por fatiga del vácuo criticismo contemporáneo, no por la ardiente necesidad íntima de sentirse acompañado frente a la enormidad del Universo. Se sitúa ante la Naturaleza como un mediador entre Dios y los hombres, deseoso de convertir sus propias impresiones en principios de alta moral. Le faltó ingenuidad o sencillez para colocarse sin propósito ante la Naturaleza, para dejarse atravesar por el viento y la luz sin preocuparse de extraer la profunda belleza que contiene el minuto que pasa. La Naturaleza no pide más que seamos como los ojos del perro que se tiende al sol de mediodía. Parece que el solo hecho de proponernos arrancarle su secreto bastará para cerrarnos a su comprensión.

No creo que Nervo nos haya dado en sus libros una impresión honda de la naturaleza, por lo mismo que siempre se demostró celoso de anotarla. La sintió como un reflejo de su propio mundo moral, y es curioso que sólo haya comprobado y amado en ella lo que constituía ese mundo moral. En efecto, la Naturaleza se le aparece dulce, maternal, halagadora. No comprende el drama de la Naturaleza, como no comprendió el drama del hombre, llevado hoy a su mayor grandeza.

¿Hubo algún suceso de amor dramático en su vida? La pregunta ha sido anteriormente formulada y si la respuesta interesa es solo en el sentido de que la afirmación podría dar-

nos la clave de su renunciación al amor. Pero, permítaseme declararlo francamente: jamás creí que el misticismo de Nervo fuese producto de una reacción dolorosa, de un intenso sentimiento de la vida. Muchas veces sospeché que el aburrimiento, el hastío, le habían hecho llegar adonde nunca ha de llegarse por esos caminos: a Dios.

> Lo que yo tengo, amigo, es un deseo
> profundo de dormir.

Huyó a la realidad diaria, y así como su arte fué la sistematización de una idea filosófica, su vida fué una cosa pacíficamente nutrida por una abstracción.

¡Cómo hubiera cambiado su obra si él se hubiese sentido turbado ante el misterio, como aquel maravilloso monje que cayó de rodillas a la entrada de una selva y exclamó llorando: "Perdóname, Señor, si no comprendo tu obra!"

Nos dió el espectáculo de un espíritu para el cual los grandes enigmas eran cosa resuelta, noción tan precisa como para ser la base de un gran edificio moral. Fué edificante, pero no fué conmovedor.

Su posición espiritual llevóle a perder la oportunidad de comprender en toda su magnífica grandeza el drama del hombre, que nos toca la gloria de presenciar y de vivir.

La formidable lucha moral entablada entre un mundo arcaico y absurdamente constituído y otro mundo cuya aurora nos ha tocado saludar, no preocupó a Nervo. Acaso no vió en esto la más grande de las epopeyas humanas, y creyó prudente seguir sonriendo. Así debió suceder a quien las cosas de la tierra le hacían desear el sueño y la muerte. No se lo reprochemos, pero reconozcamos que su afán de bondad debió primeramente alcanzar a los oprimidos del mundo.

JUAN PEDRO CALOU.

AMADO NERVO

Su nombre, aureolado de nobleza y gracia, llegó hasta mí, hace dos décadas, al pié de extrañas rimas y raras prosas, ilustradas por Ruelas, insertas en la *Revista Moderna* de México, fundada y dirigida por Jesús Valenzuela, otro espíritu sutil, también caído en la mitad del vuelo.

Y de aquel cenáculo de escogidos intelectos, presidido por los maestros Sierra y Nájera, no quedan sinó Díaz Mirón y Urbina; el uno mudo, — lejos de la baraúnda humana, sepulto en las tierras del Anahuac, oyendo rugir los leones, cuyos ecos no llegan a aplacar sus cóleras soberbias, — espera aún la hora de la justicia; el otro, desencantado de correr mundos sin hallarla, recoge el fruto de sus meditaciones solitarias: apasionados madrigales, elegantes rondeles, poemas trágicos, al frente de un consulado allá en Barcelona, tejiendo el hilo de su quimera entre la indiferencia de las multitudes, absorbidas por interrogantes pavorosos, viendo como se extingue el entusiasmo y se va la sonrisa.

A partir de aquella época, que evoco con otoñal melancolía, data mi amistad con Nervo, y desde entonces hemos mantenido, a trechos, una correspondencia epistolar que terminó con su vida. Vida llena, "sin raspaduras ni borrón", como diría Groussac, vida intensa en que la Poesía constituyó su ideal y el amor y el deber su polo magnético.

De aristocrática alcurnia era su Musa; tenía sello ducal, palideces de cirio, perfil griego y alma de París. Jamás la prostituyó en festines dionisíacos y orgías plebeyas, y si alguna vez rozó el fango, salió de él con las alas incólumes.

No fueron ajenas a su inspiración las praderas cuajadas de esmeraldas, los pilotos que guiaron las carabelas primitivas,

las hazañas de los conquistadores iberos, el bosque sonoro y el mar bravío, la *Hermana Agua* y la adorada y angelical *Ana María*, el Santo de Asís y la Virgen purísima, que amortiguó sus penas en las horas amargas de la desesperación, y a quien veía en sueños sobre la yerba trémula, la onda azul o la estrella lejana; siendo místico y casi asceta por configuración psíquica y atavismos ancestrales, hasta al ensalzar las castas desnudeces de las Venus o a la Mujer, en versos que huelen a mirra y cinamomo. Ningún trovador americano la mimó más, ninguno la elevó tan alto, ni se inclinó a sus plantas más rendido, gentil y caballeresco; pocos penetraron tan hondo en los abismos de su corazón. De ahí el llanto que empaña los ojos de las bellas y deja a su paso una estela de azucenas y un temblor de angustia.

Todavía siento en mi mano el calor de la suya, todavía vibra en mi oído el eco de su voz, que suavizaba el espíritu y lo seducía, cuando al conjuro de la celeste Diosa recitaba sus versos dulces y arrobadores, que adquirían en sus labios inflexiones ténues, aterciopelados matices, cadencias arcanas; transportándonos a las esferas superiores donde el Sabio de Atenas escuchó la música de los orbes, Schelley sorprendió las armonías de la luz, Hugo el secreto de su canto divino y Wagner las fuentes de inspiraciones eternas; acordes majestuosos, onomatopeyas sorprendentes, resonancias insólitas de la lira y el pentágrama, — como en la noche aquella, no lejana todavía, en que reunidos en torno de la mesa del banquete, que esta noble revista le ofrendara, le dábamos la bienvenida alborozados.

Recuerdo aquella plática socrática, especie de conferencia, —sin hilación visible,—sobre los astros, la vida futura y el más allá, que nos regaló de sobremesa, en una lengua encendida y magnífica, elocuente por escasez de metáforas y riqueza de dicción. .

El poeta, abandonó los temas triviales, remontóse al Infinito, y con sincero fervor, nos habló de Dios, del misterio inquietante del Universo, del enigma insoluble de la Muerte, y de la Fé, que mueve las montañas, dejando presentir ya su fin, hasta en aquel deseo vehementísimo, manifestado como un postrer anhelo, de querer ser siquiera apenas una nebulosa en el océano de las constelaciones.

Los conceptos espiritualistas y filosóficos, que el momento

actual del mundo, — en completa bancarrota — le sugirieron, parecían más propios de una despedida que de una salutación. Y así fué, una despedida eterna, un adiós sin consuelo; pero como lo deseaban los griegos, lleno de angusta serenidad, rodeado de sus discípulos predilectos, entre flores fragantes y músicas aladas, la alegría a flor de labio y en el cristal de las copas, los topacios hirvientes.

Así vimos, por última vez, al lírico insigne, que logró lo que a muy pocos ha sido concedido: ser a la vez admirado y amado en todas las latitudes del planeta; admirado por su prosa tersa y su verso rutilante, y amado por su corazón tierno y nobilísimo, donde el odio no pudo albergarse; que llegó a estas playas envuelto en una atmósfera de cálida simpatía y se aleja de ellas llorado por la América entera, entre un clamor de protestas, y un deslumbramiento de apoteósis.

Su féretro, bañado con las lágrimas de las mujeres,—cuyo imperio conquistó de manera avasalladora, por sobrenatural designio,—fué cubierto materialmente de coronas y de rosas; y en medio de veinte oraciones fúnebres, la gran voz de Zorrilla de San Martín, — resúmen del pensamiento continental, — saludó su partida con acentos dignos de ser trasmitidos a la posteridad.

Ante su tumba, recién abierta, vienen a mi memoria las palabras desoladas de Saint-Beuve, al volver del sepelio de Alfredo de Musset: *Nuestra juventud hace tiempo que estaba muerta y con él la hemos enterrado.*

LUIS BERISSO.

---

†

AMADO NERVO

Cierra un poco la puerta de la calle.
Amado Nervo ha muerto...
Estáis de luto todas las mujeres,
reza, por su descanso un Padre - Nuestro.

Un Padre - Nuestro de tus labios puros
le irá indicando el celestial sendero.
En la muerte de un padre o de un hermano,
yo nunca escribo versos.

FERNÁNDEZ MORENO.

Huanguelén.

EL ÚLTIMO LIBRO DE NERVO

El estanque de los lotos

Cerró los ojos en esta ciudad el dulce poeta, con la misma serenidad con que había cantado en sus últimos versos a Dios, al amor, a la piedad, al misterio. Su último suspiro fué como un verso no pronunciado, y en alas del cual habrá sido llevado a la incógnita región de donde nunca más se torna, como se dice en *Hamlet*. Beatitud fué la hermana que cerró sus ojos: frente a su cadáver se pensaba en una muerte amiga, no en la muerte horrorosa de los que sienten el temor de la tumba; en una muerte prometedora de delicias. ¿Qué delicias? Aquellas con las cuales el poeta soñara: un mundo de paz y de amor y de dulzura en el seno de lo infinito. El poeta ya entró en la región del Misterio, como un conquistador sereno. La tierra que él ansiara descubrir y cuya visión henchía a su alma, ya está en él, ante sus ojos cerrados para lo mortal y abiertos para lo eterno.

*
* *

Hablemos de *El estanque de los lotos*. En las páginas de este libro predomina, como una obsesión, ese deseo de lo infinito, de Dios, del misterio. El poeta mira hacia dentro de sí mismo, se asoma a su propio espíritu, "viendo en el espejo de sí mismo el universo"; y de ese mirar hondo hacia adentro han brotado unos versos suaves, dulcísimos, donde lo trascendente y lo absoluto y lo infinito y lo eterno desfilan, no abstracta y secamente, como en árida filosofía de austero pensador, sino entre arrullos de amor y de esperanza, entre surtidores de agua pura y cristalina que calma la sed del espíritu, con la promesa de una eterna verdad consoladora. La muerte es para él la su-

prema conquista,, la liberación del alma, la realización de las grandes ansias que aquejan a los grandes espíritus. Es el "lago quieto en cuyo fondo está el gran secreto". (*Epitafio*). Es el piélago que guardará en su seno la conciencia de uno, como perla de oriente misteriosa. (*La Perla*). Es un deseo agudo de partir; una envidia al vuelo de las aves; algo que azuza el corcel de las ansias; un invisible látigo que restalla cerca de uno. (*El diagnóstico*). Es capullo inútil que se rompe porque estorba a las alas. Es nacimiento. (*Soy un viejo*). Es para la novia el beso de bodas más dulce y divino. (*La novia*).

El aleteo de la muerte siembra en las poesías de *El estanque de los lotos,* no el terror, sino el dulcísimo deseo de dormir para no despertar más en este mundo de dolores y miserias, en la cárcel corruptible que se llama cuerpo, entre las limitaciones de una vida vulgar; y ese aleteo tampoco sumerge al poeta en el pesimismo, antes al contrario, lo impulsa a mirar con amor, piedad y alegría al hombre y las galas del mundo, a todo lo que existe, a ser bueno y a perdonarlo todo. En la poesía *Dormir* el sueño es comparado a un estado de divinidad: "el que duerme es un dios". "Nadie, ni el más feliz, restar querría—horas al sueño para ser dichoso". "Mucho sabes; pero mi sueño sabe más". Pero el poeta sabrá en sus horas de vigilia vivir también en su mundo, en su exclusivo mundo, como vive en el sueño; sabrá ser dios como el que duerme, y salvar los escollos del océano que llaman "realidad". Esa es la virtud de los grandes espíritus: mantener en la actividad la conciencia serena, en reposo, como en un dulce sueño: sin dormirse, viven en su mundo, en su exclusivo mundo. No es, pues, el canto de Nervo al sueño una cobarde huída de la actividad de su espíritu, sino concentración de éste sobre sí mismo para estar "en los brazos de Aquel que nos sugiere santas inspiraciones", es decir, un acercamiento, un contacto con la Verdad eterna, con el Amor eterno, con el Bien eterno. El poeta se mantiene siempre dentro de un optimismo fecundo, que no tiene sus raíces en las apariencias del mundo limitado en que vive, sino en la propia vida del poeta, en su propio espíritu, en el cual se contiene lo eterno. "El alma es un vaso que sólo se llena con eternidad". Ni abruman ni desconciertan al poeta los años que huyen raudos, y alaba a la vejez "silenciosa y nevada carretera,—que conduce derecho al Gran Convite".

Como el poeta se ha puesto a meditar con serenidad sobre la muerte, su espíritu sabe juzgar de todas las cosas con sabia filosofía. Todo lo que hay dentro de él lo llama hacia el camino de la eternidad: ve a Dios, a lo absoluto, a lo eterno dentro de sí mismo, en su propia conciencia. La libertad está en el hombre mismo; fuera de él, todo lo ata, todo lo liga: el hombre es grillo del hombre. (*Liberación*).

Tampoco el inapreciable tesoro que lleva dentro de sí misma el alma, impulsa al poeta a desdeñar lo que está fuera de ella. "Señor, no puedo huír a la montaña,—no puedo ir a buscarte en el desierto,—porque es fuerza morar entre los hombres". Ni la eternidad que contiene su mundo interior arranca de la acción y de la voluntad al poeta. "Poeta, por Dios, deja—ya los "procedimientos"—y manidas retóricas:—¡glorifica la acción, canta el esfuerzo!" Y a la voluntad le grita: "No consientas en tus grillos, no consientas en tus males—y opón sin cesar a tantas limitaciones fatales,—tu propia fatalidad".

¡Qué vigorosa filosofía de la voluntad se desprende de estos últimos versos! Muchos poetas han cantado a la voluntad en estrofas sublimes; pero nadie ha sabido como éste poner frente a frente la voluntad y la fatalidad. Si la voluntad del hombre choca contra las limitaciones fatales, debe pensar el hombre que su voluntad es también una fatalidad, y, como tal, puede luchar, y con éxito, con otras fatalidades. Es esa fuerza de voluntad que se liberta de sus grillos, la que da a las páginas tan suaves de este libro—suave por la forma—una heroica entereza, capaz de apaciguar o de extirpar los más agrios dolores de esta vida. Y como los libros que el poeta canta en una de sus poesías y que son para él—"salud y vida y esperanza" y servirán de almohada a su sueño en la noche que se acerca, así también este libro puede ser para toda alma compañero inseparable, refugio dulcísimo, remanso de la vida.

Una sentencia de Budha sirve de epígrafe al libro. El inefable espíritu del inmortal reformador indo, bueno como el de Cristo, parece extender sus alas de caridad, de paz y de fraternidad sobre estos versos. Así como Sakyamuni, a la edad de veintiocho años, abandonó esplendores, lujo y molicie para

poner su alma, como ofrenda, sobre los dolores y miserias de la humanidad, de la misma manera Nervo abandona en su libro todo lo vano y mundanal para ir en busca de lo infinito, de lo eterno. Medita como el Budha, concentrándose en la soledad de su mundo interior, y abre luego su espíritu en el amor, en la paz, en la fraternidad.

Quien dice budhismo dice caridad. Pudo, pues, Amado Nervo poner al frente de su libro esa divina palabra. En leyendas caprichosas, como lo hace notar Laurent en su *Historia de la humanidad*, los indos pintan el inagotable amor del Budha por todos los seres. Cuenta una de esas leyendas que Sakyamuni entregó su cuerpo a una tigre que se moría de hambre con sus pequeñuelos. Esa caridad del Budha no significa solamente beneficencia: es también sacrificio ilimitado por la salvación de todas las criaturas. Es una caridad sobrehumana que ardía como hoguera inextinguible en el alma de Sakyamuni. Pudo, pues, el poeta, poner al frente de su libro esta otra divina palabra: abnegación. La ley de Budha era una ley de gracia para todos. Toda la humanidad podía acogerse a ella. "Nosotros debemos amar a todos los seres—dice la "buena ley"—porque somos uno con ellos. El que odia a sus semejantes se odia a sí mismo". "Yo lleno de alegría todo el universo, semejante a una nube que vierte por todas partes su agua, siempre igualmente bien dispuesto para los hombres respetables como para los más bajos, para los más virtuosos como para los más malos. (Citado también por Laurent).

Fuente de amor, fuente de todo lo bueno es ese evangelio en que Amado Nervo baña a su alma para llevarla a la suprema tranquilidad. El Cristo o el Budha: he ahí dos hombres que son la gloria de la humanidad. Nervo bebió en esas dos fuentes purísimas y calmó en ellas su sed de eternidad. "Bebió leche de leonas, gustó el vino de los fuertes", en la Biblia, en los indos, en Platón, en Epicteto, en Marco Aurelio, que son eternos manantiales, como él mismo lo dice.

El poeta sale después fuera de su alma por unas horas, y contempla el mundo, a la Europa ensangrentada... Gritos de amor y de piedad brotan de sus labios. Pide a los demás poetas

que sean misericordiosos, cordiales, sonrientes, humanos, aunque el mundo entero llegara a proclamar el culto de la fuerza. Tiene hondas palabras de optimismo para la humanidad desgarrada: "ya es mucho que haya algunas almas buenas". "No pidáis ondas blandas y serenas—al mar esquivo de la sociedad:—¡ya es mucho que no rompa las entenas — y el casco del bajel la tempestad!"

En resolución, *El estanque de los lotos* es un libro de amor, de piedad y de eternidad. La muerte y el misterio aletean en él, no como enigmas pavorosos, sino como esperanzas luminosas. El abnegado, el sobrehumano evangelio de Budha esparce sus dulzuras por las páginas del libro. El espíritu del poeta, como el de Sakyamuni, se repliega dentro de sí mismo, se observa a sí mismo, se mira a sí mismo, como en un espejo, y busca en él la verdad que otros buscan en las vanas apariencias exteriores. Dios, la verdad, la eternidad, la dicha ansiada, todo esto está dentro de nosotros mismos; de todo esto nos habla el espíritu si nos concentramos sobre él; de adentro, de nuestro mundo interior sale el guía que nos lleva por un camino claro, recto y luminoso.

HORACIO MALDONADO.

Montevideo.

AMADO NERVO

Guarda la extraña raza de Anáhuac en el gesto
cierta expresión humilde de interna claridad,
como de augur que, al cabo de su virtud depuesto,
rumia un viejo coloquio con la Divinidad.

Llegó el León de Castilla en el galeón apuesto,
gualdado de avaricia, sangriento de crueldad,
y en su antigua añoranza temando el indio presto
trepó hacia Guadalupe buscando su heredad.

Después... el mal del siglo, Darwin y la energética,
las tres brujas de Macbeth, predicen la frenética
carrera de la carne que deja al alma en pós...

y aún en las vertientes de los Colimas altos
un indio ensimismado, libre de sobresaltos,
rima en versos profundos la voluntad de Dios!

PABLO DELLA COSTA (hijo).

EL POETA DEL SILENCIO DE LOS SILENCIOS

Su agonía dolorosa

Como ningún otro de los poetas hispano-americanos, tuvo Amado Nervo el sentimiento de la muerte, que le conturbaba a veces, que le obsesionó por momentos, que siempre le hizo cantar con un tono trascendente, de místico o de estoico. No es la muerte para Nervo aquella "noche preñada de aurora" a que alude Pío Baroja con marcada indiferencia. El poeta mejicano nos dice:

La muerte, nuestra Señora,
está llena de respuestas:
de respuestas para todos
los porqués de la existencia.

Y en seguida, el refinado y delicadísimo autor de *Serenidad*, advierte:

Silencio de los silencios
tal vez llamarla debieran.

En cualquier libro de Amado Nervo que hojeamos hay siempre, mejor o peor disimulado, el temor a la muerte. Por ahí se ha difundido un trabajo breve cuya lectura se nos antoja fundamental para conocer los negros terrores del poeta. Escrito en un momento de visible angustia, espoleado por el dolor físico quizá, con el agudizamiento de lecturas cristianas y hasta terribles páginas de Edgar Poe, el poeta hace hablar así a uno de sus personajes:

"No podría yo decir cuándo experimenté la primer manifestación de este miedo, de este horror que me tiene sin vida. Tal pánico debe arrancar de los primeros años de mi niñez, o nació acaso conmigo".

Este trabajo, *El miedo a la muerte*, tiene todas las características de una verdadera disección, de un autoanálisis, en el cual la propia sensibilidad buida sirve de bisturí tajante. Comparemos esta desgarrada impresión con alguno de los versos donde se alude al "silencio de los silencios". Habla de la muerte del cura de su pueblo, fallecimiento que impresionara al vecindario provinciano:

"Tendiéronle en la parroquia, revestido de sus sagradas vestiduras, y teniendo entre sus manos, enclavijadas sobre el pecho, el cáliz donde consagró tantas veces. Mi madre nos llevó a mis hermanos y a mí a verle, y aquella noche no pegué los ojos un instante. La espantosa ley que pesa con garra de plomo sobre la humanidad, la odiosa e inexorable ley de la muerte, se me revelaba produciéndome palpitaciones y sudores helados. "¡Mamá, tengo miedo!" gritaba a cada momento, y fué en vano que mi madre velara a mi lado; entre su cariño y yo estaba el pavor, estaba el fantasma, estaba "aquello" indefinible que ya no había de desligarse de mí".

Veamos ahora cómo se alude a la muerte en los versos de Nervo:

Qué bien están los muertos!
Ya sin calor ni frío,
ya sin tedio ni hastío.

Por la tierra cubiertos,
en su caja extendidos,
blandamente dormidos...

Qué bien están los muertos,
con las manos cruzadas,
con las bocas cerradas.

Con los ojos abiertos
para ver el arcano
que yo persigo en vano.

¡Qué bien estás, mi amor!
Ya siempre exceptuada
de la vejez odiada,

Del verdugo dolor...
Inmortalmente joven
dejando que te troven

Su trova cotidiana
los pájaros poetas
que moran en las quietas

Tumbas, y en la mañana
donde la muerte anida
saludan a la vida...

Esta serenidad contrasta con el acento lúgubre y aterrante de aquellas páginas en prosa que nosotros queremos considerar, más que un producto de la fantasía de Nervo, verdaderas confesiones surgidas en un momento de dolorosa exaltación, entreviendo el poeta su fin cercano, porque débil y enfermo, podía suponer que él también iba a verse exceptuado de la "vejez odiada", aunque no del "verdugo dolor" que debía soportar por el doble hecho de haber nacido con una sensibilidad extrema y un organismo enfermo.

En *El miedo a la muerte,* página que desde hace años nos hiriera con la intensidad de un dolor corporal, Nervo habla de una serie de fallecimientos familiares para declararnos:

"Después, cada muerto me dejó la angustia de su partida, de tal suerte, que pudo decirse que mi alma quedó impregnada de todas las angustias de todas las muertes; que ellos al irse me legaban esa espantosa herencia de miedo".

Más adelante habla de "noches tormentosas hasta el martirio", como consecuencia de esas pláticas macabras que constituían los ejercicios espirituales en el colegio de los jesuitas.

Se ve igualmente con qué vivacidad han impresionado a Nervo las muertes históricas. El gran miedoso del "silencio de los silencios" debió de buscar páginas donde se hablaba de la agonía de los grandes hombres con la propia avidez que un mortal aprensivo hojea un volumen donde se consignan los caracteres de las enfermedades más diversas.

Y así evoca acentos de Santa Teresa de Jesús, la mística estupenda, que ha influenciado la literatura castellana—y buena parte de la francesa—en el último siglo, y así cita las postreras palabras del vehemente Lord Byron, del sibarita Mazarino, de Isabel de Inglaterra, de Felipe III de España, de Carlos IX de Francia, del frívolo y enamorado Alfonso XII...

Insistimos, considerando estas breves páginas de Amado Nervo como un documento confidencial y veracísimo. Momentos hay en que ignoramos si el miedo del poeta de *Elevación* era simplemente al *no ser*. Manuel Gálvez, hombre que nos aventaja en sentido religioso, nos contradice. A su juicio es el *más allá*, la perspectiva de otra atormentada existencia, lo

que aflige y preocupa al escritor mejicano. Sus versos arrojan poca luz. Son, sin duda, contradictorios:

Dicen que un muerto es un ser elevado
al Misterio absoluto...
Tú, pues, amigo diáfano que amabas
la claridad socrática, tú, el justo
ingénuo y candoroso, eres ahora
el misterio por excelencia, el único
el más abrumador de los misterios...

Nada en tu simple vivir hubo
de inextricable, nada de enigmático,
de arcano ni de obscuro.
Eras la propia limpidez del aire!
... Y hoy todos los secretos en ti juntos
florecen y tu sombra es cual la sombra
del ala de la esfinge. En vano busco
la santa nitidez de tus pupilas:
ya todo tú eres negro, ya el sañudo
prestigio de la eternidad te envuelve;
ya ves la cuarta dimensión, en cuyo
contrasentido abísmase la lógica.
¡Tengo miedo de ti! y en mi convulso
sueño angustioso, yo, que ansiaba verte
y hablarte siempre, pávido formulo
esta orden mental: —Vete fantasma,
no me materialices! Vuelve al húmedo
agujero en que estás; si eres la ansiada
revelación del más allá, renuncio
a ella, torna allí donde te pudres;
¡No quiero saber nada de otros mundos!

Está bien exteriorizado aquí el temor del *más allá*. En cambio, una composición *Tedio*, que figura en *Elevación* muy cerca de la que acabamos de transcribir, nos da a entender que Amado Nervo admite la muerte como reposo supremo, sin posible complicación anímica posterior:

Tengo el peor de los cansancios:
¡el terrible cansancio de mi mismo!
¿Dónde ir que a mí propio no me lleve,
con el necio gritar de mis sentidos
y el vano abejear de mis deseos
y el tedio insoportable de lo visto
y el gran desabrimiento de los labios
después del amargor de lo bebido?
¡Oh que hambre de paz y de penumbra
y de quietud y de silencio altivo
y de serenidad!... ¡Dormir, dormir!
¡Toda una eternidad estar dormido!

Y entre el místico y el escéptico, aparece en el poeta el hombre comprensivo y razonador que ni niega ni afirma, que ni admite ni rechaza:

Pregunta el hombre triste y serio
—¿Vive quizás el que murió?
¿Es un engaño el cementerio?
—¿Quién sabe? — dícele el Misterio:—
¿Y por qué no?

Pregunta el hombre: — ¿Y el consuelo
intimo y dulce que solió
prometerme un futuro vuelo
es por ventura voz del cielo?
Dice el Misterio: — ¿Y por qué no?

—Debe esperar, pues, refrigerio
para su mal el que penó
en este oscuro cautiverio
—¿Quién sabe? — dícele el Misterio:—
¿Y por qué no?

Y así marchamos por la vida
con la ilusión bien encendida
para alumbrar lo que soñó
nuestra pobre alma entelerida.
Así marchamos por la vida
entre un "¡quien sabe!" y un "¿por qué no!"

Esta postura filosófica, tan cómoda, no domina mucho en las poesías de Amado Nervo, a pesar de que nosotros creemos advertir en el cantor una verdadera preocupación por surgir ante los lectores con el espíritu aquietado, sereno. Así por ejemplo, cierra con *La santidad de la muerte* su libro *Serenidad*.

La santidad de la muerte
llenó de paz tu semblante
y no puedo ya verte
de mi memoria delante
sino en el sosiego inerte
y glacial de aquel instante....

En el ataud exiguo,
de ceras a la luz fátua
tenía tu rostro ambiguo
quietud augusta de estatua
en un sarcófago antiguo...

Quietud con yo no se qué
de dulce y meditativo;
majestad de lo que fué;
reposo definitivo
de quien sabe ya el por qué...

Placidez honda, sumisa
a la Ley, y en la gentil
boca breve, una sonrisa
enigmática, sutil,
iluminando indecisa
la tez color de marfil.

A pesar de tanta pena
como desde entonces siento
aquella visión me llena
de blando recogimiento
y unción... Como cuando suena
la esquila de algún convento,
en una tarde serena.

Nosotros, tenemos la franqueza de confesarlo, al conocer el fallecimiento del poeta, sentimos una curiosidad infantil irreprimible. Nos interesaban los pormenores. Y nos interesaban de modo extraordinario. Merced a una relación fidedigna de los detalles registrados en aquella agonía, íbamos a conocer la verdadera angustia del poeta: ¿el no ser?... ¿el más allá?...

—¡Ha muerto como un santo!—dijo uno de los que presenciaron los últimos momentos de Nervo.

Trátase de un intelectual católico, obstinado en que Nervo resultase en la agonía el autor de *Sosiego*:

Más allá de la impaciencia
de los mares enojados,
la tranquila indiferencia
de los limbos irisados
y la plácida existencia
de los monstruos no soñados.

Más allá de la violencia
de ciclones y tornados
la inmutable transparencia
de los cielos estrellados...

Más allá del río insano
de la vida, del bullir
pasional, el Océano
Pacífico del morir....
con su gris onda severa,
con su inmensa espalda inerte
que no azota volandera
brisa alguna...
Y mi galera
de ébano y plata se advierte
sola en el mar sin ribera
de la Muerte!

¿Qué experimentó el poeta al tener la sensación inequívoca de que se moría, de que se moría entre las hoscas paredes de un cuarto de hotel, lejos de los cielos patrios, lejos de los que amaba, entre un grupo de amigos cuya alarma transparentaban los rostros bien?...

Miedo, un miedo invencible, un miedo pavoroso. Fué aquel espíritu que escribiera en una página desgarrada:

"¡Morir, ah Dios mío! Los animales, cuando sienten que se aproxima su término, van a tumbarse en un rincón, tranquilos y resignados, y expiran sin una queja, en una divina inconsciencia, en una santa y piadosa inconsciencia, devolviendo al gran laboratorio de la naturaleza la misteriosa porcioncita de su alma colectiva! Las flores se pliegan silenciosas y se marchitan sin advertirlo (¡ o quien sabe!) y sin angustia alguna (¡o quien sabe!). Todos los seres mueren sin pena... menos el hombre".

Cuando Amado Nervo sintió entrar a la Pálida, era la medianoche. Con un grito desgarrado que estranguló la propia emoción, el miedo, dijo:

—¡La Muerte me está rozando los pies!... ¡Siento frío!...

Sus grandes pupilas estaban espantadas y los dientes debíanle castañetear. De inmediato se subió la temperatura del cuarto, pero Amado Nervo proseguía con los ojos fijos en algo que nadie divisaba más que él:

—¡Se va apoderando de mí!... ¡Paraliza mis miembros, no me deja mover!...

Era un gran terror de niño. El poeta mejicano había olvidado sus más serenos conceptos sobre la muerte. Fué el hombre rebelde que exclama ante el Destino ciego:

—¡No me quiero morir!... ¡No me quiero morir!

Hasta la alcoba llegaba mansamente el eco del oleaje en la playa. Tal vez, como en los cuentos llenos de misterio de Valle Inclán, aullara un perro agorero en la lejanía:

—¡No me quiero morir!... No me quiero morir!...

Acaso penetrase, estremeciendo las cortinas del balcón, una racha de viento, de viento otoñal, húmedo, frío, trágico. El poeta temblaba, veíanlo lívido sus acompañantes. Por fin se serenó:

—Sé que voy a morir; pero antes, quiero ver el sol, un rayo de sol...

Y preguntó la hora. En la torre del Asilo de Huérfanos, el reloj las iba anunciando, indiferente.

—Las cuatro, las cinco...

El poeta entrevió que su deseo postrero iba a cumplirse. Su organismo exhausto, palpitaría aun cuando llegase el amanecer:

—¡Quiero ver el sol!... ¡Un rayo de sol!...

Sobrevino la serenidad, que esta vez no era sino cristiana resignación. Entonces sí: a no hallarse exhausto, habría podido recitar el *Me marcharé* de su mejor libro:

Me marcharé, Señor, alegre o triste;
más resignado cuando al fin me hieras
Si vine al mundo porque tú quisiste
¿no he de partir sumiso cuando quieras?
... Un torcedor tan solo me acongoja,
y es haber preguntado el pensamiento
sus porqués a la Vida... mas la hoja
quiere saber donde la lleva el viento.
Hoy, empero ya no pregunto nada:
cerré los ojos, y mientras el plazo
llega en que termine mi jornada
mi inquietud se adormece en la almohada
de la resignación, en tu regazo!

Habló con débiles y resignadas palabras ante la media docena de amigos que habían rodeado el lecho en el último día de su melancólico peregrinaje por la vida:

—¡Siento que me voy!... ¡Me muero!... ¡Sol!... ¡Un rayo de sol!

Y logró divisarlo. Luego el día apareció hosco y nublado, como si se pusiera de luto por el fallecimiento de aquel gran espíritu continental.

A medida que agonizaba Nervo, su lucidez era más manifiesta. Los amigos reprimieron su emoción con un extraordinario esfuerzo. Nueve horas estuvo el poeta "sintiéndose morir". Por fin, a las nueve de la mañana, aquella vida se apagó suavemente, como una luz muy débil y muy mística...

VICENTE A. SALAVERRI.

Montevideo.

CÓMO MURIÓ EL POETA

El corresponsal en Montevideo de La Prensa, *de Buenos Aires, ha narrado con toda fidelidad la agonía del poeta. Creemos útil reproducir estas páginas*:

Montevideo, mayo 24. — La mejoría que en el estado de Amado Nervo se inició el miércoles no se acentuó posteriormente. La terrible uremia que lo atacó el domingo último avanzaba rápidamente, defraudando todas las esperanzas sobre una reacción salvadora en la que aún se creía. Ayer Nervo recibió la visita de numerosas personas. Estaba en posesión de todas sus facultades psíquicas; sonreía a todos cuantos llegábanse hasta su lecho y quería hablar con ellos, cosa que le impedían su médico de cabecera y los mismos visitantes. Su físico denotaba visiblemente los estragos que hacía el mal, pero su intelecto, su intelecto privilegiado, brillaba aún con los mismos destellos de sus mejores días.

Esta madrugada su estado se agravó rápidamente, haciendo perder a todos la esperanza de la tan anhelada reacción.

A las 9 entró en estado comatoso; sin embargo todavía articuló algunas frases, entre las cuales podía oirse la de: "Bueno..., muy bueno".

En los últimos días, dándose cuenta de la gravedad de su estado, hablaba de su mal y pedía que no escatimasen esfuerzos para salvarlo "No quiero morir, no quiero morir", decía a cada rato.

Eran las 8.35 cuando el señor Freymann, que no se había separado un instante de la cabecera del lecho del enfermo, corrió apresuradamente a las habitaciones del ministro peruano, doctor Belaunde, alojado también en el Parque Hotel, y le comunicó que Amado Nervo acababa de sufrir un síncope. Le-

vantóse apresuradamente el doctor Belaunde, y, acompañado del médico peruano doctor Sánchez Aizcorbe, concurrió a las habitaciones del poeta enfermo, que se hallaba sin sentido, prodigándole, en compañía de los señores Freymann y Padilla Nervo, toda clase de cuidados. Pronto se produjo una reacción, pero en realidad sólo se trataba de una leve alternativa entre la vida y la muerte, pudiendo asegurarse que, aunque no lo parecía, se había iniciado el período agónico.

Plácidos fueron los últimos instantes del poeta. Su deceso se produjo entre pruebas de amistad y consideración de cuantos le rodeaban. Una profunda emoción embargaba los ánimos de los presentes.

Sus últimos instantes fueron de una dulzura impresionante y se extinguió con la serenidad, con la calma de que hizo gala en toda su vida.

El ministro peruano, doctor Belaunde, que no se apartaba un instante del poeta, decía esta tarde: "Tuvo una muerte admirable, la muerte de un talento; de un iluminado".

La dulzura y la delicadeza de su alma no se empañaron nunca durante la enfermedad. La forma en que se extinguió ha impresionado a todos los que le rodeaban.

Amado Nervo dirigió sus últimas palabras al practicante que lo atendía, a quien manifestó la pena que le causaba que se mortificara por él.

Anoche, a las 10 se encontraba entre las personas que atendían al enfermo el ministro interino de relaciones exteriores, Daniel Muñoz, quien se dispuso a retirarse por un instante, según expresó, por tener que visitar al presidente de la república, que se encontraba un poco enfermo. Amado Nervo le pidió entonces, en la forma galana que sabe dar a todas las cosas que dice, que le manifestara al doctor Brum su viva gratitud por las atenciones que de él había recibido. Y agregó:

"El doctor Brum es más que un presidente: es todo un hombre".

El doctor Daniel Muñoz dijo también que anoche, después de comer, condujo a una nietecita suya hasta la habitación de Amado Nervo. El insigne poeta al verlo entrar le dijo aludiendo a niñita: "Usted me trae una cosa muy buena, me trae un rayo de sol: esto es lo que yo necesitaba".

Momentos antes de que Nervo expirase, el doctor Da-

niel Muñoz tomó una mano del enfermo, y el poeta, aunque estremeciéndose ya en la agonía, pudo decirle: "Siento que la muerte me entra por los pies".

Las precauciones de todos los que le rodeaban por las alternativas de su salud le arrancaban espontáneas palabras de gratitud. "No se molesten... No se mortifiquen por mí", eran sus palabras a cada instante. Evitaba el formular preguntas o pedir favores sobre cualquier detalle que interesara a su situación por no obligar a nadie a trabajos de ninguna índole, provocados por él.

La noche la pasó en un estado de laxitud completa; casi no hablaba, y cuando lo hacía sólo era para formular lentas frases de cariño para todos, y siempre insistiendo en no mortificar a nadie.

A la 1.30 de la madrugada quiso cambiar de postura. El practicante de medicina que le atendía le hizo notar que todo movimiento le sería perjudicial e insistió en que no se moviera. "De todos modos..., dijo, recostándose sobre el lado izquierdo... ¡De todos modos ha de ser la última!"

Dulce, suave su morir en realidad, ha sido para Nervo una llama que se ha consumido lentamente hasta apagarse, dejando incólumes y engrandecidos sus propios resplandores.

La semipenumbra de la habitación, propicia al ensueño impreciso y vago de su lúcida agonía, levantó en su alma visionaria de gloria la última nota de su lira.

"¿Por qué no abren esas ventanas para que entre luz?... Yo no quiero morir sin ver el sol!... Gracias... Gracias". Y agradecido a todos, expiró.

AMADO NERVO

In questa ricerca affannosa
dell'anima nostra, sovente
lanciamo una voce piangente,
lanciamo una voce gioiosa.
Talvolta una minima cosa
ci appar come un mondo; repente
il baratro cupo del Niente
ci ingoia. Siam spina? Siam rosa?

La vita é ricerca, non altro;
la vita é curiositá:
ignoran l'ingenuo e lo scaltro
e chi piú conosce men sa.

Tu fosti una lampada appesa
davanti un'altare in cui viva
fremeva l'imagine santa;
tu fosti la voce che canta
serena, com'acqua sorgiva
che corra tra massi, in discesa.

Ai curvi, dall'odio divisi,
volesti alleviare il fardello,
ma ognor ti sentisti piú solo;
lanciasti lo spirito a volo,
nel sogno cercasti un fratello,
il dolce Francesco d'Assisi.

E fosti la stella che appare
nell'ora in che l'anima piange
i sogni del dí tramontato.

(O bimba, lo sguardo hai levato
a molcer la pena che t'ange?
Son belle le stelle sul mare.

O piccole, splendide faci
sospese nel cielo, accogliete
voi forse il desio degli amanti?
poeti, sedate nei canti
la febbre? Vi plachi la sete
l'ambrosia divina dei baci).

Or noi non udrem la tua voce
piú mai. Fatto stella, alle stelle
tu dici i tuoi canti, poeta.
Noi ancora cerchiamo una meta
ne' baci rubati alle belle,
ne' raggi che spande la Croce.

FOLCO TESTENA.

DIALOGO DE LEONARDO Y KEMPIS

LEONARDO. — ¡A qué contrastar esta vocación que me lleva hacia eso que tu llamas curiosidad vana! ¿Por qué habría de oponerme a este mi afán de expansión; impedir el libre curso de las propias ansias no es acaso olvidar cómo vuelven al mar los grandes ríos?

TOMÁS. — Bueno tienes el cerebro que bien te acompaña en ese tu vano fantasear...

LEONARDO. — ¡Cómo empleas, y con cuánta delectación, el vocablo vano! ¿Es que hay por ventura, o desventura, algo vano en esta vida?

Por mí, puedo decirte que: así como nunca supe del hastío, tampoco hallé esa "vanidad de vanidades" que tú dices.

TOMÁS. — Hábil es tu discurso, que las manos con acertados gestos comentan y explican; argumentos, aunque falsos, no te faltan; tanto talento tienes que intentas, y a veces lo consigues en otros menos firmes que yo, demostrar lo imposible...

LEONARDO. — ¡Qué empeño el tuyo en considerar insolubles ciertos problemas naturales!... Bueno es creer, pero, ampliando el radio de nuestra fe...

TOMÁS. — Imposible es seguir a tu inquieta fantasía... La otra vez, cuando hablabas de arrancar, de sana planta, para llevar al altivo monte una Casa del Señor, convencido me hubiste en aquel momento como a todos; más, al volver a la verdad, al retornar a mi solitario claustro con la dulce y única y real compañía de El, recién comprendí la inutilidad de tu empeño.

LEONARDO. — Tú mismo me alentabas convencido de la belleza del proyecto y no me extraña que cambies. Lo has

dicho tú mismo: "los que hoy son contigo mañana te pueden contradecir"...

Ya lo ves, no me ofende que tú mismo mudes como el viento... Admirable, más aún, sublime es esta renovación constante que otorga nuevos mirajes y ensancha el horizonte ideal; en gracia de ella siempre está en presión la máquina poderosa de los hombres...

TOMÁS. — Así lo puedes creer; pero, olvidas que debes considerarte en la tierra extraño y pergrino; y que, cuando hayas hecho tu casa no te valdrá, porque forzado serás a abandonarla...

Sé como los Santos, que: "ajenos eran al mundo, mas muy allegados a Dios"...

Sólo en la vida monástica y en el ascetismo hallarás reposo y verdad...

LEONARDO. — De la vida monástica no me hables, amo esta libertad que enciende mi cuerpo... creciendo fuí, libremente y cual la vocación a los placeres naturales me lo sugirió; recogí serenas visiones de la campiña toscana, presencié las lentas labores agrícolas alegradas por cantilenas y epigramas; hice muchas excursiones a los bellos lugares cercanos; admiré solemnes fiestas religiosas; y, también, cuando lo quise, gusté en las largas noches invernales, del placer de la vigilia amenizados con juegos ingenuos o con fábulas misteriosas y sugestivas...

En cuanto al ascetismo déjame el filosófico. Quizás llegue a él con el andar de los años, librando así mi alma de la tiranía del cuerpo; con el ascetismo filosófico me será posible, de más en más, el mejor desenvolvimiento de mis facultades...

TOMÁS. — En contradicción estamos como siempre; ese ascetismo no lo admito ni lo puedo concebir... Ese del cual yo hablo, y que es el único o el solo posible, lleva a la expiación, a la maceración, al éxtasis...

LEONARDO. — ¿Y qué haré yo de mis buenas piernas, de mis ojos vivos y mis fuertes brazos...?

TOMÁS. — No me interrumpas... Ese ascetismo que tú llamas filosófico no es tal porque la única verdad y ciencia ciertas están en El.

¿De nada valieron, según tu sentir, las luchas que sostu-

vimos por esa causa con los epicureos de quienes pareces tomar tus conclusiones?; las teorías que defiendes, muchas luchas costaron aunque no tantas como su impiedad mereciera...

LEONARDO. — Mal informado estás, demacrado asceta, pasó la negra sombra de los anteriores siglos; la humanidad tiende a la más constante revisión de valores... Los áureos griegos y los dulces romanos—aunque paganos—encuentran por obra de Lucrecio la fiel y definitiva exposición de sus, tan bellas por lo humanas, teorías... ¿Leíste acaso *De rerum natura?*

TOMÁS. — ¡A qué leer palabras paganas!... Además ya lo dije: ejercitarse en la santísima vida y pasión del Señor es todo lo útil... No hay necesidad de que busques nada mejor fuera de Jesús...

LEONARDO. — Si, tal entiendo también... No ignoras cómo intenté, llevado de ese amor, infundir, como me fuera posible, tanta gracia y serenidad en cierta tela, muy querida, que llamé *El divino maestro* o *Redentor*...

TOMÁS. — No se me escapa la sublime intención puesta en ella; pero igual entusiasmo advierto en tus obras profanas, por ej.: en esa *Desconocida* que muestras en toda la plenitud de su materialidad...

LEONARDO. — ¡Qué dices!... ¿Es que acaso ella no es hija del Señor también?...

¿Reproducir algo de lo que la Naturaleza ofrece no es hacer ofrenda y voto para la mayor gloria del Supremo Arquitecto?

TOMÁS. — Y ese tu afán de querer encauzar hasta el libro curso del río Arno; y esa suma complacencia en curiosear la vida de los primitivos seres de esta tierra; y ese tu amor puesto en escribir el *Tratado de Anatomía?*

No sólo significa ello intento de develar el secreto del Señor, sino que, también presupone la voluntad de modificar sus obras...

Además, ¿por qué tanto empeño pones en saber cosas que podrían substraer, aunque sólo por fugaces momentos, a alguna alma elegida, sabiamente destinada a la suprema paz de la muerte?... Recuerda lo que me sugirió El: los pecados y vicios en que estamos tan caídos nos impiden contemplar las cosas celestiales...

LEONARDO. — De eso no me puedo quejar; si supieras cuán-

tas cosas celestiales me es dado ver en todo momento. ¿Has sentido la sublimidad de gozar de la belleza de la mujer amada? ¡Es tan inefable el cuadro que ofrece la madre sonriendo al infante que succiona la leche de su vida! ¡Cuán dulces son esas armonías en tono menor de la noche, y potente es la sugestión que surgen del contraste ofrecido por los recios ruidos del trabajo del día y la tenue cháchara de niños y pájaros... ¡Divino concierto! Tú no ignoras cómo mi entusiasmo se reparte en todo; admirado de las obras de los hombres, ¿es raro, que quisiese saber cómo somos y cómo nacemos?... Créeme, dulce me fué el tiempo empleado en observar el desarrollo del punto inicial del ser hasta obtener el factor hombre... Al mirar al niño abro las ventanas de mi ser y miro el azul; me sonríen las flores y me es grato su aroma; y al aura dígole: ¡cuán dulce tu susurro!... Y no lloro a la golondrina que se va porque le digo: ¡Hasta luego!...

Admirando al hombre que será, presiento el secreto de los destinos humanos y envidio una sola cosa, no tener una vida más larga para ver sin velos el misterio del mañana...

Y respecto a los hombres que poseen la condición grata de identificarse con la Naturaleza y adorarla, porque ella lo resume todo... y sólo necesito de la palabra Dios cuando quiero significar algo que mi mente no alcanza a abarcar; Dios: lo desmesurado, lo incomprensible, lo inasible!...

Tomás. — No admito este razonar tuyo; me indigna este tu misticismo extensivo, máscara que te pones para encubrir el ateismo que ya te fué reprochado...

Para terminar nunca olvidas que: la gracia de Dios no se mezcla con el gusto de las cosas terrenas...

Por mi parte, arrepentido estoy de haberme desdicho: debí poner en práctica, lo que otrora prediqué: "conviene desviarse de conocidos y amigos y tener el espíritu retirado de todo placer temporal"... y grande congoja me viene, ¡oh Señor! pensando en esta tu prueba. Este diálogo fué, no lo dudo, para hacerme caer en especulaciones peligrosas para la salud del alma... "probado fuí Señor como el oro en el crisol"... Soy impuro como he visto; aun no poseo la firmeza para resistir los elementos extraños, soy débil... por tanto, desde ahora más fuerte será mi necesidad de vivir en Tí; en esa vida que otorgan los monasterios, que es la mejor en el Señor. Más conven-

cido que nunca, y apesar de tus disquisiciones, me vuelvo a la reclusión monástica donde está la única verdad...

LEONARDO. — Yo en cambio agradezco a quien me hizo libre...

Grande es mi contento cuando puedo mudar mi ser y con él mi admiración por cada cosa que vive y palpita: color, sonido, línea, relieve...

Los dolores inevitables que sufrimos en esta vida pasajera me son compensados por esta emoción fluctuante que gusto en cada instante...

Y aunque todo perdiera bien pago sería, no digo con la luz del sol—como pedía aquél que lo había perdido todo—sino también con uno, con uno solo de los innumerables fenómenos que la naturaleza brinda generosamente al ánimo atento y apto para apreciarlos en toda su gracia eterna...

Y así, oh triste monje, como tú entiendes la gracia de Dios tan sólo en el ascetismo rigorista y en la expiación de pecados que no cometiste, yo la encuentro en todo: muerte, amor, vida... Y así queda explicado cómo y por qué compadecido de su infelicidad compro a los mercaderes los más raros pájaros, que ellos tienen aprisionados, para restituirlos a su ingénita libertad...

Y bendigo esta voluntad que me da manos y ojos y espíritu para ejecutar preciados trabajos, que me otorgan dineros para comprarles su libertad... ¡Qué gloria me da ver cómo por mí, esas aves pueden elevarse libremente por el azul!... y al mirarlas allí, borrachas de gozo y bienestar, ya por la caricia luminosa del sol, ya por el presentimiento de hallar por fin su liberación... emocionado recuerdo el bello verso del poeta incomparable:

libertá va cercando che é si cara...

EL POETA:

Siento que la muerte entra en mí. Su puro frío me penetra dulcemente y presto me envolverá con su eterna mortaja...

Estoy en el dintel de la mansión del supremo olvido, y antes de entrar en él, quiero recordar: puedo hacerlo sin remordimientos porque "he sufrido como todos y he amado lo suficiente para ser perdonado"...

Mi vida fué un constante dualismo. Siempre se me ofrecieron dos caminos a seguir... en vida tuve presente la muerte; hoy que muero quiero vivir en el recuerdo; son las dos rutas antagónicas, como en aquellos años mozos cuando el claustro atraíame con su paz inefable y también sentía la sugestión del mundo con su multiforme canto encantador...

Pude tener riquezas, para deshechar las miserias de la vida; preferí ser poeta.

Tuve a mi alcance la lejana bóveda celeste; y supe de la tierra y de su entraña que lleva el fuego que moldea y el agua que se amolda...

Comprendí el Cosmos infinito; más, preferí cantar, en los años primeros, al azul y el blanco, donde mi voz encontró sus mejores acentos...

Para dar corporeidad a mis contemplaciones perseguí asiduamente a la Forma, para poseerla; y la tuve repartiendo mi amor entre ella y la visión de poesía que la creaba...

Esta verdadera plenitud de vida, en mi juventud daba alas a mi fantasía que cantaba al compás de cada dulce acento; que encerraba como en un objetivo todo detalle de cualquier paisaje...

Supe apreciar el encanto de la rosa temprana y el dolor de la flor que se deshoja... Canté a la risa y al llanto, al suspiro y la queja... Bebí en la copa del amor y en la del olvido... Fuí recogiendo esas impresiones, vibrando siempre — por ser necesidad en mi, — las que fueron, luego, dulces versos...

Esta energía creadora surgiendo de mi ser para identificarse con lo exterior, llevóme a los más dulces reinos de la poesía y en ellos bien me hallaba... sino que...

En el seminario leí un libro obligado; mas no como otros textos que pronto olvidamos pude olvidar aquél... aunque, displicentemente fué leído entonces, siguiendo de buenas ganas el consejo de "leer poco cada vez"...

Mas, insensiblemente fuí sintiendo el goce triste de sus palabras... Ya no fuí gustando como antes el placer de *la risa*, "de la alegría primordial, de la alegría pánica, la que movía rítmicamente en los bosques del archipiélago las piernas de las ninfas y las pezuñas de los faunos amables..." En cambio de este sentir pagano, que me hiciera decir con voces inmortales en *La Hermana Agua*: *Y no estés triste nunca que es pecado estar*

triste... fuí mudando de parecer; y comencé a sentir esa melancolía que más tarde, mucha más tarde, había de volcar en cierto verso, donde se expone la tristeza de los cinco sentidos, *"los cinco garfios, los cinco ganchos del áncora que retiene la nave..."*

Y esa mi natural expansividad, que me sugiriera en años mozos, las más ardientes loas y que en mi obra sucesiva sólo de tarde en tarde hallará quien me leyere; ese afán de loarlo todo, como en cierta epístola:

> le grito bis al ruiseñor que trina
> olé a la onda que cuajó en espuma
> hurra al sol que calienta e ilumina...

dicen mis entusiasmos; y ofrecen al desnudo mi congénita modalidad. Esos arranques líricos responden al genuino fomento lírico que había en mí...

Lucharon en mi espíritu las dos tendencias: *expansión, reclusión*... Mas, acabaron por primar las sugestiones del asceta, como ya dije:

> Oh Kempis, antes de leerte amaba
> la luz, las vegas, el [illegible]
> mas tú dijiste que todo acaba,
> que todo muere, que todo es vano...

pues la Pálida confirmo con su marca fatal el doloroso presagio... "La entraña de la tiniebla, sintió mis gritos"... desesperados... y vanos...

Ya tuve, para siempre, como mi hermano Rubén el "terror de la muerte" y "el espanto seguro de estar mañana muerto"... motivos melancólicos que fueron el eco de mi ser, cuajando en rimas admiradas...

Como esos narcóticos orientales que obran tardíamente, acrecentando con el andar del tiempo su poder, las lecturas distraídas e impuestas en mi mocedad, del libro del asceta, fueron cambiando mi modalidad primitiva y entusiasta...

Mucho luché contra ese influjo disolvente; se recordará cuan rebeldes eran mis palabras en principio, pues mi fondo poético innato se sublevaba contra esa tiranía interior... Mis ansias de vida plena no se domeñaban tan fácilmente; gracias a mi innato estro poético aún podía desahogar mis deseos locos de cantar todo lo sublime ¡y cuánto de sublime por dondequiera mis sentidos sabían hallar!

A esa lucha intensa siguió un período de paz; serenamente

miraba las cosas como un espectador y expuse mis motivos contemplativos. Así es como "un hilo de agua" escuchado con recogimiento dió ese poema *La Hermana Agua* que reconozco y "yo sé que quien lo lea sentirá el suave placer que yo he sentido al escuchar"...

Mas ya lo dijo el platónico: *cosa bella e mortal passa e non dura"*...

Si pude mirar el bello panorama circundante fué porque mi disposición serena me lo permitía.

¿No dijo lapidariamente el ginebrino que: "el paisaje es un estado del alma"?...

Poco pudo durarme el dulce amor: lo que *Deus dedit Deus abstulit*: lo que Dios dá, Dios quita...

Cerca ya de la muerte y sintiendo la suprema paz que me circunda, el dolor ya no me espanta ni me agobia como en aquel momento, pero, recuerdo muy bien mi desolación, mi angustia de entonces al sentir el zarpazo heridor de la muerte en la "puella mea"; la dulce amada... Fué cuando dije con el más contrito acento:

Dios mío yo te ofrezco mi dolor,
es todo lo que puedo ya ofrecerte.
Tú me diste un amor, un solo,
un gran amor.
Me lo robó la muerte.
Y no me queda más que mi dolor.
Acéptalo Señor,
es todo lo que puedo ya ofrecerte...

Mis versos de esa época marcan la plenitud de mi sensibilidad, acicateada por el amor infeliz... En ellos vibraba yo con mi más intensa vida...

Del contraste de tan grande amor y la dura realidad, surgieron mis más humanas notas. ¡Con cuanta desolación escribí aquel verso que tuvo eco en tantas almas: "Ella me besaba mucho presintiendo que era corto el plazo..."

Solo, ante el espanto de la muerte, hube de decir mi soledad, "mi impotencia".

Así llenaras veinte lacrimatorios
con la sal de tus ojos...
Así suspires hasta luchar con ímpetu
con el viento que pasa destrozando
las flores de los jardines;
Así solloces hasta herir la entraña
de la noche sublime
nada obtendrás, la Muerte no devuelve
sino cenizas a los tristes...

La pobre está pudriéndose en su agujero
¡ya todo es imposible!...

Y si bien después pude estar "en la sladeras de la montaña augusta de la serenidad", mi "serenidad era un poco triste"... Y tuve que convencerme de mi intento vano en interrogar a la Eternidad, al Abismo, a la Esfinge, a Isis, al Lucero ignoto... porque vanamente esperé un "signo"...

Y nada extraño resulta pues que, los dolores de la vida, por momentos inaguantables, hicieran volver mis ojos a especulaciones teosóficas; supe comprender como las ideas son imágenes reflejas, en las cuales "lo absoluto se espeja a sí mismo..."

Viajero infatigable en toda ruta espiritual adentré en varias teorías: para calmar los dolores humanos me fué sedante el saber budista con sus misterios... como aquél dulcísimo, de su fundador, a cuya muerte tembló la tierra toda, haciendo caer de los árboles una lluvia de flores sobre su cuerpo que se extinguía... Y supe de las "cuatro verdades" y a veces llegué a la suprema, que conduce a la supresión de las causas de todo dolor... Admirado fuí del profundo y humano sentido de la igualdad de los hombres en Buda: el bracmán como el paria, tanto en el dolor como en la muerte, — las únicas verdades — son iguales...

Tales teorías fueron como el nepente para proseguir sin desfallecer, ante los obstáculos, mi viaje por el camino de la vida...

Pero sobre todas ellas primó una, la teoría primitiva, la aprendida, digamos así, con la leche materna... Y no es extraño pues, que con cariñoso recuerdo tornara a mi mente con el encanto de los años idos... Y comienzan a obrar con eficacia las palabras *De la Imitación a Cristo.*

Las penas y ansias y dolores sufridos sin querer refuerzan las amargas conclusiones: todo pasa, todo pasa... ¡a qué perseguir el beso de la luz de la vida, si como fuego fatuo huirá a nuestro paso!

Dios lo ha querido... inclina la cabeza
¡humillate! ¡humíilate!
Y aguarda recogido en las tinieblas
el beso de la esfinge...

Y concentré mi atención en un punto solo; me hundí en el principio divino — según las sugestiones de Santo Tomás que

bien obraron a la distancia, como esos narcóticos del lejano Oriente — y razoné con constancia, reforzándolos de más en más, tales principios místicos... Ese estado estático me hizo descuidar, a veces, "la forma" en la que fuí maestro; otras, hízome despreciar los bienes presentes y olvidar la dulzura incomparable de mi mocedad; y, muy a menudo, me hizo dar sombras a mis lectores, ansiosos de más luz, de esa que les diera antaño con la paleta de mi verso...

Pude dar serenas visiones y nuevos estremecimientos a la lírica castellana, mi alma tropical bien se avenía con esa plenitud creadora... Guiado por una orientación platónica, como la de los artífices del Renacimiento, hubiera dado dulcísimas notas con sonoridades paganas, como llegué a desear hace muchos años...

En cambio, circundado de sombras estuve, culpa del libro sugestivo, que al fin venció la gran batalla:

"Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,
pálido asceta, qué mal me hiciste!
ha muchos años que estoy enfermo
y es por el libro que tú escribiste!

... ...

Siento que ya estoy muerto... lleno está mi ser de esta paz florecida que me circunda... sólo el mar rompe el silencio con su voz eterna y su canto sublimiza mi hora... y presiento que no todo es vano...

Porque aunque tú dijeras, oh Kempis que todo pasa, comprendo la suprema verdad: todo lo que cantamos y lo que hemos sufrido y todo lo que amamos fué: por lo tanto es y será, sin duda.

Por ello, puesto en el extremo trance humano no deseo recordar mis horas inactivas; ni debo añorar aquellas en que tuve el alma recluída, como tú me sugerías...

Algo te debo, oh macerado asceta! Y son las luchas entre "mi ser" y "no ser" en que empleé el tiempo ido...

Recordar es vivir... El momento apremia; por tanto prefiero, y me es más dulce, añorar cuando mi alma, (cual los pájaros libertados por el sublime florentino) se espaciaba revolando por los cielos, ébria de vida, rica de perspectivas magníficas, llena de colores, formas y luces fecundas...

ARTURO LAGORIO.

AMADO NERVO

Mi alma, Poeta, se inclina abrumada,
ahora que llegas al claro Destino,
y dejas la carne cansada
y esta senda triste, dura y empinada,
por otro celeste camino.

El hondo misterio ya se ha develado
para tu alma, pura de serenidad.
Ahora no canta tu espíritu alado;
la Muerte süave tu boca ha sellado
y tu canto es luz y diafanidad.

(Recuerdo, Maestro, tu voz persuasiva
diciendo a la absorta gente tu cantar,
y tu faz de asceta, flaca y sensitiva,
en la que a los ojos el alma cautiva
dábase radiante, toda sed de amar...)

Cual el *Pobrecillo* tu alma sentía-
se hermana de todo, del bien y del mal,
y cuando la espina tus carnes hería,
pasabas sereno y aun sonreía
tu labio al enigma cruel de lo Fatal.

¿Porqué fué, Poeta, tu brusca partida,
ahora que el lauro tus sienes besaba
y almas de mujeres amaban tu vida
soledosa y triste, tu vida dolida
que siempre el arcano tenaz inquietaba?...

Tal vez en el cielo faltaba una estrella,
un lugar del cosmos estaba sombrío;
vislumbraron tu alma y viéronla bella
(tu canto en la tierra fué su clara huella)
y ahora en lo alto brillas, claro y frío...

Ha poco que ansiabas ser la nebulosa
que en su seno lleva gérmenes de luz;
tuviste en la tierra el alma armoniosa,
y ahora, Maestro, en la noche umbrosa,
ahora eres luz.

Acción de gracias

Gracias por tu canto, vaso de sapiencia
divina, palabra de consolación,
que de turbulencias libra la conciencia
y colma el anhelo de supervivencia,
acallando toda mortal aflicción.

PABLO SUERO.

LA SERENA INQUIETUD

La pálida personalidad de Amado Nervo es tan atrayente, que ha hecho caer al mundo hispano americano en la encantadora ilusión de ver en él al exponente de la *nueva sensibilidad*.

Pero al considerarle de cerca descubrimos que Nervo es simple—y nosotros somos síntesis; es sereno—y nosotros apenas si llegamos a la serena inquietud; es místico—pero de un misticismo amable, sin la amargura luminosa que caracteriza el alma moderna.

Y el que quiera interpretar esta alma moderna, no puede ser un floretista, como lo era Nervo. Ha de ser un hombre que maneje la espada, aunque deberá manejarla con una elegancia tal, que parezca un florete—pero que no lo sea. Sus estocadas a fondo deberán ser tan finas, que el adversario se crea apenas rozado y sólo al desvanecerse note que se halla herido mortalmente.

Así mismo, Nervo inaugura—¡quién se acuerda de Rodó!—un nuevo tipo de literatura, que por encima de la ciencia y en contacto fácil con la filosofía, pero siempre dentro del arte, no es un género definido—ni siquiera el viejo *essai*—y que sólo puede tener éxito cultivado por una personalidad muy vigorosa, única condición necesaria para este género literario y única que faltaba a Nervo, aunque debo reconocer que tenía todas las demás.

Los versos de Nervo no se pueden dibujar, son abstractos y huyen la metáfora. Está bien que renazca la metafísica con todas sus abstracciones, pero que no nos invada el arte, que es concreto siempre. El filosofismo poético es el digno reverso del estetismo filosófico. Con los dos se acuña una moneda, que con apariencias de metal, pero con el valor efectivo del papel, ten-

drá en el futuro gran circulación pseudo-clásica. Una moneda muy moderna—pero feble.

Sin embargo, tiene Nervo una composición, acaso una sola, en la que se presiente—no por el tema, sino por el tono—la serena inquietud del novecientos. Me refiero a los versos dedicados al Kempis, que logran evocar para un temperamento moderno, con emoción triste y límpida, el gesto católico de ese gran pecador, que con rostro de asceta y pupilas ardientes, besa ingenuamente un cincelado crucifijo de oro a la luz ultraterrena de los astros medioevales.

Recuerdo que en mis ensueños de juventud, tenía un lugar preminente una infantina de España, ser misterioso y estilizado, que simboliza—para usar los términos oficiales de estos estados de ánimo—la leyenda de oro y la quimera azul de los silenciosos adolescentes.

Pero un día llegó de verdad la infantina de España! Doña Isabel de Borbón, embajadora en las fiestas del Centenario. No era la de mis ensueños, pero era una infantina de España.

Con respecto a Nervo, creo que el futuro tendrá que reconocer que si no es de los más grandes, fué de los primeros; y este también es un mérito. Duerme en sus versos una nota de lirismo subjetivo, poco frecuente en la poesía hispano americana y que nos llega a dar, en algunas estrofas, la impresión deliciosa e inexacta de leer versos mal traducidos de Enrique Heine. Y con esta cuerda lírica cautiva el corazón de todas las mujeres buenas y de algunos hombres tristes y lo vincula a su noble corazón, como con hilos de oro y plata.

Amado Nervo gustó sus éxitos en vida; los dioses le concedieron el presente—para negarle el porvenir.

ADOLFO KORN VILLAFAÑE.

AMADO NERVO

Los poetas mueren y su ataúd es de hojas verdes.

Ataudes que nadie lleva porque van solos hacia la luz eterna.

La inquietud de la muerte resbala sobre ellos como un poco de viento en los árboles. Inquietud insomne, incierta, de faz muerta.

Es la mano pálida que golpeó en los vidrios; la sombra que reflejó un espejo frente al lecho; el pié que no dejó huellas ni rumor, al venir.

La Muerte es amiga de los que soñaron por ella y en su poesía regalaron algo de la helada misteriosa. Hielo de misterio derretido sobre el durmiente, cuando una lámpara se apaga en la noche.

Dulce tristeza tiene la tranquila ternura del tránsito.

La Poesía embalsama el cuerpo del poeta, cierra sus ojos y vuela sobre su frente inmóvil, llevándose el último pensamiento.

La fraternidad incomprensible de los seres, fué para Nervo un talismán de sabiduría. El agua fué su hermana y también la luz solar, la rama de mirto y la brisa que orea cabellos de mujer.

Como hermana, la tierra recogerá su cuerpo y le dará por compañera la oscura y fría dureza de la profundidad.

Y como hermano, lo vemos nosotros irse, hallando en su tesoro de sentimiento una feliz herencia de alta y solitaria belleza.

No todos los poetas viven en esa armoniosa fraternidad

con los seres. Hay muchos que viven de su criterio áspero y de la obsesión de ser juzgados.

Y ciertamente, la idea de fraternidad atenúa la idea de juicio, como la idea de amor atenúa la idea de serenidad.

La misantropía, esa pequeña farsa literaria, que devora tantos espíritus preocupados de su tortura interior, tiene eficaz antídoto en el canto fraterno, donde lo alegre y lo triste son reflejo del alma de las cosas y no una imposición del egoísmo subjetivo.

No existiría el dolor si tuviéramos el don de adivinar sus causas, ni la muerte si aceptáramos las misteriosas transformaciones como un signo de fraternidad.

De ahí, las sorprendentes intuiciones que subyugan al vulgo, siendo tan solo, la visión del poeta cuando se transforma voluntariamente en otro ser.

Eso es la profecía.

Hay en algunas viejas ciudades españolas, extraños ejemplares de una raza soberbia que sólo vive de su prestigio antiguo.

Es la zahorí que agazapa su vida entre cuatro piedras rojas. Es el brujo de zurrón vacío y faz mugrienta. Es la pequeña pareja de gitanillos que bailan al son del pandero.

Estas gentes, juegan como los poetas con la Muerte. La tienen presa en su huraña impasibilidad y en sus ritos nocturnos, bajo la bóveda estrellada y girante.

Y tienen esos parias que viven del pasado, la misma lucidez que los poetas aristócratas, voluntariamente encerrados en una torre aislada.

Cuando antaño iban a la hoguera inquisitorial, acusados de hechicería o judaísmo, con la trágica hopa y la sonrisa indiferente, estaban cerca de la verdad, mientras el sombrío inquisidor y el pueblo fanático, creyéndose poseedores de la verdad, se alejaban de ella.

Porque la paz está en el sentido de la muerte, como las casas de fachada al sol levante están en el sentido de la aurora.

Todo gran poeta tiene algo de sibila popular, de narradora

de consejas inverosímiles donde aprisiona en fáciles símbolos profundas y oscuras verdades.

He aquí la claridad: el pensamiento recluído entre cristales de color, hasta que una mano misteriosa apaga la luz que los iluminaba.

Y ese sencillo cambio de luz, es la muerte.

Sueño, sacrificio, transformación, recompensa, silencio, sombra.

ENRIQUE DE LEGUINA.

ARCO DE TRIUNFO

Como los ex votos dicen en los altares de los santos milagrosos una larga historia de dolores, de piedad y fe, los nombres de victorias guerreras o pacíficas esculpidos en los arcos triunfales—altares de los pueblos a la acción—dicen al Caminante de las vidas excelsas y de las muertes santificadas.

Pasa el Milagro, y el devoto cumple su destino; la gloria del caudillo hácese leyenda; quedan el ex voto, el altar, el arco de triunfo, las palabras lapidarias.

Y ex voto, altar, arco de triunfo e inscripción van, a través de las generaciones, magnificando el Milagro y la Victoria, mientras en la misma grandeza del uno o la otra se va esfumando el hombre para terminar en Mito, cuando no negado.

¡Milagro, Victoria! En el tiempo siguen como una vibración que fuera eterna, encendiendo fiebres visionarias y sed de ambiciones, cuando ya el creyente y el héroe reposan olvidados; el hombre perece y el movimiento fundamental a que dió vida sigue más allá de la muerte provocando nuevos movimientos.

Henry Bataille decía en el prólogo de la *Marche nuptiale*: "C'est toujours par ce qu'elle contient de vérité qu' une oeuvre nouvelle choque ses contemporains. C'est toujours *et seulement pour ce qu'elle aura contenu de vérité* que cette oeuvre est appelée a subsister dans l'avenir".

La verdad en la vida es acción: Milagro o Triunfo, que ellos quedan en la conciencia o en la realidad, en los demás y para los demás, cumpliéndose así la misión individual del hombre: darse para la especie.

Cuando alguien se da en forma material más ampliamente que nadie, ha triunfado; si se da en fe, ha visto el milagro.

La Venus de Milo despertará eternamente visiones inefa-

bles de harmonía. Es para nosotros el triunfo de su ignorado autor.

Quedó la verdad de su obra en esa influencia de la misma a través de los siglos sobre cuantos han buscado en el arte campo para su destino.

Nosotros todos que plegamos hoy nuestra rodilla ante el magno poeta muerto, al unir nuestros nombres en las páginas de esta revista fraterna, esculpimos los nombres de sus victorias en el arco de triunfo del idioma que por él puede ser mas bello y en el espíritu de todos y cada uno de nosotros que por él puede ser más bueno; vamos dejando los ex votos en su altar...

Un dulce rincón florido guardará el cerebro que tanta belleza de triunfo y de milagro regaló a nuestras almas. Por este regalo, aunque aquel rincón y aquel cerebro queden olvidados, vibran hoy y eternamente seguirán vibrando. Somos nosotros la verdad que contenía su obra.

E. Suárez Calimano.

AMADO NERVO

Muy pocos poetas contemporáneos habrán logrado, por de contado, granjearse las simpatías intelectuales y personales como Amado Nervo.

¿En qué residirá esta facultad tan envidiable? Posiblemente en la sinceridad de que informa su obra toda. En la emoción, sin duda, que campea en ella. No de otra suerte podría explicársela dado que, en su obra, no se observan grandes innovaciones como aquellas que suelen provocar las iras de los misoneistas o la adhesión incondicional de los filoneistas. Bien que Amado Nervo haya nacido a la vida literaria en un momento en el cual el movimiento simbolista francés comenzara a infiltrarse en la América latina, sin concretarse aún en personalidad determinada como con posterioridad ocurriera con Rubén Darío, Amado Nervo se reveló desde el primer momento con una fisonomía propia, inconfundible. A poco de iniciada su labor, asomó en él el dulce y suave misticismo que lo individualizara de sus conmilitones literarios el cual fué acentuándose cada vez más a medida que el tiempo transcurrió, hasta convertirlo en una especie de buzo que hiciera pié en el lecho de su conciencia y desde allí analizara los diversos estadios que se iban ofreciendo a su curiosidad.

Los elementos todos, en fin, que le presenta la realidad, se alquitaran y embellecen con un temblor de emoción al pasar por el tamiz de sus sentidos.

De ahí, también, su ideación tan perspícua, cristalina, con transparencias de línea.

Así su poema *La hermana agua* es a manera de un surtidor cantarín que asperjara sobre la aridez de la vida con una lluvia de perlas a las que el sol arranca, como a brillantes de

mil facetas, infinitos destellos. Y todo ésto dicho sin atuendo ni extravagancia alguna para llamar sobre él la atención. Es que su plenitud de emoción hizo que se extravasara para traducirse en versos bellos y sedantes, a los que será menester volver siempre que querramos aquietar nuestras vanidades y elevarnos, por un momento, sobre las miserias de nuestro diario vivir.

Su obra ha de perdurar porque lleva para ello ínsito los dos elementos más esenciales: sinceridad y emoción.

ANTONIO GELLINI.

La Plata.

POESIAS

Amado Nervo.

Fué una corriente de agua cristalina,
en cuyo curso manso,
se reflejara, opima, la pradera
y, misterioso, el cielo de los astros.

Pasó entre ásperas rocas,
dándoles la dulzura de su canto;
y antes de hundirse en el gran mar estridulo,
se ensanchó en un remanso.

Se ensanchó en un remanso a cuya vera
canturrearan los pájaros
y en cuyas aguas límpidas los lotos
y lirios se asomaron.

Después, serenamente,
cantarín se volcó en el océano;
cayó en la muerte con la gracia pura
del Maestro Jesús: cayó soñando!

ERNESTO MORALES.

Vicente López.

Así sea...

Mi lira panteísta, maestro, es algo ruda,
mas yo haré que su nota vibre sutil y fina,
(el dolor que la embarga me ha de prestar ayuda
por que brote más suave, a modo de sordina...)
y, así acordada, entonces formular esta duda:

La inquietud que en tu vida llegó a ser obsedante;
lo que fué para tu alma preocupación constante,
— llevada al misticismo — enorme interrogante
que fulguró en tu obra como perenne tea;
ese enigma angustioso, que hoy se te ha revelado:
¿responderá al concepto que se había forjado
tu espíritu, al hundirse en el mar ignorado
del *más allá...?* Poeta: Dios quiera que así sea...!

JUAN BURGHI.

Porqué se fué el viajero...

"Adónde van los muertos, Señor, adónde van?"
AMADO NERVO.

Porque fué para el alma eucaristico pan
su verso claro y hondo como el mar en quietud;
y guardó las palomas del rapaz gavilán
con el abracadabra de su sabia virtud.

Porque ardió como un cirio consumido de afán
por encontrar la clave de la eterna inquietud;
y supo hallar a Dios sin olvidar a Pan
en el vapor lo mismo que en el vibrante alud.

Porque se fué el que vino de un remoto confín
transmigrado curioso del "principio" y del "fin",
indeciso Rey Mago de un arcano Belén.

Porque se fué el viajero de la Resignación,
con el agua bendita de nuestro corazón
que en este verso llore su "Gracias, está bien"...

AMADO VILLAR.

Homenaje de la Cámara de Diputados a la memoria de Amado Nervo [1]

Sr. Bunge. — Pido la palabra.

El más selecto mensajero que pudiéramos desear de una democracia hermana ha desaparecido de entre nosotros, cuando apenas comenzábamos a valorar el don exquisito de su presencia: Amado Nervo, el poeta cuyo nombre parece signo de predestinación, pues fué amado por cuantos le conocieron, el representante de la gran república hispánica del norte, esa nueva y vigorosa democracia regenerada por una revolución cuyas fatales violencias lamentamos, pero cuyas conquistas son enseñanza y ejemplo para toda América. Dos títulos que por igual naturalizan el nombre de Amado Nervo en la cámara de los diputados argentinos.

Ya que un hondo impulso me mueve a invocarlo aquí, he traído estas palabras escritas, para poder expresar más fielmente mi pensamiento.

Con Amado Nervo nos envió Méjico su mejor ofrenda fraternal: el más noble, humano y suave poeta de nuestros días,

---

(1) El diputado socialista Dr. Augusto Bunge, contestando a nuestro pedido de colaboración para el presente número, nos envió la siguiente carta:

Señores directores de NOSOTROS: Lector entusiasta de Amado Nervo, particularmente de sus últimos libros *Serenidad, Elevación y Plenitud*, con cuyo alto espíritu comulgo a menudo, creo que otros sabrán hacer mejor que yo el análisis de su obra poética, y quienes más íntimamente lo hayan tratado, la representación de su noble personalidad. Como hombre de acción y de pensamiento, le he tributado desde la cámara de diputados argentina, mi homenaje de respeto y de amor. En esas palabras he tratado de sintetizar mi juicio personal sobre Amado Nervo y su obra de renovación espiritual, afirmando con ese motivo mi concepto de las relaciones entre la poesía y la política. Prefiero no agregar nada más a ellas.— AUGUSTO BUNGE.

Gustosos accedemos a su pedido, transcribiendo las palabras pronunciadas por él en la Cámara de Diputados, en la sesión del día 28 de Mayo. (N. de la D.).

un hombre totalmente bueno y puro, que en el cristalino raudal de su arte brindara generoso, a todos los hombres de habla castellana, tan solo bellas y santas inspiraciones. ¡Amado Nervo, el que supo saturar de humanidad y de infinito el anhelo espiritual contemporáneo!

Con un respeto estremecido de amor, alcemos la frente — ¡alzarla, y no inclinarla! — ante esa muerte tan serena, digno término de una vida que subió gradualmente hasta la más excelsa serenidad. Venciendo el dolor, tratemos de sentir esa muerte tal como él debe haberla sentido; como un suave deslizamiento en el umbral del misterio, hacia cuyo sombrío crepúsculo tendía él siempre su mirada vidente, nostálgica de infinito; como el ocaso de un día tranquilo y transparente, que en sus oros y rosas parece anunciar una aurora más bella.

Libre de dogmas pero intensamente religioso, en el más alto sentido de este concepto, Amado Nervo pudo dar lo que diera porque sintió, como pocos, el misterio sagrado de la vida; porque sintió como pocos el negro infinito en cuyo centro la vida trabaja para iluminarlo, forjando la divina luz de sí misma, forjándose a sí misma entre destellos siempre más radiosos, en el dolor de su lucha incesante para superarse y superar el mundo físico natural.

¡Bien está en representantes del pueblo el homenaje a tal poeta! Porque si la poesía es aptitud de sentir como propias todas las emociones de los hombres, si la poesía es intuición de los más íntimos secretos de la vida y presentimiento del porvenir, si la poesía es el genio que condensa en imágenes de belleza la humana insaciable aspiración, a su vez, la política, la más alta política, la que construye la historia a la luz de la ciencia y del ideal, es poesía en acción; porque esa política tiende, en sus errores como en sus aciertos, a actualizar un porvenir mejor, a cultivar la vida en belleza mediante la obra colectiva inteligente orientada hacia el bien. Por eso, el político de veras tiene siempre algo de poeta. Porque no puede serlo sin sentir como propios los anhelos comunes; porque no puede serlo sin una imaginación vidente que le permita abarcar los vastos conjuntos, todo el panorama de la nación y el del mundo en que ella se desenvuelve; porque no puede serlo si no sabe atalayar alto, para ver surgir de los horizontes lejanos la silueta del porvenir, a fin de acogerlo a tiempo y prepararle su sitio... el porvenir que se precipita hacia nosotros en cada segundo.

Esto explica a su vez que un poeta como Amado Nervo, tan alejado por temperamento de las luchas políticas y sus asperezas, un poeta de tan aristocrático espíritu, supiera comprender desde el principio la epopeya de las multitudes mejicanas y sus hombres intérpretes y guías. Por lo mismo que era una gran poeta, debió acoger con amor ese movimiento hacia la liberación y elevación de todo un pueblo, pueblo sufriente que realizaba así un anhelo prometeano: haciendo saltar las cadenas de un rancio feudalismo que en lo interno sólo había copiado de la economía moderna los peores crímenes, y librándose del negro buitre clerical que le roía las entrañas. Por lo mismo que era un espíritu genuinamente aristocrático, no podía Amado Nervo sentirse ajeno a ninguna gran renovación humana, y menos a la nación, porque con ella se "aristocratizaba" el pueblo mejicano, en el sentido originario de la palabra, mejorándose a sí mismo y empeñándose en dar el gobierno realmente a los mejores.

No cantó Amado Nervo, es cierto, a las multitudes que luchan para elevarse, porque acentos más íntimos reclamaban con más imperio que les diera forma; pero esa su poesía íntima, tan sencilla y clara en su profundidad trascendente, es don divino a las multitudes, a todos los que sufren y aspiran, a todos los sedientos de bien, porque es la copa sin cesar llenada en lo hondo de las fuentes eternas de la vida; y tanto en ella como en sus prosas de artista-pensador, palpita el alma universal de la humanidad

¡Acoja su memoria lo más puro de nuestros corazones! He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*).

—Se lee:

La honorable cámara de diputados resuelve:

Ponerse de pié en homenaje a la memoria del noble poeta y representante diplomático de los Estados Unidos Mejicanos, Amado Nervo, y autorizar a la presidencia a comunicarlo telegráficamente a la cámara de representantes de esa república.

AUGUSTO BUNGE. — MARIO BRAVO. — ENRIQUE DICKMANN.

Sr. Presidente (Goyeneche). — Habiendo asentimiento general, invito a los señores diputados a ponerse de pie en homenaje a la memoria del distinguido representante de Méjico y noble poeta Amado Nervo.

—Se ponen de pié los señores diputados, así como la concurrencia de las galerías.

AMADO NERVO (1)

Habitación de Amado Nervo. —Parque Hotel. — Pocas horas después de la muerte del Poeta, 24 de Mayo de 1919, y antes de que la pompa oficial se apoderase del cadáver.

I

Fuí a ver Amado Nervo,
y entré temblando en la mortuoria estancia.

No había nadie más que yo, con él.

Amado Nervo estaba
rígidamente
cubierto por la albura de las sábanas.

Con mano trémula,
yo descorrí los velos, y ví la frente vasta,
la nariz aquilina, el labio inmóvil,
los ojos fijos, la anchurosa calva.

El cadáver tenía,
una herida en el cuello, suturada.

---

(1) Del libro de poesías, *El Halconero Astral,* próximo a aparecer.

Yo seguí descorriendo,
la tela, y pude ver las manos pálidas
en cruz,
y con pupila fraternal y amarga
ví todo el cuerpo escuálido, sin vida
semidesnudo en la mortuoria cama.

II

Desde lejos,
por la abierta ventana,
entre un rumor de cosas familiares
venía la luz diáfana
de la tarde impasible.
¡Qué tarde tan purísima y tan clara!
¡Y el cuerpo aquel qué lívido y sombrío
en manos de la Esfinge innominada!

Yo comprendí entonces,
que era aquel cuerpo sin valor, el ánfora
de barro, quebradiza y deleznable,
que el Poeta al marcharse, nos dejaba.
Y que en el cielo abierto, ebria de azul
oh perfume inmortal, libre de moldes,
huiría el alma,
porque a mi lado, en el carnal despojo,
la arcilla,
— arcilla al fin! — ya no soñaba.

EMILIO ORIBE.

Montevideo.

ÚLTIMA VERBA

No, no era un gran amor
aquel don que la vida te guardaba,
¡era la Muerte que a tí te acechaba!
Y la recibiste sin un dolor,
"Está bien" — exclamaste,
al cumplirse la voluntad de Dios,
pues te llegaba la paz que buscaste
y el misterio del que andabas en pos.

Como cinco corceles fatigados
de vivir por el *Karma* aguijoneados,
duermen ya tus sentidos
ese tu mágico sueño profundo.
No sienten tus oídos
los halagos del mundo,
pero oyen las inéditas canciones
que vibran en las ocultas regiones
en donde la carne en azul se trueca.
Se apagó la luz en tu pupila azteca
pero en cambio la luz se hizo en tu alma,
que serenamente remontó el vuelo
como un ave hacia el cielo.

Y allá estarás en esa eterna calma,
confundido tú con el infinito,
por tu genio y tu angustia,
por tantos libros que nos has escrito,

porque estuviste con la frente mustia
aunque la suerte no te fuera adversa,
porque estabas sereno,
y porque siendo bueno
salvaste del lodo tu ánima tersa.

Ya no interrogarás
al arcano, ni temblará tu fe.
Se acabaron los *¿por qué?* y los *¡quizás!*
Ahora, tú puedes decirnos: *¡Yo sé!*

JORGE CELSO TÍNDARO.

NOTAS Y COMENTARIOS

Xenius habla de Benjamín Taborga.

Eugenio D'Ors (*Xenius*), el original y penetrante pensador y escritor catalán, ha escrito en su *Glosario,* dos páginas sobre Benjamín Taborga, cuya desaparición cruel y temprana lloran todavía todos los que conocieron su noble espíritu y su corta obra de excepción.

A continuación reproducimos ambas páginas:

Benjamín Taborga

3 *de Abril.* — En Barcelona, algunos; otros, distribuídos entre "los solitarios de Cataluña"; algunos más en Madrid, en Bilbao, en Sevilla; y en Portugal y en América; y otros en París y en alguna ciudad de Italia; y en Viena, antes de la guerra, había también uno, que luego desertó, y se marchó a Venecia y se me declaró italiano y yo no he vuelto a saber más de él... Colaboramos en un programa común, respetamos ciertos principios. Vemos todos en la ciencia un producto estético; procuramos razonar según ancha norma de *Seny,* o dígase, Inteligencia; concluímos según Ironía y permanecemos fieles a la filosofía y a la moral de trabajo y del juego.

Como que nuestras tareas y nuestros deportes no decameronean nunca, las pestes, expiación de la guerra abominable, que diezman hoy ciudades y pueblos, no han respetado nuestra pequeña compañía. Pero hasta hoy el mal nos había arañado, no tundido. El primer golpe doloroso, definitivo, el golpe cuya señal llevaremos siempre, ha sido la muerte de Benjamín Taborga, en Buenos Aires. Benjamín Taborga no tenía treinta años aún. Pero Minerva serenísima acompañaba, bajo figuración mentora, su juventud inquieta. La vida le había probado; la razón le defendía. Era, tanto como fervoroso, lúcido. Había fundado en la metrópoli argentina el *Colegio Novecentista* para comulgar, junto a la familiaridad de unos cuantos devotos más y ante un selecto público de estudiosos, en las formas y prácticas más excelentes de la idealidad nueva. El Colegio publicaba una revista, *Cuadernos del Colegio Novecentista,* lleno de interés; una revista como ya la quisiéramos en Cataluña, con tan íntima seriedad, tan honesto y escrupuloso ahincamiento en los problemas y respeto tan exquisito a las leyes de la aristocracia de la mente y de la aristocracia de la conducta.

En las páginas de los *Cuadernos* propugnó Taborga nuestro *Novissimum Organum* y llevó a término investigaciones concienzudas,

para contribuír a su fijación (1). Estudió con cuidado las líneas generales de las concepciones entrópicas y las consecuencias del principio de Carnot-Clausios. Se detuvo a considerar las normas estéticas del pensamiento matemático. Mostróse poeta, además. Poeta de la belleza racional, tan puro, tan casto, pero tan vivaz y atrevido a la vez, que acaso pueda juzgársele como desprovisto de antecedentes y sin derecho nosotros, al hablar de él, a acordarnos de Lucrecio o de Guyau.

La poesía de Benjamín Taborga merece capítulo aparte.

(4 *de abril*)

Poesía de Benjamín Taborga

"Murió en olor de multitud"

Así decía Taborga de Víctor Hugo; y la palabra era traída a nuestro Valle de Josafat. El, el atrevido novecentista bonaerense, ha vivido y ha muerto al contrario, no diré en olor de soledad—que es algo que, después de todo, se parece mucho a la multitud—sino, y esto es mucho mejor, en olor de confidencia.

Confidencia, no anecdótica ni sentimental, sino metafísica. El interlocutor es, a veces, la misma Esfinge:

La Sonrisa en la Esfinge, la Esfinge en el desierto
Y en el desierto, yo.

O un libro, o un mármol:

La sonrisa de Antínoo, profunda, misteriosa,
¿fué sombra de tristeza? ¿Fué primicia de amor?
No lo sé. Mas me rinde, me tortura, me acosa
y me hace tener celos de aquel Emperador.
Sólo cuando medito en que ni el tiempo pudo
destruirla, perdono la edad en que nací:
porque pienso, arrobado ante el mármol desnudo
que hace siglos Antínoo sonrió para mí.

Cuando nace así la confidencia, va de alma a alma.—Precisaré: de inteligencia a inteligencia.—Diré más: de razón a razón...—También, a veces, he podido yo imaginar que Taborga escribía exclusivamente *para mí*: que Taborga me dirigía su poesía a mí, como Antínoo a Taborga la secular sonrisa.

*
* *

Esta poesía era paladinamente, voluntariamente, "libresca"... ¿Por qué no? Sabiéndolo, queriéndolo, ¿por qué no? ¿Por qué no puede encontrarse en un libro la misma fuente de *natural* inspiración que en un paisaje? ¿Por qué música siempre, y siempre quedarnos en el *Arte poética* del pobre Lelian?

Et tout le réste est littérature...

sentencia él. Nosotros saldremos a gritar:

—¡Viva *el resto!*

---

(1) El artículo a que Xenius se refiere, titulado *Glosas sobre la posibilidad de un "Novísimo Organo"*, apareció, no en las páginas de los *Cuadernos del Colegio Novecentista*, como por error aquí dice, sino en el número 91 de Nosotros (Noviembre de 1916).

*
* *

"Objeciones dulces al Ser Supremo".

Así definía el estado de beatitud un religioso eminente, gran goloso y vicioso de la inteligencia. (Era esto en el seno de la intimidad: reproduzcamos la definición admirable; callemos el nombre del autor).

Podríamos así enunciar el carácter de la poesía de Taborga: "Objeciones dulces a la vida".

Siempre que somos fieles a la vida
Somos infieles a Platón.

El dijo esto, y se equivocaba, al menos respecto de mí mismo. Una cosa es ser infiel y otra, bígamo. Platón se hace cargo. Murmura un poco, objeta; pero son siempre, como las de los bienaventurados, "objeciones dulces".

"Martín Fierro" en italiano.

Nos es grato anunciar a nuestros lectores una novedad literaria: la traducción al italiano del *Martín Fierro,* ejecutada por el conocido escritor Folco Testena y editada por NOSOTROS.

Sobre el valor estético y folkórico del poema de Hernández, la opinión está ya formada: el *Martín Fierro* constituye la verdadera epopeya de la raza gaucha. En cuanto al traductor, Folco Testena, actual director de *L'Italia del Popolo,* si no se le conociese como periodista ardiente y vibrante, de rara originalidad, sus muchas versiones de los mejores poetas argentinos bastarían para asignarle un señalado lugar entre nuestros escritores.

Su obra capital, sin embargo, la traducción del *Martín Fierro* en versos italianos, ajustada fielmente al texto criollo, está todavía inédita, salvo algunos fragmentos que han visto la luz en periódicos y revistas.

Como semejante esfuerzo ha de redundar en bien de la cultura argentina y de la difusión de sus letras y espíritu, sería injusto que quedara relegado a la oscuridad y al olvido; por eso hemos considerado nuestro deber—entendiendo una vez más cumplir con los propósitos que esta revista se ha impuesto—hacernos cargo de la publicación de esa traducción importantísima, la cual hará conocer de los italianos a un gran poeta argentino y a una característica expresión del alma de nuestra tierra.

En la edición irán aparejados ambos textos: el criollo y el italiano. El precio de cada ejemplar, por ser aquélla muy costosa, será de cinco pesos. En la administración de NOSOTROS—Libertad 543—se reciben desde ahora las suscriciones.

La Enseñanza de la Sociología en América.

El reputado escritor dominicano Pedro Henriquez Ureña, ha enviado a nuestro seccionista, Arturo de la Mota, la siguiente carta, que, por traer útiles informaciones sobre los progresos de la cultura en Hispano-América, nos es muy grato reproducir:

19 de Marzo de 1919.

Señor don Arturo de la Mota.

Muy señor mío: En la interesante sección crítica de *Ciencias sociales* que usted redacta en la revista NOSOTROS, leo este pasaje tomado de la obra reciente, sobre Filosofía del Derecho, del doctor Antonio Dellepiane:

"En 1899 la Facultad de Filosofía y Letras me confió la honrosa cuanto ardua tarea de inaugurar oficialmente en la República Argentina y en América la enseñanza de la sociología".

Me figuro que la afirmación del doctor Dellepiane deberá limitarse a la América del Sur. Entiendo que la gloria de haber iniciado la enseñanza de la Sociología en la América de lengua española toca a don Eugenio M. Hostos, el pensador portorriqueño. Hostos hizo incluir la sociología en el plan de estudios de la Escuela Normal de Santo Domingo (para la formación de maestros de primera y segunda enseñanza) desde el año 1880; el primer curso muy elemental, lo debió de dar en 1883 o 1884. El redactó el libro de texto; luego en 1899 redactó otro más extenso. Ambos se han publicado, en un volumen, en Europa, el año 1904.

Creo, además, que en México, en la Escuela de Jurisprudencia, comenzó a enseñarse la sociología antes de 1899; pero no estoy seguro. Es posible también que la sociología haya figurado alguna vez en el plan de estudios de la Escuela Preparatoria, fundada por Gabino Barreda, discípulo de Comte,

en 1867. Sobre esto podrían obtenerse datos dirigiéndose al distinguido profesor de la Escuela de Jurisprudencia de México, Antonio Caso.

Finalmente, en Cuba, en la Universidad de la Habana, debió de establecerse la enseñanza de la Sociología en 1899, precisamente. Al irse los españoles en 1898, los cubanos reorganizaron la Universidad de *fond en comble* y la sociología apareció en los programas universitarios como materia requerida para el grado de doctor en derecho (tanto civil como público), para el de doctor en Filosofía y Letras y (probablemente) para el de doctor en Pedagogía. Uno de los autores de la reforma, el doctor Enrique José Varona, fué el profesor de Sociología durante muchos años.

Aprovecho la ocasión para ofrecerme como su atto. S. S.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

Los escritores después de la guerra.

La Nación del 30 de Junio publicó el telegrama que a continuación reproducimos, interesante por todo concepto:

París, 29. — Se ha trabado una interesante polémica intelectual entre Romain Rolland y Paul Souday. Rolland publicó en *L'Humanité* una declaración en favor del acercamiento de los intelectuales de todas las naciones, incluso Alemania y Austria. Antes había recogido algunas firmas favorables a su proyecto, entre ellas cinco alemanas: la del profesor Hermann Einstein, de Hesse, del profesor Max Lehmann, Enrique Mann, profesor Jorge Nicolai y Esteban Zweig, austriaco este último. También había firmas francesas, belgas, británicas, norteamericanas e italianas, sin contar muchas de neutrales.

Rolland escribe lo siguiente: "El espíritu no es servidor de nada; nosotros somos los servidores del espíritu y no tenemos otro amo. Somos hechos para llevar, para defender su luz, para agrupar en torno de él a todos los hombres extraviados. Nuestro papel, nuestro deber es mantener un punto fijo, mostrar una estrella polar. Desprendamos al espíritu de los compromisos, de las alianzas humillantes, de las servidumbres ocultas".

Más adelante agrega: "La mayor parte de los intelectuales han puesto su ciencia, su arte y su razón al servicio de los gobiernos. Nosotros no queremos acusar a nadie, no hacemos ningún reproche; conocemos la debilidad de las almas individuales y la fuerza elemental de las grandes corrientes colectivas".

Al final de su artículo, dice Rolland: "Entre las pasiones de orgullo y destrucción mutua, no escogemos; las rechazamos todas: honramos únicamente a la verdad, libre, sin fronteras, sin límites, sin prejuicios de raza ni de casta".

Paul Souday, crítico literario de *Le Temps*, contesta diciendo: "Es necesario que la situación sea clara. Está perfectamente definida por el protocolo moral del tratado de paz. Los intelectuales franceses no pueden amnistiar a Alemania de su gran crimen contra la humanidad. Los intelectuales alemanes que lo aceptaron o no lo han condenado en voz alta, son para siempre indignos de toda relación personal con nosotros. Sin duda, la ciencia y el arte tienen derechos superiores e imprescindibles: una hermosa obra alemana conserva su valor ético, un descubrimiento alemán no puede ser ignorado. Es ridículo hacer la guerra a filósofos o músicos muertos cien años antes de la movilización y a quienes se ponía en las nubes hace cinco años; pero una cosa es inclinarse ante lo bello y lo verdadero, de dondequiera que vengan, y otra cosa es tender la mano a hombres vivos, moral y humanamente descalificados".

Entre los firmantes franceses de la declaración de Rolland, figuran Henri Barbusse, Jean Richard Bloch, A. de Chateaubriand, George Chenueviere, Albert Doyen, Georges Duhamel, Marcel Martinet, Emile Masson, Matias Morhardt, Paul Signac, Jules Romains, G. Thiessen y René Arcos; entre los italianos, Roberto Bracco y Benedetto Croce; entre los belgas, Jacques Mesnil, Franc Masereel, Georges Eckhoud; entre los ingleses, Bertrand Russel, Israel Zangwill; entre los norteamericanos, Jane Addans, y entre los españoles, Eugenio D'Ors.

Posteriormente se publicarán otras firmas.

La falta de espacio nos impide comentar como quisiéramos la declaración de Romain Rolland aparecida en *L'Humanité*. Inútil decir que estamos con el grande y noble escritor. Posiblemente hemos de volver sobre el asunto, porque este movimiento de liberación intelectual nacido de las mismas entrañas de la guerra, ha de trascender y ser fecundo aun en nuestro país. Hablaremos entonces también del grupo *Clarté*, formado con los mismos fines de acción social por numerosos escritores y artistas franceses, y cuyo valiente manifiesto ha escrito Henri Barbusse.

Verdadera liga del bien público ese grupo, que se propone que el gran movimiento de redención que hoy presenciamos en el mundo, que esa resurrección de la humanidad, sean alumbrados por la lúcida conciencia de la *élite*, toma por guía al más admirado y venerado maestro en las letras francesas: Anatole France.

Ediciones de "Nosotros".

Nuestro colaborador, Moisés Kantor, que sabe juntar armoniosamente en su espíritu el culto de las ciencias naturales con la dedicación a las letras, ha reunido en un volumen tres obras dramáticas de que es autor. La primera, *Sandro Botticelli,* drama en 3 actos de la época del Renacimiento, ve ahora la luz por primera vez. La segunda, *Griselda,* leyenda dramática en 1 acto de la Edad Media, se publicó en la revista *Atenea* de La Plata. La tercera, *Noche de Resurrección,* drama en 3 actos de la época moderna, apareció hace algún tiempo en NOSOTROS.

Noble teatro, más para leído que para representado, impregnado de un ardiente idealismo, y en el cual se plantean dramáticamente originales problemas éticos, merece sin duda éste de Moisés Kantor ser conocido por todos aquellos que siguen el movimiento de nuestra cultura.

La edición, muy cuidada, es de NOSOTROS.

"Vida Nuestra".

Ha cumplido dos años de existencia la revista israelita *Vida Nuestra,* de la cual hemos tenido ocasión de hablar más de una vez con elogio. El número aniversario que ha publicado *Vida Nuestra,* basta para acreditar la seriedad de intenciones y la amplitud de criterio que inspiran a su director, señor León Kibrick.

Artísticamente presentado, trae el siguiente sumario:

Leopoldo Lugones: *Filosofícula: El propietario de los cerdos;* José Ingenieros: *La moral del porvenir;* Aarón Bilis: *José Ingenieros* (apunte); Juan E. Carulla: *Paisajes de Entre Ríos;* Ernesto Nelson: *Esfera respectiva de los sexos en la sociedad;* Carlos N. Caminos: *Leyenda dorada;* Aarón Bilis: *La Santa Rusia* (óleo en tricomía); Arturo Capdevila: *El Cantar de los Cantares;* Emilio Berisso: *La hora suprema;* Carlos M. Grünberg: *Una composición;* C. Troyon: *Pâturage* (óleo); Ernesto Mario Barreda: *Las vacas;* Pedro Zonza Briano: *El pudor* (escultura); Mariano Antonio Barrenechea: *Max Stirner; Notas; Bibliografía; Periodismo.*

A nuestros suscritores.

Debido a circunstancias diversas, conflictos de los gráficos, demora en la entrega de originales, etc., el presente número aparece con un atraso de quince días. A fin de poder regularizar la salida de la revista, comunicamos a los lectores de NOSOTROS que este ejemplar corresponderá a los meses de Junio y Julio. Los suscritores no saldrán perjudicados, por cuanto el número que ponemos hoy en circulación es extraordinario, de 224 páginas, y el correspondiente al mes próximo aparecerá antes del 15 de Agosto.

NOSOTROS.

INDICE

		Pág.
La Dirección	Nuestro homenaje a Amado Nervo.	146
Amado Nervo	Siempre... / Todavía no. } Poesías inéditas	147
Calixto Oyuela	Amado Nervo	149
Alfonsina Storni	A Amado Nervo (versos)	167
Arturo Marasso Rocca	Amado Nervo	169
Pedro Miguel Obligado	Amado Nervo.	182
Alberto Mendioroz	Amado Nervo	190
Carmelo M. Bonet	El poeta bueno	198
Juana de Ibarbourou	Ofrendas leves (versos)	205
Víctor Andrés Belaúnde	De la vida de Nervo	206
B. González Arrili	Amado Nervo diplomático	212
Luis Pascarella	Nervo y su medio	226
Emilio Frugoni	Al viajero que se vá (versos)	230
Alejandro Korn	Su filosofía	232
Alfredo Colmo	La filosofía de Amado Nervo	236
Víctor Mercante	Amado Nervo: Su morada interior	246
Delfina Bunge de Gálvez	El poeta de Dios	252
Carlos Obligado	Amado Nervo (versos)	264
C. Muzzió Sáenz Peña	El misticismo de Amado Nervo	266
Eloy Fariña Núñez	El misticismo de Amado Nervo	273
Marcos Manuel Blanco	El misticismo de Amado Nervo	277
Arturo Vázquez Cey	Ofrenda fúnebre (versos)	285
Eduardo Talero	Amado Nervo	288
Alberto Cordone	El poeta muerto	296
Juan Pedro Calou	Amado Nervo	302
Luis Berisso	Amado Nervo	305
Fernández Moreno	Amado Nervo (versos)	308
Horacio Maldonado	El último libro de Nervo	309
Pablo Della Costa (hijo)	Amado Nervo (versos).	314
Vicente A. Salaverri	El Poeta del Silencio de los Silencios	315

		Pág.
"La Prensa"	Cómo murió el Poeta	323
Folco Testena	A Amado Nervo (versos)	326
Arturo Lagorio	Diálogo de Leonardo y Kempis	328
Pablo Suero	Amado Nervo (versos)	338
Adolfo Korn Villafañe	La serena inquietud	340
Enrique de Leguina	Amado Nervo	342
Emilio Suárez Calimano	Arco de triunfo	345
Antonio Gellini	Amado Nervo	347
Ernesto Morales	Amado Nervo	
Juan Burghi	Así sea. } Poesías	349
Amado Villar	Porqué se fué el viajero }	
Augusto Bunge	Homenaje de la Cámara de Diputados a la memoria de Amado Nervo	352
Emilio Oribe	Amado Nervo (versos)	355
Jorge Celso Tíndaro	Ultima verba (versos)	357
"Nosotros"	Notas y Comentarios	359

Año XIII Agosto de 1919 Número 123

NOSOTROS

LA LITERATURA EN VISPERAS DE LA GUERRA (1)

La literatura, en estos últimos tiempos, reveló un estado de alma complejo, cuyos rasgos característicos indicaron un momento de transición. El naturalismo, después de dominar a toda una generación y de gravitar con la fría imagen realista, durante cerca de cincuenta años, en el espíritu de los escritores, decaía rápidamente, sin que una nueva escuela definida lo reemplazara para abrir al arte nuevas perspectivas. La moderna ciencia experimental, que lo había inspirado, y que había desvanecido al romanticismo, conteniendo la sensibilidad y la imaginación para procurar en la obra de arte el predominio de la inteligencia y de la observación positiva, no había satisfecho ni los ensueños de belleza, ni el anhelo de verdad, que los hombres ansiaron al saludar su advenimiento en la segunda mitad de la pasada centuria.

Un malestar profundo, cierto desencanto y pesimismo crueles, invadieron a la literatura y dejaron con refinamiento en sus páginas un amargo sabor. El estupendo desenvolvimiento de la ciencia, lejos de traer toda la verdad, agravó la inquietud espiritual, al dar al hombre mayor poder mecánico sobre la materia. La ciencia no engañó a los sabios; pero ella no había realizado las ilusiones de los literatos; ni vertido un consuelo en los cora-

(1) Este capítulo, que fué materia de una conferencia pronunciada en el Consejo Nacional de Mujeres, forma parte de un estudio que se publicará próximamente con el título de *La literatura y la gran guerra*

zones. La literatura y la filosofía materialistas, que cegaron las fuentes interiores de idealismo y de espiritualismo, hicieron que se viera todo a través del prisma desconsolador de la materia, enseñaron que el determinismo es la ley del universo y mostraron a la fatalidad como palanca y como cauce, a la vez, de nuestra efímera vida. El escepticismo y el pesimismo atormentaron el alma egoísta, sensual y refinada de fines del siglo XIX.

Los poetas y los novelistas sentían y hacían sentir, con fatalismo desolado, el rápido curso de la vida, la fugacidad del amor, la esterilidad de la acción humana y la universal fragilidad de las cosas. Todo era ilusión fugitiva, y ella nos arrastraba para disiparse después como el humo, como la sombra, como la nube, dejándonos sin calor y sin esperanza. Así, el delicado poeta Frederic Plessis, que bajo las clásicas formas de la belleza latina canta las inquietudes filosóficas que angustian el alma contemporánea, exclama en una evocación de Septimio Severo, dedicada a Paul Bourget, que el trabajo y su ley — *laboremus*— era la única realidad dominante en la hora que se esfuma la más tardía ilusión y en que la pálida claridad, precursora de la muerte cercana, nos mostraba que la nada era el término de la vida. Frederic Plessis en su *Lampe d' Argile,* bello haz de poesía premiado el año 1886, por la Academia Francesa, nos dice que desde su jardín antiguo, impregnado de fragancia clásica, contempla con apacible sonrisa el constante error de los hombres, el delirio engañoso de la ambición y del amor y el inútil incienso quemado en los altares.

Ante la cruel decepción que sufrían los literatos porque la ciencia no había traído a los hombres el consuelo espiritual que ellos requirieron, la repudiaban declarándola incapaz de fundar una moral. La ciencia nos ha dado en estos últimos tiempos una suma considerable de maravillosos conocimientos y aplicaciones; pero a nosotros, los hombres,—errantes granos de polvo en el universo — ella no nos provocó cambio alguno en nuestra vida interior. Que los fenómenos de la naturaleza obedezcan a tales o cuales leyes, que los cuerpos tengan una u otra composición, que la tierra sea grande o pequeña, poco importa al corazón del hombre: la tierra será demasiado grande para el que sufre y demasiado pequeña para el que ama. El amor y el dolor son, se dijo (1), las verdaderas fuentes de todo lo que hay de bueno en

(1) ANATOLE FRANCE. *Le jardin d'Epicure.*

nosotros, de todo aquello que da un precio a la vida; porque de ellos emana la piedad, el valor y todas las virtudes. Nada hay de bueno ni de noble fuera del amor y del dolor. La moral debe reposar solamente en el sentimiento. Renan soñó con una moral científica porque, en su ilimitada fe en la ciencia, creyó que ésta hendería los espíritus, como había horadado las montañas. El intelectualismo y el cientifismo comenzaron, hace pocos años, a desvanecerse en la literatura y a derrumbarse en la vida interior, dejando al espíritu entre escombros, ansioso de fe y de sentimiento, de idealidad y de amor.

¿Por qué estamos tristes? se preguntaba Anatole France en una causerie literaria, al conversar acerca de un libro de Loti y otro de Maupassant. ¿De dónde proviene esa melancolía vaga y sutil que penetra hasta el corazón, para dejar allí una gota amarga, y que envuelve como una bruma gris la obra nostálgica de Loti? Ella quizá venga de la desilusión que nos ha causado la realidad al convencernos de las desproporciones que existen entre ésta y nuestras fugaces fuerzas y esperanzas. ¿De dónde proviene la tristeza simple y ruda que infunde Maupassant, al mostrarnos crudamente la brutalidad y la astucia de la bestia humana, el instinto ingenuamente perverso de los hombres vulgares y de las sensuales mujeres de sus trágicos cuentos, que pasan terriblemente empujados por las sugestiones obscuras de la carne y de la sangre?

¿Por qué estamos tristes? Anatole France encuentra la respuesta en la vieja estampa de esa vieja biblia que hizo las delicias de su infancia, en la que estaba dibujado el árbol de la ciencia como un manzano de macizas ramas, y piensa que Dios había prohibido, con razón al hombre, coger los frutos de ese árbol del conocimiento, que deja en los labios un gusto de ceniza, porque la ciencia no da la felicidad. Hemos explorado la tierra y la encontramos limitada, hemos sondeado nuestro yo y lo encontramos chico, hemos comparado la duración de nuestra vida con la calculada para los astros y la encontramos ridículamente breve, sentimos nuestra pequeñez ante el tiempo y ante el espacio. Y el ático escritor, estremecido por añoranzas, llama fervorosamente a la fe perdida, que se ha ido con la buena ignorancia, llevándose el supremo consuelo, y exclama: la sociedad nueva autorizando todas las ambiciones excita todas las energías, la lucha es más encarnizada que nunca, la victoria más

insolente, la derrota más inexorable; con la fe y la esperanza hemos perdido la caridad. ¿Quién nos traerá una fe, una esperanza, una caridad nueva?

La novela, que ha perdido la impasibilidad del realismo sin tomar vuelo imaginativo ni romántico, refleja una visión áspera de la vida. El amor es, sobre todo, terrible. Ese amor no tiene la belleza serena que le dieran los clásicos ni la exaltación sublime con que lo espiritualizaran los místicos, ni la grandeza poética con que lo cantaran los idealistas y los líricos, ni el soplo trágico que ardiera en los románticos, no, ese amor que los novelistas contemporáneos han hecho palpitar en sus libros, es la sensación que embriaga y que envenena como filtro de brujas, con refinada lascivia, y que encoleriza y enloquece, como el hambre y la sed. Ese amor, que viene y se va caprichosamente, sin complicados procesos íntimos, es el más ciego de los impulsos y la más dramática de las sensaciones, puesto que sacude con perversidad, como si fuera hecha de apetito y de odio, de egoísmo y de ira.

Entre todos los géneros literarios, el teatro fué el que mostró el materialismo con más crudeza, a causa del propio carácter de esa producción literaria y de la necesidad de sintetizar con intensidad, en la obra teatral, la visión vivida que el autor quiere hacer sentir al público.

Hay en el teatro contemporáneo, sobre todo en el francés, lo que podría llamarse el materialismo social: los personajes se mueven, en el amor, más por instintos desencadenados que por sentimientos dirigidos, y la vida social es un conflicto terrible de intereses, una ruda lucha económica o jurídica en la que la mejor arma es el dinero y el obstáculo mayor la ley. El dinero es una obsesión en muchos personajes del teatro moderno, obsesión que empuja a través del juego, del robo, de la intriga. La fisonomía de los personajes se manifiesta, sobre todo, por la brutalidad, refinada si se quiere, de sus acciones. No hay alma; las fuerzas dominantes son la violencia de la codicia y la sobre-excitación de los apetitos. No existe, salvo tal o cual obra particular, en la producción teatral, ni riqueza de vida interior, ni luz de idealismo, ni subordinación del individuo a fines superiores.

Ante el cuadro triste y desconsolador que ofrecía la literatura, Paul Bourget, en un arranque vibrante de emoción, preguntaba a las nuevas generaciones que se iniciaban en las letras: "Cuando leéis libros como los que debemos escribir los que queremos pintar las pasiones y sus martirios, ¿deseáis amar

mejor que lo que han amado los autores de esos libros? ¿Tenéis ideal, más ideal que nosotros, tenéis fe, más fe que nosotros, tenéis esperanza, más esperanza que nosotros? Si así fuera, tendedme la mano y dejadme que os diga: gracias". Y el ilustre escritor, después de trazar un admirable bosquejo psicológico de los dos tipos característicos de la juventud que se perfilaban para actuar en el siglo XX: el del positivista brutal que abusa del mundo sensual, y el del sofista desdeñoso y escéptico, precozmente hastiado, que abusa del mundo intelectual y sentimental, proclama que hay una realidad que se la posee, que se la siente, que se la vive, y ella es nuestra alma, y dice a los jóvenes: "exaltad y cultivad las dos grandes virtudes, fuera de las que sólo hay marchitez presente y agonía final: el amor y la voluntad; a los que os digan que detrás del océano de misterio que nos rodea está la nada, que es el abismo negro y vacío de la muerte, tened el valor de responder: no lo sabemos; y puesto que vuestro ser siente que tiene un alma, procurad que esa alma no muera en vos, antes de vos mismo".

El materialismo, que anegó la literatura, tuvo dos grandes enemigos: el dolor y la muerte; cuando se sufre o se ve de cerca a la muerte, y a medida que se reflexiona acerca del dolor, se siente la inquietud espiritual sugerida por el temor de lo desconocido o por el horror de morir, y por ello, en una u en otra forma, forzados por la necesidad de buscar explicaciones que escapan a nuestro conocimiento o experiencia, somos llevados al idealismo, al espiritualismo, o al misticismo.

El materialismo naturalista que había dominado en la segunda mitad del siglo XIX, se transformó, en los últimos años de ese siglo, y a principios del XX, en un sensualismo refinado que podría calificarse de intelectualista y voluptuoso.

En la poesía se produjo, sobre todo, una viva reacción contra las formas frías y marmóreas de los parnasianos, y contra las fotografías impasibles de los naturalistas; se buscó entonces, suscitar emociones, no como lo hicieran los románticos, exaltando el sentimiento y la pasión, sino sugestionando la inteligencia: de aquí nació y se propagó el simbolismo y el decadentismo. El simbolismo en sus éxtasis, concibió el arte con el criterio más egoísta e individualista, no para el arte mismo como lo quisieran los del Parnaso, sino para el yó íntimo, convirtiéndolo, por un momento, en arte de capillitas cerradas como se le llamó, para unos pocos iniciados y elegidos. Los nuevos y complicados poetas debían ser traducidos de su propio idioma e interpretados. Dijérase que se había retornado al tiempo del

Hotel de Rambouillet y de las Preciosas. La poesía pareció que, harta de realidad, quisiera separarse de la vida para sugerir sensaciones intelectuales, para provocar la voluptuosidad con la música de las palabras, estremeciéndose, toda ella, por una sensualidad mental, inquietante y sutil.

Un refinamiento esquisitamente sensual y egoísta asomó en muchas páginas de los que fueron denominados modernísimos escritores, que hoy los sentimos muy lejanos y que se nos aparecen, ahora, como en una evocación pagana, gozando de las delicias materiales del placer, con el boato deslumbrador de los príncipes.

Recordad a D'Annunzio, con un sensualismo orgulloso y magnífico como el de un Dux; recordad a Pierre Louys cuya licenciosa Aphrodite o su canción de Bilitis embriagaron, en su momento, como una cortesana de Alejandría; recordad el esteticismo de Oscar Wilde.

Tal ambiente domina poco tiempo. Se quiere otra cosa, se buscan otras visiones, se siente una pesada angustia que oprime el corazón; el espíritu anhela elevarse al más allá. Ya Verlaine había vuelto sus ojos a Dios y cantado sus plegarias en *Sagesse*. Maeterlinck, después de desenvolver su simbolismo místico en sus primeras obras maestras, que hicieron decir a Octave Mirbeau que el nombré del nuevo poeta belga sería bendecido por los hombres que estaban hambrientos de belleza y de grandeza, escribe, más tarde, "que nos aproximamos a un período espiritual, porque parece que la humanidad está a punto de aliviar un poco el denso fardo de la materia; los hombres están más cerca de su alma y parecería que quisieran comprender con más ternura y profundidad al niño, a la mujer, a las plantas, a las cosas; vamos descubriendo — dice — en derredor de la materialidad de la vida los indicios de una vida misteriosa, sobrenatural" (1).

Los escritores, al iniciarse nuestro siglo XX, comenzaron a sentir una verdadera renovación en la mente y en el alma. Los que dieron frutos después del año 1900, presentaron en sus obras diferencias sustanciales con las de sus antecesores.

Las generaciones que se suceden tienen, como lo observa Rolland, un sentimiento más vivo de aquello que las separa que de aquello que las une; pero ese sentimiento es, según las épocas, más o menos agudo: en las edades clásicas, en que se realiza por un tiempo el equilibrio de fuerzas de una civilización, son

(1) M. MAETERLINCK: *Le Trésor des Humbles*.

menos notables las diferencias entre una generación y otra; pero en las edades de renacimiento o de decadencia, los jóvenes se alejan mucho y muy ligero de sus predecesores. En estas dos últimas décadas, los literatos se rebelaron contra el naturalismo, cuya escuela fué acusada de haber ahogado durante cincuenta años al arte, y apartaron su vista del pasado, que estaba colmado del escepticismo de los Renán y de los Anatole France y que se les aparecía triste y yermo, con su inexorable fatalismo, con su risa sin alegría y con su ironía sin grandeza.

La sensibilidad estética en Francia, desde hace pocos años, sufre un vuelco extraordinario y rápido. Los espíritus, hartos de cientifismo y de intelectualismo, reclamaron al arte emociones y sensaciones que no fueran intelectuales, y poseídos de una suerte de misticismo panteísta, anhelaron que el arte los llevara y los confundiera con la esencia, con el alma misma de las cosas.

Paul Claudel se atormenta porque no puede abrazar a la naturaleza en su entera profundidad, en su totalidad.

Claudel representa, bajo la apariencia de un poeta católico, el alto lirismo panteísta de la poesía francesa nueva: él quiere confundirse con las cosas: conocer una cosa, — nos dice — es vivirla, es renacer en ella, y todo conocimiento es un nacimiento. Su exaltación es delirante: amo tanto las cosas visibles — exclama — que quisiera poseerlas, apropiármelas, penetrar en ellas no solo con los ojos y los sentidos, sino también con mi inteligencia y con mi alma, y conocerlo todo para qué mí "yo" sea enteramente conocido. He aquí una ansia espiritual torturadora, un verdadero frenesí por la expansión del yo en el universo; es el hombre devorado por la inquietud que busca llegar al ser absoluto, al ser de los seres, al seno mismo de Dios. Claudel abraza apasionadamente el catolicismo y lo canta con el mismo lirismo fogoso y panteísta: "salud al mundo que es nuevo a mis ojos, — ¡oh mundo ahora fatal! ¡oh entero credo de cosas visibles e invisibles, os acepto con un corazón católico, y donde vuelvo mis ojos veo la inmensa octava de la creación!".

La inquietud espiritual de los escritores en el momento en que va a desencadenarse la terrible catástrofe, me recuerda la trágica escena del Fausto de Goethe, cuando en la noche, en medio de la sombría cámara gótica, exclama torturado: ¡Mal-

dito sea este recinto obscuro donde la luz del sol se filtra plomiza y débil a través de vidrios pintados, yo no veo sino libros, libros polvorosos, papeles, retortas, instrumentos de la ciencia que he recibido de mis padres. Y este es mi mundo, a esto se le llama un mundo!. Su corazón se cierra, quiere abarcar todo el espacio y sumergirse en el seno enigmático del planeta. Poseído de un éxtasis celeste, Fausto se pregunta: ¿es la mano de Dios la que me revelará misteriosamente las fuerzas ocultas de la naturaleza? ¿Dónde encontrarte, dónde poseerte, naturaleza infinita? Y llama al espíritu divino del universo para que penetre en sus venas, arda en ellas y lo lleve por la tierra para recibir y soportar todos los placeres, todos los dolores, todas las tormentas del mundo... A lo lejos, se oye el coro de los ángeles que canta: Cristo ha resucitado....

Así como se estremece el alma de Fausto, en la recordada escena, vibra, con semejante inquietud trágica, la de la generación literaria que actúa en la víspera de la gran guerra, como si presagiara el sangriento apocalipsis que traería a los pueblos el más horrendo azote del dolor.

Una onda espiritualista, impregnada de neo-misticismo asoma y late en los libros. Julien Benda, en un estudio recién publicado. (1), analiza sutilmente la estética de la presente sociedad francesa y señala la nueva tendencia de los escritores a provocar la emoción por la pintura del alma humana en sus personajes, mediante manifestaciones espirituales que están fuera de toda ley, de manera que cada una de ellas aparece como imprevista con relación a las precedentes, tal arte, que separa al alma de las leyes científicas, significa la repulsa de todo determinismo. La filosofía de Bergson influyó considerablemente en este movimiento. La rebelión contra el determinismo se caracterizó por el deseo de que el fenómeno psicológico no sea determinado ni por la herencia, ni por el medio, ni por ningún elemento exterior, sino únicamente por la propia vida interior del "yo" mismo. Toda la construcción estética de Taine, que tan enorme influencia ejerció durante casi medio siglo, se derrumba. Se quiere, ahora, que la vida en la obra literaria aparezca haciéndose sentir ella misma y no mediante una idea sobre la vida; es la concepción bergsoniana de exaltar una intuición de la vida, que debe ser vivida más

(1) Julien Benda: *Belphégor*.

que representada, actuada más que pensada. Según esta novísima estética la materia artística por excelencia finca en el puro instinto, en provocar estados de alma intensos y elementales, como una reacción contra las complicaciones psicológicas y contra el intelectualismo refinadísimo de hace veinte años.

Por otra parte, la nueva literatura en la víspera de la guerra gusta en asumir una forma exaltada, tiende a un carácter patético. Barrés y Maeterlinck, Romain Rolland y Claudel, Peguy y Adam, para no referirme sino a los nombres más en boga en ese momento, son escritores cuyas páginas tienen la característica de ser siempre vibrantes. Se ha recordado, a este respecto, una frase de Madame Du Deffand acerca de la literatura de Rousseau y que podría aplicarse a la dominante en la hora en que estalla la gran guerra: su claridad es la del relámpago y su calor el de la fiebre.

Se quiere que la misión de la literatura no sea la de explicar, ni mostrar friamente la realidad de las cosas, ni analizar científicamente los sentimientos y las pasiones, ni disecar la vida interior, sino la de provocar emociones, tanto más bellas cuanto más simples y fuertes. De aquí que en estos últimos años se hayan ahondado las fuentes naturales del lirismo: el amor, la religión, el patriotismo, la melancolía.

La literatura, en el momento inmediato que precede al terrible estallido, diríase que se presenta, como envuelta y sacudida por ansias y emociones; ella se inspira en una exaltación mística o en una fervorosa religión de la vida, ella aparece como poseída por la intensísima existencia de esa hora, rechazando todo lo que significa juicio derivado de un criterio positivista, análisis, fría reflexión filosófica; ella refleja fielmente la fuerza con que los hombres viven y sienten la vida. ¡Ah, es que esta generación que así se agita, será bien pronto empujada al sacrificio, al dolor y a la muerte! Ello explica porqué la literatura repudiaba, en la hora en que la gran tragedia iba a desatarse sobre el mundo, a todo lo que era especulación intelectual pura, o explicación científica.

¿No es exasperante — escribe Julien Benda — que cuando se vibra, cuando se sufre, caundo se llora, cuando se ama, ver gente que clasifica tranquilamente vuestras emociones y las caracteriza, a semejanza de esos monstruos de que habla Renán que si estuvieran en medio de un desgarramiento de

nuestro planeta, en que pereciera la humanidad, se ocuparían únicamente de reformar sus concepciones cosmológicas?

¿Cuál debe ser el mejor empleo de la vida? le pregunta a un moro, el protagonista de *Le Voyage du Centurión*, escrito el año 1914, días antes de la guerra, por Ernest Psichari, el nieto de Renán, que murió gloriosamente en el combate de Rossignol. El empleo de la vida, responde el moro, debe ser copiar con diligencia el Libro y meditarlo, pues está escrito que la tinta de los sabios es más preciosa que la sangre de los mártires. Y ante esta respuesta, el protagonista, llamado Maxance, se convence de su superioridad sobre los que han preferido la pluma del escritor a la palma del martirio, pues él, aún en sus más grande miseria, lleva en su deseo de martirio el germen de la vida, en tanto que los otros llevan en su grandeza intelectual el germen de la muerte. ¿Qué habrían sido las civilizaciones de Occidente, reflexiona Maxance, si ellas se hubieran edificado sobre una moral semejante, si la soberanía del corazón no hubiera sido proclamada, si el teólogo desde el fondo de su celda, y en medio de sus infolios, no hubieran enviado al cruzado con su cruz en el pecho, a luchar y hacer triunfar su ideal y su fé en las rutas de Oriente?

Esta exaltación mística tiembla en todo el libro del nieto de Renán y en las páginas de Peguy, de Gastón Riou, de Romain Rolland, de Claudel y de la mayoría de los modernos literatos franceses en la víspera del terrible drama. Se habla de "La Mística", término con que se designa un aspecto de la vida interior, así como la Etica y la Estética comprenden otros aspectos. ¿Cuál es el verdadero concepto de "La Mística"? Cuando Peguy reprocha a los adeptos de tal o cual partido porque se apartan de "La Mística" de su doctrina, cuando Psichari hace decir a Nangés que el ejército tiene su moral y también su "Mística", ellos entienden afirmar — dice el prologuista de *Le Voyage du Centurión* — que nuestra actividad para ser completa debe tener un sentido espiritual recóndito e implicar una fé; en toda acción humana ellos disciernen dos elementos: uno es la aplicación positiva exterior al hombre, y el otro es una significación secreta, que le es interior. El soldado hace la guerra: eso es la aplicación exterior; pero al mismo tiempo él desenvuelve dentro de sí mismo, hasta la más alta tensión, ciertas virtudes que su alma alimenta y enriquece

a través de su acción militar, eso es la significación secreta, espiritual, de esa actividad, es el trabajo interior. La vida del alma se convierte, entonces en la razón profunda y suprema de todo esfuerzo; el acto de fé está aquí, en esta afirmación de que el mundo espiritual no es solamente una realidad, sino que es la realidad por excelencia. ¡Cuán lejos estamos de la época, cercana sin embargo, — treinta años atrás —, en que la literatura era nihilista, impregnada de fatalismo, de pesimismo, y miraba la vida a través de la materia con el lente de la ciencia experimental!

Romain Rolland, al escribir la biografía de Beethoven, siente que, para que el mundo no se ahogue en el pesado ambiente de un materialismo sin grandeza, es necesario hacer entrar aire libre al espíritu, y dice: abramos las ventanas y respiremos el soplo de los héroes. Respirar una ráfaga de heroísmo, he aquí el anhelo de los literatos en estos últimos años, he aquí la sed de los jóvenes que sacudiendo el enervamiento engendrado por la filosofía escéptica y el sibaritismo derivado de los refinamientos materiales de la civilización contemporánea, sintieron la necesidad de levantar su alma adormecida y el ansia de hacerla vibrar en la actividad heroica, para vivir intensamente la vida.

El neo-misticismo, que despunta en los libros escritos en vísperas de la gran conflagración, tiene un carácter peculiar: es un arrebato espiritual fogoso, que al mismo tiempo que tiende a la lucha y a la acción, exalta el mundo psíquico buscando elevar el alma y expandirla arriba de las materialidades de la vida. No es, en todos, un misticismo esclusivamente religioso, ni busca en la soledad y en la contemplación la gracia divina, no, es un misticismo militante, que remueve el yo para que, al recibir el torrente exterior no se objetive ni siga el cauce trazado por la fatalidad, sino que se levante y elabore en su vida interior la alta realidad espiritual.

Y así, Maxance, joven oficial del ejército, el personaje de *Le Voyage du Centurión*, que ambulaba desorientado, llevando una vida turbada por el desconcierto de los pensamientos y de los sentimientos, sintió que tenía un alma, que había nacido para creer, para amar y para esperar, y se va al Africa, a luchar por la Francia en una campaña colonial. Allí, en el fondo del desierto, en medio de la soledad silenciosa, ante la

majestad imponente de la naturaleza, siente una ráfaga de purificación que exalta lo mejor que lleva en sí mismo, y entrega su corazón al ensueño y su espíritu a Dios. ¡Ah vosotros, todos, — predica Psichari — haced lo que Maxance, huid de la mentira de las ciudades a las tierras vírgenes que, humeantes todavía, parecen haber salido, recién, de las manos del Creador, remontad a la fuente, al seno de los elementos, procurad volver a encontrar allí los lineamientos de la inmutable verdad! Y después de su cautiverio entre los moros, después de contemplar alrededor de sí y de sentir las flores espirituales del desierto, Maxancé, encendido por la fé, se considera un nuevo cruzado, un soldado de un pueblo que sabe lo que vale la sangre de los mártires y que sabe, también, lo que es morir por un ideal. El se siente heredero de todo un pueblo que ha muerto con la espada en la mano y con la plegaria en los labios. Nada le importan los sufrimientos que ha soportado en Africa, ni los ardores del sol, ni la soledad; él es el hijo del dolor. Tú no eres el primero a quien envío a esta tierra infiel para que sufras y aprendas aquí a sufrir, le dijo la voz de la madre que él había maldecido, otros han muerto antes que tú llevando, entre sus manos, su corazón. Mira, hijo mío, cómo ellos se comportaron y recuérdalo en esta gran campaña, en esta grande aventura francesa que es la aventura de la peregrinación de la cruz!

He aquí el espíritu imbuído de heroísmo e inflamado por ideales místicos, que se estremece en la literatura el día antes de la guerra, como si se preparara para lanzarse al sacrificio.

Jean Cristophe, en *La Nouvelle Journée* — publicado a fines del año 1912 — vuelve a París después de diez años de ausencia y observa que se ha cumplido en Europa, y sobre todo en París, un trabajo de reconstrucción y que nace un nuevo orden de cosas. Una generación se levanta, deseosa de obrar más que de pensar; ella quiere vivir, ella quiere apoderarse de la vida, conquistarla, ella se acoraza y toma la espada para marchar a la victoria, a la realización de sus esperanzas, desoyendo la voz atormentada y atormentadora del dolor y de la duda. Jean Cristophe siente que en el jardín de Francia los pájaros se han despertado y oye su canto claro y fuerte. Lee el libro de un joven poeta que resulta ser Emanuel, el hijo de su fraternal amigo Olivier; en esas páginas el soplo impetuoso del poema evoca, con una energía de visionario, a

las almas inmensas y seculares de las Patrias, y surge la figura sobrehumana de la Madre, de esa que lo ha sido antes de nosotros y que lo será después de nosotros, semejante a las Madonas Bizantinas a cuyos piés oran los hormigueros humanos, y el poeta celebra el duelo homérico de esas grandes Diosas cuyas lanzas se entrechocan desde el comienzo de las edades: esta eterna Iliada que es a la de Troya lo que los Alpes a las pequeñas colinas griegas. Tal epopeya de acción guerrera, cantada y presentida, mostraba a Jean Cristophe, como a la luz de relámpagos, la visión del alma francesa armada de espada rutilante y nimbada de idealismo heroico, y notó que la apacible confianza que tuviera Olivier — el padre del poeta — en los destinos de Francia, se había trocado en el hijo en fé ardiente, en sed de acción, en seguridad de triunfo; él quería, él veía, él clamaba. Y por esta fé exaltada, por este optimismo que el poeta había cantado, se levantaban las almas del público francés. Este libro había tenido la eficacia de una batalla, había abierto un brecha en el escepticismo y en el miedo, y toda la joven generación se había agrupado para seguir al poeta hacia los destinos nuevos. Y Jean Cristophe pensaba que tal belleza de heroísmo, que destellaba el poema, cuando evocaba las victorias del espíritu, precursoras de otras victorias como la conquista del aire, el "Dios volante", que conmovía a las muchedumbres extasiadas, las empujaba hacia los lejanos espacios o quién sabe a qué revanchas próximas! El esplendor de esas visiones de fé y de energía no impedían que Jean Cristophe, sintiendo el peligro, previera adonde llevaría ese paso de carga y ese clamor creciente de esta nueva Marsellesa; y reflexionaba, con un poco de ironía, que ese canto tendría ecos que el chantre no preveía, y que llegaría un día en que los hombres suspirasen por el tiempo pasado de la feria en la plaza, en que se era libre, en que se vivía la edad de oro de la libertad! Ahora, decía Jean Cristophe, el mundo se encamina a una edad de fuerza, de acción viril, de salud, tal vez de gloria; pero de dura tiranía. Las grandes épocas clásicas, Luis XIV o Napoleón, que nos parecen tan lejanas, quizás se repitan y la Francia realice, más victoriosamente todavía, su ideal nacional!

Así la literatura nos refleja cómo se sentía, cómo se pensaba, en Francia, el año 1912. Esta llama de lirismo heroico,

y de misticismo combatiente, esta ansia de proezas, este deseo de gloria, estremece a muchos de los últimos libros en las vísperas trágicas, aún aquellos más modestos, de jóvenes que no calzaban el coturno. André Crayan héroe de *L'Oiseau Vainqueur*, romance publicado pocas semanas antes de la guerra y escrito por el joven Paul Acker, que fué muerto en el campo de batalla, dice: yo tengo necesidad de actuar, de ser útil, de exponer mi vida! André ambiciona la audacia, esa tranquila audacia demostrada en la hazaña de Bleriot al atravesar el Canal de la Mancha, y la tenacidad que lo llevará a conquistar el dominio infinito, y tan largo tiempo inaccesible, del cielo abierto a los esfuerzos victoriosos de hombre! Era joven y detestaba la vida burguesa, sus prejuicios, su mezquino egoísmo, su falta de ideal; él pensaba que no debía considerarse verdadero hombre sino después de conocer las satisfaciones y el dolor de la lucha; su alma estaba en continua exaltación por alcanzar la gloria mediante una acción grande a la humanidad. Todo el romance gira en derredor de este héroe que expone su vida, soportando el sacrificio de una horrible caída, hasta conseguir, vibrante de amor, la victoria de mantener su aeroplano inmóvil en los aires, como un pájaro triunfante.

Una exaltación saturada de energía belicosa para realizar las reivindicaciones nacionales, para renovar las hazañas del pasado, para evocar cuadros victoriosos de la historia, para luchar por la reforma de la sociedad, cuyos vicios, miserias e injusticias son estudiados y pintados con idealismo ardiente, emana de las obras de Paul Adam, de Maurice Barrés, de René Bazin, de Paul y Víctor Margueritte y de tantos otros que tratan en la literatura los problemas sociales, nacionales, políticos y psicológicos que turban en esa hora el alma de la Francia.

Gastón Riou en su libro, publicado en 1913, con el título de *Aux Ecoutes de la France qui vient*, irradia este mismo ardor, tiende a ese mismo ideal. De plena conformidad con la joven generación que se levanta y que tiene ahora de veinte a treinta años — dice Emile Faguet en el prólogo de esa obra— Riou se destaca con vigor y quiere que todos se lanzen plenamente a la vida y a la acción: su libro — que podría aparecer influenciado por Nietzsche—es un llamado ardiente y lírico a la vida activa, a la vida de lucha, "y si hay peligro, con pe-

ligro". Refiriéndose a Romain Rolland, Gastón Riou dice: él es nuestro poeta, siente con intensidad lo que hemos sentido, sufre lo que hemos sufrido, espera lo que hemos esperado, lo que esperamos, lo que queremos. Su obra es el canto más secreto de nuestra alma; Lirismo, gusto por lo heroico, respeto religioso por todas las manifestaciones imponderables: arte, música, amor, fé, sacrificio, patriotismo, un patriotismo inflamado por todos los soplos universales... el caos de su obra no es otra cosa que la imagen, a la vez épica y lírica, de nuestro caos. Y el 30 de Setiembre de 1912 en la *Lettre au Jeune France,* escribe esta página que es un augurio solemne, dictado por las vibraciones de su alma: he visto a nuestra nueva juventud y comprendo ahora la palabra de Clemenceau: "nuestra admirable juventud francesa". "Ella está marcada para la esperanza y para servir al porvenir" — debió agregar que estaba también marcada para el martirio y para la muerte. "Si se le recuerda, aún en términos ingenuos, el esfuerzo de los antepasados y el designio que debe realizar, toda su sangre bulle y ella se endereza como si un toque de trompetas sonara en el fondo de ella misma... Sí, yo veo a esa juventud, frente a frente, como hija recién nacida de cruzados y de revolucionarios. He vuelto a París a prestarme a mí mismo, por segunda vez, el voto que hemos jurado: ¡Que perezcamos con tal que la Francia eterna, germen elegido de un mundo nuevo, se abra radiosa a la vida!"

La corriente, a la vez mística y guerrera, que inicia su curso en la literatura durante esta última década, tiene entre sus más fervorosos representantes a Charles Peguy.

Peguy es genuino fruto de los campos de su patria, grabado con el cuño francés para perpetuar la tradición francesa. No es el hijo de la ciudad, refinado y elegante, que tiene la visión clara de la armonía y que lleva, con su gracia irónica, el grano de sal que tanto sabor da al espíritu gálico, sino el paisano robusto y rudo, sin la noción justa de las proporciones, arrebatado hasta el delirio; pero que, en continua exaltación de su yo, predica ideales cual maestro incansable. Peguy se proclama un cruzado, grita la guerra santa para defender la religión cristiana de sus padres, amenazada por la marea de la incredulidad, y anhela, también, para que su generación no sea de sacrificados y de vencidos, la otra guerra, la de la revancha, que

pregona como indispensable, porque de lo contrario la Francia no solo no será grande sino que la historia no la registrará en el futuro, porque la Historia — dice en el año 1909 — inscribe únicamente a los que se inscriben por sí mismos, y ella no registra y mide sino a los que se hacen medir y registrar por la fuerza.

Una fiebre guerrera, una ansia fervorosa de gloria militar para la Francia quema y agita las páginas de Peguy, que fué uno de los directores espirituales de las nuevas generaciones francesas, y que caracteriza en la literatura, un estado de alma colectivo. Leemos hoy con emoción la epístola votiva escrita en 1910, en "Víctor Marie, Comte Hugo", por Peguy, que en 1914 sería muerto en la batalla de Meaux, y dirigida a Ernest Psichari, quien ese mismo año terrible sucumbiría también heroicamente en el combate de Rosignol. "Tenéis un sable y es para que os sirva. — Vos, hombre joven y de corazón puro — dice Peguy a Psichari, que era entonces teniente de artillería colonial, — que en una casa laica habéis hecho reingresar la gloria antigua, la primera gloria, la gloria de la guerra, vos que como artillero colonial conquistáis campos y fundáis ciudades, vos que despertando vuestra vieja sangre bretona nos restituís la valentía antigua, vos como latino, como romano, como francés, ya que de todas esas sangres vos hacéis una sangre francesa y un heroísmo a la francesa, seréis un romano heredero de las guerras númidas, un franco heredero de las guerras yugurtianas, un artillero heredero de las antiguas artillerías, un caballero heredero de las caballerías legendarias.

El año 1905, año tormentoso en que estuvo a punto de desencadenarse la horrible tempestad, que se retardó hasta 1914, la Francia sufrió la humillación que Guillermo II de Alemania le infligiera con motivo de la cuestión de Marruecos. Tal episodio hizo estremecer de indignación los espíritus franceses y provocó el libro *Notre Patrie* de Peguy, inspirado en un nacionalismo exacerbado y místico. El año 1913 cuando se discuten los armamentos que ya agobiaban a los pueblos europeos, Peguy escribe: la guerra es la guerra y la paz es la paz; pero qué decir de esta situación en que estamos soportando las miserias planas de la paz y, a la vez, la tensión constante para sufrir las miserias inminentes de la guerra? Tenemos to-

das las cargas de la paz y todas las de la guerra. Es evidente que asistiremos a acontecimientos que no se han visto jamás, de una amplitud inaudita! Es en esos días que Peguy presintiendo quizá su fin muy cercano, vuelca con delirio todo el torrente verbal, que hace tan engorrosa, cansadora, y a veces impenetrable, como enmarañada selva, su literatura, en ocho mil versos de su poema *Eva*. En *Eva* el poeta canta, al honrar a la primera de las madres y a la más venerable de las mujeres, todos los dolores y las penas de la humanidad. Al referirse a este poema, hoy se exclama: ¡qué hallazgo profético y grande fué el que encontró entonces Peguy, en unos cuantos versos, de ese pesado y denso poema, que cuando salió a la luz nadie reparó en ellos, y que diez meses más tarde serían señalados para grabarse en el corazón de toda la Francia, como epitafio de sus generaciones inmoladas en su defensa!

. . . . . .

Felices los que mueren por la tierra carnal

. . . . . .

Pero siempre que sea en una guerra justa.

. . . . . .

Felices los que mueren en las grandes batallas

. . . . . .

Caídos sobre el suelo y a la faz de Dios.

. . . . . .

Felices los que mueren en una guerra justa.

. . . . . .

El treinta de Agosto de 1914, la Compañía 19 del Regimiento 276 del ejército francés se batía denodadamente, en retirada, cerca de Roye. El teniente Peguy — nos cuenta un testigo — exulta de gozo; él ha inclinado su kepí sobre los ojos, que brillan con un resplandor bravío, y marcha al lado nuestro con un paso marcial y soberbio de parada. El 3 de Setiembre, la compañía se acantona en un viejo convento abandonado y Peguy pasa la noche — escribe Claudio Casimir Perier, su compañero de armas — buscando flores en el jardín del monasterio y llevándolas al pié del altar de la Virgen. Al día siguiente se lee ante la compañía reunida la proclama de Joffre, que ordena no retroceder más y resistir hasta la muerte. Ese día en el patio de una granja, cerca de Survilliers, Claudio Casimir Perier habló con Peguy por última vez y le pareció que éste presentía su fin glorioso. Pocas horas después, la compañía 19 era diez-

mada por un lluvia de metralla, y su teniente, de pié, ante los soldados, que hacían fuego, gritábales: "Tirez, Tirez, nom de Dieu"! Y repentinamente cayó, de lado, con la cabeza deshecha, sin un gesto, sin un quejido. Una gran mancha rojiza y negruzca se extendió sobre la tierra caliente y polvorosa, en derredor del poeta, que yacía — como lo había cantado — "tendido sobre el suelo y a la faz de Dios..." (1).

Además de Charles Peguy, la nueva generación literaria, tuvo, entre sus directores espirituales, a Romain Rolland. Rolland es un idealista, es un lírico; no es propiamente un místico a la manera de Peguy; pues él se contenta con las verdades aportadas por el corazón humano. Y no busca a Dios, porque piensa que lo lleva dentro de sí mismo. Este insigne escritor ha ejercido una considerable influencia en gran parte de la juventud francesa, a la que predicó que la abnegación y el sacrificio constituyen la más grande fuerza y la mayor riqueza de la vida moral. Proclama la acción y la energía como la mejor forma de amar y de llenar la vida. El ideal de Rolland concuerda con el concepto de Bergson que exalta filosóficamente el empuje vital. ¿Qué es la vida para Romain Rolland? Una tragedia, se contesta él mismo. Y la tragedia de la vida en nuestro tiempo está admirablemente sentida y reflejada en *Jean Cristophe*. Yo estaba aislado — dice Rolland en 1909 — y me asfixiaba en un mundo moral enemigo, quería respirar y reaccionar contra la civilización malsana y contra un pensamiento corrompido por un falso grupo de gentes elegidas, al que quería decir: tú mientes, tú no representas a la Francia. Para ello me faltaba un héroe con alma pura para tener el derecho de hablar y con voz fuerte para hacerse oir. Ese héroe es Jean Cristophe. Romain Rolland nos confiesa que no tuvo la intención de escribir un romance, ni un poema, quiso hacer simplemente un hombre y trazar una vida. La vida de un hombre, no se encierra en el cuadro de una forma literaria; su ley está en ella misma, cada vida tiene su ley y para que ella tenga un sentido debe ser llenada de pasión y de dolor. Y bien, *Jean Christophe* es el viaje de un alma que pasa por el agitado curso de nuestros días recogiendo y reflejando en su vida interior todo el drama psicológico y todas las tragedias sociales de la Europa. En la última etapa de esa vida — *La Nouvelle*

(1) D. Halévy: *Charles Péguy*.

Journée, escrita el año 1912 — dedicada a las almas libres de todas las naciones que sufren, que luchan y que vencerán, Rolland despide a su generación que muere, que va a morir, y a su mundo, que pocos días después será sacudido, diciendo: "he escrito la tragedia de una generación que va a desaparecer: no he tratado de disimular nada de sus vicios, de sus virtudes, de su tristeza, de su orgullo, de sus esfuerzos heroicos y de sus pesadumbres bajo el aplastador fardo de una tarea sobrehumana: toda una suma de mundo, una moral, una estética, una fé, una humanidad nueva a rehacer. He aquí lo que fuímos: ¡Jóvenes de hoy, avanzad sobre nuestros cadáveres, sed más grandes y más felices que nosotros. Yo mismo despido a mi alma del pasado y la arrojo detrás de mí, como vacío envoltorio. La vida es una serie de muertes y de resurrecciones. Muramos, Christophe, para renacer!

¡Morir para renacer, bajo otras formas! He aquí la ley universal. He aquí el proceso que se precipita en el alma de la Europa, la víspera de la guerra. Inglaterra sufría, también, como la Francia, una profunda agitación social y espiritual en esa hora de crisis trascendente: nuevas tendencias, en todos los órdenes, pugnaban por sustituir a las antiguas y nuevas ideas desplazaban a las tradicionales, en ese pueblo tradicionalista. Dos corrientes espirituales chocaban con fuerza: el conservatismo en retirada y el racionalismo crítico y abierto. Se señalaba la injusticia de la organización social, la desigual distribución de las riquezas, y se atacaba, con tal motivo, a las instituciones, a las costumbres, y sobre todo, al espíritu retrógrado que las inspiraba, al que se tachaba de incompatible con la civilización contemporánea. La pluma, naturalista e idealista, a la vez, de Jorge Meredith, destruía la ya vieja concepción estética y sociológica de Ruskin. Al pesimismo contemporáneo que proyectaba la helada visión de un mundo sin justicia, conducido por la fatalidad, se oponía el optimismo de los cantores de la acción y de los espíritus religiosos henchidos de esperanza en lo sobrenatural. Por otra parte, la literatura imperialista, cuya más alta expresión está condensada en la obra de Rudyard Kipling, proclamaba el culto de la energía combativa y encontraba la belleza en el coraje y la justicia en la fuerza, borrando la suave aureola de idealismo y de misticismo que el corazón inglés siempre quiso para la literatura.

La vieja construcción ideológica británica, era arremetida en estos últimos años, por espíritus fuertes y agudos: Wells, quería aclarar, modernizar la mente británica, mostrando los caracteres científicos de la civilización moderna, trazando el cuadro de la sociedad futura, dirigida por técnicos, cuadro que no se avenía con el marco inglés, semi-feudal aún. Bernard Schaw fustiga con acre ironía las convenciones sociales y embiste en contra de los conceptos fundamentales: la propiedad, la familia, el matrimonio, el patriotismo, la religión, la moral. El espíritu inglés era zaherido intensamente por los revolucionarios, cuando el imperio británico fué invadido por la ola de fuego y de sangre...

El imperio Alemán, fundado por la victoria de 1870, fué pobre para la literatura; esa victoria dió a los germanos un considerable poder político, un inmenso acrecentamiento económico, una tensión gigantesca de fuerza y de energía; pero no aportó nada de notable al patrimonio literario de Europa, fuera de la obra naturalista de Sudermann y del teatro sociológico de Hauptmann, en el que la escena es un laboratorio o una clínica de las enfermedades sociales. El pensamiento filosófico de Nietzsche, modelado sobre el concepto de Schopenhauer de que la voluntad es el principio del mundo, ejerció una influencia decisiva en el alma de la Alemania imperial. Nietzsche predicó la convicción de que, para que la sociedad no cayera en la decadencia era menester que fuese impulsada por lo que él llama "la voluntad de la potencia", es decir, la energía que nos lleva no sólo a vivir, sino a extender nuestra vida en el universo dominando a todas las fuerzas y seres que impiden esa expansión. Tal voluntad es, para el filósofo alemán, la creadora de todo lo grande en el hombre y en la vida; tal voluntad lleva consigo su moral fiera, basada en el valor, en la audacia, y en la energía que lleva al triunfo; esa es la "moral de los amos", como la llama, por oposición a la que denomina "moral de los esclavos", que es peculiar a los pueblos vencidos, en los que la debilidad se considera virtud y la impotencia para reaccionar se transforma en bondad. El acrecentamiento de la vida, la expansión de la vida, tal es el objetivo de ella que tendrá el valor que cada cual sea capaz de darle.

La influencia de las ideas que Nietzsche predicara, por una parte, y el materialismo científico y filosófico, por la otra, aho-

garon en Alemania el ideal romántico, que el genio de Wagner iluminó en la segunda mitad del siglo pasado. El lirismo sublime y el hondo misticismo de la obra wagneriana no impregnó el alma del pueblo germano contemporáneo, que quería el culto de la vida fuerte y de la omnipotente voluntad. El ideal wagneriano era mirado por los modernos alemanes como débil e incompleto, porque oscila entre la exaltación que hace vibrar el yo con las más altas emociones, y una religiosidad que en sus éxtasis contemplativos lleva al nirvana, vale decir, a la inacción; ese ideal no era el de la nueva cultura germánica que luchaba para forjar una personalidad dominadora de la vida, que anticipara el porvenir y que no viviera en el pasado. La visión de Wagner era, para el espíritu del imperio de Guillermo II, primitiva, de los tiempos remotos en que nacieron las religiones, las cosmogonías y los mitos; pero no era la visión profética que los modernos acariciaban: la de las fuerzas latentes que henchían el corazón del Imperio para imponer una nueva cultura.

El romanticismo wagneriano, el gran drama mítico que expresa en sus símbolos las más hondas ideas religiosas y filosóficas, fué repudiado en su patria, la víspera de la gran guerra. Ese arte excelso fué considerado—como se ha dicho—(1) como un canto que despide al crepúsculo de los viejos Dioses...

Ese ideal pujante de acción y de energía que arde en el alma moderna de Alemania, tuvo su interpretación más sugerente, en la literatura, en un romance publicado en el año 1913 y que fué la obra literaria germana que, en vísperas de la guerra, provocó la mayor sensación, no solamente en los círculos artísticos sino, también, en el pueblo todo. Esa novela es *El Túnel* de Bernard Kellermann.

Kellermann se destaca en la nueva generación de escritores alemanes por su fuerza a la vez que por su delicadeza; según el asunto que aborde, es, en algunas obras que han sido comparadas a las más vigorosas de Zola, naturalista y recio; en otras aparece como un romántico, henchido de lirismo, que canta la vida en todas sus manifestaciones y formas, porque todo lo que de ella viene es bueno y es bello.

El Túnel es una epopeya ruda y terrible, en la que enormes multitudes de hombres, después de sufrimientos y de es-

(1) H. LICHTENBERGER: *L'Allemagne Moderne.*

fuerzos homéricos, realizan la obra gigantesca de unir por un túnel América y Europa. Un sindicato, que sintetiza en sí todo lo que la energía, el pensamiento, la fuerza y la técnica pueden aportar a la acción humana, concibe y emprende la estupenda obra, poniendo a contribución, para ello, la vida y el sacrificio de millares y millares de hombres, que son empujados inhumanamente, como elementos de una maquinaria formidable. Este trabajo hercúleo se inicia y prosigue durante años, produciendo en todo el mundo inauditas repercusiones internacionales, sociales, financieras y técnicas. Un día horriblemente trágico, se produce la catástrofe: una colosal explosión de las máquinas destruye el túnel y sepulta bajo escombros y ruinas a ejércitos enteros de trabajadores, que mueren carbonizados, asfixiados o destrozados. Este cataclismo provoca una revolución: las masas proletarias se rebelan en son de protesta contra el sindicato de capitalistas que ejecutó obra tan magna como perversa. Mac Allan, el iniciador y jefe del túnel, procura calmar la agitación diciendo: me acusan de haber matado a millares de hombres; eso es una mentira! ¡El destino es más fuerte que los hombres! El trabajo, que es la religión y el ideal de nuestros tiempos, es quien ha matado a esos hombres! ¡El trabajo es una batalla y en toda batalla hay muertos! Los obreros desoyeron la voz de Mac Allan, y en todo el mundo se consideró a éste como el más sanguinario de los monstruos; la prensa entera le atacó ferozmente acusando al sindicato del túnel de ser el autor de la más monstruosa obra de destrucción. Se declara el boycot al sindicato y se le procesa. La empresa, sin embargo, que pareció aniquilada, es nuevamente emprendida, las fuerzas se rehacen con sobrehumana energía, el trabajo vuelve otra vez a realizar sus hazañas con un encarnizamiento más áspero; se dominan todos los obstáculos, y el túnel, el trágico túnel, se concluye para demostrar que la potencia de la acción y de la voluntad indomable es el único precio del triunfo.

Este libro intenso, que obtuvo el éxito literario más sensacional en Alemania el año 1913, aparece como un símbolo, cuando ya comenzaba a tronar, sordamente, la tempestad... Y el rayo, como maldición de un Dios iracundo, estalló sobre los hombres, envolviendo en ígneo torbellino a los pueblos, a las cosas, a las almas.

CARLOS IBARGUREN

SED NO SACIADA

Mañana

Abre la verde copa del manzano
Con trémula frescura en el paisaje.
Y hacia algún puerto del azul lejano
La nube, cual un barco, va de viaje.

Sobre el alero de rojizas tejas,
Una calandria trina de mañana.
Y pone en la armonía de sus quejas
No sé qué notas de tristeza humana.

El agua cae, límpida y parlera,
En el tanque redondo que rebosa.
Y entre el follaje de la enredadera,
Sangrando de pasión, se abre una rosa.

Mediodía.

Olor a miés desde los campos llega.
Mis manos guardan todavía el sello
Que les dejara la fecunda brega...
Todo mi ser se regocija en ello!

Pasó cantando un joven campesino,
Moreno el rostro, alegre la mirada.
Y la canción entre las ondas vino
A caer, como un ave, en la enramada.

Silencio y soledad vagan en torno.
El campo, cual un mar, jadea en olas.
Y al sol, que vuelca su calor de horno,
Yergue el maíz doradas banderolas.

Tarde.

Yo me suelo quedar meditabundo,
A lo lejos perdida la mirada,
Cuando el cielo se torna más profundo
Y la tierra se vuelve más callada.

Algo espero talvez, algo que espero...
Ni sé cómo vendrá ni sé de dónde.
Quien me podrá decir lo que yo quiero,
Voz misteriosa, que jamás responde!

Y la luz se disuelve lentamente,
Como mi corazón que se desgasta:
Coseché con las manos y la mente,
Y no me basta, vida, no me basta...

ERNESTO MARIO BARREDA.

"La Nena", Garín, 1919.

Lo que he visto en Alemania, durante y después de la guerra (1)

A mi regreso de Alemania en Abril del corriente año de 1919, causóme sorpresa constatar que aquí la gente se figuraba Alemania y los alemanes tales como eran antes de la guerra. No podría ser de otro modo, sin embargo. Ellos no pudieron contribuir a la transformación producida en el pueblo alemán durante los últimos años; ellos no han experimentado la transformación paulatina del primitivo sentimiento seguro y altivo: "¡Lucharemos! ¡Resistiremos!" en el postrero: "¡Hemos sacrificado todo inútilmente; lo hemos sufrido y perdido todo!"

¿Cómo se produjo este prodigio? Ahora, pasados ya los sucesos, puede formularse la respuesta brevemente desde un cierto punto de vista: "Una de las causas del derrumbe de Alemania debe buscarse en el hecho de que el gobierno, después de haber ocupado Rusia, destinó una gran parte de sus fuerzas a combatir las corrientes liberales en Austria, Polonia,

---

(1) Ha escrito esta interesante relación sobre las condiciones de vida en Alemania, durante y después de la guerra, la doctora Margarita Heilberg de Bose, profesora en la Facultad de Ciencias Físicas, Matemáticas y Astronómicas de la Universidad de La Plata. La doctora de Bose cursó sus estudios en la Universidad de Copenhague, donde ingresó en el año 1900 y los perfeccionó en la de Gotinga, durante los años de 1902 y 1903, trabajando especialmente en el laboratorio del Instituto físico-químico del ilustre Mernst. Casada con el sabio profesor Emilio Bose, se trasladó a nuestro país, cuando su esposo fué llamado a dirigir el Instituto de Física en la Universidad de La Plata, en 1909, y en su cátedra lo sustituyó, a raíz de su fallecimiento acaecido en mayo de 1911. En mayo de 1915 pidió licencia por 2 años para trasladarse a Alemania, pero tuvo que prolongar su estada 4 años por serle imposible volver. La mayor parte de ese tiempo trabajó como profesor auxiliar en el Instituto de Física de la *Technische Hochschule* en Danzig, y desde el verano de 1917 hasta marzo de 1918 residió en Munich. Por consiguiente, esta relación que publicamos, valiosa por la información abundante y precisa, ha sido hecha por una testigo autorizada y fidedigna. — *N. de la R.*

Finlandia y Rusia. Se deseaba que no cayera el imperio austriaco, que Polonia y Finlandia, contra la voluntad de la gran mayoría de sus pueblos, adoptaran la forma monárquica; y desde Ukrania se combatía la libertad interna de Rusia".

Hubieran talvez sucedido las cosas de muy otro modo si una Alemania democrática, unida con una poderosa Austria reorganizada, con las repúblicas de Polonia y Finlandia, y protegida por la amistad de la Rusia de los soviets, destinara todas las fuerzas—que para su honor aún poseía después de cuatro años de guerra—a combatir en el frente de Francia.

Cuando se vió posteriormente cómo cayeron en pocos días las monarquías y las casas principescas alemanas, y cómo han sido casi olvidadas cual cosas de que no vale la pena ocuparse, se comprende mejor porqué se destinaban tantas fuerzas a combatir movimientos tan amenazantes para los detentadores del poder en Alemania.

Los historiadores y los políticos nos darán alguna vez la explicación.

En junio de 1915 atravesé el límite de Holanda hacia Alemania. Italia había ya entrado en la guerra. Yo había vivido el día de la declaración de guerra por Italia, en un vapor italino, frente a Dakar. Al principio reinó a bordo gran entusiasmo por el suceso; luego gran congoja, a causa del temor a los submarinos austriacos en el Mediterráneo. Por mandato inglés, el vapor holandés en que realizé el viaje de Vigo a Amsterdam se detuvo en el puerto de Fallmouth y luego seis días frente a la rada de Deals. Desde el lugar que ocupábamos, veíamos las puntas de los mástiles de un buque de guerra inglés hundido. A nuestro alrededor, buques de todas las naciones permanecían inmóviles, obedeciendo órdenes de Inglaterra.

En medio de una noche de espesa niebla continuamos viaje hacia Holanda, atravesando los campos de minas. En el gran salón, frente a los camarotes, se habían colocado los cinturones salvavidas, entre los cuales los más pequeños, destinados a los niños, estaban marcados con colores vivos, a fin de distinguirlos fácilmente.

En Fallmouth los ingleses obligaron a descender a un chileno, de origen alemán. Una dama que viajaba hacia Alemania

con su hijito, contó que su esposo—sacado en la misma forma de un buque neutral—estaba preso en Inglaterra desde hacía seis meses.

¿Cómo estaba Alemania mientras tanto? Vista a la ligera, parecía como siempre. Se pensaba ya entonces, por lo menos así lo había yo pensado—que sería difícil ver en Alemania algunos hombres o algún caballo. No era, sin embargo, así; durante toda la guerra, la ausencia de los hombres fué apenas apreciable; y en cuanto a los caballos el país no se vió en ningún momento completamente desprovisto de ellos.

En lo que se refiere a la vida en el interior de Alemania, puede muy bien decirse, que hasta la primavera de 1916 la población civil no había experimentado ningún cambio en sus hábitos anteriores. Tranvías y trenes, como también el correo y los servicios de transporte funcionaban regularmente. Algunas veces se producían interrupciones del servicio solo debidas a las necesidades estratégicas; pero aún así era posible realizar sin tropiezos excursiones y viajes de recreo. Hasta entonces no eran tampoco muy grandes las dificultades alimenticias.

Soldados con trajes grises veíanse por todas partes; y todos los pensamientos estaban dominados por una idea única: la guerra:

En la estación de Hamburgo me conmovió la presencia del primer inválido de la guerra; era un robusto hombre de campo, de cara quemada por el sol, que había perdido su brazo derecho. En el coche del ferrocarril, ocupó un lugar frente del mío una viuda muy joven, cuya blusa estaba prendida con la cruz de hierro que conquistara su esposo. Más adelante, en una pequeña estación, un soldado de la "Landwehr" (milicia nacional) se despedía de su mujer y sus hijos. Era un hombre pequeño y pálido, con su traje gris y el aspecto tempranamente envejecido de los trabajadores del campo. Rubia y delgada estaba de pie junto a la ventanilla del compartimento, con sus tres hijos, la esposa. Apenas cambiaron algunas palabras. Cuando el tren se puso en movimiento, permaneció junto a la ventanilla largo rato; y algunas lágrimas se asomaron a sus ojos.

En el trayecto hacia Danzig, me detuve algún tiempo en una pequeña población de la Turingia. Era el tiempo en que

marchábamos victoriosos en Rusia. Cuando después de medio día, volvía cierta vez a casa, las campanas de las iglesias se lanzaron a vuelo. Un viejo señor que marchaba a mi lado no pudo contener su júbilo. "¡Una nueva victoria!", exclamó. La ciudad fué poco después empavesada, y a los niños de las escuelas se les otorgó un día de asueto.

En Danzig florecían entonces las rosas y el sauco. En medio de la magnificencia de mediados de verano, veíase alrededor de la ciudad un ancho cinturón de alambrados de púas, como único recuerdo de la pasada proximidad de los rusos. La majestuosa avenida de varios kilómetros de largo, flanqueada por cuatro filas de añosos tilos, que conduce de la ciudad a los alrededores, hubo de ser derribada por orden del comando; y sólo pudo salvarse mediante el compromiso de un ciudadano, quien se obligó a hacerla talar en una sola noche, si hubiera llegado a ser necesario.

El próximo verano, entre los alambrados, la suntuosa verdura formó una ancha muralla. En el verano de 1917 fué derribado el cerco.

Los focos y la iluminación de los tranvías que podían verse desde la bahía de Danzig, fueron apagados.

Los amigos referían las emociones de los primeros días de la guerra, el entusiasmo y la confianza que los animaban. Referían cómo habían alistado todo para la fuga en la época en que los rusos se aproximaban a la ciudad. Hubieran tenido que emigrar a pie durante largas jornadas. Contaron también, las alternativas del mercado. ¡Hubo días en que fué imposible conseguir ningún trozo de azúcar, ninguna cerilla, nada de soda. Cuando, después, se restableció el aprovisionamiento, compraban por previsión con exceso. Talvez, pensaban, la guerra durará hasta la Navidad próxima!

En las Universidades todo era quietud; los estudiantes habían partido al frente. En el patio de entrada se colocó una gran pizarra blanca donde se inscribían los nombres de los caídos gloriosamente por la patria.

Por todas partes se habían instalado lazaretos; por todas partes se veía flamear la bandera de la cruz roja. Habían sido preferentemente utilizadas todas las clínicas y hospitales ya existentes; luego se habilitaron las escuelas, los internados comunales y del estado, las casas de las sociedades cristianas y

los hoteles; todos los locales, en suma, que poseían instalaciones sanitarias para gran número de personas.

La vida se había encarecido; el mantenimiento de una familia era más difícil que en tiempos de paz. En el mercado podían conseguirse como habitualmente, verdura, carne y pescado; pero en las casas de comercio se notaba un agolpamiento inusitado de parroquianos, seña inequívoca de una próxima escasez que no tardó en producirse. En el curso del otoño faltó por completo la carne en el mercado. Podía aún conseguirse en los mataderos; pero sólo al alcance de los más ricos, entre los cuales las grandes familias recibían anticipadamente sus provisiones. Desde mitad de enero de 1916 hasta principio de mayo, yo no conseguí comprar ningún gramo de carne para mi consumo. Danzig adoptó el bono de carne mucho más tarde que otras ciudades del imperio. Después, recibíamos todos nuestra porción, no recuerdo exactamente cuanto—acaso 300 gramos por persona y por semana—, pero ello no debió causar mucha alegría entre los privilegiados que hasta entonces habían vivido como antes.

En tiempo de paz veíanse en el mercado dos filas de vendedoras de pescado con sus grandes cestas de mimbre en forma de almendra llenos de "Pomuckles"—una especie de merluza—y de pleuroncetos cuidadosamente acondicionados con frescas algas marinas, que eran ofrecidos a los compradores. Este cuadro cambió rápidamente. Primero, a causa de las aglomeraciones, se hizo difícil comprar, aún después de largas esperas; más tarde las vendedoras de pescado fueron disminuyendo, hasta faltar a veces por completo, y cuando algunas concurrían sus cestas eran vaciadas al instante. Finalmente permanecían las mujeres y sirvientes de todas las clases sociales largas horas frente a la estación a la espera de los trenes que conducían el pescado desde las pesquerías. El mercado está próximo a la estación, y cuando alguna vendedora podía verse, se producía una aglomeración tal que dificultaba más aún la venta. Exactamente lo mismo sucedía con los grandes carros que conducían patatas, los cuales, en los tiempos de paz, podían verse en todas las calles que conducen al mercado; pero en los últimos años desaparecieron por completo. La ciudad y la comuna hubieron de regularizar estos servicios, y así fueron introducidos, después del bono de pan que tan excelentes re-

sultados produjo, los bonos de pescado y de papas. Poco a poco fué adoptándose la misma organización en todos los servicios de aprovisionamiento, de tal modo que cuando salí de Danzig, en marzo de este año, era ya imposible comprar libremente ningún medio alimenticio. Para saber cómo es esta vida a ración es necesario haberla vivido; ninguna descripción puede producir una impresión exacta de ella.

Los comunicados del comando general eran publicados por los diarios y hechos conocer por medio de carteles fijados en los ángulos de las calles. Producían gran alegría las victorias contra Rusia. Todos estaban seguros de que el frente del oeste resistiría a todos los ataques hasta que llegara el día de emprender nuevamente, y esta vez con seguridad de éxito, la lucha en contra de Francia. Los diarios publicaban grandes mapas de todos los frentes, ricos en detalles, de modo que era posible seguir con precisión el desarrollo de los acontecimientos. Pero ya en la primavera de 1917 y durante meses y meses era siempre lo mismo: "Grandes duelos de artillería en Flandes", sin que se produjera ninguna ofensiva que pudiese conducir a la decisión final. Todos comenzaban a murmurar: "Así no puede continuar eternamente". Sin embargo, doce meses más tarde, aún se leía diariamente en el comunicado: "Grandes duelos de artillería en Flandes".

La guerra se hizo una costumbre; pero la presión aumentaba. Los ejércitos alemanes avanzaban más y más; pero en las casas se requisionaban los utensilios de metal, y de los campanarios se descolgaban las campanas. Acongojados oíamos sus últimos tañidos. En la parroquia a la cual yo pertenecía sólo quedó en el campanario una pequeña campana de hierro. "¡Ojalá!, un día nos anuncie la paz", nos decíamos al oír su débil voz.

Fué prohibido usar ropa de mesa en las posadas, como aún proporcionar tohallas en las casas de baños. Para los pequeñuelos se reunió ropa por suscripción voluntaria. Aún cuando no hubo de llegarse a tal extremo, no fuí yo la única dama de casa que imaginaba verse un día obligada a entregar los tesoros de lencería heredados de nuestros mayores, porque ellos llegarían a ser necesarios para los lazaretos.

Lo que el pueblo alemán dió—voluntariamente, de todo co-

razón—es necesario haberlo visto para admirarlo con justicia. Si sale de la guerra empobrecido y esquilmado es porque dió a la patria con manos llenas, mientras tuvo algo para dar. Dió ropa—la superflua y también la indispensable—dinero, alimentos—y sin embargo no puede olvidarse que la patria ha quedado sin nada. Primeramente se dió para el ejército, para los lazaretos, para los campos de prisioneros; lo que quedaba fué repartido.

Es necesario haber visto día a día las largas series de niños, ancianos de ambos sexos, y jóvenes mujeres, que esperaban durante varias horas (2-4), fuera el tiempo bueno o malo, en invierno como en verano, frente a los locales habilitados para la distribución de la leche, para comprender la amargura que nos asalta al oir ciertas expresiones, hasta las más extremas, sobre la conducta de ese pueblo. Quienes así hablan no han acariciado calurosamente las manos de sus pequeñuelos—mojados y entumecidos—cuando, después de haber salido a las 9 de la mañana, volvían a medio día con su misérrima ración de leche, y aún a veces sin ella. Ellos no han visto los pálidos rostros de las jóvenes mujeres que envueltas en sus apretados mantos dedicaban largas horas a sus tristes pensamientos—absortas y distraídas para lo que a su alrededor sucedía.

El pueblo alemán soportó hasta el extremo—y ¿cuál ha sido el premio de su espíritu de sacrificio y de su abnegado valor?

Es oportuno hacer resaltar aquí una queja contra un gobierno que no supo colocarse en su justo sitio frente a un pueblo de tales condiciones; contra un sistema que formaba en sus escuelas las más elevadas clases culturales negándoles toda idea sobre los movimientos políticos modernos. Más aún, contra un sistema que—como era el caso en las escuelas del más grande estado alemán—obligaban a los maestros a combatir sistemáticamente, mediante la enseñanza de la historia, las modernas tendencias socialistas. Por eso no es asombroso que la orientación política hacia la izquierda que desde hace 20-30 años sucedió en otros países del mismo nivel de cultura, falta en Alemania. Artificialmente desviado como fué en su desenvolvimiento ideológico por estos irresponsables ataques, el pueblo alemán ha producido acontecimientos aparentemente ilógicos, pasando desde la monarquía casi absoluta a la primera

república socialista. Opino, sin embargo, que todo lo sucedido es perfectamente lógico; solamente que, faltando las formas intermedias entre aquellos mencionados sistemas de gobierno, no ha podido producirse la evolución normal de las formas constitucionales, y con ella falta la generación de políticos avezados con que cuentan otros países. Ellos faltaron en el momento de la revolución; y faltan todavía.

Desde la primavera de 1916 la revolución estaba "ad-portas", cada hombre del pueblo decía en voz alta: "Cuando la guerra haya terminado haremos la revolución". Y con el comienzo de la retirada en Francia, la guerra había terminado, y aquella sobrevino.

Los signos de la tormenta se advertían desde mucho antes. Se comenzó a hablar al pueblo en el invierno 1917-18. El kaiser asistió a una gran asamblea de los trabajadores en Essen, y al final hízoles prometer que soportarían hasta el último extremo. Conocidos políticos hablaban aquí y allá al pueblo. Hertling fué designado canciller imperial; era entonces conocido como político desagradable, y aunque se reconocía su poderosa personalidad estaba ya viejo. También Max de Baden, no pudo traer la salvación del viejo régimen, aún cuando en su primera proclama adoptó el tono exacto; pero ese tono hubiera debido oirse mucho antes.

A grandes rasgos yo veo el desarrollo de los acontecimientos en la siguiente forma:

El Kaiser prometió una reorganización liberal de Prusia. Innumerables gestiones mostraron, sin embargo, que los conservadores no cederían bajo ninguna condición.

En la primavera de 1918, nuestros ejércitos avanzaban admirablemente en Francia; el noveno empréstito de guerra fué suscripto con gran éxito y esta prueba de la voluntad del ejército de conseguir la victoria final, y de la voluntad del pueblo de soportar hasta el último extremo, fué apreciada de distinto modo por la casta gobernante. El proyecto de reforma en Prusia fué abandonado, y puesto el Kaiser en la imposibilidad de cumplir sus promesas, salvo mediante un golpe de estado.

La ofensiva terminó sin resultado. Apartados todos los rumores sobre celos y rivalidades entre el príncipe heredero de Alemania y el general Ludendorff, como también sobre traiciones, etc., puede explicarse lógicamente su fracaso por la su-

perioridad de los ejércitos aliados—tanto en número como en material. Donde nosotros hacíamos 30 disparos, el enemigo podía contestarnos con 300.

Kühlmann, secretario de relaciones exteriores, en las negociaciones de la paz con Rusia, pronunció las primeras palabras oficiales de criterio moderno, haciendo notar que las condiciones eran tales que imposibilitaban conducir la guerra hacia la decisión por medio de las armas. Los conservadores y los pangermanos (Alldeutschen) apagaron sus palabras; pero pocas semanas después análogas opiniones fueron trasmitidas desde el gran cuartel general.

La retirada en el frente del oeste comenzó lentamente. En setiembre sobrevino la lamentable retirada de los Balcanes, pues Bulgaria no quería continuar luchando. Allá marchaban los franceses y los ingleses por admirables carreteras militares y a través de puentes construídos por los alemanes hasta el confín de Grecia, con cemento y maderas sacadas de Alemania, mientras nuestros ejércitos recorrían impracticables caminos de montaña. Un colega mío formaba parte de una multitud de varios miles de hombres acompañados por una columna de automóviles; ni un sólo automóvil regresó, y apenas algunos hombres!

A Danzig llegaron 30.000 jóvenes soldados vestidos con trajes flamantes y equipados como en los primeros días de la guerra. Fueron alojados en las casas particulares, y después de tres semanas embarcados hacia Finlandia!, para combatir allá las corrientes revolucionarias. Mientras tanto en los Balcanes nuestras tropas se retiraban sangrantes, y en el frente del oeste abandonábamos paso a paso regiones que habíamos conquistado a costa de nuestra mejor sangre.

Viví los días de la revolución en Danzig. Las libertades de reunión, de palabra y de prensa habían sido suprimidas durante la guerra. Grande fué por eso el asombro cuando un día aparecieron, en los ángulos de las calles, grandes carteles subscriptos por el comando general de Danzig avisando al pueblo que al día siguiente se realizaría, con la autorización del mismo comando, una gran asamblea de carácter político. Como los invitantes aseguraron que el orden no sería alterado, no fueron enviadas tropas ni policía para conservarle. Se comenzó en-

tonces a comprender que los motines de Kiel y las manifestaciones en Berlín significaban algo más de lo que se había permitido referir a la prensa.

El 9 de noviembre, un hermoso día como en la más bella primavera, estalló la revolución en Danzig.

Las calles estaban pobladas de hombres en traje de fiesta; soldados y marineros colmaron los tranvías eléctricos, viajando de un punto a otro; un aeroplano conduciendo una bandera roja voló sobre la ciudad. Boletines extraordinarios de los periódicos y carteles murales aparecieron en el intervalo de pocas horas.

Los boletines eran arrancados de manos de los vendedores, y todo el que conseguía alguno era rodeado por una multitud curiosa, que esperaba quisiera leerlo en alta voz, aún en las últimas horas de la tarde cuando ya la lectura era difícil por falta de iluminación. Hasta altas horas de la noche vagaba la multitud de un lado a otro; pero todo pasó en perfecto orden y sin ningún incidente desagradable.

Al día siguiente todas las autoridades civiles y militares anunciaron por los diarios y carteles murales que se habían sometido a las órdenes del nuevo gobierno. La vida civil no sufrió alteración ninguna; escuelas, tranvías, distribución de víveres, y todo cuanto pueda pensarse, continuó funcionando regularmente hasta el último día de mi permanencia en Danzig, el 5 de marzo del corriente año.

El nuevo gobierno concedió ilimitada libertad de palabra, de reunión y de prensa. Ningún empleado debía ser removido a causa de sus tendencias políticas, siempre que cumpliera lealmente las disposiciones del nuevo gobierno. Fueron asegurados los sueldos y los derechos a las pensiones militares y civiles, sin que haya llegado a mi conocimiento un solo caso en que las cajas comunales o del estado se negaran a realizar sus pagos.

En cuanto a los consejos de soldados y obreros no puedo referir nada que haya visto yo misma; pero diré que los manifiestos oficiales de todas las autoridades comunales y militares eran contramarcados por un timbre de estos consejos.

El servicio de seguridad estuvo a cargo del personal de policía, reforzado con la guardia cívica, y yo no tuve ni la más mínima impresión de inseguridad o peligro durante aquellos

días. La policía y la guardia cívica eran fácilmente reconocidas por el brazal blanco que los distinguía. El pueblo fué avisado de que tanto unos como otros tenían orden de hacer uso de las armas si llegaba el caso. Yo oí disparos una única vez, cuando se produjo un desorden nocturno en el cuartel de los húsares.

La nueva constitución concedía iguales derechos políticos a todos los hombres y mujeres nativos mayores de 20 años.

El 19 de enero fué fijado para realizar las elecciones de la asamblea nacional, y con ello empezó el inusitado trabajo de informar al pueblo sobre la situación política cuya necesidad se comprenderá muy bien con sólo saber que era posible oir decir, de labios de hombres muy formales, que podría elegirse a Hindenburg presidente! Se realizaron reuniones políticas mañana y tarde; cada asociación, cualquiera fuera su fin en otros tiempos, se ocupaba continuamente de la instrucción política de sus afiliados. Los partidos políticos ya existentes, como los socialistas de la mayoría (el partido del gobierno) y el "Centro" (el partido católico) reunieron a sus partidarios y trabajaron infatigablemente para conquistar los votos de los jóvenes, las mujeres y los soldados. Algunos partidos se agruparon según sus tendencias, y otros nuevos se constituyeron. Los conservadores y los pangermanos formaron el partido nacional alemán, que en Danzig se distinguió por una lamentable propaganda antipolaca, pues siendo la ciudad genuinamente alemana, era inútil repetir diariamente que debía continuar siéndolo, y sólo sirvió para provocar una contraagitación en las regiones polacas.

Muchos gremios y clases sociales se reunieron también para defender sus intereses en las luchas políticas. Recuerdo haber leído un llamado imperioso para la formación de una sociedad de señoras de oficiales del ejército. Se deseaba reunir a todas las esposas, hijas, y más aún a las viudas de oficiales del ejército, ya que éstas, habiendo hasta entonces carecido los militares de derechos políticos, estaban menos informadas que ninguna otra acerca de los movimientos democráticos. La Unión de Oficiales en Danzig puso mucho empeño en ilustrar a todos sus asociados en las nuevas orientaciones políticas.

Naturalmente todos los partidos procuraban atraerse los votos de las mujeres. Hay en Alemania un millón más de mu-

jeres electoras que de hombres; sin embargo subsistía la duda de si el equilibrio de los partidos podía ser desplazado por el voto femenino. En algunas circunscripciones donde tal desplazamiento se produjo, fué siempre, según mis noticias, hacia las tendencias conservadoras, lo cual puede explicarse porque personas que han experimentado en su vida privada cuán difícil es gobernar se inclinan siempre más hacia las tendencias conservadoras y quieren mantener el "statu quo", tal es el caso de un mayor número de mujeres que de hombres, acostumbradas como están aquellas al gobierno del hogar.

En algunos casos el voto de las mujeres actuó como el voto múltiple, la sola reforma a que los conservadores se habían conformado en los debates sobre el sistema de voto prusiano—repitiéndose los votos de los esposos; así en una familia que yo conocía, la mujer manifestaba que ella votaría como lo quisiera su esposo. En cambio en otra, el hombre era conservador y la esposa de tendencia socialista.

La ley electoral adoptó al sistema de lista proporcional. Cada partido formulaba una lista de sus candidatos y de ellos serían elegidos un cierto número de representantes, proporcionalmente al número de votos obtenidos por la lista y dentro de cada lista los que obtuvieron más sufragios. Pero varios partidos podían inscribir un mismo nombre, con lo cual era segura la elección de los candidatos más populares. En Danzig se envió a cada elector una tarjeta con indicación de su número en el padrón y el local en que se efectuaría la elección.

La mañana del 19 de enero fué en Danzig frígida; un fuerte viento soplaba en todas las calles. Ya desde muy temprano esperaba un grupo numeroso frente al local donde yo debía votar, que era una sencilla posada junto a mi domicilio. Yo me agregué al grupo, y mientras esperaba un rato helándome, pude observar con estupor con cuanto orden y seriedad se desarrollaba el acto. Creo que todos los que hayan intervenido en esta primera prueba electoral de la Alemania libre conservarán imperecedero su recuerdo.

En Danzig había 7 listas con 11 candidatos cada una—y por tanto frente al local eleccionario 7 representantes de los diversos partidos ofrecían sus boletas. Sin embargo, casi todos llevábamos nuestra boleta, copiada o recortada de los diarios. También algunos partidos habían enviado boletas a sus

afiliados o a quienes presumían que podían votarlos. Yo recibí una del Partido Nacional Alemán.

Las elecciones se desarrollaron en Danzig, como en el resto del imperio, salvo raras excepciones, en completa calma. Ya en la mañana del siguiente día fueron conocidos algunos resultados. Los directores de la elección y sus ayudantes voluntarios habían sacrificado su descanso nocturno para realizar el escrutinio. El espíritu de sacrificio del pueblo alemán era el mismo de antes; y yo creo que ninguno de los que pudieron presenciar los preparativos y el desarrollo de las elecciones para la Asamblea Nacional pondrá en duda que el pueblo alemán puede regir en el futuro sus propios destinos. ¿Y cuál pueblo sería más capaz para ello? Un gobierno democrático exige indudablemente un mayor número de hombres elevados y bien instruídos que un pueblo gobernado desde arriba; y yo deseo saber, dónde mejor que en Alemania podrían encontrarse realizadas tales condiciones.

En cuanto a la distribución de los representantes entre hombres y mujeres, cada una de las listas propuestas en Danzig contenía un nombre de mujer sobre once candidatos.

La desmovilizavión y vuelta de los millones de soldados, que aún en el supuesto de un feliz término de la guerra, y en condiciones normales que permitieran mantener durante un cierto tiempo bajo banderas a un gran número de hombres, hubiera inspirado serios temores. tuvo que realizarse en circunstancias totalmente distintas y en un brevísimo tiempo. Debe, pues, admirarse la elasticidad del pueblo alemán que fué capaz de soportar tan rudo golpe.

Las intranquilidades que sobrevinieron y que aún se mantienen en algunos lugares, han de imputarse a la acción de los miles y miles de hombres volcados súbitamente del frente sobre las ciudades. Pues no debe ser fácil volver a los cuidados y hábitos de la vida civil cuando han sido abandonados durante cuatro largos años de vida de campaña;—ni debió serla acostumbrarse a la pobreza de la patria, para muchos que no tenían una noción clara de cuan paupérrima se encontraba. En dos familias amigas, los hijos vueltos del frente se admiraban durante los primeros días al ver cómo el pan era tan escaso y tan estrictamente distribuído; y sólo paulatinamente pudieron llegar a comprender que, disfrutar de una mayor ración signifi-

caba privar a otros de la suya. Cuando durante la guerra volvían los soldados a sus hogares en uso de su licencia, habíase ahorrado a veces a costa de hambre durante muchos meses, para agasajarlos; y si el dinero alcanzaba se recurría al comercio clandestino. Además las personas militares disfrutaban de una ración mayor que nosotros los civiles. Durante la desmovilización, los soldados de los cuarteles de Danzig consumían 250 gramos de carne diarios; mientras que en la misma época la población civil sólo recibía igual cantidad por semana. Aquellos no tenían, pues, una impresión exacta de nuestra miseria, y debieron sorprenderse muy desagradablemente antes de poder acostumbrarse a ella.

El comercio clandestino merece un capítulo aparte, y no será el más fácil de comprender. Paréceme que el objeto perseguido con la organización alimenticia fué asegurar a cada uno, hasta donde fuera posible, un mínimo de ración: pan, carne, patatas y grasa, como también la ropa indispensable. Los medios utilizados para asegurar este mínimo fueron: embargo o secuestro, obligación de proveer, y fijación de precios máximos.

El secuestro de una mercadería, fuera por el estado o la comuna, no significaba la obligación de entregarla de inmediato, ni menos aún de darla sin retribución alguna; sino más bien una declaración de que está a disposición del público. El poseedor era notificado de que debía entregarla al mercado; pero estaba prohibido desperdiciarla o enajenarla a otro que no fuera el embargante. El embargo fué utilizado para evitar que el capital privado acaparara las mercaderías más indispensables—ropa, alimentos, materiales de construcción—a objeto de revenderlas después al mayor postor, realizando desmedidas ganancias. Para distribuír racionalmente las mercaderías embargadas se instituyeron después "bonos de compra". En enero de 1917, sólo para el calzado; pero más adelante fué imposible realizar ninguna compra en ninguna casa de comercio sin estar provisto del bono correspondiente. Fueron publicadas listas conteniendo una enumeración precisa del máximo de ropa permitido a cada hombre, mujer o niño. Si originariamente se poseía una mayor cantidad, y yo creo que éste era el caso de los más, podía naturalmente conservarse; pero en tal caso no [illegible]sible obtener ningún "bono de compra" para ninguna

prenda de vestir, hasta no haber declarado bajo juramento que con la deseada adquisición se alcanzaría apenas al máximo oficialmente fijado. Para las personas a quienes agrada vestir siempre con ropa en estado de buen uso, se instituyó que se otorgaría un "bono de compra", para un traje nuevo, por ejemplo, toda vez que se entregara uno análogo aún utilizable. Este era justipreciado por un empleado, y pagado en el acto, para ser luego revendido a las personas menos pudientes, pero también contra el correspondiente "bono de compra". El comercio privado de prendas de vestir aún utilizables fué prohibido. La lista máxima a que nos hemos referido era muy pobre: 4 camisas; 6 pañuelos; 3 tohallas; 1 traje para diario y 1 para los días festivos; y en la misma relación para otras prendas. Quien tenía un impermeable de invierno no podía comprar uno de verano, y recíprocamente. A fin de comparar con las viejas sencillas costumbres, un diario publicó cierto día la nómina del legado de Schiller en cuanto a ropa se refiere. Recuerdo aún que se contaban entre otras cosas 27 camisas. Ninguno de nosotros poseía tantas; pero no obstante poseíamos aún algunas. Usábamos con menos incomodidad los trajes viejos: los hacíamos restablecer, teñir y dar vuelta, tanto como fuera posible. Como no había lana para tejer, nos veíamos obligados a colocar remiendos en nuestras medias. Así llegó a realizarse un comercio de medias ya muy averiadas, de las cuales se sacaban los repuestos. Muchos pequeños negocios cambiaban dos pares de medias en estado de uso contra tres inutilizables. La escasez del hilo para coser se hacía sentir continuamente. Desde el invierno de 1917-18 ya no había nada. Durante el verano de 1918 se distribuyó en Danzig la pequeña cantidad de 200 metros de hilo de coser, para cada persona! Las modistas no aceptaban ningún trabajo si no las proveían de hilo necesario. Lo que aún quedaba de hilo fué utilizado preferentemente para las necesidades del ejército; luego, se proveía a las grandes fábricas para las necesidades del pueblo; y finalmente, si aún algo quedaba, se repartía a los civiles.

En cuanto a granos, forraje, patatas, carne, manteca y huevos se estableció la obligación de proveduría. Cada productor estaba obligado a cubrir una cierta cantidad entregada a la proveduría oficial, y que era pagada según precios máximos, a fin de ser luego revendida, también según precios máximos

fijos, a los consumidores. Si el productor cubría su entrega pero conservaba aún un exceso de producto sobre el máximo fijado y permitido por la ley para su uso, estaba obligado a venderlo directamente, también según los precios máximos de mercado. Aquí intervenía el comercio clandestino, que creció paulatinamente en el curso de la guerra, a medida que esta se prolongaba; pues los usureros de la guerra para quienes el oro era polvo, y de los cuales desgraciadamente había un buen número en los últimos tiempos, como así las personas que anteponían su deseo de comer bien al propio honor y dignidad, pujaron los precios siempre más y más. Estos precios extraordinarios tentaron a muchos productores que vendieron directamente la porción debida a la proveeduría general, con lo cual hubieron de ser aún reducidas las ya muy miserables raciones de algunos alimentos, como huevos y manteca, siendo a mana y por persona, faltó por completo desde setiembre último invierno la ración semanal de manteca que era de 62.5 gramos fué distribuída en Danzig sólo cada tres o cuatro semanas; y la distribución de huevos que era de 1 o 2 por semana y por persona, faltó por completo desde septiembre último. Para comparar los precios máximos oficiales con los que imponía el comercio clandestino mencionaré que, fijado el de la manteca en 6 marcos por 500 gramos, se pagaba a 22 marcos. Y hay que hacer notar que fijada la ración semanal en sólo 62.5 gramos por persona, fueran provistas o no, el comercio clandestino la vendía por kilos, sin ser por ello posible conseguir cantidades ilimitadas. El precio oficial de los huevos era de 30 a 40 peniques; mientras el comercio clandestino exigía 2 marcos por cada uno.

Cuan sensible era la falta de uno o varios componentes de la misérrima ración, se comprenderá mejor si se conoce de que consistía ésta. La ciudad de Danzig distribuía diariamente desde febrero de 1918, 500 gramos de papas y 250 gramos de pan por persona; 1|4 hasta 1 litro de leche gorda para los niños pequeños; 1|4 hasta 1|2 litro de leche desnatada para los niños mayores. Luego 250 gramos de carne o embutidos por semana; y además, la ración de manteca ya mencionada. Semanalmente también, se repartían con bastante frecuencia 125 gramos de harinas de diversos granos, y cada dos semanas 250 gramos de marmelada o miel artificial. De cuando en cuan-

do una pequeña ración de un substituto del café, o preparados para caldo; y para los pequeños niños y los ancianos, a veces algunos gramos de chocolate o cacao. En el verano de 1918 se instituyeron algunas semanas sin carne; pero después del armisticio la carne fué distribuída cada semana. En cuanto al pescado se adquiría en el mercado en la forma ya descripta, igualmente distribuído pero con largas interrupciones—semanas y a veces meses—y generalmente no más de 500 gramos, a razón de 4 o 6 marcos en los últimos tiempos.

Verduras y frutas fueron dejadas al comercio libre, pero fijados precios máximos al respecto, que se elevaron poco a poco, pues de otro modo hubieran desaparecido del mercado, como sucedió un verano; y las verduras era lo único que podía comerse hasta estar satisfecho, como bien puede verse en la lista de las raciones semanales.

Las comidas eran, con pocas variaciones de un lugar a otro, las siguientes en toda Alemania durante los dos últimos años: Por la mañana una sopa de avena tan suculenta como fuera posible, o una sopa de harinas cocinadas en agua. Además 2 pequeñas rebanadas de pan con mermelada o miel artificial. Luego en la escuela o en el local de trabajo, 4 o 5 rebanadas de pan con igual condimento. El almuerzo y la cena consistían de una sopa de harina de trigo u otros granos y un plato abundante de verdura: coles, nabos rojos, colinabos, etc.; y entre ellos, cuando eran buenos tiempos, algunas patatas. Pero los tiempos no eran siempre buenos. Durante el invierno y la primavera de 1917, a causa de la escasez de patatas en toda Alemania, pasaron muchas semanas sin que fuera posible distribuirlas, y hubo que comer sólo colinabos. Y no había ninguna elección para satisfacerse; había que comerlos, y estar contento cuando había tantos como uno deseaba. Durante varias semanas de la primavera de 1917, no se distribuyeron más que 500 gramos diarios de colinabos! Dos veces en la semana cocinábamos un pequeño trozo de carne o salchicha con las verduras. Recién después del armisticio hubo salchicha suculenta, pues durante la guerra era absolutamente magra. La mayoría de las grandes y pequeñas ciudades alemanas habían organizado cocinas populares desde el otoño de 1916, y en gran número; en esa forma la utilización de los comestibles fué más racional y eficaz. En diciembre de 1918 las cocinas popula-

res de Danzig distribuyeron 300.000 raciones. No estaban organizadas caritativamente esas cocinas populares, sino que se pagaba un precio conforme con los gastos.

Las personas sanas y adultas podían vivir sin gran pena con este régimen. En cuanto a los niños en edad de crecimiento, dudo que fuera suficiente, máxime cuando la leche faltaba muy a menudo.

Una enorme fábrica de conservas de pescado se estableció en Danzig durante la guerra; no sé adonde irían sus productos. Después de la revolución se consiguió que las grandes pescas de sardinas, que constituían en el tiempo de paz durante meses el principal alimento de la mayor parte del pueblo, volvieran a distribuirse entre los habitantes de la ciudad.

Las fábricas de conservas merecerían un capítulo aparte y tal vez el más ingrato, puesto que los calificativos de explotadores y explotación de la guerra, no podrían dejarse de mencionar en este. Todo fué conservado, aún los ya mencionados colinabos, y luego vendidos a precios de especulación. Las frutas fueron acaparadas, de modo que aún en los sitios más productores no era posible conseguirlas; y luego conservadas. Se nos dió, en cambio, la esperanza de obtener luego marmelada; pero nunca fué abundante y a veces bastante mala. Por eso nos preguntábamos: ¿Dónde van todas las conservas? ¿Se ha encarecido todo a causa del comercio clandestino? ¿Van, acaso, nuestras provisiones, al extranjero?

El dinero se reunía fácilmente en las peores manos, y hubo que prohibir las adquisisiones de tierra a quienes no las habían cultivado antes de la guerra.

El valor del dinero disminuyó considerablemente, y los precios se elevaron en proporción. Una camisa de hombre costaba 30 marcos; 1 metro de género para una blusa blanca de señora, 27 marcos; 1 par de medias de lana para niños, 7 marcos; y para señora, también de lana, 13 marcos, durante el invierno de 1917. Al año siguiente, las medias de algodón para señora costaban 20 marcos; y no era posible conseguir medias de lana. Las llamadas medias de guerra costaban de 3 a 6 marcos. Parecían de algodón mezclado con borra de lana y sólo podían comprarse mediante el correspondiente "bono de compra".

Los paños faltaron muy pronto y los precios fueron exor-

bitantes. Como los precios llegaron a 400-800 marcos por un vestido, muchas damas utilizaron cortinas y paños para hacerse ropa, y se utilizaban tohallas como género para forros. A esto se agregaba la falta de hilo para coser, lo que obligó a limitar los trabajos domésticos de costura.

La seda podía adquirirse libremente; pero costaba 60 a 80 marcos por metro. También los cuellos finos blancos se adquirían sin billete de compra. Un cuello de batista blanca para señora costaba 15 marcos.

En la primavera de 1917 se agotó el calzado. La falta de cuero impedía las reparaciones de los existentes y los zapateros no aceptaban ningún trabajo. En las grandes casas de comercio se vendían zuecos de madera que eran utilizados por los trabajadores y los niños de todas las clases sociales, a fin de no andar con los pies completamente desnudos; luego se fabricaron botines con lienzo de vela, blanco u oscuro, y suela de madera, rígida al principio, elástica más tarde, construídas por las fábricas de aeroplanos en la misma forma que la superficie sustentadora de los aviones. Yo misma poseía un par con suela de madera rígida. Los había adquirido por el precio de 16 marcos en un gran negocio de calzado en Munich; y eran muy cómodos estos botines y aún livianos. Pero yo no era totalmente novicia en cuanto a calzado de madera; los usé durante toda mi niñez, pues en Dinamarca, mi patria, fueron siempre generalmente usados. Los niños llevaban con placer sus zuecos de madera y las madres se alegraban de que los hubiera, pues habría sido muy desagradable verlos andar descalzos durante el otoño y el invierno.

Los trajes y los calzados eran tan escasos para la población civil a causa de que habían sido acaparados para las necesidades del ejército en previsión de nuevos años de guerra. Después del armisticio se suprimieron para muchos artículos los "bonos de compra", pero los precios no bajaban. Recuerdo que a mi partida de Danzig pagué unos 2 marcos por un par de herretes, y 15 marcos por un par de sencillos guantes de tejido.

Todas las demás mercaderías eran aún más raras y escasas, si había de ellas. Una taza común de loza costaba 60 peniques; un plato, 1,25 marcos. Una palangana enlozada costaba 28 marcos; un cántaro, de 7 a 15.

Las personas que querían amueblar una casa no encontraban muebles o los encontraban a precios fabulosos, como 3.000 marcos por el moblaje sencillo de una sola habitación. La municipalidad de Danzig hizo fabricar un sencillo tipo de moblaje: dormitorio y cocina, que vendió a precios bastante elevados.

Si se querían vender algunos muebles usados, era necesario ofrecerlo primero a la municipalidad; solamente lo que ésta no quería comprar, podía venderse libremente. Los muebles comprados por la municipalidad fueron revendidos a precios menores.

Se comprende que con tales precios los salarios, por elevados que fueran, eran siempre insuficientes; y por eso es seguro que las condiciones económicas de los empleados y asalariados deben ser actualmente muy malas. Los miles y miles de personas que invirtieron sus ahorros en los empréstitos de guerra, sea movidos por un generoso patriotismo, o en la esperanza de alcanzar lo prometido en caso de victoria, deben vivir ahora días muy difíciles. Los ahorros para la educación de los hijos, o en previsión de las necesidades de la vejez, no serán, pues, recuperados.

En cambio los agricultores, grandes y pequeños, y todos los comerciantes en general, fueron protegidos por el alza de los precios, y no se oyeron jamás quejas de su lado.

En cuanto a los servicios de transportes, los trenes y tranvías viajaban cada vez con mayor número de pasajeros; pero por lo general el tráfico se hacía regularmente. En un principio se limitó el número total de pasajeros en cada coche; pero finalmente viajaban sentados o de pié tantos como cupieran. En los ferrocarriles no quedaba habitualmente un palmo desocupado; en todas partes iban pasajeros sentados o de pié. Los soldados viajaban a veces semanalmente desde los más alejados frentes de combate; y era necesario no perder el tren un sólo día. Desde la primavera de 1917 se hizo muy difícil viajar; y se pidió a la población civil hacerlo solo en caso indispensable. Todos los trenes extraordinarios y de excursión cesaron desde un principio; y poco a poco muchos de los ordinarios.

Cuando dejé la ciudad de Danzig, corría diariamente solo un tren hasta Berlín en cambio de los 6 u 8 del servicio ordi-

nario anterior a la guerra; y pocas semanas más tarde sólo corría 2 o 3 veces por semana.

Todas las formas habituales de sociabilidad, cesaron paulatinamente. No puede ser de otro modo cuando se vive a ración. Si acaso se había economizado un poco de harina se preparaba con ella una "torta de guerra" y se invitaba a los amigos íntimos a compartirla con una taza de café imitado, puesto que verdadero café o té ya nadie poseía desde mucho tiempo atrás. El té de hojas de frutillas era de buen sabor, y se bebía abundantemente como también diversos tés de verduras que expendían numerosas casas de comercio.

Los hombres incapaces para el servicio militar activo fueron convocados para los servicios auxiliares. Las mujeres no tenían obligación de concurrir a tales servicios; pero muchas se prestaron voluntariamente, donde faltaban los hombres. Una gran parte de la labor necesaria para organizar y mantener los servicios de distribución y los bonos de compra, fué realizada por mujeres. Ellas fueron también guardas en los tranvías, y más tarde conductores. Los ferrocarriles utilizaron mujeres para los servicios de jefes de sección, personal de vías, y toda clase de empleados, inferiores y superiores. Damas de la sociedad de Danzig tomaron a su cargo las tareas de los comedores populares, trabajo gratuito pero muy fatigoso. Muchas mujeres se ocuparon en los lazaretos y hospitales. Para quien se interese describiré un traje femenino, análogo al traje masculino y destinado a las mujeres que, como las que substituyeron a los guardas de tranvía, se hubieran sentido molestas con los trajes habituales. Consistía en unas bombachas bastante angostas cerradas a la altura de las rodillas; botines de cordones; polainas y un saco no muy largo. Completaba el aderezo una gorra montera semejante a la que usan los carteros. Este traje es muy cómodo; en general poco elegante, salvo para mujeres robustas, a quienes viste muy bien. En las fábricas de pertrechos de guerra, munición, etc., trabajaban las mujeres; en los últimos tiempos, aún en los talleres mecánicos y de herrería.

Una consecuencia muy agradable del estado de guerra fué la desaparición de los beodos. No había, en efecto, ni alcohol, ni licores, y muy poca cerveza. El célebre Krapelin (alienista alemán muy conocido), comunicó en su memoria anual sobre

los internados para beodos en Baviera, que esas instituciones podían destinarse para otros usos; ya no había gente para llenarlas. En Danzig, donde cada calle contaba por lo menos con una destilería, repleta desde la mañana a la noche por jóvenes torpes y viejos borrachos, he podido ver solo un jóven ebrio en los últimos tiempos. No obstante las necesidades de la guerra y la carestía reinante, el dinero alcanzaba a las mujeres durante la guerra porque la taberna no consumía como antes, el 70 u 80 o|o de las entradas.

He mencionado ya que las raciones para el ejército eran mucho más abundantes que en el interior del país; pero aún entre la población civil se sancionaron algunas diferencias a favor de los trabajadores y obreros en oficios rudos, como por ejemplo quienes se ocupaban en las industrias del carbón e industrias metálicas, para los cuales se instituyó un suplemento de víveres: pan, patatas, y sobre todo carne y grasas. La población de la campaña daba voluntariamente una parte de cada matanza; muchas fábricas compraban clandestinamente grandes cantidades de alimentos para sus obreros.

Del acaparamiento de víveres he hablado ya. Entiendo por tal la acumulación realizada por algunas familias que traían productos del campo para su consumo y el de los amigos, o para la venta. "Acaparadores" de profesión pagaron precios fantásticos seguros de que podrían revender a precios aún más altos en las grandes ciudades. Personas más modestas no podían competir con ellos, hasta que comenzó el comercio de cambio, gracias a que las mujeres del campo preferían recibir por sus productos lencería y trajes más que dinero.

Durante la guerra funcionaron todas las escuelas. Maestras de los liceos y profesores de las universidades reemplazaron en las escuelas de la enseñanza segundaria a los maestros movilizados. Pero sobrevenían a menudo las llamadas "vacaciones de carbón" que interrupían la enseñanza, toda vez que era necesario suspender las clases, varias semanas durante el invierno, a causa de la falta de carbón para calentar los salones.

Desde el verano de 1918 se clausuraron en realidad todas las escuelas. Los niños, que hasta entonces sólo habían sido convocados en raras ocasiones como para las colectas a beneficio de los valientes tripulantes de los submarinos, o la "colecta de Ludendorff" a beneficio de los inválidos, fueron ocupados en lo sucesivo casi continuamente para recolectar los desechos de

toda clase de mercaderías. Todos los restos de género de lana, viejos botines, sombreros de fieltro, restos de toda clase de metales, cabellos de mujer para correas de máquinas, todo se utilizaba, ¡estábamos al fin! Además fueron enviados los niños, acompañados por el personal docente, para juntar el llamado "heno de hojas". En los bosques sacaban las hojas de las ramas inferiores y las embolsaban, las cuales, mezcladas después con melazas y comprimidas, constituían un apreciado producto alimenticio para los caballos. Más tarde en otoño juntaban carosos de haya, los cuales eran adquiridos por las fábricas de aceite al precio de 60 pfennings el kilo; y cada recolector adquiría el derecho de comprar 30 gramos de aceite por cada kilo de las frutas entregadas. El precio de este aceite era de 15 marcos el kilo. El personal docente dirigía la colecta, enviaban las frutas recolectadas y expedían a cada uno los "bonos de aceite" que le correspondían. Toda persona del país era solicitada para ayudar a la colecta. Las comunas enviaban recolectores, para lo cual cada uno podía inscribirse, aun cuando estaba permitido realizar colectas particularmente, sea en los bosques públicos y privados, pues todos habían sido a tal efecto declarado libres. El aceite obtenido se distribuía en invierno, y era perfectamente límpido e insípido. En Octubre sobrevino una fuerte epidemia de gripe, al fin de las vacaciones, lo que obligó a mantener cerradas las escuelas durante algunas semanas; y finalmente, desde fines de Noviembre fueron ocupadas por las tropas durante la desmovilización. Recién a fines de Enero de 1919 fueron reabiertas, previa una desinfección general de los locales.

En un principio se había decidido alojar las tropas que regresaban de los frentes en las casas particulares, y en Danzig cada familia había dispuesto todo lo necesario para recibirlas. Sin embargo, se resolvió finalmente alojarlas en las escuelas, a causa del peligro de contagio de enfermedades y la transmisión de parásitos, que hubieran perjudicado a la población.

La higienización de las tropas que regresaban del frente llenas de piojos era indispensable para evitar epidemias de tifus, y había sido iniciado ya fuera de los límites de Alemania. Desde los diversos frentes no entraba ninguna persona — y especialmente del frente del Este — sin exhibir su certificado de que había sido libertado de los piojos en época reciente; análogamente en las regiones ocupadas no se expedía ningún billete de ferrocarril para largos viajes a quien no exhibiera análogo

certificado. El regreso precipitado de parte de las tropas, frecuentemente dispersas, hacía imposible tales precauciones durante la desmovilización, y hubo que ordenar todo lo necesario en el interior del país. Grandes anuncios subscriptos por los consejos de obreros y soldados, ordenaban a los soldados como deber imperioso, despiojarse antes de volver al seno de sus familias.

Las tropas fueron recibidas con grandes honores. Saludadas con banderas del imperio y banderas rojas, eran acompañadas por cortejos de honor que adornaban con flores sus armas y sus cañones. ¡Habían impedido que fuera devastada la patria por las llamas de la guerra. No pudieron protegernos contra las necesidades y privaciones; pero la aplanadora rusa no pudo rodar sobre nosotros, y el odio ciego de nuestro enemigo del Oeste no pudo descargarse sobre nuestra patria!

Las tropas habían hecho todo lo humanamente posible para salvar al país. Toda Alemania estaba empavesada para recibirlas, hasta la más apartada callejuela de la más lejana ciudad.

¡Y con cuánta atención seguía nuestro pensamiento durante la guerra las hazañas de nuestros héroes! Durante las batallas, en la guerra de trincheras, cuando los zepelines volaban hacia Inglaterra, lo mismo que cuando oíamos referir las proezas del "Emden", del "Möve" y de los tripulantes de nuestros submarinos. ¡Cuán orgullosos estábamos de nuestros heroicos voladores; de las victorias de Immelmann y de la lista de presas de Richthofen. Cuando cayó Immelmann, su madre y sus hermanas avisando en los diarios su fallecimiento dijeron que: no deseaban ser compadecidas, porque estaban orgullosas y satisfechas de haber dado a la patria lo mejor que poseían. Cuando cayó Richthofen, se entristeció toda Alemania.

¡Cuán de cerca seguíamos al trueno de los cañones durante la batalla de la Champagne; cuán insistentemente martillaba en nuestro cerebro el rumor de la artillería! Porque las granadas caían sobre nuestros hermanos y nuestros hijos!

Pensábamos también en nuestros prisioneros e intentamos llegar hasta ellos con nuestras afectuosas palabras y nuestros dones, para que comprendieran que no apreciábamos menos su valor que el de sus compañeros.

Quien viviera en Alemania durante el otoño y el invierno de 1918 no podía dejar de constatar un fenómeno de los más curiosos. Como ya lo he dicho, se habían suprimido todas las

formas de sociabilidad por lo menos entre las personas serias. Pero aquellos que durante la guerra acumularon dinero, fueron asaltados por un deseo de diversiones que estaba en contradicción con los medios disponibles. A objeto de satisfacer este deseo de gastar dinero y divertirse, se compraron trajes de seda, pieles y joyas. Cuanto más duraba la guerra, mejor florecía la vida nocturna: salas de concierto, cafés y cinematógrafos estaban continuamente repletos. En los dos últimos años, aun personas serias y honestas, hasta las que tenían algunos hijos en campaña y que podían, por tanto, recibir cada día y cada hora noticias de su muerte o desaparición, permitían que sus hijas y amigas realizaran tertulias de baile. Juventud masculina podía siempre encontrarse; los recién llegados a la juventud, los que ya habían estado en el frente, o los exceptuados o en goce de licencia. Durante la desmovilización, este entusiasmo por la danza alcanzó formas que produjeron las más severas protestas, pero sin resultado alguno. Durante las gestiones del armisticio en Spa no hubo ningún alivio para Alemania y siempre nuevas cargas; pero su juventud danzaba!... Era como una embriaguez. Cada café, cada establecimiento de recreo, cada hotel en los balnearios que rodean a Danzig, hasta los más pequeños, anunciaban diariamente en los diarios: tertulia de baile. Al pasear por las calles en las horas de la tarde se encontraba a la juventud que se dirigía a los bailes lujosamente ataviada. Ello era tal vez una reacción necesaria en una u otra forma, contra la seriedad y la tristeza de aquellos tiempos.

A los anuncios sobre tertulias de baile se agregaron otros que ilustran otro sorprendente fenómeno. Durante y después de la desmovilización en todo el país, los regimientos diferentes del ejército anunciaron que deseaban alistar especialmente a sus miembros desmovilizados para llenar otra vez sus cuadros; se prometió el sueldo de soldado y sobre esto, 5 marcos por día. Las tropas alistadas fueron juramentadas al gobierno. Cuando actualmente se habla de los soldados del gobierno alemán, se hace referencia a estos voluntarios.

Una de las desgracias de Alemania durante la revolución y posteriormente, fué, como ya lo he dicho, la falta de hombres políticamente preparados para afrontar el gobierno. La clase más inteligente no poseía ninguna cultura política. La revolución no se hizo ni con oro extranjero, ni por la incitación extraviada de determinadas clases sociales: fué la consecuencia lógica de

la desilusión causada por el viejo régimen. La historia enseña que toda batalla perdida va seguida de un cambio en el comando del ejército y en las orientaciones políticas del gobierno. Posiblemente no se hubiera producido una discontinuidad tan notable, un salto tan brusco, como produjo la revolución con todas sus consecuencias, si durante el año de 1918 los partidos de la derecha hubieran propiciado reformas netamente orientadas hacia la izquierda. Pero cuando tomó el gobierno Max de Baden, era ya demasiado tarde. Que el pueblo alemán sea monárquico en su mayoría, como afirman las clases inteligentes, paréceme por otra parte, en contradicción con los hechos. Quien haya visto la revolución y vivido con ojos y oídos abiertos los últimos años en Alemania, no apreciará en mucho "la tradicional fidelidad a la casa reinante"; esta fidelidad no existe en el pueblo. Es seguro, que los oficiales permanentes del ejército, y que millares de oficiales subalternos no están ahora contentos; pero opino que la burguesía alemana, dado el caso de que creyera en la necesidad de producir cambios políticos, no cedería al poder a quienes ocupaban los extremos — arriba o abajo — de la escala social; sino que constituiría un estado moderno, una verdadera nación.

Del Kaiser se hablaba muy poco durante la guerra. El capitán de los ejércitos era Hindemburg, que aún bajo la tormenta política, se mostró como varón de primer rango. Cuando las olas políticas estaban en su apogeo en Berlín, el Kaiser, de repente se ausentó. Se supo después que había ido al gran cuartel general, como también se supo haberle dicho Hindenburg que los ejércitos estaban dispuestos a marchar contra el enemigo, pero no contra la patria. ¿Y luego? No tengo ninguna opinión propia al respecto. Pero me parece incierta la versión de que el Kaiser se haya alejado para evitar una guerra civil; el partido que tiene como programa la vuelta de los Hohenzollern, es demasiado pequeño, como se ha visto después en la elección de la Asamblea Nacional. Quisiera solamente hacer notar aquí el interés que parecen tener los enemigos de Alemania en propagar toda manifestación de esa minoría reaccionaria con la intención de producir y mantener la impresión, de que no ha habido ningún cambio en las tendencias de la política interna alemana. No parece casual que casi nunca se refieran las noticias de Alemania a las manifestaciones del gran partido de los socialistas de la mayoría, salvo cuando es necesario para

comprender los acontecimientos políticos; siempre refieren los diarios lo que dicen y hacen los "nacionalistas alemanes" (es decir, los conservadores y sus súbditos los pangermanos), que constituyen la menor de las minorías.

Después de la revolución, eran cuestiones de mucha más importancia para Alemania la elección de la Asamblea Nacional y la tarea que a ésta incumbía. Sin esto podía temerse que los sucesos siguieran el mismo rumbo que en Rusia. Unicamente de lejos pueden imaginarse las cosas, como si quedara en Alemania la posibilidad de una reacción del régimen antiguo contra el movimiento revolucionario. Puede decirse, si se quiere, que en Alemania no se hizo la revolución, sino que se incorporaron a ella hombres de todos los núcleos sociales.

Diré aquí cuatro palabras referentes a los consejos de Alumnos. El ministerio prusiano de cultos comunicó a las escuelas superiores que deseaba que los jóvenes que hubieran pasado la edad de obligación escolar fueran invitados a decidir por votación, si querían la formación de aquellos consejos; también dió las normas para esta votación, como para los consejos.

Tengo para mí, que deseaba iniciar así a la juventud en esta corriente de ideas, para que supieran cuáles serían luego sus responsabilidades ciudadanas.

También ha sido establecido por el ministerio de cultos, que la enseñanza religiosa sea una materia de libre opción, para quienes hayan pasado la edad de obligación escolar.

Tengo que decir aún algunas palabras referente a las dificultades de la vida diaria. Hace años no hay en Alemania ni jabón, ni soda, ni barniz, ni pinturas, ni aceite de linaza, ni lubrificantes, ni macilla, ni cola, ni lacre, ni hilo, etc.

Por medio de bonos se puede conseguir mensualmente un pedacito del llamado "jabón de guerra" que costaba 30 pfennings y contenía mucha arcilla y muy poco jabón. Muchísima de la ropa blanca en Alemania fué destruída en los primeros años de la guerra, porque la fabricación de los sustitutos del jabón se hacía sin control alguno. Desde el año 1916 se podían vender solamente controlados por el Estado, pero eran todos bastante inútiles. Hay un solo jabón verdadero, pero se debe fabricar con sebo, aceite y muchas otras grasas, que precisamente faltaban; y para reemplazar estos materiales no había últimamente materias primas. Me consta todo esto personalmente, puesto que trabajé durante cierto tiempo en el laboratorio de

una fábrica de productos químicos. Macilla, que con la lluvia se licúa y corre por los cristales de las ventanas, y una cola líquida que convierte el papel o el cuero en polvo, no pueden llamarse productos verdaderos. Cola, sólo se conseguía contra el correspondiente bono de compra, y este bono no puede procurarse sin previa prueba de que había de usarse la cola para la fabricación de objetos destinados al ejército o algo semejante. Costaba 15 marcos por 500 gramos y era bastante mala, pero al menos cola verdadera. Un ovillo bastante grande de "hilo de guerra", hecho con papel, costaba de 7 a 15 marcos.

Como ya he dicho, todos los precios se elevaron finalmente hasta lo increíble, y otras dificultades se juntaban a esto. Por todo el país escaseaban las viviendas, puesto que no se edificaba hacía años. Cada espacio disponible se convirtió en habitación; se usaban las escuelas para el mismo fin; para ocupar una casa de 3 piezas que había sido anunciada en Danzig, se presentaron 150 solicitantes.

Ya en el primer año de guerra se manifestó una sensible escasez de monedas de cambio; más tarde en dinero de mayor valor. Danzig emitió billetes de 10 y 50 pfennings, y en el último invierno, también de 5 y 10 marcos. Este papel moneda servía únicamente en la ciudad y en su distrito; lo aceptaban todas las cajas municipales y del Estado, y debía ser aceptado por todos los negocios. En Hamburgo yo ví un billete de 20 marcos, de dicho dinero municipal. Una ciudad del sud de Alemania emitió billetes cuyo dibujo representaba un episodio de un antiguo sitio de la ciudad. Se veía en él un grupo de ciudadanos conduciendo frente al enemigo y por encima de la muralla, la esposa del burgomaestre, bien nutrida y suficientemente escotada, como para que abandonaran la esperanza de reducirlos por hambre. No disgustó del todo en Alemania el buen humor de este chiste, no obstante la seriedad y la amargura de los tiempos.

Para terminar, deseo rogaros que consideréis todo lo expuesto como el reflejo de los acontecimientos sobre mi espíritu; porque tal es, y no otra cosa. Os ruego particularmente no considerar mis comentarios políticos como opiniones de ningún partido.

MARGARITA H. DE BOSE.

La Plata, Mayo 31 de 1919.

VERSOS

Le Démon, dans ma chambre haute,
Ce matin est venu me voir...

BAUDELAIRE.

He profanado el nombre de Jesús, Padre Santo!
Yo, que le amaba tanto y le adoraba tanto
Yo, pecador indigno, profané el nombre santo!...

Cuando la iglesia toda Le ve muerto en la Cruz,
cuando en el viernes santo, se difunde Su luz,
yo he negado — Dios mío! — al divino Jesús!

Miseria de la carne que lo corrompe todo,
miseria lamentable del lamentable lodo
que lo profana y lo corrompe y vicia todo...

¿No habrá perdón, Jesús, para este pecador
que en tu día más grande de luto y de dolor
ha mordido la fruta profana del amor?...

Así dije una tarde hincado de rodillas,
con palabras comunes y con frases sencillas
y con dos grandes lágrimas corriendo en las mejillas.

Y apareció el Cordero y dijo: — "Perdoné
un día a Magdalena pecadora porqué
redimió los errores del amor con su fe.

"Porque la ví apartarse de la fruta malsana
y volver al hogar como vuelve una hermana
que regresa a los lares desde tierra lejana.

"Porque negó la carne y el vicio y el pecado
y negó para siempre el amor que hubo dado
por eso, mi infinita bondad la ha perdonado".

Y yo dije, pensando en la Dulce Elegida:
—"Señor, si es necesario que yo mismo decida,
prefiero ser un réprobo para toda la vida!"

LUIS MARÍA JORDÁN.

Necesidad de restaurar el concepto central cristiano en la educación moral de la juventud

Nuestros países, jóvenes, ricos, progresistas y libres, han fundado su idealismo en la libertad política, la cultura intelectual y la prosperidad material. Ese es el triunfo en que creemos poder asentar nuestra grandeza colectiva; y ésas son las tres finalidades supremas que hoy por hoy estimulan la actividad individual de los ciudadanos.

Esta idealidad es el resultado de un siglo de vida independiente empleado en la doble obra de organización política y de explotación económica de nuestros recursos; proceso que ha sido acompañado por una absorción más o menos intensa de la cultura latina de la Europa a través de las páginas de sus libros y el contacto personal con sus emigrados.

Hemos heredado la religión y a la vez la irreligión de aquellos pueblos; hemos vivido y vivimos, ya bajo formas adustas del culto o poseídos del horror por toda teología. Aunque la deserción suscitada por esta actitud hostil se manifiesta en todas las clases sociales, lord Bryce tiene razón al decir que entre nosotros la iglesia ha perdido particularmente su influencia sobre una gran parte de los espíritus más elevados de la comunidad.

Presenciando los extremos del ateismo por un lado y de un misticismo a veces estrecho por otro, hemos vivido ignorando el Cristianismo en sus fuentes originales; y si por acaso sabemos que en el evangelio se halla presentada en toda su pureza una doctrina sublime aunque sencilla y humana, no hemos sabido utilizar sus enseñanzas ni aplicar, como pudiéramos, sus vastas influencias para el bienestar social.

En medio de este ambiente trastornado, nuestra moral ha debido ser deficiente, y es fuerza confesarlo con valor en

esta hora de absoluta y solemne sinceridad. Nuestra moralidad ha estado librada al acaso, como si fuera un suelo que se entrega a la suerte que le deparan las semillas que los vientos le llevan.

No diré que nos hayamos desentendido del problema moral ni que nuestros educadores hayan permanecido inconscientes de nuestras deficiencias. Pero creo que nos hemos equivocado en los medios que supusimos eran propicios para edificar una nueva moral entre las ruinas de nuestras creencias. Nuestro divorcio con una teología que parecía excesiva a la razón, nos hizo buscar en ésta la base de una nueva moral nacida de la crítica y el libre examen, y cuyos postulados fueran demostrables por la inteligencia. En nuestra vida moral deseábamos ser movidos por motivos racionales y no por mandamientos divinos.

Es indudable que algo se ha ganado en esta lucha, dignificando la posición moral aquellos que tienen dentro de sí fuerzas capaces para practicar el bien por el bien. Pero, como dice Ingenieros, "aunque se concibe, y es la evidencia misma, que determinados individuos puedan vivir virtuosamente, santamente, sin necesidad de los dogmas morales que ofrecen las religiones, cuesta concebir que todos los hombres sean capaces de dirigir su conducta hacia el bien sin recibir impulso alguno superior a su propia razón personal". Y más adelante agrega el mismo sociólogo: "Tenemos que reconocerlo: todos los esfuerzos de los filósofos para constituír una moral teórica racional han carecido de función eficaz, han sido actitudes individuales, prácticamente negativas; y en la sociedad no se pueden destruír creencias fundadas en seculares sentimientos y en intereses reales, sin sustituír lo destruído con otras creencias que puedan satisfacer los sentimientos e intereses que aquellas sustentaban. Una moral de gabinete no puede reemplazar a una creencia social; podemos admirar la Etica de Spinoza o la Crítica de la Razón Práctica de Kant como prodigiosos poemas de lógica racional, sin creerlos susceptibles de dar nueva orientación a la moralidad de los hombres, ni de satisfacer su sentimiento místico. Los filósofos han elaborado hipótesis éticas para filósofos; sólo la humanidad—por su incesante experiencia social—puede elaborar éticas efectivas para la humanidad".

Deseando, pues, salvar nuestra razón de una deplorable esclavitud, la hemos erigido en árbitro de la acción humana y juez del mundo moral, sin advertir que ese árbitro era con frecuencia el hijo del deseo y el juguete de la pasión. Huyendo de los dogmas de la ciega fe, convencidos de que no hay proposición de orden racional que no pueda discutirse, hemos rechazado también todo lo que pudiera aparecer como dogmático, como obrando sobre nuestra voluntad desde el misterio de lo subjetivo. Hemos querido inundar con la luz de la razón todos los resquicios del espíritu; hemos aspirado a desalojar de allí toda autoridad superior a esa razón. Así, la moral ha sido un problema práctico, objetivo, positivo, frío, que habrá de emprenderse conscientemente, deliberadamente, como cualquier otro menester de orden administrativo o político. La experiencia de medio siglo puede mostrar cuan mísero es el resultado logrado por medio de este concepto moral en nuestras sociedades. El sólo ha servido para cohonestar sucesivamente todos los egoísmos, para tronchar en botón los idealismos nacientes, para anegar todo respeto bajo la creciente marea del escepticismo. Como dice Ingenieros, "Stendahl con su dilettantismo moral, Schopenhauer con su escepticismo pesimista y Nietzsche con su individualismo superhombrista, han hecho estragos morales entre jóvenes literatos que se tenían por genios y se creían autorizados a prescindir de toda obligación moral, ya porque fuera elegante hacerlo así, ya porque era absurdo respetar como valores reales a valores ilusorios, ya porque sólo los esclavos debían sujetarse al dogmatismo social".

Y en otra parte el mismo autor agrega: "Por el funesto hábito de asociar su moralidad a su religión abandonada, muchos que no creen en dogma religioso alguno están expuestos a aflojar los resortes de su conducta privada y cívica, confundiendo la buena tolerancia doctrinal de todas las ideas, con la detestable tolerancia práctica de todos los vicios".

"La psicología, dice Hoffding, ha atacado hace tiempo el prejuicio de que la razón debe ejercer en nosotros soberana autoridad y con frecuencia se ha visto que los decretos de la razón no son sino los vestidos del sentimiento; los medios por los cuales se expresan las necesidades y los instintos. Es posible que en lógica y en matemáticas la razón pura hable en nuestros juicios; pero su voz es harto débil cuando se trata de

lo más concreto y personal que hay en nosotros, esto es, las acciones humanas".

Pero,—¡curiosa inconsecuencia!—al pretender limpiar el espíritu de dogmatismos, de impulsos superiores y anteriores a toda razón, hemos respetado varios de esos soberanos de nuestros actos, que se esconden en los repliegues de lo inconsciente y siguen gobernando desde allí nuestra vida: evidentemente no hemos expulsado de nuestra alma ni el amor a la patria ni el amor de madre, ni la afección filial, ni, en grado más reducido, la lealtad a nuestros amigos. Esos sentimientos dominan desde su trono y resisten a todos los análisis de la razón. Los mismos jóvenes que en las aulas de sociología aceptan el origen positivo del patriotismo y el fundamento egoista ancestral del amor materno o de la devoción filial, serán capaces de llegar al supremo sacrificio en la batalla y de hacerse quemar vivos por la felicidad de sus madres o el honor de sus hermanas.

Esa inconsecuencia que dejo apuntada tiene las más instructivas consecuencias. Nos muestra que, después de todo, hay cosas que pueden dominarnos y dominar nuestra razón. Nos muestra que somos capaces de ser movidos por sentimientos que resisten el análisis de la lógica y a las exigencias de una aparente justicia; pues considerados friamente en cada caso individual, ni el amor a la patria ni el afecto a los suyos consultan primariamente los fines de la razón inmediata y hasta introducen parcialidades que no aprobaría una estricta equidad. La lógica de esos impulsos, su justificación ante la razón que finalmente los consagra como movimientos tendientes a la conservación social, procede del imperativo mandato con que los inviste el sentimiento en su origen.

Esos sentimientos poderosos pueden, pues, convivir con nuestra razón. Comprendemos y aceptamos finalmente que el principio objetivo de la conservación de las naciones deba reforzarse por un concepto subjetivo que llamamos patriotismo, el cual robustece con una energía adicional emotiva los motivos puramente racionalistas que pudieran impulsarnos a defender la patria. Comprendemos y aceptamos igualmente que al principio objetivo de la conveniencia de la protección y conservación de la familia, corresponda el factor subjetivo del amor maternal, filial, etc.

En todos los casos el impulso es imperativo y dominador; es algo asi como la síntesis de toda una serie de razonamientos, es un resorte central que pone automáticamente en movimiento la voluntad; y es así que cuando queremos exaltar la lealtad a la patria, la fidelidad a la familia, no nos dirigimos a la razón: por el contrario, procuramos pulsar esas fibras íntimas del sentimiento, origen de los impulsos que buscamos despertar. Sumergimos al ciudadano o al niño en ondas de emoción patriótica o filial. En suma, espiritualizamos esos impulsos, colocándolos en una zona que bien pudiéramos llamar religiosa.

Al plan puramente objetivo de la vida moral que busca el mayor bien para el mayor número, corresponde igualmente un factor subjetivo—representado por los impulsos de simpatía y de humanidad—que todas las religiones han buscado siempre robustecer apoyándolo en alianzas más o menos estrechas con la fe en lo sobrenatural. Por desgracia, el repudio de la religión ha implicado casi siempre el repudio de ese factor subjetivo en el plan de la conducta moral, con evidente pérdida de energía para el cumplimiento de las actividades que ese plan comporta. Mucho ganaría la civilización si los individuos recuperaran esa fuerza perdida; si la cultura moral rindiera a esos factores subjetivos el homenaje de que son objeto el patriotismo y los sentimientos de familia; si todos los hombres percibiéramos la correspondencia que existe entre el ideal racional del mayor tren y el requisito subjetivo de la generosidad, la benevolencia. la humildad, la veracidad, la tolerancia, etc. Y al llamar a estos factores subjetivos "requisitos" de la acción moral, llegamos a donde queríamos arribar, esto es, a la afirmación de que esos requisitos son verdaderamente indispensables para llenar aquella finalidad moral. Lo importante es reconocer que la subjetividad del acto moral es su verdadera fuente, el fundamento mismo que obliga a nuestra razón a aceptar el postulado objetivo.

Los temperamentos mentales en quienes los argumentos teleológicos tienen validez y eficacia, sostendrán que los mandatos subjetivos de la conciencia se formulan "para" el mejor cumplimiento del bien social; por otra parte, el más frío racionalista no podrá menos de admitir que el cumplimiento del bien social no sería posible sin la existencia de esos mandatos

subjetivos. Por lo demás, reconociendo el racionalista que "la eficacia social de los dogmas religiosos no depende de su veracidad", estará pronto a revestirse de generosa tolerancia respecto a la interpretación final que pueda darse a sentimientos de que él también participa. En otras palabras, el plano de divergencia entre el racionalista y el creyente se halla en la doctrina, en la interpretación racional del origen del sentimiento de simpatía, que es común a todos los hombres. La divergencia se borra grandemente cuando los hombres reconocen en ese sentimiento el origen de la acción moral.

Saliendo ahora del cuadro de la vida moral con sus deberes, obligaciones y sacrificios, entramos en el campo de la vida ordinaria con sus diarios menesteres, sus especulaciones doctrinarias en el terreno de la política, la sociología, la educación, etc. Esta vida supone también la correspondencia entre un plan objetivo y un impulso subjetivo, es decir, que en último análisis el plan social no es el producto de una razón autónoma sino la reacción de nuestra razón o un impulso anterior que lo anima y que no es otro que la simpatía universal. Si la simpatía no suministrase el motivo fundamental de la conducta humana en lo social, aun en un terreno aparentemente apartado de las preocupaciones éticas como es el de la cultura, el gobierno, etc., los estudios físico naturales, psicológicos, históricos, sociales, etc., no tendrían valor alguno, salvo el de ser pasatiempos, objetos vanos de la curiosidad intelectual. Lo que les da un interés humano y por lo tanto su valor, es la existencia de dictados superiores que proceden de aquel sentimiento de simpatía que es anterior a toda razón.

Mantener encendida la espiritualidad del hombre es continuar la incitación a la labor en la política, la ciencia, la educación. Aceptando el punto inicial de la simpatía, tendremos una respuesta para la eterna pregunta que todos nos hemos hecho algún día: "¿para qué es la vida? ¿para qué la labor diaria que nos consume y nos fatiga? ¿Para qué el progreso, la ciencia, la cultura? En respuesta podremos formular la más bella teoría y a la vez la más plausible: todo pasa como si estuviéramos aquí para amarnos y buscar los medios de hacer práctico ese amor. Y esta es la teoría más plausible, porque procediendo según tal hipótesis, la cultura es más alta, la ciencia más humana, la cultura más verdadera y la civilización más rica.

Si cada progreso social supone, como se ha dicho, una mayor capacidad para el amor, trabajemos por ensanchar esa capacidad y así aumentaremos automáticamente el bien social. Las necesidades humanas que están todavía fuera del radio de visión de la ciencia, se proyectan en el corazón del hombre que ama a sus semejantes como a través de un maravilloso periscopio.

Pero esa teoría de la vida no sólo es la más plausible sino también la más verdadera, en el sentido de que está encima de toda verdad transitoria. Notad que la ciencia no puede decirnos lo que "es", puesto que las verdades científicas se hallan sujetas a permanente revisión. La ciencia de hoy rie de la ciencia de ayer; la ciencia de mañana sonreirá de nuestros balbuceos de hoy. Pero, ¿quién osaría encontrar anticuada la prédica de Jesús?. Notad también de como las verdades adheridas a los grandes genios de la ciencia han admitido sucesivas enmiendas; cómo hay algo de precario en la verdad actual: Ptolomeo, Copérnico, Kepler, Newton, son términos progresivos que no pueden alterarse en su orden. Aristóteles, Descartes, Wundt, son jalones igualmente ordenados en otra línea que concierne al conocimiento del ser humano. Linneo, Lamark, Darwin, son los peldaños de otra trascendente escala. Pero Jesús es siempre actual. ¿Quién pudo ser su predecesor? ¿Quién puede agregar nada a su doctrina humana? El es el sumum de toda verdad asequible al hombre; de una verdad que no concebimos cómo pudiera ser mejorada. Sus afirmaciones son tan frescas, tan llenas de persuación subjetiva, como si hubieran sido hechas para nosotros. Y continuarán con igual frescura cuando las presentes doctrinas hayan pasado a constituir el subsuelo de nuevos campos del pensamiento. Nacen y envejecen las palabras de la ciencia y de la filosofía; enmiéndanse las teorías; caducan los sistemas y mueren los dogmas que son teorías a su modo; pero en cambio siempre continuaremos entendiéndonos al hablar de espíritu, de simpatía, de carácter, de deber, de mal y de bien. La única teoría que no envejece, que no envejecerá, es la que proclama el amor como destino humano. Esta debe ser, por lo tanto, nuestra más alta verdad, superior, por lo tanto, a toda ciencia, pues no sólo la percibe el sentimiento sino que la proclama la razón misma, a la que ofrece el único refugio perdurable en el aparecer y desaparecer de las doctrinas. Por-

que aquella sucesión de verdades que caducan no son producto de un loco desvarío: las doctrinas y los sistemas avanzan realmente, avanzan hacia las adivinaciones del sentimiento, y su grado de progreso está indicado por el grado en que la verdad objetiva se aproxima a la verdad subjetiva. La ciencia se arrastra pero la intuición vuela: más que eso, esta última aguarda, desde que el hombre es hombre, en el sitio al que aquélla se aproxima cada vez más.

Sea la ciencia nuestra brújula en buena hora; pero sepamos que esa brújula, como tal, está sujeta a perturbaciones de lugar y de tiempo. Y sepamos que todos llevamos dentro la intuición de un norte verdadero señalado por la estrella polar del amor.

¡Oh qué día de gloria y de paz para nosotros si nos convenciéramos de que todas nuestras actividades sociales, políticas y educadoras no son, en realidad, sino torpes tentativas de la razón para poner en práctica los anhelos que duermen en esa partícula de amor que cada cual lleva dentro de sí! ¡Qué día de verdadera luz cuando nos convenciéramos de que nuestra razón nos ofusca y que al pretender encaminar nuestra conducta desoyendo las conminaciones sencillas de nuestro impulso inicial de simpatía, somos como el que, a título de estar despierto, quisiera guiar al sonámbulo, el cual, sin embargo, conoce el camino mejor que aquél!

La revelación que necesitamos es la de que en nuestras actividades morales estamos siguiendo equivocadamente un camino indirecto; que tenemos por fines cosas que en realidad no son sino medios de expresar nuestra simpatía; que lo que llamamos cultura no es más que el medio de dar al prójimo mayores oportunidades y ventajas; que lo que llamamos arte no es sino el medio de darle más refinados placeres; que lo que llamamos educación no es sino el camino para su más completa salvación social.

Si esa voz del amor hablara, veríamos al sonámbulo dirigir a quienes pretenden guiarlo; veríamosle llegar a sus encumbrados fines por caminos directos e ignorados; veríamosle superar la fuerza, exceder los propósitos, llegar más allá de donde puedan alcanzar nuestras mengua las especulaciones. Y cuando sus conductores se detuvieran hesitando, en el camino de la civilización, dudando sobre la dirección que hubiera de seguirse, discu-

tiendo palabras y teorías, el amor de la doble vista sabría evitar los senderos peligrosos y encaminarse rectamente a ese objetivo del mayor bien que tan nebuloso se presenta a veces en el horizonte de nuestra esfera racional.

Todos queremos sin duda rendir a la doctrina socialista el homenaje de nuestra adhesión por su idealismo y sus altos propósitos de conciliación de las clases sociales. Todos reconocemos en ese movimiento un factor de confraternidad, una escuela de democracia y una tribuna de libertad de conciencia. Pero por el hecho de ser una doctrina, lleva en sí mismo el obstáculo fatal que impedirá su marcha. Fáltale ese supremo poder de convicción que no reside en las ideas, que dividen, sino en los sentimientos que unen. La cuestión social es una cuestión moral, y por lo tanto una cuestión de sentimiento; y por no haberlo comprendido así (casi diría por no haber podido comprenderlo así) el socialismo está en peligro de convertirse en "una doctrina de amor a base de odio, un ensayo de fraternidad universal a base de guerra de clases, una tentativa de liberación racionalista a base de dogmas y una escuela de libertad a base de tiranía" (1).

Observad lo que ocurre con la cultura; la repugnancia por los dogmas religiosos ha desarrollado en estas civilizaciones un entusiasmo excesivo por la cultura intelectual, la que, falta de un estímulo moral inicial, se ha desnaturalizado, acabando por tener una finalidad inmoral, como es la de servir un vano alarde de clase. Un materialismo cultural *sui géneris* se ha apoderado de los espíritus, haciendo perder de vista el rol esencialment humano de la ciencia y del trabajo. Y a despecho del proclamado liberalismo intelectual, un sectarismo científico, literario y estético, nacido de la necesaria diversidad de opiniones que suscita todo asunto intelectual, ha contribuído a recalcar el aspecto competitivo sobre el cooperativo, manteniendo la sociedad en un estado de controversia, desnaturalizando e hipertrofiando el rol de la crítica y aguzando entre los individuos la capacidad para descubrir el error.

El restablecimiento de la función social de la cultura será, pues, un vano sueño mientras no la miremos como la organización del servicio de la simpatía. Entonces los rozamientos y

(1) Cupertino del Campo.

desinteligencias que nacen del conflicto entre las ideas (a cuya esencia se da tanta importancia) dejarán paso libre a la armonía que se establece entre los sentimientos cuando se aplican a la apreciación de lo que es bueno y lo que malo; y entonces aquellas mismas ideas, hoy tan expuestas al choque, convivirán mejor por ser sólo la resultante de móviles morales. Estamos hartos de medir a los hombres por sus jerarquías mentales, y echamos de menos un terreno en el que todos los hombres se sientan iguales, donde pueda existir una legítima hermandad entre el niño, el rústico y el sabio. No nos satisface la democracia política y aspiramos a una democracia social, al establecimiento de la república del bien, en la que el más humilde "podría admitir que fueran espectadores de su acción los hombres que más admira, a condición de que conocieran sus motivos".

Nos falta una teoría de la vida en que todos nos entendamos. La unión entre los hombres no debe depender de su coincidencia — siempre parcial y efímera — en las múltiples y matizadas opiniones intelectuales sino en los grandes sentimientos morales. Buscar la unión por la razón es fragmentar la humanidad en sectas; buscarla por el sentimiento es realizar una fusión espiritual en la que la razón misma toma parte ayudada por el fundente de la tolerancia.

Necesitamos subir a la altura espiritual de donde se percibe la perspectiva real de nuestras acciones. Solo desde allí tendremos la visión exacta de lo que en realidad vale la civilización, de lo que constituye su precio equitativo. Desde allí veremos las miserias que se esconden bajo el brillo y el fausto, y no creeremos que éstos sean tan necesarios que su existencia justifique aquellas miserias; sólo desde allí tendremos voces severas para los que asientan sus oropeles sobre el dolor de los hombres, y no creeremos que este dolor deba fatalmente ser el precio de aquellas vanaglorias; sólo desde allí tendremos ojos de simpatía para los que sufren y esperan, sin afirmar, como hoy lo hacemos, que ese sufrimiento y esa esperanza son el residuo fatal de la lucha; sólo desde allí infundiremos el hambre y la sed de justicia, aun entre los mismos que están destinados a calmar ese hambre y satisfacer esa sed.

Solo adoptando el punto de vista subjetivo que es el espiritual, resistiremos, pues, las poderosas sugestiones del espectáculo aparatoso y complicado de la civilización; sólo así podre-

mos interpretar ésta como un medio, no como un fin en sí mismo; como un medio de aumentar la posibilidad, para el hombre, de proponerse fines más elevados.

Yo digo a nuestra juventud sudamericana, a la que tengo el derecho de hablar invocando una experiencia común en la cultura y en la vida y llamándome como ella enemigo de los dogmas y adepto de la ciencia positiva. Yo le digo: poneos por encima de la ciencia de hoy; colocáos en el punto de la adecuada perspectiva; substituid lo efímero por lo permanente, lo aparente por lo esencial. Todas las instituciones políticas y sociales están sufriendo una prueba; son como si fueran vegetaciones superficiales que han perdido el arraigo a la primera conmoción del suelo; en cambio, las instituciones que profesan llegar a un fin social partiendo del amor, serán como los árboles inconmovibles que envían sus raíces a lo más profundo de la tierra.

Se ha hablado del fracaso de la religión que no pudo impedir esta catástrofe. Sí; pero en ello veo yo el fracaso de dogmas, de formas superficiales dentro de las cuales una gran parte de la humanidad ha vivido mil novecientos años; pero si hay algo viejo que pueda llevarnos a la vida nueva, ese algo está contenido en las simples verdades del cristianismo primitivo, en la todavía desoída prédica humana de Jesús.

Yo de mí puedo decir que siento un profundo escepticismo por las instituciones sociales, políticas, educacionales, etc., que buscan dar forma práctica a teorías racionalistas pero que no reciben la inspiración expresa de la simpatía humana. Parecen multitudes de ciegos que marchan por una carretera tanteando el camino con sus míseros bastones, tropezando unos con otros, yéndose a las manos al menor choque, equivocando la ruta, cayendo desfallecidos a la vera del camino o discutiendo agriamente sobre direcciones y distancias. ¡Quién les diera ojos para que vieran esa meta tan próxima del amor, a la que se acercan, empero, con el insulto en los labios y la duda en mentes! ¡Quién nos diera el poder de apreciar la acción humana en su significado remoto y verdadero y no en su importancia inmediata e intrínseca! Desaparecería el ridículo, la vanagloria, la humillación. Ved, si no, lo que ocurre con el médico cuando revuelve los excrementos en busca de un agente del mal; la finalidad del acto lo transfigura y le quita su significado inmediato y ruin.

Es urgente, pues para nuestra salvación social, colocarnos en el plano espiritual bajo del cual todo es confusión y oscuridad. Y ese es el plano donde se reconcilian los impulsos del racionalista que tiene un alma generosa y los actos del que en su vida moral obedece a superiores creencias. Yo diría a estos últimos: "Vosotros podéis ofrecernos ese plano de espiritualidad que necesitamos. Vosotros lo habéis adoptado ya como punto de partida de la acción moral; nosotros podemos subir a él sin abdicar ninguna de las conquistas genuinas del libre pensamiento. Para encontrarnos en ese terreno común, unos y otros debemos hacernos concesiones; vosotros deberéis aceptar que la sanción interna puede por sí sola bastar al sostén de la vida moral: nosotros estamos en el deber de reconocer que el impulso espiritual que comprende desde el simple afecto hasta el que emana del más acendrado misticismo, es también la fuente de la acción moral. Vosotros debéis estar prontos a aceptar que toda autoridad dogmática es susceptible de desaparecer sin que la base permanente de la moralidad se desvanezca por eso; nosotros deberemos estar dispuestos a aceptar que la autoridad de la razón es susceptible de desaparecer ante los dogmatismos de la conciencia. Debéis aceptar la posibilidad de que el individuo pueda hacer del interés vital de la sociedad o de la especie, el interés supremo de la propia vida; debemos, por nuestra parte, reconocer que los sentimientos que impulsan al individuo a proponerse ideales que exceden en mucho a veces a la conservación de la vida, aunque desarrollados en obediencia a leyes naturales, indican que en el ser humano obran fuerzas preciosísimas colocadas fuera del radio de la razón.

Estas concesiones no deben representar una empresa difícil para la religión, la cual después de todo se ha visto obligada a aceptar que, en definitiva, el criterio de todo lo que el hombre está obligado a reconocer por verdadero, por bueno, por bello y grande, deben residir en él mismo. Aun los que profesan acatar una voluntad divina lo hacen ateniéndose al testimonio de su fuero interior. También sabe que no se educa a los hombres según ideas ajenas sino con arreglo a las suyas propias; que nadie puede ser redimido, pero que se redime a sí mismo mediante el progreso de su propia conciencia moral.

Ese plano común donde se profesa el aspecto subjetivo de la moral admitirá todas las formas y grados posibles de la es-

piritualidad. En esta última beberán todos los hombres, y cada uno extraerá de ella la cantidad que su capacidad de amor le permita. En unos ese amor estará sostenido por las formas religiosas tradicionales; en otros el ambiente creará una fuerza efectiva capaz de interpretar a su manera aquellos símbolos. Otros no verán en ellos la expresión de su vida interna, pero reconocerán que el sentimiento religioso no impone ningún deber moral que no sea igualmente acatable por los que obedecen los mandatos que parten de la zona espiritual donde se constituye el mundo moral.

Si la igualdad debe reinar ante la ley moral, no tenemos el derecho de reclamar lo mismo de todos los hombres; pero es preciso dar a todos la oportunidad de mejorar y enriquecer su conciencia. Esa oportunidad la tendremos en el servicio social, en la acción militante por el bien. Unificados por el criterio subjetivo que todos habremos adoptado, lo estaremos ya en la acción, que para unos y otros será un medio, no un fin. En el roce de la vida práctica quebraremos nuestras aristas como los cantos rodados que forman el lecho movible de los ríos, y así adquiriremos la forma fundamental que nos permita llamarnos hermanos y trabajar juntos en la obra cristiana, que para nosotros será ya sinónimo de civilización.

Jesús en esta hora, es el único guía. Es el perfecto guía del hombre de bien y a la vez el más sabio guía del filósofo. Ningún sociólogo fué más lejos, ningún sabio pronunció una verdad más inclusiva, ni más profunda, ni más duradera. El está situado en el punto en que la ciencia se reconcilia con el sentimiento, en que el mundo real se confunde con el mundo moral. El nos ha revelado el secreto de nuestras vidas, el fin más plausible, más aceptable a la humana naturaleza, de nuestra actividad social. Y estando con Jesús, sincera, valientemente, estamos con lo que será perpetuamente verdadero.

Pero Jesús reina sobre una familia desunida y hostil. Y la trágica nota de la hora presente es esta concordancia en el sentimiento, obscurecido por una discordancia en la doctrina, que mantiene en culpable inacción los resortes profundos del bien.

ERNESTO NELSON.

HIMNO A SATAN (1)

(DE CARDUCCI)

A tí, magnífico
principio inmenso,
forma y espíritu
del Ser eterno;

mientras en cálices
el vino brilla,
igual que el ánima
en la pupila;

mientras alégranse
la tierra, el sol,
entrecruzándose
ritmos de amor ;

mientras en vértigo
de himén arcano
vibran unísonos
montes y llanos;

---

(1) De Córdoba nos ha llegado esta versión del famoso *Inno a Satana* de Carducci, hecha por un joven poeta de la docta ciudad. Nos es muy grato publicarla, pues no conocemos en castellano versión mejor realizada que ésta. El lector verá cómo el traductor ha conservado cabalmente el mismo número de estrofas que en el original, y el pentasílabo con el esdrújulo en los impares y la rima en los pares. En cuanto al concepto, si alguna vez por fuerza tuvo que ser parafraseado antes que reproducido fielmente, nunca ha sido traicionado. — *N. de la D.*

a tí remóntase
mi verso libre
¡Satán! ¡Invócote
rey del convite!

¡Calla tu pérfido
sermón falaz!
¡Satán, oh clérigo,
no vuelve atrás!

Mira, la mística
espada fiel
está herrumbrándose,
¡Pobre Miguel!;

ya rueda al báratro
tu Dios anciano,
su puño trémulo
no lanza rayos;

meteoros pálidos,
como astros muertos,
llueven los ángeles
desde los cielos.

Rey del fenómeno,
alma del todo,
Satán es único
señor del Cosmos.

Doquier revélase
su eterno imperio;
en la luz trémula
de un ojo negro.

cuando patético
implora o pide,
cuando tiránico
provoca, exige.

Brilla en los néctares
de los racimos
que el goce rápido
mantienen vivo,

que tornan plácida
la breve vida,
que ponen bálsamos
en las heridas.

Satán, tu espíritu
vibra en mis odas,
cuando desátanse
y al dios provocan

de los pontífices
y los mandones;
tú siembras gérmenes
de rebeliones.

Los dioses clásicos
del arte griego
fueron tus símbolos,
viviste en ellos,

cuando las jónicas
auras serenas
llenó con su hálito
la Anadiomena.

Cipris bellísima
fué tu querida;
plantas del Líbano
te dieron mirras,

danzas y cántigas
fueron tu corte,
besos de vírgenes,
castos amores,

entre las cálidas
palmas de Iduma,
do van las frágiles
ciprias espumas.

¿Qué pudo el bárbaro
fervor cristiano
que, entre los ágapes
de rito infando,

con teas vandálicas
ardió tus templos
y el sueño argólido
cubrió de cieno?

Te acogió, prófugo
entre sus lares,
la plebe, présaga
de tu rescate.

Llenando, férvido
numen y amante,
senos femíneos,
pronto volaste

dentro de pálidas
brujas, al lado
de enfermos míseros
para curarlos.

Con artes mágicas
en las redomas
tu ciencia herética
hirió los dogmas;

del claustro tétrico
tras de las rejas
mostraste fúlgidas
verdades nuevas.

En vano, huyéndote,
en la Tebaida
el monje místico
buscó la calma....

¡Detén el éxodo,
alma contrita!
Satán es óptimo,
mira: ¡Eloísa!

El claustro lúgubre
deja y el sayo;
cuelga la túnica,
oye su canto;

entre el davídico
gemir infausto
él canta líricas
de Flaco y Maro...

Con formas délficas
tu mente asedia:
mira a Licórides,
mira a Gliceria...

y otras imágenes
de edad más bella
turban insólitas
la insomne celda...

El, de las páginas
de Livio, enciende
tribunos, cónsules,
turbas rugientes,

y a Rienzo, de ítalo
orgullo airoso,
empuja, impávido,
al Capitolio.

Y otros que, présagos,
callar no pudo
la hoguera lúgubre,
Wicleff y Huss,

al mundo indómito
dieron el grito:
¡La hora es próxima!
¡Se innova el siglo!

Así estremécense
coronas, mitras;
del claustro irrádiase
la rebeldía,

que puja intrépida
bajo la estola
de Fray Jerónimo
Savonarola.

Rasgó los hábitos
Martín Lutero:
rompe tus vínculos
¡oh pensamiento!

fulgura espléndido,
brilla inmortal,
¡surge! ¡levántate!
¡venció Satán!

Bello, magnífico,
se desenfrena
cruzando océanos,
hollando tierras:

humea cálido
cual los volcanes,
traspone cúspides,
llanos y mares:

luego sus ímpetus
sigue rugiendo
por antro incógnito,
por hondo averno;

y sale; e indómito
de playa en playa,
como de vórtice
su grito lanza...

De pié; con júbilo,
pueblos, miradle;
pasa, magnífico,
Satán el Grande!

Pasa benéfico
de pago en pago,
pasa flamígero
su carro alado!

¡Satán! Salúdote!
¡Oh rebelión,
oh fuerza unánime
de la razón!

Recibe músicas,
inciensos, flores...
¡Venciste! ¡Oh máximo
Dios de los dioses!

FRANCISCO JAVIER ESTRADA.

Córdoba, 1919.

QUINTA ENCUESTA DE "NOSOTROS"

La literatura hispano - americana juzgada por los escritores españoles

Don Antonio de Valbuena ha contestado a nuestra encuesta sobre el juicio que merece a los escritores españoles la literatura hispano - americana. El lector verá que la respuesta es clásicamente de don Antonio de Valbuena, el famosísimo crítico de "Los Ripios". Por esta vez el lector no será defraudado en sus esperanzas. Creemos absolutamente inútil manifestar que no compartimos muchas de las opiniones de don Antonio de Valbuena: esto no quiere decir que tengamos la obligación de replicarlas. Replique el claro juicio del lector: nosotros, honrada e imparcialmente, publicamos sin comentarios la respuesta que hemos solicitado. Sería tarea muy fácil contestar a las asperezas del anciano crítico con argumentos o chanzas: tan fácil como inútil. Las palabras de don Antonio nunca agravian. ¿Que en algún caso debimos atenuar o suprimir adjetivos? ¿Quién es el hipócrita que finge alarmarse de palabra más, palabra menos? ¿Quién se alarma por una irreverencia con el gran Marcelino Menéndez y Pelayo? La estatua levantada al admirable polígrafo por el respeto y la gratitud de varias generaciones está muy alto para que la alcancen salpicaduras.

Respuesta de Antonio de Valbuena (1)

Madrid, (Hotel del Universo), 11 de Mayo de 1919.

Señores D. Roberto Giusti, D. Alfredo Bianchi y D. Julio Noé.

Muy distinguidos señores:

He recibido y leído su cuestionario y el número 112 de la revista NOSOTROS y también he leído con atención la lista de los escritores consultados; por cierto que esta lista denuncia bastante desorientación en el asunto, pues de entre los 57 consultados, apenas llegarán a docena y media los que pueden dar a ustedes opinión estimable.

Rafael Altamira, Luis Araquistain, Blasco Ibáñez, Bonilla San Martin, Manuel Bueno, Julio Camba, Antonio y Manuel Machado, Enrique de Mesa, Noel (aunque esté algo loco), Ortega Munilla, Armando Palacios, Adolfo Posada, Salvador Rueda, Valle Inclán y no se si algún otro... Los demás casi todos son zurriburri literario.

En cambio faltan Sinesio Delgado, Manuel Linares Rivas, Julio Pujol...

¿Qué consulta literaria puede dar Azorín, que hacía ya muchos años que escribía sin sustancia y sin que nadie le hiciera caso, teniéndosele por un *majadero comprimido* hasta que discurrió escribir con muchos galicismos, como si traduyera del francés, para que Cavia le llamara *pequeño filósofo*, y entonces comenzó su fortuna?

¿Qué consulta podrá dar Baroja que escribe en medio-vascuence, porque desconoce nuestro idioma, sin tener más cualidades salientes que esta ignorancia y la furia con que niega todo lo sobrenatural?

¿Qué podrá decir a ustedes Unamuno, que según confiesa él mismo, no es más que un *mamífero vertical?*

Jacinto Benavente también hizo fortuna por lo soso que era, y es, y por lo mal que escribía y escribe. ¡Cuidado, que es sosa

(1) Véase en el número 116 de NOSOTROS los fundamentos de la encuesta y las respuestas de Julio Cejador, Adolfo Bonilla y San Martín, Quintiliano Saldaña, Emilio Bobadilla (Fray Candil) y Salvador Rueda; en el número 117 la de Alberto Insúa; en el número 120 la de José María Salaverría.

y cursi la última escena de *La ley de los hijos* que Gómez Carrillo ha publicado, como una joya, en *Cosmópolis!*

Emilio Bobadilla no es peninsular, sino americano. Como crítico no vale una patata. Ha hecho versos regulares de forma, pero groseramente eróticos, y sabe muy poco. Pintando en verso un paisaje campestre, presentaba una *yegua rumiando.*

Carner: no hay más que añadirle una o.

Mariano de Cavia escribió bien, pero está *academiquizado* y estropeado.

Julio Cejador es un pobre diablo, que no sabe más que decir desatinos: sostiene que se debe escribir *canpo,* con ene porque así se pronuncia (!!) y construye "había que decirse y escribirse canpo".

Doña Emilia, a pesar de ser *catedrático* como ella dice, sabe muy poco, o mejor dicho, nada (1).

Ricardo León, no es más que un rebuscador de palabras.

José Francés no distingue los casos gramaticales. Dice de unas mujeres en *Cosmópolis*: "hasta los detalles que *les* adornan... ¡Ni sintaxis! es *las,* es acusativo.

Antonio de Hoyos... novelas pornográficas.

Ramón Menéndez Pidal... el inventor del dialecto leonés que no existe, ni ha existido nunca, pues lo leonés genuino es nuestro hermoso idioma hispano-americano, injustamente llamado Castellano, porque en el reino de León se formó antes de que existiera Castilla, y en León es donde con más propiedad y mayor riqueza se habla y se escribe... Ramón Menéndez Pidal, digo, quiso hacer pedestal o plataforma para su nulidad con la invención del supuesto *dialecto.*

Ramón Pérez de Ayala y José Ortega y Gasset, tampoco saben nada ni tienen más cualidad saliente que el ateismo...

Respondiendo al cuestionario:

Tengo de los poetas argentinos y de los de toda América la misma idea que de los de España. Los hay malos y buenos, más malos que buenos. No conozco a Sarmiento, ni a Hostos, y poco a Andrade de quien no tengo mala idea. De Montalvo creo haber leído algo desagradable.

Conozco bastante a Olmedo y a Bello como malos poetas, ¡mejor dicho, como nada poetas! La Oda al libertador es una

(1) Creía y escribió que volaba la garduña; empleó el verbo inhibirse, que es abstenerse, por entrometerse, etc.

mamarrachada. En algunos de mis tomos de Ripios creo haber hablado de ella. La magna *lata* titulada *La Agricultura en la Zona tórrida,* que el imbécil Marcelino Menéndez Pelayo puso en su criminoso libro de *las cien mejores poesías líricas,* sin ser lírica ni poesía es tan mala como las odas de Herrera y los sonetos de Arguijo, que hay en el mismo libro: todo esto es detestable.

He llamado malos poetas a Olmedo y a Bello; pero conste que no son peores que Quintana, Jovellanos y Lista, sus contemporáneos de acá, rematadamente malos. Aún los clásicos del llamado *siglo de oro,* que nos dejaron mucho bueno en lo dramático, en cambio, en lo lírico, apenas nos dejaron nada bueno, ni aún presentable. Fuera de las églogas de Garcilaso, las odas de San Juan de la Cruz, las silvas y la epístola moral de Rioja (que de Rioja es y no de Andrada ni de ningún *anónimo sevillano,* como dijo el majadero Marcelino) epístola que es sencillamente admirable, y algunas estrofas de Fray Luis de León, no hay nada que valga. Y digo respecto de Fray Luis de León algunas estrofas, y no algunas odas, porque oda completa no hay ninguna que no esté afeada con prosaísmos, como:

Felipe, y en la rueda...

que tira de espaldas al que acaba de leer los dos hermosos versos con que empieza:

Cuándo será que pueda
Libre de esta prisión volar al cielo...

o con trasposiciones inadmisibles como:

No cura si la *fama*
Canta con *voz* su nombre *pregonera.*

adjetivo que, a más de lo traspuesto, no se sabe si afecta a la voz o a la fama. Y como *"Vírgen que el sol más pura"* o con ripios como "Y tú rompiendo el *puro...",* adjetivo que es un ripio aplicado al aire, y ripio impropio porque el aire atmosférico no es *puro;* y que, puesto al fin del verso sin saber antes el sustantivo a que afecta, es ininteligible hasta leer el verso siguiente.

¡Y esto en la tan alabada *oda a la Ascensión.* En fin, que todo eso del *siglo de oro* y de los *clásicos* es convencionalismo.

El verdadero siglo de oro, de nuestra lírica, ya lo dije hace tiempo, lo he repetido poco hace en la *Revista Quincenal* y volveré a repetirlo ahora, es el siglo XIX, no entero, el medio siglo de 1830 a 1880, en que tuvimos líricos, o lírico-épicos como Espronceda, Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce, Cea, Aguilera, Florentino Sanz, Bretón de los Herreros, Tasara, Pastor Díaz, Arolas y otros muchos poetas menores, pero muy superiores a los llamados *clásicos*.

Volviendo a los poetas americanos, creo que lo fueron Heredia y Cenea, y he leído poesías hermosas de Amado Nervo, de Juan de Dios Peza, de Rafael Obligado y de otros muchos cuyos nombres no recuerdo ahora; y también he leído muchos versos de otros que no eran poetas, de los censurados en los 4 tomos de *Ripios*.

Respecto de la *Poesía Americana* que exhiben ustedes en el número 112 de la revista NOSOTROS, mi opinión no puede ser más adversa, como lo es a toda poesía modernista: porque el *modernismo* es la ineptitud, un disfraz de la ineptitud. Los modernistas rompen la medida de los versos porque no tienen oído, y no saben hacerlos, y condenan la rima y prescinden de ella, porque no tienen caudal de voces para hallar consonantes que no sean ripios visibles.

Los versos de Gabriela Mistral son simplezas y disparates:

El invierno *rodará blanco*,
encima de mi corazón.
Irritará la luz del día;
más morderá mi sed de Dios.

Esto no tiene sentido.

Mi madre ya tendrá diez palmos
de ceniza sobre la sien;
no espigará (?) entre mis rodillas
un infantico, leche y miel.

Los versos le nacen
con sangre del pecho.
A Cristo parécense,
a Cristo por *cruentos!*

Nacen en angustia
con luz en las ropas,
ofreciendo *sus*
llagas como copas...

Todo esto es una sarta de inconveniencias que parecen escritas con el propósito de burlarse de los lectores. Esto no es poesía. Pues los de Luis C. López son lo mismo.

Pretende hacer un soneto con versos alternados, de 11, de 9 y de 6 sílabas.

La población parece abandonada,
dormida a pleno
sol.—¿Y qué hay de bueno?
Y uno responde bostezando: — Nada.

Ni una sola ilusión inesperada
que brinde ameno
rato. Es un *sereno* (1)
vivir este vivir siempre *a plomada*...

Esto es ridículo y hasta trabajoso de leer.

Ridículo el pensamiento y ridícula la forma. ¿No sería menos mala, aun esa fruslería, en 8 endecasílabos?

¿Quién construye la fachada de una casa dándola 10 metros de altura en la esquina izquierda, 6 en la esquina derecha y 3 en el centro?...

Y luego el final del soneto:

Placidez lugareña: hoy no hace viento,
Y andan únicamente por la calle
Cuatro perros detrás de una perrita...

Esto no es poesía, es porquería, lo contrario de la poesía. Esto es impropio de seres racionales.

Esta nuestra porción alta y divina
A mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina.

dijo Rioja... Y como piden ustedes *la más absoluta sinceridad*, soy absolutamente sincero.

Queda de ustedes, atento y S. S.

ANTONIO DE VALBUENA.

(1) Este sereno le toma cualquiera por sustantivo.

LA VIDA FUGAZ DE LOS IDOLOS

WILSON

Muy poco propicios son los tiempos que vivimos, para la vida perdurable de los ídolos. Las doradas jerarquías que los despotismos seculares labraron sobre la obediencia de los pueblos, han sido derribadas, en gran cantidad, por el soplo fatídico de la guerra. Alemania, sin contar Rusia donde la revolución puso su primera nota de tragedia en el palacio de los zares, ha sido la más castigada por el destino. De sus ciudades, sobre las que se cierne el pesado hálito del vencedor, han partido muchos príncipes y muchos reyes a comer el amargo pan de la caridad y del destierro. La guerra imprialista que hizo a todo el mundo, fiada en la virilidad de cuerpo y de espíritu de su raza, mal inspirada por sabios y por filósofos engreídos, se le transformó a la postre, en una catástrofe de disolución y de muerte. Pero no es sólo Alemania la que padece de los males del cataclismo que ella iniciara en mala hora, sino que de él sufren, igualmente, todos los demás pueblos, con la civilización que había moldeado sus regímenes políticos, jurídicos y sociales.

Los vencedores en los campos de Marte, se han manifestado incapaces de afirmar la victoria. La paz no han sabido concluirla, pues la guerra sigue sacudiendo las energías humanas, poniendo a los hombres en contra de los hombres, como antes había puesto a las naciones en contra de las naciones.

Versalles es la equivocación de un símbolo. Más que de la concordia y de la justicia, en el célebre palacio de la paz, se ha tratado de las cruentas dominaciones de que se halla llena la historia. En todos los pueblos ha quedado encendido el fuego de la rebelión. Rusia es un fermento infinito de catástrofes innúmeras. Y del vasto ex imperio del ex zar autocrático, so-

plan hacia todas las latitudes de la tierra, los vientos de una nueva y extraña dictadura.

¿Qué paz ha sido la de Versalles que deja el descontento en todas las naciones y la inquietud en todas las sociedades, en sus clases y en sus hombres? Esa paz ha sido la de los políticos erigidos en gobiernos nominales, que no en gobiernos efectivos. Ellos, en su obsesión de componedores de un mundo que han considerado ligeramente descompuesto, acaso no se dieron cuenta de la trascendencia de su papel, quizás no comprendieron que la descomposición mundial no afecta únicamente a la geografía política y a sus sistemas de relación, sino que ha cavado más hondo hasta ser ética y profundamente psicológica. Su énfasis de representantes genuinos de las colectividades humildes que han soportado todo el horror de la tragedia, ha sido poco menos que una ficción. Y es que después de la guerra toda representación verdadera, debiera haber abarcado, evidentemente, el problema de un orden nuevo, basado en una cultura nueva y eficaz.

En medio del tumulto caótico de los últimos tiempos, sólo un hombre tuvo el valor de decir cómo había que hacer para que la paz fuera justa y estable: Wilson. Pero, ay, Wilson ha pecado al cabo de no tener firmeza de voluntad y de carácter. Su lenguaje de apóstol bíblico, sin embargo, dió a entender a los pueblos que a su frente se hallaba el hombre de la hora. Y los pueblos por la predilección que sienten por todos sus intérpretes espirituales, lo elevaron a la categoría de ídolo.

Wilson era el hombre que daba a entender, más o menos exactamente, cuán universal había sido la destruccion y el único que decidióse a presentar un programa político reparador. Pero llegó el momento de defenderlo, como se defienden las causas nobles, grandes y verdaderas, y fracasó, en mal momento, en una encrucijada de ambiciones rapaces. Los duchos políticos europeos, lograron aprisionarlo entre las redes de sus intrigas. Nada de lo fervientemente dicho por el apóstol transformado en político, nada de las doctrinas del visionario y del pensador, vestido de diplomático, fué observado ni respetado. Su figura quedó eclipsada en el propio cielo de su impotencia Y el pedestal de idolatría que el mundo habíale levantado, como al hombre capaz de construir la civilización sobre normas originales, de justicia y de libertad, derrumbóse de plano, como

los tronos dorados de los reyes y príncipes alemanes, como el despotismo férreo de los zares de la gran Rusia.

El ídolo, pues, ya no existe. Si no viviera en una democracia americana, los pueblos que más directamente han sufrido la decepción de su debilidad, lo hubieran puesto, sin duda alguna, de cara al destierro.

La doctrina Wilsoniana

Los catorce *puntos* de Wilson que, como una bandera de humanidad, fueron agitados en los últimos años de la hecatombe, eran los que se imponían para calmar elementales inquietudes y para satisfacer primordiales esperanzas de los pueblos. Su doctrina contenía los gérmenes vivos de una civilización política necesaria. Ansiosas las sociedades humanas de otros horizontes más amplios de vida, encontraban el principio de llegar hasta ellas, en la asociación o liga de naciones, en la libertad de los mares, en la abolición de la lúgubre diplomacia secreta, en el derecho de las nacionalidades a disponer de su destino, etc., etc. Pero nada de esto, tantas veces defendido y prometido, se ha llevado a la realidad. La derrota de Wilson, ha sido, al mismo tiempo, la derrota de una inmensa ilusión colectiva.

La paz confeccionada e impuesta a las naciones vencidas es la más altisonante imposición talionesca. El "diente por diente y el ojo por ojo", fué, como siempre, el término de reparación que adoptaron los estadistas de Versalles. Las sanciones más negras y duras de la historia, presidieron las deliberaciones de sus cenáculos, pero no la realidad imperiosa del momento y menos el estado espiritual y psicológico de las multitudes, desencantadas y amenazadoras.

Con la victoria de las armas que se enorgullecían de llevar en sus estandartes la libertad del género humano, en peligro inminente por las furias desencadenadas de Teutón, ha fracasado, como nunca, la ciencia de los políticos. La gravedad que caracteriza a esos hombres en sus momentos más solemnes, no ha sido suficiente para encubrir toda su perfidia. Y la fuerza en que se han apoyado para finiquitar el arreglo de las naciones, ha puesto de relieve toda su peligrosa ignorancia.

La doctrina de Wilson parecióles demasiado atrevida y no titubearon en anularla radicalmente. Y si Wilson, portador de un programa mínimo, aunque eficaz, fué revolucionario, ¿cómo se quiere que llevaran a sus consejos a hombres prestigiosos de la filosofía y de la ciencia, capaces de tomar las alturas de la historia, de interpretar el alma angustiada del universo y de reflejar la psicología de los pueblos? No; suponerlo siquiera, es establecer los límites a una quimera.

La paz ajustada, carece, en absoluto, de sagacidad y de sabiduría. Sus resultados están a punto de ser inmediatos, pues las luchas intestinas que en todas partes se desarrollan, pugnan por imponer la consagración de órdenes sociológicos, distintos a los conocidos. El error de los estadistas de Versalles ha consistido en no querer apartarse de los moldes viejos, en haberse ajustado a una jurisprudencvia anticuada y estéril.

La guerra que al fin ha culminado en el despertar de una aurora, no ha sido comprendida. Y con el patrimonio de errores que entraña tan monstruosa incomprensión, hemos empezado el reinado de la paz, es decir, un nuevo período, obscuro y convulsionario.

La tarea

Casi sin nombre, o con un nombre maldito, pasan a la historia los que fueron conductores del conflicto guerrero y los que han sido constructores de la paz. Idolos fugaces de una tragedia que ha de tener, seguramente, repercusiones de dolor y de liberación, no hallan respeto sostenido en la memoria de las multitudes decepcionadas. El orden de cosas que engendró la guerra, ha encontrado su sepultura en la guerra misma. Y sus representantes, dioses de ayer, son figuras inexpresivas e incoloras, que apenas si ya logran destacarse sobre las turbulencias de hoy.

El período iniciado es de renovación; es decir, de reconstrucciones fundamentales y totales. Los pensadores tienen ante su espíritu, bueno y sensible, una magnífica tarea que desarrollar. En medio de los pueblos empeñados en hacer triunfar las orientaciones de una ideología tachada de quimérica, ellos, los hombres de pensamiento, tienen el deber de señalarles las ru-

tas a seguir, en relación con su psicologia. Las ideas que a partir de ahora se expongan, filosóficas, científicas o simplemente literarias, son ideas de una muy alta responsabilidad. De ellas, aunque así no se suponga ni se crea, hacen las colectividades entregadas a las propulsiones del progreso, un detenido análisis de inventario. Y, fenómeno singular, su crítica más que responder a un determinismo de su inteligencia, es una facultad de sus instintos evolucionados y seleccionados. Las doctrinas que no interpretan sus ansias de liberación, sus aspiraciones de justicia, sus deseos por un derecho más humano y universal, se hallan condenadas a la protesta y al olvido, como doctrinas estériles.

La reconstrucción del mundo, ofrece tales aspectos curiosos. Adelantarse un año o mil a la naturaleza espiritual de la época, no es la tarea. La tarea es de verdadera interpretación, inspirada en el amor y en el bien. ¿Qué es y qué quiere el hombre moderno? Eso que es y eso que quiere, deben integrar los perfiles del pensamiento educativo; eso debe constituir la fuente única, de la que extraigan sus ideas, los pensadores y los artistas.

La labor, augusta labor que la guerra nos ha legado, como una dicha o como una fatalidad, es de creación y de evolución. Y ella es el ídolo que prefieren los pueblos y al que adoran, ídolo grande e impersonal, que, por significarlo en el espíritu de una cultura nueva, merece ser cantado en estrofas homéricas y esculpido en el mármol en que se graban los símbolos de la vida, bella y eterna.

José Torralvo.

Santa Fe, julio de 1919

ELEGIA

A la memoria de mi amigo
Horacio Ramos Mejía.

Hace ya muchos días que te has muerto,
y aun parece mentira...
Como un rosal caído deja el huerto
fragante, se te aspira.

Tú estás a nuestro lado, misterioso
cual un presentimiento;
y como al irse el sol es más hermoso
todo, nos ennoblece el sufrimiento.

Tu recuerdo nos une, como un río
que enlaza sombras de sus dos orillas...
Tú atraviesas de luz nuestro rocío,
y entre nosotros, como el iris brillas.

¡Hemos sufrido tanto!
Tanto, que apenas brota la alegría,
ya está llena de llanto,
cual rosa que abre un lloviznoso día...

A veces en tu casa,
donde por no llorar, nadie te nombra,
quedamos silenciosos: es que pasa
vacilando tu sombra.

Alguien cierra sus ojos más brillantes,
y alguien habla ligero.
Yo pienso que tú vuelves tal como antes,
a ser mi compañero.

No sé si eras mejor que los demás.
ni qué muere contigo,
yo sé que eras muy noble, yo sé más:
que tú fuiste mi amigo.

Mi amistad vió al amor que te alejaba,
y esperó, como un árbol la tormenta,
y ahora ante tu muerte, le quedaba
morir; pero no muere y se lamenta.

Ya no leeremos más en tu escritorio,
el libro para siempre terminado,
ni se ha de realizar el ilusorio
mundo de bien, que habíamos soñado.

Hoy me causa más pena tu recuerdo,
porque es un día azul de primavera...
todo es canto y es flor; y yo me acuerdo
de tu vida feliz, cual si te viera.

¿Quién sabe en dónde vives a estas horas?
¿Eres viento? ¿canción? ¿nube invisible?
Me horroriza pensar que tal vez lloras
por volver a tu casa, y no es posible...

Y no es posible, porque duermes... ¿Sueñas
con que hallas otra vez nuestro cariño?
¿Y aunque nos buscas, no te dan las señas?;
pues allá han de quererte como a un niño.

En mí, te has hecho lágrima profunda,
a través de la cual, miro la vida;
estrella que la tarde moribunda,
dejó ardiendo en la noche conmovida.

Amigo: Si en el mar ultramontano,
el corazón cual brújula gobierna,
entre las sombras buscaré tu mano
para ofrecerte mi amistad eterna.

PEDRO MIGUEL OBLIGADO.

LETRAS ARGENTINAS

Glosario de la farsa urbana, por *Roberto Gache.*— Edición de la Cooperativa Editorial «Buenos Aires». 1919.

Conozco pocos libros de escritores jóvenes argentinos más simpáticos que este *Glosario*. Su simpatía proviene principalmente del estilo ondulante, gracioso y ligero con que está escrito. Hay en sus pequeños cuadros urbanos — salvadas respetuosamente las distancias — algo de Montaigne, de Anatole France, de Eça de Queiroz, aunque asimilado el primero a través del "Azorín" de las horas juveniles, cuando todos esperábamos que llegaríamos a ver en él, redivivo, al maestro de los *Ensayos*. Con lo dicho queda explicado el don de simpatía que caracteriza al libro de Gache; pues habiéndose el autor argentino apropiado, en cierta medida, de las cualidades de sus prosistas predilectos, es natural que su *Glosario* no carezca ni de fuerza de atracción ni de gracia sutil, ni de vivacidad espontánea y liviana.

El cronista — porque el presente volumen no es otra cosa que una reunión de crónicas de la ciudad — ha logrado con raro acierto adecuar la índole de su prosa a la naturaleza de los temas que trata, habiendo observado estos últimos con un espíritu fácil al escepticismo y a la ironía, como que ha sido educado en los clásicos del género. Nada es tan simpático como el escepticismo, que es flor de elegancia. Entre el escritor tumultuoso, para quien todo dolor humano es digno de compasión y toda injusticia digna de reproche y el escritor imperturbable y sonriente, la simpatía de los lectores irá siempre hacia el segundo, aunque la admiración unánime acompañe al primero. El autor del *Glosario* — para decirlo de una vez — no escribirá nunca crónicas apasionadas; no será jamás un conductor de pueblos. Al revés de su maestro Anatole France que suele pronunciar discursos revolucionarios, Roberto Gache no hará más que libros como éste — lo que no es poco — llenos de simpatía, de buen gusto, de penetración psicológica.

Sin embargo de su escepticismo casi eutrapélico y no obstante lo que acaba de leerse, comprendo que la obra de Gache es ciertamente dolorosa. Lo es a pesar de su autor. El autor se burla o parece burlarse de las pequeñeces de la ciudad; nosotros, en cambio, hemos acabado, leyendo sus crónicas, por considerar que son bastante tristes esas pequeñeces de la ciudad. Tal es la revancha de los lectores. Donde el escritor escéptico deja una sonrisa o levanta los hombros, el lector acostumbra a poner un pensamiento serio.

Gache se ha propuesto mostrarnos la vida de la ciudad; pero no la de la Buenos Aires atareada y febril, toda exterior y bullicio, con su pujante actividad y sus anhelos de progreso, sino la vida en ocasiones miserable de sus habitantes, llena de diarias estrecheces y vanos prejuicios. La veta es realmente rica y Gache ha sabido explotarla. Cada uno de sus cuadritos atrae por la propiedad del estilo y la agudeza de la observación. Su fina ironía, su escepticismo de buena ley logran cautivarnos, aunque no dejemos de advertir que es muy dolorosa la realidad de la cual esos cuadritos han sido tomados.

En las crónicas que componen el volumen, escritas mensualmente para NOSOTROS, van desfilando los diversos aspectos de la vida urbana, especialmente aquellos que por su insignificancia no merecieron la atención de los periódicos y que, sin embargo, constituyen el alma misma de la ciudad. Ya es la *Historia de un día domingo*, ya la vida y torturas de "Juan González, empleado público", ya las reflexiones que sugiere al autor un sereno que, metido en su carpa primitiva, pasa toda la noche cuidando el pavimento a medio concluir.

No siempre estas cosas menudas preocupan al autor. Va más hondo aún; y entonces nos habla de los "premios a la virtud", que son una farsa, de la moral corriente, de la pornografía por todos aceptada, de las glorias inmerecidas, en una palabra, de las mentiras convencionales que parecen mantener el equilibrio social

Algunas acuarelas son realmente deliciosas. No llegan a la caricatura, aunque se le aproximen. Finas y elegantes, señalan los aspectos ridículos de la ciudad sin remarcarlos, casi velándolos, como si hubieran sido espolvoreados con una sal apenas perceptible.

Pero el cronista no aborda nunca la crítica social, ni siquiera en la forma indirecta que aconseja el proverbio latino

No castiga riendo. Su propósito es decir lo que vé desde su ventana. El mundo es para él un espectáculo interesante; y le parecería ridículo subir al escenario y mezclarse entre los actores.

Para terminar, debo poner de relieve que tal escepticismo me parece condenable. Me gusta la juventud combativa y ardorosa, capaz de apasionarse y de luchar por una idea o por una ilusión. El escepticismo sienta mal a los espíritus juveniles. Y si los que piensan conmigo perdonamos a Roberto Gache es en virtud de su hermoso talento... y confiando en que no le salgan imitadores.

Sandro Botticelli, Griselda, Noche de Resurrección, por *Moisés Kantor.* — Edición de «Nosotros». Buenos Aires, 1919.

Las tres producciones que el señor Moisés Kantor ha reunido en este volumen, no son susceptibles de ser consideradas para la apreciación de sus valores literarios, como obras teatrales. Ni *Sandro Botticelli,* ni *Griselda,* ni *Noche de Resurrección* han sido creadas con el propósito de trasladarlas luego al escenario. Son crónicas o novelas para cuya realización el autor ha preferido adoptar la forma dramática, atendiendo sin duda, a que ésta permite la expresión dialogada, las mutaciones rápidas, economizando el largo discurrir sobre paisajes y aspectos secundarios que debilitan o entorpecen la acción central del asunto. El procedimiento me parece viable—siempre que no se abuse de él — sobre todo en trabajos como el presente, de evocación histórica y legendaria. Por lo demás, el resultado actual legitima en cierto modo el procedimiento, que no es nuevo en el arte, pues el señor Kantor ha construído una obra bella y fuerte, aunque no exenta de pequeños lunares.

Un pensamiento común une los tres dramas, por otra parte independientes, que forman el libro. El señor Kantor está más cerca de Platón que de Aristóteles. Cree en la bondad y en el amor, confía en la energía del espíritu y en la virtud íntima de las ideas. Su posición filosófica es francamente espiritualista. Ha elegido, entre los dos caminos que se ofrecen a la inteligencia, el más hermoso, aunque tal vez el menos seguro. Por eso mismo es un artista. Y es posible que crea, de acuerdo con la conocida afirmación, que toda palabra bella, por el hecho de serlo, lleva en sí un principio de verdad. Enamorado de las

grandes figuras humanas, de los místicos, de los reformadores religiosos, espera como ellos el triunfo del amor ideal. La obra que ahora nos ocupa no es otra cosa que el resultado de esa esperanza. En *Sandro Botticelli*, en *Griselda*, en *Noche de Resurrección* puede advertirse el hilo sutil que los vincula, la "cosa mentale" que les ha dado vida.

Sandro Botticelli ocurre en la época del Renacimiento. Ninguna otra es tal vez más tentadora para el artista que aquella en que llegó a repetirse el "milagro griego". Kantor, hombre de vasta ilustración y fina sensibilidad, ha querido llevarnos a los días en que Sandro Botticelli hacía sus cuadros magníficos. Pasan por la escena Savonarola, Lorenzo de Medici, Marsilio Ficino, Botticelli, a quien Leonardo llamaría alguna vez "il nostro Botticello". Lo cautivante del tema, la atracción de aquellos personajes, el encanto irresistible de la clara Florencia, hacen más interesante el drama que allí se desarrolla: la influencia de Savonarola, terrible y profético, sobre Botticelli y los amores del pintor con Mona Giovanna.

Griselda es una leyenda de la Edad Media, delicada y poética, donde se ve al amor transformar a un ser monstruoso y sangriento. En un ambiente de superstición, de agorería y de sombra se desarrolla el pequeño poema dramático, realizado por Kantor con hondo cariño.

Noche de Resurrección nos lleva a la Rusia revolucionaria. El autor, allí nacido, conoce su medio y domina a sus personajes. La acción es rápida y violenta; toda la obra está animada de un puro espíritu tolstoiano.

Tales son a grandes rasgos las tres piezas que el señor Kantor acaba de dar a la publicidad. Hay en ellas fuerza dramática. El estilo no es siempre fluido ni rico, lo que no es de extrañar en quien escribe en un idioma extranjero; pero en general, el medio de expresión es correcto. Sobre todo fluye del volumen un hálito de noble idealismo. El autor desea días mejores para los hombres. Su amor hacia la humanidad, su esperanza en el porvenir, su fe en los superiores destinos del pensamiento, palpitan en estos dramas generosos. La savia que circula por ellos es fuerte y sana. Necesitamos hombres así, que en estos días de trágicos horrores miren hacia el futuro y amen el amor y la belleza.

NICOLÁS CORONADO.

LETRAS AMERICANAS

José Enrique Rodó, por *Gonzalo Zaldumbide*. — Extrait de la Revue Hispanique, tomo XLII.

Un escritor, en resumidas cuentas, nos decía un viejo catedrático que en sus ratos de ocio se dedicaba a herborizar, es como una de estas yerbas: tiene—cuando lo tiene—su "principio activo". Para saber, por ejemplo en qué consiste la mostaza —agregaba—basta extraerle eso que los químicos denominan un poco pedantescamente, el sulfo cianuro de alilo. Allí reside su "quid", su causticidad y demás virtudes terapéuticas.

Creemos que la misión fundamental del crítico o, si se quiere, de todo aquel que se dedica a estudiar la obra ajena, es esa: aclarar, ponderar, determinar el rasgo esencial que caracteriza el trabajo que se estudia. Semejante tarea, claro está, resulta opuesta a la del creador. El artista de verdad, digan lo que quieran los encasilladores profesionales, no está sujeto a ninguna regla. Diez páginas, bastan para salvar un volumen y un volumen mantiene a flote el resto de la obra muerta. Cada estante de las bibliotecas públicas y privadas, destinado a tal o cual autor, es un testimonio comprobatorio del aserto. Los dos genios que repudiaron todo contacto con cánones y preceptos, Shakespeare y Cervantes, gozan de buena salud, en tanto que diestros manejadores de la regla, de la escuadra y el compás, concluyen por ser arrojados hasta del osario general, porque sus huesos ocupan un espacio reservado a los que van llegando, y, probablemente, correrán la misma suerte.

Otro cantar reza con el crítico. Su misión, si bien subalterna comparada con la del creador, requiere mayor cultura y debe sujetarse a un método. Puede trabajar "en frío" porque

la creación no lo perturba. De ahí que crítico es sinónimo de madurez. Nos entristecen los "críticos" infantes. Se asemejan prematuramente a esas solteronas que habiendo doblado el cabo de los cuarenta, matan el tiempo, encontrándole "peros" a la prole de sus convecinas. Mal síntoma, mal síntoma es éste para la mentalidad de un país, porque esa "crítica" o no critica y su tarea equivale a un onanismo intelectual, o acierta a una edad en que todo debe ser desborde, plétora, exuberancia—digamos la palabreja—incontinencia, y, en tal caso... ¿recuerda el lector el admirable comienzo de la República de Platón?...

—" Sócrates—me contestó Céphalo.—Te expondré mi pen-
" samiento sin ambajes: muy a menudo me encuentro con su-
" jetos de mi edad que recuerdan con pesar los placeres del
" amor, de la mesa y otros semejantes que tanto agradan en
" la juventud. Deploran profundamente esa pérdida y acusan a
" la vejez de todos sus males. Sin embargo no es así, y te diré
" que encontrándome con el poeta Sófocles, alguien le pregun-
" tó si la edad le permitía aún gustar los placeres del amor.

—" Que los dioses me amparen, contestó él. Por suerte,
" ya hace tiempo que he sacudido el yugo de ese amo furioso y
" brutal.

Y Céphalo agrega por su cuenta:

—"En efecto, la vejez consiste en un estado de reposo y
" de libertad por parte de los sentidos. Cuando la violencia de
" las pasiones se debilita y su fuego se amortigua, uno se ve —
" como dice Sófocles — libertado de una multitud de tiranos
" furiosos."

¿No es triste, pues, constatar que la juventud pretenda hablar como Céphalo y como Sofocles cuando ya se habían libertado de las furias cuyas caricias tanto agradan en los comienzos de la vida? ¿Es así como responde a la exhortación de Próspero en *Ariel* cuando justamente confiaba en que "la tenaz y conmovedora locura de su juvenil auditorio, había de provocar la renovación del ideal americano?"

Abandone, abandone la crítica profesional río-platense el gesto de solterona desahuciada y cumpla su misión específica: procree, y es probable que, sino siempre la patria, la familia le estará sumamente agradecida.

— — —

Esta digresión inicial, no reza, por cierto, con el autor del estudio sobre Rodó, porque si el trabajo mismo no revelara condiciones de madurez, acudiríamos a un medio que exime de toda prueba: la confesión de parte.

El señor Zaldumbide ya no tiene la dicha de estar enrolado en la legión de los imberbes Aristarcos. Nos lo dice candorosamente en el prólogo de la *Evolución de Gabriel D'Annunzio* (Editorial América, 1916). "Obvio me sería — manifiesta — corregir este libro de mocedad".

—¿Por qué le sería obvio?

—" Porque — contesta — los años transcurridos, la consiguiente maduración del juicio... me facilitarían este trabajo".

Ahora bien: ¿aplica su actual madurez a extraer el *principio activo* que contiene la obra de Rodó?

Posiblemente sí; pero con una ligera salvedad, y es que, el lector, a su vez, está obligado a dosificar el trabajo leído, y en tal caso, o no verifica la tarea y se queda un poco a obscuras, o la verifica y se expone a obtener un Rodó de segunda mano: la que nos presenta el expositor y la que deduce de la exposición. Digámoslo con toda sinceridad: 103 páginas en formato mayor, nos parecen demasiado. A este respecto cabe recordar — pese al señor Unamuno — que todas las grandes creaciones que resisten la implacable ley del tiempo han quedado reducidas a una sola frase. Sistemas de Tolomeo y de Copérnico; principio de Arquímedes, tomismo, criticismo, monadismo, contrato social de Rousseau, sensualismo de Condillac, intuicismo, romanticismo y, hasta las indoctas modistillas, suelen echar mano del "platonismo" cuando se ven atacadas por algún pretendiente bobalicón. Maupassant recuerda en uno de sus libros, que los reyes de Francia que no supieron "cristalizarse" en una frase, han pasado como el resto de los mortales al montón anónimo, en tanto que "todo se ha perdido menos el honor",, "bien vale París una misa", el Estado soy yo y *"apres moi..."* han introducido en el lenguaje común universal los nombres de Francisco I, Enrique IV, Luis XIV y el de su disoluto sucesor. ¡Ah!, exclama, si Luis XVI hubiese sido capaz de hacer una frase: evita el cadalso, elimina de la danza a Napoleón y cambia por completo toda la historia contemporánea! Por último, los franceses cono-

cen el dicho atribuído al Consejero Labardemont: sobran dos líneas para mandar a la horca al más pintado.

De ahí que el trabajo del señor Zaldumbide resulte un poco difuso e impreciso a la vez.

Acierta, por ejemplo, cuando dice: "al suelo que lo vió na-
" cer, ligado se halla tan sólo por el amor. En la pura, incolora
" transparencia de su prosa, nada hay de americano ni de pin-
" toresco, nada de sabores de tierruca o toques de sabor local.
" Ni en su elegante y ceñido discurrir sobre cosas de América
" misma ni en sus hábitos generales de pensamiento y de estilo
" queda nada de nativa primitividad".

¿Este rasgo es individual o específico? El escritor se engolfa en una serie de consideraciones o generalizaciones acerca de la América y prescinde de darnos la clave de lo que nos interesa. ¿Por qué Rodó no ofrece el cachet de su medio inmediato?

El vacío, si lo hay, consiste en considerar a Sud-América como si fuese una entidad geográfica, étnica, intelectual y sentimentalmente uniforme. Se prescinde del matiz que diferencia a los distintos conglomerados, quizá porque la perspectiva histórica no ofrece, vista desde lejos, una desviación inicial apreciable.

¿Por qué la obra de Rodó ha podido ser uruguaya y no brasileña, argentina, peruana o chilena? No creemos que la causa quede circunscrita a Rodó mismo. Hay algo de fuera y consiste en la situación especialísima que ocupa el Uruguay en el concierto americano.

El Uruguay, geográficamente considerado, constituye la internavión del Brasil en el estuario del Plata. Etnica e históricamente gravitó siempre hacia la Argentina, con la cual concluyó por separarse, posiblemente en virtud de lo que ya había observado Horacio: *aceanus disociabilis.*

Suficientemente grande para adquirir un desarrollo económico que le permitirá mantener su independencia política, no lo es al extremo de infundir en la conciencia colectiva el sentimiento de un predominio continental. Libre de todo problema étnico — el Uruguay es la única nación sudamericana que no tiene indígenas originarios — su masa social, relativamente pequeña, se presta sin graves perturbaciones a todos los ensayos. La magnitud de intereses creados no ofrece resistencia aprecia-

ble, y de ahí que innovaciones que alteran la constitución de la familia y hasta la forma de gobierno, se verifiquen sin violencia y sin graves trastornos. En un medio semejante, el pensamiento concluye por emitirse sin reservas mentales. No está supeditado a conceptos básicos, que si bien no suelen aparecer en la superficie, gravitan siempre sobre las ideas. Un chileno o un peruano, por ejemplo, aun cuando hablen de bueyes perdidos, es difícil que no contemplen, en primer término, si lo que dicen puede o no afectar a la maladada cuestión de Tacna y Arica. En el pensamiento argentino o brasileño hay siempre un substratum: la posible hegemonía sudamericana, y con la hegemonía el inevitable choque, no obstante aquello de que "todo nos une y nada nos separa".

Un uruguayo, en cambio, libre de esa impedimenta, puede abarcar todo el horizonte americano, y si algún imperialismo entrevé, no puede ser otro que el conseguido por Rodó: un imperialismo intelectual. Tal es el grito de Ariel. Nación alguna hispano-americana se encuentra en parecida situación. México, Cuba y las repúblicas del centro,es difícil que puedan mirar sin prevención la manaza que agita el coloso del Norte, aun cuando la tienda con la más efusiva cordialidad. ¿Quién asegura que mañana, en vez de estrechar, apriete?...

Volviendo al trabajo del señor Zaldumbide, cabe agregar que, reparos de método y de dimensiones a un lado, en el hecho constituye un valioso aporte al estudio del ¿filósofo? uruguayo, y lo que es más: una apreciable contribución al estudio de las cosas hispano-americanas. Al tratar, por ejemplo, de la oportunidad de la aparición de *Ariel*, sintetiza (páginas 45 y siguientes) con maestría la evolución americana, desde las dormidas aldeas coloniales, hasta el período de las clases sociales improvisadas e instables, donde todo es huecor, ignorancia, premura.

Por el amor de Dios... por *Luis Dobles Sagreda*, Heredia, Costa Rica, 1918.

Es un tomito que contiene cinco bocetos de pordioseros populares—según parece—en la ciudad de Heredia. Desde las primeras líneas se simpatiza con este librito porque su estilo encuadra perfectamente con el tema. Ni frondosa adjetivación ni sentimentalidad cursilera. Son cuadros de la vida real, dialogados con bastante gracejo.

Un rasgo que merece anotarse. Este libro que, según una nota, ha sido editado por la Sociedad de Señoras de San Vicente de Paul, para socorrer a sus pobres, contiene un vocabulario de tal naturaleza, que entre nosotros, no sólo no lo hubiera aprobado la autoridad eclesiástica, pero, ni siquiera la dirección de *La Novela Picaresca*. El diálogo que aparece en las páginas 36 y 37 no sería posible transcribirlo en las páginas de NOSOTROS sin exponerse al encrespamiento de la epidermis de sus lectores.

Ahora bien, ¿somos acaso, más pudibundos que las damas de Heredia? No nos parece. Lo probable es que esos vocablos tengan en Heredia una acepción diferente. Pero si así fuera, hay que convenir en que el pan-americanismo fundado sobre la comunidad del idioma es un puro fantasma, porque nos resulta más accesible *La Celestina* y ciertos párrafos de la *Tía Fingida*, que el lenguaje popular de Heredia. En fin, si al señor Sagreda le sobra tiempo, espero que se dignará sacarnos de dudas.

Rodó y Ruben Darío, por *Max Henriquez Ureña*, Sociedad Editorial Cuba Contemporánea, 1918.

Darío y Rodó, con la probable inclusión de Amado Nervo, llenan hoy por hoy el escenario intelectual sud-americano. En general, todos estos trabajos verificados a raíz de la muerte de los autores que se estudian, trasuntan a panegírico. En su gran mayoría, desde las primeras líneas, asoma la hilaza del apologista. Y no podría ser de otra manera, porque, como dice muy bien Azorín al referirse a Menéndez Pelayo, "hay como una cierta desconsideración en hablar de una figura insigne en tono meramente crítico, cuando todavía está reciente el llanto por su muerte derramado". (1).

¿Será esta la causa que impide, así de inmediato, precisar el contenido de estos conceptos que se presentan y se repiten como si fueran el eje medular, el principio activo de las grandes obras

---

(1) ¿Por qué será que esta frase de Azorín nos ha sugerido aquel admirable pasaje de Hamlet:

A little, or ere those, shoes were old
With vohich she fallow' ing poor father body...

Acto 1ª Escena 2.ª

a que nos referimos en la nota dedicada al señor Zaldumbide?

Así en esta conferencia el señor Ureña presenta a Rodó como la encarnación del ideal sud-americano. Es el mismo Rodó "el que vendrá", y vendrá para informarnos sin descastarnos.

Es probable que la eficacia de estas frases, a semejanza de muchas otras, estribe en su misma inconcreción. Es un anhelo, un ansia, un vago propósito de general confraternidad que se ubica en el futuro, conservando, empero, sus rasgos originarios. El señor Ureña, por ejemplo, no obstante llamarse Max, y de llamar a sus hijos Boby, Molly o Mary, conservará la tradición de los Ureña.

¿Es esto posible?

Estúdiese con serenidad la transformación que se va operando en todos los órdenes de la vida colectiva, y se observará que lo que "agita" los espíritus, lo nuevo, es idéntico en todas partes. La legislación universal tiende a basarse sobre principios semejantes, desde el Japón a Cuba. Toda la armazón legal derivada del derecho romano, tiende a quedar en los códigos como venerable reliquia. Centenares y centenares de disposiciones que no encuentran aplicación en la vida moderna, se van substituyendo por otras que, si no son idénticas en la letra, se unifican en su espíritu.

Es que la humanidad, poco a poco, ha concluído por darse cuenta de que la solución de problemas políticos de mera forma, no multiplica los granos de arroz que exige el puchero de cada día. Con el sufragio universal, no se cuecen los garbanzos.

De ahí que desearíamos algo más concreto que los brillantes párrafos contenidos en el capítulo VII de la conferencia del señor Ureña. Desearíamos saber cómo es posible armonizar voluntariamente, en la "Magna Patria", la coexistencia del máximum de libertad individual con el máximum de cohesión social. Vivir a la vez libres y unidos.

La solución ¿consistirá en factores negativos o positivos? ¿Quién se aproxima al *"reformarse es vivir"*, de Rodó? ¿El que no bebe, el que no fuma, que no come carne, que sofrena todos sus deseos, o el que anhela gozar de todos los bienes que la naturaleza atesora y la inteligencia pone a su alcance? Y en tal caso, ¿quién es el encargado de asumir la tarea de asignarle a cada cual la cuota parte que "en justicia" le corresponde? ¿Dónde está el cartabón?

Y este cartabón de la futura "magna patria" ¿en qué se diferenciará del que adopten en el norte o en el oriente?

Confesamos, sin embargo, que la orientación corriente se encamina hacia soluciones positivas, aun cuando, en el hecho, el puerto terminal sea una simple recalada forzosa de donde el primer vandaval precipitará la zafadura y el bajel continuará su marcha, como hasta ahora, a merced de las olas.

Volviendo al comienzo de esta nota, cabe agregar que las conferencias del señor Ureña llenan por completo su propósito. Comentan e informan. En estilo animado y correctísimo, desfilan el autor y su obra.

Al final de cada trabajo, el lector encuentra un apéndice enumerativo, no sólo de las obras, sino de los diversos estudios que en libros, folletos y artículos sueltos, sus autores han merecido.

Los Inmorales, novela por *Carlos Loveira,* La Habana, Sociedad Editorial Cuba Contemporánea, 1919.

El título es "sugestivo", ¿no es verdad?

Jacinto Estébanez, joven de 26 años, maquinista ferroviario, se despierta en el cuarto número 20 de una fonda de Santiago de Cuba, pomposamente denominada "El Louvre". A pesar del oficio, Jacinto es presuntuoso. Tiene, ¡quién lo creería en un maquinista!, corbatas que armonizan con el traje y hasta color gris perla.

En la misma fonda hay dos "palmitos", y, en tal caso, ¿cómo presentarse? Pues... "trajeado de blanco, con zapatos "amarillos, corbata azul a rayas blancas y flexible jipijapa, que "el taco llevaba en la mano diestra y el cual ligera y displi-"centemente azotábase en la rodilla".

¿Extrañará el lector que en Cuba los simples maquinistas las gasten tan de niño bien?

El autor nos da la clave.

"Para saber quiénes son los pobres y quiénes los ricos — "dice — sólo existe un medio: buscar en las manos las huellas "del trabajo o esperar que, en la vehemente locuacidad criolla, "salte un "haiga", un "puedamos", etc., en franco desacuerdo "con sedas y casimires".

Como se ve, a pesar de la distancia y de la diferencia de

latitud, pese a Montaigne, en algo coincidimos. El "haiga", el "puedamos", el ir "del almacén" y el "abajar", suelen caracterizar allá, como aquí, con más vigor que el *chapeau dernier cri* y el *manteaux* de *velours*.

Pero, sigamos.

Jacinto, no pertenecía a la regla. Huérfano de padres, fué conducido por la familia que lo crió a los Estados Unidos, y después de muchos trajines, con el idioma inglés, adquirió cierta cultura y cierta "mundología".

Bien. Por una oportuna indiscreción de sus compañeras de hospedaje, una dama, Elena y una chiquilla, Esperanza, Jacinto dedujo que no eran de Santiago. Eran viajeras: se dirigían a Caimanera. Salieron a paseo. Jacinto las siguió. Al regreso, la tardanza de un camarero en traer agua, facilita el primer ataque.

—Caimanera — dice el galán — es un lugar muy aburrido.

— Qué importa! — contesta la dama — soy casada.

—Aunque lo sea...

—¿Y el esposo?

—En Nueva York, deseando actualizar metálicamente el porvenir. Ellas iban a casa de sus padres. El palique se intensifica. Hablan de las "yanquerías" y coinciden en sus juicios. Hablan hasta de las "mentiras convencionales" y quedan encantados el uno del otro. En lo mejor del idilio "ideológico" aparece la hermanita, con indumentaria vaporosa. Instintivamente tiene conciencia de su palmito. Adopta un aire de falsa inocencia, y poco a poco va descubriendo su torneada pierna para llamar la atención del joven; pero la seducción emana del "*espíritu*" de la otra y no de la plasticidad infantil de la pequeña. Después de un paseo en que Jacinto "la va" de cicerone, y durante el cual se estrecha el vínculo platónico, llega el momento de la separación.

En el muelle espera el *Benito Stinger*.

—¡Adiós, Elena!

—¡Adiós!

—Escríbame...

—Eso...

Elena pertenece a una familia "*moralmente*" constituída de Caimanera: Don Jaime Blanco, su mujer, Juan y Carlos, con Esperanza, hermanos menores.

El viejo que es un ogro haraganote, borrachín, refunfuñador y grosero, recibe a la "casada" de mal talante. Era lo tradicional. En la niñez las había tenido así: a cintarazos, a palos, a mogicones, por la más pequeña infracción. Conchita, la pobre madre, no es la que recoge menos espigas de esa cosecha.

Para eso era el hombre, el padre; para eso ellas eran sus hijos y la *"vieja"* su mujer. Al proceder así, se portaba más o menos como los *demás hombres*. La pobre Elena, en cambio, tuvo la desgracia de nacer sensible. Tenía avidez por instruirse y concluye por leer a Blasco Ibáñez, Dicenta, Zola, Tolstoi, Gorki. Después de los pretendientes groseros, aparece José Pérez, estudiante de medicina, que cursaba sus estudios en los Estados Unidos. Se casan y se la lleva. La noche de bodas, en alta mar, no resultó ni idílica ni edificante. Consecuencias: el despego, a pesar de los esfuerzos para quererlo. Una separación condimentada de lágrimas y besos y mil promesas de abrazarse efusivamente en Cuba.

Abreviemos. Elena, a pesar de las reticencias, concluye por escribirle a Jacinto, eso sí, una carta nada pecaminosa. Disputa con su padre y concluye por abandonar el círculo "moral" de su familia y emprende viaje para Guantánamo, donde se encuentra el maquinista, y allí, al quedar sellada con un beso la amorosa alianza, ambos — Jacinto también era casado — rompen el círculo de la moral corriente y entran en la *bolgia* de los *inmorales*.

Un matrimonio de este género no puede vivir tranquilamente en el lugar donde se celebra. Tuvieron que emigrar y se refugiaron en Panamá. Allí todo se presentaba favorable a la dicha del matrimonio *natural*. Buen sueldo, trabajo soportable, trato con familias cubanas, entre las cuales sobresalía la de don Saturnino Ramos, capitán de guerrillas españolas, en la guerra de la Independencia, y que después tuvo que emigrar por traidor. A este simpático título se le agregaban otros no menos atrayentes: ruletero, contrabandista, importador de carne blanca y productor de cuarterones en contubernio con una mestiza haitiana de los arrabales, no obstante su matrimonio canónico, transformado, a causa de los mulatitos, en simple convivencia social. La familia Ramos, mujer, una cuñadita preciosa y dos hijitas, con el jefe a la cabeza, era, se supondrá, fanáticamente católica, y de ahí que la simpatía que despertaba el "joven ma-

trimonio cubano" recién llegado, se amortiguaba en presencia de su poco apego al ritual religioso.

A don Saturnino, viejo vicioso y corrompido, esa indiferencia religiosa, lejos de importarle un comino, azuzaba sus instintos lúbricos.

En el seno de tan respetable familia conocieron otros ejemplares que no abonan en pró de la inmigración cubana. "Chicha", la mujer de un cocinero catalán, que según la católica lengua de los Ramos, no coronaba de laureles a su marido. Pedro Rosales y su mujer Matilde, una real moza, que sufragaba los gastos de la familia.

La felicidad, la perpetua luna de miel de aquellos caídos, quién sabe de dónde, avivó la maledicencia de aquel almácigo de virtudes. Chicha encendió la pajuela. —Claro: ¡quién sabe qué remordimiento los tiene tan mansitos. — Desde luego, subraya la resignada consorte del ínclito don Saturnino: —Yo no sé nada... no digo nada... no creo nada; pero, a los malos, a los inmorales, les gusta mucho hacerse los buenos. La incógnita no era posible que continuase. En Panamá cayó un grupo de trabajadores que Jacinto había acaudillado en Camaguey. Muchos conocían su vida y se encargaron de difundirla. Consecuencia: puertas cerradas en lo de Ramos; Chicha, al toparse con ellos en la calle, "se hizo" la que no los vió. Matilde a fuer de buena consejera y amiga, le dijo que don Saturnino estaba furioso. ¡Miren ustedes, introducir de contrabando, a él, maestro en piraterías, una querida en su ejemplarísimo hogar!

El hecho, sin embargo, de que los cánones de la moral corriente le impidiesen recibirla en su casa, no se oponían a que intentase introducirse en la de ella. Merodea, atisba, sitia, sin resultado, hasta que tropieza con la "perversa" en plena calle. La detiene, a su pesar. La ataca con fisgas. Con que cuida la comida del *dichosón*, ¿eh? — Déjeme pasar. — Sí, *te* voy hacer el gusto, no *te* apures, "nos conocemos". La joven se indigna. —"Sepa usted que aunque no soy casada con Jacinto, me considero más digna y más honrada de lo que usted presume, y esa conciencia de mi dignidad y mi honradez me da el valor necesario para afrontar todo lo que venga, bueno o malo, bien intencionado o canallesco".

Ante semejante apóstrofe, la dignidad de don Saturnino se eleva a la quinta potencia. ¡Hablar de "canalladas" en pre-

sencia de un ex ruletero, ex traficante de carne sonrosada, ex guerrillero y proveedor en actividad de lustrosos mulatitos "pan-haitianos!" ¡Qué desvergüenza!

El incidente se prolonga. Rueda de curiosos. Llegada de Jacinto. Intercambio de epítetos. Caladura de la beatífica mollera del insigne don Saturnino, y ¡a la Jefatura!

El proceso fué largo, y como todos — el médico, el policía, el juez — estaban envueltos en la red de la inocente "víctima", se le trató con rigor. Encontrándose en la prisión uno de los compañeros de Camaguey, José Navía, le hace saber a Elena que Jacinto es casado, cosa que hasta entonces él no había confesado. A los cuatro meses sale en libertad, busca trabajo. Lo encuentra en una ferretería; pero allí apareció la silueta del galeno que remendó las descalabraduras del pobre don Saturnino y le obligó a huir, previo un puntapié aplicado con todas las reglas del arte. Se mete a periodista, pero el director de *El Ciclón*, nietzchiano y todo, tuvo que optar entre sus intereses y el compañerismo. Le dió quinientos pesos con tal que alzace los petates. Así lo hicieron y se instalaron en Antofagasta. El cuadro que de esta ciudad chilena traza el autor, no es muy seductor. "Como socialista culto y sincero — (dice pá-
"gina 261) — sufría viendo los fracasos, las persecuciones, las
"matanzas al por mayor de que eran víctimas los obreros de
"aquella rica, extensa y laboriosa región minera, por causa de
"los caudillos ácratas y socialistas, indoctos, importados, irres-
"ponsables..." Tres años y pasan a Lima, donde residen otros tres. El cuadro limeño tampoco tiene nada de agradable. ¿Movimiento obrero? Sí; el castrado por la influencia clerical, el de gremios bajo la advocación de un fetiche cualquiera, el comparsa del carnaval político de partidos y gobernantes aristócratas y reaccionarios. De Lima a Guayaquil; de Guayaquil a Durán; por último, de regreso a la Habana, contándonos de paso el final de los otros personajes.

En la Habana, un amigo, chauffeur, Caín, sintetiza la moral del tiempo.

—"¿Ves ese viejo barrigón y colorado que va en ese "Chandler" con su mujer y sus dos hijas?

Pues es un senador que se interesa por las casas donde acuden "chiquitas". Me preguntó si conocía alguna. Lo conduje, y después de permanecer algunas horas, salió muy apu-

rado, se cercioró de que nadie lo veía y exclamó: ¡al senado, al senado!, donde los inmorales prohijan la ley del divorcio. Eso es lo que hay que hacer: convertirse en algo gordo, para poder imponerse al mundo y, entonces, dejarás de ser inmoral.

Como se habrá podido dar cuenta el lector, se trata de una novela tendenciosa. Su propósito consiste en demostrar que quienes social y legalmente se ajustan a la más rigurosa moral, resultan inmorales y... vice-versa. La cuestión ya se comprende, no es nueva. Léase *La Etapa*, de Paul Bourget, y tendremos la tesis contraria. ¿Cuál es la verdadera? Por ahora no nos interesa saberlo, porque no tenemos por delante un tratado de moral, sino una obra de arte. Y bien, en tal sentido, la obra del señor Loveira no impresiona: Su mismo género, realista con tendencias al crudo naturalismo, llega un poco "arrierée". Preocupado en *demostrar*, el autor rara vez se abandona.

De todos los tipos escogidos de exprofeso para justificar lo que de antemano se propone, el único que concluye por imponerse, "por hacerse simpática", como dicen las lectoras de taller, es Elena. En cuanto a Jacinto, la tesis que sustenta la desmiente con sus propios hechos. En efecto: ¿Por qué no le confiesa desde las primeras de cambio a su futura esposa natural que él es casado? ¿No hay mogigatería y hasta cobardía de su parte? Si la verdadera moral debe fundarse sobre la verdad y la sinceridad, ¿por qué oculta un hecho tan grave al ser que más quiere? Agréguese que el estilo no es artístico. Difuso, digresivo, entrecortado, rara vez se encuentra un párrafo que revele la garra del verdadero escritor.

Sin embargo, la obra se lee y se lee por cierta sinceridad, por ciertas atinadas observaciones, por el comentario que le sugieren al mismo autor determinadas situaciones, pues muchas veces tiene razón.

Y al hecho de haberla podido leer sin doblar las hojas de diez en diez, débese este comentario.

El Cofre de Psiquis, por *Gregorio Reynolds*.—La Paz (Bolivia) 1918.

En un volumen bastante bien impreso, nos presenta el autor un conjunto de sonetos prologados por el señor Daniel S. Bustamante.

El prologuista considera que el señor Reynolds es un poeta intuitivo, y agrega: "Sí, porque, no es sabio ni pedante: le falta mucho de cultura clásica, de estudios profundos, de disciplina histórica y filosófica y porque no pretende lucir lo que no sabe".

Este párrafo origina una corriente de simpatía hacia el poeta. ¿Será cierto, por fin, se pregunta el lector, que la mitología incásica ha sustituído a la pagana y que los paisajes y los seres de la virgen América ocuparán el espacio que por tantos siglos han usufructuado el Olimpo, el Parnaso, el Eurotas, Carón y su barca?

Antes de comprobar si era exacto lo afirmado por el señor Bustamante, cayó en nuestras manos un libro del señor Federico More, titulado *Gregorio Reynolds y Leonidas Yerovi*.

En la página 19 de este estudio se lee:

"Reynolds, como Darío, seguramente ha conversado alguna vez con los Tindáridas, los de los caballos veloces. Y Castor y Polideo deben haberle dicho cosas que la historia aún calla".

Y a la vuelta:

"Este Reynolds, que tanto enloqueció en los baños de las ninfas, allá en los remansos prestigiosos de Tesalia, y, que, buen pugil y hombre completo, habría sido capaz de intentar el rapto de las Amazonas, sabe también de los banquetes de Lúculo, de los baños de Caracalla, de las fiestas de Nerón y de los epigramas madrigalescos de Petronio, cuando se burlaba del númen imperial. No son ajenas a su paladar las perlas trituradas que Cleopatra invitó a Antonio y siente que sobre su cabeza caen las rosas que en sus festines puso, pluvialmente Nerón, cuando se enamoró del gracioso Pitágoras".

Todo el contenido del libro se mantiene más o menos en el mismo tono, es decir, tres o cuatro octavas por sobre el pentagrama rioplatense, y, como es de suponer, me aguó algo el entusiasmo suscitado por el señor Bustamante.

Porque, ¿en qué quedamos? ¿Es un intuitivo o un simple viajero, que después de haber libado olímpica ambrosía "aterriza" en la meseta boliviana?

Para salir de dudas hay que recurrir al libro, y para que no se nos tache de prevenidos deferimos el fallo al lector, sumi-

nistrándole al efecto un elemento de juicio entresacado al azar: el segundo soneto, que dice así:

El soneto es hierático recinto
de amplio arquitrabe y peristilo de oro,
donde la musa del gentil decoro
nos enseña el glorioso laberinto.

El vate esculpe con fervor sucinto,
las cláusulas de ritmo altisonoro
de la forma inviolable y del tesoro
de la idea, en el pórfido de un plinto.

Ya es la presea que en catorce aristas
burilan con esmero los artistas
ungidos por las aguas de Hipocrene.

O el vaso de minúsculo volumen
que en la liturgía del decir contiene
el manantial armónico del númen.

Después de esta muestra, no es aventurado afirmar que el señor Reynolds, no es un intuitivo. Ahora bien, como casi todos los sonetos que contiene el volumen, exteriorizan el afán erudito, el ansia de evocar cosas lejanas por el solo hecho de habernos repetido que son bellas, a poco de comenzada la lectura se experimenta esa sensación de fatiga que producen algunas mujeres bonitas, cuando adivinamos que ciertas cosas que les *quedan bien*, son producto del artificio. Con esto, claro está, no queremos decir que los versos del señor Reynolds sean malos. Al contrario, los hay de muy buena factura, pero, en general, repetimos, se palpa la ausencia del rasgo íntimamente sentido y sinceramente expresado. Constituye la antitésis de nuestro Fernández Moreno, que con dos versitos "alborota" todo lo que podría llamarse nuestro archivo sensorial.

LUIS PASCARELLA.

FILOSOFIA

Haeckel

Murió a los ochenta y cinco años el gran naturalista, en esa misma ciudad de Jena en cuya universidad profesara en la cátedra de zoología durante cincuenta y cuatro años seguidos, ciudad más famosa, a justo título, por los pensadores y hombres de estudio que produjera que por la batalla napoleónica que en ella se librara.

Haeckel ocupará un sitial elevado en la historia de las ciencias naturales. Para completar, imponer y popularizar las doctrinas transformistas, su contribución fué de primer orden, por no decir decisiva.

Al contrario de otros hombres de ciencia que hablan y escriben en una jerga bárbara, incomprensible al común de las gentes, Haeckel hablaba y escribía en un lenguaje clarísimo y sencillo, al alcance de todo hombre poseedor de cierta cultura general, sin dejar, por eso, de ser fuertemente original. El mismo dijo: "el triunfo más glorioso del espíritu humano, es decir, el conocimiento verdadero de las leyes más generales de la naturaleza, no debe continuar siendo propiedad privada de una casta privilegiada de sabios; debe convertirse en patrimonio común de la humanidad entera", generosa idea que por su parte trató de llevar a la práctica difundiendo las doctrinas evolucionistas, cuya excepcional importancia en la historia del pensamiento humano destacó. "La doctrina genealógica — dice Haeckel — nos permite, por primera vez, reducir a una sola ley el conjunto de todos los fenómenos orgánicos de la naturaleza y asignar una causa única al mecanismo infinitamente complejo de este mundo de tan variados fenómenos". "Bajo este aspecto — agrega Haeckel — la teoría darwiniana se coloca al lado de

la teoría newtoniana de la gravitación, si no es superior a ella"

Haeckel llamaba "darwinismo" propiamente dicho no a la teoría de la descendencia — en la que le habían precedido algunos precursores de gran mérito como Lamarck, Saint-Hilaire, Oken y Goethe — sino a la teoría de la selección natural — en la que después que Haeckel escribiera la *Historia de la creación de los seres según las leyes naturales*, varios naturalistas ingleses descubrieron algunos precursores.

Ahora bien: actualmente, del núcleo de doctrinas darwinianas, justamente la parte más discutida es la referente a la selección natural, cuyo papel, como creadora de nuevas especies, parece ser menos importante que el que le asignara el insigne naturalista inglés. En cambio, en lo que Darwin permanece inconmovible es en la concepción de la lucha por la existencia, verdadero eje de sus doctrinas.

Haeckel no sólo extendió el concepto de la selección natural a todas las plantas y animales sino, también, a la especie humana. Advirtió, sin embargo, que se operan selecciones artificiales debido a la influencia nefasta de instituciones anacrónicas, como la institución militar. Por ser tema de palpitante y trágica actualidad no podemos resistir a la tentación de reproducir sus palabras:

"Completamente en oposición a la selección artificial de los indios y de los antiguos espartanos, se hace en nuestros modernos estados militares la elección de los individuos para el reclutamiento de los ejércitos permanentes. Consideramos esa elección como una forma especial de selección, y le daremos el nombre muy exacto de "selección militar". Desgraciadamente, en nuestra época, más que nunca el militarismo juega el primer papel en lo que se llama civilización; lo más selecto de la fuerza y de la riqueza de los Estados civilizados más prósperos es desperdiciado para poner ese militarismo en su más alto grado de perfección. Al contrario, la educación de la juventud, la instrucción pública, es decir, las más sólidas bases de la verdadera prosperidad de los Estados y el ennoblecimiento del hombre, son descuidados y sacrificados de la manera más lamentable. ¡Y eso ocurre en los pueblos que se precian de ser los representantes más distinguidos de la más alta cultura intelectual, que se creen a la cabeza de la civilización! Sabido es que para robustecer lo más posible los ejércitos permanentes, se elige para una vigorosa cons-

cripción todos los hombres jóvenes, sanos y robustos. Cuanto más vigoroso, más sano, más normalmente constituído es un joven, más probabilidades tiene de ser muerto por los fusiles de aguja, los cañones rayados y otros ingenios civilizadores de la misma especie. Por el contrario, todos los jóvenes enfermos, débiles, afectados de vicios corporales, son desdeñados por la selección natural; quédanse en su casa en tiempo de guerra, se casan y se reproducen. Cuanto más enfermizo, débil, desmedrado es un joven, más probabilidades tiene de escapar al reclutamiento y de fundar una familia. Mientras que la flor de la juventud pierde su sangre y su vida en los campos de batalla, el desecho desdeñado, beneficiándose de su incapacidad, puede reproducirse y transmitir a sus descendientes todas sus debilidades y todas sus enfermedades. Pero, en virtud de las leyes que rigen la herencia, resulta necesariamente de esta manera de proceder, que las debilidades corporales y las debilidades intelectuales, que son de ellas inseparables, deben no sólo multiplicarse, sino más bien agravarse. Por este género de selección artificial y todavía por otros, se explica suficientemente el hecho desconsolador, pero real, de que en nuestros estados civilizados, la debilidad del cuerpo y del carácter está en vías de acrecentamiento, y que la alianza de un espíritu libre, independiente, con un cuerpo sano y robusto, sea cada vez más rara."

Más adelante añade: "esta *civilización humanitaria* considera la cosa más natural del mundo y admite sin murmurar que a cada explosión guerrera sean sacrificados centenares y millares de jóvenes vigorosos, los mejores de su generación, al azar de las batallas y ¿por qué, pregunto, es sacrificada esa flor de la población? Por intereses que no tienen nada de común con los de la civilización, por intereses dinásticos completamente extraños a los de los pueblos a quienes se lanza a degollarse sin piedad,"

Y a pesar de estas "selecciones a la inversa" — como se las ha llamado apropiadamente — Haeckel termina opinando que, a igual de lo que acontece en el mundo de los restantes seres vivos, " la selección natural es el principio transformador más poderoso" "la más potente palanca del progreso", "el principal agente de perfeccionamiento" de la especie humana, aberración doctrinaria que conduce a legitimar el imperio de las castas sociales, con todas las enormes calamidades que determina, entre ellas

la guerra, que Haeckel ha combatido en los vigorosos párrafos que acabamos de transcribir.

Con este concepto, monstruosamente equivocado, y con su convicción de que "el progreso constante de la civilización en el perfeccionamiento de los ejércitos permanentes, las guerras serán, naturalmente, más y más frecuentes", acaso se cohoneste — sino fuera más humano atribuirla a su extremada vejez y a la exagerada devoción que el alto profesorado germánico guardó por el gobierno vigente en Alemania, devoción tan duramente denunciada y combatida por Schopenhauer — su firma al pie del famoso manifiesto imperialista de las celebridades alemanas. Y por una coincidencia, tan singular como honrosa, cabe a un ilustre biólogo alemán, Nicolai, profesor en la universidad de Berlín, la gloria de echar una vez más por el suelo, en los días que corren, esta degeneración aristocrática de las teorías biológicas y evolucionistas, subrayando con un noble gesto pacifista, en medio de la terrible tormenta bélica, el profundo arraigo íntimo de sus convicciones. Anteriormente el naturalista inglés Wallace, — que enunció el principio de la selección natural con antelación a Darwin — ha escrito en una de sus obras de aliento (*El Mundo de la Vida*) que la selección natural será aplicable a la especie humana cuando la constitución de la sociedad se modifique substancialmente en el sentido de ofrecer mayores oportunidades económicas al libre desenvolvimiento de todos los hombres. Numerosos investigadores probaron posteriormente con un arsenal de documentos, la veracidad indudable de este aserto.

Siempre guiado por el concepto darwiniano, Haeckel emprendió importantísimas investigaciones de filogénesis y antropogenia. Enunció aquella ley, confirmación brillante de la teoría transformista, que establece que la evolución individual u ontogenia es un resumen muy abreviado de la evolución de las especies o filogenia, ley ya entrevista por su sabio maestro Müller y por Serres.

Impregnado de un fuerte e ingenuo optimismo científico y dotado de una imaginación viva y audaz creyó encontrar las soluciones a todos "los enigmas del Universo". Trabajó igualmente, a favor de un sistema de filosofía monista.

Entre otras cosas, refutadas ya, imaginó un ser hipotético que, situado en el fondo de los mares, hubiera sido el origen de la

vida. Creó, al margen de los clásicos reinos de seres orgánicos, el vegetal y el animal, el reino de los protistas, que abarcaría a las formas más inferiores y humildes de vegetales y animales

Esta información sumaria y muy imperfecta tiende a demostrar que, a despecho de sus errores y de sus ilusiones, Haeckel enriqueció con aportes valiosos el capital de la ciencia y su nombre, por esto mismo, merece transponer los umbrales del porvenir y ocupar un sitio al lado de los grandes maestros de la doctrina de la evolución.

Pí y Suñer

Prosiguiendo el loable propósito de acercar intelectualmente a España y nuestro país, la Institución Cultural Española ha invitado a pronunciar una serie de conferencias en Buenos Aires al sabio profesor de fisiología de la universidad de Barcelona, doctor Augusto Pí y Suñer.

Hasta el momento de escribir estas líneas el doctor Pí y Suñer lleva dichas nueve conferencias. En todas ellas domina un pensamiento central, desenvuelto, aunque mucho más sucintamente, en la bella obra del autor, *La unidad funcional*. De acuerdo a ese pensamiento el organismo, a través de su exquisita y compleja estructura y de sus múltiples actividades, constituye, en el fondo, una sola unidad funcional; existe una correlación estrechísima entre todas las actividades orgánicas, correlación que se amplía y diversifica gradualmente, dentro de la general armonía, desde la que tiene lugar entre célula y célula, y, más allá aún, entre las micelas de una misma célula, hasta la implicada en las más altas funciones del sistema nervioso.

El doctor Pí y Suñer es discípulo y colaborador conspicuo de Turró, el sabio español que con sus investigaciones acerca de los *Orígines del conocimiento* ha contribuído a abrir un nuevo sendero a los estudios biológicos, revelando la importancia fundamental del reflejo trófico, a punto de creerlo, — fundado en muchas investigaciones experimentales — raíz originaria del conocimiento. El doctor Pí y Suñer, con investigaciones de otros fisiólogos y con las investigaciones propias, muy valiosas, por cierto, ha demostrado cómo el reflejo trófico está en la base misma de la función circulatoria, respiratoria y renal y, en la novena

conferencia ha expuesto sus experimentos, hasta la fecha inéditos, sobre el reflejo trófico que origina la regulación glucémica, suscitador de una exquisita correlación entre el hígado, depósito de azúcar, y los músculos que utilizan ese azúcar en su trabajo. El doctor Pí y Suñer ha puesto de relieve, además, la adecuación maravillosa de los distintos reflejos tróficos a los respectivos estímulos químicos y mecánicos, adecuación que en su precisión y delicadeza nada cede a la de las terminaciones nerviosas de los sentidos clásicos.

Estas investigaciones de la que podríamos denominar escuela fisiológica de Barcelona, ensanchan y completan las iniciadas por la escuela rusa, Pawlow en primer término, ampliada luego, dentro de la misma escuela, con los estudios de psicología objetiva de Bechterew y Kostyleff. La escuela rusa contó como precursor a J. Sétchénoff quien ya en 1863, — según una cita que tomamos del libro de Kostyleff *Le mécanisme cérébral de la pensée* — había escrito: "El pensamiento es los dos primeros tercios de un reflejo cerebral", afirmación que hace medio siglo sólo contaba con una precaria base experimental.

Estamos, pues, en presencia de un verdadero maestro de la fisiología, que posee, como Turró, el don, poco común, de hacer entrar los detalles de la ciencia que cultiva con amor y entusiasmo contagioso, en el cuadro de una vasta y admirable concepción general. En otros términos: se trata no sólo de un vulgar virtuoso de laboratorio, ceñido a un hecho aislado e insignificante, sino de un investigador profundo que relaciona entre sí todos los fenómenos, desentrañando los principios generales que encierran. Gracias a esta cualidad, que le permite remontarse de los humildes detalles a las amplias generalizaciones, es además de un fisiólogo, un filósofo de la biología.

Como conferencista científico Pí y Suñer es de los mejores que hayamos escuchado. Posee una palabra fácil, elegante y mesurada — como si quisiera dar tiempo al auditorio para asimilar los hechos que va exponiendo—; se le escucha con agrado y con creciente interés.

Pí y Suñer cita con frecuencia a los investigadores españoles. Deducimos de estas citas y por lo que ya conocemos que parece comenzar en España un verdadero florecimiento científico, merced a la tenacidad de un pequeño núcleo de estudiosos.

Las disertaciones de Pí y Suñer serán altamente educativas

en nuestro medio y aparte las novedades científicas que contienen tendrán la virtud, en nuestra modesta opinión, de elevar el punto de vista de nuestro profesorado universitario, que desprecia demasiado las teorías y los puntos de vista de conjunto, y que por enquistarse en el empirismo profesional y burocrático vuela muy a ras de tierra, con evidente detrimento del amor a las investigaciones originales y a los principios generales, — en perpetua renovación y enriquecimiento — de la ciencia, esto es, del precioso instrumento mediante el cual el hombre conquista y domina a la naturaleza.

Las doctrinas de Ameghino. — La tierra, la vida y el hombre por *José Ingenieros* (un volúmen de 221 páginas. Editor Rosso. 1919).

Ingenieros resume en este libro las doctrinas de Ameghino. Como muy pocos habrán leído y estarán en condiciones de leer los 186 trabajos que componen la bibliografía de Ameghino, esta obra presta un real servicio a los estudiosos.

Respecto al juicio que pueda merecer nadie mejor autorizado para pronunciarlo que Carlos Ameghino, el infatigable hermano y colaborador de Florentino, quien dice que es esta "la mejor exposición de la obra de Florentino que yo conozca hasta ahora".

Dedicado a los maestros de escuela este libro, desprovisto de todo tecnicismo inútil, escrito con la claridad y el interés que Ingenieros sabe comunicar a cuanto sale de su pluma, se halla al alcance comprensivo de la generalidad de los lectores. Sus páginas ratifican el alto concepto que siempre ha despertado en el mundo científico la obra del egregio naturalista.

Estudios filosóficos por *Carlos Octavio Bunge* (un tomo de 255 páginas). Con una introducción de *Enrique Martínez Paz.*— Edición de «La Cultura Argentina», 1919.

La personalidad intelectual del doctor Bunge comprendía varias facetas. Una de ellas era la filosófica. Y así como el derecho, su especialidad, parecía ser su fuerte — y decimos parecía porque el autor de estas líneas no se juzga competente para avalorarla bajo este aspecto, pero respeta las opiniones ajenas al respecto, entre ellas la del prologuista del libro — la filosofía, singularmente la psicología, constituía su punto débil.

Reune esta obra varios estudios del doctor Bunge, la mayoría de los cuales ya leímos en la *Revista de Filosofía*. No hay capítulo en el que Bunge no exponga una teoría original. Pero ninguna de ellas resiste al menor análisis. Son obras de pura imaginación, no de observación paciente y objetiva. Quien lea, por ejemplo, las "notas para una teoría del instintismo" o "notas para una teoría de la subconciencia-subvoluntad", se convence que el doctor Bunge afectaba un desprecio muy grande por el trabajo de sus semejantes, pues erudito como era, no es de suponer que ignorara las ajenas teorías, algunas de ellas elaboradas por el largo y persistente esfuerzo de varias generaciones de investigadores y sorprende que el doctor Bunge, estudioso de real talento, aspirara seriamente a reemplazar esas sólidas construcciones científicas por sus ingeniosas divagaciones literarias.

ALBERTO PALCOS.

CRONICAS DE ARTE

Pocos años han sido tan excepcionalmente pródigos en producciones artísticas, como éste que corre. No hemos llegado aún al momento álgido de la temporada, que se caracteriza por la apertura del Salón Nacional de Arte, y el número de exposiciones ya realizadas acusa un movimiento artístico jamás superado entre nosotros, y sólo comparable al que existe en las grandes capitales de Europa y Norte América.

Es natural que esa larga serie de exposiciones parti. y personales, cuyas inauguraciones se suceden, unas tras otra, con diferencia de pocos días, o pocas horas, algunas veces, dificulten, en sumo grado, la tarea del cronista; que si bien posee abundante tiempo para ver y estudiar las obras, solazándose con ellas no pocas veces, fáltale espacio para dedicar a cada uno de los expositores la crítica extensa o el comentario minucioso que ellos merecieran. Réstanos, pues, obedeciendo al único propósito que ha motivado en todas ocasiones la redacción de estas líneas, hacer en ellas un resumen, que abarcando los puntos más interesantes de todas las últimas exposiciones, tenga a nuestros lectores al corriente del movimiento artístico de nuestra capital.

Méndez Caldeira. — Con la exposición de las obras de este joven pintor, becado argentino en Europa, de donde regresase últimamente, podemos decir que se inauguró nuestra temporada de arte.

Méndez Caldeira, a pesar de sus esfuerzos, muy encomiables por cierto en un hombre tan joven, no ha logrado interesar a la crítica con sus producciones pictóricas. Nada nuevo, ni superior a las obras que de él conocimos en años anteriores, nos ofrece en esta exposición. Méndez Caldeira, por su po-

co estudio quizá, o porque aún no se han revelado en él las buenas condiciones que hacen a un buen pintor, no logra incorporarse todavía al núcleo de nuestros artistas jóvenes. Poca técnica, falta de composición y crudeza de color, son los defectos que aquí apuntamos y de los cuales se verá libre mediante una tesonera y concienzuda labor.

Fernando Oscar Soria. — También de vuelta de Europa, exhibió este pintor sus obras en el salón Costa.

Nótase algún progreso sobre los cuadros anteriores, que conocimos en una exposición privada que se realizó en La Plata hace tres años. Pero Soria no ha definido todavía su orientación. Hay poca seguridad en el trazo, un condenable descuido en el colorido. La mayoría de sus telas se caracterizan por la poca diafanidad del colorido; dijérase que el empaste se ensuciara a causa de tanto trabajarlo, ofreciendo, además, una serie de problemas que las actitudes técnicas del artista han sido incapaces de resolver.

Thibón de Libian. — Este artista que en varias ocasiones se hiciera acreedor a los elogios unánimes de la crítica por las bellas realidades y doradas promesas que ofrecía su obra, ha realizado una exposición menos interesante que todas las anteriores. Más separado del natural que nunca, torturando la composición de sus cuadros hasta un punto considerable, Thibón de Libián no nos convence con su última exposición ni logra demostrar que haya realizado progreso alguno en los últimos meses.

Tiene este artista, si desea conservar su puesto entre nuestros buenos pintores, que desandar un largo trecho de ese camino por donde le llevara una mal entendida originalidad.

Fray Buttler. — Poseedor de una técnica muy personal y muy de acuerdo con la tendencia mística de su temperamento, que influye decididamente en la elección del paisaje: iglesias, campanarios, viejos claustros o regiones montañosas, vistas y sentidas en la hora crepuscular, Fray Buttler ha realizado una apreciable exposición este año.

Walter de Navazio. — Hay un decidido e indiscutible progreso en la selección de paisajes cordobeses que este año exhibiera Walter de Navazio en las galerías del Retiro. Ha aclarado su visión y vigorizado su técnica. Hay más solidez en las masas, más riqueza y variación en los verdes.

Creemos que este paisajista está decididamente orientado. El tiempo y el estudio harán lo demás.

Martínez Vázquez. — Realizó este año su primera exposición. Exhibió una selección de apreciables marinas y algunos interesantes apuntes del natural, al lápiz. No es posible aventurar juicio alguno sobre la obra de este artista, pues si bien se descubren en ella los defectos de un pintor que por primera vez se presenta en público, también hay cualidades muy apreciables, especialmente en las marinas.

Augusto Marteau. — Otro artista que se inicia este año con una exposición personal. Algo monótona la coloración de los paisajes. Abuso de los verdes y floja la composición. Sin embargo, se descubre, en tres o cuatro telas, dotes apreciables de paisajista. No ha realizado todavía, obra alguna que pueda considerarse como un esfuerzo definitivo.

Felipe Troilo. — Ha sacrificado la calidad a la cantidad, desvalorizando el conjunto de cuadros que componían su exposición. Demasiado monótono el color. Hay un decidido abuso de amarillos al esforzarse por pintar efectos de sol. Una observación más íntima de la naturaleza le descubrirá mayor riqueza de gamas. La composición no ha sido bastante cuidada. Hay, unas veces, líneas paralelas que desequilibran el cuadro, y otras, una simétrica ondulación del terreno que resta naturalidad al paisaje.

Domingo Viau. — Junto a dos interesantes "interiores" exhibió una bella serie de paisajes. Posee una justa medida de los valores, entona con acierto las masas anchas y chatas con que compone sus cuadros, equilibrando los planos. Sus cróquis al lápiz, componen una valiosa colección y documentación para un paisajista que prefiere como tema para sus cuadros los que le brinda la vida cotidiana de las grandes ciudades. Desearíamos ver esos dibujos, trasladados a la plancha. Domingo Viau tiene cualidades de aguafortista.

Nicolás Lamanna. — Es este artista, el único escultor que hasta este momento haya realizado este año, una exposición pública de sus obras. Labor sin pretenciones de transcendentalismo, ésta que viene realizando Lamanna, ofrece una encomiable honestidad artística. Dos o tres de las cabezas últimamente expuestas acusan una orientación sana y revelan una

amplia concepción de los verdaderos alcances del arte escultórico.

Raúl Mazza. — Como bello resultado de su asidua labor, Mazza ha logrado ofrecernos una interesante y valiosa exposición de sus obras. Hay más vigor en su brocha y es más rica su paleta. Acusa, sin embargo, algunas indecisiones. Dijérase que este artista hállase, actualmente, en un período de transición, que será, no lo dudamos, provechosa para la obra futura de este pintor.

Ramón Silva. — Fallecido prematuramente, cuando aún no había logrado plasmar en sus producciones artísticas, todos sus anhelos y sus visiones interiores de belleza, Ramón Silva nos lega, de cualquier modo, una obra apreciable. No tendrá ella todo el valor estético que su infortunado autor le aquilatara; mas es, en todo caso, un ejemplo digno de recordarse el de ese joven pintor, que tras una ilusión, quizá equivocada, luchó continuamente para imponerse, alentado siempre por un ansia incomprendida y por una confusa visión, que en los momentos, quizá, en que ella iba a definirse, sirviendo de orientación al artista, quiso el destino inexorable que la vida le fuese arrebatada.

Hugo Garbarini. — Quizá, con el afán característico de todo aquel pintor, que por ser joven le sobran no pocas energías, Hugo Garbarini nos ofrece una extensa exposición de obras en las que su autor ha ensayado varios de los métodos usados por los pintores. Así contemplamos, al lado de un aguafuerte, un pastel o una gouache para descubrir, más allá, un lienzo al óleo. Y es que en esta primera exposición que realiza Garbarini, está toda su labor de los últimos tres años. Labor seria, de estudioso, de quien trata de acercarse al natural sin descuidar por eso la atención que la técnica exige. Es un esfuerzo encomiable, por lo serio y bien orientado, éste con el que Hugo Garbarini ha iniciado sus exposiciones.

Pons Arnau. — En el salón Müller, exhibió este pintor español, 55 telas en total. Pintor apreciable de figuras, se destaca también en el paisaje, especialmente en el que es característico de las sierras de Guadarrama, con sus encarpadas rocas, sus pinos milenarios y sus montañas eternamente blancas.

Podemos decir que Pons Arnau, en esas bellas e interesan-

tes telas, nos ha traída una visión de España que la mayoría de los argentinos desconocíamos.

Eugenio Daneri. — Salvo muy contadas telas, de las que componen la exposición realizada por este artista en el Retiro, el resto se nos antoja, pobre de color y de dibujo. Defecto de paleta, de visión, o de técnica, los paisajes de Daneri, no logran interesarnos. Este artista no ha penetrado en el alma de la naturaleza ni tampoco ha descubierto las coloraciones con que la luz la viste. No basta con manchar telas, dibujando al descuido éste o aquél árbol, es menester respetar el color, en la expresión de sus armonías y contrastes, para obtener un cuadro que sea un reflejo, aunque pálido, de lo que ven nuestros ojos y sienten nuestros corazones.

Miguel Carlos Victorica. — Sería injusto negar temperamento a este artista. Quizá su manera de encarar las cosas, no se avenga con la que nos caracteriza a la mayoría de los hombres; pero Victorica dentro de una tendencia muy individual, ha logrado interpretar y pintar, con singular acierto, algunas figuras.

Hay cierto desaliño en su técnica, no siempre limpia, y una como deformación en las figuras. Pero, por sobre estos detalles, surge la personalidad del artista, reflejada en telas como *Retrato del escultor Madariaga* y *El collar de Venecia.*

Gavazzo Buchardo. — Orientado hacia los más altos propósitos de la pintura decorativa, este artista realiza en lo posible, los preceptos con que explicara su obra, su maestro Maurice Denis, recordando a sus detractores, que la pintura debe respetar lo plano de la superficie sobre la cual se pinta; es decir: que el arte decorativo, no lleva como finalidad el producir relieve ni hondura alguna, respetando, así, a la arquitectura.

Gavazzo Buchardo, decorador, antes que nada, lleva como preocupación principal, obtener el mayor grado de efecto decorativo mediante una serie de masas que componen las superficies chatas. El esfuerzo revelado por este artista en su primera exposición, es encomiable. Hay, especialmente en el dibujo de sus cuadros de composición, una idea muy apreciable del valor decorativo de la línea. La crudeza del colorido choca y desconcierta algunas veces, pero el propósito puramente decorativo que persigue su autor se destaca aún en ese medio inapropiado; puesto que siendo el arte del decorado una ma-

nifestación subalterna al de la arquitectura y un complemento de esta última, sólo pudiéramos apreciar sus cualidades si se nos presentara en un marco apropiado, bajo los capiteles o entre las columnas que por su línea o color le corresponden, y no así, contra el desamparado y frío muro de una sala de exposición.

Edouard Morerod. — Este malogrado artista suizo, cuya muerte prematura, anunciada hace pocos días por telégrafo, acaeció en su casa de Lausanne, mientras se realizaba en esta capital la primera exposición de sus obras, era uno de esos pocos pintores extranjeros, que a pesar de haber nacido en un país nórdico, habían logrado comprender el espíritu de las gentes peninsulares. Era, al decir de la crítica europea, "el más castizo de todos los pintores extranjeros".

Las telas y cartones que exhibiera en Buenos Aires, revelaban un temperamento observador, más dado a investigar en aquellas escenas que pudieran ocultar un problema psicológico, que en las que ofrecieran problemas de luz, de color o de línea. Su nombre poco conocido en nuestro país, hizo que su exposición pasara casi inadvertida para la mayoría del público. Era joven aun, y su fallecimiento es una pérdida sensible para su país de origen, la pequeña República Suiza, donde su tendencia contaba con un núcleo de admiradores.

Antonio Alice. — De vuelta de su viaje al Brasil, este pintor argentino, realizó una exposición de sus obras en las salas Witcomb. Había verdadero interés en conocer los paisajes que Alice había pintado en la capital fluminense y sus alrededores.

Las telas que nos ha ofrecido Alice este año, si bien señalan una ventaja apreciable a las que de él viéramos en años anteriores, no logran imponerse a nuestro público con la fuerza que debieran. La última exposición de este pintor, no provocó comentario alguno en nuestros círculos artísticos. Se esperaba algo más original, más característico del lugar donde pintara sus telas. Alice, en cambio,—cuestión de temperamento quizá,—no parece haber sabido transmitirnos la sensación que él debe forzosamente haber experimentado, de un paisaje tan rico y cálido de color como el que hace de Río de Janeiro, una de las más bellas ciudades del mundo. Nos muestra, en cambio, una serie de paisajes, llenos de aire, plenos de luz, pe-

ro que por lo muy vistos y comunes, pudieran ser tomados en cualquier lugar de la tierra. Falta emoción, sensibilidad en esos cuadros, donde aparecen una técnica y una corrección en el dibujo muy apreciables.

Miguel Viladrich. — Es Miguel Viladrich el pintor que este año ha dado, hasta este momento, la nota original y novedosa. No entraremos a discutir si el arte de Viladrich, o mejor dicho, la manera como él lo comprende, significa una tendencia beneficiosa para la alta orientación de la pintura, o si sus efectos pudieran provocar condenables resultados en nuestros jóvenes artistas. Viladrich, con ese amor y esa paciencia de los antiguos pintores primitivos, se dedica a copiar hasta el más pequeño detalle de las figuras o de las ropas que ellas visten, y los traslada a la tela con una semejanza admirable. Conserva, además,—y en esto finca el mérito de su técnica incomparable—una armonía en todo el conjunto que difícilmente, en caso semejante, pudiera lograr otro pintor de nuestra época. Porque sólo es posible tratar fragmentariamente, esas telas tan llenas de pequeños detalles, y la gran dificultad, que Viladrich salva con maestría, está en obtener una fina y armónica impresión de conjunto.

Jorge Bermúdez. — Después de una ausencia de dos años de nuestras exposiciones, vuelve Jorge Bermúdez a exhibir sus obras en el salón Müller.

De su larga estada en el Norte de la República, nos trae una interesante selección de telas en las que ha pintado, con una comprensión del tema y una técnica sobria y vigorosa, tipos de hombres y mujeres aborígenes de Salta, Catamarca y Jujuy.

No hay, entre nuestros artistas, quien, como Bermúdez, interprete con mayor acierto, la figura y la psicología de esas gentes. Esta exposición que nos ocupa, puede considerarse como una de las más interesantes entre las muchas que este año se han realizado entre nosotros, y marca una orientación bien definida a la obra de este pintor, que también se nos revela un gran retratista en varias de las telas que el público ha admirado y que la crítica ha aplaudido sin reticencias.

Ernesto Valls. — Después de una estada de un año entre nosotros, este artista valenciano ha expuesto una colección de cuadros inspirados en motivos y paisajes argentinos.

Es una obra que representa un encomiable esfuerzo, por cuanto significa un cambio completo de visión, al pintar tipos y lugares con los cuales la retina del artista, no estaba familiarizada.

Nos complace ver a pintores extranjeros interesarse por las cosas nuestras, tratando de interpretar nuestras costumbres y paisajes. Hay, en el país, bellos e interesantes motivos pictóricos que pueden servir de inspiración a los pintores europeos, cuya obra, en tales casos, puede aportar una apreciable contribución al arte nacional.

Eduardo Soria. — Con algunas telas pintadas últimamente y no pocas exhibidas en exposiciones anteriores, Eduardo Soria realiza una exposición en las galerías Witcomb.

Crudo de color, artificioso en la composición y en la ejecución de sus figuras, este artista no parece haber hecho grandes progresos sobre su obra anterior. Repite siempre la misma nota, que si bien da monotonía al conjunto de cuadros, no logra dar la sensación de homogeneidad que es menester para que una exposición resulte interesante.

Juan Peláez. — No hallamos, en la exposición de la obra de este pintor, una tendencia definitiva que nos indique cuál es el género pictórico de su predilección. El paisaje y la figura están allí representados en varias telas de diferentes dimensiones. Pero si Peláez dibuja con corrección y con no escaso sentimiento el retrato o la figura, los cuadros que representan paisajes, tomados casi todos ellos en nuestra campaña, no dejan de interesarnos grandemente. Este pintor dueño de un innegable temperamento artístico, pone siempre, en los paisajes que él pinta, sean simples manchas o cuadros ya terminados, una nota de honda melancolía, que ahonda el sentimiento de la naturaleza y nos la presenta, ante nuestros ojos, embellecida por la íntima emoción que el artista experimenta y logra transmitirnos. Tipos de gauchos, ranchos y taperas; esa majada de cabras entre postes y estacas bajo un sol cálido y luminoso, han sido bien observados y bellamente trasladados a la tela.

C. Muzzio Sáenz - Peña.

CRONICA MUSICAL

Por los teatros líricos.

El mundo musical porteño presencia hoy una lucha que recuerda la entablada en París, siglo y medio ha, entre gluckistas y piccinistas. Unicamente los móviles que impulsan a los dos bandos difieren bastante. En la Corte de Luis XIV se disputaban intereses artísticos y nuestros colonistas y coliseístas (¿por qué no: Bonettistas y Mocchi-da Rosistas?), sin importárseles el arte, defienden los intereses comerciales de dos empresas... Cuestión de ambiente y de mentalidad...!

Los coliseístas admiran servilmente lo que hay y sobre todo lo que no hay en el Coliseo. Si se les habla de los decorados, dignos de un teatro por secciones de diez años atrás, de la orquesta incompleta y mala, de los coros reducidos y desafinados, para colmo actuando sin ensayos y sin dirección severa, elogian el elenco, bueno en parte, y los bailes de Ana Pawlova y su "troupe"; si se protesta contra la burla eterna, de prometer estrenos y no cumplir, como aconteció este año con *L'Enfant prodigue* y *Pelleas et Melisande* de Debussy, *Le portrait de Manon* de Massenet y *Ariana y Dionisos* del compositor argentino Felipe Boero, dicen que en cambio se dieron el *Tríptico* de Puccini (¡oh! dolor, estrenado antes en el Colón), y *Mosé* de Rossini, operón estupendo, en que los graves Faraones, los profetas de Israel, Moisés sacando al mundo de las tinieblas, Jehová haciendo retirar las aguas del Mar Rojo, para paso y salvación del Pueblo elegido, cantan o están caracterizados por musiquilla jocosa estilo *Barbero*. Más la indignación de los coliseistas no tiene límite, cuando un crítico imparcial o un amante del arte, les dice que el increíble espíritu de lucro, la deshonestidad artística a toda prueba, el so-

berano desprecio por lo prometido, defectos ya tradicionales en los empresarios Mocchi-da Rosa, con la complicidad de un artista, el maestro Gino Marinuzzi, que no tiene inconveniente en ser instrumento servil de los que le pagan, transformaron el Colón y este año el Coliseo, en una usina, donde el arte se vió vergonzosamente prostituído. La indignación será tanto más fuerte, por cuanto la conciencia de los coliseistas clama la veracidad de los cargos.

Los colonistas a su vez—menos numerosos y menos fanáticos—si se critica el repertorio, no mucho más novedoso que el del Marconi, con la semi-opereta *Lakmé*, el operón *Gioconda*, la vulgarísima *Tosca*, la exhumación—tras un sueño de treinta años, que no debió turbarse—de *Lucrezia Borgia* de Donizzetti (digno *pendant* de *Mosé*), hablan de *Loreley, Aída, Tríptico*, de las promesas, entre las cuales muchas no levantarán el nivel artístico de la temporada; si se reprocha a la empresa su tacañería, que obliga al público a soportar un cuerpo de baile del que se avergonzaría un teatro de género chico, los colonistas elogian la excelente orquesta de 90 profesores, los inmejorables y numerosos coros, los suntuosos decorados, dignos todos de un teatro como el Colón; si se dice que el maestro Vigna es manifiestamente inferior al maestro argentino Franco Paolantonio, que por su talento y su nacionalidad debió ocupar el puesto de aquél, aprueban y recuerdan al maestro Tulio Serafín, eximio director de orquesta, noble y honesto artista, que presenta una obra únicamente cuando está concertada a la perfección—cumpliendo así con el arte y con el público—si algún partidario del bel canto, hace reparos a varios componentes del elenco, el colonista rojo de ira, querrá probar que en el Colón todos son Carusos, masculinos o femeninos, cuando le sería tan fácil contestar—si fueran cuestiones artísticas las que les interesan—que si bien el *teatro lírico*, exige voz por lo de *lírico;* exige drama, tragedia, comedia, por lo de *teatro*: que la voz sin inteligencia no tiene precio en la canzoneta! (en un lied no hay que hablar), que en el drama o la comedia musical moderna, la música comenta escenas que es menester interpretar, pinta caracteres que es necesario comprender psicológicamente; que con poca voz y juego escénico, dicción clara, inteligencia y comprensión musical y literaria, se cumple mejor con el arte, que con bella voz y carencia del tem-

peramento—no entendiendo por tal, los calderones, las melosidades, los gestos ridículos, etc.—Claro es, lo ideal sería que el cantante posea ambas cualidades, ello no muy frecuente, pues las cuerdas vocales suelen crecer con gran perjuicio de la materia gris...!

En esta lucha de mostrador, la posición del crítico imparcial—sin falsa modestia pretendemos serlo—es vidriosa. No quedarse boquiabierto ante las *ejecuciones* del Coliseo, es ser colonista; señalar defectos en las representaciones del Colón, es ser coliseista...

Pese a quien pese, con toda imparcialidad, nuestro juicio sobre las empresas es el siguiente: los señores Mocchi-da Rosa, por su espíritu emprendedor y su largueza, podrían ser empresarios ideales, pero no lo son ni lo serán nunca, por exceso de comercialismo, carencia de dignidad artística e informalidad absoluta. D. Camilo Bonetti, de espíritu menos yankee, víctima de la tacañería de sus comanditarios, es artísticamente más honesto, se preocupa del valor estético del espectáculo y con ello suple las deficiencias que se notan en algunos componentes del elenco y del cuerpo de baile.

En nuestras crónicas no solemos ocuparnos de los cantantes; haremos una excepción con los que nos han visitado por primera vez. Lucien Muratore, el eximio tenor francés, es un artista completo; posee una hermosa voz de tenor dramático; voz amplia, bien timbrada en los tres registros, varonil, que maneja con sobriedad y arte supremo; su juego escénico es el de un gran trágico, compenetrado de la psicologia de los roles que interpreta; a nuestro juicio, es el artista lírico más grande y más personal que ha pasado por el Colón. El barítono Vanni-Marcoux, es también un admirable artista; se le ha reprochado su poca voz, pero todos reconocen en él a un intérprete notable, que emociona con su arte escénico, su dicción impecable, su personalidad, su elegancia. En Mefistófele de *Faust*, Scarpia de *Tosca*, fué un creador, en *Gianni Schicchi* un cómico, que recuerda a Novelli. Para bien de la cultura del público, hacemos votos para que Vanni Marcoux, vuelva el año próximo. Benjamín Gigli, es un tenor lírico spinto, de voz maravillosa que recuerda al Caruso de los buenos tiempos; temperamento vehemente y pasional, no dudamos que su carrera será la de un "divo", capaz de entusiasmar al público más exi-

gente, y Claudia Muzio, es un gran temperamento musical, actriz inteligente y cantante de hermosa voz.

El *Tríptico* de Puccini estrenado en el Colón y en el Coliseo, nada agrega a la gloria de su autor *Il Tabarro*, es un repugnante drama realista; asunto de gran guignol, nos describe una escena brutal, sin desarrollo psicológico; un adulterio, que termina con la estrangulación del amante... A tal libreto, tal música. Para un compositor de teatro—Puccini lo es—el valor artístico y estético de una partitura surge del valor del drama; de ahí la vulgaridad, el efectismo brutal, la célebre frase pucciniana, menos elegante que habitualmente, que imperan en toda la obra y que no llegan a realzar mayormente, ni la colorida y potente instrumentación, ni la nota pintoresca: el organillo desafinado como en *Petrouchka*, la chansonnette, como en *Louise*, esta última de escaso sabor parisien; lo eterno en los compositores italianos, que conservando las peculiaridades de su raza, se empeñan en tratar asuntos exóticos, cuando podrían hacer cosas tan interesantes de su propio país.

Suor Angélica, a pesar de su fábula que se desarrolla en un convento, carece en absoluto de misticismo; nota de arte ésta que no está al alcance de todos los temperamentos—dígalo sino el Requiem de Verdi, teatral, más no religioso. La acción y por ende la partitura de esta segunda obra del *Tríptico*, puede dividirse en dos partes; la primera, que pretende sugerir la vida conventual, es baladí, ñoña, pesada, sin interés, malgrado cierto impresionismo debussysta, cierto espíritu descriptivo, que se complace en imitar los gestos impacientes de una monjita caprichosa, el ruido de un surtidor, los balidos de un cordero o los rebuznos de un asno, efectos estos, que como los de *Il Tabarro*, nada de nuevo nos dicen, pues antes de Puccini otros los hicieron mejor. Como queda dicho, no hay nada de místico en estas escenas, que quieren ser apacibles y serenas y caen en la monotonía. La segunda parte es intensamente dramática, nos lleva una vez más ante el eterno Puccini, con sus frases grandilocuentes y epidérmicas, de efecto sobre el grueso público, pero que nada aportan de nuevo. Al final notamos dos fallas: cuando Suor Angélica bebe el veneno, la orquesta pierde su tiempo describiéndonos el acto físico de absorver un líquido, cuando debería [illegible] irnos el drama interior, que en ese momento llega a su fase máxima, y cuando muerta la monja, se pro-

duce el milagro—su hijito que baja del cielo para recibirla—no hay ni misticismo, ni serenidad, como lo exigen la situación y el buen sentido.

Gianni Schicchi es la mejor obra del Tríptico. Farsa al estilo antiguo italiano, está comentada con habilidad e indiscutible humorismo musical. Todos los temas son graciosos, grotescos, apropiados a la situación; en la partitura no se nota ningún decaimiento, ningún rasgo de mal gusto, mérito ello desde que en el género es sumamente fácil caer en la trivialidad. La escena inicial (el hipócrita llanto de los herederos), la lectura del testamento, la falsificación del mismo por Gianni Schicchi, magistralmente realizados, demuestran lo mucho que puede esperarse de Puccini, en la comedia musical. En el género dramático, el célebre compositor parece estar agotado; *Manon Lescaut* y *Boheme,* acaso también *Tosca,* son las obras en que ha dicho algo de nuevo, en las demás repite las frases de aquellas, disimulándolas por medio de su instrumentación notable, que si no crea nada, asimila lo mejor que se ha hecho en Europa. Sería pues una renovación para Puccini dedicarse al género cómico, para el que posee buenas dotes.

Conciertos.

Juan Manén. — El técnico más formidable que nos ha visitado, es ciertamente el violinista español Juan Manén. Oirle en el *Canto del Ruiseñor* de Sarasate, *La Abeja* de Schubert, *I Palpiti* de Paganini, es quedar maravillado de tanta perfección, de tanta limpieza. Esto en cuanto al ejecutante; el intérprete, evidencia a un temperamento clásico, que en las Sonatas de Mozart y de Pórpora, en conciertos de italianos del siglo XVIII, encanta por su comprensión del espíritu de los autores y de sus obras; pocos violinistas han llegado a tal asimilación del estado de ánimo de una época; en los neo-clásicos y en los románticos, desde la *Reverie* de Schumann, hasta la *Sonata a Kreutzer* de Beethoven, es menos interesante; la serenidad clásica conviene al temperamento de Manén; la emoción, la inquietud, el dolor de los románticos, no; de ello resulta cierta frialdad, ciertos calderones de mal gusto, que desconciertan en un artista de esa talla, pero que se explican teniendo en cuenta que la poca afinidad espiritual con los modernos, le lleva,

"Pages 497-498 omitted in numbering "

quizá inconscientemente, hacia lo más objetivo y menos sincero. Creemos que, por ahora, el gran virtuoso español, debería concretarse a los clásicos y a las obras violinísticas; en ambas sobresale.

Asociación Wagneriana. — Más de dos meses abarca esta crónica: ocuparnos de las cuatro o cinco audiciones mensuales de esta Asociación es imposible, dada la tiranía del espacio. Concretémosnos a señalar la presentación de un excelente violinista italiano don Aldo Priano, joven concertista que posee buenas condiciones técnicas, amplia sonoridad y fogosas dotes de intérprete; estos, que serían discutibles en un artista hecho, son lógicos y hasta simpáticos en Priano, que con vehemencia y juvenil entusiasmo, se deja llevar por su temperamento y consigue un éxito sincero, por otra parte no calculado. El nuevo Cuarteto que presentó la Wagneriana, con los violinistas Astor y Remo Bolognini, el violista Edgardo Gambuzzi, el violoncelista Adolfo Morpurgo, con el concurso del pianista Jorge C. Fanelli, es un notable conjunto de grandes instrumentistas, que en pocos meses ha logrado buena afinación y excelente equilibrio sonoro. Sus ejecuciones son sumamente encomiables, como lo son también por lo general sus interpretaciones que merecen todo elogio en los Cuartetos VII op. 59 de Beethoven, IV op. 44 de Mendelssohn, IV de Mozart y Quinteto de César Franck; no así, a juicio nuestro, en el Cuarteto de Debussy, cuyo espíritu no fué enteramente compenetrado y en el hermoso quinteto op. 44 de Schumann, en el que notamos serias fallas interpretativas en los dos primeros tiempos.

Traído por la Asociación Wagneriana, ha vuelto a Buenos Aires, el *Trío Barcelona,* maravilloso conjunto de artistas, como contados existen en el mundo, que obtuviera el año pasado éxito triunfal en Buenos Aires. Los señores Ricardo Vives (piano), Mariano Perelló (violín) y J. Pedro Marés (violoncelo), son los eximios instrumentistas de siempre. En Tríos de Beethoven, Schumann, Arensky, Rameau, Brahms, volvieron a entusiasmar al público con sus interpretaciones tan perfectas como sus ejecuciones. El trío es un género de sonoridad desequilibrada (un violín y un violoncelo, luchan en desigualdad sonora con un piano). Para suplir a ello, las cuerdas suelen chillar demasiado o el piano caer en la sordina. Nada de esto acontece en el *Trío de Barcelona,* en que cada instrumento

con la sonoridad que le corresponde, se hace oír, sin cubrir a los demás, logrando así admirable fusión y equilibrio.

Sociedad Argentina de Música de Cámara y Sinfónica. — La labor de esta sociedad cultural ha sido intensa en estos meses; cuatro veces al mes ha presentado espectáculos de valor artístico, cumpliendo así con los propósitos que guían a los distinguidos artistas y aficionados que la dirigen. Con tres elementos de valía: el compositor y pianista maestro Constantino Gaito, el violoncelista Ramón Vilaclara y el violinista Carlos Pessina, esta sociedad ha formado un trío excelente, cuya actuación ha merecido el aplauso de la crítica y del público inteligente, lo que es lógico si consideramos que los tres ejecutantes actúan desde muchos años en música de Cámara.

Muy encomiable la actitud de esta Sociedad, de presentar al público de Buenos Aires a jóvenes poco conocidos, entre los cuales señalaremos interesantes y halagadoras revelaciones, como lo fueron: Luciano Senac, joven pianista rosarino, que exteriorizó notables condiciones técnicas e interesantes dotes de intérprete, en el *Carnaval* de Schumann, entre otras obras. Su digitación brillante, a la manera de Rubinstein, su temperamento musical, sumamente fogoso, todo augura a Senac un puesto prominente entre los pianistas argentinos. La señorita Zaira Senac, hermana del artista anterior, posee también grandes cualidades artísticas, aún no del todo desarrolladas; domina el violín como pocas; fáltale únicamente vivir más y profundizar su arte, para ser una excelente concertista. Las señoritas Enriqueta Salvy y Electra Rinaldini, dos distinguidas aficionadas, fueron muy aplaudidas, como se lo merecen por su voz y sus dotes de intérpretes.

El último concierto abarcado por esta crónica, es el de Ernesto Drangosch, eximio pianista que en obras de Wagner: Preludio de *Maestros Cantores*, Encantamiento del Fuego de *Walkiria*, "Muerte de Amor de Iseo", obtuvo un verdadero triunfo, pues las interpreta con notable perfección; en *Navarra* de Albeniz, *L'Isle Joyeuse* de Debussy, *Polonese* op. 53 de Chopín y otras obras, fué también el gran pianista que tanto honra al arte argentino.

Escuela Argentina de Música. — El maestro Julián Aguirre, que se ha impuesto la simpática tarea de difundir obras de los compositores argentinos, organizó un recital de melodías

para canto y piano de los maestros César A. Stiatessi, Felipe Boero, Carlos López Buchardo, Athos Palma, Floro M. Ugarte, José André, Pascual de Rogatis, Carlos Pedrell, obras ya conocidas, que fueron cantadas con arte por la señora Ana G. de La Guardia, cuya inteligencia y musicalidad hemos elogiado repetidas veces. Desde su último concierto, la señora de La Guardia ha progresado mucho vocalmente; su voz agradable y bien timbrada, ha adquirido mayor volúmen, amplitud y seguridad; en el "lied", género que domina, interesa por la ductilidad con que interpreta cada obra, compenetrándose del espíritu de la letra, que mediante su excelente dicción es fácil seguir palabra por palabra, y logra sabios efectos vocales, de acuerdo con el carácter de la melodía. Acompañó, con su habitual maestría, el pianista Rafael González.

Conservatorio de Buenos Aires. — Cuatro audiciones de gran interés ofreció este establecimiento de enseñanza. Dos niñitas, Elsa Piaggio y Celia Fasce, asombraron al auditorio con su precocidad en el piano; la primera por su notable digitación, la segunda por su sentido del ritmo, su musicalidad y en ciertos momentos por sus dotes de intérpretes. Jorge C. Fanelli, más concertista que alumno, explayó sus notables e interesantes condiciones artísticas en *Sonatine* de Ravel, interpretada con inteligencia y matizada con hermosas sonoridades, y en obras de Bach, Chopín, Brahms, Albeniz, Williams y Liszt, en las que demostró absoluto dominio del piano e indiscutible personalidad interpretativa. La señorita Clelia Yankelevich, pianista también, cuya digitación está a la par de las grandes concertistas, sobresalió en *Preludio, Coral y Fuga* de César Franck, obra de compromiso que muchos pianistas de renombre no se atreven a ejecutar en público, que la joven concertista abordó valientemente y con éxito, pues supo darle el relieve requerido.

La guerra en la música: El odio a Wagner.

A raíz de ciertas apreciaciones malevolentes que sobre la personalidad artística de Ricardo Wagner se permitió hacer Max Nordau, sujeto este admirado por cuanto cretino con pretensiones filosóficas anda suelto por esos mundos, la Asociación Wagneriana encomendó al prestigioso crítico de arte don

Ernesto de la Guardia, no una defensa del autor de *Parsifal*—ser atacado por el filosofastro judío es un honor—sino un estudio estético sobre la personalidad del gran genio y sobre la guerra en la música.

El tema era escabroso en los actuales momentos; don Ernesto de la Guardia ha sabido encararlo con gran altura y sin apasionamiento (acaso ello sea causa de que los atacados de fobias de ambos bandos no hayan quedado satisfechos), escribiendo un notable trabajo, que pone las cosas en su lugar, da al César lo que es del César, y prueba, con serenidad y espíritu de justicia, lo vano y ridículo de la guerra que editores franceses e italianos han emprendido en contra del más gran autor lírico que ha existido.

Transcribimos, al respecto, las siguientes palabras, que con elocuencia y valentía dan la clave del "misterio".

"Para final de este folleto, cuyo objeto es combatir una injusticia y un atentado de leso arte que se trata de perpetrar, conviene hacer algunas consideraciones fuera de las artísticas y políticas, es decir, meramente "comerciales". Desde 1913, han prescrito los derechos de propiedad que devengaban las obras de Wagner, las cuales proporcionaban muy pingües beneficios al editor Ricordi, en todas las escenas sometidas a su dominio. Hoy día, las óperas wagnerianas son del dominio público y ya no "interesan" a los editores... Conviene desterrarlas de las "zonas de influencia" en el máximo favor posible de las que devengan derechos...

"¿Será esto, en definitiva, la clave de tal "política?"

"Existen datos sugerentes: toda la campaña musical antialemana se hace exclusivamente contra Wagner (Mozart, apenas estorba; Weber y Glück—considerado este último italiano y francés—se hallan olvidados, por desgracia, en muchos países y, por tanto, sus viejas óperas no privan a otras de enriquecer a las grandes casas editoras). En cambio, contra los alemanes contemporáneos, Strauss o Humperdinck, nada se dice por el momento, como si se tratara cuidadosamente de evitar todo "boycot" futuro. Sus obras pueden dar todavía mucho dinero a ciertos editores latinos..."

Este excelente y bien meditado estudio, que firmaría gustoso cualquier gran musicógrafo europeo, contrasta singularmente con la petulante insolencia que pesadamente se explaya

en más de trescientas páginas de un mal escrito librejo, actualmente en venta en Buenos Aires, cuyo título es una "trouvaille" comercial y cuyo contenido se reduce a los vanos esfuerzos de un escarabajo para nublar el sol.

A propósito de un libro.

Buenos Aires, 7. VI. 1910.
Perú 731.

Señor Gastón O. Talamón, Crítico musical de la Revista NOSOTROS.
Presente.

Muy señor mío: Aunque tan solo nos conocemos de vista, habiendo faltado la ocasión de que alguien nos presente, me tomo la libertad de dirigir a usted algunas lineas para responder a algunas de las observaciones que hace usted a mi *Historia Estética de la Música*, en un artículo que le ha dedicado usted en el último número de NOSOTROS.

Ante todo agradezco a usted sinceramente dicho artículo y los conceptos amables que usted me dedica.

En cuanto a las observaciones que me permito hacer a su artículo son los siguientes:

No es justo usted al afirmar que la parte Histórica de mi libro no es más que una erudita y voluminosa recopilación de la que hasta hoy se ha escrito al respecto en Europa. Eso no es exacto, porque si usted ha leído con detenimiento esa parte, tendrá usted que reconocer que la originalidad de las opiniones que en ella se sustenta es tanto, o mayor quizás, que las de las teorías de la primera parte. La Historia no es una mera y erudita recopilación, sino una exposición de opiniones personales, sostenidas con los medios que han estado a mi alcance. No podrá usted probarme que mis opiniones sobre d'Indy, los franckistas y sobre Wagner, sean las ideas corrientes en Europa y aquí sobre estas cuestiones. Precisamente la personalidad de los juicios emitidos en esos capítulos, son los que más han llamado la atención en el extranjero, y me han valido muy expresivas cartas de autoridades como Luigi Torchi y Eduardo L. Chavarri, cartas que están a su disposición.

Usted ha prestado su atención exclusivamente a la primera parte, y se detiene en dos o tres puntos para encontrarme falto de razón o contradictorio.

El problema de la *expresión* en música es muy delicado y complejo, y me parece que usted no lo ha abarcado bien como yo lo expongo en mi libro. Al tratar de ese punto ya comprendí yo, que sería, no el más vulnerable, sino el más difícil de explicar y hacer entender. Creo, sin embargo, haber determinado precisamente:

1º Que la música no *expresa* sentimientos *determinados*, sino la facultad de sentir en sí mismo de modo general (ver págs. 47 y 48) y a este respecto los argumentos de Nietzsche que yo invoco (págs 49 y 50) y que me parecen decisivos, usted ni los menciona ni los contesta.

Toda la *teoría* wagneriana sobre la unificación de las artes, es una pura barbarie, explicable en un hombre como Wagner a quien la belleza puramente estética fué siempre una cosa extraña. Hay muchas páginas en mi libro para probar que la música nació del ritmo verbal y de la poesía, y usted lo olvida y me reprocha que no lo reconozca! Sí; música y poesía anduvieron muchos siglos juntas e inseparables; pero todo en la naturaleza va poco a poco diferenciándose, pasa de lo simple a lo complejo, de lo homogéneo a lo heterogéneo, y el *lirismo* no puede ser

nunca el ideal supremo de la música, sino una etapa que es necesario sobrepasar. ¿Le parece a usted inaceptable, absurdo, el principio que en letras bastardillas expongo en las páginas 49 y 50? Demuestre usted la inaplicabilidad del principio. ¿Acaso en la naturaleza misma no tiende todo a la diferenciación, a acusar cada vez más las cualidades propias que distinguen a cada ser o a cada cosa creada? ¿Como ha de ser posible que la música encuentre un ideal en volver a sus orígenes? El ideal de la música, no es la expresión, sino la belleza estética musical, independiente de todo otro espíritu, y los *sentimientos estéticos* se han desarrollado en una época tan tardía del desenvolvimiento de la música europea, que puede afirmarse, con un poco de paradoja, que hay ARTE musical recién después del siglo XVI; lo anterior no es más que música, pero no *arte* que es *oficio*, predominio de la técnica, ley y forma, y no, nunca, EXPRESIÓN de sentimientos o ideas.

Comprendo que la vaguedad de estas mismas cuestiones, no permiten que los encerremos en una carta, y solo he querido contestar a las objeciones de usted que encuentro mal fundadas. Tengo entre manos otro trabajo de estética y lucho con las dificultades que presentan todos estos problemas delicados y sutiles.

Pero confundir una canción popular con el arte propiamente dicho, hay un error en el que nunca incurriré. ¿Cuál podría ser entonces nuestro criterio? Que el pueblo no haya creado una frase melódica sin adoptarle una frase poética correspondiente, muy bien; pero eso no es ARTE, del cual hay que tener, cuando se habla, en *términos* ESTÉTICOS, una concepción bien diversa a la común, a la del vulgo. El público sabe *por instinto* donde está la belleza, pero comprende con el término *arte* cosas que mutuamente se rechazan.

Por eso me permito decirle que no hay contradicción entre mis teorías y lo que digo sobre el arte de los músicos nacionalistas. La canción popular, el folk-lore, no es más que la materia prima, anónima, el elemento primordial, que el artista debe ELABORAR. No ha de tomarse la canción escuétamente como la canta el pueblo. Nadie lo ha hecho, con excepción quizás de Grieg, porque eso no sería arte. ¿Acaso la obra enorme de Beethoven no está gran parte de ella, edificada sobre melismas, motivos y hasta melodías *populares*, oídas aquí y allá por el gran artista? ¿Y acaso esas melodías, motivos y melismas constituyen el valor esencial de las obras de Beethoven?

Reflexione usted sobre estas difíciles cuestiones y verá y reconocerá usted que las objeciones que usted me dirige carecen de sólido fundamento.

Me complazco en repetirle, que lo que me ha movido a escribirle estas líneas demasiado apresuradas para el interés del asunto, es que encuentro en su artículo un prurito crítico que me lo recomendaba especialmente, y que no he encontrado en otros escritos más elogiosos dedicados a mi obra. Por eso me tomo la libertad de solicitar de su amabilidad, lea y reflexione usted con más calma sobre las ideas expuestas en mi obra. Encontrará usted en ella más lógica y más razón, estoy seguro, de las que le ha encontrado en su primera lectura.

Como muy bien sabe usted, hay dos especies de crítica; aquella que, tomando el sentido vulgar de la palabra, se dedica a *criticar*, a ver en toda obra la parte endeble, deleznable o falsa de la cosa; hay otra crítica, la noble, la verdadera, que trata de ver lo que puede haber de bueno, de aceptable, de original en aquello que es motivo de su estudio. Usted, al hablar de mi libro, ha titubeado entre las dos especies de crítica, pero se ha dejado arrastrar visiblemente por la primera.

Quiera usted disimular la presente, y creerme su agradecido y S. S.

MARIANO A. BARRENECHEA.

Agradezco sinceramente los elogios de don Mariano A. Barrenechea, pero lamento con no menos sinceridad, que crea que en mi estudio de su importante obra *Historia Estética de la Música* he tenido el prurito de criticarlo todo. Tratándose de un libro de *ideas*, me pareció lógico abrir discusión, expresar ideas antagónicas profesadas por mí, en vez de dedicarme a un elogio hiperbólico, que seguramente el mismo autor no desea. Como analizar y discutir lo que el señor Barrenechea dice en más de trescientas cincuenta páginas de su historia, me hubiera llevado a escribir otro libro; como por otra parte lo básico de esa obra es la Estética, a ella me concreté. Al escribir que se trataba de una recopilación, me referí a la parte histórica, pues agregaba luego que en ella se aplicaban las teorías enunciadas en la primera parte.

He leído todo el libro, con atención y con simpatía y declaro con entera franqueza que no tendría inconveniente en firmar el capítulo que se refiere a los francquistas y a d'Indy; estoy de acuerdo cuando reprocha a los primeros no amoldar "su lenguaje a la naturaleza de sus *ideas* y a la profundidad de su *sentimiento* (pág. 351) y al segundo "que no concibe la música como *lenguaje* del alma" (pág. 360), pues ambas cosas, nos llevan a algo distante de la *forma*, para hacernos caer en lo subjetivo de la música.

El diccionario define al arte como un "conjunto metódico de preceptos y reglas para hacer bien una cosa", equivalente ello a lo que escribe en su carta el señor Barrenechea "el arte es *oficio*, predominio de la *técnica*, ley y forma". Para ambas definiciones, *hacer* bien una sinfonía, un par de zapatos o una salsa, dependen cada una, de su respectivo arte, el musical, el zapateril, el culinario.

Reconozco lealmente que bajo el punto de vista material, el señor Barrenechea está en lo cierto. Si la música vive únicamente por su forma (¿qué se entiende por tal?) estoy yo equivocado. Mas desearía saber el por qué tantas sonatas, tantas sinfonías, construídas sin apartarse un ápice de las recetas escolásticas, con ideas desarrolladas según los cánones clásicos, que hasta indican el número de compases que como máximo o mínimo debe tener un buen desarrollo, armonizadas dentro de lo que los tratados consideran como prurito; en una palabra, por qué tantas obras técnicamente perfectas, debidas a au-

tores clásicos o a profesores de armonía y de contrapunto, carecen en absoluto de valor artístico y no se ejecutan jamás, pues aún los más entendidos las consideran aburridas? Si la forma fuera todo en música, el cuarteto de cualquier compositor inteligente y culto, lo suficientemente mediocre para amoldarse servilmente a preceptos y reglas, tendría un valor mayor que el cuarteto de un genio innovador que a fuer de tal se aparta de aquellas, a impulsos de su temperamento e inspiración, creándose su forma, que luego, después de su definitiva consagración será adoptada e impuesta a todos los alumnos de las clases de composición.

De la existencia de ese algo inexplicable, independiente de la forma, derivan mis ideas respecto a la *expresión, inspiración, temperamento*, llámesele como se quiera, que existe en una obra musical y que conmueve hasta lo más íntimo del ser.

Aceptar la teoría de que arte musical es forma, es considerar a este como algo cerebral, que únicamente está al alcance de quien ha estudiado a fondo tratados de composición y sigue paso a paso, al oir una obra, los procedimientos técnicos del autor. Más si así fuera ¿en qué quedaría el bello concepto, que encomendando a Berlioz, el señor Barrenechea estampa en la primer página de su libro: "la música es un arte pueril y divino, hecho para que todo el mundo hable de él, con excepción de los profesionales"? Si "esos conjuntos de conocimientos prácticos son, sin embargo, casi del todo inútiles en la crítica y en la historia de las artes", y el arte musical es *oficio*, forma, predominio de la técnica, de qué puede hablar el profano ¿de lo qué sabe? No, de lo que *siente*, de lo que hace vibrar su sensibilidad, de lo que abre las puertas del Ensueño, de lo que le conmueve, de lo indefinible para la inteligencia, pero real para la intuición; ello independiente de la belleza de forma, que puede producir deleite intelectual, más no emoción, a mi juicio, este el fin y la única razón de ser de toda manifestación artística.

Estoy de acuerdo con el señor Barrenechea, en que el problema *expresión* en música es delicado; máxime considerando que en esta discusión, el autor de la *Historia Estética de la Música* se coloca en un terreno enteramente cerebral y yo bajo el punto de vista del *azur*, que diría Hugo, del algo inmanente, profundamente humano, que al través de los siglos, pone en in-

timo contacto emotivo a seres que viven con seres desaparecidos.

Es por efecto del arte, no en el sentido que le da el diccionario, que de dos retratos, ambos con cada rasgo *físico* perfectamente dibujados y copiados del natural, uno tenga *vida*, el otro no; que una pieza, de versos bien medidos, bien rimados, nos deje frío, y otra menos perfecta, nos arranque lágrimas; que una sucesión de notas, encuadrada en reglas, nos haga bostezar y un sencillo tema del folklore haga vibrar nuestra sensibilidad.

¿Que este modo de *sentir*—no de *pensar*—es semejante al del vulgo? Así será. Más en ese caso el vulgo es el poeta, el vulgo es el ser humano sensible a todo lo que contiene un átomo de dolor y de alegría, surgido del alma del creador para conmover todas las almas.

Desde ya, si la emoción o expresión están hermanadas a proporciones armónicas, la obra será perfecta; mas, lo repito, prefiero una obra espontánea y humana, aunque se noten en ella ciertas imperfecciones de forma, a una fría concepción académica. Por ello diré con Jean d'Udine: "Aborrezco eso que se ha convenido en llamar forma. Los grandes lagartos (saurios) de la época jurásica, modelos acabados de las formas vivientes de su tiempo, han desaparecido porque no podían adaptarse a las condiciones de vida nueva. Toda forma perfecta, en cuanto forma, está irremediablemente condenada a morir. El genio que lleva la belleza orgánica de su arte al más alto grado de perfección, según la forma de su tiempo, se legitima por sus obras; pero es siempre un destructor. Un Rafael, un Racine, un Mozart, matan definitivamente las escuelas de las que son orgullo, y para la enseñanza del arte son los modelos más temibles. El peligro del culto de la forma es la sumisión a leyes inmutables, es la creencia en una jerarquía de los géneros".

Si, como lo cree el señor Barrenechea, "todo en la naturaleza va poco a poco diferenciándose, pasa de lo simple a lo complejo, de lo homogéneo a lo heterogéneo" no sé por qué el lirismo que abarca: música, drama, mímica, danza y artes plásticas, y es por lo tanto un conjunto heterogéneo, no puede ser *uno* de los ideales del arte musical. Cierto que pocas líneas después, el distinguido crítico pregunta: "¿acaso en la naturaleza misma no tiende todo a la diferenciación, a acusar cada

vez más las cualidades propias que distinguen a cada ser o a cada cosa creada? ¿Cómo ha de ser posible que la música encuentre su ideal en volver a sus orígenes?" De suerte que todo en la naturaleza tendería a un desarrollo individualista, lo que está en contradicción flagrante con lo anterior. En realidad, no es la naturaleza, sino el hombre el que temporariamente fija esas tendencias. Hemos pasado por una época cerebral e intelectual, que todo lo analizó con minucia; el arte sufrió también de este mal de las especializaciones, más es de esperar que después del análisis vendrá la síntesis, constructiva, que llevará al mundo a mayor perfección.

En su carta el señor Barrenechea me pide varias veces que le *pruebe* que sus teorías no se basan en la verdad. En ese terreno, las pruebas son difíciles, pues lo espiritual en el arte, se *siente*, pero no se *explica*. Saint Saens hizo un tango, tomando por modelos los tangos argentinos; su obra carece de sabor, de encanto, de emoción, ¿por qué? Por la misma razón que el Cake walk de Debussy, no produce la impresión que sentimos al oir uno genuinamente norteamericano... la *forma*, está, el espíritu, no. Esas son las únicas pruebas que en música pueden darse.

GASTÓN O. TALAMÓN.

NOTAS Y COMENTARIOS

La secretaría de redacción de "Nosotros".

Julio Noé, secretario de redacción de NOSOTROS, ha pedido ser relevado en este cargo que desempeñaba desde Diciembre de 1912. La vida nos solicita en tantas direcciones, que no nos prmite abarcar siempre todo cuanto quisiéramos. Tócanos con verdadero pesar, despedir al querido amigo que abandona esta secretaría, quien nos fué inteligente, noble, leal compañero y colaborador en todo trabajo y ocasión. Es decir, tócanos estrechar la mano al secretario de redacción que nos ha acompañado durante siete años, puesto que el amigo y el colaborador permanecen junto a nosotros.

El es el secretario de la sociedad que edita esta revista, él quiere a la revista como no la queremos más nosotros mismos sus fundadores, él le ha aportado su inteligencia, su actividad y su fino trato para escoger jóvenes colaboradores de talento, y en estas páginas seguirá escribiendo como hasta ahora lo ha hecho.

Ha reemplazado a Noé en nuestra secretaría de redacción, Alejandro Castiñeiras. Joven escritor, formado por el propio esfuerzo tenaz, en medio de los trajines de la vida material, Castiñeiras no ha de tardar en alcanzar la nombradía que se debe a sus méritos. Hasta ahora no ha escrito más que en diarios y revistas — en NOSOTROS, unas pocas veces —; pero está en prensa su primer libro, sobre *Máximo Gorki. Su vida y su obra*, editado por la Cooperativa "Buenos Aires", que ha de hacerlo conocer ventajosamente de la intelectualidad argentina, como que es un hermoso y fuerte libro, rico de ideas modernas y generosas. Porque Castiñeiras es algo más y mejor que un literato: es un hombre de acción, el cual entiende que el arte debe estar subordinado a un ideal de vida y ser instrumento de perfeccionamiento moral. — ALFREDO A. BIANCHI. — ROBERTO F. GIUSTI.

El regreso de Payró.

Roberto Payró ha sido siempre amigo de NOSOTROS. El mismo nombre de esta revista recuerda el título de una novela inconclusa de Payró, de la cual se publicó un extenso capítulo en los primeros números de NOSOTROS. Durante su forzosa estada en Bélgica, bajo la dureza del soberbio opresor, más de una vez ha sido recordado en esta casa y en esta revista. Una hermosa *Epístola a Payró,* publicó Eduardo Talero en el número de Setiembre de 1917, y también por aquel mismo tiempo, nuestro director Roberto F. Giusti, leyó en la Universidad Libre una conferencia sobre la sobresaliente obra literaria del novelista de *Las Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira,* conferencia que en octubre de 1917 publicó *La Nación* y que ha sido reproducido luego como prólogo a la última edición española de esa novela.

¿Qué nuevos sentimientos podríamos expresar para el amigo que nos vuelve del destierro, los cuales, antes, en cordiales banquetes o en estas mismas páginas, no le hayamos manifestado, si no es la alegría de volver a estrechar la mano de quien se temió no ver ya, nunca más? ¿Qué otros juicios sobre su obra tan de esta tierra y de este siglo, que tampoco hayamos expresado? Vaya a él nuestro saludo, y sobre todo este voto ya formulado hace dos años por Roberto Giusti: que nos dé pronto "la admirable obra de dolor y de rabia" que en su espíritu sin duda ha incubado la tragedia formidable de que ha sido testigo y víctima.

Comidas de "Nosotros".

En honor de Vicente A. Salaverri, el conocido escritor uruguayo que desde las páginas de *La Razón* y *El Telégrafo* de Montevideo hace obra de verdadera confraternidad literaria, se realizó la noche del 11 de Julio, la comida mensual de NOSOTROS correspondiente a ese mes. Al mismo tiempo que al crítico y pediodista amigo, se festejaba al afortunado autor de *El Corazón de María,* novela editada últimamente por la Cooperativa "Buenos Aires".

Ofreció la demostración en breves y concisas palabras, el novelista Manuel Galvez, agradeciendo Salaverri con frases ple-

nas de ingenio y emoción. Nuestro director, Alfredo A. Bianchi cerró los brindis, haciendo una rápida semblanza moral del obsequiado.

Fueron comensales los señores: Alfonsina Storni, José Ingenieros, Alfredo Colmo, Manuel Gálvez, Roberto F. Giusti, Alfredo A. Bianchi, Alejandro Castiñeiras, F. Icasate Larios, Alvaro Melián Lafinur, Julio Noé, Roberto Gache, Oscar Tiberio, Antonio Gellini, José Blanco Caprile, Marcos Manuel Blanco, Julio Fingerit, José Gabriel, Vicente Nicolau Roig, Carlos C. Malagarriga, Emilio Ravignani, Carlos Obligado, Luis Ponce y Gómez, Antonio Chucco Ferreto, Emilio Suárez Calimano, Moisés Kantor, Samuel Bergmann, Antonio Mercatali, Arturo de la Mota, C. Muzzio Sáenz Peña, José María Monner Sans, Alberto Palcos, Pablo Suero, Luis Pascarella, Jorge Bunge, Adolfo G. Travascio.

* * *

Aprovechando una breve estada en Buenos Aires del distinguido escritor y jurisconsulto cordobés, doctor Saúl Taborda, autor de un notable estudio sobre *La Sociedad de las Naciones,* publicado en NOSOTROS, en el mes de Febrero último (Número 118), se resolvió dedicarle una comida mensual de NOSOTROS, la que se efectuó el 4 de Agosto.

Nicolás Coronado hizo el elogio del obsequiado, contestando el doctor Taborda, muy conmovido. A pedido de los concurrentes, habló con ingenio y humorismo, el diplomático y escritor uruguayo Luis Alberto de Herrera.

Aisistieron: Carlos Ibarguren, Luis Alberto de Herrera, Diego Luis Molinari, Augusto Bunge, José Ingenieros, Alfredo Colmo, Alfredo A. Bianchi, Julio Noé, Alberto Hidalgo, Alejandro Castiñeiras, Luis Ponce y Gómez, Diego Ortiz Grognet, Simón Scheimberg, Juan Burghi, Vicente Nicolau Roig, Raúl Allende, Luis Pascarella, Ricardo Vergara, Nicolás Coronado, Cornelio Casablanca, Arturo Marasso Rocca, Leopoldo Longhi, José M. Monner Sans, Carmelo M. Bonet, Osvaldo Loudet, Alberto Palcos, Antonio Mercatali.

NOSOTROS.

NOSOTROS

AÑO XIII — TOMO XXXII

ÍNDICE

B

		Pág.
Barreda Ernesto Mario	Sed no saciada (versos)	391
Belaúnde Víctor Andrés	De la vida de Nervo	206
Berdiales Germán	El poema de los frutos (versos)	42
Berisso Luis	Amado Nervo	305
Blanco Marcos Manuel	El misticismo de Amado Nervo	277
Bonet Carmelo M.	El poeta bueno	198
Bose Margarita H. de	Lo que he visto en Alemania durante y después de la guerra	393
Bunge de Gálvez Delfina	El poeta de Dios	252
Bunge Augusto	Homenaje de la Cámara de Diputados a la memoria de Amado Nervo	352
Burghi Juan	Así sea... (versos)	356

C

Calou Juan Pedro	Amado Nervo	302
Colmo Alfredo	La filosofía de Amado Nervo	236
Cordone Alberto	El poeta muerto	296
Coronado Nicolás	Letras argentinas ..... 89.	457

D

De la Mota Arturo	Ciencias sociales	106
De Leguina Enrique	Amado Nervo	342
Della Costa (h) Pablo	Amado Nervo (versos)	314
Dirección La	Dos palabras claras	139
" "	Nuestro homenaje a Amado Nervo	146

E

Estrada Francisco Javier	Himno a Satán (de Carducci)	436

F

		Pág
Fariña Núñez Eloy	El misticismo de Amado Nervo	273
Fernández Moreno	Amado Nervo (versos)	308
Frugoni Emilio	Al viajero que se vá (versos)	230

G

Gellini Antonio	Amado Nervo	347
Genser Alfredo	Poesías	67
González Arrili B.	Amado Nervo diplomático	212

I

Ibarbourou Juana de	Ofrendas leves (versos)	205
Ibarguren Carlos	La literatura en vísperas de la guerra	369
Icasate Larios Félix	Las corrientes morales en la Argentina	9

J

Jordán Luis María	Alfonsina Storni	37
" " "	Versos	421

K

Korn Alejandro	Su filosofía	232
Korn Villafañe Adolfo	La serena inquietnd	340

L

Lagorio Arturo	Letras americanas	94
" "	Diálogo de Leonardo y Kempis	328

M

Maldonado Horacio	El último libro de Nervo	309
Marasso Rocca Arturo	Amado Nervo	160
Martorello Noé S.	La sensación del dolor (cuento)	71
Méndez Calzada Enrique	Normas (versos)	66
Mendioroz Alberto	Amado Nervo	190
Mercante Víctor	Amado Nervo: Su morada interior	246
Morales Ernesto	Amado Nervo (versos)	349
Muzzio Sáenz Peña C.	Crónica de Arte 118,	484
" " " "	El misticismo de Amado Nervo	266

N

Nelson Ernesto	Educación moral de la Juventud	423
Nervo Amado	Poesías inéditas	147
"Nosotros"	Notas y Comentarios 143, 359,	509

O

Obligado Carlos	Amado Nervo (versos)	264
Obligado Pedro Miguel	Amado Nervo	182
" " "	Elegía (versos)	455
Oribe Emilio	Amado Nervo (versos)	355
Oyuela Calixto	Amado Nervo	149

P

		Pág.
Palcos Alberto	Filosofía	476
Parra del Riego Juan	Pampa argentina (versos)	24
Pasini Nella	Una versión de las "Odas Bárbaras"	27
Pascarella Luis	Las teorías de Gumplowicz y un manifiesto de la nueva Italia	46
" "	Nervo y su medio	226
" "	Letras americanas	461
"Prensa La"	Cómo murió el Poeta	323

R

Rodríguez Pujol Héctor	Poesías	68

S

Sabat Ercasty Carlos	Poesías	20
Salaverri Vicente A.	El Poeta del Silencio de los Silencios	315
Salaverría José María	La literatura hispano-americana	5
Storni Alfonsina	A Amado Nervo (versos)	167
Suárez Calimano Emilio	Arco de triunfo	345
Suero Pablo	Amado Nervo (versos)	338

T

Talamón Gastón O.	Crónica musical	127, 492
Talero Eduardo	Amado Nervo	288
Testena Folco	A Amado Nervo (versos)	326
Tíndaro Jorge Celso	Ultima verba (versos)	357
Torralvo José	La vida fugaz de los ídolos (Wilson)	450

V

Valbuena Antonio de	La literatura hispano-americana	444
Vázquez Cey Arturo	Ofrenda fúnebre (versos)	285
Villar Amado	Porqué se fué el viajero (versos)	350
Visillac Félix B.	El llamado (versos)	65

BINDING SECT. APR 14 1969

AP
63
N6
t.32

Nosotros

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY